

**M. ROSARIO MARTÍN RUANO**

**TRADUCCIÓN Y CORRECCIÓN POLÍTICA:  
INTERRELACIONES TEÓRICAS,  
REESCRITURAS IDEOLÓGICAS,  
TRASVASES INTERCULTURALES.**



EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

COLECCIÓN VITOR

74

C

Ediciones Universidad de Salamanca  
y M. Rosario Martín Ruano

1ª edición:

I.S.B.N.: 84-7800-835-7

Depósito legal: S.1608-2001

Ediciones Universidad de Salamanca  
Apartado postal 325  
E-37080 Salamanca (España)

Edeltex, S.L.

C/ Valle Inclán 23, 4º B

37007 – Salamanca

Tfno: 923 238705

Impreso en España - Printed in Spain

*Todos los derechos reservados.  
Ni la totalidad ni parte de este libro  
puede reproducirse ni transmitirse  
sin permiso escrito de  
Ediciones Universidad de Salamanca*

CEP. Servicio de Bibliotecas

MARTÍN RUANO, María del Rosario

Traducción y corrección política [Archivo de ordenador] : interrelaciones teóricas,  
reescrituras ideológicas, trasvases interculturales / M. Rosario Martín Ruano. --  
Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2001  
1 disco compacto.-- (Colección Vitor; 74)  
Tesis - Universidad de Salamanca, 2001

1. Universidad de Salamanca (España) - Tesis y disertaciones académicas.
2. Traducción e interpretación - Aspecto social. 3. Políticamente correcto (Movimiento).

81'25 : 32(043.2)

## RESUMEN

Las últimas corrientes teóricas en los Estudios de Traducción abogan por una definición amplia de traducción como transferencia intercultural y tráfico transfronterizo de discursos. Esta Tesis analiza precisamente el funcionamiento, los condicionantes y las implicaciones de la traducción cultural de la corrección política, un discurso originalmente norteamericano que acude en defensa de las minorías y que se relaciona con el multiculturalismo, la revisión del canon, las políticas de la identidad y un tratamiento lingüístico y simbólico más respetuoso y sensibilizado con la diferencia, el margen y la alteridad.

En primer lugar examina el lenguaje políticamente correcto como medio y objeto de diversas traducciones y reescrituras originadas en Norteamérica, centrándose especialmente en sus implicaciones ideológicas. Posteriormente explora las transformaciones que sufre este discurso en los diferentes estadios de su recepción y posterior acomodación a la cultura española. Las traducciones y reescrituras que componen esta traducción cultural, por un lado, liman el componente subversivo de este discurso para acoplarlo a las necesidades e intereses de la cultura de destino, y en este proceso influyen la disposición predominante hacia los discursos ajenos, la imagen y estereotipos culturales sobre el Otro vigentes en la cultura, las divergencias ideológicas que separan a ambas sociedades y las asimetrías de poder que mantienen las culturas implicadas. Por otro lado, al enfrentar la sociedad receptora a otras realidades, introducen nuevos elementos que pueden alterar el orden del discurso hegemónico.

El fenómeno de lo políticamente correcto muestra que la traducción y las reescrituras, lejos de ser procesos inocentes e ino cuos, son importantes instancias de reproducción y cambio cultural.

## **ABSTRACT**

Recent developments in Translation Studies argue for a comprehensive definition of translation as cross-cultural contact and discursive transfer. This dissertation analyses the workings, determining factors and implications of the cultural translation of political correctness, an originally American discourse favourable to minorities and linked to multiculturalism, canon revision, identity politics and a more respectful and sensible treatment of difference in symbolic and linguistic terms.

Firstly, politically correct language is examined as instrument and object of various translations and rewritings originated in America, especially as regards the ideological implications involved. Secondly, the transformations of this discourse in its introduction and subsequent accommodation to Spanish culture and society are explored. The translations and rewritings that take part in this process of cultural translation, on the one hand, repress the subversive component of this discourse in order to adapt it to the needs and interests of the receiving culture. These transformations are accountable to, among other factors, the influence of the dominant attitude towards foreign discourses, the image and cultural stereotypes of the Other prevailing in the receiving culture, the ideological divergences separating both societies and the asymmetrical power between the cultures involved. On the other hand, they confront the receiving society with other realities, and thus introduce new elements that can ultimately change the hegemonic order of discourse.

The phenomenon of political correctness shows that translation and rewriting, far from being innocent, play an important role in the processes of cultural reproduction and change.

## ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	7
A MODO DE INTRODUCCIÓN	8
1. LA CORRECCIÓN POLÍTICA EN EL PUNTO DE MIRA DE LOS ESTUDIOS DE TRADUCCIÓN	19
2. ARQUEOLOGÍA Y GENEALOGÍA DEL DISCURSO ORIGINAL (?) DE LA CORRECCIÓN POLÍTICA	80
3. EL LENGUAJE POLÍTICAMENTE CORRECTO COMO MEDIO Y OBJETO DE LA TRADUCCIÓN Y LAS REESCRITURAS	171
4. LA TRADUCCIÓN INTERCULTURAL DE LA CORRECCIÓN POLÍTICA	273
PUNTO Y SEGUIDO	490
INTERTEXTO	497

A los míos:

a mis padres, mi ejemplo, mis fuerzas, mis rocas  
a África, el norte en mis planos, mis planes, mis mapas  
a Jesús, el socio y bracero de mis luchas, mis sueños, los nuestros  
a Antonio, mi Cielo, mi Vida, mi Ángel, mi Alma

## AGRADECIMIENTOS

Ni la investigación ni la escritura son labores que uno puede emprender en solitario. Nuestras frases y nuestras ideas necesitan siempre de las de otros que las preceden, de las que, a lo sumo, somos momentáneamente copropietarios. Quisiera dedicar esta sección a cuantos me han prestado las palabras y los conocimientos que resuenan en esta Tesis, a los libros que me han permitido hablar de traducción, y muy especialmente a los bibliotecarios que me los han facilitado. Sería pobre e injusto, no obstante, quedarme en el plano del reconocimiento meramente académico. En realidad, difícilmente habría escrito esta Tesis si sólo hubiera tenido a mi disposición esos libros, ni aun con el doble, el triple, mil veces más de erudición, sabiduría y conocimiento ajenos. Debo agradecer, ante todo, a quienes además de sus enseñanzas me han ofrecido su consejo, su apoyo y su afecto.

Quisiera mostrar mi gratitud, sin excepción, a los miembros del Departamento de Traducción e Interpretación. En bastantes casos, debo agradecerles asimismo su docencia; en todos, su proceder, el trato y la ayuda que me han dispensado.

Desearía disponer de las suficientes palabras para expresarle mi infinita deuda y reconocimiento a la Directora de este trabajo, la Dra. D<sup>a</sup>. M. Carmen África Vidal, por llevarme de la mano en este viaje. Sin sus inestimables enseñanzas, su guía, su entrega, su humanidad y su aliento, esta Tesis no hubiera llegado a materializarse.

Quisiera expresar asimismo mi agradecimiento a José Lambert y a Lawrence Venuti, por corregirme en su momento sobre la traducción de lo PC, y a D. Valentín García Yebra y a Pollux Hernández, por corregirme en su momento sobre lo PC de mi traducción.

Agradezco asimismo a Javier, a Jesús, a Jorge, a Anne y a María, entre otros, su compañerismo, su interés y su apoyo.

Y, sobre todo, a Jesús, a mis padres y a mi hermano, por su acompañamiento constante y por transmitirme las fuerzas para llevar este proyecto a cabo.

## **A MODO DE INTRODUCCIÓN**



*Parler n'est jamais neutre.*

Luce Irigaray

Hablar no es nunca neutro. Este conciso aserto, que da título a una de las obras de la pensadora francesa Luce Irigaray, en buena medida condensa las intuiciones, sospechas y preocupaciones que nos llevaron en su día a embarcarnos en el estudio de las cuestiones que abordamos en esta Tesis Doctoral. En realidad, la afirmación de Irigaray en cierta manera se nos antoja también como un punto de confluencia entre los dos temas capitales de nuestro trabajo. Es, en efecto, una premisa que subyace tanto a las reivindicaciones de la corrección política como a la realidad de la traducción; el desencadenante, además, de una pregunta pertinente y vital para ambas, a saber, ¿cómo actuar de una manera ética al cometer esa indignidad, que decía Deleuze, de hablar por otros?

No es ése, sin embargo, el único aspecto en el que la traducción y la corrección política se superponen. Están asimismo unidas desde el momento en que, sin ir más lejos, en nuestra cultura se halla presente este discurso originalmente norteamericano. En realidad, hasta tal punto se encuentra infiltrado en ella que, hoy por hoy, el veredicto de lo políticamente correcto o, en su defecto, el de lo políticamente incorrecto acecha a toda actividad, manifestación, iniciativa, decisión o suceso que de alguna manera le afecta. El término, de hecho, se ha convertido en un comodín léxico al que sin duda se ha acostumbrado el oído castellano, y en general la corrección política en una cuestión de plena actualidad que bien se rechaza bien se aplica, pero que en todo caso se debate y se palpa en nuestra cultura. Simplemente este hecho permite presuponer la existencia previa de un complejo intercambio entre dos sistemas culturales, de una transacción de

ideas, de un movimiento transfronterizo de argumentos, significados y valores, de un tráfico discursivo intercultural —de una *traducción* amplia y abarcadora, en definitiva.

Ciertamente, esta noción ensanchada de traducción que suscribimos —como transferencia intercultural, como trasvase y aclimatación de teorías, como migración de discursos— desborda con mucho la definición tradicional que, según han criticado autores como Susan Bassnett, André Lefevere, Theo Hermans, Gideon Toury, José Lambert, Edwin Gentzler o Lawrence Venuti, la vincula y la restringe meramente al traslado de un texto de una lengua a otra, aunque sólo sea porque, en el caso que nos ocupa, el “original”, lejos de remitir a un texto concreto, finito, específico, se difumina en la abstracción del *discurso* foucaultiano, y corresponde a nada menos que a un fenómeno sociocultural en toda regla (integrado por una serie de ideas e ideologías, y un conjunto de prácticas discursivas y sociales sometido a una compleja trama de estructuras de representación, instituciones políticas y simbólicas, y relaciones de poder) y a nada más, por otra parte, que a una constelación de significados culturales asociados que, posteriormente, otra cultura ha seleccionado, transmitido, (re)interpretado y transformado; traducido, en una palabra.

En el primer capítulo de esta Tesis Doctoral, precisamente, nos centraremos en las evoluciones teóricas que, en el marco de los Estudios de Traducción, nos permiten abordar el análisis del trasvase a la cultura española de la formación discursiva originalmente estadounidense de la corrección política, haciendo especial hincapié en las razones argüidas por las últimas corrientes teóricas que nos animan a hablar de traducción en estos términos. En concreto, pasaremos revista a las aportaciones decisivas para nuestra investigación de los llamados estudios descriptivos de traducción tan identificados con el programa de Gideon Toury y particularmente a las de quienes, ligados de una forma tangencial a este paradigma, más han insistido en que hablar no es nunca neutro —es decir, en que toda traducción implica una manipulación—, como ejemplarmente recalcan, en nuestra opinión, los trabajos de André Lefevere que ligan la traducción al concepto de *poder* y a los diversos procedimientos de *reescritura* que con él se alían. De hecho, la teoría con la que este autor explica la influencia del

funcionamiento simultáneo y sistemático de la traducción y las reescrituras en la creación de una determinada imagen de una obra, un autor o un movimiento en la cultura de destino, así como la vinculación de dicha imagen a una ideología concreta, es una de las bases fundamentales de nuestro trabajo.

Junto con las premisas y conceptos que nos son de utilidad, no obstante, explicaremos también en este primer capítulo los fundamentos del enfoque descriptivo que, cara a nuestra investigación, creemos conveniente rechazar o revisar, como son la neutralidad y la objetividad en que trata de refugiar sus investigaciones un paradigma que sólo se hace cargo de las implicaciones políticas del discurso en el nivel del objeto o el sesgo que imprime en la observación y la evaluación de la traducción una definición inicial de traducción deducida fundamentalmente del sistema literario y ligada, en consonancia, a nociones tradicionalmente sacrosantas en este campo como Autor, Original o Texto. De este modo, por un lado, estableceremos afinidades con las teorías interculturales de la traducción que se encuentran más cercanas al campo de los Estudios Culturales; por otro, nos uniremos a quienes, como José Lambert o Clem Robyns, aun dentro de los estudios descriptivos, cuestionan, a la luz de la observación del fenómeno de la traducción en el contexto de la comunicación de masas, los pilares básicos del descriptivismo, como son el interés prácticamente exclusivo de la investigación en el polo receptor y la identificación de la traducción a partir de la definición de traducción vigente en la sociedad de llegada. Robyns y Lambert, entre otros, sostienen, por una parte, que la traducción es, en buena medida, un fenómeno invisible aun ubicuo, que tiende a ocultarse deslizándose como *fragmento* en lo que aparentemente es discurso original y, en el fondo, reescritura, y que, por tanto, es más útil tomar como unidad operativa de análisis para averiguar su funcionamiento el *discurso* en que sin reconocimiento social se intercala que los textos (autónomos) con que suele identificarse; por otro, que la trascendencia cultural de la traducción no sólo se obtiene estudiando lo que se traduce sino también lo que *no* se traduce, es decir, lo que la traducción descarta.

Ésta es la razón por la cual dedicamos el segundo capítulo de esta Tesis Doctoral a estudiar en profundidad, escarbando en sus ramificaciones más importantes, el discurso original (?) de la corrección política tal y como tomó forma en la sociedad de partida, en Estados Unidos. El hecho de que, con el signo tipográfico de la interrogación, pongamos en entredicho la originalidad del fenómeno proviene de la convicción de que, en este nivel inmaterial de los discursos en el que los enunciados remiten siempre a otros y las ideas se enlazan en una cadena infinita sin fin ni principio, todo *origen* es siempre táctico, motivado y artificial, menos metafísico que ideológico. En el origen al que nos remontamos en esta Tesis Doctoral, que desenterraremos con la ayuda de los métodos arqueológico y genealógico de Michel Foucault, descubriremos la corrección política como una filosofía radical e igualitarista, alimentada por el post-estructuralismo o la desconstrucción y fraguada en los círculos progresistas de las universidades norteamericanas, que adoptaron a partir de los años ochenta los sectores más críticos con una política educativa y social tendente a la homogeneidad o, mejor dicho, a la homogeneización de una nación tan diversa como los Estados Unidos de Norteamérica. Así, analizaremos los vínculos de la corrección política, en primer lugar, con el bando “revisionista” de las “guerras culturales” en las que durante las dos últimas décadas del siglo compitieron en los ambientes universitarios norteamericanos dos concepciones opuestas sobre la realidad en general y en concreto sobre la función de la institución académica, el papel del intelectual y la definición del canon en una sociedad multicultural; en segundo lugar, con quienes defendían unas posiciones ideológicas pro-minoría y en todo caso críticas con el orden establecido en el debate que, en el terreno político, enfrentó por las mismas fechas en Norteamérica dos modelos diferentes de concebir la diferencia, la democracia, la sociedad y, más concretamente, con quienes abogaban por una serie de medidas correctoras de las desigualdades como la discriminación positiva o las políticas de la identidad. Estas explicaciones, que en cierta manera requerirán nuestra inmersión en las aguas de la sociología, nos serán imprescindibles para determinar, en su momento, qué características de este discurso liberal-radical, crítico con el sistema y ciertamente subversivo, (no) han sido seleccionadas en la traducción que de lo políticamente correcto ha hecho la cultura

española; para auscultar, en último extremo, el sistema de valores vigente en la cultura de destino y, por así decirlo, algunos rasgos sobresalientes de su identidad cultural, a partir de la regla básica de que las sociedades por lo general tienden a patrocinar los elementos ideológicamente afines y a menospreciar o limar los que atentan contra sus fundamentos y ponen en entredicho su ortodoxia.

De toda la gama de enlaces e interconexiones que forman parte de esa red discursiva de lo políticamente correcto, quizá la más conocida sea la reforma lingüística por la que aboga. En realidad, el publicitado intento que se imputa a este movimiento de sustituir los vocablos y expresiones que encubren prejuicios sexistas, racistas y, en general, discriminatorios por otros más considerados a la hora de otorgar un tratamiento simbólico a las mujeres, las minorías étnicas, los colectivos marginales y los sectores de población más desfavorecidos no es sino la punta del iceberg que emerge a la superficie de toda una forma alternativa de entender el lenguaje que se hace cargo del “giro lingüístico” acaecido en nuestro siglo en el panorama general del conocimiento y de la llamada crisis de la representación sobrevenida con el post-estructuralismo. En el tercer capítulo nos adentraremos en los antecedentes y los fundamentos de esta visión del lenguaje de la que se embebe lo políticamente correcto: una visión presidida por la convicción, por decirlo una vez más con Luce Irigaray, de que hablar no es nunca neutro, de que el lenguaje no se limita a transmitir una realidad o un significado preexistentes, sino que los constituye de una cierta manera y los encaja en una escala social y de valores determinada que, a la par, con el propio uso del lenguaje se refuerza; una visión, además, que en consonancia con lo anterior se preocupa en gran manera por averiguar en nombre de quién hablan en realidad nuestras palabras y, en último extremo, por qué tipo de organización social apuestan.

Ni que decir tiene, las implicaciones de esta visión del lenguaje que niegan la existencia de realidades y significados extralingüísticos, fijos y estables al margen del contexto y de las palabras con que cobran una determinada forma son, cara a la traducción y a las reescrituras, inmensas, pues implícitamente refutan los ideales que tradicionalmente han invocado o reivindicado las mismas, como la fidelidad, la

exactitud, la integridad o la neutralidad en tanto valores absolutos. De dichas implicaciones trataremos de dar cuenta a través de ejemplos concretos. Analizaremos, en primer lugar, hasta qué punto esta visión “políticamente correcta” del lenguaje afecta a la actividad de la traducción y, por extensión, de las reescrituras. De la mano de la conocida como “Biblia PC”, veremos en qué medida cuestiona el modelo de traducción establecido, cuya vigencia es especialmente visible en el ámbito de la traducción bíblica, y en qué medida alienta una serie de prácticas y estrategias traductorales que responden a conceptos de fidelidad y adecuación relativos, contingentes, y en general a exigencias éticas alternativas. Descubriremos, de este modo, una versión de este texto sagrado que, además de entrar en contradicción con las autorizadas por proponer soluciones arriesgadas y polémicas, contrasta asimismo con el modelo acostumbrado de traducción al aceptar, confesar y explotar el hecho de que hablar —o traducir— no es nunca neutro; en otras palabras, de que nunca se traduce sin más, sino a partir de unas presuposiciones concretas, en unas circunstancias particulares, con un objetivo preciso, un lector determinado en mente y una visión específica del mundo y del Otro que inevitablemente influyen en la comprensión y reformulación de un texto cuyo significado, por otra parte, lejos de entenderse prefijado y cerrado, se sabe múltiple y en permanente construcción.

Pero también, en segundo lugar, examinaremos en este tercer capítulo el supuesto inverso; es decir, en qué medida la actividad de las reescrituras afecta a la propia corrección política. A través del análisis del proceso de reescritura al que se vio sometido en publicaciones no especializadas y en los medios de comunicación norteamericanos el discurso liberal del que se ocupa, como ya hemos dicho, nuestro segundo capítulo, comprobaremos hasta qué punto es cierto el aserto de Irigaray; hasta qué extremo los documentos que difundieron en la esfera pública ese discurso en principio marginal de lo políticamente correcto están al servicio de una ideología concreta, y en todo caso supeditados a ella. Veremos, efectivamente, de qué modo, a la par que la amplió y la propagó, un flujo considerable de reescrituras, entre las que se incluyen artículos periodísticos, los “diccionarios oficiales” de lo PC compilados por

Henry Beard y Christopher Cerf que han servido de base a la adaptación publicada en nuestra cultura por la casa editora Larousse, o los conocidos cuentos políticamente correctos de James Finn Garner cuya versión castellana publicó la editorial Circe, demonizó y/o ridiculizó esa corrección política gestada en la Universidad norteamericana; en qué medida la imagen moldeada por estas reescrituras delata el influjo de una ideología netamente conservadora y en qué otra, además, estos documentos a su vez la fortalecen y la apuntalan.

Al final de este capítulo, tendremos una idea de conjunto del alcance y los componentes de la red discursiva que en Norteamérica constituye lo políticamente correcto; una trama de significados asociados tejida, en un primer momento, como ya hemos dicho, por quienes lo defendían en el ámbito universitario estadounidense, y engordada a su vez en el paso a la esfera social con las reescrituras aportadas por sus críticos y sus detractores. Con este bagaje, podremos iniciar ya el estudio de la traducción intercultural de este discurso a la sociedad española, en cuyo análisis tanto o más iluminador que descubrir *de qué modo* se ha desarrollado esta traducción cultural será determinar *qué* se ha traducido. Los principios de selección que han llevado a nuestra cultura a primar ciertos elementos de toda esa malla discursiva y, por el contrario, a relegar o descartar por completo otros, efectivamente, en cierto modo nos permiten radiografiar nuestra mentalidad, calibrar nuestra tolerancia a los postulados de este discurso extranjero e incluso diagnosticar las necesidades y carencias de nuestra identidad cultural, y sin duda apuntan a las estructuras ideológicas y de representación que condicionan su traducción.

De hecho, la incorporación de los discursos extranjeros, lejos de partir de cero y de construir la imagen del Otro sobre un vacío, se ve siempre influida por imágenes preexistentes de él, por una predisposición hacia lo ajeno y por una serie de estereotipos sobre la otra cultura que bien se reactualizan bien se refutan, pero que en ambos casos median y dejan su huella. El cuarto capítulo de esta Tesis Doctoral, dedicado a la traducción intercultural de la corrección política, se abre precisamente con la consideración de las actitudes, los tópicos y los prejuicios vigentes en nuestra cultura

frente a la norteamericana que repercuten —y afloran—, condicionando el lugar y el alcance que se otorga al Otro, en la traducción cultural que nos ocupa; una traducción cultural, dicho sea de paso, en la que las (reconocidas como) traducciones son abundantísimas. Puesto que cantidad no implica necesariamente diversidad, comprobaremos qué autores y obras relacionados con lo políticamente correcto se han traducido en nuestro país, a qué política editorial responden y qué imagen para lo PC configuran, notablemente cercana, ya lo adelantamos, a la imagen patrocinada por los conservadores en los Estados Unidos. Además, centrándonos de manera especial en *La cultura de la queja*, la traducción al castellano de la obra *Culture of Complaint* de Robert Hughes, veremos qué tipo de estrategias lingüísticas, retóricas, poéticas e ideológicas utilizan los traductores a la hora de trasvasar estas obras que, de un modo u otro, escriben la corrección política; en qué modo éstas reflejan la percepción que de lo PC se tiene en nuestra cultura; y, al contrario, de qué manera contribuyen a consolidar esa percepción al revertir en otras reescrituras —artículos periodísticos, trabajos en revistas especializadas, reseñas, etc.— que las secundan o las imitan.

En nuestro estudio, sin embargo, no sólo trataremos de determinar la influencia de las (reconocidas como) traducciones en las reescrituras que, en mayor o menor grado, la(s) incorporan. El influjo, en realidad, es bidireccional, mutuo. Por ello, analizaremos asimismo el papel determinante de las reescrituras a la hora de condicionar las traducciones, e incluso de condicionar su existencia. Así, veremos por ejemplo cómo las reescrituras han frenado, con sus dictámenes desfavorables, la perspectiva de una versión al castellano de la Biblia políticamente correcta; cómo, por otra, han alentado en nuestra cultura la necesidad de ciertas traducciones, como la de los cuentos políticamente correctos de James Finn Garner, aun cuando al tiempo hayan tratado también de establecer las reglas a las que éstas debían plegarse. Con el análisis de la versión de estos cuentos realizada por Gian Castelli Gair para la editorial Circe, exploraremos hasta qué punto responde la traducción a las expectativas creadas en la sociedad de destino, es decir, en qué grado se somete a las restricciones ideológicas y poéticas predominantes y da primacía a éstas frente a las de la corrección política que,



aun paródicamente, el original suscribe. Trataremos, pues, de hacernos cargo de las *normas* vigentes en nuestra cultura; también de su flexibilidad, de su capacidad de variación y adaptación, de su ductibilidad y, en último extremo, de su cambio.

De hecho, en este cuarto capítulo iremos viendo que las estrategias que emplean las traducciones van modificándose en paralelo con las transformaciones perceptibles en las pautas que sigue el fenómeno más amplio en el que se inscriben de traducción cultural, un proceso paulatino y evolutivo en el que, al tiempo que varía la percepción del Otro, varían asimismo los comportamientos propios; es decir, se transforma el Mismo. Y es que, si bien los Estudios de Traducción en general y André Lefevere en particular han centrado prioritariamente la atención de sus investigaciones sobre casos concretos en las modificaciones que —la *norma* obliga— suelen experimentar los originales para resultar aceptables en el contexto de destino, en este trabajo también trataremos de vislumbrar en qué medida la traducción de lo políticamente correcto ha contribuido a variar los umbrales de aceptabilidad vigentes en nuestra cultura, y en qué aspectos, al integrarse en el nuevo contexto, ha variado nuestra identidad cultural. En este sentido, la elaboración de un diccionario en el que lo PC se explica con referentes culturales autóctonos o la traducción “políticamente correcta” de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, por ejemplo, dan idea de cómo el discurso de la corrección política, en principio despreciado como una extravagancia típicamente norteamericana, ha demostrado su relevancia para la cultura de destino y ha logrado mezclarse, hibridarse con los discursos autóctonos.

Ahora bien, como veremos, la hibridación no siempre es regular y predecible; es un proceso en cierta manera fortuito, imprevisible, azaroso, que a la vez que garantiza la supervivencia de los discursos en culturas diferentes a las que les dan origen implica y genera transformaciones, negociaciones, (con)cesiones y cambios que instauran la diferencia, cuando no la incongruencia, entre la traducción y lo traducido. De hecho, como de ello dan prueba numerosos artículos periodísticos que se apropian de lo PC para sus fines particulares u otro tipo de reescrituras, la corrección política que campa por nuestra cultura presenta notables divergencias con respecto a la norteamericana de

la cual emana, e incluso incurre en acusadas contradicciones y conflictos con ella. Es más, no sólo difieren en cuanto a las asociaciones que generan. El alcance de lo PC, como queda de manifiesto al comparar las traducciones al español publicadas en nuestro país y en Estados Unidos de las obras de una autora como Sandra Cisneros, que también analizaremos, es asimismo bien distinto.

Todo ello nos lleva, en primer lugar, a subrayar la necesidad de reparar en la *diferencia cultural* en una época en la que los mitos de la globalización y la presencia internacional de ciertos discursos como la corrección política dificultan su percepción e impiden hacerse cargo de las divergencias que la traducción salva y, sobre todo, de las que instaura; en segundo lugar, a recalcar la *provisionalidad* de esas diferencias. No en vano, las culturas o, mejor dicho, las identidades culturales no son entidades férreas, rígidas e inflexibles, muertas, sino variables, móviles, cambiantes, vivas, como demuestra la traducción y por otra parte gracias a ella. Una traducción que, en el caso que nos ocupa y como recordamos en la sección final, “Punto y seguido”, es tan inconclusa como lo son sus efectos; inconclusa, por tanto, como a la fuerza es su estudio. Pero para poder determinar entonces que es imposible ponerle fin, habremos de empezar primero por darle un comienzo: por situar la corrección política en el punto de mira de los Estudios de Traducción.

**1. LA CORRECCIÓN POLÍTICA  
EN EL PUNTO DE MIRA DE LOS  
ESTUDIOS DE TRADUCCIÓN**

En un arrebato de euforia universalista y de optimismo rebelde contra lo que secularmente hemos interpretado como la insalvable maldición de Babel, asegura Wolfram Wilss en una reciente obra:

[a] good example for the translatability of epistemic matter is the present ‘political correctness’ debate in the USA, which causes no transfer problems whatsoever, as the widespread discussion of this phenomenon in Europe shows. Hence, one should not overstress cultural differences<sup>1</sup>.

Por decirlo brevemente, la Tesis Doctoral que aquí comienza constituye en lo básico una refutación de la citada declaración de Wilss. En parte, es de ley reconocerlo, sí suscribimos algo que el aserto expresa aun sólo tácitamente, a saber, que las implicaciones del trasvase del discurso originalmente norteamericano de la corrección política son, en el fondo, de orden *epistémico*. No en vano, según trataremos de argumentar, tras lo que desde nuestra posición cultural percibimos como una referencia cultural aparentemente vacua y multiuso, tras el comodín de lo políticamente correcto, puede encontrarse agazapada una arriesgada filosofía de liberación y ruptura con la tradición racionalista ilustrada; un proyecto utópico, subversivo, de enérgica denuncia contra las lógicas incuestionadas en las que se asientan los modelos de pensamiento y conducta imperantes en Occidente; un ideario antihegemónico que se pone del lado de las minorías; en definitiva, una epistemología alternativa que comenzó a fraguarse hace ya varias décadas en los círculos radicales de las universidades norteamericanas. De ahí que, según mantendremos en esta obra, el estudio de la corrección política, y con más razón si cabe el de su transferencia intercultural, adquiera las dimensiones de una empresa en buena medida filosófica<sup>2</sup>.

Obviamente, también debemos concederle a Wilss que, como asegura, la cuestión originalmente estadounidense de lo políticamente correcto ha calado en

---

<sup>1</sup> Wolfram Wilss, *Knowledge and Skills in Translator Behaviour*, Amsterdam/ Filadelfia, John Benjamins, 1996, pág. 88.

<sup>2</sup> En este sentido coincidimos con Jung Min Choi y John W. Murphy, *The Politics and Philosophy of Political Correctness*, Westport/ Connecticut/ Londres, Praeger, 1993, pág. 30: “Explaining the impact of PC thus becomes a philosophical endeavor”.

Europa. Desde luego, en lo que a nuestro país respecta, a juzgar por la aparente ubicuidad de que hoy por hoy goza el sintagma y como de ello trataremos de dar cuenta a lo largo de estas páginas, tampoco puede negarse que la corrección política se encuentra cómodamente instalada en España, donde sin temor a incurrir en la exageración cabe afirmar que cualquier práctica, suceso, comportamiento, actitud o iniciativa de nuestra actualidad sociopolítica y cultural está expuesta al veredicto de un arbitraje que lo emplazará categóricamente en el terreno ya de lo políticamente correcto ya de lo incorrecto.

Igualmente convenimos con Wilss en la “traducibilidad” del fenómeno, pero se hace necesario puntualizar que ciertamente esta coincidencia resulta algo más forzada. No en vano, como explica Carbonell, para avalar su tesis Wilss identifica un núcleo conceptual compartido, supracultural e invariable<sup>3</sup>. Efectivamente, al contrario de lo que, dicho sea de paso, postula la corrección política, Wilss invoca la existencia de una serie de ideas de carácter universal que “resisten” la violencia de la traducción, que trascienden y salvan las particularidades de las diferentes culturas<sup>4</sup>. La corrección política, para este autor, no sería sino una de esas ideas universales o universalizables; a lo sumo, un conjunto de ellas. En cierto modo, la actitud de Wilss no hace sino ilustrar el idealismo que, según Lawrence Venuti<sup>5</sup>, persiste a la hora de evaluar el papel que desempeña la traducción en la transmisión intercultural de las corrientes de pensamiento. Como de ello da prueba el caso de Wilss, por lo general tiende a considerarse que los trasvases de las filosofías operan meramente una transformación lingüística (en el nivel “formal”, como si dijéramos), sin que la carga conceptual, el “contenido” de estos discursos, su materia epistémica abstracta, se juzgue alterado en modo alguno. La doctrina aristotélica, se piensa, *es* la doctrina aristotélica,

---

<sup>3</sup> Cf. Ovidi Carbonell i Cortés, *Traducción y cultura. De la ideología al texto*, Salamanca, Ediciones Colegio de España, 1999, pág. 134.

<sup>4</sup> Wolfram Wilss, *op. cit.*, pág. 89.

<sup>5</sup> Cf. Lawrence Venuti, “Philosophy”, *The Scandals of Translation. Towards an Ethics of Difference*, Londres y Nueva York, Routledge, 1998, págs. 106-123.

independientemente de que se lea (y cuándo se lea) en francés, español, rumano, hindi o alemán. La corrección política, dice Wilss, *es* la corrección política, independientemente de la forma que tome en Norteamérica y en Europa, y no vale la pena, por tanto, como apostilla, exagerar la trascendencia de las diferencias culturales.

En nuestro caso, por contra, la defensa de la “traducibilidad” de la corrección política no resta un ápice de importancia a unas sustanciosas divergencias que, al contrario de lo que mantiene Wilss, en nuestra opinión han condicionado determinadamente el transvase de lo políticamente correcto al contexto europeo. No se justifica, pues, *a costa de* ellas (negándolas, aniquilándolas), ni *a pesar de* ellas (decretando su insignificancia aun a sabiendas de su existencia), sino más bien *por* ellas o (contando) *con* ellas, en todo caso. A nuestro entender, la *diferencia* no imposibilita la traducción, sino que es consustancial a ella y la constituye. La “traducibilidad”, por tanto, se respalda en la convicción de que el tráfico transfronterizo de este discurso constituye una *traducción* de pleno derecho; eso sí, con todo lo que ello implica a partir de una concepción, perceptible asimismo en la corrección política, más relativista (anti-idealista, en último término) del lenguaje y de la cultura que la que suscribe Wilss, en la que, lejos de tomar el lenguaje por un vehículo transparente de transmisión del Sentido, lenguaje y cultura en cierta medida determinan el pensamiento, cuando no lo constituyen<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> En este contexto adquiere sentido la distinción que traza Lawrence Venuti (“Introduction”, en Lawrence Venuti [ed.], *The Translation Studies Reader*, Londres y Nueva York, Routledge, 2000, especialmente págs. 5-6) entre visiones instrumentales y hermeneúticas del lenguaje, así como las correspondientes teorías de la traducción a las que dan lugar, que reproducimos *in extenso*: “Some translation theories have assumed an instrumental concept of language as communication, expressive of thought and meaning, where meanings are either based on reference to an empirical reality or derived from a context that is primarily linguistic, but may also encompass a pragmatic situation. Other theories have assumed a hermeneutic concept of language as interpretation, constitutive of thought and meaning, where meanings shape reality and are inscribed according to changing cultural and social situations. An instrumental concept of language leads to translation theories that privilege the communication of objective information and formulate typologies of equivalence, minimizing and sometimes excluding altogether any question of function beyond communication. A hermeneutic concept of language leads to translation theories that privilege the interpretation of creative values and therefore describe the target-language inscription in the foreign text, often explaining it on the basis of social functions and effects.” La opinión de Wilss con respecto a la traducción de la corrección política podría encuadrarse, creemos, en el primer grupo; la nuestra se alinearía más bien con el segundo tipo.

A partir de estos presupuestos, asumimos, con Lawrence Venuti<sup>7</sup>, que la traducción de las filosofías no descansa en la transmisión del pensamiento —de *un* pensamiento perfectamente delimitado— a través de unas fronteras culturales y lingüísticas, sino que constituye y alienta más pensamiento, *otro* pensamiento, autóctono, diferencial, indisoluble de su nueva expresión lingüística y de los valores, las creencias, los juicios y los prejuicios que rigen en la coyuntura precisa en que se (re)enuncia, en la que se engasta.

Así, iniciamos el análisis de la traducción de la corrección política convencidos de que su transferencia no se ajusta al modelo mimético, a la clonación de su supuesta esencia en otra cultura o, como sugieren las palabras de Wilss, al traslado inaccidental de la materia que la conforma. Como sugiere Andrew Chesterman, la tradicional conceptualización de la traducción como tránsito (lo que él llama “the source-target supermeme”) parece ignorar el hecho de que los fenómenos culturales, en su desarrollo intercultural, “do not *move*: they are not absent from the source culture when they appear in the target culture. They do not move, they spread, they replicate”<sup>8</sup>. Por eso coincidimos con este autor en la necesidad de proponer una imaginaria explicativa alternativa:

In place of the metaphor of movement, therefore, I would suggest one of propagation, diffusion, extension, even evolution: a genetic metaphor. Evolution thus suggests some notion of progress: translation adds value to a source text, by adding readers of its ideas, adding further interpretations, and so on.<sup>9</sup>

O, por robarle una poética imagen a Julia Kristeva, se trataría más bien de un *injerto*<sup>10</sup>, que germina y sobrevive alimentándose, contaminándose de la savia propia de

---

<sup>7</sup> Lawrence Venuti, *The Scandals of Translation. Towards an Ethics of Difference*, especialmente pág. 108.

<sup>8</sup> Andrew Chesterman, *Memes of Translation. The Spread of Ideas in Translation Theory*, Amsterdam/ Filadelfia, John Benjamins, 1997, pág. 8.

<sup>9</sup> *Id.*

<sup>10</sup> Julia Kristeva, *El porvenir de una revuelta*, Barcelona, Seix Barral, 2000, pág. 100. Trad.: Lluís Miralles.

donde se implanta; de “una adopción”, por tanto, “de consecuencias imprevisibles”<sup>11</sup>. De hecho, en esta Tesis Doctoral sostenemos que, a través de la traducción, se ha configurado en la cultura europea una corrección política particular, diferente; una corrección política, cabe conjeturar, que en ciertos aspectos quizá resultaría en su contexto original, en Estados Unidos, políticamente incorrecta; una corrección política, en nuestro caso, a la española.

A esta sospecha nos inclina la observación de que por nuestro panorama cultural se pasea, como veremos con más detenimiento en el cuarto capítulo, una corrección política que difiere y excede de esa ideología radical originalmente norteamericana, de la que ya hemos dado unas pinceladas, que acude en defensa de las minorías, cuestiona las injusticias sociales inherentes al sistema capitalista, fomenta el respeto (social y lingüístico, simbólico) de las más variadas formas de vida e impugna la legitimidad de las opciones supuestamente apolíticas. *Además de* ello, o incluso *en lugar de* ello, lo políticamente correcto en España es (a la par y cuando menos) sinónimo de comportamientos conformistas e insurrectos, autocomplacientes y críticos, excéntricos y normalizados, adalid del igualitarismo y de la más feroz competencia, heterodoxia académica y pensamiento único, prescripción lingüística de un lenguaje politizado y apoteosis de lo neutro, garante de lo alternativo y ejecutor de una ortodoxia totalizadora, (per)seguidor de la diferencia, (in)fiel a lo minoritario, defensor de los (des)favorecidos; contradicción y paradoja, en suma, tanto en los difusos contornos de nuestra cultura como en relación con la de origen.

\* \* \*

Por paradójico que pueda parecer, no obstante, esta constatación no es el preámbulo de una acusación por la negligencia con la que se ha llevado a cabo la importación de esta corriente de pensamiento, por la imperfección con la que se ha saldado esta transacción de ideas, por el abismo que media entre lo que es/era la corrección política y en lo que ha degenerado o, dando un salto cualitativo, por lo difícil

---

<sup>11</sup> *Id.*



que con tanta disparidad, y tan evidente, lo tenemos para proclamar con Wilss una fe ciega en unas estructuras de significación profundas, universales, comunes a todos los seres humanos que explican para él el hecho de que, como arguye citando a Nida, “human experience is so much alike throughout the world”<sup>12</sup> y que en último término les sirven de base para suscribir la tesis de la traducibilidad de las culturas. En este estudio también defendemos esa tesis, aunque no en sus términos. Como Budick, no juzgamos que sea siempre tan deseable la versión tradicional que, igualando la utopía a la “traducción *mutua* de las culturas”, en realidad aboga por una homogeneización total<sup>13</sup>. Pero, aparte de deseable, tampoco juzgamos que sea posible. Hasta cierto punto, convenimos con la idea central defendida por J. Hillis Miller de que al viajar, al traducirse, las ideas se dislocan; de que al tomar otra forma, se deforman<sup>14</sup>; de que, en definitiva, “mistranslation of theory, in the action of crossing borders, is inherent in theory itself”<sup>15</sup>. Incluso nos permitimos reformularla hasta decir que el equívoco (*mistranslation*) es consustancial a la traducción; que ambos convergen en un mismo término: “(mis)translation”. Por eso, la constatación si acaso da pie a una reivindicación de *la importancia de la diferencia* —que no es lo mismo que reivindicar la diferencia a secas— y, al estilo de Grosman<sup>16</sup>, a una apuesta por su reconocimiento en unas

---

<sup>12</sup> Eugene Nida *apud* Wolfram Wilss, *op. cit.*, pág. 90.

<sup>13</sup> Sanford Budick, “Crisis of Alterity”, en Sanford Budick y Wolfgang Iser (eds.), *The Translability of Cultures. Figurations of the Space Between*, Stanford, Stanford University Press, 1996, pág. 2.

<sup>14</sup> J. Hillis Miller, “Border Crossings, Translating Theory: Ruth”, en Sanford Budick y Wolfgang Iser (eds.), *op. cit.*, pág. 220. Este ensayo se ha traducido al castellano: *Cruce de fronteras. Traduciendo Teoría*, Valencia, Amós Belinchón, Cuadernos Teóricos 4, 1992-1993. Trad.: Mabel Richard.

<sup>15</sup> Sanford Budick, *art. cit.*, pág. 8.

<sup>16</sup> Meta Grosman, “Cross-cultural Awareness: Focusing on Otherness”, en Cay Dollerup y Anne Loddegaard (eds.), *Teaching Translation and Interpreting 2. Insights, Aims, Visions. Papers from the Second Language International Conference. Elsinore, Denmark, 4-6 June 1993*, Amsterdam/ Filadelfia, John Benjamins, 1994, pág. 51: “This article discusses cross-cultural awareness as an awareness of the otherness and differentness of others, or rather, of foreign cultures in all their complexity. . . . If cross-cultural awareness is cultivated, it can prevent the automatic tendency to perceive the other and the different in terms of the known and the familiar, whereby foreign texts are divested of their very otherness.”

circunstancias históricas en las que, creemos, somos propensos a padecer una nueva ceguera ante la diversidad; una ceguera para la cual apenas se han encontrado remedios.

No es, desde luego, una ceguera semejante a la que han diagnosticado el posmodernismo, el post-estructuralismo y, sin ir más lejos, la propia corrección política en los modelos supuestamente universalistas heredados del pasado —ésos que decían hablar en nombre de la humanidad sin escuchar, y silenciando incluso, las voces desafinadas con el patrón “humano” normalizado. Para esta tradicional ceguera, como también veremos en esta Tesis Doctoral, ya se van proponiendo las lentes correctoras de nuevas categorías de resistencia y análisis (por ejemplo, la raza o el género) con las que apreciar los matices de unos valores que anteriormente percibíamos como meramente “genéricos”.

La nueva ceguera a la que nos referimos es una que sobreviene por deslumbramiento. Estamos tan habituados a sabernos empadronados en una “aldea global”, tan asumida tenemos nuestra condición de ciudadanos de un mundo, como redundantemente proclaman, mundializado, que nos hemos dejado engatusar por sus quimeras, y a menudo damos por cumplidas las promesas malthusianas de una cultura compartida, de una base conceptual común a una colectividad planetaria, de un verdadero universalismo posibilitado por la disponibilidad instantánea de un capital (trans)cultural globalizado<sup>17</sup>; un pensamiento que oculta una vez más la traducción en tanto dificulta que nos hagamos cargo de la importancia y la trascendencia de sus implicaciones. Dice Gabriel Motzkin lo siguiente:

---

<sup>17</sup> Véanse las entradas “Global Village” y “McLuhanism” en la obra de Tony Thorne, *Fads, Fashions & Cults. From Acid House to Zoot Suit 3/4 via Existentialism and Political Correctness. The Definitive Guide to (Post-)Modern Culture*, Londres, Bloomsbury, 1993, págs. 96 y 151-152 respectivamente. Véase asimismo Don Tapscott, “Promesas y peligros de la tecnología digital”, prefacio a Juan Luis Cebrián, *La red. Cómo cambiarán nuestras vidas los nuevos medios de comunicación*, Madrid, Taurus, 1998, págs. 13-34. Para una crítica de estas quimeras, véase Pierre Bordieu, *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*, Barcelona, Anagrama, 1998. Trad.: Joaquín Jordá; *Globalización, políticas de bienestar e incremento de la desigualdad*, número especial de *New Left Review*, noviembre/ diciembre de 2000; Pepa Roma, *Jaque a la globalización. Cómo crean su red los nuevos movimientos sociales alternativos*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 2001.

The blurring of cultural boundaries obscures the task of translation. Cultural interpenetration appears to mean that the act of translation becomes less difficult. But is this so? Or does the convergence of cultures not rather make translation *more* difficult as the boundaries between the own and the other seem to fade? Does not translation rather imply that what is read, assimilated, and therefore remembered, hovers at the edge of identity, as something that is neither quite own nor quite other?<sup>18</sup>

Interpelados por Motzkin, y por otros autores como Venuti y Hermans que han señalado, como constata Christina Schäffner, que al contrario de lo que se piensa “translation does not always enhance cross-cultural understanding, and does not always narrow the gap between different cultures”<sup>19</sup>, el nuestro es un intento de reflexionar sobre la diferencia cultural y su manifestación (en apariencia no manifiesta) en la traducción de un discurso “internacional” como la corrección política; una llamada a resistir la fuerza hipnotizadora del comunitarismo sólo aparente, ilusorio, engañoso sobre el que se asienta.

Hemos de desconfiar, primero, de la proclamada ascendencia universal de dicho “comunitarismo”. Al igual que la versión tradicional del universalismo tiene en realidad —o al menos a ojos de las filosofías antifundacionistas, post-estructuralistas y, como veremos, de la corrección política— un linaje racista, sexista, imperialista y eurocéntrico, se diría que el cibermodelo en el que se ha regenerado, por más que difumine sus señas de identidad, se delata oriundo de un lugar concreto. La globalización, comenta Bordieu en *Contrafuegos*, no es una homogeneización, sino la extensión de la influencia de un pequeño número de naciones dominantes<sup>20</sup>. Vicente Verdú afina aún más:

El modelo de vida y relaciones que se anuncia con la informática, las autopistas de la telecomunicación y el desarrollo de la telemática se aviene como un diseño a medida de la cotidianidad norteamericana. Lo que se anuncia y ya está aquí tiene menos de un

---

<sup>18</sup> Gabriel Motzkin, “Memory and Cultural Translation”, en Sanford Budick y Wolfgang Iser (eds.), *op. cit.*, págs. 265-266.

<sup>19</sup> Christina Schäffner, “Editorial: Globalisation, Communication, Translation”, en Christina Schäffner (ed.), *Translation in the Global Village* (nº. especial de la publicación *Current Issues in Language & Society* de Multilingual Matters), vol. 6, nº. 2, 1999, pág. 98.

<sup>20</sup> Pierre Bordieu, *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*, págs. 55-56.

neutro fenómeno universal que de una universalización del modo de vida norteamericano.<sup>21</sup>

En cualquier caso, y por aprovechar una diferencia que traza Vázquez Montalbán, conviene percatarse de que, tras “eso que llamamos *globalización*”, hay “globalizadores y globalizados”<sup>22</sup>. Hemos de recapacitar, en segundo lugar, sobre si es en verdad deseable acoger con los brazos abiertos lo que se nos presenta como una nueva utopía. Julia Kristeva advierte de que bajo las aparentes bondades de una aldea y una conciencia globales se encubre otro proyecto de exclusiones, para después sugerir veredas alternativas:

En el “nuevo orden mundial”, Norteamérica impone una oligarquía a la vez monetaria, económica y cultural cuya marca de fábrica es el liberalismo, pero cuyo riesgo es la exclusión de una cierta libertad humana. Otras civilizaciones aportan otras concepciones del ser humano. Se les debería permitir ocupar su lugar, más allá de la globalización en curso y para corregir esta globalización mediante la diversidad; porque la diversidad de los modelos culturales es la única prueba de respeto hacia esta “humanidad”.<sup>23</sup>

De ahí nuestra interpelación para no capitular ante la uniformidad reinante o, cabría puntualizar, quizá meramente asumida, (pre)supuesta como tal, pues con toda seguridad el alcance real de la globalización dista del que se atribuye a su mito<sup>24</sup>. En cualquier caso, no basta con esgrimir la sospecha: también hemos de sustraernos al imperio —menos evidente pero no por ello menos subyugador, menos peligroso— de este espejismo, y a su capacidad embaucadora. Como ilustra la reacción de Wilss ante el

---

<sup>21</sup> Vicente Verdú, *El planeta americano*, Barcelona, Anagrama, 1996, pág. 158.

<sup>22</sup> Manuel Vázquez Montalbán, “Entre Davos y Seattle”, *El País (Babelia)*, 1 de julio de 2000, pág. 11.

<sup>23</sup> Julia Kristeva, *El porvenir de una revuelta*, págs. 120-121. Es preciso señalar, no obstante, que las objeciones que presenta esta autora contra la globalización del (que se identifica como el) *modelo* norteamericano no le impiden defender y adular el *modelo de sociedad* norteamericano, del que admira su hospitalidad.

<sup>24</sup> Ésta es la opinión que expresa George Steiner en su Prefacio a la segunda edición de *After Babel*. Como los anteriormente citados, Steiner resalta la supremacía de lo que él denomina el “esperanto angloamericano”, la presencia en los cimientos de la comunicación mundial de un subtexto, una prehistoria lingüística, como la llama, fundamentalmente angloamericana. No obstante, en esta segunda edición, Steiner expresa sus dudas sobre el alcance real de la uniformización a la vista del resurgimiento de las identidades nacionales, étnicas y regionales (Cf. *After Babel*, Oxford, Oxford University Press, [1975] 1992, pág. xvii).

caso de la corrección política, la presencia internacional de determinados discursos y la aparente omnipresencia de ciertas ideas y lógicas alimentan la creencia de que, a pesar de Babel, la humanidad habla un mismo lenguaje y en los mismos términos, de que por fin participamos de una conciencia universal<sup>25</sup>. Por innovadora que parezca esta nueva materialización del talante universalista gracias a su revestimiento tecnológico y a su formato informatizado, el peligro que encierra no es en absoluto moderno, sino ancestral, inveterado: el de servir de coartada a lo que Adorno denominara la *personalidad autoritaria*; el de reforzar el temperamento etnocéntrico. No en vano, la facilidad con la que, en este mundo globalizado, podemos encontrar, por analogía de las palabras-fetichismo en las que lo delegamos, lejanos aires de familia entre el sentir de nuestra cultura y el de otras voces distantes, otros discursos remotos, brinda a las sociedades una oportunidad de oro para que, deliberada o involuntariamente, recubran sus localismos con una supuesta validez universal y tengan los (pre)juicios propios por naturales, normales, ratificados; una ocasión para que, acto seguido, se cierren en sus creencias y las entiendan como lo objetivo, lo neutral, lo verdadero; y un pretexto para que, finalmente, propongan esas verdades como el rasero de lo tolerable, y de resultados de lo anterior, nieguen, por anómalo y viciado, lo diferente y la posibilidad de interpretarlo como variedad saludable, como enriquecimiento.

En efecto, en coalición con el tradicional presupuesto antropológico aún vigente que, según denuncia Gayatri Spivak, reza que cualquier persona procedente de una cultura es una actualización de la cultura misma<sup>26</sup>, la globalización fomenta un peligroso envalentonamiento: la creencia (o la inconsciencia) de que podemos hablar en nombre de otros, de todos, cuando legítimamente sólo lo hacemos en el propio; la arrogancia de asegurar ser hablantes de un idioma universal cuando malamente dominamos uno de sus *dialectos*, el término particular de Gianni Vattimo para

---

<sup>25</sup> Juan Luis Cebrián, “Hacia la creación de una conciencia universal”, *op. cit.*, págs. 177-194.

<sup>26</sup> Gayatri Chakravorty Spivak, “The Politics of Translation”, *Outside in the Teaching Machine*, Londres y Nueva York, Routledge, 1993, pág. 187.

identificar los elementos locales que, a su modo de ver (y al nuestro), convendría subrayar.

Eso sí, en ninguno de ambos casos se entiende este énfasis en la diversidad como su celebración acrítica, pues con ello únicamente conseguiríamos sustituir la patología del universalismo por la de la diferencia, por el fundamentalismo<sup>27</sup>. Nuestro propósito se acerca, en este camino intermedio, al que describe Venuti en *Translation Horizons*:

My goal is not an essentializing of the foreign, but resistance against ethnocentrism and racism, cultural narcissism and imperialism, in the interests of democratic geopolitical relations. Hence, my project is the elaboration of the theoretical, critical, and textual means by which translation can be studied and practiced as a locus of difference, instead of the homogeneity that widely characterizes it today.<sup>28</sup>

Así, el interés en la diversidad no debe degenerar en una legitimación de la diferencia por la diferencia. Tampoco hace ningún favor a lo Otro, comenta Spivak, la benevolencia<sup>29</sup>. Más que la búsqueda ofuscada y la sublimación de la esencia de lo particular, por tanto, se trataría más bien de constatar su irrealidad. Por volver con Vattimo, la atención a lo local resultaría en un beneficioso efecto de *desarraigo*, de análisis y cuestionamiento de la propia identidad dialectal, pues:

[s]i, en fin de cuentas, hablo mi dialecto en un mundo de dialectos, seré también consciente de que no es la única lengua, sino cabalmente un dialecto más entre otros muchos. Si profeso mi sistema de valores—religiosos, estéticos, políticos, étnicos—en este mundo de culturas plurales, tendré también una conciencia aguda de la historicidad, contingencia, limitación de todos estos sistemas, comenzando por el mío.<sup>30</sup>

---

<sup>27</sup> Véase el epígrafe titulado “Pathologies of Universalism and Difference”, en Michael Cronin, “The Cracked Looking Glass of Servants. Translation and Minority Languages in a Global Age”, en Lawrence Venuti (ed.), *Translation & Minority* (número monográfico), *The Translator*, vol. 4, n.º. 2, noviembre de 1998, págs. 155-156.

<sup>28</sup> Lawrence Venuti, “Translation as a Social Practice: or, the Violence of Translation”, en Marilyn Gaddis Rose (ed.), *Translation Horizons. Beyond the Boundaries of ‘Translation Spectrum’*. *Translation Perspectives IX*, Binghamton, Center for Research in Translation (State University of New York), 1996, pág. 211.

<sup>29</sup> Gayatri Chakravorty Spivak, “Questions of Multi-culturalism”, en Sarah Harasym (ed.), *The Postcolonial Critic. Interviews, Strategies, Dialogues*, Londres, Routledge, 1990, págs. 59-60.

<sup>30</sup> Gianni Vattimo, “Posmodernidad: ¿una sociedad transparente?”, en Gianni Vattimo *et al.*, *En torno a la posmodernidad*, Barcelona, Anthropos, 1994, págs. 17-18. Trad.: Josu Erdozain y Vicente Huici.

\* \* \*

En este sentido, la traducción (y su análisis) constituye un *locus* privilegiado donde caer en la cuenta de que, por universales que parezcan nuestras palabras o sus ecos, hablamos en dialecto; donde tomar conciencia de la diferencia cultural, lo que, dicho sea de paso, equivale a decir la cultura. No en vano, los contornos de una cultura se establecen a través de distinciones, siempre transitorias, entre lo propio y lo ajeno, lo semejante y lo diferente, lo Mismo y lo Otro<sup>31</sup>; distinciones que no se revisan sino cuando dicha cultura debe aclarar el régimen de propiedad —tanto en términos de pertenencia como de conveniencia— de lo que le llega de fuera. Eso hace de la traducción, como dice Theo Hermans en una imagen esclarecedora que vale la pena rescatar de un breve pero delicioso ensayo suyo, una ventana con vistas a la percepción que una cultura tiene de sí misma, un indicador de sus propias señas de identidad, un reflejo del modo en que se autodefine<sup>32</sup>. A su vera, en esta obra nos proponemos demostrar que en el estudio de la traducción las culturas cuentan con un revolucionario instrumento de autoanálisis. Así, a través del tratamiento que ha recibido el discurso originalmente norteamericano de la corrección política en España, trataremos de radiografiar la disposición cultural con la que hemos acogido unos retazos socioculturales en última instancia externos; por extrapolación, trataremos de diagnosticar nuestra actitud hacia un discurso que en un principio traía estampado el sello de lo Otro, hacia esta particular manifestación de lo diferente y los límites que, en cada momento de este proceso, han ido separando su territorio del nuestro. En último extremo, aspira a ser éste un estudio, necesariamente circunscrito y limitado, de lo que con Vattimo denominamos metafóricamente nuestro dialecto, de su gramática y su

---

<sup>31</sup> Véase, en esta línea, Theo Hermans, *Translation in Systems. Descriptive and System-oriented Approaches Explained*, Manchester, St. Jerome, 1999, págs. 94-96.

<sup>32</sup> Theo Hermans, *Translation's Other (Inaugural Lecture)*, Londres, University College London, 1996, pág. 15.

sintaxis<sup>33</sup>; y, claro está, de su evolución y de su cambio por mor del contacto —y del contagio— con otros modos de pensar, de hablar, de existir —en definitiva, con otro(s) dialecto(s).

Esta seguridad con la que postulamos la validez de la traducción a modo de barómetro sociológico parte necesariamente de la convicción de que, por un lado, lejos de ser un fenómeno marginal y autorregulado, es parte integrada e integrante del cuerpo social, de un todo orgánico, y, por otra, desempeña una función primordial en tanto elemento constituyente y fuerza motora en la evolución y formación de las identidades colectivas, de las culturas y, en último extremo, de las sociedades. Esta razón es la que nos lleva a inscribir nuestra investigación en el marco por otra parte extraordinariamente desdibujado, heterogéneo y ecléctico de lo que ha dado en llamarse las *teorías interculturales de la traducción*, que suelen identificarse como la descendencia directa —o, según ciertas opiniones, el necesario relevo— de los planteamientos del grupo de los Países Bajos y/o de Tel Aviv, de la Escuela de la Manipulación e incluso de la vertiente sistémica e histórico-descriptiva de los Estudios de Traducción, que para algunos aún las anteriores. Ciertamente, todas estas orientaciones están informadas por un bagaje teórico compartido y de hecho remiten a una comunidad de investigadores relativamente reducida, a un “colegio invisible” bastante centralizado. De todos modos, dicho sea de antemano, aun reconociendo la deuda que tenemos contraída con los estudios descriptivos de traducción, nos suscita grandes reservas adscribir nuestro trabajo a este enfoque.

\* \* \*

---

<sup>33</sup> Como ya se habrá podido intuir, la orientación de nuestro trabajo dista mucho de ser eminentemente lingüística. Sin embargo, creemos conveniente traer a colación estos términos con los que, en relación con la idea de *dialecto*, Gianni Vattimo hace un nuevo guiño a la diferencia y, a la par, avisa para eludir la trampa del relativismo extremo: “este proceso de liberación de las diferencias no es necesariamente el abandono de toda regla [ . . . ]: también los dialectos tienen una gramática y una sintaxis” (*art. cit.*, pág. 17).



Con todo, dejaremos las reservas para más adelante y empezaremos por éstos, y por la convergencia del resto de los mencionados en ellos. Desde un punto de vista histórico, cronológico, “[t]he descriptive and systemic perspective on translation and on studying translation was prepared in the 1960s, developed in the 1970s, propagated in the 1980s, and consolidated, expanded and overhauled in the 1990s”, comenta Theo Hermans<sup>34</sup>, el editor del renombrado volumen *The Manipulation of Literature*<sup>35</sup>. Este monográfico, además de haber terminado por instituirse, según se acepta comúnmente, como el acta constitutiva de la llamada Escuela de la Manipulación, fue asimismo el soporte donde se presentó pública (e inmodestamente, según reconoce el propio Hermans) la vertiente descriptivista como “un nuevo paradigma” de los Estudios de Traducción —una disciplina, a su vez, que sólo unos años antes había adoptado ese nombre y autoproclamado su autonomía<sup>36</sup>. Con todo, parece que convendría desconfiar de la total equivalencia del descriptivismo con la Escuela de la Manipulación. De hecho, si bien en su reciente libro el propio Hermans resuelve utilizar “the designations ‘descriptive’, ‘empirical’ and ‘target-oriented’ approach, ‘polysystems’ and ‘systemic’ approach and ‘Manipulation school/group’ more or less interchangeably”<sup>37</sup>, advierte de que no por ello los máximos exponentes de esta(s) tendencia(s) admitirían indistintamente estas etiquetas para calificar sus trabajos. Sus razones tendrán. Los que, a cierta distancia, los seguimos nuestras razones tenemos.

---

<sup>34</sup> Theo Hermans, *Translation in Systems. Descriptive and System-oriented Approaches Explained*, pág. 9.

<sup>35</sup> Theo Hermans (ed.), *The Manipulation of Literature. Studies in Literary Translation*, Londres y Sidney, Crook Helm, 1985.

<sup>36</sup> Recuérdese, en cuanto a la constitución del nombre, el artículo programático de James Holmes, “The Name and Nature of Translation Studies”, *Translated! Papers on Literary Translation and Translation Studies*, Amsterdam, Rodopi, [1970] 1988, págs. 67-80; la proposición de André Lefevere aneja a las actas del Congreso sobre literatura y traducción celebrado en Lovaina en 1976 (“Appendix. Translation Studies: The Goal of the Discipline”, en James S. Holmes, José Lambert y Raymond van den Broeck [eds.], *Literature and Translation*, Lovaina, Acco, 1978, págs. 234-235); así como la obra ya clásica de Susan Bassnett (*Translation Studies*, Londres y Nueva York, Methuen, 1980), el llamamiento más reconocido a instituir la traducción como una rama distintiva y de pleno derecho del saber.

<sup>37</sup> Theo Hermans, *Translation in Systems. Descriptive and System-oriented Approaches Explained*, pág. 9.

Común a los estudiosos que participan en el volumen editado por Hermans —que, paradójicamente, en lo que con el tiempo se ha convertido en la declaración de intenciones de la Escuela, niega su condición de tal para presentarse únicamente como “a loosely-knit international group of scholars” y “a geographically scattered collection of individuals with widely varying interests”<sup>38</sup>— era el refrendo parcial o total del marco metodológico que ofrece la teoría polisistémica, desarrollada fundamentalmente por Itamar Even-Zohar bajo el influjo del formalismo ruso y de los postulados de la escuela estructuralista de Praga. En la década de los setenta, este teórico israelí de la Universidad de Tel-Aviv, a partir de una concepción de la literatura como un conglomerado estratificado y dinámico de sistemas construido jerárquicamente sobre relaciones de oposición, de continuidad y de cambio, como un conjunto de conjuntos que interactúan e influyen a la hora de determinar las pautas que en último extremo lo rigen y rigen su desarrollo, se propone estudiar desde esta perspectiva las normas que gobiernan el funcionamiento del sistema literario, en cuya configuración asigna un papel fundamental a la traducción (una actividad semiótica) y a las traducciones (productos de la misma naturaleza)<sup>39</sup>.

El desarrollo de los estudios descriptivos y la formación de la Escuela de la Manipulación se inician al captar este marco la atención de una serie de estudiosos

---

<sup>38</sup> Theo Hermans, “Introduction. Translation Studies and a New Paradigm”, en Theo Hermans (ed.), *op. cit.*, pág. 10.

<sup>39</sup> Los artículos más relevantes en los que Itamar Even-Zohar expone su teoría están recogidos en un número monográfico de *Poetics Today* dedicado a los estudios polisistémicos (vol. 11, n.º. 1, primavera de 1990). Asimismo, pueden encontrarse unas excelentes glosas y explicaciones sobre la teoría polisistémica en diversas obras. Desde un punto de vista más cercano a los estudios literarios, destacan las de Miguel Gallego Roca, *Traducción y literatura: los estudios literarios ante las obras traducidas* (Madrid, Júcar, 1994, especialmente el tercer capítulo, “La teoría del polisistema, nuevo paradigma para los estudios literarios sobre traducción”, págs. 145-172) y Montserrat Iglesias Santos (ed.), *Teoría de los Polisistemas*, Madrid, Arco, 1999. Desde la perspectiva de los Estudios de Traducción, resaltaremos las aportaciones de Edwin Gentzler, *Contemporary Translation Theories*, Londres, Routledge, 1993, especialmente el capítulo quinto, “Polysystem Theory and Translation Studies” (págs. 105-143); M. Carmen África Vidal Claramonte, *Traducción, manipulación, desconstrucción*, Salamanca, Ediciones Colegio de España, 1995, especialmente el segundo capítulo (págs. 57-88); Ovidi Carbonell, *Traducción y cultura. De la ideología al texto*, especialmente págs. 188-193, así como las entradas “enciclopédicas” de Mark Shuttleworth, redactadas ya en solitario —para la *Routledge Encyclopedia of Translation Studies*

interesados en el funcionamiento del fenómeno de la traducción (y en concreto el de la traducción literaria) en el contexto global de la cultura, que unánimemente ven en las hipótesis de Even-Zohar una invitación más seductora que la que les presentan, por un lado, las aproximaciones particulares, intuitivas e introspectivas que, desperdigadas a lo largo de los siglos, constituyen la reflexión tradicional (o pre-científica<sup>40</sup>) en torno a la traducción y, por otra, los paradigmas “cientifistas” surgidos a partir de los años sesenta en un intento de sistematizarla, contra cuyas deficiencias y lagunas (el prescriptivismo, el alcance meramente lingüístico, el énfasis en el original y en la noción de equivalencia, según se desprende de la Introducción redactada por Hermans<sup>41</sup>) se proponen como antítesis y alternativa. En realidad, cabría argüir que no son sino esta voluntad de transgredir los modelos de análisis vigentes y el carácter de oposición más que patente en la exposición del editor del citado volumen los que confieren una coherencia transitoria en lo conceptual y en lo metodológico a la nómina original de la Escuela de la Manipulación y/o del enfoque sistémico, que incluye a estudiosos como Gideon Toury, José Lambert, Hendrik van Gorp, Raymond van den Broeck, André Lefevere, Susan Bassnett, Katrin van Bragt, Ria Vanderauwera, Leon Burnett, Lieven D’Hulst, Maria Tymoczko o al propio Theo Hermans. De este modo, se podría articular esa coherencia opositora en torno a otros cuatro ejes (el descriptivismo, el énfasis en la interdisciplinariedad, la primacía del contexto receptor y la importancia del concepto de norma<sup>42</sup>), perfilados ya en el citadísimo párrafo que registra la afinidad circunstancial de estos estudiosos<sup>43</sup>.

---

(Londres y Nueva York, Routledge, 1998, págs. 176-179), editada por Mona Baker—, ya en colaboración con Moira Cowie, en su *Dictionary of Translation Studies* (Manchester, St. Jerome, 1997).

<sup>40</sup> Cf. Mary Snell-Hornby, “Linguistic Transcoding or Cultural Transfer? A Critique of Translation Theory in Germany”, en Susan Bassnett y André Lefevere (eds.), *Translation, History & Culture*, Londres, Cassell, [1990] 1995, pág. 79.

<sup>41</sup> Theo Hermans, “Introduction. Translation Studies and a New Paradigm”, págs. 7-15.

<sup>42</sup> A conclusiones muy similares llega Javier Franco Aixelá en *La traducción condicionada de los nombres propios (inglés – español)* (Salamanca, Ediciones Almar, 2000, págs. 34-38), al exponer los “postulados básicos” de la Escuela de la Manipulación. En su caso, son tres las cuestiones.

<sup>43</sup> Theo Hermans, “Introduction: Translation Studies and a New Paradigm”, págs. 10-11: “What they have in common is, briefly, a view of literature as a complex and dynamic system; a conviction that

De entrada, el carácter dinámico que se incorpora a la definición de polisistema ataca el afán universalista y normativo que había primado en los estudios académicos previos sobre la traducción. A tono con la extensión generalizada en las ciencias humanas<sup>44</sup> de la idea de que ninguna explicación —no digamos ya evaluación— del comportamiento social (y, en este sentido, el lenguaje y la traducción se consideran actividades socialmente reguladas<sup>45</sup>) puede basarse en elucubraciones e intuiciones ni derivar de la introspección, que se revela engañosa, y como ya reclamara en su artículo programático James Holmes<sup>46</sup>, los Estudios de Traducción se configuran como una disciplina *descriptiva* eminentemente *empírica*, en la que las conclusiones se extraen a partir del sondeo de los fenómenos mismos<sup>47</sup>, en este caso las traducciones —y esto incluye, como se arguye siguiendo a Toury<sup>48</sup>, todo lo que la sociedad receptora considera traducción. De hecho, se sospecha que la escasa atención que, según constata Hermans en la Introducción a *The Manipulation of Literature*, ha recibido la traducción por parte de la institución literaria es en gran medida fruto de un acercamiento

---

there should be a continual interplay between theoretical models and practical case studies; an approach to literary translation which is descriptive, target-oriented, functional and systemic; and an interest in the norms and constraints that govern the production and reception of translations, in the relation between translation and other types of text processing, and in the place and role of translation within a given literature and in the interaction between literatures.”

<sup>44</sup> En este sentido, extrapolamos la opinión que expresa Mona Baker en “Linguistic & Cultural Studies. Complementary or Competing Paradigms in Translation Studies?” (en Angelika Lauer, Heidrun Gerzymisch-Arbogast, Johann Haller y Erich Steiner [eds.], *Übersetzungswissenschaft im Umbruch. Festschrift Wolfram Wilss*, Tübingen, Gunter Narr, 1996, pág. 11) sobre la evolución del concepto de cultura, para recordar que los avances en el estudio de la traducción son reflejo de otras evoluciones en el mundo académico, y no pueden aislarse del contexto intelectual general en el que se producen.

<sup>45</sup> Cf. Theo Hermans, “Translation as Institution”, en Mary Snell-Hornby, Zuzanna Jettmarová y Klaus Kaindl (eds.), *Translation as Intercultural Communication. Selected Papers from the EST Congress, Prague 1995*, Amsterdam/ Filadelfia, John Benjamins, 1997, pág. 10.

<sup>46</sup> James Holmes, “The Name and Nature of Translation Studies”, pág. 71.

<sup>47</sup> Recuérdese, en este sentido, que entre los objetivos de la disciplina por entonces emergente, Holmes (*Id.*) citaba el siguiente: “to describe the phenomena of translating and translation(s) as they manifest themselves in the world of our experience.”

<sup>48</sup> Cf. Gideon Toury, “Translated Literature: System, Norm, Performance. Toward a TT-Oriented Approach to Literary Translation”, *In Search of a Theory of Translation*, The Porter Institute for Poetics and Semiotics, Tel Aviv University, 1980, pág. 43; “A Rationale for Descriptive Translation Studies”, en Theo Hermans (ed.), *op. cit.*, pág. 20.

normativo a ella. Por decirlo con Franco Aixelá, el prescriptivismo, “dado que comienza prefigurando el campo de lo que es traducción, se ve abocado a descartar como objeto de estudio múltiples actualizaciones del fenómeno, lo que no puede sino impedirle comprenderlo.”<sup>49</sup> En contraposición, el enfoque descriptivo insiste en que ni el funcionamiento ni la definición de la traducción pueden presuponerse ni inventarse, sino que deben registrarse. Así, el *corpus* no constituye en los estudios descriptivos meramente una herramienta de análisis, sino prácticamente una premisa fundamental de la investigación<sup>50</sup>.

Una investigación, por otra parte, que con respecto a las adscritas al paradigma anterior amplía el círculo de sus informadores. Así, en segundo lugar, el concepto mismo de polisistema se antoja en colisión con los enfoques lingüísticos que hasta entonces habían monopolizado el estudio académico de la traducción y, de un modo más general, abre la puerta a la aceptación generalizada de la prédica de la interdisciplinariedad<sup>51</sup>. Al entenderse que las traducciones no nacen ni actúan en un

---

<sup>49</sup> Javier Franco Aixelá, *op. cit.*, pág. 34.

<sup>50</sup> De hecho, la presencia de un corpus y de una metodología coherente de análisis es, para Toury, lo que diferencia a los estudios descriptivos de traducción (Descriptive Translation Studies, DTS) de estudios aislados que describen traducciones (“isolated descriptive studies of translation”). Véase en este sentido Gideon Toury, “What are Descriptive Studies into Translation Likely to Yield apart from Isolated Descriptions?”, en Kitty Leuven-Zwart y Ton Naaijken (eds.), *Translation Studies. The State of the Art*, Amsterdam, Rodopi, 1991, 181-2; o *Descriptive Translation Studies and Beyond*, Amsterdam/ Filadelfia, John Benjamins, 1995, pág. 10.

<sup>51</sup> Es preciso insistir en que ambas facetas (la apertura a enfoques multidisciplinares y la denostación de la lingüística) forman parte del legado de la Escuela de la Manipulación a los Estudios de Traducción. Efectivamente, la lingüística goza hoy de muy mala prensa entre muchos de los que se adscriben a las orientaciones más “culturales” de la disciplina, que consideran que todavía hoy resulta una base insuficiente para el estudio de la traducción. En este sentido, Lawrence Venuti sostiene en “Translation, Heterogeneity, Linguistics” (*TTR*, vol. IX, n.º. 1, 1<sup>er</sup> semestre de 1996, págs. 91-115) y en *The Scandals of Translation. Towards an Ethics of Difference* (págs. 21-30) que las explicaciones que ofrecen los modelos lingüísticos sobre la traducción son de corte conservador e incapaces de valorar el papel que desempeña ésta a la hora de introducir innovaciones culturales y desencadenar cambios sociales. Como era de esperar, la denostación de la lingüística ha encontrado críticos, como Mary Snell-Hornby (véase *Translation Studies. An Integrated Approach*, Amsterdam/ Filadelfia, John Benjamins, 1988, pág. 23) o Mona Baker (especialmente “Linguistic & Cultural Studies. Complementary or Competing Paradigms in Translation Studies?”, págs. 9-19). En concreto, esta última lamenta que el menosprecio de la lingüística por parte de la vertiente “culturalista” parta de un desconocimiento general de los avances que se han producido en la disciplina en las últimas décadas y particularmente de los que han logrado incorporar las cuestiones culturales e ideológicas que preocupan a sus críticos.

vacío, sino que en ella interfieren los contextos socio-político, ideológico, lingüístico, económico o institucional, en los que asimismo repercute y revierte, resulta imposible considerar la traducción de un modo aislado. De ahí, por una parte, que se abogue por que (frente a la palabra, la oración, el sentido o a lo sumo el texto de las aportaciones tradicionales) la cultura en su totalidad y su complejidad se erija en la unidad de traducción<sup>52</sup>; de ahí, por otra, que se reivindique la necesidad de adoptar una perspectiva integradora para desentrañar las complejas relaciones intersistémicas en las que se enmaraña la traducción, que no saben de compartimentalizaciones académicas ni de barreras metodológicas —reivindicación que, en mayor o menor medida<sup>53</sup>, ha suscrito el grueso de la disciplina. “Translation Studies brings together work in a wide variety of fields, including linguistics, literary study, history, anthropology, psychology, and economics”, comentan Bassnett y Lefevere<sup>54</sup>.

Con este bagaje abarcador, el enfoque descriptivo se propone estudiar la traducción no ya en calidad de (precaria) derivación del texto y/o cultura originales sino, según sugería el célebre y controvertido aserto de Gideon Toury, como “facts of the target system only”<sup>55</sup>. Efectivamente, y en tercer lugar, los coautores del volumen *The*

---

<sup>52</sup> Cf. Susan Bassnett y André Lefevere, “Introduction: Proust’s Grandmother and the Thousand and One Nights: The ‘Cultural Turn’ in Translation Studies”, en Susan Bassnett y André Lefevere (eds.), *Translation, History & Culture*, págs. 1-13.

<sup>53</sup> Si bien existe consenso sobre la naturaleza multidisciplinar de los Estudios de Traducción, menor unanimidad se percibe a la hora de determinar el rango y estatus de las aportaciones de otros campos. Por lo general la solicitud de que los Estudios de Traducción se configuren como una disciplina interdisciplinar y autónoma se limita a reclamar que en su desarrollo camine en paralelo con múltiples ramas del saber. No falta quien, por otra parte, concibe los Estudios de Traducción como un ámbito que engloba e integra todos los campos de los que se nutre, a modo de macrodisciplina abarcadora, de interdisciplina.

<sup>54</sup> Susan Bassnett y André Lefevere, “General Editors’ Preface”, prefacio a Edwin Gentzler, *op. cit.*, pág. ix.

<sup>55</sup> Gideon Toury, “A Rationale for Descriptive Translation Studies”, pág. 19. Este aserto ha sido muy criticado (Cf. Theo Hermans, *Translation in Systems. Descriptive and System-oriented Approaches Explained*, págs. 40-41) por predisponer a una visión compartimentalizada y estanca de las sociedades regida por la “illusory equation ‘one nation : one culture: one language’” que denuncia, entre otros muchos, Snell-Hornby (“How many Englishes?” *Lingua Franca and Cultural Identity as a Problem in Translator Training*”, en Horst W. Drescher (ed.), *Transfer: Übersetzen-Dolmetschen-Interkulturalität*, Frankfurt, Peter Lang, 1997, pág. 284). La visión de Toury entra en contradicción, por ejemplo, con la

*Manipulation of Literature*, al declarar explícitamente que su acercamiento a la traducción literaria es “target-oriented and functional”, se proponen cambiar la dirección de la mirada con la que tradicionalmente se ha estudiado la traducción, orientada y “consagrada” (lo cual no es de extrañar teniendo en cuenta que gran parte de los estudios previos a los ochenta se ocupaban de la Palabra y partían de la traducción bíblica<sup>56</sup>) al texto original. Si bien en este sentido el enfoque sistémico cobra un valor de oposición y enfrentamiento con respecto a paradigmas anteriores, está a su vez en sintonía con desarrollos similares gestados en otros sectores de la comunidad epistemológica relacionada con la traducción. Así, es de destacar que, salvando las (notables) distancias, el descriptivismo coincide temporalmente, en su interés por el funcionalismo y por el polo de recepción o en su visión de la traducción como una actividad teleológica, con la teoría del escopo formulada a grandes rasgos por Hans J. Vermeer ya a finales de los setenta<sup>57</sup>. De igual modo, concurre con las primeras denuncias públicas de la invisibilidad (por decirlo con el término que ha popularizado Lawrence Venuti<sup>58</sup>) en la que históricamente se ha visto sumida la traducción en sus múltiples manifestaciones —pensemos, por ejemplo, que la pregunta no exenta de reproche formulada por Maurice Blanchot de si sabríamos “todo lo que les debemos a los traductores y, más aún, a la traducción” para responder, con desaliento, que “lo

---

tesis de André Lefevere de que las traducciones colaboran en la construcción de “cánones translingüísticos y transculturales” (“Translation: Its Genealogy in the West”, en Susan Bassnett y André Lefevere (eds.), *Translation, History & Culture*, pág. 24) o con la que plantean separadamente Lawrence Venuti y Ovidi Carbonell. Basándose en el concepto de “utopía lingüística” de Mary Louise Pratt, ambos sostienen que la traducción posibilita la formación de “comunidades imaginarias” heterogéneas, híbridas, de utopías culturales polifónicas, plurales (Cf. Lawrence Venuti, “Translation, Community, Utopia”, en Lawrence Venuti [ed.], *The Translation Studies Reader*, págs. 469-488; Ovidi Carbonell i Cortés, *Traducción y cultura. De la ideología al texto*, págs. 261-270).

<sup>56</sup> Nos referimos sobre todo a los trabajos de Nida y Taber.

<sup>57</sup> Lawrence Venuti recoge en *The Translation Studies Reader* un artículo de Vermeer de 1989 en el que resume su teoría del escopo (“Skopos and Commission in Translational Action”, págs. 221-232).

<sup>58</sup> Cf. Lawrence Venuti, “The Translator’s Invisibility”, *Criticism: A Quarterly for Literature and the Arts*, vol. 28, n.º. 2, primavera de 1986, págs. 179-212. Del mismo autor, cf. *The Translator’s Invisibility. A History of Translation*, Londres y Nueva York, Routledge, 1995.

sabemos mal”<sup>59</sup> data de finales de los sesenta. De hecho, al girarse hacia el texto traducido, el enfoque descriptivo abona el terreno para las causas de la reafirmación del papel del traductor y la reconsideración social y cultural de la traducción que cobrarán una pujanza inusitada en los noventa<sup>60</sup>.

Como explica Theo Hermans<sup>61</sup>, los enfoques anteriores —particularmente las “teorías científicas”— entendían la traducción meramente como copia y reproducción fiel de un original a partir del cual se dictamina(ba) el grado de similitud o desviación del texto traducido. En esta visión, las traducciones no pasa(ba)n de ser productos siempre subordinados y complementarios, sin autonomía ni entidad propia, suplentes que en todo momento dependen de la autoridad del original, y la reafirman. Frente a este planteamiento que condena la traducción a un segundo orden, el enfoque descriptivo se acerca a las traducciones como textos independientes, separados, soberanos, con objeto de determinar no la legitimidad de que gozan para recibir el nombre de traducción sino más bien su trascendencia y significación cultural, la función que desempeñan en el contexto global del sistema, así como la razón, las condiciones y los condicionamientos de su existencia. Como ya indicara Even-Zohar, se cree que éstos vienen determinados por las necesidades de la cultura que la acoge, que por lo general es también la que la propicia<sup>62</sup>. Esto explica la habitualmente malinterpretada

---

<sup>59</sup> Maurice Blanchot, “Traducir” [1967], *Vasos comunicantes*, n.º. 11, otoño 1998, pág. 91. Trad.: J. A. Doral Liz.

<sup>60</sup> Susan Bassnett, “The Meek or the Mighty: Reappraising the Role of the Translator”, en Román Álvarez y M. Carmen África Vidal Claramonte (eds.), *Translation, Power, Subversion*, Clevedon/Filadelfia/ Adelaida, Multilingual Matters, 1996, pág. 22: “now, in the 1990s, drawing upon the work of the past two decades, the keyword is ‘visibility’”.

<sup>61</sup> Theo Hermans, *Translation in Systems. Descriptive and System-oriented Approaches Explained*, págs. 37-41.

<sup>62</sup> En concreto, Itamar Even-Zohar señala diversas circunstancias en las que las culturas sienten la “necesidad” de la traducción, en las que ésta desempeña una función “primaria”: por ejemplo, en los casos de literaturas jóvenes que, en su proceso de cristalización, se sirven de la traducción para importar modelos; en sistemas literarios “débiles” (como los denomina Even-Zohar con un calificativo muy criticado), eclipsados por el prestigio de otras literaturas; o en los períodos de crisis de literaturas “fuertes” (otro adjetivo enjuiciado), en los que a través de la traducción se busca la renovación de los modelos ya manidos, decadentes, caducos. De otro modo, la traducción suele desempeñar una función



afirmación de Theo Hermans de que “[f]rom the point of view of the target literature, all translation implies a degree of manipulation of the source text for a certain purpose”<sup>63</sup>. La manipulación, para los autores que lo suscriben, no es tanto (o al menos no es necesariamente) fruto de un propósito intencionadamente artero sino concomitante al hecho de que las traducciones obedecen a unas condiciones de posibilidad determinadas, se engranan en un contexto concreto del que no pueden abstraerse y están marcadas, ineludiblemente, por su historicidad. La traducción es ella y sus circunstancias; es producto de su tiempo. Por decirlo con Hermans, “translators never ‘just translate’. They translate in the context of certain conceptions of and expectations about translation”<sup>64</sup>. Dicho de otro modo, la manipulación no es impedimento para la equivalencia, sino inherente a ella.

De hecho, en lugar de sumarse al reto asumido por la “ciencia de la traducción” —en palabras de Catford, “that of defining the nature and conditions of translation equivalence”<sup>65</sup>, es decir, nada menos que plantear la ecuación universal de un ideal absoluto de fidelidad—, el enfoque sistémico se propone más bien describir “the (type and extent of) equivalence manifested by actual translations”<sup>66</sup>. En realidad, y en tercer lugar, una vez que las traducciones no se miran (en relación con el original) de soslayo ni por encima del hombro, sino de frente (integradas en el contexto en que se producen), se llega a la conclusión de que, salvo para los privilegiados que tienen acceso al texto origen o los estudiosos que se empeñan en confrontarla con él, la traducción *es* el

---

“secundaria” (también en la polémica terminología de Even-Zohar), como refuerzo de los modelos dominantes de la sociedad receptora (Cf. “The Position of Translated Literature within the Literary Polysystem”, *Poetics Today*, vol. 11, n.º.1, primavera de 1990, págs. 45-51). A estas dos funciones se refiere Theo Hermans en su introducción a *The Manipulation of Literature*, pág. 11.

<sup>63</sup> *Id.*

<sup>64</sup> Theo Hermans, *Translation’s Other (Inaugural Lecture)*, pág. 15.

<sup>65</sup> Catford [1965] *apud* Mark Shuttleworth y Moira Cowie, “Equivalence”, *op. cit.*, pág. 21. La cursiva es nuestra.

<sup>66</sup> Gideon Toury, *Descriptive Translation Studies and Beyond*, pág. 61.

original<sup>67</sup>; cuando menos, se toma por su réplica, por su equivalente<sup>68</sup>. Por tanto, “when considered from TT’s point of view, equivalence is not a postulated requirement, but an empirical fact, like TT itself”<sup>69</sup>. La equivalencia, en este paradigma descriptivo, es una cualidad predicada de las (que se consideran) traducciones, no una exigencia científica que *a priori* determine lo que es o debiera ser la traducción. De todos modos, no todo vale; al menos, no todo vale en todos los momentos y en todos los contextos. “The domain of translation, i.e. of that which is termed ‘translation’, has limits, a socially acknowledged *boundary* differentiating it, sometimes sharply, sometimes only diffusely, from other modes of representing anterior discourses”<sup>70</sup>. No se trata de inutilizar la noción de equivalencia, sino de constatar su historicidad y saberla relativa, contingente, condicionada por una serie de variables<sup>71</sup>, supeditada a unas expectativas que controlan las fronteras de la traducción en tanto institución<sup>72</sup>. Así, la traducción, una actividad reglada y sujeta a la visión compartida y la sanción intersubjetiva de la comunidad que la recibe, es un constructo sociohistórico que varía en función de lo que Gideon Toury denomina normas de traducción: los comportamientos que, en un momento dado, pueden distinguirse en las traducciones reales como los regulares, y por tanto los prevalentes y aceptados; de entre los posibles (los disponibles en el nivel de *competence*, competencia, en los términos del propio Toury), los modos percibidos como correctos y más habituales en que se presentan las traducciones existentes en una coyuntura sociohistórica precisa (que constituyen, para Toury, el nivel de *performance* o actualización). Según la clasificación de este mismo autor, existen tres tipos diferentes de normas: las iniciales, las preliminares y las operativas, relacionadas —podríamos

---

<sup>67</sup> André Lefevere, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, Londres y Nueva York, Routledge, 1992, págs. 109-110.

<sup>68</sup> Cf. Theo Hermans, *Translation’s Other (Inaugural Lecture)*, págs. 5-6.

<sup>69</sup> Gideon Toury, *In Search of a Theory of Translation*, pág. 39.

<sup>70</sup> Theo Hermans, “Translation as Institution”, pág. 13.

<sup>71</sup> Gideon Toury, *Descriptive Translation Studies and Beyond*, pág. 61.

<sup>72</sup> Theo Hermans, “Translation as Institution”, pág. 13.

decir brevemente<sup>73</sup>— con la inclinación que muestre o prime el traductor, ya hacia el polo de partida (adecuación) ya hacia el de llegada (aceptabilidad), con la tolerancia en la cultura meta hacia las traducciones intermedias o con las decisiones de orden textual y lingüístico que han de tomarse durante el proceso de la traducción. El programa descriptivo, tal y como está planteado (y refinado) en los últimos trabajos de Gideon Toury, tiene por objetivo el de, a través de un corpus representativo, estudiar, describir y explicar las normas de traducción predominantes para un momento o circunstancia concretos y dar con el concepto general de traducción subyacente, para a la postre —como continúa este autor— formular objetivamente las leyes que regulan el comportamiento traductor y —según añade— en último extremo predecirlas<sup>74</sup>.

\* \* \*

Podríamos seguir abundando en detalles sobre el programa de los estudios descriptivos de traducción que, como sugieren las palabras de Baker<sup>75</sup>, en buena medida se identifican con los conceptos y la metodología de investigación formulados por Gideon Toury, pero preferimos detenernos en este punto, donde, creemos, ya se dibujan nítidamente algunos aspectos tanto de lo que nuestro trabajo sobre la traducción de la corrección política adeuda al citado paradigma como de lo que de él nos distingue.

---

<sup>73</sup> Toury expone su tipología de normas en *In Search of a Theory of Translation* (págs. 53-57) y en “The Nature and Role of Norms in Translation”, *Descriptive Translation Studies and Beyond* (págs. 56-69). De este último, existe versión castellana, de Amelia Sanz Cabrerizo: “La naturaleza y el papel de las normas en la traducción”, en Montserrat Iglesias Santos (ed.), *Teoría de los polisistemas*, págs. 233-255. Además, son numerosísimas las exégesis del denso trabajo de Gideon Toury. Por su claridad, recomendamos las siguientes: Edwin Gentzler, “Gideon Toury: Toward a Target-Oriented Approach”, *op. cit.*, págs. 125-134; M. Carmen África Vidal Claramonte, *Traducción, Manipulación, Desconstrucción*, especialmente págs. 68-75; de la misma autora, “De la equivalencia a la norma”, *El futuro de la traducción*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1998, págs. 37-50; Mona Baker, “Norms”, en Mona Baker (ed.), *op. cit.*, págs. 163-165; Mark Shuttleworth y Moira Cowie, *op. cit.*, págs. 113-114.

<sup>74</sup> Cf. Gideon Toury, “What Lies Beyond Descriptive Translation Studies, Or: Where Do We Go From Where We Assumedly Are?”, en Miguel Ángel Vega y Rafael Martín Gaitero (eds.), *La Palabra Veritda: Investigaciones en torno a la traducción (Actas de los VI Encuentros Complutenses en torno a la traducción)*, Madrid, Editorial Complutense/ Ediciones del Orto, 1997, especialmente págs. 79-80.

<sup>75</sup> Mona Baker, “Norms”, pág. 163.

Desde luego, a los estudios descriptivos de traducción le debemos un reconocimiento, por así decirlo, corporativo, pues en virtud de ellos se ha erigido una infraestructura intelectual e institucional que ha posibilitado, sin ir más lejos, que en la actualidad trabajos sobre la traducción como éste se acojan e incluso se patrocinen y financien desde las instancias públicas, puedan aspirar a ser considerados de interés general y se estimen merecedores de una oportunidad en la que se juzgue su legitimidad como “investigación”, como saber. Es incuestionable que, en la “cruzada” por el establecimiento y consolidación de la traducción como una rama distintiva del saber y como una disciplina autónoma, en su conquista no ya de un espacio propio en el reñido mundo académico, sino también de los medios necesarios para sobrevivir en él (incluso en tiempos, todo hay que decirlo, de recesión económica), el enfoque descriptivo ha aportado un programa y una metodología con los que se ha hecho posible defender ante el resto de la comunidad académica que la traducción alberga un potencial que la hace digna de su estudio sistemático, científico. Evidentemente, para participar en la competición es preciso respetar las reglas del juego. Desde esta óptica adquiere sentido la opinión de Lawrence Venuti de que el método inductivo, empírico, postulado (como necesario<sup>76</sup>) por Gideon Toury se integra en una empresa de “academic empire-building”<sup>77</sup>. En efecto, el saber sobre la traducción que, según sus teóricos, se obtiene con la aplicación del método descriptivo parece cumplir con los atributos predicados y esperados del conocimiento científico, con el ideal lógico-positivista de ciencia<sup>78</sup>: tal y como se extrae de la obra de Toury, se trata de datos verdaderos, que no son fruto de creencias ni de juicios de valor, sino demostrados y demostrables, meramente descriptivos, objetivos, neutrales.

---

<sup>76</sup> Cf. Gideon Toury, *Descriptive Translation Studies and Beyond*, pág. 28: “No empirical science can make a claim for completeness and for (relative) autonomy unless it has a proper *descriptive branch*”.

<sup>77</sup> Lawrence Venuti, *The Scandals of Translation. Towards an Ethics of Difference*, pág. 28.

<sup>78</sup> Cf. André Lefevere, “Translation: the Focus of the Growth of Literary Knowledge”, en James S. Holmes, José Lambert y Raymond van den Broeck (eds.), *op. cit.*, pág. 8.

Hoy en día, no obstante, estas pretensiones resultan, si no de una ingenuidad y candidez extraordinarias, al menos difíciles de sostener en un ambiente intelectual donde cada vez es más notable la influencia del post-estructuralismo (que, haciéndose eco de la “crisis de la representación”, pone en tela de juicio la identificación del conocimiento con lo factual y lo verdadero), así como de los postulados de la escuela deconstructivista (que cuestiona la naturaleza y las condiciones de producción del saber y lo que ello implica en términos del ejercicio del poder). El propósito que se marcaba Toury y que señalábamos en el epígrafe anterior —el de formular objetivamente y predecir las leyes que regulan el comportamiento traductor— parte de una doble confianza: por un lado, en que el estudioso puede alcanzar un acceso transparente y directo a la “realidad” o los “hechos” traductológicos y retratarlos en calidad de observador independiente; por otro, en que a las regularidades detectadas (a lo establecido, digamos) le es consustancial una impunidad o una excelencia que las hace irreprochables, por cuanto los estudios que se adhieren a este enfoque, si bien por prescripción académica se abstienen, valga la redundancia, de prescribir, bien pueden permitirse predecir, lo que equivale a decir asegurar, en la medida de sus posibilidades, la continuidad de los patrones regularizados no emitiendo juicio explícito en contrario —“descripción” pura y dura, objetiva y neutral, como se insiste.

Justamente la fragilidad de estos dos planteamientos, y la incomodidad que nos causa la idea de suscribirlos, son los que —sin que ello rebaje lo más mínimo la deuda que tenemos contraída con ellos, en nuestro caso extensible a lo personal<sup>79</sup>— nos suscitan un cierto recelo hacia los estudios descriptivos “puros” de traducción

---

<sup>79</sup> Efectivamente, debemos expresar nuestro incalculable reconocimiento a lo que Hermans (*Translation in Systems. Descriptive and System-oriented Approaches Explained*, pág. 14) tiene por “[p]erhaps the most effective vehicle for the propagation of the [descriptive] paradigm”: “the series of international summer courses on translation research training, masterminded by Lambert and held annually since 1989, first in Leuven and more recently Misano (Italy), under the name of CERA and then CETRA.” Tenemos el privilegio de poder contarnos entre los “some two hundred young or not so young researches [that] have gone through these courses”, y de haber podido recibir, en la fase en la que comenzó a perfilarse la presente investigación, las enriquecedoras opiniones de algunos antiguos “CETRA professors” (Lambert, Gile, Pym, Gambier, Venuti), así como del “regular staff of ‘supervisors’ (Delabastita o Hermans, entre otros).

(entendiendo por “puros” los que siguen más de cerca la estela y el programa de Toury) y, a la par, los que nos llevan a adscribir nuestro trabajo de mejor gana en la vertiente de la disciplina más cercana a los llamados “Estudios Culturales”, que para algunos simplemente se desmarcan y para otros superan las pretensiones de objetividad idealizadas por los defensores del descriptivismo más riguroso y últimamente cuestionadas por estudiosos como Lawrence Venuti o el propio Theo Hermans.

Así, frente a la reconstrucción aséptica y fidedigna del comportamiento traductor que invocan en tanto ideal de la investigación<sup>80</sup> e incluso en tanto logro de trabajos realizados y publicados<sup>81</sup> los representantes de los estudios descriptivos de traducción, los adscritos a los Estudios Culturales perciben con claridad que su labor no es, por decirlo con las por otra parte críticas palabras de Mona Baker, “an uninvolved or unengaged description of various aspects of the translation process or translation history”<sup>82</sup>. Ni creemos que puede serlo. Como nos han enseñado ciertos filósofos de la ciencia como Kuhn, Lakatos o Feyerabend, la descripción de la realidad (traductológica) nunca es teóricamente neutral, sino que está condicionada por una serie de presupuestos implícitos y, en último término, basada en la experiencia<sup>83</sup>. Con

---

<sup>80</sup> En este sentido destacan, por supuesto, los trabajos de Toury de 1980 y de 1995. Los artículos programáticos de Jean Delisle sobre la investigación histórico-descriptiva son igualmente reveladores de ese espíritu “cientifista”. Véase especialmente Jean Delisle, “Réflexions sur l’historiographie de la traduction et ses exigences scientifiques”, *Equivalences*, n.º. 26, 2 y 27, 1, 1997-8, págs. 21-43.

<sup>81</sup> Theo Hermans, por ejemplo, se fija en la introducción de los editores de la obra *European Shakespeares*, Dirk Delabastita y Lieven D’Hulst (*Translation in Systems. Descriptive and System-oriented Approaches Explained*, pág. 36) para ilustrar las presunciones de objetividad tan frecuentes en las aplicaciones del programa descriptivo. Es más, en ocasiones llega a darse la paradoja de que el hecho de tomar en consideración las advertencias sobre el sesgo ideológico del objeto de estudio (a saber, que la traducción es manipulación) se presenta como una garantía de neutralidad del estudio en sí.

<sup>82</sup> Mona Baker, “Linguistic & Cultural Studies. Complementary or Competing Paradigms in Translation Studies?”, pág. 14.

<sup>83</sup> Así lo afirma Dirk Delabastita en “A False Opposition in Translation Studies: Theoretical versus/and Historical Approaches”, *Target*, vol. 3, n.º. 2, 1991, pág. 140. El término incluido entre paréntesis, de todos modos, no aparece en el trabajo citado. Y es que, curiosamente, como ya hemos constatado en una nota anterior, Delabastita es uno de los estudiosos que critica Theo Hermans por incurrir en la contradicción epistemológica de refutar, con respecto a los discursos que estudia, cualquier posibilidad de que puedan ser neutrales y a la par reafirmar la objetividad e imparcialidad de sus propias investigaciones.

independencia del rigor metodológico que consigamos imprimir a nuestra investigación, siempre será cómplice y deudora del prejuicio, no necesariamente en su sentido negativo, sino como lo entiende Gadamer:

el prejuicio . . . es simplemente lo que es anterior al juicio definitivo; es un presupuesto necesario que posibilita el juicio. En realidad, son los prejuicios del individuo, más que sus juicios, los que constituyen la realidad histórica de su ser.<sup>84</sup>

De hecho, desde el momento en que la propia selección del tema viene condicionada por los *posibles históricos*, el ser de la investigación también es contingente. Con Michel Foucault sabemos que no todo puede decirse en determinado momento. De modo similar, no todo puede pensarse, investigarse, en toda circunstancia (ya histórica ya cultural), ni de la misma manera. La investigación siempre está sesgada por lo que es relevante a su presente. En este sentido, en esta Tesis Doctoral sostenemos que la corrección política reviste importancia para la cultura española. Pero, bien entendido, la escritura de esta Tesis no tiene por objeto persuadir a este respecto, sino que parte de la constatación de lo inequívoco. El hecho de que el debate de lo políticamente correcto se haya importado, traducido y, más aún, de que pueda articularse con cierta soltura en nuestro contexto a la fuerza implica que, en su momento, se ha percibido pertinente en relación con nuestras necesidades e intereses culturales.

Por otra parte, frente a la resignación, el conformismo o la aprobación tácita de la dictadura de lo estadísticamente correcto que implícitamente parecen favorecer las investigaciones que siguen a Toury, los Estudios Culturales se caracterizan por una actitud combativa. Baker constata (aunque no comulga con ello) que ‘[t]he cultural studies approach sees translations as carriers of ideological attitudes and studying translation as a way not only of uncovering those attitudes but of using the translation

---

<sup>84</sup> M. Carmen África Vidal Claramonte, “El traductor como hermeneuta”, en Juan Pablo Arias y Esther Morillas (eds.), *El papel del traductor*, Salamanca, Ediciones Colegio de España, 1997, pág. 106.

process to challenge hegemonic attitudes to society and culture”<sup>85</sup>. En nuestro caso, es prácticamente inevitable que la investigación pueda contribuir a desestabilizar el sistema que la acoge. Como ya hemos adelantado en páginas anteriores, la corrección política es ya de por sí una filosofía antihegemónica y perturbadora, favorecedora de lo minoritario y de la diferencia racial, sexual, cultural, etc.; en una palabra, insurrecta. Simplemente por esta razón su estudio lleva implícito, aun involuntariamente y por pequeño que sea, un potencial para subvertir la cultura en que se lleva a cabo y un riesgo de trastornarla, como lo hay por otra parte en todas las ocasiones en que una comunidad tiene acceso a otras realidades. La traducción no es sino un ejemplo de ello<sup>86</sup>.

En relación con lo anterior, y por acumular coincidencias, es común en los trabajos que se encuadran en el marco de los Estudios Culturales —prosigue Baker en el citado artículo, en el que además de analizarlos lamenta la relegación que bajo su influjo han sufrido los enfoques lingüísticos en el terreno de la traducción— “to use translation, and the study of translation, as a weapon in fighting colonialism, sexism, racism, and so on.”<sup>87</sup> No creemos que haga falta explicar demasiado. Sexismo y racismo —y en menor grado colonialismo— son términos que establecen una relación inmediata (de oposición, claro está) con el de “corrección política”. En resumen, concluye Baker, “studies of translation which are associated with the cultural studies paradigm differ from other studies which give primacy to the cultural environment mainly in that they

---

<sup>85</sup> Mona Baker, “Linguistic & Cultural Studies. Complementary or Competing Paradigms in Translation Studies?”, pág. 13.

<sup>86</sup> Cf. André Lefevere, “The Role of Ideology in the Shaping of a Translation”, en André Lefevere (ed.), *Translation/ History/ Culture. A Sourcebook*, Londres y Nueva York, Routledge, 1992, pág. 14: “Translations can be potentially threatening precisely because they confront the receiving culture with another, different way of looking at life and society, a way that can be seen as potentially subversive, and must therefore be kept out.”

<sup>87</sup> Mona Baker, “Linguistic & Cultural Studies. Complementary or Competing Paradigms in Translation Studies?”, pág. 14.



have a political agenda”<sup>88</sup>; “[a]n *avowedly* political agenda”, cabría matizar con Susan Huddleston Edgerton<sup>89</sup>. En palabras de uno de sus defensores, Lawrence Venuti:

Culturally oriented research tends to be philosophically skeptical and politically engaged, so it inevitably questions the claim of scientific objectivity in empirically oriented work which focuses on forms of description and classification, whether linguistic, experimental, or historical.<sup>90</sup>

Cierto, cuando se dice “política agenda” o “politically engaged” en relación con la investigación parece que se habla de palabras mayores. El influjo del paradigma epistemológico platónico que ha regido durante siglos, que presume que por definición el verdadero Conocimiento no tiene ideología, hace que la vinculación de lo académico y la política aún suscite el recelo, no sólo en la opinión pública, sino entre los propios estudiosos: Jean Delisle, por ejemplo, afirma explícitamente que el buen estudioso de la (historia de la) traducción debe esquivar lo que denomina la *tentación política*, además de la retórica y la ética<sup>91</sup>; el programa descriptivo de Gideon Toury lo hace implícitamente, al concebir la investigación consagrada, como hemos visto, a un ideal de imparcialidad. Así las cosas, el reto que plantean los Estudios Culturales a los Estudios de Traducción es el de cuestionar la naturaleza del saber engendrado en la propia disciplina con los mismos planteamientos que les han permitido cuestionar la naturaleza del saber del que se ocupan sus investigaciones; en otras palabras, seguir la evolución (lógica) del paradigma adoptado en el nivel de lo estudiado, en el nivel del objeto, y asumir todas sus implicaciones en el nivel del que estudia, del sujeto investigador.

---

<sup>88</sup> *Ibid.*, pág. 13.

<sup>89</sup> Cf. Susan Huddleston Edgerton, *Translating the Curriculum. Multiculturalism into Cultural Studies*, Londres y Nueva York, Routledge, 1996, pág. 14.

<sup>90</sup> Lawrence Venuti, “1990s”, en Lawrence Venuti (ed.), *The Translation Studies Reader*, pág. 335.

<sup>91</sup> Jean Delisle, “Réflexions sur l’historiographie de la traduction et ses exigences scientifiques”, pág. 25.

No en vano, como se colige de los últimos trabajos publicados por Theo Hermans, Lieven D’Hulst o José Lambert<sup>92</sup>, resulta desconcertante que un enfoque que en sus inicios utiliza como reclamo la polémica sentencia de que toda traducción implica una manipulación para recalcar la necesidad de reconocer la indisoluble vinculación de la traducción al contexto en que se gesta y la naturaleza política que reviste la tarea del traductor por el mero hecho de inscribirse en una coyuntura social y cultural concreta pueda proclamar sin ningún tapujo la universalidad y la atemporalidad de la investigación que se ocupa de ellas, como si la selección, la interpretación y la presentación de los hechos traductológicos (al contrario de lo que se afirma de la propia traducción) tuviese lugar en un vacío, ajena a un contexto sociopolítico y cultural concreto. Resulta igualmente paradójico que un enfoque que, como se lee en la Introducción a *The Manipulation of Literature*, concibe el discurso (traducido) como un elemento más de los que participan en la constante lucha por la supremacía que se libra entre los diversos estratos y subdivisiones del sistema<sup>93</sup>, sitúe el discurso (erudito) sobre ese discurso (traducido) al margen de esas escaramuzas polisistémicas. Resulta además sospechoso (ya de ingenuidad, ya de prepotencia, ya de hipocresía), y para algunos decepcionante<sup>94</sup>, que un paradigma que subraya la historicidad y la parcialidad de las prácticas estudiadas se postule como ahistórico e imparcial en cuanto al ejercicio, al resultado y a las derivaciones de sus propias prácticas.

---

<sup>92</sup> Cf. Theo Hermans, *Translation in Systems. Descriptive and System-oriented Approaches Explained*, especialmente págs. 98-101 y 144-150; Lieven D’Hulst, “Pour une historiographie des théories de la traduction: questions de méthode”, *TTR*, vol. 8, n.º. 1, 1995, págs. 13-33; José Lambert, “History, Historiography and the Discipline. A programme”, en Yves Gambier y J. Tammola (dirs.), *Translation and Knowledge. Actes du 4e Symposium Scandinave sur la théorie de la traduction (Turku, 1992)*, Turku, Grafia Oy, 1993, págs. 3-26.

<sup>93</sup> Cf. Theo Hermans, “Introduction: Translation Studies and a New Paradigm”, pág. 11.

<sup>94</sup> Cf. Rosemary Arrojo, “The Revision of the Traditional Gap between Theory & Practice & the Empowerment of Translation in Postmodern Times”, *The Translator*, vol. 4, n.º. 1, 1998, págs. 25-48.

De este modo, los Estudios Culturales secundan, amplían y ensanchan los estudios descriptivos de traducción<sup>95</sup>, aunque esa apertura significa asimismo una apertura al disenso, al debate interno, a la desestabilización. Para algunos, como Mona Baker, este cuestionamiento de las bases de la propia disciplina se inserta en un movimiento de suspicacia y revisión general a todas las ramas del saber en nuestro tiempo<sup>96</sup>. Para otros, además, es un indicio de que el enfoque descriptivo ha medrado y ha llegado a una fase de madurez. En efecto, como sugiere el modelo explicativo que utiliza Hermans<sup>97</sup>, el desarrollo de los paradigmas es patente cuando éstos son capaces de volverse sobre sí mismos y cuestionar su propia coherencia. El hecho de que así haya ocurrido otorga sentido al reconocimiento que en un principio parece tan sorprendente sobre la “political agenda” inherente a la investigación: se ha comprobado que, una vez se insiste en la necesidad de contextualizar la producción y recepción de los discursos<sup>98</sup> para descubrir sus dimensiones sociales, ideológicas, políticas y culturales, la solicitud no puede agotarse en el objeto de estudio (la traducción), sin que afecten al estudio en sí (la investigación sobre la traducción). La cuestión, en el fondo, se resume en un silogismo: toda traducción implica una manipulación, e incluso las prédicas de “fidelidad” remiten a una opción ética concreta; todo estudio “descriptivo” sobre la traducción entraña una interpretación, e incluso los alegatos de neutralidad y objetividad son ya de por sí manifestaciones ideológicas<sup>99</sup>.

---

<sup>95</sup> Ésta es la opinión que mantiene, por ejemplo, Douglas Robinson en *Becoming a Translator. An Accelerated Course*, Londres y Nueva York, Routledge, 1997, pág. 233.

<sup>96</sup> Cf. Mona Baker, “Aspectos pragmáticos del contacto intercultural y falsas dicotomías en los Estudios de Traducción”, en Román Álvarez (ed.), *Cartografías de la traducción: del post-estructuralismo al multiculturalismo*, Salamanca, Ediciones Colegio de España, 2000. Trad.: Jesús Torres del Rey y M. Rosario Martín Ruano.

<sup>97</sup> Theo Hermans, *Translation in Systems. Descriptive and System-oriented Approaches Explained*, págs. 7-16.

<sup>98</sup> Cf. Gideon Toury, “The Nature and Role of Norms in Translation”, *Descriptive Translation Studies and Beyond*, pág. 63.

<sup>99</sup> Theo Hermans, *Translation in Systems. Descriptive and System-oriented Approaches Explained*, pág. 36.

La disciplina se pasa por su propia criba, se examina y se corrige a la luz de sus propios postulados. Y buena parte de las investigaciones que nacen en este ambiente autocrítico, receloso, suspicaz, toman la calificación de “políticas” como un mal menor, y prefieren incluso asignarse el adjetivo antes de caer en los excesos de (presunta) omnisciencia de sus predecesores. Advierten, por ejemplo, Blommaert y Verschueren:

Our scientific work was [...] a form of political action. [...] Our voice automatically represents a particular position within the debate. We believe that we could not have acted otherwise, both ethically and in terms of norms of “scientific” investigation.<sup>100</sup>

Es, creemos, un comienzo más modesto, más honesto, más responsable.

\* \* \*

Bien entendido, no es precisamente Gideon Toury quien facilita la contraseña que abre la puerta a la crítica de su trabajo, el de sus seguidores más directos y, en definitiva, el que constituye la matriz disciplinaria de los estudios descriptivos de traducción<sup>101</sup>. Ciertamente, su elaboración del concepto de norma pone al prevenido tras la pista, pues este autor la entiende revestida de una especificidad socio-cultural y de una inestabilidad básica<sup>102</sup>. Y si bien no revela a qué obedece su variación, algo más iluminadoras son sus palabras en cuanto a los efectos que surte su continuidad:

Norms are the key concept and focal point in any attempt to account for the social relevance of activities, because their existence, and the wide range of situations they apply to (with the conformity this implies), are the main factors ensuring the establishment and retention of social order.<sup>103</sup>

*Orden* en tanto armonía, calma, equilibrio, estabilidad. Pero también *orden* en tanto precepto, regulación, control, autoridad. En 1990, Susan Bassnett y André

---

<sup>100</sup> Jan Blommaert y Jef Verschueren, *Debating Diversity: Analysing the Discourse of Tolerance*, Londres y Nueva York, Routledge, 1998, pág. 190.

<sup>101</sup> *Ibid.*, pág. 10.

<sup>102</sup> Gideon Toury, “The Nature and Role of Norms in Translation”, *Descriptive Translation Studies and Beyond*, pág. 62.

<sup>103</sup> *Ibid.*, pág. 55.

Lefevere, al unísono y con una convicción que acerca su declaración al manifiesto, proclaman lo que hasta entonces había circulado como una especie de rumor académico: que los factores que condicionan la producción textual y, por tanto, la traducción “ultimately have to do with power and manipulation”<sup>104</sup>. De hecho, al hilo de un caso concreto, Bassnett y Lefevere conceden que la investigación histórica empírica permite sacar a la luz las normas de las que habla Toury (a cuyo trabajo se refieren explícitamente); para explicar su variación (o su estabilidad), continúan, habrá que adentrarse “into the vagaries and vicissitudes of the exercise of power in a society, and what the exercise of power means in terms of the production of culture, of which the production of translations is a part.”<sup>105</sup>

Estamos ante la inauguración oficial de lo que ha dado en llamarse el “giro cultural” de la disciplina. En principio, constituye una llamada a dar un salto cualitativo desde el formalismo del polisistema o de las aproximaciones a lo Toury a la consideración de cuestiones más amplias de carácter ideológico e institucional que permitan explicar el funcionamiento de la traducción *en relación con y a la luz de* la dinámica (política) de las culturas. No en vano, éstas se conciben en términos textuales y se explican en función de la omnipresencia del poder. Así, si se entiende que cualquier enunciado (y todo se reduce a enunciados) se produce y se constituye en un entramado de relaciones de poder —fáctico o simbólico—, cualquier práctica textual, deliberada o involuntariamente, apuntala o subvierte el régimen en el que se inscribe. Este razonamiento, que en buena medida es legatario de la obra del filósofo francés Michel Foucault, es el que da pie, por ejemplo, a Bassnett y a Lefevere para asegurar que toda traducción está al servicio del poder o supeditada a él<sup>106</sup>; o a Álvarez y Vidal para

---

<sup>104</sup> Susan Bassnett y André Lefevere, “Introduction: Proust’s Grandmother and the Thousand and One Nights: The ‘Cultural Turn’ in Translation Studies”, pág. 12.

<sup>105</sup> *Ibid.*, pág. 5.

<sup>106</sup> Susan Bassnett y André Lefevere, “General Editors’ Preface”, pág. ix.

aseverar que la traducción es un acto político<sup>107</sup> —afirmaciones que han logrado incorporarse al abecé tácito de la disciplina y que, para bien o para mal, en los últimos tiempos se emplean en la literatura crítica sobre la traducción una y otra vez, y a menudo sin que su repetición lleve aparejada la consciencia ni acerca de sus implicaciones ni de su trasfondo.

Además, el mencionado giro cultural, al entender la traducción como una práctica institucionalizada e inscribirla en una malla de estructuras de poder que moldea la producción cultural, redefine en cierto modo el interés último y prioritario de la investigación en los Estudios de Traducción. Una vez se (re)conoce que sobre la traducción actúan las mismas instancias más amplias que pesan sobre la configuración de otros textos, pasa a un segundo plano descubrir qué es distintivo y específico de la traducción, a la vez que cobra auge una línea de actuación que, curiosamente, ya figuraba entre las primordiales en la declaración de intenciones de la Escuela de la Manipulación: el estudio de las conexiones, los vínculos y las relaciones que entablan las traducciones con otros modos de procesamiento textual en los procesos de intercambio intercultural y, por tanto, en la construcción de las culturas. Hasta tal punto se prima este acercamiento que concede tanta importancia a la traducción como a otro tipo de modos textuales que le son correlativos que incluso el nombre de disciplina se percibe escaso y restringido en relación con sus (renovados) objetivos. Así, es significativo que los autores de *Translation, History & Culture* expliquen que “*Translation/rewriting Studies* tend to deal with the constraints that enter into play during the process of both the writing and rewriting of texts.”<sup>108</sup>

*Reescritura* es el término abarcador bajo el que André Lefevere propone englobar las prácticas transformadoras a través de las cuales se obra la evolución y el cambio jerárquico de los sistemas culturales, que para estos estudiosos, como ya hemos

---

<sup>107</sup> Román Álvarez y M. Carmen África Vidal Claramonte, “Translating: A Political Act”, en Román Álvarez y M. Carmen África Vidal Claramonte (eds.), *Translation, Power, Subversion*, págs. 1-9.

<sup>108</sup> Susan Bassnett y André Lefevere, “Introduction: Proust’s Grandmother and the Thousand and One Nights: The ‘Cultural Turn’ in Translation Studies”, pág. 12. La cursiva es nuestra.

insinuado anteriormente, pueden concebirse como universos reducibles a operaciones (y operadores) textuales. Lefevere parte del convencimiento de que en buena medida la difusión de la cultura, y por tanto gran parte de nuestro saber, no se asienta directamente sobre “originales”, sino sobre otros textos que los propagan y en cierto modo los representan. Estas reescrituras que elaboran y reelaboran, reflejan y refractan<sup>109</sup> otros textos a los que, por el hecho de ser reescritos, se les supone o se les confiere una cierta relevancia cultural se originan en los bajos de una distribución dinámica de relaciones de poder, que imprime en ellas cierto aire de sistematicidad y recurrencia. De hecho, Lefevere sostiene que las reescrituras se confabulan, siguen unas pautas afines y establecen interrelaciones operativas a la hora de (re)componer las culturas, ya sea remodelando su interior (la *reescritura* desempeña un papel fundamental en los procesos de canonización y consolidación de las ortodoxias<sup>110</sup>), ya sea ahorrando los elementos que llegan de fuera.

En este segundo marco del diálogo intercultural, las reescrituras, efectivamente, contribuyen en la formación de la identidad cultural al proyectar una *imagen* de otros textos, otras literaturas u otras culturas, frente a la cual se construye la (identidad de la)

---

<sup>109</sup> No en vano, el término sobre el que Lefevere comenzó a perfilar su teoría de las reescrituras es precisamente *refracción*, que elabora, por ejemplo, en “Translated Literature: Towards and Integrated Theory”, *Bulletin: Midwest MLA*, vol. 14, n.º. 1, primavera de 1981, págs. 68-78 y en “Mother Courage’s Cucumbers: Text, System and Refraction in a Theory of Literature” [1982], recogido en Lawrence Venuti (ed.), *The Translation Studies Reader*, págs. 233-249. En este último define (vagamente, como ocurre con todas las definiciones de Lefevere) la refracción como “the adaptation of a work of literature to a different audience, with the intention of influencing the way in which that audience reads the work” (págs. 234-235). Más interesantes que su definición son, desde luego, las explicaciones colaterales que ofrece. Así, insinúa que su concepto de reescritura se engrana en un acercamiento sistémico a la literatura que reniega de dos premisas fundamentales heredadas del romanticismo: “the assumption of the genius and originality of the author who creates *ex nihilo*” y “the belief in the possibility of recovering the author’s true intentions”. Con el término refracción, Lefevere pretende explicar el hecho de que “[a] writer’s work gains exposure and achieves influence mainly through ‘misunderstandings and misconceptions,’ or, to use a more neutral term, refractions. Writers and their work are always understood and conceived against a certain background or, if you will, are refracted through a certain spectrum, just as their work itself can refract previous works through a certain spectrum” (pág. 234).

<sup>110</sup> Cf. André Lefevere, “Translation and Canon Formation: Nine Decades of Drama in the United States”, en Román Álvarez y M. Carmen África Vidal (eds.), *Translation, Power, Subversion*, págs. 138-155.

propia<sup>111</sup>. La traducción, según Lefevere, participa igualmente en el diseño de esas representaciones de lo foráneo. En efecto, como nos confirma Theo Hermans, se alinea con otros mecanismos discursivos que comunican las culturas entre sí:

Translation may be regarded as a particular mode of discursive transfer between cultural circuits or systems. It constitutes one among a number of possible modes of the intercultural movement of texts . . . Summary, paraphrase, gloss, critical commentary and other forms of what André Lefevere broadly calls “rewriting” constitute a further set of alternative modes, as do transformations into other semiotic media, and so on.<sup>112</sup>

Claro está, dado que este tráfico intercultural coordinado por traducciones y/o reescrituras discurre a través de las veredas trazadas por unas estructuras de poder y de prestigio, la reescritura nunca es gratuita. “Rewriting manipulates, and it is effective”<sup>113</sup>. A partir de esta constatación, André Lefevere esboza un modelo de explicación que examinaremos con detenimiento, pues promete resultar de inmensa utilidad e interés para nuestra investigación, para el estudio del trasvase del discurso originalmente norteamericano de lo políticamente correcto a la cultura española, pero también para el análisis de las propias transformaciones y metamorfosis que sufrió dicho discurso en el propio seno de la cultura norteamericana. Con dicho modelo, Lefevere pretende arrojar luz sobre la función que desempeñan las reescrituras en las culturas receptoras; función que, no hace falta decirlo, concibe con una marcada dimensión ideológica, política, lo que, de paso, otorga a los traductores y reescritores una responsabilidad en tanto agentes sociales.

Así, Lefevere afirma (y Bassnett lo avala) que las reescrituras, en primer lugar, pueden contribuir a reforzar la ortodoxia reinante, amoldándose a sus ideas y formas, evitando contradecirla, ofreciéndose a cumplir una misión implícitamente propagandística. Lefevere desglosa en dos ámbitos —poético e ideológico— el peso de las normas y de lo establecido. El primero delata el tributo que presenta la metodología

---

<sup>111</sup> *Ibid.*, pág. 139.

<sup>112</sup> Theo Hermans, “Norms and the Determination of Translation: A Theoretical Framework”, en Román Álvarez y M. Carmen África Vidal (eds.), *Translation, Power, Subversion*, pág. 27.

<sup>113</sup> André Lefevere, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, pág. 9.



y los conceptos que acuña este autor al terreno de la literatura, de donde dimana su bagaje y su principal interés. Lefevere arguye que las reescrituras se ven condicionadas por el influjo de un código asumido y con carácter vinculante que, en un determinado contexto, opera a modo de leyes de la creación<sup>114</sup>. Dicho código regula la elección y presentación de los textos, y varía en función de las expectativas del receptor sobre los aspectos formales, los temas y las convenciones que rigen en el tratamiento de ambos, así como de la imagen que una cultura tiene de sí misma, que se obtiene por inversión de la que tiene de otras. Aquí se comprueba que, en último término, la poética determina en buena medida las reglas precisas que en un contexto concreto siguen los juegos de representación cultural, que dependerán de la posición relativa, ya de hegemonía, ya de subordinación, en que se reconozca la cultura meta frente a la de origen<sup>115</sup>. Lefevere indica tres caminos que puede tomar el traductor (y, por añadidura, el reescritor):

Translators of literature are always caught between two poetics, the one the author of the original subscribed to, and the one dominant in their own culture. They can choose to adopt any strategy between two extremes: they can use the one (foreign) to subvert the other (native) [. . .], or they can adopt the foreign or, more likely, the dominant image their culture has of what the foreign is.<sup>116</sup>

Y cada una de estas decisiones revela una actitud diferente hacia la alteridad. En el primer caso, la cultura de partida se entroniza, y esa admiración, esa voluntad de “recevoir l’Autre en tant qu’Autre”<sup>117</sup> que decía Antoine Berman, da lugar a reescrituras de corte extranjerizante, ya sea fomentando, como proponía Schleiermacher<sup>118</sup>, el

---

<sup>114</sup> Cf. André Lefevere, “Mother Courage’s Cucumbers: Text, System and Refraction in a Theory of Literature”, pág. 236. Véase además el volumen editado por este mismo autor, *Translation/ History/ Culture. A Sourcebook*, pág. 26.

<sup>115</sup> Cf. Ovidi Carbonell, *Traducción y cultura. De la ideología al texto*, pág. 274.

<sup>116</sup> André Lefevere, “Teaching Literary Translation: The Possible and the Impossible”, en Wolfram Wilss y Gisela Thorne (eds.), *Die Theorie des Übersetzens und ihr Aufschlusswert für die Übersetzungs-und Dolmetschdidaktik*, Tübingen, Narr, 1984, págs. 92-93.

<sup>117</sup> Antoine Berman, “La traduction et la lettre ou l’auberge du lointain”, en Antoine Berman *et al.*, *Les tours de Babel. (Essais sur la traduction)*, Mauvezin, T.E.R., 1985, pág. 89.

<sup>118</sup> Friedrich Schleiermacher, “Sobre los diferentes métodos de traducir”, en Dámaso López García (ed.), *Teorías de la traducción. Antología de textos*, Cuenca, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1996, págs. 129-157. Trad.: Hans Christian Hagedorn.

extrañamiento en la lengua, ya sea englobadas en una “ética de la diferencia” integral al modo de la de Lawrence Venuti<sup>119</sup>.

La segunda opción remite a la tendencia cuya ubicuidad en el mundo anglosajón denuncia precisamente este último autor, a saber, la que, a partir de una servidumbre o un servilismo hacia los valores culturales dominantes en la cultura de llegada, da campo abierto a la asimilación y al etnocentrismo, y busca una fluidez y una transparencia sólo ficticias, una familiarización de lo ajeno<sup>120</sup>. Por último, Lefevere apunta una actitud que denota una total indiferencia hacia otras culturas, cuando no un ímpetu imperialista que confina lo Otro a las categorías simplificadas, homogéneas, restrictivas que lo Mismo, la cultura receptora, diseña para lo diferente; en unas casillas estereotipadas y, podríamos decir, de dimensiones reducidas donde, apresado y apretado, resulta inofensivo. Por todo ello se colige que los condicionamientos “poéticos” en el fondo remiten a unos planteamientos “éticos”, que el resultado formal de la reescritura apela y responde a una serie concomitante de creencias, que lo micro- y lo macrológico están inexorablemente relacionados<sup>121</sup>, o que, como sugiere el título del libro de Carbonell, hay un vaivén constante de la ideología al texto.

De hecho, es en el nivel de la *ideología* donde sitúa Lefevere el segundo tipo de restricciones al que se ve sometido el reescritor. Efectivamente, este autor detecta una presión ejercida por lo que vagamente podríamos estipular como el sistema de pensamiento que rige en la cultura receptora. Si bien su concepción de la ideología varía en sus diferentes obras, en todas excede esta noción de la mera filiación política del reescritor. En sus primeros escritos, se identifica con el ambiente que se respira en una

---

<sup>119</sup> Cf. Lawrence Venuti, “Introduction”, en Lawrence Venuti (ed.), *Rethinking Translation. Discourse, Subjectivity, Ideology*, Londres y Nueva York, Routledge, 1992, pág. 13.

<sup>120</sup> Cf. Ovidi Carbonell i Cortés, *Traducir al Otro. Traducción, exotismo, poscolonialismo*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1997, págs. 67-77.

<sup>121</sup> Cf., por ejemplo, Basil Hatim e Ian Mason, “Ideology, Text Type and Translation”, *Discourse and the Translator*, Londres y Nueva York, Longman, 1990, págs. 160-164.

época<sup>122</sup>, al modo de la *episteme* o el *discurso* foucaultiano. Según comienza a perfilar los conceptos y la metodología para el estudio de las reescrituras, se concreta en la visión del mundo, en la idea sobre cómo debería (permitirse) ser la sociedad que comparte el reescritor<sup>123</sup>. En otros artículos, se pliega a la noción heterogénea y controvertida que, según Eagleton, emerge de la lucha que mantienen diversos discursos rivales<sup>124</sup>. Más tarde retorna, en cierto modo, a su definición inicial, al decantarse Lefevere por la que le propone Fredric Jameson: “Ideology would seem to be that grillwork of form, convention and belief which orders our actions”, afirma citándole<sup>125</sup>. En uno de sus últimos ensayos publicado póstumamente, se configura en un término medio entre, por un lado, una base inconsciente que escapa del control del individuo e incluso de su conocimiento, le roba su autonomía y le convierte en un mero ventrilocuo de una lógica preestablecida y, por otro, una serie variada y variable de principios rectores, una subjetividad contingente moldeada colectiva e institucionalmente. Así, la ideología sería “the conceptual grid that consists of opinions and attitudes deemed acceptable in a certain society at a certain time, and through which readers and translators approach texts.”<sup>126</sup> No obstante, señala en otro sitio, “at no point do I want to

---

<sup>122</sup> André Lefevere, “Beyond the Process: Literary Translation in Literature and Literary Theory”, en Marilyn Gaddis Rose (ed.), *Translation Spectrum: Essays in Theory and Practice*, Albany, State University of New York Press, 1981, pág. 56.

<sup>123</sup> Cf. André Lefevere, “Why Waste Our Time on Rewrites? The Trouble with Interpretation and the Role of Rewriting in an Alternative Paradigm”, en Theo Hermans (ed.), *op. cit.*, pág. 226.

<sup>124</sup> Cf. Terry Eagleton, “Ideology and Scholarship” *apud* André Lefevere, “Systems Thinking and Cultural Relativism”, *Jadavpur Journal of Comparative Literature*, n.º. 26-27, 1988-1989, pág. 59, citado por Edwin Gentzler, *op. cit.*, pág. 140: “[ideology is] a set of discourses which wrestle over interests which are in some way relevant to the maintenance or interrogation of power structures central to a whole form of social and historical life.”

<sup>125</sup> Fredrick Jameson *apud* André Lefevere, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, pág. 16.

<sup>126</sup> André Lefevere, “Translation Practice(s) and the Circulation of Cultural Capital: Some Aeneids in English”, en Susan Bassnett y André Lefevere, *Constructing Cultures*, Clevedon/ Filadelfia/ Toronto/ Sidney/ Johannesburgo, Multilingual Matters, 1998, pág. 48. Para el concepto de *textual* y *conceptual grid*, véase en esa misma obra el artículo conjunto con Bassnett titulado “Introduction. Where Are We in Translation Studies?”, especialmente pág. 5, y el artículo de Lefevere incluido en la antología editada por Bassnett y Trivedi (“Composing the Other”, en Susan Bassnett y Harish Trivedi [eds.], *Post-Colonial Translation*, Londres y Nueva York, Routledge, 1999, especialmente págs. 76-77).

give the impression that the influence exerted by the grids is all-pervasive and inescapable. It is great, but one can go against it. The fact that grids do, eventually, change is the best proof of that.”<sup>127</sup>

Por tanto, parece decirnos Lefevere<sup>128</sup>, no hay que concebir la ideología como una burbuja hermética, impermeable e ineludible. Oprime como un corsé, pero las lazadas que la tensan, que la ajustan, dejan al descubierto pequeños resquicios por los que se cuele el aire, aires nuevos. De hecho, Bassnett y Lefevere aseguran que las reescrituras son vías de apertura, innovación e introducción de elementos desestabilizadores para la dominante en el sistema que las acoge<sup>129</sup>. Como la traducción, las reescrituras “[are] not just a ‘window opened on another world’, or some such pious platitude. Rather, translation is a channel opened, often not without a certain reluctance, through which foreign influences can penetrate the native culture, challenge it, and even contribute to subverting it”<sup>130</sup>. De esta manera, alojan en segundo lugar un potencial perturbador, de cuestionamiento y trastorno de lo establecido, de rebelión del sistema —un sistema que, advierte Lefevere, tiende a la equilibrio y a la continuidad, a conjurar lo que ponga en entredicho su ortodoxia; es alérgico al cambio.

De hecho, según Lefevere, no es precisamente esta última la función que por lo general priman las reescrituras. La teoría de Lefevere subraya “the conservative bias of the system itself and also of the power of rewriting”<sup>131</sup>, pues constata que los reescritores suelen plegarse a las reglas del poder. En el caso de la comunicación

---

<sup>127</sup> André Lefevere, “The Gates of Analogy: *The Kalevala* in English”, en Susan Bassnett y André Lefevere, *Constructing Cultures*, pág. 82.

<sup>128</sup> En las páginas siguientes volveremos sobre el concepto de ideología en la obra de Lefevere, que, a pesar de lo expuesto anteriormente, algunos autores perciben como un constructo excesivamente homogéneo, totalizador y monolítico.

<sup>129</sup> Susan Bassnett y André Lefevere, “General Editor’s Preface”, pág. ix.

<sup>130</sup> André Lefevere, “Introduction”, en André Lefevere (ed.), *Translation/ History/ Culture. A Sourcebook*, pág. 2.

<sup>131</sup> André Lefevere, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, pág. 22.

intercultural, esto equivale a decir que las reescrituras por lo general filtran lo que viene de fuera por los valores culturales del contexto de destino, e incluso lo adaptan y lo acomodan hasta producir una versión refractaria que tiene sentido y resulta aceptable en su nuevo marco. El poder (que es quien últimamente fija los criterios) tiene un aliado o un correlato en la institución del mecenazgo (*patronage*)<sup>132</sup>, como la denomina Lefevere, que cuenta con capacidad para promocionar los discursos ideológicamente afines y de menospreciar, descalificar y en el peor de los casos censurar, prohibir o impedir la escritura de los que atentan contra su posición hegemónica. En ocasiones esta institución se materializa en corporaciones, clases sociales, personas u otras instancias coercitivas *externas* a la producción misma de las reescrituras, que instrumentan, diríamos, procedimientos explícitamente punitivos o, a la inversa, abiertamente compensatorios para ejercer un control sobre el discurso que producen otros<sup>133</sup>. Pero además puede concebirse que el mecenazgo (“any kind of force that can be influential in encouraging and propagating, but also in discouraging, censoring and destroying works of literature”<sup>134</sup>) opera en muchas ocasiones como una institución simbólica, mantenida por la adhesión inconsciente o automática de los reescritores a las normas imperantes<sup>135</sup>.

---

<sup>132</sup> Cf. André Lefevere, “Why Waste Our Time on Rewrites? The Trouble with Interpretation and the Role of Rewriting in an Alternative Paradigm”, págs. 227-229; “The Power of Patronage”, en André Lefevere (ed.), *Translation/ History/ Culture. A Sourcebook*, págs. 19-25; “The System: Patronage”, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, págs. 11-25.

<sup>133</sup> En este sentido, Lefevere distingue en la institución de mecenazgo tres elementos que interaccionan (a la par y estatuidos los criterios para los tres desde una sola instancia en los sistemas de mecenazgo “no diferenciado”, y con relativa independencia y establecidos los criterios en función de diferentes colectividades en los “diferenciados”): el ideológico, el económico y el de estatus. En tanto factor externo de control del discurso, el mecenazgo gratificaría o castigaría en términos económicos o de (des)prestigio en función del grado de afinidad ideológica que los reescritores satisficiesen con respecto a las normas dictadas por el *poder*.

<sup>134</sup> André Lefevere, “That Structure in the Dialect of Man Interpreted”, *apud* Edwin Gentzler, *op. cit.*, pág. 141.

<sup>135</sup> Aquí presentamos una lectura de la institución del mecenazgo que tiene en cuenta las diferentes elaboraciones de este concepto en las diversas obras de Lefevere y que, sin embargo, creemos, solventa la incoherencia que efectivamente salta a la vista en el capítulo donde más sistemática y detenidamente se define este concepto —incoherencia denunciada, entre otros, por Theo Hermans (*Translation in Systems. Descriptive and System-oriented Approaches Explained*, págs. 124-131) y, de refilón, por Douglas Robinson (*What is Translation? Centrifugal Theories, Critical Interventions*, Kent / Ohio y Londres, The Kent State University Press, 1997, especialmente págs. 40 y ss.). La incoherencia

De hecho, como sabemos por Foucault<sup>136</sup>, el poder no se caracteriza únicamente por una faceta represiva, sino también por otra productora, por una capacidad más sutil de concitar la fascinación por lo establecido, de consolidar el (orden del) discurso con el discurso mismo. Este segundo tipo de mecenazgo también tiene o busca su recompensa: ya en términos de estatus (acreditación de una “profesionalidad”), ya en términos de influencia, de autoridad (aunque sea cultural). En cualquiera de las dos vertientes, queda claro que tras cada reescritura hay una trama de autoridad y exclusiones en absoluto gratuita, que, en el caso de la comunicación intercultural, se traduce en un duelo de ideologías y poéticas librado en los universos lingüístico y del discurso, en el que los contendientes se juegan guiar la evolución de una cultura por las sendas que ellos transitan y trazan, facultados como escolta o cortejo del poder, la ortodoxia, la ley, la legitimidad o con la esperanza de obtener tal aura. Por eso Lefevere nos anima “[to] investigate to what extent rewriting is responsible for the establishment of a canon of core works and for the victories and defeats of successive constellations of poetics and ideologies.”<sup>137</sup> Y dice además:

---

reside en el hecho de que, en la clasificación que establece en *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, Lefevere define el mecenazgo como un mecanismo de control *exclusivamente* externo al sistema literario, lo cual entra en colisión con su visión en principio constructivista del sistema y la concepción de poder que por lo general suscribe —una concepción microfísica, que diría Foucault (Cf. *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1979. Trad.: J. Varela), o ideosomática del poder, en la gráfica terminología de Douglas Robinson (Cf. *The Translator’s Turn*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1991). Efectivamente, si entiende que el poder está descentralizado en los individuos y que éstos, al interiorizar sus reglas, de ser sus súbditos pasan a ser cómplices que con su conducta y disposición individuales lo refuerzan y lo constituyen, por extrapolación, el mecenazgo (recordemos, “any kind of force that can be influential in encouraging and propagating, but also in discouraging, censoring and destroying works of literature”) también está ejercido y constituido por los reescritores y los que Lefevere agrupa en la categoría indeterminada de “los profesionales”, el mecanismo de control *interno* del sistema.

<sup>136</sup> Cf. Michel Foucault *apud* Antonio Bolívar Botia, *El estructuralismo: de Lévi-Strauss a Derrida*, Editorial Cincel, [1985] 1990, pág. 142: “Lo que hace que el poder se sostenga, que sea aceptado, es sencillamente que no pesa sólo como potencia que dice no, sino que cala de hecho, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos.”

<sup>137</sup> André Lefevere, “Why Waste Our Time on Rewrites? The Trouble with Interpretation and the Role of Rewriting in an Alternative Paradigm”, pág. 46.

You can do this within the cultural subsystem called literature . . . or you can decide that you don't have to stop there and that translation, like other forms of rewriting, plays an analysable part in the manipulation of words and concepts which, among other things, constitute power in a culture.<sup>138</sup>

Precisamente esto nos lleva a extrapolar el modelo de análisis basado en las reescrituras de Lefevere al estudio de la traducción, la reescritura, el trasvase y la manipulación de ese discurso corrosivo, ácido y enemigo de la ideología dominante, del poder que en un principio se nos antoja ser lo políticamente correcto. Y lo hacemos porque creemos, como África Vidal, que “estudiar los procesos que hay tras cada reescritura no nos descubrirá cómo vivir la vida ni qué hacer, pero sí evitará que otras personas nos lo descubran o nos digan cómo actuar.”<sup>139</sup>

\* \* \*

Evidentemente, la extrapolación de modelos heurísticos, la aplicación extensiva de marcos de análisis a fenómenos que éstos no habían contemplado en su formulación primera dista de ser un proceso transparente, inocuo y automático. A fin de cuentas, y creemos que a estas alturas no es necesario incidir demasiado en todo lo que ello implica, también en este caso se trata de un *trasvase* de una arquitectura conceptual, de una *reescritura* en toda regla, que forzosamente amplía o modifica la reinterpretación de sus categorías en función de las preocupaciones y los intereses del nuevo campo de estudio, y en función asimismo de la escala de prioridades que rige en un panorama intelectual necesariamente renovado. En este sentido, es preciso ser conscientes de que André Lefevere articuló su teoría, por una parte, sobre un substrato literario y, por otra, entre finales de la década de los ochenta y principios de los noventa, si bien es cierto que sobre esta base introdujo nuevos conceptos y enmiendas hasta el momento de su fallecimiento en 1996. No hace falta decir que, comenzando por la relevancia que en este ámbito tienen conceptos (o instituciones) como Obra o Autoría —ambas en el sentido en el que las entiende (y critica) Barthes—, la traducción y la reescritura en el

---

<sup>138</sup> *Ibid.*

<sup>139</sup> M. Carmen África Vidal Claramonte, *El futuro de la traducción*, pág. 63.

sistema literario presentan unas particularidades que no afectan, o afectan de un modo diferente, a estas prácticas en otros campos, y por tanto al modo de enfocar su estudio. No hace falta decir tampoco que en el terreno de la investigación y en nuestro tiempo una década es suficiente, y sobra, para cambiar la visión del mundo en lo teórico (que es diferente, e infinitamente más fácil, que cambiar el mundo a secas), así como el modo de entender las categorías principales con las que tratamos de aprehenderlo.

De entrada, parecería que lo que, a grandes rasgos, la comunidad académica entiende hoy por “traducción” ha experimentado variaciones con respecto a lo que se pensaba en el momento en que Lefevere elaboraba su teoría. Entre otras cosas, y circunscribiéndonos sólo al ámbito de la literatura en el que se centra este autor, porque “traducción” en estos momentos incluye asimismo, por ejemplo, las prácticas feministas y poscoloniales que tanto deben a sus teorías. Pero también porque la apertura de la disciplina a otros campos más prosaicos va permitiendo percibir cada vez con mayor claridad que la traducción engloba asimismo prácticas y comportamientos que no logran verse como tales a través de los modelos de búsqueda deducidos del ámbito de la literatura, que al aplicarse extensivamente, ya por desconocimiento de otras bases mejores ya por inercia, a trabajos de otros campos inciden en la infrarrepresentación de una multiplicidad de prácticas traductoras; infrarrepresentación que en esta investigación nos proponemos eludir, al menos en otro grado.

Para ello, aun cuando le sigamos, deberemos poner en tela de juicio algunos de los consejos que nos da Lefevere animándonos a que estudiemos, según dice, cómo la traducción y otro tipo de reescrituras dan forma a la recepción de lo que, en nuestro caso, hemos denominado el discurso de la corrección política. Empezando porque, según se desprende de sus palabras o de las de teóricos como Hermans que hacen suyas las distinciones metodológicas y los conceptos lefeverianos, la traducción se entiende como una más de las formas *alternativas* que pueden tomar las reescrituras. Entre éstas se incluirían, por otra parte, la adaptación, la antologización, la historiografía, la crítica,



la edición, el resumen, la paráfrasis, la glosa o el comentario crítico<sup>140</sup>. En nuestra coyuntura precisa, y a la luz del trabajo de expertos que han estudiado el funcionamiento de la traducción en el contexto de lo que ha dado en llamarse la comunicación de masas y la internacionalización de los discursos<sup>141</sup> —del que, en comparación con la literatura, nuestro trabajo está sin duda más próximo—, cada vez son más las voces que exclaman que *la traducción* no sólo produce *traducciones*, sino que, aun oculta, se involucra en muchos otros tipos de reescritura, cuando no en todas las que se enmarcan en el tráfico intercultural.

De hecho, hasta tal punto llega este convencimiento que la constatación que hiciera pública Lawrence Venuti en principio a partir de la traducción literaria toma, en vista de lo que ocurre en el marco abarcador del flujo internacional de discursos, una formulación más amplia y más firme. Así, la tesis de la invisibilidad del traductor se trueca por la de la ubicuidad de la traducción<sup>142</sup>. Por supuesto, como la de Venuti, esta constatación se convierte, una vez presentada ante la disciplina, en un reto o una reivindicación. No hay razón, arguye José Lambert, para que los Estudios de Traducción persistan en la idea que implícitamente han adoptado: “que cualquier cosa que *no* sea considerada traducción en una sociedad determinada tampoco debe ser considerada traducción por el investigador.”<sup>143</sup> No hay razón, dice además recordándonos lo que ya postulara al despejar tras la noción de traducción la de

---

<sup>140</sup> Cf. André Lefevere, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, pág. i, 47; Theo Hermans, “Norms and the Determination of Translation: A Theoretical Framework”, págs. 27-28.

<sup>141</sup> Cf. José Lambert, “La traduction, les langues et la communication de masse. Les ambiguïtés du discours international”, *Target*, vol. I, n.º. 2, 1989, págs. 215-237; José Lambert, “Ethnolinguistic Democracy, Translation Policy and Contemporary World (Dis)order”, en Federico Eguíluz *et al.* (eds.), *Transvases culturales: literatura, cine, traducción*, Vitoria-Gasteiz, Universidad del País Vasco, 1994, págs. 23-36; Dirk Delabastita, “Translation and Mass Communication: Film and T.V. Translation as Evidence of Cultural Dynamics”, *Babel*, vol. 35, n.º. 4, 1989, págs. 193-218; Dirk Delabastita, “Translation and the Mass Media”, en Susan Bassnett y André Lefevere (eds.), *Translation, History & Culture*, págs. 97-109.

<sup>142</sup> Cf. José Lambert, “History, Historiography and the Discipline. A programme”, pág. 19

<sup>143</sup> Cf. José Lambert, “Literatura, traducción y (des)colonización”, en Montserrat Iglesias Santos (ed.), *op. cit.*, págs. 259-260.

transferencia Even-Zohar<sup>144</sup> y en cierto modo George Steiner cuando instaba a explorar con el modelo de la traducción numerosos tipos de transformación parcial<sup>145</sup>, para que el estudio de la traducción sólo se cifre en textos autónomos, enteros e identificados como tal. Lambert parte de la tesis de que la mayor parte del caudal cultural codificado al que actualmente están expuestas las comunidades de hablantes en sus propias lenguas, como ilustra a la perfección el caso de las noticias internacionales, es, en gran medida *traducido*, si bien la mayoría de estos procesos de traducción tienden a (y hacen por) pasar inadvertidos<sup>146</sup>. Por eso, dice Lambert, el estudio de la traducción que sólo se centre en lo que se reconoce como tal es incompleto e incapaz de dar cuenta de la magnitud y complejidad del funcionamiento de la traducción. Los Estudios de Traducción, en su opinión, deben atender, además, a la presencia dispersa y discontinua de este fenómeno, al fragmento. Que es como decir, a fin de cuentas, que en lugar de concebir el tráfico entre culturas en términos textuales, más convendría analizarlo en el nivel indeterminado de los *discursos*. “Any cultural discourse may be said to constitute a text”, comenta en esta línea Ovidi Carbonell. “As a consequence, cultural translation as a superior level of interaction takes place whenever an alien experience is internalized and rewritten in the culture where that experience is received.”<sup>147</sup> El concepto de traducción que suscribimos para nuestro trabajo se configura como la migración y transformación de discursos<sup>148</sup>.

---

<sup>144</sup> Itamar Even-Zohar, “Translation and Transfer”, *Poetics Today*, vol. 11, n.º. 1, primavera de 1990, págs. 73-78, especialmente pág. 75.

<sup>145</sup> George Steiner, *After Babel*, pág. 437.

<sup>146</sup> Cf. José Lambert, “La traduction, les langues et la communication de masse. Les ambiguïtés du discours international”, pág. 220.

<sup>147</sup> Ovidi Carbonell i Cortés, “The Exotic Space of Cultural Translation”, en Román Álvarez y M. Carmen África Vidal (eds.), *Translation, Power, Subversion*, pág. 81.

<sup>148</sup> Clem Robyns, “Translation and Discursive Identity”, *Poetics Today*, vol. 15, n.º. 3, 1994, pág. 408.

Un discurso, dice Clem Robyns, únicamente (re)produce sus propios límites y define transitoriamente su carácter específico respecto de otros discursos. En el caso que nos ocupa, en Norteamérica la corrección política empezó a perfilar sus contornos en la década de los ochenta, al fondo y a la izquierda de los departamentos universitarios, como un credo liberal disidente de lo mayoritario; como un clamor de la vanguardia intelectual contra la tradición universalista prevalente en la institución académica; como una impugnación de la cultura oficial norteamericana y un llamamiento multiculturalista a ensanchar su enseñanza y su estudio con las oficiosas, con las aculturadas; como una relectura “antiestética” del canon literario establecido y una solicitud política para revisar sus fronteras y sus baremos; como un chequeo a la democracia del sistema capitalista y una apelación a la igualdad y a la justicia social; como un cuestionamiento de la identidad del lenguaje y del (régimen de) propiedad de las palabras. Igualmente, lo políticamente correcto demarcó su espacio en la esfera política y social al lado de las mujeres, las etnias minoritarias y las colectividades oprimidas que trataban de conquistar espacios públicos para la diferencia, y en relación con las llamadas políticas de la identidad y las medidas de discriminación positiva, con una serie de códigos de conducta y de expresión adoptados en el mundo universitario, con los principios de una conciencia cívica más educada en la tolerancia, y una etiqueta social y lingüística más cauta en el tratamiento de las distintas razas, géneros y demás variables de la identidad grupal. Así lo veremos en el siguiente capítulo.

En torno al cambio de década, lo políticamente correcto hubo de comenzar a defender sus ensanchados confines de la contraofensiva del discurso hegemónico, tradicionalista en el mundo académico, conservador en el sociopolítico, y, como comprobaremos en el tercer capítulo, retóricamente preparado y dispuesto a reescribir el discurso de lo políticamente correcto en sus propios términos: apocalípticos, irónicos, facilitadores, beligerantes y jocosos, por apuntar sólo algunos de sus tonos. Más tarde, una vez recuperó el habla el otro bando, llegó un contraataque discursivo. Y otro más. Y otro. Desde entonces, y hasta la fecha, el espacio de lo políticamente correcto en

Norteamérica es un campo (de batalla) donde coexisten y compiten diversos discursos por definir esa especificidad propia y esos límites de los que habla Robyns.

Al menos toda la constelación de significados culturales que hemos recogido, todos los valores que hemos apuntado, pueden descubrirse dándose cita en Norteamérica en torno a una formación discursiva que inunda el ámbito de lo social para (re)enunciarse en una variedad de prácticas discursivas concretas, positivas. Será importante tener todo este complejo discursivo en cuenta con el fin de hacer posteriormente balance de su traducción a la cultura española, en la que nos detendremos en el cuarto capítulo. Ya con relación a este último aspecto se imponen dos puntualizaciones. La primera de ellas nos remite a evaluar la aportación del legado básico (o basado en Toury) de los estudios descriptivos de traducción que exponíamos en páginas anteriores a nuestro trabajo. Y es que nuestro análisis no invalida pero sí matiza el modo de entender el “target-oriented approach” aconsejado. Nuestro interés sigue siendo el contexto de destino. No obstante, con Lambert creemos que, si en verdad se pretende dar cuenta de las funciones que cumple la traducción en la construcción de las culturas (y especialmente en el plano ideológico que resalta Lefevere), los Estudios de Traducción deben preocuparse de los principios de selección, no ya *de* la traducción, sino asimismo *previos a ésta*; en otras palabras, de lo que *no* ha sido traducido<sup>149</sup>. No en vano, la identidad cultural sólo se define en confrontación con lo que no es (pero podría ser), esto es, con sus carencias.

Aquí enlazamos con la segunda puntualización. El estudio de la traducción, dicen Bassnett y Lefevere en su última obra conjunta, es el estudio de la interacción cultural<sup>150</sup> y, por ende, de las culturas. No obstante, es preciso que, en su utilización,

---

<sup>149</sup> Cf. Lambert, “Literatura, traducción y (des)colonización”, pág. 259. Lambert se ocupa de lo que él denomina “the phenomenon of non-translation” en “History, Historiography and the Discipline. A Programme” y en “Societies, Language Policies and Translation Strategies” (ponencia no publicada, presentada en un congreso interdisciplinario titulado “Humanistic Dilemmas: Translation in the Humanities and the Social Sciences”, celebrado en Binghamton del 26 al 28 de septiembre de 1991).

<sup>150</sup> Cf. Edwin Gentzler, “Foreword”, en Susan Bassnett y André Lefevere, *Constructing Cultures*, pág. ix.

tomemos los conceptos como “cultura” o “identidad cultural” (que en los últimos tiempos parece haber desplazado como categoría de análisis lo que Lefevere designaba bajo el término “ideología”) con la necesaria cautela. En este sentido, cuando concebimos el trasvase mismo del discurso de la corrección política como traducción, como transferencia intercultural entre *dos* sistemas o entre *dos* culturas, o cuando hablamos de *la* cultura norteamericana como la cuna del discurso de la corrección política y de *la* cultura española como el polo de recepción, en modo alguno debemos entender que estas etiquetas remiten a realidades compactas, homogéneas, de contornos (pre) fijados y estables. Tendremos que entender la identidad cultural como nos propone Homi Bhabha, no como un *a priori* ni un producto acabado, sino meramente como el problemático proceso que da acceso a una “imagen” de totalidad.<sup>151</sup> “Identity”, afirma Venuti recogiendo sus ecos, “is never irrevocably fixed but rather relational”<sup>152</sup>. A lo sumo, habremos de dar a esas etiquetas el valor de constructos contingentes apresados al vuelo, de una heterogeneidad pasmosa, en permanente reconsideración y enmienda, afectados (por fortuna) de una inexistencia sustancial y de una falta de inmanencia.

De hecho, la traducción (y ahí radica nuestro interés en ella) no sólo pone de relieve que las culturas, lejos de ser entidades cerradas y estables, están abiertas al cambio, sino que precisamente precipita dichos cambios. Con el ejercicio contrastivo de culturas de orientación sociológica en el que nos embarcaremos en las páginas finales, trataremos de comprobar, por un lado, en qué medida las identidades culturales (ya la propia ya la que tenemos construida para el Otro) condicionan la traducción de los discursos foráneos, en este caso el de la corrección política; por otro, y valga la redundancia, en qué medida la traducción de lo políticamente correcto ha contribuido y está contribuyendo a moldear nuestra identidad cultural y, de paso, la que atribuimos a la sociedad de origen, a los norteamericanos. Nuestro trabajo habrá de prestar atención,

---

<sup>151</sup> Homi Bhabha, “Foreword” a Frantz Fanon, *Black Skin, White Masks*, Londres, Pluto Press, 1986, pág. xii.

<sup>152</sup> Lawrence Venuti, *The Scandals of Translation. Towards an Ethics of Difference*, pág. 79.

pues, a las estructuras ideológicas y de representación en las que se inscribe y, a su vez, revierte la traducción que nos ocupa.

Aceptar este concepto de identidad cultural —con mucho más maleable que el de ideología que articula Lefevere<sup>153</sup>—, a la fuerza introduce otra pequeña variación en el proyecto inicial con el que este autor nos tentaba. Es, si cabe, una ampliación en los objetivos y en el horizonte de expectativas, en íntima conexión con las presuposiciones iniciales. Nos explicamos: Lefevere parte de una noción “fuerte” de ideología y, en consonancia, la traducción (y las reescrituras) se conceptualizan en su obra como un choque, como una batalla de ideologías, donde hay vencedores o vencidos. Como hemos visto, la obra de Lefevere por lo general subraya la fuerza arrolladora de la ideología del contexto de destino<sup>154</sup> y, de hecho, la aplicación práctica de sus teorías —que anima a extrapolar— tiende a demostrar su aplastante influencia mediante el análisis de cómo la traducción y las reescrituras condicionan la *recepción* de obras, autores, géneros, etc.; es decir, los mecanismos de los procesos de *aculturación* por los que, como declara en un ensayo que escribe con Bassnett en su última obra, se siente fascinado<sup>155</sup>. El resultado de la investigación, en cierto modo, viene predeterminado. No en vano, ya sabemos que el encuentro con el Otro nunca es fácil y lo más probable es que, cómo decirlo, estando en nuestra propia casa, en los primeros momentos nos empeñemos en que el que viene de fuera se adapte a nuestras normas, valores y planteamientos.

---

<sup>153</sup> Diversos estudiosos han criticado el concepto de “ideología” de Lefevere por excesivamente compacto y monolítico. Cf., por ejemplo, Douglas Robinson, *What is Translation? Centrifugal Theories, Critical Interventions*, págs. 25-42; Theo Hermans, *Translation in Systems. Descriptive and System-oriented Approaches Explained*, págs. 124-131.

<sup>154</sup> En cualquier caso, creemos que Lefevere mantiene esta imagería incluso en la circunstancia contraria. En este sentido, nos resulta reveladora la formulación sintética con la que Bassnett y Lefevere exponen la función subversiva de las reescrituras en las obras publicadas en su serie, pues la innovación se concibe en términos de dominio, conquista, imposición: “Rewritings can introduce new concepts, new genres, new devices and the history of translation is the history also of literary innovation, of the shaping power of one culture upon another” (Susan Bassnett y André Lefevere, “General Editors’ Preface”, pág. ix).

<sup>155</sup> Susan Bassnett y André Lefevere, “Introduction. Where Are We in Translation Studies?”, en Susan Bassnett y André Lefevere, *Constructing Cultures*, pág. 9.

En estas páginas, por el contrario, alertados por autores de la última hornada como Venuti<sup>156</sup>, resaltamos asimismo la capacidad de ajuste, de contaminación y de cambio de la identidad cultural. El estudio de la traducción y de las reescrituras puede utilizarse, además de para comprobar nuestro miedo inicial a lo desconocido y lo reacios que en principio somos a lo ajeno, para examinar nuestra hospitalidad una vez pasado el susto tras abrir la puerta a un extraño. Cierto (y en esto convendría Toury), es ésta ocasión para analizar nuestras normas, las pruebas que ponemos al Otro hasta poder considerarlo uno de los nuestros. Pero también es una oportunidad para hacer balance en un momento dado de lo que nos aporta y de cuánto hemos cambiado, a la larga, con su trato.

La cuestión no es baladí y, cara a la investigación, lleva aparejadas importantes implicaciones metodológicas —por decirlo en términos “descriptivos”, en cuanto a la definición del corpus en que se basa nuestro trabajo. No obstante (y con ello nos distanciamos una vez más de Toury), conviene decir que sólo a regañadientes denominaríamos “corpus” el material discursivo en que cimentamos nuestro análisis, el conjunto consultado de “textos”, si se quiere, que reescriben en la cultura española el fenómeno de lo políticamente correcto. En los estudios “rigurosamente” descriptivos, los *corpora* —sean de textos originales, de textos traducidos o paralelos— se vertebran fundamentalmente en torno al eje de representatividad<sup>157</sup>, y su análisis se enfoca a descubrir lo que los comportamientos estudiados tienen de repetición, reiteración, sistematicidad, rutina. En definitiva, en consonancia con aquella visión sobre la que hablábamos en páginas anteriores devota de la regularidad, se trata de reducir al mínimo

---

<sup>156</sup> Lawrence Venuti, “The Formation of Cultural Identities”, *The Scandals of Translation. Towards an Ethics of Difference*, págs. 67-87.

<sup>157</sup> Cf. Luc Van Doorslaer, “The Establishment of Translation Corpora”, *Target*, vol. 7, n.º. 2, 1995, págs. 245-260, especialmente 248; Mona Baker, “Corpora in Translation Studies: An Overview and Some Suggestions for Future Research”, *Target*, vol. 7, n.º. 2, 1995, págs. 223-242; Federico Zanettin, “Parallel Corpora in Translation Studies: Issues in Corpus Design and Analysis”, en Maeve Olohan (ed.), *Intercultural Faultlines. Research Models in Translation Studies I. Textual and Cognitive Aspects*, Manchester, St Jerome, 2000, págs. 105-118, especialmente 107-109.

común denominador la variación, acordonar el ámbito del azar y conjurar sus peligros: el propio Toury, por ejemplo, enfatiza “the decisive role of the majority”<sup>158</sup> para aislar las desviaciones del comportamiento regular. Y lo convencional se consigue, claro está, a costa de la creatividad<sup>159</sup>, de la excentricidad, la anomalía, la rareza, el Afuera (Foucault), lo carnavalesco (Bajtín), *the remainder* (Venuti); en suma, a costa de todo lo que amenaza ese universo ideal, helénico, de la recurrencia —etimológicamente, *kosmos* significaba “orden”, un juego de antinomias reguladas.

En este trabajo, por el contrario, en la línea del post-estructuralismo y como ya hemos comentado, resaltamos el valor de la diferencia y entendemos la disparidad como enriquecimiento, no como estorbo e impedimento. Así, nuestra selección y nuestro análisis no privilegiarán una continuidad a todas luces artificial, fingida, sino que tratará de prestar atención a lo insólito, de escarbar y espolear sus riesgos, de mirar allí donde la regularidad se fractura y explota, donde, paradójicamente, progresa —allí donde el discurso, por casualidad, ve burlado su orden. Por eso el material recopilado se nos antoja, lejos de un corpus, un extenso archivo foucaultiano. El *archivo* —dice Jarauta, un magnífico exégeta del pensador francés— es el único instrumento válido para abarcar el discurso en toda su fragmentación, quiebra y fisura, incluso en sus fallas y contradicciones; el único modo de no alienar su naturaleza discontinua<sup>160</sup>. Y es que en este trabajo nos identificamos más, cuando no plenamente, con el propósito que manifestaba Foucault en la portada de la primera edición de su *Arqueología del saber*:

---

*Intercultural Faultlines. Research Models in Translation Studies I. Textual and Cognitive Aspects*, Manchester, St Jerome, 2000, págs. 105-118, especialmente 107-109.

<sup>158</sup> Gideon Toury, *Descriptive Translation Studies*, pág. 110.

<sup>159</sup> Cf. Dominic Stewart, “Conventionality, Creativity and Translated Text: The Implications of Electronic Corpora in Translation”, en Maeve Olohan (ed.), *op. cit.*, págs. 74-76.

<sup>160</sup> Cf. Francisco Jarauta, *La filosofía y su otro (Cavaillès, Bachelard, Canguilhem, Foucault)*, Valencia, Pre-Textos, 1979, pág. 14.



yo quisiera hacer aparecer, en su especificidad, el nivel de las “cosas dichas”: sus condiciones de aparición, las formas de su acumulación y de su concatenación, las reglas de sus transformaciones, las discontinuidades que las puntúan. El ámbito de las cosas dichas es lo que se llama *el archivo*; la arqueología pretende analizarlo.<sup>161</sup>

El archivo de la experiencia intercultural que nos ocupa —que, haciendo honor y justicia a la imprevisibilidad del discurso, es deudor a partes iguales del tesón investigador y del albur— amontona un buen número de acontecimientos discursivos, publicados en el entorno cultural español fundamentalmente en la década de los noventa, en los que se plasma cómo el conjunto de creencias culturales relacionadas con la *political correctness* norteamericana a la que hacíamos referencia anteriormente ha ido filtrándose en la semiosfera en la que nos movemos para dejar su impronta, más o menos tangencialmente, en los textos en los que se actualiza. Esta actualización, quede claro, no debe entenderse en el sentido aristotélico de la palabra, como materialización de la esencia (*ousía*) de la corrección política. De entrada, no creemos que la tenga. Al contrario, y como ya decíamos en las primeras páginas de esta Tesis, para nosotros esa actualización lleva las trazas de ser una puesta al día y una puesta a punto, tanto de la corrección política para adaptarse a la cultura española, como de la cultura española para adaptarse a la corrección política. Así lo iremos viendo de la mano de una serie de documentos (artículos académicos y especializados, ensayos, obras literarias, textos informativos o divulgativos, obras de referencia, antologías y glosarios, eslóganes, viñetas, frases, fragmentos) que, de distintos modos, participan en la traducción del discurso de la corrección política a la realidad española: retransmitiendo el fenómeno norteamericano; tratando de adivinar su alcance en nuestro contexto; extrapolándolo al nuevo contexto en calidad de discurso extranjero; tratándolo o aplicándolo con independencia de su origen en otra cultura; en versiones “extranjerizantes”, entusiastas de lo que lo políticamente correcto refería o refiere por aquellos pagos; o en versiones fluidas, naturalizadas, hechas a medida de nuestras insuficiencias y caprichos culturales; con previa acreditación, en representación autorizada de otros textos; o, por el contrario,

---

<sup>161</sup> Didier Eribon, *Michel Foucault*, Barcelona, Anagrama, 1992, pág. 235. Trad.: Julio Vivas.

con ambición de infiltrarlos, a hurtadillas, en refritos, reseñas, recortes, remedos y demás “res”, reescrituras; etc.

Todas estas reescrituras integran un archivo, por un lado, concebido amplio, flexible y abarcador para, en lo posible, otear lo inabarcable: la traducción del discurso de la corrección política, ya lo hemos dicho, es para nosotros una experiencia de la Otredad sin fin ni principio. Desde luego, el archivo pretende alcanzar el horizonte que Lefevere nos señala con el dedo, allí donde la traducción acultura, doma la alteridad y hace gala de esa violencia etnocéntrica, sobre la que teoriza Venuti<sup>162</sup>, que ineludiblemente la acompaña. Pero trata de registrar asimismo los momentos en los que se palpa que el discurso extranjero, una vez instalado, adquiere derechos como residente en nuestra cultura y como tal ejerce su ciudadanía, reconocida o de hecho; también las ocasiones en las que lo distinguimos haciendo valer su voz y su voto, ya sin tener que especificar su nombre y que viene de fuera: allí donde se ven sus obras aun cuando no se atribuyan a su sonoro nombre, a lo *politically correct*, a lo políticamente correcto. Por otro lado, y por esto mismo, debido a la naturaleza abierta e inconclusa del fenómeno que consigna, el archivo se sabe limitado, siempre incompleto y falto, permanentemente desfasado. En este sentido, participa y se imbuye de la misma naturaleza metonímica<sup>163</sup> de las reescrituras que recoge. Como la de los propios reescritores que estudiamos, nuestra labor exegética, arqueológica se saldará, por tanto, componiendo a lo sumo una *imagen* más de la corrección política, *traduciéndola* nuevamente: será, por rizar el rizo, una imagen de sus imágenes, si acaso diferente por caleidoscópica, multifocal, polígena; una traducción de su traducción y de sus traducciones, al fin y al cabo.

---

<sup>162</sup> Lawrence Venuti, *The Translator's Invisibility. A History of Translation*, pág. 41; *The Scandals of Translation. Towards an Ethics of Difference*, págs. 5 y 11.

<sup>163</sup> Maria Tymoczko, “The Metonymics of Translation”, *Translation in a Postcolonial Context*, Manchester, St. Jerome, 1999, págs. 41-61. A través del concepto de metonimia, esta autora postula que se puede estudiar la red de relaciones sociales y políticas que mantienen las culturas a través del estudio de diferentes reescrituras. Tymoczko pone en práctica su teoría centrándose en las traducciones inglesas de las primeras manifestaciones de la literatura irlandesa —una empresa que, salvando las distancias, tiene muchos puntos de conexión con la nuestra.

Porque, efectivamente, ya lo hemos insinuado, en este proceso intercultural de traducción que se encarama en el nivel etéreo e indeterminado de los discursos, de las mentalidades colectivas, de las diferentes subjetividades, la traducción (en su sentido convencional, como mediación, digamos, interlingüística) se descubre —por no decir que se oculta— ubicua, y las traducciones (reconocidas como tales), abundantísimas. A ella(s) también dedicaremos nuestra atención en este trabajo, tratando así de responder igualmente a la que quizá constituya la más significativa de las llamadas que últimamente se han lanzado con objeto de redirigir la orientación de la disciplina para adecuarla al compás de los tiempos. Si, como veíamos, a principios de los noventa el llamado “giro cultural de la traducción” respondía a la necesidad de subrayar lo que esta actividad, además de metamorfosis lingüística y textual —micrológica, a fin de cuentas—, tiene de negociación ideológica, política, social y cultural, curiosamente, en el espacio de algo menos de una década, en pleno auge de los enfoques “culturalistas”, la disciplina ya percibe la necesidad de recordar que las tensiones macrológicas que mantienen las culturas implicadas y que han encandilado a los estudiosos del campo se libran *también* en los niveles “inferiores” del código, de las estrategias traslativas y de los textos concretos. Y la percibe, todo hay que decirlo, no tanto por iniciativa propia como porque ve herido su amor propio académico, pues precisamente en esos niveles despreciados o desatendidos a raíz del “giro cultural de la traducción” se centran gran parte de las investigaciones punteras del ámbito académico quizá más próspero de los últimos años: los Estudios Culturales o, mejor dicho, “el giro traductológico de los Estudios Culturales”<sup>164</sup>.

Por supuesto, este nuevo interés por lo micrológico no implica, no debe implicar, el regreso del tedio de los estudios comparativos de las primeras épocas de los que se desmarcaban explícitamente en 1990 Bassnett y Lefevere<sup>165</sup>; unos estudios, según estos

---

<sup>164</sup> Susan Bassnett, “The Translation Turn in Cultural Studies”, en Susan Bassnett y André Lefevere, *Constructing Cultures*, pág. 137.

<sup>165</sup> André Lefevere y Susan Bassnett, “Introduction: Proust’s Grandmother and the Thousand and One Nights: The ‘Cultural Turn’ in Translation Studies”, pág. 4.

autores, limitados a cotejar originales y traducciones con el rasero de un ideal invisible, del *tertium comparationis*. Dicho de otro modo, la vuelta al lenguaje en los Estudios de Traducción (y en esta investigación en concreto) no debe entenderse como una resurrección de lo meramente “lingüístico” —lo cual equivaldría a tirar por tierra toda la aportación de los enfoques surgidos a partir de los postulados del post-estructuralismo y la desconstrucción—, sino el redescubrimiento académico de este espacio como una zona (más) de confrontación y forcejeo, de asimetrías, de relaciones desiguales, de hegemonía y subordinación, de poder, en una palabra.

Y decimos “descubrimiento académico” porque en lo social esta visión del lenguaje no remite a nada demasiado nuevo. En concreto, es la que, como veremos en el tercer capítulo, sustenta la labor reivindicativa que lleva a cabo la corrección política en el terreno de las representaciones; también la que explica las transformaciones en las reescrituras a que se ve sometida. Con el refrendo de una visión post-estructuralista del lenguaje, el citado análisis de lo que se traduce (y de lo que no se traduce) podrá plantearse las mismas preguntas que nos asaltan al enfrentarnos a la traducción (cultural) del discurso de la corrección política en la que participa y de la que es metonimia: a saber, quién traduce, en nombre de quién, para quién, por qué, de qué modo, en qué circunstancias y en qué condiciones, con qué (pre)disposición y con qué vistas. De hecho, en el marco de la traducción cultural que nos ocupa, las aceptadas como traducciones se nos antojan declaraciones especialmente reveladoras, propuestas concretas, de urgencia, en las que nuestra cultura estipula (o impone) su régimen de soberanía compartida sobre este discurso extranjero. Por tanto, su análisis nos permitirá hacernos una idea de dónde ha ido estableciendo la cultura española, en determinados momentos de este proceso, las fronteras (por naturaleza inseguras, mudables) entre lo propio y lo impropio, lo admisible y lo intolerable, lo Mismo y lo Otro; en resumidas cuentas, su identidad cultural (transitoria), sus (inestables) contornos. En cierto modo, examinar con esta luz la traducción publicada, por ejemplo, de los tan comentados “cuentos políticamente correctos” es como dar con una foto antigua que nos permite intuir cómo éramos.

Y examinar la traducción (cultural) del discurso es como repasar los álbumes de nuestra cultura o, mejor, las cintas de vídeo donde se registran sus reacciones, sus movimientos. Un retrato aislado no es más que una imagen estática que da un aire eterno a la pose instantánea, quizá trucada, para la que probablemente nos engalanamos. Un reportaje del día a día nos hace conscientes de cómo actuamos en ciertas condiciones históricas, sociopolíticas, ideológicas, lingüísticas, económicas e institucionales, y quizá nos dé pie a reflexionar cómo podríamos actuar, en circunstancias parejas o futuras, de un modo más ético. Ello nos remite a evaluar el único postulado del “legado básico” de los estudios descriptivos de traducción que nos resta por poner en relación con nuestro trabajo: el de la interdisciplinariedad.

Ni que decir tiene que el ensanchamiento del campo de visión de los Estudios de Traducción con otras ramas del saber por el que se abogaba en los ochenta es innegablemente necesario, especialmente —y por seguir con la metáfora— si nos proponemos medrar desde el oficio de retratistas hasta otro más acorde con las necesidades de nuestros tiempos, que exigen mayor especialización y profesionalidad, y mejores medios. Pero además, en el cambio de siglo, parece que ya no basta con reivindicar la interdisciplinariedad de los *recursos* de los que se sirve la investigación en nuestro campo, sino que procede subrayar la utilidad y validez interdisciplinar de los *resultados* de la investigación sobre la traducción. En efecto, los estudios que se proponen desentrañar las complejidades de los procesos de comunicación intercultural a partir de una visión de la traducción, como ya hemos dicho, en tanto elemento constituyente y fuerza motora en la evolución y la formación de las identidades colectivas, las culturas y las sociedades extienden, por fuerza, su radio de acción más allá de las fronteras de la comunidad profesional y académica que a la traducción se asocian. No en vano, en la aldea global, las culturas están, por necesidad y por fortuna, cada vez más expuestas a la influencia de otras. Su desarrollo en todos los ámbitos, por tanto, depende de la actitud que dispensen —y dispensemos—, entre otras cosas, a los

discursos ajenos. Y esta actitud sólo puede ser ética<sup>166</sup> cuando parte de la consciencia de nuestros prejuicios, de sus implicaciones, de lo que hay en juego.

Todo esto constituye, a nuestro modo de ver, quizá la razón de ser más importante del análisis que en esta Tesis Doctoral acometemos a propósito del discurso de lo políticamente correcto, a la par que, creemos, otorga cierta justificación y fundamento a que investigaciones como la que presentamos traten de legitimarse no tanto como *de interés público* (que en nuestros tiempos viene a decir subvencionable) como *de interés social*. Cierto, la responsabilidad que con ello se asume es grande, especialmente cuando por el post-estructuralismo sabemos que, por más retóricas científicas en que se refugie el discurso erudito, tiene vedados y negados la neutralidad y el distanciamiento. No obstante, a nuestro entender, en lugar de ser una traba, ello es un acicate que fomenta la búsqueda del rigor y la meticulosidad, y el empeño. No en vano, creemos, el esfuerzo se hace más cuesta arriba cuando se trabaja por cuenta ajena, —por así decirlo— en la empresa de otro, como observador independiente de unas circunstancias de las que uno se declara al margen y desvinculado. Resulta más gratificante el desvelo y a la par más difícil conformarse con cumplir con el deber por encima, de prisa y corriendo, cuando, por el contrario, uno realiza el examen como parte implicada, en calidad de agente, beneficiario y, llegado el caso, de asistente en la terapia de una realidad cultural que en cierto modo le pertenece, y cuyo futuro también está en sus manos.

---

<sup>166</sup> El tema de la “ética” cada vez reviste más importancia en los Estudios de Traducción. De hecho, cada vez es mayor el volumen de publicaciones que se dedican a este novedoso ámbito. Son relevantes, en este sentido, las publicaciones de Lawrence Venuti: *Rethinking Translation. Discourse, Subjectivity, Ideology; The Scandals of Translation. Towards an Ethics of Difference*; y el volumen monográfico de la revista *The Translator, Translation & Minority*. Véase también la obra de Anthony Pym *Pour une éthique du traducteur*, Arras/ Ottawa, Artois Presses Université/ Presses de l’Université d’Ottawa, 1997 y el número especial de *The Translator* titulado *New Ethics For New Forms of Translation*, editado por el mismo autor. En el panorama nacional, destaca Salvador Peña, “La madre de las batallas: un planteamiento pragmático de la ética del traductor”, en Luis Charlo Brea (ed.), *Reflexiones sobre la traducción: Actas del Primer Encuentro Interdisciplinar “Teoría y práctica de la traducción”, Cádiz del 29 de marzo a 1 de abril de 1993*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1993, págs. 527-537; y M. Carmen África Vidal Claramonte, “Hacia una ética transversal de la traducción”, *El futuro de la traducción*, págs. 121-154.

Este estudio sobre la traducción del discurso de lo políticamente correcto parte, desde luego, de un compromiso con nuestra cultura y, a la vez, de la responsabilidad y el aliciente de (querer) ser partícipe de su continua (re)construcción. Es un compromiso que trata de descubrir las diferencias y particularidades de lo que, con Vattimo, llamábamos nuestro *dialecto*; es un compromiso autocrítico que, mediante la comparación con otros dialectos, intenta asimismo sacar a la luz las limitaciones de nuestro propio sistema de codificación; es, por último, un compromiso con un futuro en el que podamos descubrir mejor las diferencias y particularidades de otros dialectos a pesar, y a través, de las diferencias y particularidades del nuestro.

**2. ARQUEOLOGÍA Y GENEALOGÍA  
DEL DISCURSO ORIGINAL (?)  
DE LA CORRECCIÓN POLÍTICA**



Suelen convenir nuestras crónicas en que lo políticamente correcto nació en Norteamérica a mediados de los ochenta como un movimiento antihegemónico defensor de las minorías, y, si se permite la confesión, este consenso nos fue suficiente para que, en los primeros momentos de vehemencia y emoción, no dudásemos en calzarnos las botas y el gorro de viaje para iniciar una expedición que lejanamente identificábamos con el mítico título de un epígrafe que se consigna en una obra de Foucault: “el retroceso y el retorno al origen”. Y es que nuestro empeño de llegar hasta el fondo del tema que nos ocupa tomaba la apariencia soñada de un descubrimiento y, con ánimo de retransmitirla, iniciamos la marcha en pos de la génesis formal, la primera manifestación del objeto de nuestro interés. Quizá por nuestro bagaje académico o por la costumbre de repetir con San Juan tantas veces que en el principio fue el Verbo, salimos a la caza de la articulación inaugural de esas palabras, y por eso nos alegramos cuando, por Ruth Perry<sup>1</sup>, supimos que los izquierdistas radicales que abanderarían en Norteamérica la corrección política leyeron por primera vez la que se convertiría en su (hetero)designación en la primera versión inglesa, de 1966, de *El libro rojo* de Mao. Y de entrada la alegría es doble, pues —nos dijimos— parece que al final va a haber que darle la razón a Derrida cuando dice que, en todo origen, no hay sino diferencia, huellas, las huellas de otras huellas y traducción<sup>2</sup>. Más tarde se nos mudó el gesto, cuando percibimos que, en consecuencia, planeaba un veredicto de irresolución sobre todas las conclusiones que nos proponíamos en nuestro estudio; que iniciábamos la labor ya a sabiendas de que sería inconclusa, de que, a la postre, tras la investigación en torno a la traducción no habría sino más traducción.

---

<sup>1</sup> Ruth Perry, “A Short History of the Term *Politically Correct*”, en Patricia Aufderheide (ed.), *Beyond PC. Towards a Politics of Understanding*, Minnesota, Graywolf Press, 1992, pág. 72.

<sup>2</sup> Cf. Jacques Derrida, “Elipsis” (págs. 402-409) y “La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas” (especialmente pág. 385), *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1989. Trad.: Patricio Peñalver. Véase también M. Carmen África Vidal Claramonte, “Desconstruir la traducción”, *Traducción, manipulación, desconstrucción*, págs. 89-106 y, de la misma autora, “Traducir desde la desconstrucción”, *El futuro de la traducción*, págs. 81-100.

Claro que, en otro lado, descubrimos que en realidad el origen de lo políticamente correcto se remonta a 1793, cuando, aparentemente sin traducción de por medio, un juez federal pidió que el término constase en acta<sup>3</sup>; que, en todo caso, ya en nuestro siglo, en la década de los treinta, los comunistas estadounidenses se lo endosaban como irónico epíteto a los que seguían los dictados de la línea oficial del partido con demasiado fervor<sup>4</sup>; que no era en los treinta, sino en los setenta, cuando, con la sonora expresión, la izquierda norteamericana autocensuraba de manera humorística el rigor de las actuaciones de su activismo<sup>5</sup>; que más bien fueron los estudiantes los que rescataron el lema reverberado en la Revolución Cultural<sup>6</sup>; que éstos no son sino algunos de los muchos que en Norteamérica se postulan como los principios de la corrección política y que, para mayor complicación, cada uno parece dar paso a una diferente, diferente de las demás y diferente de la que teníamos en mente al inicio de la expedición.

Perdidos y confusos, y desorientados, buscamos y rebuscamos (asesoramiento) entre las páginas de nuestro admirado Foucault, y nos descubrimos víctima de la tendencia que caracterizaba la reflexión de la época clásica y que colea aún en nuestros días: la propensión a otorgar (y desear) una génesis soberana y una aparición unitaria e ideal a los objetos (del discurso)<sup>7</sup>; víctima, en definitiva, de un prejuicio que nos impedía reconocer lo que en *La verdad y las formas jurídicas* Foucault denomina “la

---

<sup>3</sup> Cf. John K. Wilson, *The Myth of Political Correctness: The Conservative Attack on Higher Education*, Londres, Duke University Press, 1995, pág. 4.

<sup>4</sup> Roger Geiger, *Research and Relevant Knowledge: American Research Universities since World War II*, Nueva York, Oxford University Press, 1993, pág. 330.

<sup>5</sup> Barbara Ehrenreich, “The Challenge for the Left” [1991], en Paul Berman (ed.), *Debating PC: The Controversy Over Political Correctness on College Campuses*, Nueva York, Dell, 1992, pág. 336.

<sup>6</sup> Stuart Hall, “Some ‘Politically Incorrect’ Pathways Through PC”, en Sarah Dunant (ed.), *The War of the Words. The Political Correctness Debate*, Londres, Virago, 1994, págs. 164-165.

<sup>7</sup> Michel Foucault, “El retroceso y el retorno al origen”, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Madrid, Siglo XXI, 1997, págs. 319-326, especialmente pág. 320. Trad.: Elsa Cecilia Frost.

villanía de los comienzos”<sup>8</sup>. De dar crédito a lo que nos dice el pensador francés, erraríamos al creer que hubo un momento en el que la corrección política nació revelando así su anterioridad metafísica. Según nos explica con los términos de Nietzsche, como el de otros tantos saberes, el nacimiento de la corrección política no sería *Ursprung*, un origen, sino *Erfindung*, una invención, una fabricación más cercana a lo ruin que a lo majestuoso, pues “fue de mezquindad en mezquindad, de pequeñez en pequeñez, que finalmente se formaron las grandes cosas”<sup>9</sup>. Desde estas convicciones se permite sugerir Foucault que “[a] la solemnidad del origen es necesario oponer, siguiendo un buen método histórico, la pequeñez meticulosa e inconfesable de esas fabricaciones e invenciones [que hacen aparecer los objetos]”<sup>10</sup>.

La arqueología y la genealogía son los métodos históricos que este filósofo aplica y recomienda seguir para tratar de cercar el origen(?) de los discursos, de todo discurso, determinar quién o qué los origina y los controla, e intentar responder con conocimiento de causa a esa pregunta que le obsesionaba: “¿qué hay de peligroso en el hecho de que la gente hable?”<sup>11</sup>. A la postre, en nuestro caso, la pregunta será, tal y como la reformula África Vidal, “¿qué hay de peligroso en el hecho de que las gentes traduzcan?”<sup>12</sup>.

El énfasis de la arqueología y la genealogía no recaería en la corrección política en sí, porque *en sí*, diría Foucault, *no es* —explica en este sentido Lawrence Venuti que

---

<sup>8</sup> Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa, [1978] 1998, pág. 21. Trad.: Enrique Lynch.

<sup>9</sup> *Id.*

<sup>10</sup> *Ibid.*, pág. 22.

<sup>11</sup> Michel Foucault, *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, [1973] 1999, pág. 14. Trad.: Alberto González Troyano.

<sup>12</sup> M. Carmen África Vidal Claramonte, *El futuro de la traducción*, pág. 124. En el capítulo titulado “Hacia una ética transversal de la traducción” (págs. 125-148), esta autora extrapola la teoría foucaultiana al ámbito de la traducción. La arqueología y la genealogía son los útiles con que obtener una analítica del poder sobre el que se asientan los discursos y, por ende, las traducciones, y el paso previo para después internarse en cuestiones éticas. Este trabajo sigue sus enseñanzas.

para este autor la búsqueda del origen, lejos de terminar con el descubrimiento de la identidad inviolable de los objetos, remite a una red de disparidades y disensión<sup>13</sup>—, sino en el entresijo de circunstancias subyacente a la aparición de dicho fenómeno, en el conjunto de condiciones que habrían permitido y en cierto modo determinado su emergencia. Según las enseñanzas de Foucault, para que surgiera la corrección política habrían debido salvarse, en primer lugar, ciertos obstáculos en el orden del conocimiento. Efectivamente, como ya explicábamos en el capítulo anterior, no todo puede decirse en determinado momento, y no necesariamente porque no convenga, sino porque no se sepa. Por rescatar una imagen que compone Billouet, los objetos deben esperar a que se levante la barrera epistemológica que dé paso a su existencia<sup>14</sup>. Y la labor que se ocupa de investigar la base cognoscitiva que hace visible y viable este ideario es arqueológica, pues la *arqueología*:

es más bien un estudio que se esfuerza por reencontrar aquello a partir de lo cual han sido posibles conocimientos y teorías; según cuál espacio de orden se ha constituido el saber; sobre el fondo de qué *a priori* histórico y en qué elemento de positividad han podido aparecer las ideas, constituirse las ciencias, reflexionarse las experiencias en las filosofías, formarse las racionalidades para anularse y desvanecerse quizá pronto [...] lo que se intentará sacar a la luz es el campo epistemológico, la *episteme* en la que los conocimientos, considerados fuera de cualquier criterio que se refiera a su valor racional o a sus formas objetivas, hunden su positividad y manifiestan así una historia que no es la de su perfección creciente, sino la de sus condiciones de posibilidad.<sup>15</sup>

Estaremos haciendo arqueología, efectivamente, cuando tratemos de identificar las pruebas epistemológicas superadas con anterioridad a la aparición de la corrección política, el fundamento gnoseológico del que tomó el relevo, las corrientes de pensamiento que, en su confluencia, dieron luz verde a su proyecto, la configuración subterránea sobre la que se perfilaba y las pautas del saber que volvieron posible su discurrir filosófico y la producción de enunciados con él relacionados<sup>16</sup>; por decirlo con

---

<sup>13</sup> Cf. Lawrence Venuti, *The Translator's Invisibility. A History of Translation*, pág. 39, a propósito de unos pasajes del artículo de Foucault "Nietzsche, Genealogy, History".

<sup>14</sup> Pierre Bouillet, *Foucault*, París, Les Belles Lettres, 1999, pág. 105-106.

<sup>15</sup> Michel Foucault, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, pág. 7.

<sup>16</sup> Cf. Didier Eribon, *op. cit.*, pág. 214.

Rodríguez Magda, la red precisa de legitimación, de autorización, en la que pudo germinar la corrección política<sup>17</sup>.

Legitimación y autorización, efectivamente; autoridad, en suma. Porque, según nos insiste Foucault, la maraña de interpositividades en la que se (ma)logran los saberes —y en este sentido la corrección política no es una excepción—, el entramado de relaciones en el que adquieren fundamento y significación, no remite únicamente a unas *estructuras* epistemológicas en las que se entreveran los nuevos discursos, sino a unas *dinastías*, una urdimbre de dominio y sometimiento, a un procedimiento jerarquizado y jerarquizante de institucionalización. Por eso Foucault fue interesándose cada vez más por “hacer aparecer aquello que ha permanecido hasta ahora más escondido, oculto y profundamente investido en la historia de nuestra cultura: las relaciones de poder”<sup>18</sup>. En efecto, los saberes, para Foucault, no pueden entenderse como conocimientos neutros y objetivos, sino como correlativos a un poder y supeditados a una economía política de la verdad. Y el modelo histórico de análisis con el que nos anima a distinguir esa red de exclusiones y autoridad en la que se tejen los saberes y los discursos, esa arqueología que se nos antoja tanto más atractiva por cuanto desplaza su centro de atención, o lo amplía, a la dinámica del poder se configura, por utilizar el término con el que rebautiza Foucault su método en sus últimas obras, como una *genealogía*. En realidad, como observa Levy, “[l]a arqueología del saber no ha sido nunca sino la otra cara de una genealogía del poder”<sup>19</sup>. En nuestro caso, estaremos haciendo genealogía cuando nos ocupemos de la corrección política, no como una filosofía abstracta y descontextualizada, como una suma de ideas contenida y explicable en sí misma, sino cuando analicemos las tensiones, las luchas, las rivalidades y las pugnas que hubo de mantener en su establecimiento y consolidación hasta llegarnos normalizada, catalogada

---

<sup>17</sup> Rosa María Rodríguez Magda, “Del olvido a la ficción. Hacia una genealogía de las mujeres”, en Rosa María Rodríguez Magda (ed.), *Mujeres en la historia del pensamiento*, Barcelona, Anthropos, 1997, pág. 49.

<sup>18</sup> Cf. Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, pág. 38.

<sup>19</sup> Bernard Henry Levy *apud* Rosa María Rodríguez Magda, *Discurso/poder*, Madrid, EDE, 1984, pág. 26.

al menos, como ese movimiento antihegemónico defensor de las minorías surgido en los años ochenta del que hablan nuestras crónicas.

\* \* \*

El adjetivo “antihegemónico” no es gratuito, y menos aún lo es el hecho de que lo políticamente correcto comparezca a la vez en calidad de tal y de “defensor de las minorías”, pues ambas pistas genealógicas nos permiten, en primer lugar, hacernos una idea de cómo era entonces lo mayoritario y, a partir de ahí, sajar justificadamente, antes de que se instaure la paradoja, en la cadena infinita de acontecimientos y remisiones, de huellas y traducciones que nunca terminaría de desmadejarse, e iniciar así el análisis de la corrección política en un origen en cierto modo deslucido porque se sabe sólo estratégico, táctico, motivado. Así, por las pistas genealógicas a las que aludíamos, lo políticamente correcto se ancla con su sello contracultural mejor en la atmósfera social y política de las presidencias de Ronald Reagan (1980-1988) y George Bush (1988-1992) que en la que caracterizó las dos décadas anteriores<sup>20</sup>. Y no porque en éstas no existieran discursos pro-minoría; más bien al contrario, porque esta lírica consiguió entonces apoderarse de la población y seducir incluso a las instancias oficiales, más reacias por lo general a apadrinar las causas del margen.

En efecto, durante los sesenta y los setenta, con lo que se conoce genéricamente como el movimiento en pro de los derechos civiles, Norteamérica había abierto los brazos a lo Otro y sus modos alternativos. Ciertamente, no ocurrió sin convulsiones y desgarró: fueron años, especialmente los sesenta —los *radical sixties*—, de *inquietud social*, avivada por la insurrección negra contra las leyes de segregación racial (ya en la versión radical del Black Power que liderara Malcom X, ya dulcificada con la filosofía de resistencia no violenta y conciliadora de Martin Luther King), por las manifestaciones antimilitaristas con las que una nación indignada declarara a su vez la

---

<sup>20</sup> Son diversos, no obstante, los autores que retrotraen lo políticamente correcto hasta los sesenta. Véase, por ejemplo, Yasmin Alibhai-Brown, “The Great Backlash”, en Sarah Dunant (ed.), *op. cit.*, pág. 58.

guerra a la guerra de Vietnam, por el activismo político del movimiento feminista y los acuciantes reclamos de la *Women's lib*, por las primeras protestas de los incipientes grupos ecologistas, por los virulentos incidentes y reivindicaciones protagonizados por la población reclusa o por el despertar político de los descendientes de las comunidades indias precolombinas tras un letargo impuesto por un largo olvido institucional<sup>21</sup>.

Además, y ante todo, fueron éstos años de *inquietudes sociales*. Bajo cuerda, a salvo del examen poco exhaustivo o poco detallista de las crónicas históricas oficiales y de los insignes anales, se produjo una transformación sociocultural fabulosa, un ensayo general de toda la sociedad civil, y un verdadero tanteo a la apertura y la flexibilidad. Efectivamente, confirma Zinn:

In the sixties and seventies, it was not just a women's movement, a prisoner's movement, an Indian movement. There was a general revolt against oppressive, artificial, previously unquestioned ways of living. It touched every aspect of personal life: childbirth, childhood, love, sex, marriage, dress, music, art, sports, language, food, housing, religion, literature, death, schools.<sup>22</sup>

En esta línea, dice Amando de Miguel que “[e]n los años 60 tiene lugar en Estados Unidos una verdadera y extraña ‘revolución’ que no consiguió alterar el sistema de poder”, aunque, matiza, “bien puede presentar algunos logros irreversibles como el fin de la Guerra del Vietnam y el hecho de que en Estados Unidos (no así en otras partes) sea ya muy improbable que un político pueda hacer su campaña como racista”<sup>23</sup>.

En efecto, se trataba ante todo de una revolución de la conciencia y de la conciencia colectiva, que trocó la autocomplacencia y el conformismo, en el mejor de

---

<sup>21</sup> Para más información sobre estos movimientos insurrectos, véase la obra del historiador revisionista norteamericano Howard Zinn, *A People's History of the United States: 1492 to Present* (Harper Perennial, Nueva York, [1980] 1995). Zinn comenta la revolución negra en las páginas 435-459; la influencia de Vietnam en la sociedad en las páginas 460-492; la liberación de la mujer en las páginas 493-504; la cambiante situación de las cárceles norteamericanas de la página 504 a la 513 y el nacimiento de la identidad política de los “nativos americanos” (los descendientes de los pueblos precolombinos) de la 513 a la 525.

<sup>22</sup> Howard Zinn, *op. cit.*, pág. 526.

<sup>23</sup> Amando de Miguel, *Los narcisos. El radicalismo cultural de los jóvenes*, Barcelona, Kairós, 1979, págs. 20-21.

los casos —encarnado en el prototipo del activista estudiantil—, por el compromiso con las voces discordantes y las causas emancipadoras capitaneadas por quienes habían habitado en los márgenes del sistema, y, cuando menos —como ilustra la “revolución” *hippy*—, por el descontento y la decepción ante un sistema de valores heredado que no progresaba al ritmo del sentir de la ciudadanía. En resumidas cuentas, durante los sesenta y los setenta se respiraba en el ambiente la necesidad de acompasar el orden político y simbólico a las palpitaciones de un tejido social disconforme y desasosegado. Desde luego, así se percibía en las universidades, donde ya se encontraba en estado embrionario una multitud de enfoques que impugnaban el modelo universalista predominante<sup>24</sup>. Pero también en las instancias gubernamentales hizo mella este talante reivindicativo, que terminó encontrando refrendo en la legislación federal, todavía tímido —o quizá fatalmente truncado— en la era de Kennedy (1961-1963) y bastante más osado durante la presidencia de Johnson (1963-1965 y 1965-1969).

Efectivamente, el compromiso asumido por Kennedy con la defensa de la libertad y la consecución de la justicia racial, que logró inyectar en la nación aun cuando el Congreso abortara la mayoría de sus intentos para materializarlas en medidas tangibles, ganó en concreción con el relevo que tomó a su muerte su sucesor forzoso. Johnson esbozó y legisló su ideal de una “Great Society” —grande por abrazar incluso a sus excluidos, tanto en el desarrollo del proyecto democrático como en la previsión de las partidas presupuestarias. La legislación aprobada en su presidencia no sólo garantizó, por escrito, los derechos civiles de todos los ciudadanos, sino que, en un derroche de progresismo inhabitual en Norteamérica en el pasado y, a juzgar por lo que veremos, en lo que siguió, hizo por garantizar su disfrute. Johnson se proponía conseguir la igualdad a sabiendas de que no era lo mismo que predicarla, y en este marco institucional se alentaron entre diversas minorías y colectividades sociales tradicionalmente oprimidas las conocidas como “políticas de identidad” o “de la diferencia”; se fomentó una interpretación aventurada de la Civil Rights Act de 1965

---

<sup>24</sup> Cf. Richard Ohmann, “On ‘PC’ and Related Matters”, en Jeffrey Williams (ed.), *PC Wars: Politics and Theory in the Academy*, Nueva York, Routledge, 1995, pág. 16.



que avaló jurídicamente ciertas medidas compensatorias de “discriminación positiva” dirigidas a propulsar la inserción social y laboral de grupos de interés social desfavorecidos y a conseguir una representación más equitativa de las diversas comunidades de los Estados Unidos en la esfera pública<sup>25</sup>; asimismo, se destinaron considerables fondos públicos a paliar la marginación social y la desigualdad, de manera que las víctimas del sistema pasaron a ser sus protegidos, además de los principales beneficiarios del *welfare state*<sup>26</sup>; igualmente, se impulsó una importante transformación del sistema educativo norteamericano, traducida en una democratización de las oportunidades de acceso a la enseñanza, tanto a la obligatoria como a la superior, a la par que en una revisión crítica de los valores tradicionalmente inculcados a través de esta institución (el patriotismo, por ejemplo, y su significado)<sup>27</sup>. En fin, si en los libros de texto la presidencia de Johnson destaca especialmente por ser una época de bonanza, en nuestro caso lo relevante es que (quizá por eso mismo) el entramado institucional norteamericano patrocinó muchas de las medidas que años más tarde se asociarían con lo “políticamente correcto”, como las políticas de la identidad y discriminación positiva, los programas de igualdad social o la revisión del papel de la institución universitaria.

No obstante, la fortuna o su espejismo fueron efímeros, y, conforme se hacía más evidente el fantasma de la recesión económica, fue debilitándose el apoyo a estas medidas revisionistas e inclusivas y sofocándose el talante progresista con que se había entrado en los setenta. Los ochenta fueron años de bloqueo y parálisis económicos, equiparables (y para algunos conductentes<sup>28</sup>) a la anquilosis e incluso el resquemor

---

<sup>25</sup> Howard Zinn, *op. cit.*, págs. 561-562.

<sup>26</sup> Juan José Hernández Alonso, *Los Estados Unidos de América. Historia y cultura*, Salamanca, Ediciones Colegio de España, 1996, pág. 357.

<sup>27</sup> Cf. Howard Zinn, *op. cit.*, pág. 528.

<sup>28</sup> Ésta es la tesis que mantienen, por ejemplo, Ronald Takaki y Tom Lewis, quienes en “Culture Wars in the United States: Closing Reflections on the Century of the Colour Line” (en Jan Nederveen Pieterse y Bhikhu Parekh [eds.], *The Decolonization of Imagination. Culture, Knowledge and Power*, Londres y Nueva Jersey, Zed Books, 1995, págs. 168-176) y en “‘Political Correctness’. A Class Issue”

apreciable en lo social. No en vano, en plena crisis financiera, el esfuerzo presupuestario invertido en pos de la justicia social fue granjeándose una oposición creciente. Las instancias federales acompañaron y apuntalaron su política interna con una gestión de austeridad económica y de reducción del gasto público<sup>29</sup>, en buena medida conseguido a expensas de numerosos programas sociales, que se sacrificaron en nombre del mercado sin que el grueso de la población, engatusado por el convencimiento de ser el beneficiario y no la víctima de una política estatal de sacrificio económico y más preocupado a su vez por lo monetario que por lo equitativo, mostrase demasiada oposición a ello. Sin embargo, no es menos cierto que ocultos bajo el disfraz de una retórica sumisa a los imperativos del mercado renacieron y engordaron muchos prejuicios latentes en la población norteamericana. Por ejemplo, se abolieron numerosas medidas de discriminación positiva bajo el pretexto de fomentar la mediocridad y, con ello, la inoperancia económica<sup>30</sup>. Con la coartada de un régimen político extremadamente conservador, prácticamente reaccionario, y del cambio generalizado de mentalidad, se vieron impugnados muchos de los logros que habían ido ganando las mujeres, las minorías étnicas y otros colectivos desfavorecidos a lo largo de los sesenta y los setenta. Parecía que la nación daba por buena en lo social una interpretación prejuiciada de la advertencia gubernamental de que había que ahorrar en lo superfluo.

De hecho, se diría que las órbitas oficiales entendían que las diferencias eran superfluas, accesorias y prescindibles incluso, por no decir molestas y entorpecedoras. Desde luego, la retórica que se alentó durante los ochenta resolvía en disonancia las melodías reivindicativas de la diferencia que habían popularizado numerosos

---

(en Jeffrey Williams [ed.], *op. cit.*, págs. 90-108) respectivamente hacen una lectura materialista del retroceso de las minorías durante los ochenta, de las guerras culturales y de la inclinación que ha tomado el debate sobre lo políticamente correcto.

<sup>29</sup> Para más información sobre la política económica de la administración de Reagan, puede consultarse la explicación extraordinaria, a la par que sucinta, que ofrece el analista económico Juan Francisco Martín Seco en el epígrafe titulado “Reaganismo y Thatcherismo”, que ocupa las páginas 442-446 del artículo “1992: recesión y crisis económica” (*Anuario de los temas 1992*, Barcelona, Difusora Internacional, 1993, págs. 436-455).

<sup>30</sup> Cf. Christopher Newfield, “What Was ‘Political Correctness’”, en Jeffrey Williams (ed.), *op. cit.*, pág. 123.

movimientos contraculturales norteamericanos en las décadas anteriores. Si durante los sesenta y en los setenta se había declinado *ad infinitum* el lema “Black is beautiful”, durante los ochenta proliferaron las prédicas a favor de la unidad, la homogeneidad y el patriotismo lanzadas desde los púlpitos estatales a una nación que se quería perfectamente aunada, bien avenida y sin fisuras. Los conservadores renovaron el compromiso con el lema de la nación —*E pluribus, unum*: de muchos, uno— e invirtieron grandes esfuerzos en restaurar la (deteriorada) memoria del mito fundacional del *melting pot*.

Efectivamente, en sus inicios, la identidad nacional de los Estados Unidos de América se imaginaba trabada en un caldero simbólico, donde alegóricamente se zambullía una población de la más variada procedencia. Míticamente, la idiosincrasia patria surgía de desleír el surtido. La identidad colectiva se obtenía tras refundir y equiparar todos los componentes. “Here [in America] individuals of all races are melted into a new race of men, whose labours and posterity will one day cause great changes in the world”<sup>31</sup>, decía a principios de siglo Jean de Crevecoeur. Y esta profecía tomaba en boca de Ronald Reagan la forma de una de las promesas en las que había basado su campaña electoral: la de restaurar el prestigio americano en el orbe y consolidar la por entonces erosionada primacía estadounidense en la toma de decisiones mundial<sup>32</sup>; en otras palabras, erigir “América” como objeto de culto y como sumo hacedor internacional. Una promesa, todo hay que decirlo, que hoy se nos antoja hecha realidad. Como reza el título del libro de Verdú, el nuestro es *el planeta americano*; es más, afirma su autor que “América existe como un Dios, inmanente, omnipresente, incuestionable” y, como toda deidad que se precie, “es una y nítida”, si bien, como constata, “los americanos son aglomeración”<sup>33</sup>.

---

<sup>31</sup> Jean de Crevecoeur [1904] *apud* Susan Dicker, *Languages in America. A Pluralist View*, Clevedon /Filadelfia /Toronto /Adelaida /Johannesburgo, Multilingual Matters, 1996, pág. 35.

<sup>32</sup> Juan José Hernández Alonso, *op. cit.*, pág. 382.

<sup>33</sup> Vicente Verdú, *op. cit.*, pág. 24.

Evidentemente, dada la tremenda heterogeneidad de la población estadounidense y de sus intereses —Norteamérica es un mare mágnun de razas, etnias, pueblos, tradiciones, culturas, religiones y etos, en modo alguno comparable a los niveles que la multiculturalidad alcanza en Europa—, se deduce fácilmente que durante la presidencia de Reagan hubo de programarse la maquinaria estatal para realizar un esfuerzo unificador que se pronosticaba formidable. El sistema educativo asimismo —o como cabría de esperar— iba a colaborar en tal empresa titánica, descomunal. De hecho, corroborando la teoría de Louis Althusser de que es uno de los aparatos ideológicos del estado más potentes<sup>34</sup>, se convirtió en uno de los altavoces del llamamiento patriótico a la unidad de la nación, a la par que en uno de los motores de propulsión de agresivas políticas de cohesión social y cultural.

Así, el programa en materia de educación de los conservadores concedía gran importancia a la “tradicición común”, al conocimiento “establecido”, “universal” y/o “compartido”, a los “clásicos” y a la “esencia” del patrimonio cultural norteamericano. Sin ir más lejos, uno de los primeros informes que elaboró el Secretario de Educación durante la presidencia de Reagan, William Bennett, en calidad de Director del National Endowment for the Humanities (NEH) —el organismo encargado, entre otras cosas, de evaluar y gestionar la financiación de los proyectos de investigación de interés federal—, permite palpar las pretensiones universalistas de este discurso neoconservador en la propia materialidad de sus acontecimientos, que diría Foucault<sup>35</sup>. En efecto, en *To Reclaim a Legacy: A Report on the Humanities in Higher Education* (1984)<sup>36</sup>, significativo por ser pionero en una línea neoconservadora que se iría endureciendo según avanzaba la década (y que, precisamente en su calidad de pionero, aparece citado profusamente en el debate desatado en torno a la cuestión de lo

---

<sup>34</sup> Cf. Louis Althusser, “Ideología y Aparatos Ideológicos del Estado”, *Escritos*, Barcelona, Laia, 1974. Trad.: Albert Roies Qui.

<sup>35</sup> Michel Foucault, *El orden del discurso*, pág. 57.

<sup>36</sup> William Bennett es asimismo el autor de *Our Children and Our Country: Improving American's Schools and Affirming the Common Culture* (1988) y de *The De-valuing of America* (1992).

políticamente correcto), Bennett abogaba por la defensa —o, según se percibe en la formulación del título, la reclamación, no la mera apología— de “our common culture [...] its highest ideas and aspirations”<sup>37</sup>, por un enfoque curricular que incidiera en “the accumulated wisdom of our civilization”<sup>38</sup> y por la tradición, que, en su opinión, debía actuar como “glue that binds together our pluralistic nation”<sup>39</sup>.

Efectivamente, contra la disparidad y la diferencia que se habían exaltado durante las dos décadas anteriores y contra el auge que su estudio había comenzado a cobrar en las nuevas direcciones teóricas de las humanidades, Bennett prescribía el antídoto de un legado de valores universales y verdades eternas. Se trataba, como matizaría en *Humanities in America: A Report to the President, the Congress, and the American People* (1988) la sucesora de Bennett en el cargo, Lynne Cheney<sup>40</sup>, de “truths that pass beyond time and circumstance; truths that transcending accidents of class, race and gender, speak to us all”<sup>41</sup>. Curiosamente, en el informe sobre el estado de la nación en materia educativa redactado con William Bennett, el patrimonio cultural que se instaba a rescatar a la diversísima población norteamericana, ese legado común de valores universales y verdades eternas que, como matizaba Cheney, hablaba a todas las clases, los géneros y las razas trascendiendo lo que —según se desprende de sus palabras— no eran sino diferencias de carácter *accidental*, se identificaba sin empacho

---

<sup>37</sup> William Bennett *apud* Howard Zinn, *op. cit.*, pág. 616.

<sup>38</sup> William Bennett *apud* Christopher Newfield, *art. cit.*, pág. 144.

<sup>39</sup> William Bennett *apud* Marilyn Friedman, “Codes, Canons, Correctness, and Feminism”, en Marilyn Friedman y Jan Narveson, *Political Correctness. For and Against*, Boston y Londres, Rowman & Littlefield Publishers, 1995, pág. 8.

<sup>40</sup> Lynne Cheney es asimismo autora de otros dos informes que, junto con el mencionado y con los de Bennett, constituyen el epítome del proyecto educativo conservador: *50 Hours: A Core Curriculum for College Students* (1989) y *Telling the Truth: A Report on the State of the Humanities* (1992).

<sup>41</sup> Lynne Cheney *apud* John Annette, “The Culture Wars on the American Campus”, en Sarah Dunant (ed.), *op. cit.*, pág. 3.

con lo que, fuera por un desliz etnocéntrico, fuera en aras de la brevedad, se denominaba sucintamente “la civilización occidental”<sup>42</sup>.

Precisamente como contrapunto a este progresivo esfuerzo institucional por (re)conducir un país tan sumamente heteróclito hasta una quimera de consenso y unidad, como un barullo de voces que parecían proceder de los estadounidenses que, aun sin renegar de su condición de tales, no terminaban de encajar en el uniforme identitario monocromo y monocultural que los conservadores tenían diseñado para la por otra parte tan multiétnica, tan multilingüe, tan multicolor, tan multiconfesional Norteamérica, empezó a perfilar sus contornos el discurso de lo políticamente correcto. Ciertamente, en contraposición al proyecto de los conservadores, lo políticamente correcto se vinculaba, y se vincula —de hecho, conviene comenzar a hablar en presente, no vayamos a olvidar que nuestro objeto de estudio, como insistíamos en el capítulo anterior con Andrew Chesterman, lejos de estar concluso, sigue renovándose y goza de plena actualidad—, a una reivindicación de las aportaciones de las minorías a lo que, con Pierre Bordieu, denominaríamos capital cultural norteamericano, al bagaje compartido en el que se cree cimentada la identidad cultural colectiva. Así, en esta línea se sitúan las peticiones de ampliar los planes de estudio de las disciplinas humanísticas conforme a las exigencias de un panorama social cada vez más plural, de revisar (y subsanar) las omisiones de mujeres, etnias minoritarias y colectivos oprimidos en el relato oficial de la historia o en los estrechos confines del canon, y de mejorar su representación en la esfera pública mediante políticas de discriminación positiva o en la lingüística infundiendo en el hablante medio una sensibilidad hacia la diversidad. Pero además, lo políticamente correcto entra en contradicción con el proyecto de los conservadores en un nivel más profundo, en un nivel filosófico, si se quiere, y en este sentido remite asimismo a una concepción antagónica al de aquéllos en cuanto a la naturaleza de la realidad, del conocimiento y del orden social. Lo políticamente correcto, en cierto modo, deja entrever una *epistemología* alternativa en la que, arqueológicamente, trataremos de excavar.

---

<sup>42</sup> Cf. Howard Zinn, *op. cit.*, pág. 616.

\* \* \*

Dice Thorne que los orígenes de lo PC se encuentran en el post-estructuralismo, y concretamente en los postulados deconstructivistas de la obra de Derrida<sup>43</sup>; según Min Choi y Murphy<sup>44</sup>, brota la corrección política de un difuso “eclecticismo de izquierdas” que, junto a los citados por Thorne, aúna también a posmodernos, posmarxistas y en general a quienes rechazan una concepción “realista” (es decir, metafísica) del saber, del orden o de la sociedad; incluso sus detractores interpretan que estas tendencias constituyen “su vertiente intelectual”<sup>45</sup>. Durante la década de los setenta, todas estas tendencias medraron considerablemente en los departamentos del ámbito de las humanidades de las universidades estadounidenses, ya en disciplinas consolidadas como la literatura, la sociología, la antropología, la historia o la educación, ya en otras relativamente novedosas cuya propia constitución no viene justificada sino por este bagaje teórico, como los estudios desde la perspectiva del género o la raza, los estudios culturales o el poscolonialismo. En los círculos más vanguardistas y/o radicales, efectivamente, comenzaron a definirse los “fundamentos” de un giro intelectual que, paradójicamente, apuesta por la indefinición y por la crítica constante de todo fundamento, y de los fundamentos de los fundamentos.

El posmodernismo y la desconstrucción encuentran sentido como causa, consecuencia o relevo<sup>46</sup> del derrumbamiento del edificio filosófico del racionalismo y la

---

<sup>43</sup> Tony Thorne, *op. cit.*, pág. 189.

<sup>44</sup> Jung Min Choi y John W. Murphy, *op. cit.*, pág. 3.

<sup>45</sup> Sheldon Hackney *apud* Michael Bérubé, *Public Access. Literary Theory and American Cultural Politics*, Londres y Nueva York, Verso, [1994] 1995, pág. 11.

<sup>46</sup> Para Christopher Norris, uno de los analistas más agudos de la epistemología posmoderna y de la desconstrucción, el posmodernismo sería la causa o la consecuencia y la desconstrucción el relevo. No en vano, según Norris, a diferencia del primero, sólo esta última está a la altura a la hora de mantener el compromiso de la filosofía con una crítica razonada y responsable de las formas institucionalizadas de conocimiento (*Cf.* “Deconstruction versus Postmodernism”, *Uncritical Theory. Postmodernism, Intellectuals and the Gulf War*, Londres, Lawrence & Wishart, 1992, págs. 33-34). Ciertamente, aun cuando hay quienes todavía lo reivindican como algo más que una moda, como un marco filosófico sobre el que seguir pensando tras el desmoronamiento del proyecto de la Modernidad (por ejemplo Gianni

modernidad, asentado sobre un armazón de valores absolutos engarzados por relaciones antinómicas y excluyentes, y de la disolución del propósito ilustrado, un proyecto universalista que persigue la consecución de los ideales trascendentes de la Razón, la Verdad, el Bien, la Justicia o la Igualdad<sup>47</sup>. La denuncia que desde el post-estructuralismo se lanza contra este último marco que, en contra de los avisos de sus opositores sobre su estado de ruina y precariedad, mantiene su prestigio y su influjo como morada y refugio epistemológico de gran parte de los esquemas de pensamiento y conducta vigentes en la sociedad consistiría, fundamentalmente —y tal como se plasma en las palabras que citábamos de Bennett y Cheney, que lo invocan—, en que el significado de los ideales por los que vela es categórico, permanece contenido en sí mismo, viene dado de un modo apriorístico y se actualiza con su mera invocación. Es éste un “fundacionismo” que activa, por decirlo con Derrida, una Metafísica de la Presencia<sup>48</sup>: la certeza tranquilizadora de unos valores rectores inamovibles, válidos en toda circunstancia, insobornables por el tiempo, las creencias, las culturas o el lugar.

En oposición a esta concepción en último extremo idealista del mundo, lo que une a Derrida y sus seguidores, al propio Foucault o a los que abundan en *la condición posmoderna* que describiera Lyotard<sup>49</sup> (que cuando se trata de caracterizar los

---

Vattimo y el resto de los colaboradores del volumen *En torno a la posmodernidad* (Cf. especialmente el artículo del propio Vattimo “Posmodernidad: ¿Una sociedad transparente?”, ya citado en este trabajo—), en la actualidad el posmodernismo está en bancarrota (Cf. Rosa María Rodríguez Magda y M. Carmen África Vidal Claramonte, “El posmodernismo ya no tiene quien le escriba”, en Rosa María Rodríguez Magda y M. Carmen África Vidal Claramonte [eds.], *Y después del postmodernismo ¿qué?*, Barcelona, Anthropos, 1998, págs. 7-13). De todos modos, a la hora de juzgarlo y juzgar las contribuciones que a él se adscriben en la literatura crítica relacionada con el tema que estudiamos, hay que tener en cuenta que la “oposición” que traza Norris entre desconstrucción y posmodernismo (y otros autores entre éste y el post-estructuralismo) y la devaluación de lo posmoderno por identificarse cada vez más con un nihilismo insalvable, un acrítico “todo vale”, es relativamente reciente, y que en la época que estudiamos el posmodernismo todavía tenía mucho que decir (y no siempre en vano) en Norteamérica. Por tanto, si bien parece, pues, conveniente tomar este término y sus afiliados con la necesaria cautela, también se hace aconsejable concederle el beneficio de la duda.

<sup>47</sup> Gilles Lipovetsky, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona, Anagrama, 1986, pág. 66. Trad.: Joan Vinyoli y Michèle Pendanx.

<sup>48</sup> Jacques Derrida, *La escritura y la diferencia*, pág. 386.

<sup>49</sup> Jean-François Lyotard, *La condición posmoderna*, Madrid, Cátedra, 1998. Trad.: Mariano Antolín Rato.



antecedentes de la corrección política entran a formar parte del mismo grupo) es una desconfianza epistemológica frente a las ideas abstractas y absolutas que pueblan los modelos (pretendidamente) universalistas, una intención de detectar (y, llegado el caso, combatir) las exclusiones en que redundan y una voluntad de dismantelar, desconstruir, los procedimientos y retóricas de legitimación que invocan sus defensores.

Empezando por las Grandes Palabras. Efectivamente, los valores sobre los que se ha basado la tradición filosófica occidental se descubren faltos de su preexistencia ontológica, de la que otrora fuera su inmanencia intrínseca, de la que se pensara su definición o de lo innecesario de pensarla. Las certidumbres sobre las que se han elaborado los mapas de la travesía que Occidente ha emprendido en pos del Progreso (y éste a su vez en pos de la Razón o la Verdad) se perciben agrietadas y carentes, o a lo sumo imbuidas de un estado de contingencia y provisionalidad. De este modo, dicen el posmodernismo y la desconstrucción, lo que se tiene por la Verdad, el Conocimiento objetivo, la Ortodoxia, la Cultura, la Moral o el Sentido (y el sentido común, por añadidura) no son sino constructos relativos, variables históricas ajustadas en un complejísimo tira y afloja orquestado en la totalidad del orden social. A partir de ahí, la gran aportación de estas tendencias reside en formular la inevitable pregunta: en virtud de qué y cómo consiguen los valores aceptados en un determinado contexto (contingentes, relativos) legitimarse como supuestos culturales normativos y recubrirse de una pátina de universalidad. Desde luego, estas enseñanzas son las que avalan el hecho de que, bajo el signo de la corrección política, se trate de replantear en Norteamérica a partir de los ochenta “what counts as knowledge and how is it produced”<sup>50</sup>. En un plano más general, se trata de dismantelar las reglas de constitución de lo que Lyotard denomina las Grandes Narrativas o los metarrelatos<sup>51</sup>: los procesos que mantienen u operan la aceptación unánime, bien consensuada bien inconsciente, involuntaria, de los fundamentos que sostienen el orden existente. Y en el trasfondo, no

---

<sup>50</sup> Joan Wallach Scott, “Campus Communities Beyond Consensus”, en Patricia Aufderheide (ed.), *op. cit.*, pág. 213.

<sup>51</sup> Cf. Jean-François Lyotard, *op. cit.*, pág. 10.

hace falta decirlo, se descubre una textura de jerarquías que, además de condicionar las prácticas sociales, se inculcan, se reproducen y se naturalizan a través de dichas prácticas.

Estas constataciones están en la base de las líneas que caracterizarían el fenómeno de lo políticamente correcto en tanto epistemología alternativa. De entrada, la certeza de que los valores y los conocimientos se entretrejen en una red de diferenciales de poder y autoridad justifica el recelo que se le atribuye a la corrección política y, en general, a las causas emancipadoras informadas por el post-estructuralismo con respecto a los modelos universalistas, en tanto en cuanto los patrones que en éstos se erigen como absolutos se revelan, en realidad, restrictivos, limitados, representaciones más o menos glorificadas de lo que por universal tiene el grupo social a imagen y semejanza del cual se confeccionan. No en vano, estas tendencias parten del presupuesto de que las aportaciones del género humano a esos modelos “genéricos” son desiguales: ciertos colectivos tienen potestad cultural para definirlos; otros carecen de voz propia y se limitan a vivir con esas definiciones. En este sentido, la corrección política secundaria lo que Sarchett denomina el “giro posmoderno” que, en sus palabras, “requires that we pay as much attention to who is speaking and who is not authorized to speak as we do to what is being spoken”<sup>52</sup>. En último extremo, en la base de las críticas y las reivindicaciones endosadas a la corrección política se encuentra la constatación de que existe una brecha entre quienes son meramente sujetos del conocimiento y quienes son sujetos de la enunciación.

Efectivamente, en términos ontológicos, la gran queja que esgrimen a la par deconstructivistas, post-estructuralistas y posmodernos contra la tradición universalista es que el sujeto universal y sus atributos se construyen a expensas de una multiplicidad de sujetos concretos, reales, cuyas particularidades distan infinitamente del patrón

---

<sup>52</sup> Barry W. Sarchett, “What’s All the Fuss About This Postmodernist Stuff?”, en John Arthur y Amy Shapiro (eds.), *Multiculturalism and the Politics of Difference*, Boulder /San Francisco /Oxford, Westview Press, 1995, pág. 24.

humano normalizado<sup>53</sup>. El problema, no obstante, no descansa en ese nivel ontológico, sino que genera importantes implicaciones políticas y sociales. No en vano, dicho patrón pasa a ser implícitamente normativo y valorativo, de suerte que permite evaluar, reconocer y, en el peor de los casos, ignorar el comportamiento de los sujetos de la comunidad que, de grado o inconscientemente, lo adopta como ideal. Los propios individuos se cifran sus metas y sus posibilidades en consonancia con un listón de expectativas variable que se construye en función de su adecuación con ese modelo unificado y con sus intereses. Dice ilustrativamente, por ejemplo, Dicker a propósito de la situación de ciertos colectivos de inmigrantes en Norteamérica: “while immigrants acknowledge the importance of acquiring some of the traits of mainstream America in order to reach their goals, most realize that the acquisition of these traits will not protect them from second-class citizenship”<sup>54</sup>.

De hecho, cuando los modelos universalistas operan sin visible oposición, cuando sus normas y sus lógicas se elevan al rango de lo lógico y lo normal, cuando la conciencia del poder se instaura en la mentalidad colectiva dando paso a lo que Foucault denominaba la “governmentalidad”<sup>55</sup>, tanto sus “apoderados” como sus desfavorecidos asumen y reproducen los engranajes de la desigualdad. Estos razonamientos están en la base de la lectura que, en los círculos académicos norteamericanos comprometidos con una ideal democrático igualitarista y radical, se hace de las dinámicas culturales homogeneizadoras, que, desde esta perspectiva, aparecen como una coartada que da carta abierta al sistema de privilegios y de explotación existente<sup>56</sup> y a las jerarquías

---

<sup>53</sup> Cf. Luc Ferry, “La cuestión del sujeto en la filosofía contemporánea”, en Josefina Casado (ed.), *El sujeto europeo*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1990, pág. 72. Trad.: María Luisa Feliú y Santiago Jordán.

<sup>54</sup> Susan J. Dicker, *op. cit.*, pág. 35.

<sup>55</sup> Michel Foucault, “Governmentality”, en Graham Burchell, Colin Gordon y Peter Miller (eds.), *The Foucault Effect: Studies in Governmentality*, Chicago, University of Chicago, 1991, págs. 87-104.

<sup>56</sup> Cf. Jim Neilson, “The Great PC Scare”, en Jeffrey Williams (ed.), *op. cit.*, pág. 76.

establecidas<sup>57</sup>, y que inculcan asimismo la aceptación incuestionada de las exclusiones, las discriminaciones y las omisiones que las acompañan. Y sobre ellos se elevan las denuncias asociadas a la corrección política contra lo que, por decirlo con la retórica que cundió en los ochenta, constituye un fraude histórico con visos de querer perpetuarse con apoyo institucional: la ecuación tácita que iguala el prototipo del héroe americano (varón blanco, de clase media, procedencia europea, educación eurocéntrica y orientación heterosexual) y la identidad cultural utópica para la América real; la política cultural que, sin oposición durante décadas, contra viento y marea en los sesenta y setenta, y de manera explícita en los escritos de los autores del proyecto educativo del reaganismo, establece una relación directa entre la verdad, el patrimonio universal y la civilización occidental.

\* \* \*

Claro está, el hecho de que estas protestas que fermentaron durante dos décadas de relativa insurrección, que estalló en los ochenta en un ambiente de vuelta y que siguió enmarañándose a lo largo de la década de los noventa una vez logró trascender a la opinión pública y convertirse, en cierto modo, en una cuestión de interés nacional<sup>58</sup> fuera cobrando cuerpo no se explica únicamente a través del cambio descrito en el orden del conocimiento, sino por la confluencia de éste con grandes transformaciones en la esfera social. De momento, si bien es cierto que los Estados Unidos emergieron como una nación de inmigrantes, también lo es que el caudal de las últimas oleadas migratorias, desde un punto meramente estadístico, cada vez se va distanciando más del tipo humano que predominaba en las primeras: el emigrante procedente de Europa que cruzaba el Atlántico para materializar el sueño americano. No sólo eso. Si hablamos en términos raciales, Hernández constata que, comparativamente, “a partir de 1970, la población blanca estadounidense comenzó un proceso de descenso”<sup>59</sup>, y aporta las

---

<sup>57</sup> Cf. Christopher Newfield, *art. cit.*, pág. 132.

<sup>58</sup> Cf. Tony Thorne, *op. cit.*, pág. 188.

<sup>59</sup> Juan José Hernández Alonso, *op. cit.*, pág. 27.

pujantes cifras a las que, en 1990, ascendían la comunidad negra (el 12,1 % de la población), los grupos de origen asiático y los procedentes de las islas del Pacífico (el 2,9%), las colonias de indios americanos y nativos de Alaska (el 0,8%) y la población de origen hispano (algo más del 9%). El cambio producido durante sólo una década es insondable. Según Stimpson, el censo de 1980 registraba que uno de cada cinco norteamericanos pertenecía a alguna minoría; en el de 1990, la proporción se acorta a uno de cada cuatro<sup>60</sup>. Al menos en lo estadístico, parecería que el futuro de los Estados Unidos se encamina a un mayor mestizaje, a un paisaje más híbrido, abigarrado.

De hecho, Hernández apunta las desiguales previsiones en cuanto a la tasa de crecimiento de los diferentes grupos raciales para la última década: frente a un 6,0 % de la raza blanca, sorprende el 13,2 % de la población negra, un espectacular 107,8 % en el caso de los orientales y el 53% en el de los hispanos. Conforme han ido materializándose estas predicciones, se ha agudizado en importantes sectores de la población una sospecha que flota en el ambiente estadounidense desde los sesenta: que si el mito del *melting pot* fuera algo más que un mito<sup>61</sup>, si la formación de la identidad cultural norteamericana correspondiese a esa aleación proporcionada de identidades previas disueltas en un crisol reconfigurador, parece que el que instintivamente se evoca como el americano medio —cuyo rostro debió componer, a falta de retratos reales, mediante un programa informático el semanario *Time* para exhibirla en una de sus portadas en 1993<sup>62</sup>— se alejaría bastante del blanco monocromático. La mutación

---

<sup>60</sup> Catherine R. Stimpson, “Meno’s Boy: Hearing His Story—& His Sister’s” [1991], en Francis J. Beckwith y Michael E. Bauman (eds.), *Are You Politically Correct? Debating America’s Cultural Standards*, Buffalo /Nueva York, Prometheus Books, 1993, pág. 123.

<sup>61</sup> Cf. Susan J. Dicker, “The Melting-Pot Mythology”, *op. cit.*, págs. 34-71. Esta autora “desconstruye” el consabido mito fundacional, basado en la asimilación, para terminar negando su correspondencia con la realidad estadounidense. Como explica, “[a] prerequisite for the process of assimilation is the existence of a prejudice-free society, one in which people meet, marry and reproduce regardless of their race and ethnicity” (pág. 37). Más bien, los mecanismos que habrían caracterizado históricamente la dinámica cultural estadounidense serían de *aculturación*. Son éstos unos mecanismos que fuerzan la conformación al grupo dominante, a la cultura hegemónica, cuyas pautas logran instituirse como universales, cuando no haga el grupo dominante por imponerlas como tales.

<sup>62</sup> Cf. Vicente Verdú, *op. cit.*, pág. 25.

demográfica experimentada en los últimos tiempos en Norteamérica, si acaso, ha puesto de manifiesto el inmenso desfase que, en opinión del antropólogo Emmanuel Todd, existe entre la heterogeneidad objetiva de la sociedad norteamericana y su homogeneidad ideológica; el inmenso abismo que media entre la fragmentación que caracteriza su realidad y la solidez de lo que Audre Lorde denomina su “norma mítica”:

Somewhere, on the edge of consciousness, there is what I call a *mythical norm*, which each one of us within our hearts knows “that is not me”. In america [sic], this norm is usually defined as white, thin, male, young, heterosexual, christian, and financially secure. It is with this mythical norm that the trappings of power reside within this society<sup>63</sup>.

La transformación experimentada es, si cabe, más significativa en la esfera universitaria, donde, además de la variación en la composición racial, se constata una progresiva nivelación en términos de género. Joan Wallach Scott proporciona las cifras: en 1960, el 94% de los estudiantes universitarios era de raza blanca; los negros y, en algunos casos, las mujeres no tenían posibilidad de cursar sus estudios en numerosos centros; el 63% del alumnado estaba constituido por varones, y la proporción de éstos ascendía al 93% en los estudios de posgrado y al 80% entre el profesorado. En 1991, según la misma autora, el 20% de la población universitaria pertenecía a una raza distinta de la blanca; las mujeres constituían el 55% del alumnado, llegando éstas a representar en los programas de posgrado en las áreas de las humanidades más de los dos tercios del total<sup>64</sup>. Sin lugar a dudas, paralelo a la gestación del discurso de lo políticamente correcto es el hecho de que los campus universitarios se ajusten cada vez menos a la descripción de “white male enclaves” con que Wallach Scott retrata el perfil que estas instituciones tenían en la década de los sesenta. El cuadro, más bien, cada vez se parece más a uno impresionista, de estridencias, un *collage* heterogéneo, fragmentado, vivaz.

---

<sup>63</sup> Audre Lorde, “Age, Race, Class, and Sex. Women Redefining Difference” [1984], en John Arthur y Amy Shapiro (eds.), *op. cit.*, pág. 192.

<sup>64</sup> Joan Wallach Scott, “The Campaign Against Political Correctness. What’s Really at Stake”, en Jeffrey Williams (ed.), *op. cit.*, págs. 32-33.

Si la homogeneidad había sido, por ley hasta los sesenta y *de facto* considerablemente más, una característica histórica de la universidad en cuanto a la raza, la clase, el género y la trayectoria vital de sus miembros, en un panorama diversificado y plural aumentan las dificultades para instaurarla:

Since World War II women, people of color, children of immigrants, and other previously marginalized groups—including Jews, working-class children, and people who are openly gay— have entered the classrooms and the professions. They have brought with them sets of cultural experiences and values quite different from the relatively homogeneous group of genteel, middle-class males who had been the traditional recipients of post-graduate education. Thus, to take one rather notorious example, it's not hard to see why many of "us" tend to laugh off Allan Bloom's claim in *The Closing of the American Mind* that rock music threatens our souls.<sup>65</sup>

A medida que las instituciones de educación superior se abren a la diversidad, se aflojan los lazos que en otro tiempo unieran a sus miembros con esa especie de gran hermandad de *la* comunidad universitaria, a la par que se ven revisados los términos del contrato que vincula a ésta con la cultura—mejor dicho, con la idea de cultura que tenía en monopolio, con la Cultura con mayúsculas o la Cultura Occidental. “The undergraduate student body, no longer lily-white and male-dominated, [is], consequently, less willing to swallow so readily all the pieties about the greatness of Western culture”<sup>66</sup>, dice Sprinker. La sensación, no obstante, no queda sólo en el descontento. El paisaje universitario norteamericano evoca, asimismo, una imagen de zozobra y metamorfosis, de enormes fluctuaciones en el orden estratificado de la esfera social. No en vano, si quiere expresarse en términos manifiestamente genealógicos, el gradual ascenso de las mujeres, de diversas minorías culturales y de algunos colectivos raciales en la institución académica no sólo sucede sino que, a la vez, conduce a una (re)negociación de las relaciones de poder—indisoluble, a su vez, del otro término que completa el binomio foucaultiano, el saber. Tras un período de espera, dice Patricia J. Williams, “now is the time when our intellectual tenure and cultural power could mark or shake or shift or build upon that bedrock of consensus rather loftily called

---

<sup>65</sup> Barry W. Sarchett, “What’s All the Fuss About This Postmodernist Stuff?”, pág. 20.

<sup>66</sup> Michael Sprinker, “The War Against Theory”, en Jeffrey Williams (ed.), *op. cit.*, pág. 157.

‘civilization’”<sup>67</sup>. Efectivamente, pormenoriza Joan Wallach Scott haciéndose eco de la situación de las minorías, mientras las primeras generaciones debieron adecuarse a la vida universitaria asimilándose a las pautas imperantes y aceptar como normas universales unas distintas a las suyas propias, ahora tienen la posibilidad de poner en tela de juicio la noción misma de universalidad y de insistir en que se tenga en cuenta su experiencia<sup>68</sup>. Desde luego, “the days are also gone when all minorities were asking for was a slice of the cake. They now seek greater transformations”<sup>69</sup>. Lo que está en juego en Norteamérica en el debate en el que emerge lo políticamente correcto, dice Ruth Perry, es, en el fondo, “how to redistribute power, knowledge, and resources in this country”<sup>70</sup>.

\* \* \*

En definitiva, así cobra inicialmente existencia y sentido en Norteamérica lo políticamente correcto, como una de las partes de un debate sobre el ejercicio del poder y la procedencia del saber en un momento de cambio y entre los partidarios de dos concepciones antagónicas, valga la redundancia, sobre la naturaleza del poder y el estatus del saber. Es un debate, en primer lugar, inscrito fundamentalmente en la Universidad norteamericana. En cierto modo, no podía ser de otra manera, pues, tras el giro a la derecha que, como hemos visto en páginas anteriores, suscribió la sociedad estadounidense en los ochenta, prácticamente los únicos vestigios de oposición a la mayoría absoluta del conservadurismo —y por tanto el único escenario donde tiene sentido hablar de debate— se encuentran recluidos, como dice Robert Hughes, en el

---

<sup>67</sup> Patricia J. Williams, “Defending the Gains” [1991], en Patricia Aufderheide (ed.), *op. cit.*, pág. 192.

<sup>68</sup> Joan Wallach Scott, “The Campaign Against Political Correctness. What’s Really at Stake”, pág. 34.

<sup>69</sup> Yasmin Alibhai-Brown, *art. cit.*, pág. 71.

<sup>70</sup> Ruth Perry, *art. cit.*, pág. 78.



monasterio de los ambientes universitarios<sup>71</sup>. Conforme a las palabras de Steven Marcus, podría pensarse que tal debate forma parte de una especie de “pacto social”:

América parece haber llegado a una especie de decisión generalmente aceptada: utilizar las instituciones educativas —y, sobre todo, la educación superior— como un medio de acelerar el cambio y la movilidad sociales, de corregir injusticias, de favorecer distintos tipos de igualdad y de estimular el relativismo cultural. En otras palabras, las universidades se han convertido en un espacio en el que se analizan, se someten a prueba y se declaran obsoletas determinadas ideas sociales.<sup>72</sup>

No obstante, cabe suponer que su apertura no contó con esos supuestos plácemes y parabienes. No en vano, para quienes gozan de una posición hegemónica o privilegiada, la redistribución del poder a la que alude Perry implica necesariamente una cesión de dicho poder: el debate constituye para éstos, implícitamente, un ataque; la respuesta, una contraofensiva. De hecho, en el contexto norteamericano, esta versión “académica” de lo políticamente correcto y la red de temas adyacentes y asociaciones que genera, más que en un debate, suelen enmarcarse en unas “guerras culturales” cuya existencia es al menos bibliográficamente real<sup>73</sup>. Y es que si bien algunos rebajan la virulencia y la acritud atribuida al enfrentamiento entre la intelectualidad tradicionalista y la liberal-radical, otros insisten en leer la metáfora de las guerras culturales al pie de la letra. En su opinión, el hecho de que tengan como escenario de fondo el mundo académico y se desarrollen, digamos, en un clima intelectual, no debe llevarnos a pensar que el enfrentamiento se ha reducido a meras batallas dialécticas, a un altruista combate de ideas, a refriegas de erudición. Al contrario. Como explica Michael Bérubé:

the debates in universities are fierce precisely because there is so *much* at stake: jobs, tenure, institutional locations, the power to speak *from* institutional locations, the power

---

<sup>71</sup> Robert Hughes, *Culture of Complaint. The Fraying of America*, The Harvill Press, Londres, [1993] 1999, pág. 50.

<sup>72</sup> Steven Marcus *apud* Peter Brooks, “El miedo sin causa: malentendidos de las guerras culturales”, *Revista de Occidente*, n.º. 173, Madrid, octubre de 1995, pág. 27. Trad.: A. T.

<sup>73</sup> Véanse, por ejemplo, las siguientes obras: Richard Bolton, *Culture Wars: Documents from the Recent Controversies in the Arts*, Nueva York, New Press, 1992; Gerald Graff, *Beyond the Culture Wars: How Teaching the Conflicts Can Revitalize American Education*, Nueva York, Norton, 1992; Henry Louis Gates Jr., *Loose Canons: Notes on the Culture Wars*, Oxford, Oxford University Press, 1994.

to shape curricula, to shape our understanding of the culture, to produce knowledge for future generations.<sup>74</sup>

No hay que olvidar —comenta, en este sentido, Wallach Scott— que las universidades son instituciones políticas en las que diversos individuos y colectivos compiten por una supremacía y por unos recursos<sup>75</sup>. Claro que esta opinión no es compartida por todos los que acuden al campo de batalla cultural norteamericano. De hecho, el debate en el que cobra forma lo políticamente correcto no es sólo uno inscrito en la Universidad, sino también, en segundo lugar, uno sobre la naturaleza y la función de la propia institución académica. Ni que decir tiene, las posiciones defendidas guardan una relación directa con el bagaje epistemológico al que apela cada uno de los bandos contendientes. En todo caso, son posiciones que no se construyen en positivo, sino por oposición a las del contrario o, por rizar el rizo, a las que se atribuyen al contrario. Así, los contornos del discurso de la corrección política sobre el papel de la universidad sólo se perfilan en contraposición a lo que no es políticamente correcto; esto es, por inversión no ya del tradicionalismo (con el que, dada su heterogeneidad, podría incluso compartir ciertos planos de superposición) sino de una percepción concreta, crítica y desencantada, de lo que se considera tradicionalismo.

\* \* \*

En este sentido, la aprensión típicamente posmoderna para con los propósitos universalistas se aguza ante el (restringido) papel de la Universidad que se diseña en la imagen heredada de la tradición, en tanto templo de la Cultura y del Saber, que parecen evocar los escritos de los conservadores. En ellos, las facultades de humanidades se presentan como instituciones consagradas al ideal que invoca Kimball de “disinterested scholarship”<sup>76</sup> y en guardianes de lo que, con la célebre frase del mentor de los

---

<sup>74</sup> Michael Bérubé, *op. cit.*, pág. 37.

<sup>75</sup> Joan Wallach Scott, “The Campaign Against Political Correctness. What’s Really at Stake”, pág. 31.

<sup>76</sup> Robert Kimball, *Tenured Radicals. How Politics Has Corrupted Our Higher Education*, Chicago, Elephant, [1990] 1998, pág. 53.

tradicionalistas, Matthew Arnold, se formula como “the best that has been thought and said”<sup>77</sup>. Así, William Bennett solicita explícitamente en *To Reclaim a Legacy* que “[e]ach college and university should recognize and accept its vital role as a conveyor of the accumulated wisdom of our civilization”<sup>78</sup>. Por el contrario, en los círculos académicos emparentados con la corrección política, esta misión socializadora en lo aceptado como cultura común —que es también por la que aboga Arthur Schlesinger en *The Disuniting of America*— se antoja escasa, y se argumenta que, a la labor de conservación y transmisión de la cultura, las Universidades deben incorporar la de su crítica y producción<sup>79</sup>. Como se desprende de la insistencia en el patrimonio común y compartido, parecería que en la visión conservadora los límites del campo de la cultura están consensuados, pactados de antemano, resueltos, indiscutibles, palmarios. William Bennett, por ejemplo, propugna sin el menor titubeo una reforma curricular “based on a clear vision of what constitutes an educated person”<sup>80</sup>. En contrapartida, como manifiesta ilustrativamente la declaración de intenciones del colectivo “Teachers for a Democratic Culture”, para el progresismo académico se entiende que el referente de términos como *tradicición* o *cultura común*, lejos de ser evidente, es discutible, negociable, controvertido<sup>81</sup>. De hecho, según prosigue la argumentación de esta agrupación liberal, los criterios que determinan el mérito de los productos culturales están sujetos a una constante revisión y no perpetuados (para y) por la tradición y la autoridad.

---

<sup>77</sup> *Ibid.*, pág. 76.

<sup>78</sup> William Bennett, *To Reclaim a Legacy*, apud Robert Kimball, *op. cit.*, pág. 77.

<sup>79</sup> Cf. Wallach Scott, “The Campaign Against Political Correctness. What’s Really at Stake”, pág. 29.

<sup>80</sup> Robert Kimball, *op. cit.*, pág. 76.

<sup>81</sup> Teachers for a Democratic Culture (colectivo compuesto por Gerald Graff, Gregory Jay, David Shumway, Jonathan Culler, Jane Gallop y Houston Baker) [1991], “Statement of Principles”, en Patricia Aufderheide (ed.), *op. cit.*, pág. 70.

Esta última visión se correspondería más bien con la que Henry A. Giroux atribuye al discurso de los tradicionalistas sobre el papel de la Universidad. En opinión de este autor, para éstos las humanidades serían una especie de museo modernista, donde albergar y exponer para su veneración los artículos escogidos, previamente descontextualizados y fosilizados, de la tradición occidental. Es, en cierto modo, una visión que recuerda la propuesta del éxito de ventas publicado por E. D. Hirsch, una de las monografías, según asegura Kimball, que desataron el debate sobre el estado de las humanidades en Norteamérica a finales de los ochenta<sup>82</sup>. En efecto, *Cultural Literacy: What Every American Needs to Know*<sup>83</sup> recoge, a modo de catálogo museístico, una serie de datos y temas que, como se dice en la introducción, no sólo son recurrentes en la vida estadounidense, sino que se presuponen de cualquier individuo que alegue tener una probada competencia cultural o aspire a tenerla. Así, con el propósito que asume la obra de facilitar lo que se define como la “alfabetización cultural”, se presenta, en un listado de entradas que, según el autor, apenas han visto variar su vigencia desde hace siglos, la información cultural que resulta imprescindible para obtener buenos resultados académicos. *Cultural Literacy* se concibe, efectivamente, como un primer paso en la cultura compartida, el verdadero fundamento de la educación<sup>84</sup>.

Frente a ello, más bien, la progresía liberal prefiere ver las facultades como emplazamientos para la inestabilidad y el debate, espacios críticos y esferas públicas involucrados de un modo activo en los problemas existentes en una comunidad o un escenario global más amplios, con los que tienen contraída una obligación en tanto instituciones al servicio de la sociedad<sup>85</sup>. Por eso, en lugar de limitarse a mostrar los

---

<sup>82</sup> Cf. Robert Kimball, *op. cit.*, pág. 16.

<sup>83</sup> E. D. Hirsch Jr., *Cultural Literacy: What Every American Needs to Know*, Boston, Houghton-Mifflin, 1987.

<sup>84</sup> Ésta es una de las opiniones expresadas por Hirsch en la inauguración del Center for the Humanities and Social Sciences en el Williams College en 1989, donde compartió mesa con Jacques Derrida. Para un relato del desarrollo del acontecimiento, véase Robert Kimball, *op. cit.*, págs. 191-203.

<sup>85</sup> Cf. Henry Giroux, “Academics as Public Intellectuals. Rethinking Classroom Politics”, en J. Williams (ed.), *op. cit.*, pág. 295.

conocimientos establecidos y elevados en un pedestal ideal (lo que, en terminología de Foucault, es meramente *connaissance*), dicen los liberales que las humanidades deben preocuparse de lo que el pensador francés denomina *savoir*, de sus enredos y sus complejidades. Dice Gerald Graff, en este sentido, que hay que enseñar los conflictos<sup>86</sup>; ayudar a distinguir, en la tradición, las voces que se disputan su patrimonio; investigar no ya los textos autorizados sino la autoridad que hay detrás de los textos y la que, con ellos, moldea de una cierta manera el sentido de pertenencia a una comunidad. De hecho, en la educación superior está en juego la definición del “nosotros”. Los conservadores se preocupan por mantener y reafirmar el “nosotros” heredado —según William Bennett, “our common culture [...] its highest ideas and aspirations”. Los académicos que opinan que la cultura y la identidad cultural, lejos de venir dadas, se construyen y se reforman día a día en función de los intereses de la sociedad, revisan la fecha de caducidad del “nosotros” despachado e incluso osan preguntarse “What should We Be Teaching When There’s No We?”<sup>87</sup>.

Con ello, respaldan un cambio en el modo en que, se piensa, está estructurada en el imaginario colectivo la Universidad; una estructura que, en una esclarecedora imagen, Dominick La Capra asemeja a la de la familia (más) tradicional<sup>88</sup>. Así, explica Newfield, en la visión acostumbrada, los ámbitos “científicos” serían como los padres de familia y las disciplinas humanísticas como las mamás; por seguir con el tropo, de los primeros se esperaría que se preocuparan de buscar el progreso y la prosperidad; de las segundas, que se encargaran de la educación de la prole en los valores heredados y aseguraran su continuidad. El academicismo vinculado a la corrección política, por contra, aboga por que se conviertan en “fields of exploration and critique rather than

---

<sup>86</sup> Cf. Gerald Graff, “Teaching the Conflicts”, en Darryl J. Gless y Barbara Hernstein Smith (eds.), *The Politics of Liberal Education*, Durham, Duke University Press, 1992, págs. 57-73.

<sup>87</sup> Éste es el título de la ponencia que Gerald Graff presentó en el tercer ciclo de sesiones del simposio titulado “Literary Theory and the Curriculum”, patrocinado por el Yale’s Whitney Humanities Center y celebrado en New Haven en 1987. Robert Kimball abunda en detalles de este simposio de la página 23 a la 42 de su obra *Tenured Radicals*.

<sup>88</sup> Cf. Dominick La Capra *apud* Christopher Newfield, *art. cit.*, pág. 113.

materials for transmission”<sup>89</sup>. Así, en cierto modo hacen suyo un objetivo del feminismo (que también informa la corrección política), para liberar las humanidades (como a las mujeres) de la función meramente reproductora en la que han estado encasilladas tradicionalmente. De hecho, a la luz de los escritos de los conservadores no son pocos los paralelismos que pueden establecerse entre el papel esperado de las humanidades y las expectativas construidas en torno a la mujer, ni pocas las ocasiones en que operan unas estrategias que podrían denominarse de “feminización” de estas disciplinas. Dice, por ejemplo, Norman Podhoretz que las humanidades no pueden justificarse desde un punto de vista práctico<sup>90</sup>; Allan Bloom, por su parte, en el best-seller por excelencia de las guerras culturales, aparte de declarar el feminismo el último enemigo de la vitalidad de los textos clásicos<sup>91</sup>, une el lamentable estado de las humanidades al deterioro de la institución familiar<sup>92</sup>, desconfía de la educación que puede transmitirse en los hogares en los que la mujer también ha accedido al mundo laboral e incluso se permite, a la luz de su experiencia, declarar a los hijos de padres divorciados menos capacitados para el estudio de la filosofía y de la literatura que los vástagos de la típica familia convencional<sup>93</sup>. Éste es, dicho sea de paso, el tipo de academicismo que contaba con las simpatías oficiales durante las presidencias de Reagan y de Bush. No en vano, estirando la metáfora de La Capra, dice Christopher Newfield que “[d]uring the 1980s,

---

<sup>89</sup> Esto forma parte de una de las declaraciones de Peter Brooks en el informe *Speaking for the Humanities*, emitido por el American Council of Learned Societies en 1989, redactado por Peter Brooks, Jonathan Culler, George Levine, Marjorie Garber, E. Ann Kaplan y Catharine R. Stimpson y suscrito por una veintena más de profesores liberales. Robert Kimball ofrece una lectura opuesta de este hito de la respuesta liberal al proyecto educativo conservador en el capítulo titulado “Speaking Against the Humanities”, *op. cit.*, págs. 51-93.

<sup>90</sup> Así lo expresó en su intervención en el congreso “The Humanities and the Public Interest”, celebrado en el Whitney Humanities Center de la Universidad de Yale en 1986.

<sup>91</sup> Allan Bloom, *The Closing of the American Mind*, Nueva York/ Londres/ Toronto/ Sidney/ Tokio/ Singapur, Simon & Schuster, [1987] 1988, pág. 65.

<sup>92</sup> *Ibid.*, pág. 86.

<sup>93</sup> *Ibid.*, pág. 120.

[humanities, moms] staying home paid off”<sup>94</sup>. En las filas académicas asociadas a la corrección política, cundía la disconformidad contra el privilegio de un discurso inmovilista, sumiso y dócil con lo establecido; contra la “subvención” de una dedicación al saber que no salía de casa, o por lo menos del tiesto.

\* \* \*

Esta última afirmación puede interpretarse al menos en dos sentidos. Wallach Scott y Jeffrey Williams, entre otros de los que parten del presupuesto de que el saber, además de estar unido al poder, no es (casi nunca) gratuito, instan a leer la metáfora a la inversa en su sentido más literal. Desde esta perspectiva, el nacimiento y la consolidación de las orientaciones disciplinares asociadas con la corrección política se descubren plagados, no sólo de dificultades —digamos— genealógicas, sino también de graves apuros económicos. Para Wallach Scott, las tendencias que se presentan como un cambio, como lo eran en los años ochenta en Norteamérica los programas de estudios sobre la mujer, la cultura afroamericana o la chicana, parten con una posición de desventaja con respecto a las prácticas pedagógicas y académicas institucionalizadas. Así, a la instauración de estos cursos precede un proceso previo de legitimación, en el que debe probarse que éstos son dignos de estudio y de dotación económica ante unas instancias movidas por intereses opuestos, con sus criterios como baremo, contra otros proyectos más afines a ellas y —en los ochenta— en un momento de recortes presupuestarios en materia de educación<sup>95</sup>. Si esta autora refiere esta situación periférica y de marginalidad de las nuevas direcciones académicas como la contrapartida implícita que para los discursos discordantes con el pensamiento hegemónico alberga la labor de mecenazgo, Williams, por su parte, ofrece algunos ejemplos donde la indiferencia se trueca por la negación; donde, por decirlo con Foucault, el orden del discurso se sirve de

---

<sup>94</sup> Christopher Newfield, *art. cit.*, pág. 113.

<sup>95</sup> Cf. Wallach Scott, “The Campaign Against Political Correctness. What’s Really at Stake”, pág. 34.

unos procedimientos de exclusión<sup>96</sup>. Así, cita los estatutos de concesión de ayudas del National Endowment for the Humanities (NEH), el organismo encargado de evaluar los proyectos de investigación en materia de humanidades, donde se decía explícitamente:

The Centers for Advanced Study Program does not provide support for fellowships for [...] projects that are directed at persuading an audience to a particular political, philosophical, religious, or ideological point of view, or that advocate a particular program of social action or change, and projects that examine controversial issues without taking into account competing perspectives.<sup>97</sup>

En opinión de Williams, esta normativa tiene una interpretación pesimista para el discurso liberal:

How this translates [...] is more simple: if your project carries the new dirty words — [...] deconstruction and post-estructuralism— as well as the old dirty words —feminism and marxism— you may as well kiss a grant good-bye. In other words, the disclaimer excludes the great deal of work done these past twenty-five years under the auspices of those dirty words, what most scholars in the humanities consider pathbreaking developments.<sup>98</sup>

Esta versión de los hechos daría, en otro sentido, otra razón más para impugnar, con Foucault, la solemnidad del origen. Los comienzos académicos de la corrección política, lejos de solemnes, serían más bien humildes, empobrecidos.

\* \* \*

Con todo, la afirmación expresada en el párrafo anterior no se presta únicamente a una interpretación monetaria. En otro orden de cosas, propicia asimismo unas consideraciones sobre el tipo de agencia cultural que el *establishment* fomenta en Norteamérica en el terreno de las humanidades, así como la que, en contraposición, propugna el progresismo liberal. De hecho, otra de las vertientes que toma el litigio norteamericano en el que emerge el discurso de lo políticamente correcto es aquella en la que se debate la figura y atribuciones del intelectual.

---

<sup>96</sup> Michel Foucault, *El orden del discurso*, pág. 14.

<sup>97</sup> Jeffrey Williams, "Introduction", en Jeffrey Williams (ed.), *op. cit.*, pág. 3.

<sup>98</sup> *Id.*



Según sugiere (o denuncia) la metáfora acuñada por La Capra que traíamos a colación, los tradicionalistas subvencionan unas humanidades encerradas en su casa, con dedicación exclusiva al hogar. Dicho de otro modo, su visión establecería una separación estricta entre lo mundano y lo académico, e incluso entre las diferentes disciplinas de lo académico<sup>99</sup>, en cuyos límites se concibe circunscrita su labor. En consonancia con esta idea de hermetismo es ilustrativo que, según resume Samuel Bellow en el Prólogo que la acompaña, la apocalíptica obra de Allan Bloom (generosamente financiada por la Earhart Foundation y la John M. Olin Foundation, dicho sea de paso<sup>100</sup>) lamente la progresiva contaminación de los de “dentro” de la Universidad —una isla, como la define Bellow, de libertad intelectual o la morada de la razón, en palabras del propio Bloom<sup>101</sup>— con los apetitos y las motivaciones de los de “fuera”<sup>102</sup>. El intelectual y docente que los tradicionalistas propugnan como ideal es, en consonancia, apolítico y neutral, meramente preocupado por el conocimiento y, en todo caso, desligado y a salvo de las trifulcas de la sociedad. El verdadero profesor, se lee en la obra de Bloom, debe ayudar a los alumnos a consumir la naturaleza humana en contra de la convención y el prejuicio, y las enseñanzas de los libros es lo máximo que les puede dar<sup>103</sup>. Con estas pinceladas, el académico que cuenta con la simpatía del proyecto educativo conservador se asemeja al *legislador*, la figura simbólica con la que el sociólogo Zygmunt Bauman identifica el prototipo de intelectual heredado de la

---

<sup>99</sup> Véase, en este sentido, el artículo de Thomas Short (“‘Diversity’ and ‘Breaking the Disciplines’: Two New Assaults on the Curriculum” [1988], en Francis J. Beckwick y Michael E. Bauman (eds.), *op. cit.*, págs. 91-117, especialmente 107-109). En él, se expresa el rechazo contra la proliferación de programas interdepartamentales y contra la caída de las barreras entre las diferentes ramas del saber en virtud del giro interdisciplinar de las humanidades. Según este autor, el abandono de la compartimentalización tradicional resulta en dos nefastas consecuencias: la “politización” de los estudios y la superficialidad.

<sup>100</sup> Allan Bloom, “Preface”, *The Closing of the American Mind*, pág. 23; sobre los detalles de la financiación, véase asimismo Sara Diamond, “The Funding of the NAS”, en Patricia Aufderheide (ed.), *op. cit.*, pág. 93, y Jim Neilson, *art. cit.*, pág. 71.

<sup>101</sup> Allan Bloom, “Preface”, *The Closing of the American Mind*, pág. 22.

<sup>102</sup> Samuel Bellow, “Foreword”, Prólogo a Allan Bloom, *The Closing of the American Mind*, pág. 18.

<sup>103</sup> Cf. Allan Bloom, “Preface”, *The Closing of the American Mind*, págs. 20 y 21.

Ilustración. Según este autor, los legisladores obran como garantes del conocimiento, que, por definición en esta visión (y tal como lo ratifica John Searle en su descripción de los fundamentos de la tradición racionalista occidental<sup>104</sup>), es objetivo, atemporal, verdadero y universal. Su erudición, según Bauman —o, según Searle, el conocimiento de las reglas de la racionalidad<sup>105</sup>— les permite un acceso que tiene negado el resto de la sociedad. Esto les convierte en amos del conocimiento y autoriza sus opiniones justas y vinculantes sobre la verdad, la moral o el valor estético, en las que se cree descansar el mantenimiento o la perfección del orden social<sup>106</sup>.

Los académicos dedicados al tipo de investigación asociada con la corrección política, por el contrario, se acercan más a la figura del intelectual que, según Bauman, emerge en el espacio posmoderno: el *intérprete*<sup>107</sup>. Desengañado de los ideales absolutos, el intérprete sabe que la verdad y el conocimiento, más que universales, tienen una manufactura social<sup>108</sup>. Esta conciencia sobre la historicidad de todo presente y la relatividad de todas las opiniones que, para Gadamer, constituye el privilegio del hombre moderno<sup>109</sup> es, en primer lugar, un incentivo para la *autocrítica*: incapaz de apelar o encomendarse a unos ideales absolutos y preexistentes, el intérprete parte de la

---

<sup>104</sup> En “Postmodernism and the Western Rationalist Tradition” [1993] (en John Arthur y Amy Shapiro [eds.], *op. cit.*, págs. 28-48), John Searle describe en seis puntos los principios de la tradición racionalista occidental: la existencia de una realidad independiente de las representaciones humanas; la comunicabilidad de esa realidad extralingüística; la correspondencia entre la verdad y la factualidad; la objetividad del conocimiento; el carácter formal de la lógica y la racionalidad; y la existencia de criterios de juicio objetivos.

<sup>105</sup> *Ibid.*, pág. 35.

<sup>106</sup> Zygmunt Bauman, *Legislators and Interpreters. On Modernity, Post-Modernity and Intellectuals*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1987, págs. 4-5.

<sup>107</sup> *Ibid.*, págs. 127-148.

<sup>108</sup> Jung Min Choi y John W. Murphy, *op. cit.*, pág. 151.

<sup>109</sup> Hans-Georg Gadamer, *El problema de la conciencia histórica*, apud Julieta Piastro, “Identidades en movimiento”, en Manuel Cruz (comp.), *Tolerancia o barbarie*, Barcelona, Gedisa, 1998, pág. 142.

contingencia y se propone desentrañarla. Es la suya una labor hermenéutica que trata de comprender; comprender las verdades y los conocimientos de otros para comprender los de su propia comunidad —la noción clave, según Bauman, en la filosofía y sociología posmodernas<sup>110</sup>—, y facilitar así el intercambio entre diversos mundos de sentido y significación. En realidad, es en dicho intercambio, en la conversación, en lo que Gadamer llama la fusión de horizontes, donde se entiende que se construyen esas verdades fluctuantes, que, al estilo de Bajtin, son dialógicas, nacidas del diálogo<sup>111</sup>.

Desde esta convicción, en segundo lugar, la conciencia histórica es un incentivo para la *crítica* en sí (en el sentido que le da Antonio Tabucchi, como *poner en crisis*<sup>112</sup>), especialmente con respecto a las visiones de la realidad que logran hacerse pasar por la Realidad misma, por la Realidad única. En la línea de la teoría crítica avanzada desde principios de siglo por Horkheimer, Adorno, Benjamin, Lowenthal o Marcuse, el intérprete se propone dismantelar el ejercicio del poder que consigue instaurar el monólogo de ciertas verdades o conocimientos en nombre de una idea unitaria e ideal de orden social; se interesa, a fin de cuentas, por los estados de dominación. Es un tipo de intelectual como el que reivindica en sus últimas obras Pierre Bordieu: “[un] intelectual crítico, y crítico, en primer lugar, de la *doxa* intelectual que segregan los doxósofos”<sup>113</sup>. Viniendo como viene de un ámbito posmoderno, es enemigo de los totalitarismos epistemológicos. En este sentido, el tipo de académico asociado a la corrección política se antoja concomitante con la postura de los intelectuales en los regímenes dictatoriales,

---

<sup>110</sup> Zygmunt Bauman, *op. cit.*, pág. 145.

<sup>111</sup> Cf. Frank Farmer, “‘Not Theory . . . But a Sense of Theory’. The Superaddressee and the Contexts of Eden”, en Jeffrey Williams (ed.), *op. cit.*, pág. 209.

<sup>112</sup> Antonio Tabucchi, *La gastritis de Platón*, Barcelona, Anagrama, 2000. Trad.: Carlos Gumpert.

<sup>113</sup> Pierre Bordieu, *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*, pág. 20.

y de hecho Lisa Jardine parece así explicarse que, como a los disidentes, a la corrección política se la acuse, paradójicamente, de socavar *el* orden y *la* moral<sup>114</sup>.

Lo que ocurre es que este intelectual posmoderno, al contrario que el tradicionalista, no se considera el garante de un orden prefijado; más bien, en tanto *intérprete*, se considera un agente que contribuye a (re)ordenarlo. Esta visión también rige en el nivel del conocimiento, pues en realidad entiende que orden (poder) y conocimiento (saber) están indisolublemente ligados. Por eso la corrección política entra en lo básico en contradicción con esa búsqueda desinteresada de la sabiduría que, siguiendo a Arnold, (se) propone, por ejemplo, Robert Kimball<sup>115</sup>. De hecho, desde esta perspectiva cuyas premisas, dicho sea de paso, coinciden con las que informan las críticas contra el “descriptivismo” de los Estudios de Traducción que comentábamos en el capítulo anterior, se hace imposible mantener que existan formas neutrales de conocimiento. Tampoco se entiende que éste preexista a su utilización, que venga de antemano dado, ni por tanto que el intelectual pueda limitarse a difundirlo o descubrirlo, sino que (con) su misión debe construirlo, crearlo en contexto. Una vez se renuncia, con las enseñanzas del posmodernismo, a todo tipo de idealismo epistémico, la labor del intelectual comparece ineludiblemente como *praxis*; *praxis* integrada en la comunidad, en la *polis* —acción política, por tanto, en todo momento.

Por supuesto, en las filas tradicionalistas la sola mención del vocablo “política” en relación con la Universidad levanta la indignación y el recelo. Su reacción es, como tantas otras en los debates culturales norteamericanos, una prueba de lo que Kuhn denominaba “la inconmensurabilidad de los paradigmas”: la dificultad de trasladar e intercambiar espontáneamente los conceptos entre los modelos de interpretación que se enfrentan desde enfoques diferentes a la realidad. Para quienes, según asegura Searle, el

---

<sup>114</sup> Lisa Jardine, “Canon to Left of Them, Canon to Right of Them”, en Sarah Dunant (ed.) , *op. cit.*, pág. 114.

<sup>115</sup> Robert Kimball, *op. cit.*, pág. 92.

conocimiento se cree independiente de sus agentes<sup>116</sup>, la vinculación de la política al saber inmediatamente toma las trazas de una amenaza o una propuesta dirigida a poner la enseñanza universitaria al servicio de causas concretas e intereses particulares, como una justificación del partidismo irrefrenable. Para los que hacen suyas las enseñanzas de Foucault, es simplemente una constatación que no exime al intelectual de su responsabilidad —eso no inhabilita, según Friedman, la distinción entre prácticas políticas apropiadas e inapropiadas<sup>117</sup>—, sino que, si acaso, le hace más consciente de ella, tanto cara a la comunidad académica, con cuyas reglas, como sabe, se legitima su labor, como en su dimensión social y cultural. De hecho, éste es el interés predominante de las investigaciones “políticas” que priman en los círculos académicos relacionados con el discurso que estudiamos: más que la defensa de una posición ideológica determinada, se trata de averiguar la significación general de las prácticas culturales, entramadas como están en un conflicto continuo de valores culturales y en una serie de relaciones sociales que responden a dinámicas concretas de poder y subordinación. Es, si se quiere, un cambio de perspectiva. Si en boca de los conservadores la “politización” del saber parece marcar el fin de una era de dedicación intelectual “apolítica”, para estos académicos dicha “politización” del saber es una *premisa* que anima a desentrañar las relaciones de poder que, en todo momento, rigen la producción e interpretación del conocimiento<sup>118</sup>, incluso en las del que se declara apolítico<sup>119</sup>.

De hecho, como apuntan Min Choi y Murphy, ni siquiera la objetividad (o, cabría puntualizar, lo que se acepta en unas determinadas circunstancias como objetividad) se hurta de tener consecuencias sociales<sup>120</sup>. Es más, como especifica

---

<sup>116</sup> John Searle, *art. cit.*, pág. 35

<sup>117</sup> Cf. Marilyn Friedman, “Codes, Canons, Correctness, and Feminism”, pág. 22.

<sup>118</sup> Cf. Christopher Newfield, *art. cit.*, pág. 139.

<sup>119</sup> Nótese la similitud de estos razonamientos y de los que siguen con los que, según exponíamos en el anterior capítulo, actualmente abanderan una revisión de los fundamentos epistemológicos y metodológicos sobre los que se asienta la investigación en el terreno de la traducción.

<sup>120</sup> Jung Min Choi y John W. Murphy, *op. cit.*, pág. 123.

Marilyn Friedman remitiéndonos al significado concreto que adquiere esta afirmación en la encrucijada que se le presenta a Norteamérica en el *fin-de-siècle*<sup>121</sup>, la defensa enardecida, incluso obcecada y contumaz, del legado de la civilización occidental es tan política como la que solicita su ampliación, aun cuando difieran en los intereses que las mueven. Quienes, con tonos apocalípticos, reclaman la exclusividad de dicho legado se basan en la creencia de que en su mantenimiento radica la supervivencia de *la* cultura común que une a *la* sociedad norteamericana. La política que abanderan, dice Friedman, es la del interés nacional. Por el contrario, las orientaciones académicas que apuestan por un ensanchamiento de las perspectivas y fuentes del mundo cultural, responden a una preocupación por la raza, el género, la etnia y, en general, de la diversidad, cuyo reconocimiento, al contrario que en la visión tradicionalista, se cree imprescindible para el funcionamiento justo de dicha sociedad.

En el fondo, los discursos académicos enmarcados bajo el marbete de lo políticamente correcto hablan tan en nombre de “América” como los que, paradójicamente, los acusan de cerrar su espíritu (piénsese en el ilustrativo título de Allan Bloom, *The Closing of the American Mind*), de desunirla (como sugiere el de Schlesinger, *The Disuniting of America*) o incluso de intentar dinamitarla, si bien queda claro que el ideal de “América” que cada uno de ellos tiene en mente y por el que se afana difiere notablemente. El debate en el que emerge lo políticamente correcto, en paralelo con la controversia entre dos prototipos de intelectual y dos concepciones de la universidad, enfrenta en Estados Unidos dos modelos opuestos de sociedad y pone de manifiesto que tras esa entidad cultural que desde el exterior se percibe compacta y sin fisuras —“una y nítida”, como magistralmente la retrataba Verdú—, resulta que “América” padece una crisis de identidad<sup>122</sup>. Los conservadores privilegian una visión de la sociedad homogénea y cohesionada, una identidad cultural unitaria reconciliada con su memoria mítica, y desde esta perspectiva se explica que sea una visión “fuerte”

---

<sup>121</sup> Marilyn Friedman, “Codes, Canons, Correctness, and Feminism”, pág. 12.

<sup>122</sup> Cf. Todd Gitlin [1991], “On the Virtues of a Loose Canon”, en Patricia Aufderheide (ed.), *op. cit.*, pág. 185.

de la Cultura la que en su opinión merezca la protección de las instituciones culturales y de la sociedad. Los académicos con los que se asocia la corrección política, por su parte, haciendo honor a su bagaje posmoderno y deconstructivista, renuncian al estancamiento para embarcarse en la (auto)crítica continua, en la necesidad de reconstruir día a día la identidad de la comunidad y de reconocer su inestabilidad. Como asesora Ravitch, “American culture belongs to us, all of us; the U.S. is us, and we remake it in every generation”<sup>123</sup>. A partir de ahí, escarban en busca de la base teórica de nuevas fórmulas sociales y culturales que truecan el patriotismo a la vieja usanza por el pluralismo, el igualitarismo y la democracia radical, de suerte que, sobre esta base, permitan a “la” cultura norteamericana reconocer y aprovechar su *multiculturalidad*.

\* \* \*

En el contexto norteamericano, la corrección política se asocia de modo automático al movimiento multiculturalista. Sin embargo, lejos de aclarar su naturaleza, esta asociación abre el abanico de formas que toma el difuso discurso que nos ocupa, dispersa la corrección política en múltiples puntos de fuga y expone aún más su propia contradicción. El multiculturalismo, en principio, es un movimiento de carácter inclusivo, que, en el terreno de la educación, aboga por una mayor apertura a las culturas y colectivos tradicionalmente relegados en la enseñanza tradicional. En este sentido, con la corrección política se vinculan las reformas curriculares que desde los años setenta han ido ampliando en el terreno de las humanidades la oferta de conocimientos fundamentales que los universitarios norteamericanos debían —o podían— adquirir, entre las que podríamos citar la aprobación de programas sobre estudios afroamericanos, culturas asiáticas, islámicas o precolombinas, literatura chicana, cultura popular o crítica desde la perspectiva de género<sup>124</sup>. El multiculturalismo

---

<sup>123</sup> Diane Ravitch, “Multiculturalism: E Pluribus Plures” [1990], en Francis J. Beckwith y Michael E. Bauman (eds.), *op. cit.*, pág. 170.

<sup>124</sup> Si bien en principio el feminismo y el multiculturalismo representan reivindicaciones diferentes, en el terreno de la educación convergen como fuerzas motrices de una apertura a lo marginal. Es más, en su evolución de la mano del post-estructuralismo, que los lleva a rechazar las concepciones

más ingenuo es el que, con este aderezo de exotismo y originalidad, se propone engordar los confines de la cultura común, que los asimila siempre dentro de unos límites; es decir, en la periferia. Se trata, en cierto modo, de un multiculturalismo prepotente que promueve el englutimiento y la normalización de lo Otro, que se mira como “objeto” —como sugiere Searle<sup>125</sup>— digno de un estudio sociológico. Es esto lo que, centrándose en el terreno de la literatura, Marilyn Friedman denomina el “‘shallow global diversity’ approach”: el interés anecdótico por las aportaciones más significativas de los colectivos estudiados a la civilización, sus manifestaciones canónicas, que pasan a incorporarse a un canon (marginal). Occidente ocupa el centro, enriquecido con los mejores tributos de las demás tradiciones. Ésta es la opinión que, por ejemplo, mantiene Reed Way Dasenbrock, que exalta la capacidad asimilista y sincrética que caracteriza la cultura occidental. Según este autor, dadas las exigencias que plantean en el momento actual la transformación de la sociedad norteamericana y el desarrollo de una economía de mercado y de un mundo global, resulta obligatorio y conveniente aceptar algunos retazos de otras culturas. Ahora bien —concluye—, con ello la tradición occidental, lejos de rendirse, se reafirma<sup>126</sup>. Con simples menciones de honor a mujeres, minorías étnicas, subculturas y contraculturas, la tradición occidental y el *statu quo* continúan su marcha triunfal, presentándose así como paradigmas integradores, adalides del proyecto lineal y acumulativo (por descontado) de las humanidades y (por añadidura) de la humanidad.

Si bien algunos tildan esta ornamentación —por decirlo de algún modo— fundamentalmente femenina y/o pluricultural de políticamente correcta<sup>127</sup>, lo cierto es que esta versión del multiculturalismo aunque no encandila tampoco disgusta a las

---

<sup>125</sup> John Searle, *art. cit.*, pág. 42.

<sup>126</sup> Reed Way Dasenbrock, “The Multicultural West” [1991], en Patricia Aufderheide (ed.), *op. cit.*, págs. 207-208.

<sup>127</sup> Véase, por ejemplo, la opinión de Robert Hughes sobre esta forma populista de multiculturalismo, que él denomina “multiculturalismo terapéutico”, en *Culture of Complaint. The Fraying of America*, págs. 169-170.



(más) jóvenes generaciones de la militancia tradicionalista. Son, en este sentido, significativas las palabras de Arthur Schlesinger: “Most Americans, it is true, continue to see themselves primarily as individuals and only secondarily and trivially as adherents of a group. Nor is harm done when ethnic groups display pride in their historic past or in their contributions to the American present”<sup>128</sup>. El sistema educativo que acoge o patrocina este tipo de multiculturalismo es, a la vez, ególatra y vampirizador: se fija en lo Otro y extirpa su diferencia hasta transformarla en una diversidad inocua.

Con todo, en contra de lo que solicita Schlesinger, hay quienes imaginan otras formas para garantizar la participación plena de la diferencia en la vida social y cultural que no pasan por el rechazo o la devaluación —la trivialización reclamada en las palabras de Schlesinger— de las particularidades culturales<sup>129</sup>. Informado por las perspectivas de una epistemología alternativa que se pone de parte de la diferencia, el multiculturalismo no se agota en estas soluciones de compromiso que terminan en la admisión filtrada y estereotipada de la variedad, sino que exige la reconceptualización de lo diferente, lo cual entraña, de paso, una reconceptualización de lo propio. Con ello, se avista como un proyecto emancipador tanto de lo Otro como de lo Mismo. Este tipo de multiculturalismo no es meramente adquisitivo, sino negociador. Mirar otorga poder; ser mirado lo niega. De ahí que, en lugar de hablar por los colectivos marginados y de sus representaciones más relevantes, canónicas (en un estudio sociológico a lo Searle), trate de darles voz. La corrección política, pues, reivindica la expresión, y no sólo la

---

<sup>128</sup> Arthur M. Schlesinger, Jr., “The Disuniting of America” [1992], en John Arthur y Amy Shapiro (eds.), *op. cit.*, pág. 232.

<sup>129</sup> Cf. Iris Marion Young, “Social Movements and the Politics of Difference” [1990], en John Arthur y Amy Shapiro (eds.), *op. cit.*, pág. 204. Véase asimismo la obra, que aboga por un multiculturalismo “crítico”, de Joe L. Kincheloe y Shirley R. Steinbeck, *Repensar el multiculturalismo*, Barcelona, Ediciones Octaedro, [1997] 1999. Trad.: José Real. Revisión técnica de Fernando Hernández.

representación, de los grupos silentes o silenciados por la historia y aboga por que, de objetos del discurso (de otros), pasen a ser sujetos de la enunciación.

Se trata, en otras palabras, de entablar con las diferencias una verdadera conversación, “a never-ending conversation in which meanings and values —and even the rules of conversing— are continually contested”<sup>130</sup>. Porque, efectivamente, como sugieren las palabras de Sarchett, este tipo de multiculturalismo es crítico, exigente, autorreflexivo, desestabilizador. No en vano, cuando se fomenta una actitud de escucha, cuando el acercamiento a lo Otro se produce a sabiendas de que éste no es necesariamente abyecto, descarriado o inferior, no sólo las otras culturas son “diferentes”; la propia también lo es con respecto a las demás. Por oposición a la política cultural que “multiculturaliza” la fachada sin retocar la estructura de un edificio sólido y afianzado, este tipo de multiculturalismo crítico retiene en los cimientos mismos que lo sostienen. Cuando lo marginal concurre en pie de igualdad, lo dominante descubre, por primera vez, su propia especificidad<sup>131</sup>.

En este sentido, en la Norteamérica de finales de siglo, bajo las exigencias de un multiculturalismo —como lo llama Friedman— profundo, integral<sup>132</sup>, se someten a examen de conciencia la tradición patria y el conocimiento oficial —presuntamente producidos de una manera noble, altruista y neutral—, para descubrir así sus múltiples omisiones y sus sesgos, sus huellas dactilares, sus señas de identidad. El canon literario o la historia tradicional, prefabricados en los paradigmas unificadores para la aprobación y el elogio, se prestan asimismo a la crítica y al disenso. En lo que, durante siglos, los portavoces de un régimen monocultural han proclamado (y percibido) como objetivo, ejemplar o digno de reconocimiento universal, el nuevo coro entrenado en el feminismo, los estudios de la raza, la crítica marxista, el neohistoricismo o la filosofía de la descolonización distingue ahora muestras de etnocentrismo y eurocentrismo,

---

<sup>130</sup> Barry W. Sarchett, “What’s All the Fuss About This Postmodernist Stuff?”, pág. 25.

<sup>131</sup> Cf. Iris Marion Young, *art. cit.*, pág. 204.

<sup>132</sup> Marilyn Friedman, “Codes, Canons, Correctness, and Feminism”, pág. 14.

sexismo, clasismo o tendenciosidad patriarcal. De la misma manera que las lenguas no disponen del nombre de los colores que no destacan de los dominantes, las culturas sólo aprenden a (d)enunciar sus excesos cuando se diferencian, se hacen visibles y audibles sus oprimidos; cuando la realidad impuesta se reescribe desde la perspectiva de su experiencia dispar y en sus propios términos. Como dice a la luz de sus vivencias la poetisa (negra) (lesbiana) (feminista) (socialista) (madre de dos hijos) (miembro de una pareja interracial) Audre Lorde, los oprimidos asumen la responsabilidad de enseñarles a los opresores sus errores<sup>133</sup>. Por eso puede decirse que el multiculturalismo y la corrección política son un proyecto emancipador tanto de lo Otro como de lo Mismo, porque, a su amparo, prestando atención a la palabra marginada, patrocinando la que Foucault denominara la insurrección de los saberes sometidos, adquiere el sistema el vocabulario para su propia crítica y aprende su propia relatividad.

\* \* \*

Foucault distingue dos tipos diferentes de saberes sometidos, y su distinción ayuda a sistematizar la labor intelectual amplísima, heterogénea, desigual e inclasificable que tiene dispersos sus focos por los departamentos de humanidades de las diversas universidades norteamericanas y que sólo a regañadientes se aviene a unificarse bajo el sonoro título de la vertiente intelectual de la corrección política. Por un lado, confraternizando con “estos bloques de saberes históricos que estaban presentes y soterrados en el interior de los conjuntos funcionales y sistemáticos, y que la crítica ha hecho reaparecer, evidentemente a través del instrumento de la erudición”<sup>134</sup>, cobran un auge inaudito las aportaciones de los colectivos marginales o marginados y —previa autorización arqueológica, por ejemplo, del propio Michel Foucault (que refuta la historia lineal que engarza causas y efectos en un discurso global y unitario) y de Hayden White (que es pionero en la visión de la historia y los sucesos como formas

---

<sup>133</sup> Audre Lorde, *art. cit.*, pág. 193.

<sup>134</sup> Michel Foucault, *Microfísica del poder*, pág. 128.

narrativas convencionalizadas, y no como secuencias factuales)— se revisa la Historia en busca de las historias de sus excluidos, de los que han sido omitidos para ofrecer una imagen continuista del pasado; un continuismo, según sugiere Gianni Vattimo, tras el que se descubre la voz del Poder y del poderoso. No en vano, como asegura en *El fin de la modernidad*, “sólo desde el punto de vista de los vencedores el proceso histórico aparece como un curso unitario dotado de coherencia y racionalidad”<sup>135</sup>.

El formato que toma la corrección política en su vertiente intelectual es, por decirlo de alguna manera, el de un revisionismo retrospectivo que saca a la luz las discontinuidades disimuladas, las lagunas suprimidas. A finales de los setenta, por ejemplo, Elaine Showalter redacta una historia de la literatura escrita por mujeres<sup>136</sup> que en cierto modo prepara el terreno para la desconstrucción sistemática que, en años posteriores y desde la perspectiva de género, aborda la crítica literaria feminista de los pilares sobre los que se ha erigido la institución literaria, que se descubren sojuzgadores de lo femenino. Porque, como gráficamente sugiere la imagen acuñada por Patricia Smart, el lugar tradicional de la *escritura* ha sido la Casa del Padre, construida sobre la *mujer como objeto*; un cimiento sobre el que se erige el *sujeto*, por oposición, *masculino*<sup>137</sup>. La obra de Showalter rescata la voz de las escritoras ahogadas por el peso de un edificio patriarcal.

En la misma línea, y por citar uno de los ejemplos del terreno de la historiografía que más éxito han cosechado entre el público no especializado, el best-seller de Howard Zinn<sup>138</sup> cuenta la historia de los Estados Unidos desde el punto de vista de los que, por

---

<sup>135</sup> Gianni Vattimo, *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, Barcelona, Gedisa, [1985] 1996, pág. 16. Trad.: Alberto L. Bixio.

<sup>136</sup> Elaine Showalter, *A Literature of Their Own. British Women Novelists from Brontë to Lessing*, Princeton, Princeton University Press, 1977.

<sup>137</sup> Patricia Smart, *Writing in the Father's House. The Emergence of the Feminine in the Quebec Literary Tradition*, Toronto/ Buffalo/ Londres, University of Toronto Press, 1991, pág. 6.

<sup>138</sup> Entre otros “historiadores sociales”, como los llama Diane Ravitch (*art. cit.*, pág. 167), que reflejan un interés acrecentado por las relaciones de raza, género, clase o etnicidad del pasado

razones políticas y económicas, han sido tradicionalmente sus desfavorecidos: los negros, las mujeres, los obreros, los pueblos precolombinos, etc.<sup>139</sup> Tras las gestas míticas y la figura aureolada de los héroes oficiales se distingue la existencia, en la sombra y sombría, de un pueblo elidido de sus propias crónicas. Asimismo, la corrección política se presenta como una investigación del pasado (canónico) con los ojos del presente (periférico). Robert Kimball menciona (o, mejor dicho, censura) en este sentido la lectura de las obras de Shakespeare como metáforas del imperialismo o el análisis de las de Milton desde la perspectiva de género<sup>140</sup>. Ravitch, por su parte, informa de la tendencia de toda una nueva generación de manuales y libros de texto que, en su exposición de la historia norteamericana, no sólo reconocen abiertamente el ancestral predominio del racismo, sino que se enfrentan críticamente a tal circunstancia; que, en otras palabras, ajustan cuentas con el pasado<sup>141</sup>.

Por otra parte, asociada también a la corrección política, comienza la reivindicación de “toda una serie de saberes calificados como incompetentes, o, insuficientemente elaborados: saberes ingenuos, inferiores jerárquicamente al nivel del conocimiento o de la científicidad exigida”<sup>142</sup>. En cierto modo, sólo es posible dar este paso cuando el acercamiento a lo Otro se inicia con una predisposición para descubrirlo como una lógica autónoma que con toda seguridad desborda (y quizás incluso repela) las formas canónicas en que se empaqueta y se neutraliza para el consumo del Mismo; cuando, además de conocer al Otro, quieren conocerse asimismo sus criterios. En esta línea, al afán de la corrección política suele vincularse la revalorización de una serie de manifestaciones que, juzgadas hasta la fecha con los baremos artísticos o literarios elitistas o simplemente hegemónicos, no han logrado superar el listón que demarca los

---

norteamericano se incluirían Stephan Thernstrom, Mary Beth Norton, Gary Nash, Winthrop Jordan o Leon Litwack.

<sup>139</sup> Howard Zinn, *op. cit.*

<sup>140</sup> Robert Kimball, *op. cit.*, pág. 59.

<sup>141</sup> Diane Ravitch, *art. cit.*, pág. 166-168.

<sup>142</sup> Michel Foucault, *Microfísica del poder*, pág. 129.

géneros menores, e incluso otras que quedaban descalificadas *a priori* o que ni por asomo se habían considerado como posibles aspirantes a los concursos que rifan el mérito cultural.

Así, por ejemplo, se reivindican como “arte” ciertas manifestaciones de culturas no occidentales de cuya existencia no tenía noticia la Historia del Arte tradicional, amén de la voluntad o el convencimiento para calificarlo como tal; se investiga la producción literaria de las comunidades precolombinas, que sorprende a algunos no tanto por su riqueza como porque se denomine literatura un legado fundamentalmente oral; en el otro extremo, crece el interés por las últimas vanguardias, especialmente si su avanzadilla está formada por mujeres, miembros de colectivos étnicos o con insólita orientación sexual: ciberliteratura racializada, arte conceptual con aroma de mujer, etnopoesía, fotografía híbrida, descentrada, etc. En fin, en Norteamérica la corrección política y el multiculturalismo, por decirlo metafóricamente, informan a una nueva promoción de notarios culturales, que certifican como “cultura” obras, tendencias y manifestaciones de las que la Cultura y sus notarios (o, recordemos a Bauman, sus legisladores) no saben, no quieren o en conciencia no pueden dar fe.

Claro que la actuación de aquéllos no recibe precisamente cumplidos y enhorabuenas; abre, por el contrario, una querrela interna en “la profesión”. No en vano, por seguir con el tropo, los notarios “puristas”, cumplidores a rajatabla de la normativa tradicional, tachan las homologaciones de los primeros de ilícitas e indebidas, y acusan a sus agentes públicamente de prevaricación y de abuso de autoridad. Los inculpados se defienden e incluso contraatacan. El terreno de las humanidades comienza a parecerse al de una batalla campal, especialmente el ámbito de la literatura, donde ambas posiciones se enfrentan en lo que, tras trascender a la opinión pública a principios de los

noventa<sup>143</sup>, se conoce como “el debate sobre el canon”, en el que la corrección política aparece citada como una de las partes contendientes. Tal y como se retransmite en los medios de divulgación, se diría que se trata de una lucha entre dos candidaturas extremistas y antagónicas por erigirse en lo más representativo de la cultura literaria norteamericana, y por tanto en lo que se considera digno de enseñarse en las aulas en las que se imparte; a saber, entre, por una parte, un “canon occidental” en apariencia perfectamente delimitado y, si se apura, compendiable en obras de referencia como la que, bajo ese preciso título, publicó el controvertido crítico Harold Bloom<sup>144</sup> y, por otra —según lo pinta Dinesh D’Souza, el autor de uno de los libros que más influencia han ejercido a la hora de moldear la imagen extremista y prácticamente caricaturesca que tiene la opinión pública de los defensores de un canon multicultural—, un currículo sustitutivo, “flavored by minority, female and Third World authors” y compuesto, como apostilla este autor en el mismo tono alarmista y exagerado que caracteriza sus escritos, no ya por las obras clásicas de las culturas no occidentales, sino por una colección de textos de dudosa representatividad<sup>145</sup>.

---

<sup>143</sup> Paula Bennett, en una posdata añadida a su artículo “Canons to the Right of Them...” (en Patricia Aufderheide [ed.], *op. cit.*, págs. 165-174), originalmente publicado en 1991, permite situar cronológicamente el traslado del debate sobre el canon a los medios de comunicación. Efectivamente, dice esta autora: “Between the time I began this essay and the time I finished it, a spate of attacks on multiculturalism has appeared in the media. These attacks [...] have wildly misrepresented the goals, intentions, and methods of multiculturalism, identifying it, among other things, as a movement to throw out ‘major’ authors in favor of a unilateral presentation of, presumably, third-rate (but politically correct) writers. This is nonsense, but it is dangerous and inflammatory nonsense. And its sudden and widespread popularity suggests that the real battle over the canon has just begun” (pág. 174). De todos modos, según la exposición de Robert Kimball, el comienzo del debate sobre el canon (o, desde su punto de vista, su “asalto”) se remontaría a mediados de los ochenta. Concretamente, Kimball lo sitúa en 1986, con la publicación en la revista *Salgamundi* de un compendio de artículos sobre el canon firmados por una serie de profesores liberales en respuesta al polémico informe de William Bennett al que ya hemos aludido. El catalizador de la salida de este debate universitario a la opinión pública habría sido la controversia suscitada por la decisión de los órganos directivos de la Universidad de Stanford de sustituir un curso denominado “Western Culture” por otro más amplio titulado “Cultures, Ideas, and Values”.

<sup>144</sup> Harold Bloom, *The Western Canon. The Books and School of the Ages*, Nueva York, Harcourt Brace, 1994 [Hay versión castellana: *El canon occidental. La escuela y los libros de todas las épocas*, Barcelona, Anagrama, 1995. Trad.: Daniel Alou].

<sup>145</sup> Dinesh D’Souza, “The Visigoths in Tweed” [1991], en Patricia Aufderheide (ed.), *op. cit.*, págs. 13 y 15.

Sin embargo, ésta no es sino una polarización sensacionalista que simplifica e incluso oculta los términos de un conflicto que, en el fondo, sigue siendo de orden epistemológico. Efectivamente, como ocurre en los diversos planos de los que ya hemos dado noticia en las páginas anteriores, el debate sobre el canon enfrenta nuevamente, esta vez en el terreno de la literatura, al paradigma universalista dominante y a una serie de planteamientos de corte desconstruccionista que, a su vez, bebe de las fuentes del post-estructuralismo y de la relectura que hace éste de los postulados del relativismo cultural.

\* \* \*

Aun cuando, explícitamente, el autor de *The Western Canon* trata de distanciarse, por supuesto, de “la trama académico-periodística, que he bautizado como Escuela del Resentimiento, que desea derrocar el canon con el fin de promover sus supuestos (e inexistentes) programas de cambio social”, pero asimismo de “los defensores del ala derecha del canon”<sup>146</sup>, lo cierto es que, en muchos aspectos, la polémica obra de Harold Bloom ilustra paradigmáticamente los fundamentos de estos últimos, en tanto, al igual que ellos, emerge de un subsuelo conceptual metafísico y universalista. Como ya hemos dicho en páginas anteriores, en este paradigma, la explicación ulterior de los fenómenos descansa en una serie de ideales trascendentes, eternos e incorruptibles, que no precisan (ni admiten) ni límite ni matiz. Ciertamente, Bloom impugna el que suele invocar la Nueva Derecha como justificación última de la Gran Literatura, que podríamos denominar el Bien: en efecto, no son pocos quienes, recuperando el argumento con que Matthew Arnold o Charles Kingsley defendieran el estudio de la literatura en la educación superior<sup>147</sup>, tratan de preservar en los últimos tiempos en Norteamérica el canon occidental por constituir un compendio de valores morales y un manual introductorio en la Virtud.

---

<sup>146</sup> Harold Bloom, *El canon occidental*, pág. 14. En la explicación que sigue, citaremos algunos de sus pasajes a partir de la versión castellana.

<sup>147</sup> Cf. Lisa Jardine, *art. cit.*, pág. 112.



En efecto, sin llegar al citadísimo contraargumento de George Steiner, quien, en *Lenguaje y silencio*, recuerda el profundo conocimiento que los torturadores de Auschwitz tenían de las obras de Shakespeare, Goethe y los clásicos<sup>148</sup>, Bloom asegura que “[l]eer a fondo el canon no nos hará mejores o peores personas, ciudadanos más útiles o más dañinos”<sup>149</sup> y se desmarca de quienes “desean preservarlo en virtud de sus supuestos (e inexistentes) valores morales”<sup>150</sup>. De todos modos, si bien discrepa de la opinión de éstos a la hora de considerar el canon un ejemplo de probidad, Bloom coincide con ellos en tanto extrae asimismo sus justificaciones de una cantera de valores absolutos e incondicionales, cuya sola mención constituye en sí misma una retórica de legitimación, o la suplanta.

Así, más que el Bien, podría decirse que la idea platónica en la que en último extremo se fundamenta la visión de Bloom sobre la literatura y en la que, de hecho, basa su apología de los veintiséis autores que, como dice, considera “como representantes de todo el canon occidental”<sup>151</sup> y en concreto de Shakespeare, su epicentro indiscutible, es la de lo Bello o, en sus palabras, “el valor estético”. En todo caso, como hemos dicho, en apariencia se trata de un ideal categórico, sin restricciones, completo en sí mismo. De hecho, Bloom dice sentirse solo “al defender la autonomía de la estética”<sup>152</sup>, una convicción que le lleva a afirmar, por ejemplo, que “[l]as angustias más profundas de la literatura son literarias”<sup>153</sup> o que “[u]no sólo irrumpe en el canon por fuerza estética”<sup>154</sup>.

---

<sup>148</sup> George Steiner, *Language and Silence. Essays 1958-1966*, Harmondsworth, Penguin, [1967] 1979, pág. 15 [*Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*, Barcelona, Gedisa, 1990, pág. 16. Trad.: Miguel Ultorio].

<sup>149</sup> Harold Bloom, *El canon occidental*, pág. 40

<sup>150</sup> *Ibid.*, pág. 14.

<sup>151</sup> *Ibid.*, pág. 21.

<sup>152</sup> *Ibid.*, pág. 20.

<sup>153</sup> *Ibid.*, pág. 28

<sup>154</sup> *Ibid.*, pág. 39.

Se diría, por lo expuesto, que para este autor el de la Literatura constituye un universo autosuficiente, independiente del mundo en que se juzga o se consume. En este sentido, recuerda la naturaleza y la posición del Conocimiento en el paradigma heredado de la ilustración; un Conocimiento, como veíamos con Zygmunt Bauman, atemporal y universal, cuyos principios son inamovibles, preexistentes. “No es la ‘literatura’”, dice Bloom, “lo que hay que redefinir”<sup>155</sup>. Y, dicho sea de paso, la Literatura es al Conocimiento lo que Bloom es al *legislador*, una figura que, como también veíamos con Bauman, es uno de los pocos privilegiados que logra internarse por unas veredas de acceso restringido. Como continúa el erudito norteamericano, “si no eres capaz de reconocerla [la Literatura] cuando la lees, nadie puede ayudarte a conocerla o a amarla más”<sup>156</sup>. Ese contacto excepcional con lo que, en palabras del propio Bloom, podríamos denominar “la experiencia estética que antaño se llamó lo Sublime”<sup>157</sup> autoriza al crítico a emitir dictámenes en cierto modo imperativos para el resto. Así parece sugerirlo la última obra de este autor, quien desde la portada le dice al lector *Cómo leer y por qué*<sup>158</sup>. En la monografía que nos ocupa tampoco renuncia Bloom a ese papel regulador. Desde luego, no duda ni un instante en decretar que “[s]i uno pudiera tener un solo libro, sería unas obras completas de Shakespeare; si dos, ése y una Biblia”<sup>159</sup>. Es más, por deducción se diría que lo considera necesario: la humanidad, dice, dispone de un tiempo limitado para la lectura, “y no me parece que la responsabilidad del crítico literario sea llenar ese intervalo con malos textos en nombre de cualquier justicia social”<sup>160</sup>. Más valdría, para Bloom, orientar “al estudio de lo ineludible, a Shakespeare y a sus escasos iguales, quienes, después de todo, nos

---

<sup>155</sup> *Ibid.*, pág. 527.

<sup>156</sup> *Id.*

<sup>157</sup> *Ibid.*, pág. 532.

<sup>158</sup> Cf. Harold Bloom, *How to Read and Why*, Nueva York, Scribner, 2000 [Hay versión castellana: *Cómo leer y por qué*, Barcelona, Anagrama, 2000. Trad.: Marcelo Cohen].

<sup>159</sup> Harold Bloom, *El canon occidental*, pág. 533.

<sup>160</sup> *Ibid.*, pág. 42.

inventaron a todos nosotros”<sup>161</sup>. Ese núcleo inapelable, lo que, de todo lo escrito, permanece, es el canon, “una especie de lista de supervivientes”<sup>162</sup> necesariamente restringida y falta, inconclusa.

Porque, todo hay que decirlo, si bien el que presenta Bloom por entregas en los diferentes capítulos de su libro es un conjunto finito y limitadísimo, para este autor, según explica en las primeras páginas y en la conclusión, el canon (occidental) se concibe abierto, en constante ampliación<sup>163</sup> —una idea que, en el marco de los debates culturales norteamericanos, se asocia con el bando renovador. La coincidencia, no obstante, es sólo momentánea y no debe llevar a engaño: la obra de Bloom es un ataque manifiesto contra éste, contra el clan de “animadoras” compuesto por “feministas marxistas, lacanianos, neohistoricistas, deconstruccionistas y semióticos”<sup>164</sup> que vilipendia conjuntamente con el nombre de “la Escuela del Resentimiento”. Y el ataque de Bloom, a su vez, es una ilustración clarísima del funcionamiento “invisible” del poder que, desde diferentes ángulos, tratan de dismantelar los adscritos a este heterogéneo grupo; en otras palabras, de la argumentación y las retóricas de legitimación que, según denuncian pertrechados con las enseñanzas de Michel Foucault, confieren a las opciones hegemónicas (en su opinión igualmente políticas e ideológicas, a fin de cuentas) un aire de neutralidad y una impunidad consustancial, y que les permiten viajar de incógnito disfrazadas de naturalidad.

Fijémonos, por ejemplo, en la argumentación con la que Bloom respalda su queja contra las nuevas tendencias críticas desarrolladas en el campo de las Letras. Efectivamente, Bloom arremete contra éstas por injerirse en la marcha autónoma de la Literatura y en los procesos de canonización, cuyos principios de selectividad, según

---

<sup>161</sup> *Ibid.*, pág. 27.

<sup>162</sup> *Ibid.*, pág. 48.

<sup>163</sup> *Ibid.*, pág. 47.

<sup>164</sup> *Ibid.*, pág. 535.

dice, se fundan en el caso del canon occidental en criterios puramente artísticos<sup>165</sup>. “El canon occidental nunca se cerrará, pero nuestras animadoras no pueden abrirlo por la fuerza”<sup>166</sup>, condena. La labor de estos académicos se percibe, pues, como una *praxis* intervencionista, una intromisión indebida, un apoyo espurio y fraudulento. Paradójicamente, la crítica que él practica o la afín a su idea de lo que es la literatura, aparte de pasar inadvertida, parece ser inocua, sin efecto, neutral. Dice Bloom:

Los grandes críticos, especie rara, no amplían, modifican o revisan el canon, aunque ciertamente intentan hacerlo. Pero, lo sepan o no, lo único que hacen es ratificar el verdadero trabajo de canonización, y quien lo lleva a cabo es el perpetuo agón entre el pasado y el presente.<sup>167</sup>

El crítico del que habla Bloom es una figura contradictoria. Por un lado, es (idealmente) inapreciable, invisible y su tarea accesoria, insignificante y en último extremo superflua. No en vano, según se colige de sus reflexiones (que bien pueden ampliarse hasta englobar bajo el papel del “crítico” a todos los que Lefevere denomina reescritores y, por supuesto, a los traductores), es la Literatura —o la que coincide con su definición tradicional— la que se obra a sí misma. Por otro, al ser objetivo, apolítico e imparcial, aparece situado en una posición privilegiada apartada de los procesos específicos que marcan la vida cultural, en un territorio extraterritorial. Ocuparía, por decirlo con unas palabras extraídas del renombrado ensayo de Derrida “La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas”, un “centro, que por definición es único, [que] constit[uye] dentro de una estructura justo aquello que, rigiendo la estructura, escapa a la estructuralidad”<sup>168</sup>. Es éste un espacio de independencia absoluta y total autonomía, localizado en un lugar sin localización específica, desde donde se accede a la Verdad incondicional, algo que desde una posición concreta, (de)limitada, no se puede contemplar. “Leer al servicio de cualquier ideología, a mi juicio, es lo

---

<sup>165</sup> *Ibid.*, pág. 32.

<sup>166</sup> *Ibid.*, pág. 46.

<sup>167</sup> *Ibid.*, pág. 528.

<sup>168</sup> Jacques Derrida, *La escritura y la diferencia*, pág. 384.

mismo que no leer nada”, afirma Bloom<sup>169</sup>. Por el contrario, el que reclama este autor es un lugar con perspectiva panorámica, desde donde se puede ver, supervisar; claro que, a la inversa, al no estar en ningún sitio determinado, al ser un paradero desconocido, nadie puede distinguirlo, ni se puede controlar. Éste, nos dice Foucault, es el sitio del poder, el del vigilante que ve sin ser visto en ningún momento, que domina el juego sustrayéndose a él. En otras palabras, Bloom se aposenta en el Panóptico<sup>170</sup>.

Y por lo que se desprende de las explicaciones de Philip Rice y Patricia Waugh o de Anthony Easthope, se diría que desde el Panóptico escriben, no sólo Bloom y quienes participan en el debate sobre el canon en el bando de los conservadores, sino la generalidad de la crítica angloamericana tradicional<sup>171</sup>, en gran medida —matiza Gomis siguiendo a Alberti<sup>172</sup>— seguidora de las teorías del New Criticism. No en vano, en todos estos casos la crítica asume (o, vistas con Foucault las contrapartidas, cabría decir que se arroga) un papel subsidiario y subordinado frente a la Literatura que estudia, presuntamente con absoluta transparencia e integridad, con total desprendimiento. El Panóptico, se diría, es el púlpito de toda una corriente crítica asentada en una epistemología en último extremo empirista o inductivista, que traza una pronunciada distinción entre el nivel del objeto y el del discurso sobre el objeto.

---

<sup>169</sup> Harold Bloom, *El canon occidental*, pág. 40

<sup>170</sup> Cf. Michel Foucault, “Panopticism”, en Paul Rabinow (ed.), *The Foucault Reader*, Harmondsworth, Penguin, 1984, págs. 206-213, así como la “Cuarta Conferencia”, en *La verdad y las formas jurídicas*, págs. 89-114. Para una explicación resumida de la idea del Panóptico, véase el epígrafe titulado “The Problem of Government” de la Introducción de la obra de Rabinow (págs. 14-23), así como Rosa María Rodríguez Magda, *Discurso/poder*, págs. 110-112.

<sup>171</sup> Philip Rice y Patricia Waugh, “Introduction”, en Philip Rice y Patricia Waugh (eds.), *Modern Literary Theory*, Londres, Edward Arnold, 1992, pág. 1; Anthony Easthope, *Literary into Cultural Studies*, Londres, Routledge, 1991, págs. 10-11.

<sup>172</sup> Annette Gomis van Heteren, *Political Correctness in Context (The PC Controversy in America)*, Almería, Universidad de Almería (Servicio de Publicaciones), 1997, págs. 91-92.

En los ambientes académicos asociados a la corrección política<sup>173</sup> resulta difícil mantener esta posición desapegada y esa separación estricta (y jerarquizada) entre literatura y metaliteratura. De hecho, esta última se considera constituyente de la primera, en lugar de accesoria: la literatura no *es* por sí misma, no *es* si como tal no se acepta o no se estudia; es más, como decía Paul de Man —uno de los mentores atribuidos al movimiento que estudiamos—, su condición de existencia es eminentemente crítica<sup>174</sup>. Desde luego, no goza de ninguna credibilidad la imagen tácitamente admitida que sitúa lo literario en una esfera independiente, autárquica y prediseñada. La crítica tradicional habla sin más de la Literatura; las nuevas corrientes teóricas creen necesario preguntarse primero qué es<sup>175</sup>. La literatura, dice Sprinker, no es un fenómeno natural<sup>176</sup>. Y de resultados de la descomposición de lo que constituía la certeza cardinal de la disciplina, de la variación de la presuposición inicial, se produce necesariamente una variación en cuanto a la naturaleza, los métodos y los propósitos (admitidos) de la crítica. Una variación radical. No es casualidad que sea precisamente en los círculos académicos relacionados con la corrección política donde se articula todo un “cambio de paradigma” en la tradición crítica angloamericana, que corresponde a una erosión de las fronteras entre los estudios literarios y la filosofía o la teoría política y social advenida en paralelo a la eclosión de las aportaciones de enfoques como la deconstrucción, el feminismo, el psicoanálisis, el neohistoricismo o el post-

---

<sup>173</sup> También, dicho sea de paso, es recurrente esta opinión entre quienes se afilian a las últimas corrientes teóricas en el terreno de la traducción. Como se comprobará, los argumentos que defiende en el “debate sobre el canon” el bando asociado con la corrección política en muchas ocasiones coinciden, no ya con los planteamientos de las corrientes más críticas de nuestra disciplina, sino también con los que se aceptan de manera general como el núcleo básico de premisas de los Estudios de Traducción.

<sup>174</sup> Paul de Man, *The Resistance to Theory*, Manchester, Manchester University Press, 1986, pág. 5.

<sup>175</sup> *Ibid.*, pág. 4.

<sup>176</sup> Michael Sprinker, *art. cit.*, pág. 164.

estructuralismo<sup>177</sup>. Aun diversísimas entre sí, estas corrientes rechazan conjuntamente el ánimo dirigista y centralizador que caracteriza los métodos investigadores y pedagógicos predominantes, así como toda pretensión de “objetividad” y “neutralidad” que puedan tener los estudios literarios.

De hecho, alertados por el pensamiento derrideano de que no hay estructuras ajenas a la estructuralidad<sup>178</sup>, ante los ojos de esta nueva generación de teóricos se rompe el embrujo de la extraterritorialidad del crítico. También el de su imparcialidad, o de su equivalente, la omnisciencia. “[W]here there is social conflict, and contested interpretations of that conflict, there is no intellectual space outside ideology”, dice Duncan Kennedy<sup>179</sup>. En efecto, todo acto interpretativo parte de una posición teórica determinada, de unos presupuestos concretos sobre lo estético, de una idea precisa de lo que constituye el mérito. Ineludiblemente. Se admita o no. La crítica que pasa por transparente, imparcial o universal también se funda en un entramado de creencias; eso sí, avisan Rice y Waugh, unas creencias naturalizadas hasta el extremo de no tener que justificar sus propias prácticas<sup>180</sup>. Es éste el espejismo que Foucault denunciaba con un juego de palabras: quienes están “en el poder” dan la impresión de estar “por encima del poder”<sup>181</sup>. El proyecto que, en el campo de las humanidades y de los estudios literarios, relaciona la corrección política con las ideas de un multiculturalismo reflexivo trata de desarmar precisamente esa mistificación que convierte las opciones hegemónicas en normativas, naturales y únicas. En cierto modo, representa por ello un cuestionamiento de todo lo que se erige en ortodoxia, hasta destaparle el rostro: sea el soporte burgués de la autoridad de la alta cultura, sean los olvidos y exclusiones de una historia de la

---

<sup>177</sup> Cf. Philip Rice y Patricia Waugh, “Preface”, en Philip Rice y Patricia Waugh (eds.), *op. cit.*, pág. ix.

<sup>178</sup> Jacques Derrida, *La escritura y la diferencia*, pág. 385.

<sup>179</sup> Duncan Kennedy, “A Cultural Pluralist Case for Affirmative Action” [1994], en John Arthur y Amy Shapiro (eds.), *op. cit.*, pág. 163.

<sup>180</sup> Philip Rice y Patricia Waugh, “Introduction”, pág. 1.

<sup>181</sup> Foucault *apud* Barry W. Sarchett, “The Politics of Cultural Nostalgia”, en Jeffrey Williams (ed.), *op. cit.*, pág. 261.

literatura que se autoproclama universal, sea el sesgo eurocéntrico y patriarcal de numerosos fundamentos de la propia disciplina<sup>182</sup>.

Indudablemente, el canon cae asimismo bajo sospecha. Ahora bien, si en el debate sobre el canon el interés de los tradicionalistas se centra fundamentalmente en determinar qué autores (no) deben incluirse en él, en el caso de los multiculturalistas es la naturaleza misma del canon lo que se somete a escrutinio y se pone en tela de juicio. El canon no es, para éstos, meramente “the best that has been thought and said”, sino un proceso histórico y político jugado a numerosas bandas. En consecuencia, si la crítica que toma a pie juntillas la definición de Arnold parece imponerse como obligación fundamental mascar la probada excelencia del repertorio para hacerla digerible a los demás<sup>183</sup>, la que sigue los nuevos planteamientos teóricos ve forzosamente ampliada su labor, así como las dimensiones de su objeto de estudio: de lo literario pasa a ocuparse de los procesos de institucionalización de lo literario; de cantar sus indudables méritos (estéticos), pasa a investigar qué criterios determinan su grandeza (artística); del canon, pasa a interesarse por su formación. Vital para el proyecto multiculturalista, dice Marilyn Friedman, es interrogarse por los procesos de canonización. Claro que sólo es central, apostilla, en el caso del multiculturalismo comprometido; el que se contenta meramente con catar lo insólito de otras culturas —adoptando así el que, según veíamos, denomina esta autora “the shallow global diversity approach”— sigue fomentando la adoración acrítica del canon<sup>184</sup>. No basta para aquéllos, sugiere en la

---

<sup>182</sup> Cf. Richard Ohmann, *art. cit.*, pág. 16.

<sup>183</sup> Sobre el propósito pedagógico del New Criticism, véase Edward Said, “Opponents, Audiences, Constituencies and Communities” [1983], en Philip Rice y Patricia Waugh (eds.), *op. cit.*, págs. 251-252.

<sup>184</sup> Marilyn Friedman, “Codes, Canons, Correctness, and Feminism”, págs. 14-15.



misma línea Charles Taylor, con ampliar el canon, sino que es necesario revisar la política de exclusiones que trae a sus espaldas, revisar sus criterios<sup>185</sup>.

En cualquier caso, la misma desconfianza que embarga a los que (sí) ponen en duda el canon —una desconfianza que tiene que ver, todo hay que decirlo, más con el propio concepto de canon que con quienes lo constituyen<sup>186</sup>— se traslada a otras nociones también veneradas por la crítica más conservadora, a otras “instituciones” de los estudios literarios tradicionales, como son la de Obra y la de Autoría. Para estos teóricos que entienden que la literatura tiene una confección social, y que lo recalcan, la “Obra” en sí misma queda eclipsada, al no considerarse únicamente “obra” de un Autor. Por una parte, los que se acercan a ella desde una perspectiva histórica y contextualizadora insisten en que además es fruto de una serie de fuerzas históricas, políticas y sociales que van rigiendo sus designios y que son responsables de su consideración literaria, en un doble sentido: tanto en términos del prestigio que pueda tener en un momento dado —la imagen mas o menos consolidada de que goce una obra, se piensa, es (inseparable de) la obra en sí— como a la hora de determinar su inscripción, no siempre incontrovertible e inaccidentada, en el terreno de la literatura y, más aún, en sus diferentes categorías y compartimentos —cabe preguntarse, por ejemplo, qué convierte los *Ensayos* de Montaigne en literatura o el *Ulises* de Joyce en una novela. Por otra parte, quienes, con un bagaje deconstructivista, se centran en su tejido textual y lingüístico, la Obra se descompone en una red ilimitada de alusiones, intertextualidad y referencias, y siguiendo la estela su significado se multiplica y, a la

---

<sup>185</sup> Charles Taylor, “The Politics of Recognition” [1992], en John Arthur y Amy Shapiro (eds.), *op. cit.*, pág. 258.

<sup>186</sup> En este sentido, son frecuentes las declaraciones de académicos que insisten en que su empatía con las ideas, metodologías y teorías relacionadas con la corrección política no está reñida con su interés por los autores canónicos, que en muchos casos constituyen la materia primordial de su labor docente, así como la base de aplicación de las primeras. Lisa Jardine (*art. cit.*), entre otros, ilustra los beneficios de una pedagogía políticamente correcta para la enseñanza de autores canónicos, empezando por el que Bloom estima el más canónico de todos, Shakespeare, de quien extrae un buen número de sus ejemplos.

par, se dispersa: la Originalidad y el Origen son nociones problemáticas, sospechosas en el post-estructuralismo, cuando no una falacia.

De todos modos, éstos no son precisamente descubrimientos de las guerras culturales norteamericanas<sup>187</sup>. La alianza de la corrección política y el multiculturalismo vendría a entroncar con la evolución del proceso ya iniciado en los sesenta en los estudios literarios del que nos informa Sprinker<sup>188</sup>, por el que el objeto de conocimiento se ha ido alejando del texto supuestamente autónomo y (también supuestamente) original de un creador individual. Y es que, en cierto modo, el ala innovadora del debate sobre el canon recoge los ecos de la teoría de la recepción, aparte de certificar la muerte del Autor que acaeciera ya en 1968 por causa de la célebre estocada barthesiana. Una estocada, dicho sea de paso, en ningún momento asestada *ad hominem* contra creadores concretos, sino dirigida contra lo que (o los que) a la sombra de ese Autor se protege(n): el Sentido (o los que se dicen sus exclusivos administradores). No en vano, apunta Barthes:

[d]arle a un texto un Autor es imponerle un seguro, proveerlo de un significado último, cerrar la escritura. Esta concepción le viene muy bien a la crítica [...] [N]o hay nada asombroso en el hecho de que, históricamente, el imperio del Autor haya sido también el del Crítico<sup>189</sup>.

En esta línea, la corrección política no acaba necesariamente con Shakespeare, con Hemingway o con Milton, por citar sólo unos pocos de los ejemplos más citados entre los DWEMs (Dead White European Males) supuestamente castigados por el fenómeno de lo políticamente correcto. Acaba con el mito de que son los propietarios de una Verdad (o un Sentido) universal que sólo unos privilegiados, desde una posición situada en ningún lugar, alcanzan a descifrar. Acaba, en concreto, con la igualación de

---

<sup>187</sup> Tampoco son estos argumentos exclusivos de ellas. Como se habrá comprobado, los razonamientos que se manejan parecen extraídos de los trabajos en que André Lefevere, sin ir más lejos, esboza su teoría de las reescrituras, y en general de todos los autores que, en el terreno de la traducción, siguen y/o desarrollan los postulados de la teoría polisistémica.

<sup>188</sup> Michael Sprinker, *art. cit.*, pág. 164.

<sup>189</sup> Roland Barthes, “La muerte del autor” [1968], *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona, Paidós, 1987, pág. 70. Trad.: C. Fernández Medrano.

Shakespeare, Hemingway y Milton con la versión normativa y simplificada en que se expiden en la Norteamérica de fin de siglo en los libros de texto. Acaba, en otras palabras, con el monopolio que, de estos y otros autores, tiene la exégesis de una tradición crítica de tantas; una exégesis, no obstante, que un sello oficial homologa al Shakespeare, al Hemingway y al Milton genuinos, atemporales, depurados de toda suerte de impurezas, contaminaciones y adherencias bastardas.

Pero los resucita de nuevo desde otro ángulo. Y es que, como ya insinuaba Barthes en su ensayo, la muerte del Autor no es del todo en vano: se acompaña del nacimiento del lector. De todos modos, no nos dejemos llevar a engaño: no es el lector de Barthes una figura que surja por mera inversión de la figura antropocéntrica privilegiada por la crítica tradicional; no es el pretexto del “todo (lo que yo, lector, diga) vale”. Como dice Barthes:

La unidad del texto no está en su origen, sino en su destino, pero este destino ya no puede seguir siendo personal: el lector es un hombre sin historia, sin biografía, sin psicología; él es tan sólo ese *alguien* que mantiene reunidas en un mismo campo todas las huellas que constituyen el escrito<sup>190</sup>.

El alumbramiento que oficia Barthes es, si se quiere, el de una “función del lector” informada por una subjetividad colectiva y desvanecida en una atmósfera histórica paralela a la “función del autor” con la que, por las mismas fechas en que Barthes perpetraba su magnicidio, corregía Foucault la categoría humanista por excelencia del ámbito de la literatura<sup>191</sup>. Cabe, pues, postular que, con esta prevención, Shakespeare, Hemingway y Milton resucitan desde una perspectiva histórica. En efecto, en los círculos asociados a la corrección política renacen como “construcciones culturales” cuya supervivencia pone en juego, a cada estadio, una serie distinta de intereses estéticos, morales, políticos y sociales. Efectivamente, se descubre que estos autores, lejos de ser ahistóricos e inmutables, se han leído y valorado (e incluso

---

<sup>190</sup> *Ibid.*, pág. 71.

<sup>191</sup> Cf. Michel Foucault, “What is an Author?”, en Paul Rabinow (ed.), *op. cit.*, págs. 101-120. Trad.: Josué V. Harari. Michel Foucault pronunció la conferencia que dio base al famoso artículo el 22 de abril de 1969 ante la Société Française de Philosophie.

desvalorizado) —por decirlo con un redundante pasaje de Sarchett— de diferentes maneras por diferentes personas con diferentes propósitos en diferentes circunstancias históricas y culturales<sup>192</sup>. En estos sectores se piensa que Shakespeare, Hemingway y Milton son sus diferentes posibilidades contextuales, todo eso y en el fondo nada más que eso. Esto representa un cambio con respecto al paradigma anterior, que da por sentada su calidad absoluta, universal, invariable e imperecedera. Tradicionalmente, como lo expone irónicamente Michael Bérubé:

academic literary study [...] defined its work as *intrinsically* valuable insofar as it deals with the intrinsic values intrinsic to literature. We may have wanted more people to read the Great Books, but the value of the Great Books is certainly independent of what anybody knows about them. That's why they're great; they have intrinsic value.<sup>193</sup>

Frente a esto, las nuevas tendencias con las que se relaciona la corrección política entienden que consustancial a los grandes autores y en general a la literatura es estar a merced (o al servicio) de las veleidades del momento o, por decirlo en jerga post-estructuralista, de las contingencias de valor<sup>194</sup>. Lejos de ser entes cerrados cuyo sentido y valor sea íntegramente recuperable al trasluz, las (grandes) obras sólo adquieren significación cultural en contexto y en función de una serie de valores histórica y culturalmente definidos e ideológicamente marcados. En cierto modo, ésta es la conclusión que adelantaba ya Borges al cotejar en su irónico relato con la obra de Cervantes la de Pierre Menard. Menard es un autor de principios de siglo que, en palabras de Borges:

[n]o quería componer otro Quijote —lo cual es fácil— sino el *Quijote*. Inútil agregar que no encaró nunca una transcripción mecánica del original; no se proponía copiarlo. Su admirable ambición era producir unas páginas que coincidieran —palabra por palabra y línea por línea— con las de Miguel de Cervantes<sup>195</sup>.

---

<sup>192</sup> Barry W. Sarchett, “What’s All the Fuss About This Postmodernist Stuff?”, pág. 25.

<sup>193</sup> Michael Bérubé, *op. cit.*, pág. 162.

<sup>194</sup> Cf. Barbara Herrnstein Smith *apud* Annette Gomis van Heteren, *op. cit.*, pág. 92.

<sup>195</sup> Jorge Luis Borges, “Pierre Menard, autor del Quijote”, *Ficciones*, Madrid, Alianza [1939] 1997, pág. 52.

El texto de Cervantes y el de Menard son verbalmente idénticos. Aun así, no son iguales. El segundo, dice Borges, es casi infinitamente más rico<sup>196</sup>. “No en vano han transcurrido trescientos años, cargados de complejísimos hechos. Entre ellos, para mencionar uno solo: el mismo Quijote.”<sup>197</sup>

Esa conclusión es asimismo pareja, por acercarnos un poco más a nuestro tiempo y a los mentores reconocidos de la corrección política, a la concepción renovada y cada vez más generalizada del lenguaje y de la literatura que llevaba al propio Barthes a anunciar en 1971 el paso de la obra al texto: para Barthes, mientras “[l]a obra se cierra sobre un significado”, “el Texto no puede inmovilizarse [...]; su movimiento constitutivo es la *travesía*”; o, como describía metafóricamente, “la obra se sostiene en la mano, el texto se sostiene en el lenguaje”<sup>198</sup>. De igual modo, y por seguir con Barthes, esa conclusión es la base de la tesis que defiende en *El grado cero de la escritura*, donde pone de manifiesto la relación entre escritor y sociedad, entre literatura e historia<sup>199</sup>. En definitiva, en consonancia con las opiniones de estos u otros autores, el post-estructuralismo que informa la corrección política sostiene que las obras varían según varía el mundo en el que encuentran significado y, en último extremo, la percepción, los valores y los intereses de sus lectores, que momentáneamente se comportan en calidad de coautores. Resumiendo, y por decirlo en términos coloquiales, la corrección política pone de manifiesto que el significado y el mérito de las prácticas culturales dependen del cristal (histórico y cultural) con que se miren.

---

<sup>196</sup> Para un análisis de cómo la crítica de la Identidad de este relato se aplica al mundo de la traducción, véase el capítulo noveno de *Tradução, Desconstrução e Psicanálise*, de Rosemary Arrojo, titulado “A Tradução e o Flagrante da Transferência: Algumas Aventuras Textuais com Dom Quixote e Pierre Menard” (Río de Janeiro, Ática, 1993, págs. 151-175).

<sup>197</sup> *Ibid.*, pág. 55.

<sup>198</sup> Roland Barthes, “De la obra al texto” [1966], *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, págs. 75 y 76.

<sup>199</sup> Roland Barthes, *El grado cero de la escritura seguido de Nuevos ensayos críticos*, México/Madrid, Siglo XXI, [1972] 1987, págs. 11-15. Trad.: Nicolás Rosa.

Cara al canon occidental, esto tiene al menos tres derivaciones. En primer lugar, abre los clásicos a nuevas posibilidades interpretativas a la luz de los valores relevantes a un presente que trata de asumir, no sin conflictos, su pluralidad constitutiva: la raza, el género, la etnia, la marginación, la dominación, el tratamiento de la diversidad, las estrategias de resistencia de los subordinados, la caracterización de la mujer, el loco, el desheredado, el tullido... En segundo lugar, vistas desde la perspectiva de los grupos históricamente desfavorecidos, las obras que se incluyen en el canon dejan de ser prototipos de atemporalidad y universalidad, para descubrirse asimismo reflejo del sistema en el que se engastan y por tanto de sus sesgos; en muchos casos, de una realidad social patriarcal, discriminatoria, clasista, intolerante, jerarquizada. En otras palabras, se constata que en muchos sentidos (no en todos; bien saben los oprimidos que la ficción es asimismo el reino de lo posible, de la subversión de lo establecido, del cuestionamiento de los límites aprendidos) la literatura, lejos de abstraerse del marco en que se origina, reproduce a escala los entresijos y el orden de lo que Foucault denominara la sociedad disciplinaria, en la que el poder y sus diferenciales se sostienen por imitación, por recurrencia. En tercer lugar, anula la legitimidad de la defensa “fundamentalista” del canon (y en general de la cultura) occidental, la que parte del convencimiento de su preeminencia. No significa esto necesariamente rechazar su excelencia; sí relativizarla. Significa verla en conexión con unos criterios de evaluación concretos, con unos juicios de valor contingentes, histórica y culturalmente circunscritos, de vigencia meramente local, específicos de un modelo concreto —no el único— de civilización y cultura. En otras palabras, significa entender que la grandeza del canon occidental no le es inherente —una tesis, dicho sea de paso, que constituye el punto de partida de *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, de Lefevere—, sino que resulta en último extremo de la aplicación de una jerarquía valorativa occidental asimismo, eurocéntrica.

Por lo expuesto ya se habrá colegido que la corrección política y el multiculturalismo administran a Occidente una dosis de relativismo. Para algunos, es la

inoculación de un virus ajeno y pernicioso<sup>200</sup>; desde otro punto de vista, puede pensarse que es un antídoto que tiene su origen en Occidente mismo, en su propio sistema inmunológico. No en vano, ya en el siglo V a.C. Protágoras y los sofistas predicaban la inexistencia de verdades absolutas y universalmente válidas; como admite incluso Allan Bloom, hasta Platón sostenía que el relativismo es anejo a la democracia<sup>201</sup>; incluso el positivismo y el empirismo de tradición kantiana hacen gala de un cierto escepticismo. No son éstas, no obstante, las fuentes a las que van a beber la corrección política y el multiculturalismo, que tampoco comparten con quienes se remiten a ellas la actitud de asumir el relativismo como un mal inevitable que no merezca, por eso mismo, mayor importancia —Bloom, por ejemplo, admite que “[r]elativism may be true”, para añadir posteriormente que “since we are by birthright inclined to it, we especially had better think it over”<sup>202</sup>.

En realidad, la corrección política y el multiculturalismo recogerían los bríos de una revitalización del relativismo en los estudios humanísticos y en las ciencias sociales más cercana a nuestros días —iniciada, cómo no, en torno a los sesenta—, en la que coadyuvan numerosos bandos: desde el desarrollo de los estudios etnográficos sobre culturas indígenas y la antropología (y no tanto el empuje que recibe con los métodos estructuralistas y funcionalistas de Malinowski, Radcliffe-Brown o Lévi-Strauss como con la versión historicista defendida por la escuela que sigue al antropólogo nacionalizado norteamericano Franz Boas), a partir del cual se pone de relieve la inmensa variedad de culturas humanas y la multiplicidad de lógicas que hacen de cada una de ellas un universo de coherencia; pasando por el vuelco experimentado en la filosofía de la ciencia gracias a las tesis de teóricos como Kuhn, Feyerabend o Quine,

---

<sup>200</sup> Entre los conservadores es recurrente presentar el relativismo de la corrección política como una infección. William Bennett lo define como un virus cultural; David Horowitz compara su destructividad con la del SIDA; Robert Kimball anima a luchar contra tal enfermedad, etc. Para más ejemplos en los que se plasma esta imaginaria, véase John K. Wilson, *op. cit.*, págs. 23 y 170.

<sup>201</sup> Allan Bloom, “Western Civ—and Me: An Address at Harvard University” [1991], en Francis J. Beckwith y Michael E. Bauman (eds.), *op. cit.*, pág. 151.

<sup>202</sup> *Id.*

que exponen la relatividad del método científico y la dependencia que tiene el conocimiento de la cultura, del paradigma, del lenguaje o de la experiencia; hasta la popularización del relativismo lingüístico, concentrado en la llamada hipótesis de Sapir y Whorf, según la cual las diversas culturas, en virtud de la diferente distribución conceptual de las lenguas, determinarían de distintos modos no sólo la percepción de la realidad sino también la realidad misma; etc.

En fin, la fusión y difusión de estas teorías, diversísimas entre sí tanto en sus contenidos como en la radicalidad de sus postulados y de sus implicaciones, en los círculos de la izquierda universitaria norteamericana extiende el sentimiento, según lo expresa Michael Bérubé, de que “objects of knowledge are locally and historically specific”<sup>203</sup>; es decir, lo son en la medida en que pueden entenderse y juzgarse como tales (sólo) desde un tejido de creencias concreto, en el marco de un modelo de pensamiento, de un paradigma, de una comunidad, de una cultura. Ciertamente, como se apresuran a argumentar los detractores de esta actitud, en una versión radical y esencialista que toma las culturas, las comunidades, los paradigmas y los modelos de pensamiento como entes monolíticos y como sistemas de valores inamovibles y estancos, el relativismo parece abocar a un determinismo cultural absoluto que zanja de raíz la comunicación y el diálogo, a la par que imposibilita el establecimiento de juicios morales intersubjetivos e interculturales que delimiten el espacio de lo apropiado, lo legítimo, y lo inapropiado, lo reprochable<sup>204</sup>. Pero desde el punto de vista del proyecto multiculturalista, que surge precisamente de la constatación de que, en un panorama social heterogéneo, las culturas están inevitablemente en contacto y obligadas a entenderse, parece que se hace preciso reflexionar de qué modo se realiza (si se realiza)

---

<sup>203</sup> Michael Bérubé, *op. cit.*, pág. 123.

<sup>204</sup> Véase, por ejemplo, la crítica de Amy Gutmann (“Relativism, Deconstruction and the Curriculum”, en John Arthur y Amy Shapiro [eds.], *op. cit.*, págs. 57-68, especialmente págs. 63ss.) o las de Francis J. Beckwith y Michael E. Bauman, en su Introducción a la colección de artículos ya citada, titulada *Are you politically correct?*, pág. 11.



ese diálogo<sup>205</sup>. De esta manera, el relativismo es, de nuevo, una *premisa* a partir de la cual se averigua, y se cuestiona, la dinámica de poder que rige el contacto entre las diferentes culturas que coexisten en la realidad norteamericana. Quién aprende la lógica, la lengua y los términos del otro; quién renuncia a su lógica, a su lengua y a sus propios términos.

Por dar un paso atrás en la argumentación, en el contexto del agrio debate estadounidense, esto arroja una lectura diferente sobre la defensa “fundamentalista” del canon occidental en la que cierran filas los tradicionalistas más apocalípticos ante el avance en las aulas de saberes no occidentales, de la cultura popular y de las aportaciones de mujeres y distintos colectivos étnicos. “[T]he only serious solution is one that is almost universally rejected: the good old Great Books approach”<sup>206</sup>, decreta, efectivamente, Allan Bloom mientras constata lo que desde su punto de vista constituye la descomposición de la Universidad<sup>207</sup>. No es el único: en los escritos de los conservadores, la apertura de los planes de estudios tradicionales se asocia con el declive de los niveles intelectuales y académicos. Se queja Dinesh D’Souza, por ejemplo, de que ahora se estudien obras de otras culturas que ni siquiera son clásicas, por no hablar de su folklore, su religión o sus hábitos<sup>208</sup>; Robert Kimball, a su vez, lamenta que el cine (frente a las grandes obras de otros tiempos) capte la atención del alumnado<sup>209</sup>; Allan Bloom, por su parte, arremete contra los nefastos efectos del rock en la moral de los jóvenes<sup>210</sup>; y afirma Schlesinger, al hilo de una explicación sobre los

---

<sup>205</sup> De nuevo, nótese la extrema cercanía de los interrogantes que asaltan a quienes se adscriben a la corrección política y a quienes abanderan las últimas tendencias críticas en los estudios de traducción. Ambos coinciden en las preocupaciones éticas que surgen una vez se perciben los diferenciales de poder en que se produce el diálogo (o la traducción) entre culturas.

<sup>206</sup> Allan Bloom, *The Closing of the American Mind*, pág. 344.

<sup>207</sup> “The Decomposition of the University” es el título de uno de los epígrafes de la pesimista obra de Allan Bloom (*Ibid.*, págs. 347-356).

<sup>208</sup> Dinesh D’Souza, “The Visigoths in Tweed”, pág. 15.

<sup>209</sup> Robert Kimball, *op. cit.*, pág. 10.

<sup>210</sup> Allan Bloom, *The Closing of the American Mind*, pág. 73.

colectivos que tienen una lengua minoritaria —habla, en concreto, de los hispanos—, que la educación bilingüe cierra puertas<sup>211</sup>. La lectura es clara: el conocimiento que, en su opinión, puede esperarse de ciertas culturas, de ciertos colectivos y de ciertos campos tradicionalmente olvidados, si es que es de todo punto deseable, no pasa de ser de segundo orden. También es clara la que de ésta ofrece el otro bando. Desde una perspectiva relativista, rechazar de raíz otras tradiciones por inferiores y zafias constituye, por decirlo con Charles Taylor, un acto de arrogancia extrema<sup>212</sup>. Y tomar automáticamente como universales los juicios de evaluación hegemónicos para juzgar las manifestaciones de otras culturas (o contraculturas), un acto deliberada o involuntariamente imperialista, y potencialmente sojuzgador, discriminatorio.

Para algunos, resulta difícil creer que el espíritu imperial y chovinista pueda refugiarse en la inconsciencia; en todo caso, delataría cierta estrechez de miras, cierta incapacidad de otear más allá de las fronteras de la Universidad y de la patria para comprobar otras realidades estadísticas: en opinión de Stimpson, por ejemplo, la naturaleza y el funcionamiento del mundo globalizado de nuestro tiempo y la proliferación de las interconexiones ponen a las culturas, necesariamente, frente a una “geografía de la diversidad”. Las minorías de los Estados Unidos, nos recuerda, son mayoría en el mundo<sup>213</sup>. Teniendo en mente estas circunstancias, el empeño por acordonar el canon y por centrar la educación en los contenidos tradicionales y ratificados no sólo se interpreta como una maniobra que lucha contra corriente, sino además en absoluto favorable, contraproducente. Si para los conservadores la innovación y la diversidad se ven como una amenaza para el éxito de la educación, que, según las explicaciones de Bloom, sólo viene de la mano de un programa consolidado, de una visión unitaria<sup>214</sup>, para los multiculturalistas, esta concepción de la Universidad,

---

<sup>211</sup> Arthur M. Schlesinger, Jr., *art. cit.*, pág. 229.

<sup>212</sup> Cf. Charles Taylor, *art. cit.*, pág. 261.

<sup>213</sup> Catharine Stimpson, *art. cit.*, pág. 123.

<sup>214</sup> Cf. Allan Bloom, *The Closing of the American Mind*, págs. 336-339.

en nuestros tiempos, es precisamente la que amenaza su éxito. Shawn Wong, por ejemplo, asegura que el alumnado es consciente de que una educación universitaria monolingüe y monocultural resulta a todas luces insuficiente para competir en la sociedad del siglo XXI<sup>215</sup>.

En otros casos, cabe pensar que la imposición unilateral del patrón hegemónico es involuntario, aunque no por ello menos pernicioso. Dice Iris Marion Young, en este sentido, que “[u]niversally formulated standards or norms, for example, according to which all competitors for social positions are evaluated, often presume as the norm capacities, values, and cognitive and behavioral styles typical of dominant groups, thus disadvantaging others.”<sup>216</sup> Así lo testimonia y lo ilustra desde su experiencia como docente en el terreno de la literatura Lisa Jardine, quien, por ejemplo, constata que las pautas de evaluación que proponen las guías del profesor contemporáneas para juzgar la “competencia” del alumno a la hora de interpretar los textos en realidad valoran criterios que remiten a un bagaje cultural, no ya elitista, sino específico.<sup>217</sup> Shakespeare será universal —parece decirnos esta autora—, pero las interpretaciones de Shakespeare que obtienen el sobresaliente manejan unos valores concretos, un código de presuposiciones restringido, unos juicios —lógicos, estéticos, morales incluso— determinados. Dada la creciente heterogeneidad del paisaje universitario, ya no es posible, ni quizá deseable, confiar en un bagaje compartido, y menos presuponerlo. De otro modo, los que aportan un mundo distinto a la clase, al debate o a los textos se antojan vacíos. Vacíos, por un lado, de conocimientos, en tanto, desde este punto de vista, no es conocimiento lo que no se adecua al modelo de saber establecido. Vacíos, por otro, cara al resto, cara a quienes tienen, por sus antecedentes y sus vivencias, la ventaja de lo hegemónico; sin nada que ofrecerles, cargados con la riqueza de otra cultura y, a pesar de ello (o precisamente por ello), paradójicamente carentes, faltos, huecos. En un

---

<sup>215</sup> Shawn Wong, “Stereotypes and Sensibilities” [1991], en Patricia Aufderheide (ed.), *op. cit.*, pág. 159.

<sup>216</sup> Iris Marion Young, *art. cit.*, pág. 211.

<sup>217</sup> Lisa Jardine, *art. cit.*, págs. 102-103.

momento en la que la pluralidad es una característica constitutiva de las comunidades y, por otra parte, en el que la movilidad de las poblaciones universitarias entre las diferentes naciones es un hecho fomentado, se hace conveniente, cuando no preciso, diseñar otros métodos de enseñanza y otros objetivos. En este sentido, lo políticamente correcto en las aulas abre camino a una pedagogía alternativa; según lo explica Jardine, una pedagogía que tiene en cuenta los recursos y el patrimonio cultural de los tradicionalmente excluidos, y les saca partido. Pensando en ellos y en el resto. Pensando en que, efectivamente, hay diferencias. La corrección política, en definitiva, exhorta a que se actúe con plena consciencia de la desigualdad.

\* \* \*

Este mismo motor, de hecho, es el que impulsa las políticas y prácticas sociales que se asocian a lo políticamente correcto en el contexto estadounidense. Entre ellas se incluye una serie de programas de discriminación positiva y de estrategias concretas comprometidas con la diversidad puestas en marcha en el entramado institucional con el fin de facilitar la incorporación a las esferas públicas y al mercado laboral a una serie de colectivos que, por arrastrar el peso de una discriminación histórica en virtud del género, la raza, el origen, la condición física, la clase o el bagaje cultural, se encuentran rezagados en cuanto a su participación social. En efecto, este tipo de prácticas protectoras e impulsoras de los colectivos históricamente postergados que ya comenzaron a instrumentarse en Norteamérica en la década de los sesenta trata, de muy diversas maneras, de corregir situaciones que crean o que perpetúan la desigualdad en la sociedad norteamericana. Marilyn Friedman<sup>218</sup>, en concreto, agrupa en torno a cuatro ejes las funciones que se proponen cumplir los diferentes tipos de medidas explícitamente dirigidas a la promoción de la diversidad, que son a la vez la base de los argumentos sobre la que se ha construido su defensa en estas décadas. Así, pueden concebirse, en primer lugar, como un intento de compensar los agravios históricos

---

<sup>218</sup> Marilyn Friedman, "Response", en Marilyn Friedman y Jan Narverson, *op. cit.*, pág. 116.

infligidos a un determinado grupo social; en segundo lugar, como un medio para resarcir a ciertos colectivos del daño que puedan sufrir en un momento dado como secuela de la discriminación que ha soportado en el pasado; en tercer lugar, como una herramienta con la que contrarrestar el funcionamiento de los mecanismos que siguen operando en el presente, de manera más o menos sutil, la relegación de esos grupos históricamente sojuzgados; en cuarto lugar, como un reclamo y un medio de concienciación que permita valorar el carácter diferencial de estos grupos y apreciar lo que en castellano se ha dado en llamar “currículo oculto”<sup>219</sup>: el hecho de que en determinadas circunstancias dicho carácter diferencial puede constituir un mérito añadido que juega a favor de los grupos en principio marginales, por ejemplo a la hora de aconsejar su contratación para determinados puestos.

Como en otras muchas instituciones norteamericanas, también en las universidades se fomenta a partir de los sesenta el ingreso de mujeres, minorías y otros grupos desfavorecidos, tanto en la población estudiantil como en la comunidad docente, investigadora y profesional. Así, por ejemplo, se revisan y se enmiendan algunos de los criterios de admisión establecidos, que resultan tendenciosos desde la perspectiva de la diversidad<sup>220</sup>; se reservan por otra parte unas determinadas cuotas de participación para

---

<sup>219</sup> Como se comprobará posteriormente en el capítulo en el que analizamos el trasvase del discurso de lo políticamente correcto en nuestro país, el menor interés de que, en comparación con lo que ocurre en Estados Unidos, gozan estos temas también lleva aparejado un menor desarrollo y grado de normalización de la terminología con la que se articulan, lo que dificulta la labor de exégesis de la situación norteamericana, cuya información extraemos fundamentalmente de fuentes autóctonas. Son cada vez más, no obstante, las obras que van codificando este léxico de la diversidad en castellano. En concreto, para la redacción de este epígrafe relacionado con las medidas sociales vinculadas a la corrección política, nos ha resultado de valiosísima ayuda la obra de referencia *Palabras para la igualdad*, un diccionario provisto con esclarecedoras definiciones editado por la Asociación Mujeres Vecinales de España (Madrid, 2000) y subvencionado por las instituciones nacionales y comunitarias en el marco de programas transnacionales basados en el principio de igualdad de oportunidades.

<sup>220</sup> Esta labor entronca con toda una tradición crítica desarrollada a partir de los años setenta en el terreno de la psicología y las ciencias sociales que centra sus investigaciones en las técnicas e instrumentos de evaluación convencionales. Según estos estudios, gran parte de las pruebas con las que tradicionalmente se ha medido la inteligencia, el talento u otras cualidades cognitivas en realidad remiten a un cierto bagaje cultural y, en concreto, a los valores de una clase social determinada, por lo general la clase media. Para más información sobre este tema, véanse, por ejemplo, las explicaciones de Jung Min Choi y de John W. Murphy en el epígrafe titulado “Students Evaluations and Testing” (*op. cit.*, págs. 146-149).

los colectivos marginados, con el fin de paliar su escasa presencia en la educación superior y, en consecuencia, su limitada o nula participación en la toma de decisiones relativa a la política cultural federal y su exigua representatividad en los puestos de responsabilidad para los que es un requisito el paso por la universidad; y/o se aplican medidas de fomento y promoción de estos colectivos, con vistas a que superen los obstáculos particulares que dificultan su progreso universitario y su posterior integración en el mercado laboral, etc.<sup>221</sup> En fin, desde los años sesenta las universidades norteamericanas parecen apostar por abrir a las minorías el ámbito del conocimiento (es decir, abrirles la puerta), lo que, como ya hemos visto, equivale a apostar a la larga por el efecto recíproco: el de abrir el ámbito del conocimiento a (la participación de) las minorías. En último extremo, el reto aceptado por las instituciones culturales estadounidenses es el planteado por lo que Iris Marion Young denomina el pluralismo democrático radical. En sus palabras:

Radical democratic pluralism acknowledges and affirms the public and political significance of social group differences as a means of ensuring the participation and inclusion of everyone in social and political institutions.<sup>222</sup>

En cierto modo, se trata de un desafío que en algún momento tenía que plantearse, pues, como lo expone Daniel Bell, “ninguna sociedad que promete justicia y, habiendo admitido la legitimidad de las demandas, comienza lentamente a abrir el camino puede luego abrigar la esperanza de controlar confortablemente el torbellino

---

<sup>221</sup> Si bien la instauración de cuotas es la más citada (y criticada) de las medidas políticamente correctas puestas en marcha en las Universidades, lo cierto es que el establecimiento de determinados porcentajes de presencia para las minorías no es, en absoluto, la política más favorecida en estas instituciones —de ahí el énfasis en el “y/o”. Véase, por ejemplo, el artículo de Stephen S. Weiner (“Accrediting Bodies Must Require a Commitment to Diversity” [1990], en Francis J. Beckwith y Michael E. Bauman [eds.], *op. cit.*, págs. 219-223), en el que se cita el ejemplo de diversos acuerdos interuniversitarios que, en su compromiso con la diversidad y con el progreso de dichas instituciones como entornos multirraciales y multiculturales, explícitamente privilegian las medidas de fomento de la integración y los programas de apoyo a la diversidad frente a las cuotas, contra las que expresan su reticencia.

<sup>222</sup> Iris Marion Young, *art. cit.*, pág. 199.

consiguiente.”<sup>223</sup> De hecho, el sociólogo Alain Touraine interpreta las reivindicaciones para reconocer el pluralismo cultural como un estadio más en la evolución de la sociedad civil. Tras los derechos cívicos, puramente universalistas, y los derechos sociales ya diversificados —dice este autor—, aparecen los derechos culturales, que son a la vez derechos a la diferencia y reconocimiento del interés universal de cada cultura.<sup>224</sup> Efectivamente, en el marco de un sistema democrático y plural, el reconocimiento de la multiculturalidad se avista al fondo como un reto impostergable, como una exigencia moral<sup>225</sup>. Señala Bérubé en este sentido que no hay marcha atrás en la promesa de la igualdad, cuyos imperativos se extienden hasta garantizar la participación plena y equitativa de todos los colectivos en la educación, en la esfera política y en la negociación cultural.<sup>226</sup>

Claro que, en los ochenta, mientras trataba de hacer valer su papel de guardiana de la democracia en el mundo, Norteamérica retiró en casa lo apostado en las décadas anteriores en ese incipiente pluralismo democrático radical, quizá para invertirlo en la carrera armamentística que tan brillantemente compaginaba con esa labor de vigilancia pro-democrática desempeñada cara a la comunidad internacional. Conjeturas aparte, lo cierto es que se retiraron muchas de las partidas presupuestarias destinadas a políticas sociales, e incluso los tribunales federales revocaron algunas medidas de discriminación positiva, por incurrir a su juicio en anticonstitucionalidad<sup>227</sup>. Mientras tanto, en otros sectores avanzaban imparable las medidas por alcanzar la igualdad. En 1988, por

---

<sup>223</sup> Daniel Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid, Alianza, 1989, pág. 173. Trad.: Nestor A. Míguez.

<sup>224</sup> Alain Touraine, “¿Qué es una sociedad multicultural? Falsos y verdaderos problemas, *Claves de Razón Práctica*, n.º. 56, octubre de 1995, pág. 20. Trad.: María Cerdón.

<sup>225</sup> Estas reflexiones casan con las que animan, por ejemplo, a Lawrence Venuti a poner la traducción al servicio de un proyecto democrático, según expone en *The Scandals of Translation. Towards an Ethics of Difference*, especialmente pág. 10.

<sup>226</sup> Michael Bérubé, *op. cit.*, pág. 34.

<sup>227</sup> Howard Zinn, *op. cit.*, pág. 562; Shelby Steele, “The Recoloring of Campus Life: Student Racism, Academic Pluralism and the End of a Dream” [1990], en John Arthur y Amy Shapiro (eds.), *op. cit.*, pág. 144.

ejemplo, la Accrediting Commission for Senior Colleges and Universities of the Western Association of Schools and Colleges —uno de los organismos regionales encargado de evaluar y sancionar la calidad de la enseñanza en los establecimientos de educación superior, una especie de “Inspección”— insta a los centros situados en su radio de acción a tomar medidas para garantizar su progreso en tanto instituciones multirraciales y multiculturales. Otras comisiones, según informa Stephen S. Weimer, hacen por esas fechas lo propio, respondiendo así a la invitación formulada ya en 1985 por la Association of American Colleges en su informe anual a las distintas universidades para que hiciesen frente con acciones específicas a las necesidades de un mundo cada vez más integrado y a una América cambiante y cambiada, plural<sup>228</sup>.

En los círculos liberales, estas decisiones se reciben con alborozo. Sirva como muestra la declaración promulgada en 1991 por el colectivo Teachers for a Democratic Culture, en la que éste se congratula de lo que a sus ojos constituye un signo de salud de la enseñanza, así como un avance de la democracia en la educación superior<sup>229</sup>. En las filas conservadoras, la reacción ante el fenómeno y su interpretación son las opuestas. Para Allan Bloom, sin ir más lejos, las políticas de discriminación positiva son no sólo una cesión que, si bien valora a ciertos individuos, en su opinión convalida la incompetencia académica y profesional, sino también un quebrantamiento de la justicia que cuando menos explica —concretamente Bloom afirma que causa— el deterioro de las relaciones raciales y entre los géneros en Norteamérica; en otras palabras, un entorpecimiento para la vida democrática en la universidad<sup>230</sup>. Suben los ánimos. Se aviva la polémica. Los liberales y los conservadores encuentran en las estrategias concretas de apoyo a la diversidad un nuevo pretexto para entrecruzar argumentos. Aparentemente, se debate a favor o en contra de las cuotas, la revisión de los criterios de selección del alumnado y del personal universitario o los programas de reafirmación de

---

<sup>228</sup> Cf. Stephen S. Weiner, *art. cit.*, págs. 219-220.

<sup>229</sup> Teachers for a Democratic Culture, *art. cit.*, págs. 67 y 68.

<sup>230</sup> Allan Bloom, *The Closing of the American Mind*, págs. 96 y 97.



la identidad grupal. En el fondo, se enfrentan dos formas distintas de entender la democracia, lo cual explica la paradoja de que las medidas que, de una parte, se invocan en nombre de dicha democracia se denigren, de la otra, por atentar contra ella. En el debate sobre lo políticamente correcto y los métodos a él vinculados está en liza, por decirlo con Marilyn Friedman, toda una concepción de la justicia.<sup>231</sup> No hará falta decir, a estas alturas, que la idea que cada una de las partes defiende está en íntima conexión con la epistemología que sustenta asimismo las visiones de la Universidad, del papel del intelectual, del canon y la literatura, entre otras, que les son, respectivamente, correlativas.

Se diría, en concreto, que la crítica que los liberales esgrimen contra la concepción de democracia a la que apelan los conservadores emula la que, como hemos visto ya, plantean por ejemplo ante la concepción tradicional de la Literatura. Y es que en los escritos de estos últimos la Democracia parece situarse asimismo en una dimensión ideal o idealizada, abstracta, y definirse en relación con toda una serie de valores que se tienen por absolutos e innegociables, a saber, el Bien, la Justicia, la Razón o la Igualdad. Por el contrario, los liberales, al tanto por Lyotard de la caída de éstos y otros muchos Metarrelatos, de las Grandes Narrativas, conciben que los criterios de lo que constituye una sociedad democrática y justa, lejos de venir dados, se acuerdan en el contexto de la comunidad. Se percibe en esta visión el influjo de dos teorías que actualmente marcan las pautas de la filosofía política y moral: la teoría de la justicia de John Rawls y la teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas. Como explica Victoria Camps, para Rawls el “sentido de la justicia” no precede a sus principios, sino que es consecuencia del consenso sobre ellos. Habermas, por su parte, sitúa el origen y el fundamento de la democracia en la comunicación humana: sólo a través del diálogo será lícito obtener acuerdos justos, éticos, racionales<sup>232</sup>.

---

<sup>231</sup> Marilyn Friedman, “Response”, en Marilyn Friedman y Jan Narverson, *op. cit.*, pág. 121.

<sup>232</sup> Cf. Victoria Camps, *Virtudes públicas*, Madrid, Espasa Calpe, 1990, págs. 42-44.

Los académicos relacionados con la corrección política, no obstante, se distancian pronto de estos dos grandes pensadores de la teoría política: Rawls y Habermas se empeñan, respectivamente, en determinar las virtudes políticas precisas para tratar de alcanzar ese consenso democrático y en teorizar en abstracto sobre los requisitos de la comunicación perfecta, aquélla de la que brotaría la verdadera democracia<sup>233</sup>; los académicos liberales, por su parte, aguzan la vista para comprobar el estado de la democracia sobre el terreno. De nada sirve, desde su punto de vista, dar con las condiciones de posibilidad ideales de la democracia, si a la hora de la verdad es imposible partir de cero, si por más que se quiera es inviable transplantarlas. Se trata, en definitiva, de (re)construir la democracia en contexto, sobre sí misma, sobre sus fallas e imperfecciones; en suma, sobre situaciones de desigualdad.

Que, por supuesto, existen. Y cuántas. Con esta creencia ya se distancian los asociados a la corrección política de la opinión de los conservadores. Se queja, en este sentido, la teórica feminista Nancy Fraser de que la tradición norteamericana “obra —llevando la contraria a los hechos— como si en la sociedad estadounidense no existiese una división en clases y otras injusticias estructurales profundamente asentadas, como si su economía y su política fueran esencialmente justas, como si los distintos grupos que la constituyen fuesen socialmente iguales”.<sup>234</sup> Del optimismo que critica Fraser parece participar, por ejemplo, Allan Bloom, quien, en la descripción de la juventud universitaria norteamericana a la que dedica todo un capítulo de su nostálgica obra, destaca su igualitarismo. Dice Bloom que para los estudiantes estadounidenses la igualdad, más que una creencia, se ha convertido en un instinto. Como asegura, las nuevas generaciones no tienen prejuicios contra nadie.<sup>235</sup> Es más, en su opinión han automatizado el principio democrático hasta el punto de que “[w]henver they meet

---

<sup>233</sup> Para una crítica del “fundamentalismo” de estos autores, véase Richard Rorty, *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona, Paidós, 1990, especialmente págs. 91-113. Trad.: Alfredo Eduardo Sinnott.

<sup>234</sup> Nancy Fraser, “Multiculturalidad y equidad entre los géneros”, *Revista de Occidente*, nº. 173, octubre de 1995, pág. 51. Trad.: R. J.

<sup>235</sup> Allan Bloom, *The Closing of the American Mind*, pág. 89.

anyone, considerations of sex, color, religion, family, money, nationality, play no role in their reactions”<sup>236</sup>. Y si bien es cierto que hoy despiertan un interés renovado la etnicidad, las propias raíces o la religión, para Bloom la vuelta a estas cuestiones no se explica sino por su carácter mítico e irreal: precisamente porque ya no existen en tanto marcas diferenciadoras —comenta este autor<sup>237</sup>—, resultan tan fascinantes. No en vano, así queda de manifiesto (y se garantiza) mediante el principio constitucional que equipara a todos los seres humanos ante la ley. Por fin, dice Bloom, se cumple el sueño democrático: “each man taken as man [sic], the essential, abstracted from everything else”<sup>238</sup>. A partir de ahí, cada cual puede procurar la búsqueda de la felicidad que, en Norteamérica, está asimismo protegida constitucionalmente, y demostrar de lo que es capaz. “All the students are egalitarian meritocrats”, dice Bloom. La única justicia que conocen, añade, es la que les permite desarrollar sus capacidades especiales (y desiguales —matiza—) sin que cuente su raza, su sexo, su religión, sus antecedentes familiares, su riqueza o su origen nacional. En resumidas cuentas, en opinión de Bloom, la igualdad existe. Para los conservadores, por tanto, la democracia es algo que hay que proteger.

Para los liberales, en cambio, la democracia es algo que hay que conseguir, un proyecto siempre por realizar. La democracia(?) existente, una añagaza. Y contrario al espíritu de la democracia —afirman Min Choi y Murphy— es reificar el orden existente e impermeabilizarlo a la crítica<sup>239</sup>. De hecho, dice tajantemente Joan Wallach Scott, no puede haber democracia que haga justicia a su nombre que prescindiera de la crítica, que

---

<sup>236</sup> *Ibid.*, pág. 88.

<sup>237</sup> *Id.*

<sup>238</sup> Allan Bloom, *The Closing of the American Mind*, pág. 90.

<sup>239</sup> Jung Min Choi y John W. Murphy, *op. cit.*, pág. 126.

suprima el desacuerdo, que neutralice la diferencia porque entorpezca el consenso o que aborrezca la creación de nuevos saberes<sup>240</sup>.

Entre otros, se piensa, esencial para la democracia es un saber sobre la verdadera naturaleza de la desigualdad. De entrada, no se cree que sea estática, puntual y conceptuable sólo a título individual, como conculcación anecdótica de un principio constitucional de otro modo respetado y soberano. Basta mirar alrededor para comprobar la desigual suerte que corren los diversos colectivos sociales, las notorias disparidades que separan a los individuos en tanto sujetos sexuados, raciales, étnicos, diferenciales. A partir de la noción de colectividad, los liberales ponen de relieve que la desigualdad tiene un carácter estructural, y en consecuencia solicitan esfuerzos específicamente orientados para remediar las desventajas que de partida arrastran, por mor de la pervivencia de determinados prejuicios históricos y en razón de sus particularidades, ciertos individuos; individuos que, a los ojos de una legislación ciega a la diferencia, son —valga la redundancia— meramente individuos, unos más. En efecto, desde esta perspectiva liberal, la noción de igualdad que idolatran los conservadores —una noción que, como veíamos con Bloom, considera a las “personas” independientemente de sus circunstancias— deja de ser ideal y platónica para descubrirse daltónica: incapaz de admitir que hay desniveles reales entre las diferentes comunidades; incapaz, por tanto, de combatirlos; propensa, además, a acrecentarlos. Más si cabe porque a partir de la presunción de dicha igualdad pueden los conservadores proclamar —como también veíamos con Bloom— la meritocracia como un sistema de selección equitativo y neutral, y dejar —o restituir, como ocurrió durante la presidencia de Reagan— el desarrollo de lo social al albur del mercado natural.

La noción de igualdad a la que se adhiere el progresismo liberal, por contra, parte de un juicio más sombrío sobre la realidad social y, con ello, esquiva el pecado de soberbia, de *hybris*, en que según Daniel Bell incurre la teoría política clásica, con cuya

---

<sup>240</sup> Wallach Scott, “The Campaign Against Political Correctness. What’s Really at Stake”, pág. 30.

denuncia cierra este autor *Las contradicciones culturales del capitalismo*; a saber, la creencia de que “en cada nueva generación, y con un nuevo contrato social, los hombres p[ueden] comenzar de nuevo, descartar el pasado y remodelar las instituciones”<sup>241</sup>. No es propio de los liberales, en efecto, prodigar alabanzas, a lo Bloom, del igualitarismo norteamericano, ni siquiera del de los más jóvenes; más bien su actitud es la de exponer sus fallas y averías, el camino que falta por andar, lo que resta por conseguir. Bien entendido, dice Hilary Putnam siguiendo al mentor del pragmatismo norteamericano, John Dewey, no se trata de rechazar el sistema democrático existente; ahora bien, tampoco sirve darse por satisfechos. La democracia actual, añade, es sólo un emblema de lo que podría ser<sup>242</sup>. “Democracy is no panacea, and remains in need of ongoing redevelopment”, confirma Newfield<sup>243</sup>.

Conscientes del peso de un pasado discriminatorio incluso desde un punto de vista legislativo que sólo recientemente ha aceptado el reto de la lucha por la igualdad<sup>244</sup>, los defensores de las prácticas asociadas con la corrección política ponen en duda el verdadero alcance de la tan cacareada cantinela constitucional, y trazan una distinción entre la igualdad *de derecho* (esto es, la igualdad formal ante la ley) y la igualdad *de hecho* (la paridad entre los colectivos, efectiva y real), que es la que se proponen conseguir mediante esfuerzos concretos en una dimensión intermedia de la igualdad, la igualdad *de oportunidades*<sup>245</sup>. Y es que, frente a la opinión de los conservadores, cuya confianza en el sistema y su optimismo los lleva a rechazar de plano todo lo que exceda de una democracia a la defensiva basada en un principio de igualdad innegociable y atemporal, los liberales apuestan por una democracia activa que

---

<sup>241</sup> Daniel Bell, *op. cit.*, pág. 264.

<sup>242</sup> Hilary Putnam, “Pragmatism, Relativism and the Justification of Democracy” [1990], en John Arthur y Amy Shapiro (eds.), *op. cit.*, pág. 272.

<sup>243</sup> Christopher Newfield, *art. cit.*, pág. 138.

<sup>244</sup> El propio Daniel Bell hace un repaso de la evolución de esta lucha, de apenas un siglo, en las páginas 220 y 221 de la obra anteriormente citada.

<sup>245</sup> Las tres dimensiones aludidas corresponden a las que Daniel Bell, en su terminología, denomina *igualdad de condiciones*, *igualdad de medios* e *igualdad de resultados* (*op. cit.*, págs. 247-248).

corrija las desventajas socialmente pautadas, lo cual justifica que, para situarlos en pie de igualdad, se dé temporalmente a ciertos colectivos un trato preferente, desigual. Según lo expresa Michael Bérubé, “democracy entails the creation and maintenance, by whatever ‘artificial’ means, of equal opportunities and equal access to public resources (such as education) across the board of citizenship without exception”<sup>246</sup>. Lo que se pretende evitar, a toda costa, es la alimentación de la desigualdad, algo que difícilmente se consigue desde unas políticas conservadoras, patrocinadoras, como lo describe gráficamente Bordieu, de una especie de neodarwinismo social<sup>247</sup>. En efecto, sin una reforma de fondo, la meritocracia no deja de ser la continuación de una competición históricamente trucada, y la democracia “defensiva”, en realidad defensora de los desequilibrios, de las jerarquías y de los privilegios heredados, y de las normas que la encubren. Porque, como sugiere Iris Marion Young, para los grupos tradicionalmente excluidos la desventaja es doble, pues no sólo deben incorporarse al juego tarde, una vez comenzado, sino que además deben competir conforme a unas reglas que no los favorecen y en cuya elaboración no han colaborado<sup>248</sup>. Para los (optimistas) conservadores, que confían en la universalidad —e irreprochabilidad— de los fundamentos del sistema democrático, el triunfo es una cuestión de talento; para los (pesimistas) liberales, cuestión de talento y de posibilidad. Es más, para éstos, las inmensas disparidades entre los colectivos confirman que las que, a primera vista, desde una óptica individualista, son diferencias de capacidad lo son en buena medida de posición social. Por eso, se piensa, no basta con decretar legislativamente el fin de la desigualdad, confiar en su remedio o dárselo en los casos flagrantes, cuando ya está

---

<sup>246</sup> Michael Bérubé, *op. cit.*, pág. 35.

<sup>247</sup> Pierre Bordieu, *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*, págs. 60-61. Pierre Bordieu explica (y censura) la lógica de la meritocracia en la que se basan los sistemas conservadores (neoliberales, en su terminología) en el capítulo titulado “El mito de la ‘mundialización’ y el estado social europeo” (págs. 43-63).

<sup>248</sup> Iris Marion Young, *art. cit.*, págs. 202-203.

hecho el daño y previa denuncia, a través de indemnizaciones; se trata de poner los medios para evitarla, de atajar el problema de raíz.

Lo cual no es sencillo. El sistema no sólo sufre situaciones de injusticia y opresión, sino que también las perpetúa, las genera, las alimenta. Para los liberales, además de ser un resultado más o menos evidente estadísticamente, la desigualdad es asimismo un engranaje de funcionamiento sibilino y sutil, que recorre todo el entramado social y se reverbera microfísicamente en sus prácticas, a través de las cuales se reproduce —lo que desde otra óptica equivale a decir que a través de ellas se aprende, se asimila, se mama. Efectivamente, si bien el derecho positivo establece un rasero (supuestamente) universal para todos los seres humanos<sup>249</sup>, lo cierto es que en el orden social rige tácitamente una normativa cultural heredada que asigna unos atributos y unos roles diferenciados para los géneros y todavía cifra unas pautas de comportamiento y unas metas particulares según el sexo, la raza, la cultura, la condición o la posición social de los individuos. Y si bien jurídicamente se nos supone a todos iguales y en las mismas condiciones para desarrollar libre e ilimitadamente nuestro potencial y prosperar en las esferas privada y pública, en lo personal y lo profesional, lo cierto es que, antes incluso de que alcen el vuelo, en torno a los miembros de ciertos colectivos se elevan unas paredes invisibles y unos techos de cristal. Por eso, aboga Duncan Kennedy lo siguiente:

---

<sup>249</sup> Al amparo de la corrección política y de las lógicas emancipadoras que la informan, como el feminismo o los estudios sobre la raza, ha florecido en los últimos tiempos asimismo una corriente revisionista en el campo del Derecho, que desde múltiples frentes viene poniendo de manifiesto, por decirlo con las palabras de Duncan Kennedy, que “legal knowledge is ideological” (*art. cit.*, pág. 154) y que, a partir de la constatación de que la justicia, lejos de universal, refleja asimismo el punto de vista y los intereses de una sociedad estratificada, patriarcal y regida por unas leyes hasta tiempos recientes redactadas exclusivamente por una élite masculina, de raza blanca y educada en la tradición occidental, trata de corregir los sesgos de la jurisprudencia tradicional. Así, por ejemplo, la perspectiva de género en el terreno legal ha contribuido muy beneficiosamente a la reconceptualización jurídica de temas como, por ejemplo, el adulterio, la violación, la prostitución o la pornografía (en los que se ha denunciado que una serie de prejuicios misóginos enquistados en la mentalidad cultural han minado tradicionalmente la protección jurídica de la mujer) o, en el extremo opuesto, la custodia y tutela de los hijos y el derecho de la pareja a retribuciones económicas en casos de separación (en los que últimamente se denuncia un sexismo discriminatorio para el varón en virtud de la distribución asimétrica de roles en función del género enraizada en la sociedad).

we cannot understand what happens according to a model in which all people in the society have innate or individual qualities and individual preferences that they bring into a neutrally structured competitive process that correlates their rewards with their social contributions. There are patterns to the characteristics of the individuals society produces—they are identifiably members of the particular communities they grew up in, and their fortunes depend on that fact.<sup>250</sup>

Claro que la mayor complejidad deriva del hecho de que no es sencillo percibir estas limitaciones ni estos mecanismos de determinismo social, cuanto más denunciarlo. Los aludidos anteriormente son unas paredes y unos techos transparentes, cuya existencia se olvida o se ignora a menos que se trate de traspasar sus límites, y en cuyo vano aprenden sus habitantes, a través del proceso de socialización, a desplazarse con desenvoltura y aparentemente en total libertad. Se aprende a ser femenina, a ser mujer; se aprende a ser un inmigrante ejemplar; se aprende a ser lo Otro y a vivir en su espacio. Se aprende, en primer lugar, por escarmiento, porque se castiga (con el rechazo, la estigmatización o la anulación) la inobservancia de ese código irregular de expectativas sociales. Se aprende, en segundo lugar, porque recompensa, porque se premia socialmente ese aprendizaje (asimétrico) en la “naturalidad”, ese comportarse como el Poder manda. “Poder que se iguala a seguridad, y que sitúa el ojo divino [...] en la coagulación de un saber que tiene como fin legalizar, otorgar número, nombre, identidad”<sup>251</sup>.

Efectivamente, no hay necesidad de que estén activados perpetuamente los mecanismos de estímulo y punición: los individuos interiorizan el funcionamiento de las normas sociales y automatizan en consonancia su comportamiento. Como les ocurría a los animales de los experimentos de Paulov, llega un momento en que se (con)funde el adiestramiento con lo instintivo, en que el perro segrega jugos en cuanto oye el silbato, en que decir “mujer” evoca mecánicamente “emotividad”, “feminidad” o “maternidad”, en que la paloma no pulsa el botón con el que recibió la descarga eléctrica, en que el inmigrante de una cultura desvalorizada (otra cosa ocurre con quienes proceden de una prestigiada) renuncia a su lengua, a sus costumbres y a su identidad cultural, y priva a

---

<sup>250</sup> Duncan Kennedy, *art. cit.*, pág. 161.

<sup>251</sup> Rosa María Rodríguez Magda, *Discurso/poder*, pág. 111.



sus descendientes de ellas creyendo que hace bien, que los libra de una carga innecesaria y de confusión. Éste representa el máximo triunfo de la sociedad disciplinaria descrita por Foucault, en la que la lógica de la desigualdad se naturaliza y recluta adeptos incluso entre sus víctimas; en la que cualquiera, nos dice Rodríguez Magda, puede ser el ejecutor del poder<sup>252</sup>; en la que la discriminación es tanto más difícil de combatir en la medida en la que las estructuras de dominación, lejos de ser evidentes, permanecen ocultas por los velos de la normalidad y de la costumbre, encubiertas en la mayoría de los casos por el lenguaje y a menudo ataviadas de ley biológica o natural.

El reto que asumen quienes comparten esta conceptualización de la desigualdad de inspiración foucaultiana es demostrar que, si bien existen diferencias entre los seres humanos, el significado de dichas diferencias —por no hablar de su función, e incluso de su (ir)relevancia— no es inherente ni viene predeterminado, sino que, aun en el caso de las genotípicas y fenotípicas, de las biológicas, es fundamentalmente histórico y cultural, y a fin de cuentas depende de un complejo artificio político y social. Se trata, en definitiva, de descubrir la contingencia de la alteridad: una construcción social definida culturalmente —definida, en realidad, por quienes gozan de la potestad cultural para hacerlo, o en interés suyo. Y se trata de explorar y explotar las posibilidades que brinda tal descubrimiento, que en último extremo revela no sólo que las diferencias sociales son variables (según varían las circunstancias culturales y las jerarquías de poder) sino que además son, autoridad mediante, susceptibles de modificación, de reinterpretación, de reconstrucción<sup>253</sup>.

---

<sup>252</sup>*Id.*

<sup>253</sup> Estos razonamientos están en la base no sólo de las teorías sino también de las prácticas traductoras feministas y poscoloniales, por ejemplo, que en último extremo con la subversión del lenguaje y los códigos imperantes tratan de posibilitar que el Otro (la mujer, el sujeto poscolonial, etc.) se imagine de maneras alternativas a las que (re)transmiten los discursos dominantes.

Por esta razón y/o a tal efecto, surgen en Norteamérica en un momento de significativos cambios en las relaciones de poder tradicionalmente vigentes en la esfera social, en el mundo universitario y en el entramado institucional las llamadas políticas de la diferencia, conocidas asimismo como políticas de la identidad. También éstas se relacionan en el contexto estadounidense con el movimiento de la corrección política, abriendo aún más su red de asociaciones, su abanico de (contra)sentidos, su compleja urdimbre de significación.

\* \* \*

Las políticas de la diferencia vuelven a ganar prestancia en Norteamérica durante la década de los ochenta, no sólo entre sus tradicionales adherentes —los protagonistas de los grandes movimientos históricos de liberación (mujeres y razas oprimidas, especialmente la población negra estadounidense)—, sino también entre diversos grupos de individuos que hacen causa común de su etnia, su nacionalidad, su bagaje cultural, su condición física especial, su forma de vida, su religión o su orientación sexual. Este resurgimiento tiene sentido al confluir, por un lado, la necesidad real que se siente en un momento en el que institucionalmente se opta por la homogeneización (e indirectamente por la trivialización o la devaluación de las particularidades) de reafirmar políticamente una serie de identidades colectivas que habían conseguido establecerse y logrado cierto reconocimiento social en el clima aperturista reinante en las dos décadas anteriores y, por otro, la buena acogida, la aplicación y el desarrollo en los ambientes intelectuales norteamericanos de las reflexiones de una serie de pensadores, fundamentalmente franceses, a los que aun siendo de muy diverso signo podríamos agrupar circunstancialmente, siguiendo el ejemplo de Rodríguez Magda, en torno al marbete de las “filosofías de la diferencia”<sup>254</sup>. Éstas incluirían desde las aportaciones de un Deleuze, un Derrida o un Lyotard, pasando incluso por las de los adscritos a la genérica nómina del post-estructuralismo (Blanchot, Foucault o Kristeva), hasta el denominado *pensiero débole* en el que destacan Vattimo y

---

<sup>254</sup> Cf. Rosa María Rodríguez Magda, “Filosofías de la diferencia”, *El modelo frankenstein. De la diferencia a la cultura post*, Madrid, Tecnos, 1997, págs. 45-61.

Rovatti. En ambas esferas se trata de comenzar a pensar la diferencia superando su conceptualización tradicional, que implícitamente la ha caracterizado como desviación, anomalía o carencia.

Efectivamente, la diferencia ha salido malparada en una tradición filosófica anclada, según Derrida, en una Metafísica de la Presencia que ha definido siempre a partir de una trama de oposiciones binarias, cuyos elementos están claramente jerarquizados (Verdad/Falsedad, Idea/Representación, Ser/Nada, Realidad/Apariencia, Bien/Mal, Sujeto/Objeto, Hombre/Mujer, Razón/Locura, Significado/Significante, Cultura/Naturaleza), y en las que la diferencia ha representado las imperfecciones y las taras que obstruyen o empañan la consecución y materialización de los términos privilegiados —esas “plenitudes” soñadas por la metafísica tradicional que siempre han cubierto y justificado autoritarismos de todo tipo”, según Vattimo<sup>255</sup>. También en el terreno de la ontología ha operado tradicionalmente esta misma lógica maniquea, de suerte que la diferencia se ha recubierto de insignificancia y negatividad al identificarse con todo lo que ha debido rechazarse para permitir la emergencia de ese (llamado) Sujeto genérico sobre el que se ha construido el proyecto universalista de la Modernidad; un genérico, como colegimos de la lectura del libro de Rodríguez Magda<sup>256</sup>, que se ha postulado como neutro, sin atributos y paradójicamente universal por exclusión, desembarazándose de todo lo que no es (ni de color, ni bárbaro, ni irracional, ni indígena, ni delincuente, ni enfermo, ni mujer...) al nombrar lo que “otros” —también humanos, pero no hasta el punto de poder representar a la humanidad (de ahí que hable Audre Lorde de la figura del “dehumanized inferior”<sup>257</sup>)— sí son. La diferencia nace, pues, por heterodesignación, en un acuerdo *inter pares* que excluye de

---

<sup>255</sup> Gianni Vattimo, *Más allá del sujeto. Nietzsche, Heidegger y la hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1992, pág. 22. Trad.: Juan Carlos Gentile Vitale. Revisión técnica de Fina Birulés.

<sup>256</sup> Cf. Rosa María Rodríguez Magda, *El modelo frankenstein. De la diferencia a la cultura post*, págs. 48 y 68.

<sup>257</sup> Audre Lorde, *art. cit.*, pág. 191.

la definición del “nosotros” todo aquello de lo que carecen los sujetos del pacto, lo que a su vez excluye a quienes exhiben la diferencia del “nosotros” pactado. Ni que decir tiene que la idealización de esa construcción ontológica obtenida más por expurgación que por abstracción ha tenido tradicionalmente su correlato en una infravaloración y una ocultación en el terreno simbólico de lo que se ha percibido como “específico” y “privativo”, cuando no en ejercicios reales de subordinación y anulación en el orden social. No en vano, las diferencias se han interpretado como trabas para la unión (el motor de las sociedades tradicionales), como obstáculos que oponen resistencia a una integración y a una homologación utópicas, como gérmenes de división; de ahí que, aparte de verse sometidos a unos procedimientos sociales de exclusión y control (e incluso a pesar de ello), los “particularismos” hayan recibido escasa importancia, se hayan pasado por alto e incluso ignorado en un marco institucional para el que la liberación del ser humano ha significado teóricamente superar y trascender las diferencias, y en la práctica neutralizar lo que excede del patrón dominante con respecto al cual han adquirido tal caracterización.

En un momento —la Norteamérica de los ochenta— en el que se (re)instaura impunemente el menosprecio, la desconsideración, la indiferencia o el rechazo hacia la heterogeneidad, las políticas de la identidad se enfrentan al doble reto de *desconstruir las diferencias*, de impugnar esa caracterización monolítica que se salda con su equiparación a lo indigno, lo contaminado, lo abyecto o lo inferior, y a la par de *reivindicarlas*, de luchar contra el proceso institucional que busca su homogeneización, su englutimiento y su pulverización. Y las exigencias enfrentadas de la coyuntura precisa en la que surgen explican que las mayores virtudes de cualquiera de las dos líneas de actuación de las políticas de la identidad sean a la vez sus mayores defectos, que sus grandes aciertos sean a un tiempo sus más graves inconvenientes, y que la corrección política que a ellas se asocia se preste a una lectura ambigua y paradójica.

Por una parte, las políticas de la identidad acometen la exploración del estatuto ontológico y de los atributos de lo Otro, hasta ahora definidos por efecto y por defecto de lo Mismo, del patrón dominante. Las mujeres, los individuos de (determinado) color o los homosexuales —por poner sólo unos ejemplos— al tratar de hacer valer su identidad diferencial se descubren encorsetados en un molde que les ha sido impuesto. Dado que históricamente han estado privados de la palabra y del poder de definir (y definirse), las categorías con que se identifican, las expectativas culturales construidas en torno a ellas, y el léxico y la gramática que las codifican revelan ser diseños ajenos, compuestos por otros, confeccionados según un punto de vista exterior, y a medida de unos gustos e intereses extraños, cuando no enfrentados a los de tales grupos. En otras palabras, frente al Sujeto autónomo que habla y designa, la diferencia ha ocupado el lugar del Objeto hablado y designado. De hecho, si lo Mismo, lo hegemónico, es un *topos* de indefinición radical o, a la inversa, de obviedad incuestionada, lo Otro, lo diferente, es un *locus* sobre el que han proliferado los discursos que lo clasifican, lo analizan, lo definen, lo diseccionan y lo inventarian con el objetivo más que probable (o en todo caso con el resultado) de sistematizarlo, simplificarlo, a reducirlo a lo esencial y, de paso, controlarlo, maniatarlo. Y es que en el fondo la diferencia se teme, da miedo. La “sobredeterminación” que arrastra —el exceso de especificación, la sobrecarga de propiedades, la superabundante generación en torno suyo de asociaciones, de estereotipos, de expectativas, de tópicos— es la estratagema de lo dominante (que encuentra en la infracualificación su mayor baza) para mantener a raya y dentro de unos límites, los límites del margen, el potencial subversivo y desestabilizador de lo alternativo.

Con las políticas de la identidad se trata de iniciar el tránsito desde la posición del Objeto a la del Sujeto, de hablar como mujer, discapacitado o integrante de un colectivo racial(izado). Ahora bien, para evitar seguir reproduciendo la lógica de la dominación, se precisa desbaratar las categorías modeladas por lo hegemónico, hurtarse a sus definiciones, sustraerse al discurso que codifica su subordinación y a su lógica binaria. Así, a través de una labor (autor)reflexiva y desestabilizadora en el terreno

simbólico —especialmente notable, como veremos en el capítulo siguiente, en el ámbito del lenguaje—, el post-estructuralismo y la deconstrucción instan a dismantlar los significados (y de paso la insignificancia) convencionalizados de la diferencia y, aún más, a poner en duda que tenga un significado último, esencial. En este sentido, ponen en marcha un verdadero programa de liberación al negar la vinculación de la diferencia con una identidad predeterminada, al desposeerla de toda inmanencia, de toda substancialidad metafísica, de cualquier atributo fundamental —argucias, en su opinión, de proyectos falsamente universalistas que tradicionalmente han justificado la exclusión y el control social. Baste pensar, por ejemplo, en que asimilar como se ha hecho durante siglos la “mujer” a la maternidad, al mundo de los sentimientos y la interioridad, a la intuición y la emotividad o a otros atributos supuestamente definitorios recogidos en el baúl de un abstracto *eterno femenino* ha redundado (y redundará) en la exclusión del concepto de “mujer” de muchas “mujeres” en particular, de suerte que un carácter indómito, rudo, emprendedor o una falta de “instinto” maternal no se considera propio de la mujer genuina, ni —por hacer un juego de palabras— genuina la mujer que despliega tal particularidad. Frente a esto, llega a sugerir Derrida en *Espolones* (el libro que dedica a la mujer) a modo de apunte para la subversión y la liberación que la mujer es una ficción y, en el fondo, no es: es la no-figura, la no-identidad<sup>258</sup>. Efectivamente, el post-estructuralismo y la deconstrucción informan a las políticas de la identidad de que, en un proyecto verdaderamente emancipador, la alteridad debe entenderse, en último extremo, como indeterminada, irreductible, plural. Joan Wallach Scott, en este sentido, insta a pensar que la diferencia no es una condición determinada ni otorga una identidad prefijada y trascendental; más bien remite a una relación socialmente construida y es, por tanto, negociable, contextual<sup>259</sup>. Por su parte Bernard R. Boxill, al hilo de sus explicaciones sobre la identidad cultural de los afroamericanos, rechaza que la “autenticidad” de estos individuos resida únicamente en plegarse a lo que se ha dado

---

<sup>258</sup> Cf. Jacques Derrida, *Espolones. Los estilos de Nietzsche*, Valencia, Pre-Textos, [1981] 1997, pág. 34. Trad.: Manuel Arranz Lázaro.

<sup>259</sup> Joan Wallach Scott, “The Campaign Against Political Correctness. What’s Really at Stake”, pág. 36.

en llamar “the Negro mission” y niega la legitimidad de hablar de una (única) cultura negra, para resaltar la libertad del individuo de color de elegir su opción cultural<sup>260</sup>. En fin, si estas conclusiones constituyen un adelanto teórico incalculable al inaugurar para los movimientos sociales de liberación unas vías con las que sortear los peligros que, como ha puesto de manifiesto el proyecto universalista de la Modernidad, plantean las nociones reduccionistas y/o totalizadoras, lo cierto es que —en todo momento, pero con más razón en la situación de urgencia que se daba en la Norteamérica de los años ochenta— resultan poco productivas, cuando no contraproducentes, a la hora de luchar institucionalmente contra las situaciones de desprotección u opresión reales que sufren ciertos sujetos en virtud de su carácter diferencial. Por lo pronto, complican la reivindicación. Desde la perspectiva de género se preguntaba en 1988 Linda Alcoff, por ejemplo, cómo fundamentar una acción política feminista sobre una categoría que, aun teóricamente, se antoja ficticia y en último extremo inexistente; en concreto, cómo impugnar el sexismo o reclamar permisos de maternidad cuando lo “femenino” es sólo un constructo que urge desmantelar<sup>261</sup>.

Precisamente en el plano de la reivindicación triunfa la orientación más difundida de las políticas de la diferencia, la que se encarga de hacer valer la identidad colectiva de determinadas comunidades oprimidas y, desde la lógica de la pluralidad, se compromete con su (re)valorización. Frente al patrón unitario que idealizan las dinámicas culturales uniformadoras y a la vista de la heterogeneidad constitutiva de la sociedad, se trata de insistir en que hay múltiples formas, y no necesariamente menos válidas y positivas, de realizarse como ser humano, y en que la diferencia, lejos de ser una patología que precise corregirse o neutralizarse para conseguir un cierto reconocimiento social, es una fuente de enriquecimiento, aparte de una característica consustancial a la “humanidad”, a una condición humana en la que no pueden

---

<sup>260</sup> Cf. Bernard R. Boxill, “Separation or Assimilation?” [1992], en John Arthur y Amy Shapiro (eds.), *op. cit.*, pág. 246.

<sup>261</sup> Linda Alcoff, “Cultural Feminism *versus* Post-Structuralism: The Identity Crisis in Feminist Theory”, *Signs*, vol. 13, n.º. 3, 1988, págs. 405-436.

establecerse grados. “We are not carbon copies of one another, but are all human”, dice Martin Duberman<sup>262</sup>. En este sentido, sería la diferencia la que aunaría a la humanidad. O, a la inversa, en palabras de Audre Lorde, no son las diferencias las que nos desunen, sino nuestro rechazo a reconocerlas, a nombrarlas<sup>263</sup>. Nos recuerda Lorde que todos somos diferentes, aunque hasta la fecha sólo los oprimidos y los excluidos hayan sido marcado como tales. Se trata ahora, sugiere Iris Marion Young, de que los grupos sojuzgados traten de conseguir el poder que les permita también a ellos nombrar la diferencia (de otros, incluido lo supuestamente neutral) y definir su propia diferencia (“the group by the group, as creation and construction”)<sup>264</sup>. En este sentido, comenta Ohmann, “[f]rom identity politics has sprung a particular kind of multiculturalism and the drive toward political correctness, which may be best understood as the effort [...] to respect each politically constructed identity, culture, and lifestyle *on its own terms*”<sup>265</sup>.

Naturalmente, cuando cambia la vara de medir, cambia la evaluación. Es más, si la experiencia de la mujer se juzga con sus criterios y lo mismo ocurre con la del individuo racial, el enfermo o el homosexual en un momento en que corporativamente se siente la urgencia de subsanar una histórica infravaloración, el resultado, a todas luces, es una cotización al alza de sus atributos y manifestaciones, un aviso sobre lo aconsejable de preservar tal especificidad. En el contexto norteamericano que estudiamos, ése es el gran acierto de las políticas de la diferencia que, frente a un primer feminismo, por ejemplo, que apremiaba a las mujeres a conseguir la igualdad copiando los modos y las metas masculinos, instan a no renunciar a la feminidad; que insisten en desligar el éxito del inmigrante de la inmersión completa en su nuevo destino y del abandono total de su cultura original; que contrarrestan la inercia normalizadora de una maquinaria programada con un solo patrón de identidad. Sin embargo, lo que representa

---

<sup>262</sup> Martin Duberman [1991], “Gay and Lesbian Studies for Everyone”, en Patricia Aufderheide (ed.), *op. cit.*, pág. 157.

<sup>263</sup> Audre Lorde, *art. cit.*, pág. 192.

<sup>264</sup> Iris Marion Young, *art. cit.*, pág. 210.

<sup>265</sup> Richard Ohmann, *art. cit.*, pág. 17. La cursiva es nuestra.



la clave de su éxito momentáneo, mirado a la larga, no parece ser tan prometedor. No en vano, en primer lugar, los atributos y habilidades que en esta faceta de las políticas de la identidad se resaltan no son sino los desarrollados en estados de dominación. En segundo lugar, se basa la reivindicación sobre las mismas nociones esencialistas que las que están en la base de la subordinación histórica de los grupos que las promueven, trasladándose así dentro del grupo los mecanismos de hegemonía y dominio. En tercer lugar, si se entiende que ser “mujer”, ser “negro” o ser “gay” remite de nuevo a una (aun reformada) identidad fundamental, pierde importancia cualquier otra variable de la identidad personal. Y, por último, si bien con la reivindicación de que se deje en manos del grupo la gestión del grupo mismo se pretende alimentar la autorreflexión y la liberación identitaria frente a un pasado de opresión, falseado y desvirtuado, se abre asimismo la puerta a la posibilidad de la cerrazón y del particularismo, de la glorificación unilateral de una experiencia cultural privativa; en definitiva, a un etnocentrismo —invertido, pero etnocentrismo a fin de cuentas.

En fin, por lo expuesto, parece no haber duda de que, durante el traslado a la esfera social de la filosofía liberal y liberadora que, como hemos visto a lo largo de estas páginas, se viene cocinando a fuego lento desde la década de los sesenta en los fogones de los sectores más insurrectos de la comunidad intelectual norteamericana, se engorda notablemente la ya abultada ristra de asociaciones que teje en el ámbito universitario la corrección política, e incluso se hincha de unas contradicciones, dobles sentidos, ambigüedades, indeterminaciones y equívocos que, nos atreveríamos a decir, harían las delicias de un lector deconstructivista. Paradojas de la vida, no han sido precisamente los seguidores de Derrida quienes más se han recreado en la lectura, relectura, interpretación, reinterpretación, crítica y reescritura de ese discurso desdibujado cuyas manifestaciones más significativas nos hemos propuesto rescatar, pico y pala en mano, arqueológica y genealógicamente. Antes bien, como comprobaremos en el tercer capítulo, han sido fundamentalmente los detractores del teórico por excelencia de la deconstrucción quienes más lejos y con más regocijo han

llevado las posibilidades interpretativas de lo que aquí hemos expuesto como una epistemología alternativa. Una epistemología alternativa por esbozar una crítica contra el universalismo típicamente ilustrado y circunstancialmente transfigurado en un proyecto educativo asimilista y homogeneizador; por exigir una revisión de la función y la imagen de la institución académica y de la figura y las atribuciones del intelectual; por propiciar la irrupción de las exigencias del multiculturalismo y, en consonancia, una revisión de los planes de estudio, de las disciplinas (la historia, las artes, la literatura) y de sus conceptos centrales (el canon, la obra, la crítica, el sentido); por dosificar un cierto relativismo como antídoto contra el etnocentrismo; por favorecer la inclusión y frenar la desigualdad en el entorno pedagógico, en la esfera social, en el sistema democrático, en la construcción de la diferencia y de la subjetividad, en el terreno político y en el simbólico, y especialmente, como veremos a continuación, en el ámbito del lenguaje, donde germina una nueva sensibilidad que, como de ello se informa asimismo en nuestro país, también conjura la etiqueta de lo políticamente correcto.

**3. EL LENGUAJE POLÍTICAMENTE CORRECTO  
COMO MEDIO Y OBJETO DE LA  
TRADUCCIÓN Y LAS REESCRITURAS**

De hacer caso a las mismas crónicas que, según explicábamos en las primeras páginas del capítulo anterior, nos habían animado a emprender una aventura en principio cuasiheroica en busca de los orígenes de la corrección política, y de olvidar momentáneamente la llamada a la moderación o a la desconfianza que nos hacía Michel Foucault, no nos faltarían razones para que nos invadieran las ansias de reembarcarnos en otra gesta mítica, en pos de otro origen, pues no son pocos quienes en nuestra tierra presentan lo políticamente correcto como un nuevo lenguaje, un idioma de creación reciente que se extiende por Norteamérica a una velocidad vertiginosa hasta el extremo de restar terreno al inglés convencional. En los documentos que, como veremos con más detalle en el siguiente capítulo, reseñan —y, según postulamos, conjuntamente traducen— en nuestro país desde principios de los noventa el fenómeno norteamericano de lo políticamente correcto, no falta incluso quien al referir el asunto da por materializada la situación que proféticamente relatara George Orwell en su obra de ficción *1984*: efectivamente, según las primeras fuentes que informaron de la cuestión en España, una especie de “Newspeak”, una Novolengua con léxico y gramática propios creada por una conjura de intelectuales radicales, feministas y miembros de diversas minorías étnicas y culturales, amenazaría en Estados Unidos con sustituir al “Oldspeak”, la Protolengua existente, condenada al ostracismo bajo la acusación de perpetrar las más burdas omisiones y las más brutales opresiones, de someter a gran parte de sus hablantes a un trato inhumano y a una condición de inferioridad, de perpetuar la injusticia y fomentar la desigualdad social.

E informan también estas crónicas de que, como todo idioma que en nuestros tiempos se precie de ello, la nueva sintaxis de la igualdad que cunde en Norteamérica dispone ya de sus obras de referencia, sus manuales de uso y sus diccionarios, así como de glosarios bilingües para el par de lenguas *inglés estándar* (es decir, sexista, clasista, racista, eurocéntrico, heterocéntrico y antropocéntrico, cuando menos) — *lenguaje verdaderamente neutro*, por no hablar de los programas informáticos ya a la venta que

permiten, según asegura Gianni Riotta<sup>1</sup>, instalar en el PC de siempre, el ordenador personal, la opción que garantiza una total cobertura en lo PC de ahora, lo políticamente correcto, y que, al estilo de los correctores lingüísticos que incorporan habitualmente los procesadores de texto, señalan al estadounidense de a pie las desviaciones de la norma PC en las que incurre y los errores (léase discriminaciones) que comete. A juzgar por los primeros datos difundidos en España sobre la naturaleza y el alcance de lo políticamente correcto en Norteamérica, podría efectivamente pensarse que se trata de una lengua en toda regla, lo cual por otra parte —no hay mal que por bien no venga— justificaría nuestro trabajo ante quienes opinan que hablar de traducción (y nosotros hablamos de traducción) significa hablar de traducción entre dos lenguas<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Gianni Riotta, “Political Correct”, *Claves de Razón Práctica*, n.º. 21, abril 1992, pág. 23. Trad.: José Manuel Revuelta.

<sup>2</sup> En los últimos tiempos, como se sabe, arrecian desde múltiples bandos las críticas contra lo que parecería que es el postulado básico de la traducción. Por una parte, provienen de quienes adoptan una acepción de “traducción” más amplia que la convencional e interpretan, al estilo de George Steiner u Octavio Paz, que “translation is formally and pragmatically implicit in every act of communication” (*After Babel*, pág. xii) o que “todo es traducción”, sin que sea esencialmente distinta, sugiere ilustrativamente Paz, la operación entre dos lenguas de la que ocurre cuando un niño pregunta a su madre por el significado de una palabra, es decir, por una traducción del término que no entiende a su lenguaje (*Traducción, literatura y literalidad*, Barcelona, Tusquets, 1971, págs. 7 y 12). Aprender a hablar, dice Paz, es aprender a traducir (pág. 7); traducción es todo acto hermenéutico, insinúa Steiner (pág. 29) —una idea que se relaciona asimismo con el concepto de “traducción cultural” manejado en la antropología (Cf. Talal Asad, “The Concept of Cultural Translation in British Social Anthropology”, en James Clifford y George E. Marcus [eds.], *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press, 1986, págs. 141-164). Una segunda línea de críticas sería aquella en la que inciden particularmente los estudiosos que se adscriben a las “teorías interculturales de la traducción” a las que nos hemos referido en el primer capítulo, quienes, por decirlo resumidamente, impugnarían que la traducción se relacione (únicamente) con una actividad lingüística: desde su punto de vista, la traducción no es una operación entre *lenguas*, sino fundamentalmente entre *culturas*. Por último, un tercer grupo de objeciones se centraría más bien en la noción unitaria de lengua que subyace a la afirmación de que la traducción es una actividad entre *dos* lenguas; objeciones que comparten por igual autores adscritos al post-estructuralismo (Cf., por ejemplo, Antoine Berman, *art. cit*), a la desconstrucción (Cf. Jacques Derrida, “Des Tours de Babel”, en Joseph Graham [ed.], *Difference in Translation*, Ithaca, Cornell University Press, 1985, págs. 165-248, y “Roundtable on Translation”, en Christie McDonald [ed.], *The Ear of the Other. Otobiography, Transference, Translation. Texts and Discussions with Jacques Derrida*, Nueva York, Schocken, 1985, págs. 93-161. Trad.: Peggy Kamuf) o al post-colonialismo (Cf. Samia Mehrez, “Translation and the Postcolonial Experience: The Francophone North African Text”, en Lawrence Venuti [ed.], *Rethinking Translation: Discourse, Subjectivity, Ideology*, págs. 120-138, o Mary Snell-Hornby, “Released from the Grip of Empire: Lingua Franca as Target Culture?”, en Miguel Ángel Vega y Rafael Martín Gaitero [eds.], *La palabra vertida: Investigaciones en torno a la traducción. Actas de los VI Encuentros Complutenses en torno a la traducción*, Madrid, Editorial Complutense/Ediciones del Orto, 1997, págs. 45-56). Sin ir más lejos, precisamente en las obras (literarias) poscoloniales queda

De todos modos, ya insistan los autores de nuestras crónicas en que se trata de una lengua autónoma ya lo tomen simplemente por una tendencia actual en el empleo del lenguaje, pensando quizás en quienes tienen difícil el acceso a las obras de referencia que codifican la norma PC que triunfa al otro lado del océano, se incluyen en ellas un buen adelanto de reglas y léxico con los que el lector español bien podría salir del paso en una Norteamérica lingüísticamente susceptible, lingüísticamente cambiada. En efecto, en diversos artículos y reportajes publicados sobre este tema en la prensa nacional y en revistas especializadas a principios de los noventa se recogen no sólo un número considerable de ejemplos de usos asociados a la corrección política sino también profusas explicaciones metalingüísticas sobre las razones que los aconsejan o los contextualizan<sup>3</sup>, que resultan especialmente útiles para el lector español, dicho sea de paso, en los casos en los que el funcionamiento de lo políticamente correcto se ilustra con neologismos, perífrasis, juegos de palabras o eufemismos citados en su forma original (¿inglesa?), con barbarismos integrados en los textos que diríamos redactados en castellano. Alecciona en un artículo periodístico Vicente Verdú, por ejemplo, que “[las feministas norteamericanas] han utilizado la palabra ‘*womyn*’ en lugar de ‘*women*’ para erradicar la mención de *men* (hombres), y han jugado con el cambio de *history* por *hertory* [sic]”<sup>4</sup>. Este y otros escritos parecen darnos pie para confirmar la opinión de José Lambert de que en los procesos de traducción (y, reiteramos, a nuestro entender estos documentos se involucran en un proceso de traducción, y en todo caso lo incorporan) la “no traducción” es una estrategia más frecuente de lo que podría

---

ejemplarmente de manifiesto que, como mantienen estos autores, lo que llamamos *una* lengua, lejos de ser un todo homogéneo o un almacén estanco, es un espacio híbrido (Bhabha), heteroglósico (Bajtín), polifónico (Kristeva) o polilingüístico (Berman), y la extendida idea sobre traducción que comentamos en este párrafo, por lo tanto, una ingenuidad tranquilizadora o a lo sumo un mito convencionalizado.

<sup>3</sup> Incluyen abundantes ejemplos y explicaciones de orden lingüístico, por ejemplo, los siguientes artículos publicados en *El País*: Soledad Gallego-Díaz, “Lo que se debe decir”, *El País (edición de Barcelona)*, 13 de marzo de 1993, págs. 2-3; Isabel Ferrer, “Lo ‘políticamente correcto’ llega a Europa”, *El País*, 18 de enero de 1994, pág. 26; Rosa Rivas, “La actitud PC”, *El País*, 18 de enero de 1994, pág. 26; Carmen Trejo, “La familia correcta”, *El País*, 18 de enero de 1994, pág. 26; Vicente Verdú, “El desorden políticamente correcto”, *El País (Domingo)*, 13 de noviembre de 1994, pág. 4 y “La etiqueta genuinamente americana”, *El País*, 19 de octubre de 1995, pág. 14.

<sup>4</sup> Vicente Verdú, “El desorden políticamente correcto”, pág. 4.

pensarse<sup>5</sup>; para corroborar la que mantiene Steiner en su *Errata*, donde postula que, si bien estamos acostumbrados a pensar las lenguas y las culturas como estados puros y la realidad con una conciencia monóglota, como la denomina, pudiera ser que las manifestaciones monolingüísticas y monoculturales no constituyan la norma sino la excepción histórica y cultural<sup>6</sup>; y en todo caso para hacer conjeturas sobre la actitud con que recibía nuestra cultura este discurso extranjero. Pues si, en lugar de extrapolar la lógica de la corrección política a nuestro universo del discurso y construir equivalencias con referentes culturales propios, prefieren trasvasar estas reescrituras los ejemplos arquetípicos de lo PC inalterados<sup>7</sup>, dejándolos sin traducir o quizá por intraducibles, no resulta descabellado suponer que tras esta decisión traductora se oculta una visión de lo políticamente correcto como un fenómeno “genuinamente americano” —como se intitulaba otro artículo de Verdú<sup>8</sup>—, cuando no “exclusivamente americano”; en otras palabras, cabe postular que, en esta primera etapa, el discurso de lo políticamente correcto se percibía verdaderamente “Otro”, extraño, lejano, ajeno. No en vano, intraducible significa en último extremo inapropiable. Y tal vez, si se permite el juego de palabras, “intraducido” equivalga a “inapropiado”. Casualmente, la práctica totalidad de esas primeras crónicas coincide en censurar lo políticamente correcto.

Sea como fuere, lo cierto es que en ellas se ofrece un abecé introductorio a lo políticamente correcto bastante completo, del que extraeremos algunas de las lecciones más reiteradas y que trataremos de completar con otros ejemplos parejos. Al parecer, se

---

<sup>5</sup> José Lambert, “History, Historiography and the Discipline. A Programme”, especialmente págs. 13 y 15.

<sup>6</sup> Cf. George Steiner, *Errata. El examen de una vida*, Barcelona, Siruela, 1998, pág. 107. Trad.: Catalina Martínez Muñoz.

<sup>7</sup> Inalterados, por supuesto, en su forma “física”. No obstante, la “no traducción”, la presentación en una coyuntura cultural y lingüística distinta de elementos en idéntica forma a la que presentan en su forma original, implica un cambio de percepción del nuevo lector. Theo Hermans, en “Norms and the Determination of Translation: A Theoretical Framework”, pág. 27, y Anthony Pym, en “The Relations between Translation and Material Text Transfer” (*Target*, vol. 4, n.º. 1, 1992, págs. 171-190) hablan de una “transformación de valor”.

<sup>8</sup> Cf. Vicente Verdú, “La etiqueta genuinamente americana”, pág. 14.

trata de eludir los referentes masculinos que en la amenazada Protolengua, en el inglés convencional, operan impunemente como genéricos (*he/his/him* o *man*, por ejemplo) y, si se apura, vetarlos de los términos que se convierten, lingüística o simbólicamente, en cómplices de su lógica discriminatoria o en sus derivados, en productos en cierto modo secundarios, para liberarlos después de su sesgo androcéntrico o resexualizarlos. Así, se usa sustituir el pronombre “universal” *he* por el ambigenérico *s/he*, los tratamientos de *chairman* o *spokesman* por los neutros *chair* y *spokesperson* o por sus femeninos *chairwoman* y *spokeswoman*. Es más, parece que, en algunos casos, conviene independizar a las mujeres de los varones a los que hasta ahora han estado supeditadas incluso tipográficamente. Y esto se conseguiría cambiando, por ejemplo, como sugería Vicente Verdú, los acostumbrados *woman* y *women* (aparentemente emanados de *man* y *men*, respectivamente<sup>9</sup>) por *wofem* y *wommin* o *womyn*, revisando la falocrática historia (*history*) desde una perspectiva de género por otra que tenga en cuenta las aportaciones y el punto de vista de las mujeres (*herstory*) o realzando su presencia en la institución académica mediante una feminización de la designación convencional (y patriarcal) de

---

<sup>9</sup> Matizamos con el adverbio “aparentemente” tratando de dar cuenta de un argumento que esgrimen con recurrencia los detractores de lo políticamente correcto para justificar su rechazo de tales engendros (o hallazgos, según se mire) lingüísticos. Según la explicación de Robert Hughes, entre otros, la denuncia de las feministas del machismo implícito en los vocablos *woman* y *women* por derivarse de *man* y *men* carecería de fundamento desde el punto de vista etimológico. Como explica en *La cultura de la queja*, originalmente *man* operaba meramente como sufijo neutro (*Culture of Complaint*, págs. 22-23 [págs. 32-33 de la versión española de Ramón de España publicada en 1994 por Anagrama], lo que, para los puristas, resta legitimidad a las propuestas de las feministas, que quedan invalidadas desde el momento en que se basan en un error de fondo e incluso, según se argumenta en numerosas ocasiones, en un profundo desconocimiento de “la realidad” del idioma. No se trata aquí de juzgar la validez de las tesis que aporta cada uno de los bandos, pero sí señalaremos que en cada caso priman unos criterios no sólo distintos, sino “incomensurables” (a lo Kuhn), incompatibles o incomparables entre sí. Mientras que quienes se refugian en el argumento expuesto por Hughes se preocupan prioritariamente por la corrección y el rigor filológico, los autores (fundamentalmente autoras) de estas construcciones lingüísticas entienden que el juego con el lenguaje es un medio para llamar la atención sobre acuciantes cuestiones sociales y, en consecuencia, privilegian su capacidad de evocación y concienciación o la creatividad frente a las reglas de una norma con la que, por otra parte, disienten. En este sentido, la opinión de la lingüista Deborah Cameron sobre la grafía alternativa propuesta por las feministas para los vocablos *woman* y *women*, e incluso para *history*, ofrece un punto de vista completamente diferente. Aunque coincide con Hughes en advertir al lector de que éstos no están etimológicamente emparentados con referencias masculinas, Cameron aprueba el violentamiento de la etimología, la reflexión y el uso lúdico que del lenguaje hacen las feministas con fines políticos (*Feminism & Linguistic Theory*, Londres, MacMillan Press, [1985] 1992, pág. 111).



sus cursos, con la que los hasta ahora *seminars* (seminarios) pasarían a denominarse *ovulars* (ovarios o feminarios).

Igualmente, se dice en estos breviaros de lo PC para hispanohablantes compendiados por la prensa nacional, hay que evitar categorizar a los individuos por su raza, su edad, su condición o su tamaño, rechazar en todo caso los términos peyorativos para referir estas particularidades y privilegiar, en lo posible, otros que destaquen su valor positivo. De este modo, no procedería hablar de negros, de disminuidos, de viejos, de gordos ni de bajos: según se colige de nuestras crónicas, en Estados Unidos *African-American* reemplazaría a *black*, *differently abled* a *disabled*, *chronologically gifted* a *old*, *differently sized* a *obese* y *vertically challenged* a *short*, por traer a colación los ejemplos más renombrados. En algunos momentos incluso se insinúa que la proscripción de los términos negativamente connotados no opera únicamente en los casos en los que con ellos se designa a personas. De lo cual se sigue que, al parecer, en Norteamérica se habría impuesto el cambio de vocabulario incluso cuando se trata de pedir un café solo (tradicionalmente *black coffee*) y de hablar de tipos de interés a corto plazo (*short-term interest rates*), de suerte que también, respectivamente, pasaría el primero a ser afroamericano y los segundos verticalmente desajustados. Tratando de disipar toda sombra de duda y de certificar la veracidad de lo detallado, suelen remitir a continuación los autores de estos improvisados glosarios de lo políticamente correcto destinados a los hispanohablantes a alguna de las fuentes donde se halla codificado, por lo general a la que se presenta como la obra oficial de referencia: *The Official Politically Correct Dictionary and Handbook*, recopilado por Henry Beard y Christopher Cerf.

No resulta descabellado decir que la mera invocación del vocablo “diccionario” conjura automáticamente en la mente del lector español una imagen estable, nítida y perfectamente delimitada, una representación mental de lo PC como un conjunto establecido y normalizado, como un todo unificado. Una vez más, el truco de prestidigitación ha funcionado: con un chasquido de dedos, la lengua (esta supuesta lengua) pasa a verse como un ente superior indiviso, compacto, cerrado, (autor)regulado

por una normativa particular pero sistemática, por un mecanismo generativo-transformacional propio pero regular, ordenado. Cobra lo PC ante el lector esa apariencia ficticia y soñada de abstracción unitaria que, según juzgaba Mijail Bajtin, suelen adquirir los idiomas en su proceso de idealización<sup>10</sup>, que en realidad es uno de institucionalización. Efectivamente, bajo el influjo de la visión tradicionalmente privilegiada sobre el lenguaje, las lenguas tienden a verse como entelequias predeterminadas y preexistentes al uso que de ellas hacen sus hablantes, sus súbditos; sus reglas y su gramática, como normas absolutas, ahistóricas y atemporales, genéticas, inscritas en ese ADN lingüístico que suele calificarse como el “genio de la lengua” y, por tanto, si no invariables (se admite que las lenguas cambian), sí inviolables (menos se tolera la idea de que son los hablantes quienes las cambian; de ahí las acusaciones de ilegitimidad que reciben las iniciativas reformadoras como, sin ir más lejos, lo políticamente correcto).

Sin embargo, hay quien, como Richard Rorty, insiste en que “los lenguajes son hechos, y no hallados”<sup>11</sup>. Y esta opinión justifica que, en lugar de detenernos en describir el funcionamiento de ese lenguaje que en la mente de los hispanohablantes ha cobrado una existencia autónoma, de lo políticamente correcto, dando implícitamente a entender, como las reescrituras que hemos estudiado, que se trata de un código firme, establecido, regulado por unas normas inherentes a ese sistema, prefijadas, eternas y universales —de hecho esto es lo contrario de lo que, en nuestra opinión, predica lo PC—, creamos más interesante investigar quién y cómo dicta esas normas, y sobre qué base epistemológica. Parece que procede, una vez más, embarcarnos en una aventura genealógica y arqueológica que, más que las claves lingüísticas de lo políticamente correcto, nos revele las fases del proceso de solidificación que ha seguido hasta cristalizar en diccionarios al estilo del de Beard y Cerf, y en escuetos compendios como los que ofrecen nuestras crónicas. Y es que, a la hora de analizar en el siguiente capítulo

---

<sup>10</sup> Cf. Mijail Bajtin, “From ‘Discourse in the Novel’. *The Dialogic Imagination*”, en Philip Rice y Patricia Waugh (eds.), *op. cit.*, pág. 198.

<sup>11</sup> Richard Rorty, *Contingencia, ironía y solidaridad*, pág. 27.

su traducción al español, no nos será tan útil saber cómo se dice en políticamente correcto como ser conscientes de quién lo dice (y por rizar el rizo de quién dice quién lo dice), en qué circunstancias, por qué razón y con qué miras. En primer lugar en tanto traductores, pues, si partimos de que la traducción es una práctica social, cultural y política, la pregunta más urgente que debemos hacernos, sugiere Venuti, pasa a ser: ¿por qué traduzco (lo políticamente correcto —e incluso por qué traduzco de forma políticamente correcta—) y cómo lo traduzco?<sup>12</sup> En segundo lugar, en tanto estudiosos de la traducción con aspiraciones de ascender a la categoría de observadores culturales, para lo cual habremos de superar el “examen” al que, se nos antoja, nos convoca Lefevere cuando, en el título de un artículo suyo, formula al aire la siguiente pregunta: “Translation: Who Is Doing What For/Against Whom And Why?”<sup>13</sup>

\* \* \*

Incluso en el que se toma por su diccionario “oficial”, previa limpieza de la carga paródica que (aunque evidente) ha solido pasar inadvertida en las crónicas que en nuestro país lo citan, lo políticamente correcto se encuentra asociado a un intento de corregir las profundas desigualdades inscritas en el lenguaje al uso, a una ola lingüística que se propone combatir y enmendar toda una serie de términos, actitudes y expresiones que, desde la óptica de una nueva sensibilidad atenta a las diferencias raciales, sexuales y sociales, han pasado a considerarse en la (ultrasusceptible, como la llaman Beard y Cerf) Norteamérica de los años noventa ofensivas para (y por) determinados grupos sociales<sup>14</sup>. La introducción a esta obra incita a imaginar tras esta etiqueta lingüística, en principio (más) respetuosa con lo minoritario, los rostros de feministas, de miembros de colectivos marginales y etnias desfavorecidas de la sociedad estadounidense y, en

---

<sup>12</sup> Lawrence Venuti, “Translation as a Social Practice: or, The Violence of Translation”, pág. 197.

<sup>13</sup> Cf. André Lefevere, “Translation: Who Is Doing What For/Against Whom and Why?”, en Marilyn Gaddis Rose (ed.), *Translation Horizons. Beyond the Boundaries of Translation Spectrum Translation Perspectives IX, 1996*, págs. 45-55.

<sup>14</sup> Cf. Henry Beard y Christopher Cerf, “Watch What You Say! (A Brief Guide to Using This Book)”, *The Official Politically Correct Dictionary and Handbook*, págs. xi-xiii.

general, de toda una intelectualidad vanguardista irónicamente denominada “reformista” —irónicamente porque, si en algo se esmeran los autores, es en destacar los temas “adyacentes” (entre los que mencionan la reivindicación sindical de salarios equitativos, la lucha contra el desempleo y la precariedad o la mejora del estado de la educación norteamericana) que supuestamente dejan de lado estos intelectuales para centrarse en luchar por la igualdad en el terreno de las palabras<sup>15</sup>. Y si es importante personalizar (genealógicamente) este grupo que se erige como oposición frente a los usos lingüísticos establecidos, prioritario resulta descubrir (arqueológicamente) la labor crítica en el ámbito en el que centran sus denuncias que necesariamente los precede y de la que se hacen eco. Necesariamente porque, por decirlo con una frase de Deborah Cameron, el análisis siempre es un preludio necesario a la resistencia<sup>16</sup>.

En este sentido, el desarrollo de la idea marxista de que el lenguaje es un instrumento al servicio del poder y, por tanto, un medio que oprime y aliena a quienes de él están privados corre paralelo al despegue de los movimientos de emancipación que han florecido en nuestro siglo. Sin ir más lejos, en la declaración misma con que se salda el acontecimiento que inaugura oficialmente el movimiento de liberación de la mujer en Norteamérica, la convención de Seneca Falls celebrada en 1848 (ligada también en sus inicios al movimiento abolicionista<sup>17</sup>), se incluye una protesta contra las restricciones impuestas en la época a la mujer a la hora de participar en el discurso público. El despertar del movimiento feminista en Gran Bretaña hace más de un siglo coincide, por otra parte, con las primeras críticas realizadas en el ámbito de la lengua inglesa contra la utilización de los pronombres personales masculinos en calidad de

---

<sup>15</sup> Cf. *Ibid.*, pág. xiii.

<sup>16</sup> Deborah Cameron, *Feminism & Linguistic Theory*, pág. 104.

<sup>17</sup> De hecho, uno de los mentores de esta celebración fue Frederick Douglas, un líder de la lucha contra la esclavitud.

genéricos<sup>18</sup>. Esto indica claramente, en contra de lo que parece desprenderse del irónico comentario de Beard y Cerf al que nos referíamos, que para los movimientos de liberación de nuestros tiempos el lenguaje no constituye una cuestión trivial o un lujo prescindible, sino un bártulo esencial en el camino hacia la emancipación. No en vano, los grupos que luchan por la igualdad comienzan a finales del siglo pasado a tener conciencia de que en el lenguaje está en juego el reconocimiento de su plena condición humana, su integridad, pues, como afirma Pierre Bordieu, “[l]os dominantes existen siempre, mientras que los dominados no existen más que si se movilizan o se dotan de instrumentos de representación”<sup>19</sup>, en el doble sentido de representación política y simbólica. Para ser (algo), uno ha de hacerse llamar como tal. Y esta reflexión explica que en los movimientos de liberación se haya observado en nuestro siglo, si se quiere, un “giro lingüístico” semejante al acaecido en el ámbito general de la epistemología y el conocimiento<sup>20</sup>.

Efectivamente, el “giro lingüístico” hace referencia a un cambio de actitud frente al lenguaje perceptible en nuestro siglo en todas las ramas del saber y en la esfera del pensamiento. Si tradicionalmente las disciplinas han desdeñado e incluso ignorado lo que por lo general han entendido como un mero vehículo de expresión, un medio (transparente, cristalino) de comunicación de un significado o una realidad empírica supuestamente independientes de su manifestación lingüística, preexistentes a las palabras con las que se comunica, en el último siglo la filosofía (y concretamente la filosofía del lenguaje y de la ciencia) ha descubierto el lenguaje y lo ha erigido en su

---

<sup>18</sup> Las primeras quejas célebres en este sentido se atribuyen al filósofo John Stuart Mill, uno de los grandes impulsores del movimiento feminista en Gran Bretaña. Los reproches ilustres contra el androcentrismo de la lengua castellana hubieron de esperar algún tiempo más: en 1928, lamentaba Jorge Luis Borges en “Indagación de la palabra” la escala de valores que inferioriza el género femenino en nuestra lengua, entre otras (*El idioma de los argentinos*, Madrid, Alianza, 1998, pág. 14).

<sup>19</sup> Pierre Bordieu, *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, [1987] 1996, pág. 159. Trad.: Margarita Mizraji.

<sup>20</sup> Cf. Richard Rorty, *El giro lingüístico*, Barcelona, Paidós, [1967], 1990. Trad.: Gabriel Bello. Véase especialmente la extraordinaria introducción a esta edición castellana realizada por el traductor (“Richard Rorty en la encrucijada de la filosofía post-analítica: entre pragmatismo y hermenéutica”, págs. 9-44).

máxima preocupación, hasta el punto de derrocar las Ideas y el Conocimiento del trono filosófico. No en vano, se entiende que el lenguaje no sólo garantiza la transmisibilidad de lo que sabemos sobre el mundo, sino que es la razón misma de su existencia, su condición de posibilidad, una premisa epistemológica. A partir del giro lingüístico, la filosofía ha dejado de hacerse la tradicional pregunta —“¿qué es el conocimiento?”— para plantearse primero qué queremos decir cuando afirmamos que sabemos algo, o en qué condiciones estamos legitimados para afirmar que lo sabemos<sup>21</sup>. A la par, en la lucha que libran los diferentes movimientos emancipadores, el lenguaje ha dejado de ser considerado un mero instrumento de comunicación del que se sirven los que tratan de obtener un reconocimiento para pasar a verse como el medio por el que éstos afirman su identidad y se constituyen como sujetos; una premisa ontológica, en definitiva. De esta manera, a partir de ese giro lingüístico que, según postulamos, se ha producido en los movimientos emancipadores ya no es posible limitarse a luchar, por ejemplo, por la liberación de la mujer, sino que es necesario preguntarse en primera instancia qué significa (ser) “mujer”, y a partir de ahí deducir (y quizá cuestionar, como viene haciendo la crítica feminista desarrollada en culturas no occidentales y en contextos poscoloniales) qué tipo de “mujer” se reclama y, más aún, cuáles se excluyen, se arrinconan, se rechazan con la respuesta. Los movimientos emancipadores de signo post-estructuralista, como las últimas corrientes de filosofía del lenguaje, se han dado cuenta no sólo de que el lenguaje es constitutivo de las subjetividades que son objeto de su reclamación, como lo es en general del saber y el pensamiento, sino también, y en consonancia, de que las categorías lingüísticas por las que se constituyen tanto los objetos como los sujetos de conocimiento, lejos de remitir a significados (o realidades) estables y perfectamente definidos, están histórica y culturalmente definidos e ideológicamente marcados; se han percatado, como sostiene en su paradigmática obra Judith Butler con respecto al género, de que, lejos de corresponderse con un significado

---

<sup>21</sup> Cf. Juan José Acero, Eduardo Bustos, Daniel Quesada, *Introducción a la filosofía del lenguaje*, Madrid, Cátedra, 1996 (4ª edición), pág. 16; M. Carmen África Vidal Claramonte, “En el principio fue el Verbo; en el fin, el lenguaje”, *El futuro de la traducción*, pág. 11.

único, universal, atemporal y estable, las identidades sociales no son sino problemáticas fabricaciones culturales<sup>22</sup>.

En términos teóricos, esto significaría que tanto la filosofía como las causas de emancipación que se relacionan con lo políticamente correcto han dado un paso, por utilizar la clasificación binaria en que agrupa Venuti las principales teorías lingüísticas que citábamos en el primer capítulo, de la tradicional visión *instrumental* del lenguaje (como medio de comunicación o transmisión de una realidad exterior o un sentido trascendental) a otra *hermenéutica* tal y como la actualizan las corrientes teóricas de signo post-estructuralista, en la que el lenguaje no sólo representaría sino que también interpretaría la realidad y el pensamiento, al verse éstos moldeados por unos significados reactualizados en cada circunstancia histórica y cultural<sup>23</sup>. Más concretamente, si se prefiere pensarlo según la imaginería que propone Jonathan Potter, ambos habrían avanzado desde la habitual conceptualización del lenguaje como ese *espejo de la naturaleza* descrito por Rorty<sup>24</sup> hasta otra en la que el lenguaje se configura como un *taller de construcción*, en el que se trabaja porque se sabe que “[e]l mundo no está categorizado de antemano por Dios o por la Naturaleza de una manera que todos nos vemos obligados a aceptar. Se constituye de una u otra manera a medida que las personas hablan, escriben y discuten sobre él.”<sup>25</sup>

---

<sup>22</sup> Cf. Judith Butler, *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, Londres y Nueva York, Routledge, 1990. Para la relación del lenguaje y la identidad que comentábamos en las líneas anteriores, véase especialmente el epígrafe titulado “Language, Power, and the Strategies of Displacement” (págs. 25-34), y el revelador párrafo que lo precede, que citamos a continuación: “There is no gender identity behind the expressions of gender; that identity is performatively constituted by the very ‘expressions’ that are said to be its results” (pág. 25). Dicho sea de paso, Theo Hermans parte de esta noción de performatividad con que Butler conceptúa la noción de identidad para explicar cómo constituye su identidad la traducción (*Translation in Systems. Descriptive and System-oriented Approaches Explained*, págs. 158-161).

<sup>23</sup> Cf. Lawrence Venuti, “Introduction” a *The Translation Studies Reader*, págs. 6 y 7.

<sup>24</sup> Cf. Richard Rorty, *Philosophy and the Mirror of Nature*, Princeton, Princeton University Press, 1980.

<sup>25</sup> Cf. Jonathan Potter, *La representación de la realidad. Discurso, retórica y construcción social*, Barcelona, Paidós, 1998, pág. 130. Trad.: Genís Sánchez Barberán. Véase asimismo Pierre Bordieu, *Cosas dichas*, pág. 140.

\* \* \*

En cierta manera, ya a finales de los setenta osaron denunciar Casey Miller y Kate Swift que el inglés convencionalmente utilizado por las personas precisamente para hablar, escribir y discutir sobre el mundo “obscures the actions, the contributions and sometimes even the very presence of women”<sup>26</sup>. Es más, las pioneras en la censura sistemática del sexismo en el lenguaje y, por ende, en la denuncia metódica de la complicidad del lenguaje con la visión del mundo de los grupos o clases dominantes que se relaciona con lo políticamente correcto —no olvidemos que la crítica feminista es la primera y quizá principal fuente de la que se surte la corrección política— no sólo se esforzaron por demostrar el hecho de que, salvo en limitadísimos campos semánticos, “la lengua inglesa lo define todo en masculino”<sup>27</sup>, sino que también sugirieron enmiendas a las formas convencionalizadas de expresión con que liberarlas de sus atávicos prejuicios misóginos y de su tradicional sesgo androcéntrico, y de esta forma adaptarlas al compás de los tiempos. Suya es, por ejemplo, la propuesta de desdoblar el pronombre de tercera persona singular supuestamente genérico (y formalmente masculino) en un binomio disyuntivo o yuxtapuesto (*he or she*, o *s/he*) o de pluralizarlo (*they*). En la misma línea se encuentra su consejo de renunciar a sustantivos reminiscentes exclusivamente de lo masculino pero empleados metonímicamente en calidad de genéricos, del tipo de *mankind*, *craftsman*, *forefathers* o *firemen*, a favor de otros omnicomprendivos o ambigenéricos, como pueden ser, respectivamente, *humanity*, *artisan*, *ancestors* o *firefighters*. Con una intervención centrada en el terreno del léxico y la gramática que, dicho sea de paso, goza hoy en día de una aceptación considerable en los contextos oficiales e institucionales y, en general, en los registros formales en lengua inglesa, se proponían Miller y Swift por entonces procurar la incorporación de la mujer al discurso emulando su ingreso en la vida social y laboral; es más, corregir la

---

<sup>26</sup> Casey Miller y Kate Swift, *Words and Women: New Language in New Times*, Londres, Penguin, 1976, pág. 8.

<sup>27</sup> Cf. Lawrence van Gelder, “Casey Miller, pionera del lenguaje no sexista”, *El País*, 11 de enero de 1997, pág. 31.



que a su estela ha dado en llamarse en círculos feministas la *he/man language* —un vehículo de expresión a su entender en absoluto adecuado a la realidad, y por tanto tendencioso, imperfecto y tergiversado— hasta conseguir hacer del idioma un medio verdaderamente *objetivo, desinteresado, aséptico, imparcial*.

En este punto se impone una matización, pues, si bien es cierto que lo políticamente correcto sigue los pasos de la labor lingüística que iniciaron Miller y Swift en su didáctica y renombrada obra de referencia *The Handbook of Nonsexist Writing*<sup>28</sup>, más dudas nos suscita adscribirle a la corrección política el propósito que perseguían estas autoras y la visión del lenguaje en la que se sustenta. En efecto, la razón principal que argüían Miller y Swift como justificación de la necesidad de subsanar el sexismo que, según su diagnóstico, destila(ba) el inglés al uso estibaría en que, a su modo de ver, la lengua que sufre sus efectos no ofrece sino una imagen distorsionada de la realidad, incurre en un error de percepción y en último término falta a la verdad. Es como enseñar a un niño que la tierra es plana, explicaban alegóricamente<sup>29</sup>. De ahí la necesidad, en su opinión, de utilizar una lengua inclusiva y de purgar la existente de todo prejuicio: su labor en último extremo se propone facultarla para ser capaz de reflejar fielmente la realidad y de transmitir con precisión, como anhelan explícitamente en las líneas anteriores a las que consignan la metáfora citada, la información factual. Ni que decir tiene, sus palabras (y sus intenciones) reviven lo que Deborah Cameron denomina el *mito del lenguaje neutral*<sup>30</sup>, la ruta del viaje —si atendemos a Umberto Eco o a José Hierro— *a la busca del lenguaje perfecto*<sup>31</sup>; un mito y una ruta, por otra parte (y por seguir estableciendo

---

<sup>28</sup> Cf. Casey Miller y Kate Swift, *The Handbook of Nonsexist Writing*, Londres, Women's Press, 1980.

<sup>29</sup> Casey Miller y Kate Swift, *Words and Women: New Language in New Times*, pág. 8.

<sup>30</sup> Cf. Deborah Cameron, *Feminism & Linguistic Theory*, págs. 117-124.

<sup>31</sup> Cf. Umberto Eco, *La búsqueda de la lengua perfecta*, Barcelona, Altaya, [1993] 1999. Trad.: María Pons; José Hierro S. Pescador, "A la búsqueda del lenguaje perfecto", *Principios de filosofía del lenguaje*, Madrid, Alianza, [1986] 1994, págs. 173-267.

correspondencias con tendencias registradas en el ámbito general del conocimiento), venerados precisamente por el movimiento que preludia ese “giro lingüístico” acaecido, como constatábamos, en el terreno de la epistemología: la filosofía analítica.

Efectivamente, a partir de la creencia de que los errores de la filosofía tradicional provienen del escaso conocimiento sobre el funcionamiento del lenguaje y, por ende, de su mala utilización, los filósofos analíticos se proponían escudriñar y, en último extremo, perfeccionarlo hasta capacitarlo para transmitir infaliblemente el sentido y la verdad filosóficos, en los que seguían creyendo<sup>32</sup>. En efecto, el proyecto acometido tanto por los primeros “filósofos del lenguaje” como por las iniciadoras de las propuestas lingüísticas en pro de un lenguaje no sexista es de corte universalista y humanista, y se ancla aún en un paradigma metafísico, al dar por sentado que existe una realidad o un significado estable que (no) se puede comunicar. Por explicarlo en términos traductológicos, el ideal de los filósofos analíticos y de las primeras reformistas se dibuja como una perfecta (y por tanto casi siempre imposible) equivalencia entre las palabras y las cosas, el sentido y la realidad. Al fin y a la postre, ambos siguen apegados a una visión *instrumental* o *referencial*<sup>33</sup> del lenguaje, en tanto su objetivo soñado se cifra en equiparlo para que logre por fin reflejar unívoca e inequívocamente la realidad. En esto, creemos, difiere del ideario de esa corrección política que se incubaba, como veíamos en el segundo capítulo, en las aulas de las universidades norteamericanas. Lo políticamente correcto, en principio, no busca *el* modo certero de referir esa realidad y de referirse con absoluto rigor y total exactitud a quienes la pueblan, sino *otros* modos alternativos a los acostumbrados, ciertamente más corteses y respetuosos con las diferencias sociales que los existentes pero, precisamente por ello, igualmente marcados, partisanos.

---

<sup>32</sup> Cf. J.J. Acero Fernández, “¿Qué ha sido de la filosofía analítica?, *Filosofía y análisis del lenguaje*, Madrid, Ediciones Pedagógicas, 1994, págs. 17-28. Véase asimismo Vicente Muñiz Rodríguez, *Introducción a la filosofía del lenguaje. Problemas ontológicos*, Barcelona, Anthropos, 1989, especialmente págs. 112 y ss.

<sup>33</sup> Cf. la clasificación de Vicente Muñiz Rodríguez, *Introducción a la filosofía del lenguaje II. Cuestiones semánticas*, Barcelona, Anthropos, 1992, especialmente pág. 37.

En este sentido, dice en un excelente artículo Deborah Cameron que lo políticamente correcto ha logrado politizar todos los términos, que ha imposibilitado la opción de hablar sin que las palabras utilizadas se revelen encubridoras de un punto de vista particular, de una posición ideológica determinada, de un ideario social concreto.<sup>34</sup> En nuestra opinión, efectivamente, el mayor éxito de lo políticamente correcto no radica en ampliar la oferta de términos que pueden elegir los hablantes, sino en haber logrado poner de manifiesto que en todo momento *están eligiendo*, y que *pronunciar* unas palabras, y no otras, implica a su vez *pronunciarse*. Así, por ilustrarlo con un ejemplo que hace honor a la por otra parte valiosísima aportación de Miller y Swift, por más que las gramáticas (tradicionalistas) siguen empeñadas en calificar *man* o *mankind* de genéricos con los que referirse a cualquier ser humano o a toda la humanidad, hoy por hoy el uso de esta opción *supuestamente* neutra en el discurso público conjura una actitud lingüística (y política) purista, conservadora, numantina incluso; dependiendo de la circunstancia puede tomarse bien por retrógrada, bien por ofensiva y desconsiderada. Por las mismas razones, el empleo de dobles o de fórmulas omnicomprensivas puede descubrir el progresismo del orador o traslucir los miedos de faltar a una etiqueta social que, para bien o para mal, ha pasado a ser en ciertos campos tácitamente normativa, cuando no reflejar una actitud irónica sobre una cuestión candente de la que en todo caso dicho orador demuestra estar al tanto. Sea como fuere, éste y otros ejemplos ponen de relieve, en la práctica, lo que desde hace tiempo viene manteniéndose teóricamente en el paradigma en el que se sitúan los académicos inicialmente relacionados con la corrección política: a saber, que no existe ningún lugar *a salvo de* las relaciones de poder, ni una burbuja *fuera de* la ideología, ni un refugio para la inocencia. *Parler n'est jamais neutre*, sostenía, como ya veíamos al principio de esta Tesis Doctoral, Luce Irigaray<sup>35</sup>. “Everyone is a politician”, concluye Lakoff tras explicar que todo enunciado

---

<sup>34</sup> Deborah Cameron, “‘Words, Words, Words: The Power of Language’”, en Sarah Dunant (ed.), *op. cit.*, págs. 31-32.

<sup>35</sup> Cf. Luce Irigaray, *Parler n'est jamais neutre*, París, Minuit, 1985.

en último extremo trata de influir sobre el prójimo y sobre el orden del mundo<sup>36</sup>. O, como dice en términos lingüísticos Karl Simms en su particular respuesta a la eterna pregunta de cómo traducir textos ideológicamente cargados, no hay denotación pura en el lenguaje ni por tanto léxico o textos que no levanten susceptibilidades, que por definición no sean espinosos, delicados<sup>37</sup>. Tras esta explicación procede concluir que, si bien es cierto que la corrección política se ha engordado con las fórmulas no sexistas creadas o catalogadas por Miller y Swift, que por lo general han prosperado considerablemente en el discurso público angloamericano, también lo es que bajo los postulados de las corrientes teóricas que la informan el ideal que se proponían alcanzar estas pioneras, y la visión instrumental del lenguaje que lo sostiene, cae desplomado como un castillo de naipes.

\* \* \*

De todos modos, es preciso recalcar que no todas las aportaciones que van preparando el terreno a lo políticamente correcto se asientan en una visión instrumental como la que manejan Miller y Swift. Por el contrario, sin salir siquiera del ámbito de la crítica feminista producida en el circuito angloamericano, abundan asimismo los ejemplos de otras autoras que abrazan unas concepciones del lenguaje más próximas a las visiones hermenéuticas. Ahora bien, como veremos, tampoco éstas se hallan libres de críticas y peligros, especialmente las que actualizan la que constituye quizá su versión extrema: la tesis del relativismo lingüístico, también conocida —aunque no siempre aceptada<sup>38</sup>— como la hipótesis de Sapir y Whorf, que en su formulación más

---

<sup>36</sup> Robin T. Lakoff, *Talking Power. The Politics of Language*, Basic Books, HarperCollins Publishers, 1990, pág. 17.

<sup>37</sup> Cf. Karl Simms, "Introduction" a Karl Simms (ed.), *Translating Sensitive Texts: Linguistic Aspects*, Amsterdam/ Atlanta, Rodopi, 1997, págs. 1-26.

<sup>38</sup> Aunque la conocida hipótesis de que las distintas lenguas generan una percepción diferente de la naturaleza y de la realidad social se atribuye, en conjunto, a los dos antropólogos norteamericanos, en realidad Sapir, en la línea de Franz Boas, cuestionaba que el lenguaje condicionara el pensamiento hasta el punto de limitarlo u obstaculizarlo. Fue Whorf, a su vez discípulo de Sapir, quien desarrolló la tesis contraria que ganaría tanta aceptación. Cf., en este sentido, las reservas de Graddol y Swann a la habitual designación de la tesis (*Gender Voices*, Oxford y Cambridge [EE.UU.], Blackwell, 1989, págs. 147-157).

radical viene a decir que el lenguaje no refleja la realidad, el pensamiento y el comportamiento, sino que los define, los crea, los determina<sup>39</sup>. Desde esta perspectiva, el sexismo lingüístico deja de entenderse, en la línea de Miller y Swift, como un *síntoma*, el espejo de una realidad social y cultural históricamente patriarcal (del mismo modo que el lenguaje no sexista, por su parte, debía ser reflejo de una nueva realidad —recordemos que el subtítulo de su primera obra era un optimista *New Language in New Times*—). Es más, pasa a verse como *causa* y *fundamento* de la discriminación de la mujer y, de un modo más general, como un factor decisivo en la construcción y mantenimiento de las divisiones sociales y de su organización jerárquica.

Por decirlo gráficamente, estas visiones hermenéuticas muy populares entre las feministas radicales y las lingüistas de orientación antropológica dan un “giro lingüístico” de ciento ochenta grados. En efecto, en su formulación básica quedan condensadas en el aserto de que, si la realidad es masculina, androcéntrica y patriarcal, se debe a que el lenguaje que la crea es, en origen, posesión de los varones; una tesis que suscribieron e ilustraron no pocas representantes del “feminismo de la diferencia”. *Man Made Language*, sugería, en este sentido, el ilustrativo título de la emblemática obra de Dale Spender<sup>40</sup>. Es más, así parecían avalarlo en un primer momento los estudios “científicos” (es decir, basados en *corpora*) sobre el sexismo lingüístico. En torno a las fechas de la publicación del libro de Spender se produce una verdadera explosión de trabajos en lengua inglesa (y a partir de ahí, en diversos idiomas, incluido el castellano) que documentan, por ejemplo, la asimetría de los valores asignados en función del género a cada uno de los términos de pares de vocablos en apariencia equivalentes, perceptible, por ejemplo, en casos como el de *manageress*, que, lejos de

---

<sup>39</sup> En la literatura crítica, es frecuente la distinción entre una versión “fuerte” de esta hipótesis y una “débil” (Cf., por ejemplo, Deborah Cameron, *Feminism & Linguistic Theory*, pág. 137, o Annette Gomis van Heteren, *op. cit.*, pág. 42, o las opiniones al respecto de Fasold y de John Wilson que esta última cita). La primera entronca con un determinismo absoluto, y por lo general se ve refutada en estas obras; la segunda (por la cual las estructuras lingüísticas influyen en la percepción del mundo) se juzga, cuando menos, de interés, y de hecho para muchos hoy constituye un lugar común.

<sup>40</sup> Dale Spender, *Man Made Language*, Londres/ Boston/ Melborne y Henley, Routledge y Kegan Paul, 1980.

estar equiparado a su correspondiente masculino, *manager*, implica un estatus inferior en tanto, como dicen Graddol y Swann, si bien se aplica a la regente de ciertos negocios, difícilmente se utiliza para referirse a los cargos directivos de instituciones con prestigio social; y visible también en el hecho de que *doctress*, *duchess* o *adminatrix*, por su parte, no estén al mismo nivel que *doctor*, *duke* o *administrator*, sino supeditados a ellos, pues el sufijo *-ess* en estos casos implica en realidad “esposa de”; etc.<sup>41</sup> Otra línea de investigación que refrenda la hipótesis de Spender (y que ilumina sobre el posible remedio) es la que denuncia la existencia de vacíos léxicos en determinados campos semánticos contruidos desde el punto de vista del varón: en este sentido, según el estudio de Stanley y Robbins, la lengua inglesa presupone un sujeto varón en la gran mayoría de los verbos referidos al acto sexual y carece de términos que supongan un agente específicamente femenino, si bien esta supuesta pasividad sexual femenina contrasta (o quizá convendría decir que se ve corroborada) con la abundancia de términos (descalificativos) con que etiquetar a una mujer promiscua<sup>42</sup>.

En cualquier caso, en este contexto en el que gana aceptación la tesis determinista, se entiende que la única solución posible (y a la vez imposible desde un

---

<sup>41</sup> Cf. David Graddol y Joan Swann, *op. cit.*, págs. 99-101. En castellano también abundan los “duales aparentes” en los que la variante femenina de un término se recubre de connotaciones negativas, ya por transmitir una relación de dependencia con respecto al varón, ya por asociarse a un estadio inferior o por trasladar el criterio de valoración del comportamiento “profesional” (con el que se mide al varón) al comportamiento “sexual” (con el que se juzga a la mujer). Por mencionar sólo unos cuantos ejemplos que pueden consultarse, entre otras, en las obras de García Meseguer (*¿Es sexista la lengua española? Una investigación sobre el género gramatical*, Barcelona, Paidós, 1994), del grupo NOMBRA (Ana Vargas, Eulàlia Lledó, Mercedes Bengoechea, Mercedes Mediavilla, Isabel Rubio, Aurora Marco y Carmen Alario, *Lo femenino y lo masculino en el Diccionario de la Lengua de la Real Academia Española*, Madrid, Instituto de la Mujer, Serie Estudios n.º 53, 1998) o de M<sup>a</sup> Ángeles Calero (*Sexismo lingüístico. Análisis y propuestas ante la discriminación sexual en el lenguaje*, Madrid, Narcea, 1999), obsérvese la desigualdad entre *asistente* y *asistentita*, *modisto* y *modista*, *secretario* y *secretaria* para el primer caso; *duque* y *duquesa*, *capitán* y *capitana* y (hasta la edición del DRAE de 1992) *maestro* y *maestra* para el segundo; y *hombre público* y *mujer pública*, *cortesano* y *cortesana*, o *verdulero* y *verdulera* para el tercero.

<sup>42</sup> Julia Stanley, “Paradigmatic Woman: The Prostitute”, y Julia Stanley y Susan Robbins, “Sex-Marked Predicates in English”, recogidos en Deborah Cameron, *Feminism & Linguistic Theory*, págs. 107-109. En castellano hay estudios similares centrados, por ejemplo, en la ausencia de léxico formulado desde la óptica de la mujer en relación con las relaciones sexuales o en el androcentrismo implícito en el hecho de que en numerosas expresiones coloquiales se asocie a los atributos (sexuales) masculinos lo positivo y a los femeninos lo negativo (véase por ejemplo M<sup>a</sup>. Ángeles Calero, *op. cit.*, págs. 119- 124).

punto de vista teórico: en el determinismo riguroso en principio no cabe la posibilidad de pensar al margen de las estructuras vigentes, y menos en contradicción con ellas) pasa por la creación de un lenguaje totalmente nuevo con el que configurar una realidad auténticamente femenina. Cobra así entidad la utopía de acuñar una lengua propia, un “lenguaje de mujeres”, un idioma femenino universal (universalmente femenino, se entiende). Ésta es la quimera que explora, por ejemplo, la académica y escritora norteamericana Suzette Haden Elgin en su novela *Native Tongue*<sup>43</sup>. El escenario de la obra es una futura (y ficticia) Norteamérica en la que las mujeres, aparte de verse alienadas de su realidad por las convenciones de un sistema falo(go)céntrico, se han visto privadas de sus derechos más elementales. En estas circunstancias, una comunidad de expertas lingüistas inician una particular revolución con la invención de un lenguaje, el *láadan*, para expresar las percepciones de las mujeres. Se trata de un idioma placentero al oído, de elegancia sintáctica y, sobre todo, de gran desarrollo léxico, al menos en determinados campos. Según inventaria Susanne de Lotbinière-Harwood, el *láadan* dispone de once denominaciones diferentes para designar los distintos tipos de amor (“hacia alguien que suscita agrado pero no respeto”, “hacia alguien deseado sexualmente en un momento dado pero no precisamente ahora”, etc.), seis verbos para referirse a la menstruación (“esperada”, “molesta”, “por vez primera”, etc.) y cuatro tipos de pronombres (de neutralidad, estima, admiración y desprecio)<sup>44</sup>. En fin, como ponen de manifiesto estos ejemplos, las feministas de la diferencia entienden que deben esforzarse en la creación de matices, significados y valores que históricamente las lentes opacas del patriarcado han impedido distinguir.

Y sospechan, por otra parte, que ha de invertirse asimismo en la creación de moldes originales en los que albergar dichos matices, valores y significados. En efecto,

---

<sup>43</sup> Suzette Haden Elgin, *Native Tongue*, Londres, Women’s Press, 1985. Elgin es asimismo la autora de un diccionario donde se recogía el vocabulario básico y la gramática del *láadan* (*A First Dictionary and Grammar of Láadan*, Madison, The Society for the Furtherance and Study of Science Fiction, 1985).

<sup>44</sup> Susanne de Lotbinière-Harwood, *Re-Belle et infidèle. La traduction comme pratique de réécriture au féminin. The Body Bilingual. Translation as Rewriting in the Feminine*, Toronto/ Montreal, Women’s Press, Les éditions du remue-ménage, 1991, pág. 111.

el feminismo radical que venera esta sólo aparente quimera de un lenguaje propio (y privativo) de las mujeres se caracteriza por una audacia expresiva extrema. En la línea (formal, aunque no tanto ideológica) de la revolución del lenguaje que lideran nombres como Roland Barthes, Julia Kristeva, Philippe Sollers, Michel Foucault, Jacques Derrida, Luce Irigaray o Hélène Cixous, asociados más o menos tangencialmente al grupo *Tel Quel*<sup>45</sup>, el feminismo radical comienza a finales de los setenta a acercarse al lenguaje de un modo lúdico, provocativo, festivo, irónico y a la par a descubrir su plasticidad, su materialidad. Frente a la visión generalizada heredada de un paradigma platónico, en la que se relegan por insignificantes en beneficio de un supuesto trasfondo de significación y sentido, las palabras no son, para estas feministas, un cauce de expresión de trascendencias o inmanencias universales, y mucho menos vehículos diáfanos, neutros (es decir, asexuados) de la verdad y la realidad de las cosas. Para demostrarlo, se lanzan a desnudarlas licenciosamente, hasta dejar al descubierto su corporeidad, su (hasta ahora) *masculinidad*. Avitualladas de osadía lingüística, de creatividad y de mordacidad, practican una *Gyn/Ecología* verbal, por decirlo apropiándonos del título de la paradigmática obra de Mary Daly<sup>46</sup>, que bajo los ropajes de la Historia descubre una historia a medida de los varones (*his-story*); que tras la portada que disfrazaba las obras terminológicas autorizadas de diccionarios encuentra *dick-tionaries*, compilaciones de léxico manifiestamente falocéntrico, tendenciosamente patriarcal; y que tras la imagen tradicional que hace del varón el soporte, la ayuda y la terapia de la mujer (*therapist*) osa denunciar que se esconde un abusador encubierto (*the-rapist*), etc.

---

<sup>45</sup> Cf. Patrick Ffrench y Roland-François Lack (eds.), *The Tel Quel Reader*, Londres y Nueva York, Routledge, 1998, especialmente la Introducción y la Historia cronológica del colectivo, a cargo de los editores (págs. 1-8 y 9-17) y “Division of the Assembly” (págs. 21-24), correspondiente al editorial de uno de los volúmenes publicados conjuntamente por el grupo que data de 1968-1969 y que comúnmente se acepta como su “declaración de intenciones”.

<sup>46</sup> Cf. Mary Daly, *Gyn/Ecology: The Metaethics of Radical Feminism*, Londres, Women’s Press, 1978; Mary Daly y Jane Caputi, *Webster’s First Intergalactic Wickedary of the English Language*, Londres, Women’s Press, 1988.



Los ejemplos son numerosos y en absoluto parcos en ingenio. Procede, en este proyecto que más que enmendar los códigos dominantes se dedica a invalidarlos, embarcarse en la especulación metalingüística, explotar la capacidad autorreflexiva del código, escarbar en la etimología e incluso regocijarse en otras pruebas filológicas alternativas. Efectivamente, en una línea que en esta cuestión se antoja muy posmoderna, Mary Daly y otras autoras que se asocian a los juegos feministas del lenguaje abjuran del Origen (etimológico) idolatrado por el pensamiento patriarcal, (estereo)típicamente metafísico, lineal y teleológico, para regocijarse en los dobles sentidos, la ruptura, la fragmentación y lo heteróclito. Ya se decidan por la reapropiación subversiva de ciertos vocablos (por ejemplo el denostado término *slut*, que hace suya la comunidad femenina homosexual) ya por violentar los vocablos convencionales hasta hacerles confesar su colaboracionismo con la lógica de varón, triunfan en sus (¿)creaciones(?) lingüísticas las nociones de tensión, apertura, fluctuación y descentramiento. En engendros como *his-story*, *dick-tionary* o *the-rapist*, se produce, efectivamente, una transformación de valores, una transvaluación de los términos: lo masculino deja de ser por definición la norma —o lo normal— para descubrir sus vicios arcanos, sus perturbaciones ocultas, su íntima escabrosidad; lo neutro, lo aséptico, enseña ahora su masculinidad.

De hecho, el atrevimiento y el acercamiento al lenguaje en clave sensual son armas que asisten a las feministas no sólo a la hora de conseguir que los códigos dominantes destapen la lógica de varón encubierta tras su apariencia neutra, cedan ante los desafíos de otro punto de vista y caigan fulminados por una mirada de mujer. También son las estrategias que emplean para dar forma a un pensamiento en femenino. Se trata, en efecto, de retorcer las palabras hasta exprimirles nuevos significados, de manipularlas, de *womanipularlas*, de resexualizar el léxico, travestirlo, de jugar con un lenguaje que se torna figurativo y retórico, corporal, anatómico, y de obligarle a expresarse en un *parler-femme*, un *ginolecto*. Así por ejemplo, *spinster*, un término tradicionalmente peyorativo que se ha empleado para referirse a las que abrazan la soltería, pasa a significar metafóricamente, con la in(ter)vención etimológica de Mary

Daly, una mujer (-ster es un sufijo femenino) que se opone al patriarcado al preferir elaborar e hilar (*spin*) su propia realidad<sup>47</sup>. De ejemplos como éste, y comenzando por el título, está plagado el *Webster's First Intergalactic Wickedary of the English Language*. *Webster* es, en honor de su iniciador, Noah Webster, el epónimo con que se conoce el diccionario autorizado del inglés de los Estados Unidos. Sin embargo, en la versión “intergaláctica” creada por Daly y Caputi, y en virtud de la misma regla que rige en el caso de *spinster*, remite a “las mujeres que tejen redes”. En realidad, las propias autoras encarnan el papel de *websters*, al enredar al lector en una malla de significados y significantes cada vez más amplia, creada por y para las mujeres<sup>48</sup>.

De hecho, Daly y Caputi no se consideran sino coautoras de un proyecto colectivo, un puzzle de referencias cruzadas, un “intertexto feminista” —como lo denominará de Lotbinière-Harwood—<sup>49</sup> al que recurrir, como si se tratase de un banco de significados, cuando se percibe la insuficiencia del lenguaje (¿)universal(?) al uso a la hora de articular la experiencia de un yo particular, de un yo sexuado. Daly y Caputi no son, ni mucho menos, las únicas que sienten la necesidad de embarcarse en la construcción de una terminología alternativa. Algunos años antes, Cheris Kramarae y Paula Treichler elaboran *A Feminist Dictionary. In Our Own Words*<sup>50</sup>, donde se compilan citas de mujeres en las que ciertas palabras aparecen definidas desde la perspectiva femenina. El significado que se ofrece de “hogar”, por ejemplo, es “el lugar de trabajo de la mayoría de las mujeres” y a la vez, según la famosa definición de Betty Friedan, “un cómodo campo de concentración”<sup>51</sup>. Kate Musgrave también cuestiona los significados establecidos en *Womb With Views: Contradictionary of the English*

---

<sup>47</sup> Cf. Deborah Cameron, *Feminism & Linguistic Theory*, pág. 110.

<sup>48</sup> *Ibid.*, pág. 116.

<sup>49</sup> Susanne de Lotbinière-Harwood, *op. cit.*, pág. 126.

<sup>50</sup> Cheris Kramarae y Paula Treichler, *A Feminist Dictionary. In Our Own Words*, Londres y Nueva York, Pandora Press y Hyman/HarperCollins, 1986.

<sup>51</sup> Cf. Deborah Cameron, *Feminism & Linguistic Theory*, pág. 115.

*Language*<sup>52</sup>. Por su parte Jane Mills hace una criba hasta encontrar un buen número de *Womanwords*<sup>53</sup>. En fin, en conjunto estos y otros vocabularios similares tratan de codificar la experiencia de la mujer; una experiencia que, según la narrativa generalizada en las obras que se adhieren a la tesis determinista, se supone negada y acallada históricamente por una sociedad patriarcal que, salvo contadísimas excepciones, ha mantenido a la mujer silente y alienada en la cultura actual por un vocabulario heredado, hecho por y a medida de los varones, que al tomar la palabra se ve obligada a aceptar. El ideal que, con una dosis variable de ironía, ocurrencia, sofisticación y gracejo lingüísticos, persiguen las seguidoras de Daly en último extremo es crear un idioma acorde con la realidad femenina.

Llegados a este punto, se hace preciso hacer balance. Desde luego, la corrección política que se gesta en la izquierda universitaria norteamericana comparte con Daly y las feministas de la diferencia el gusto por el experimento lingüístico, la originalidad verbal, la cabriola sintáctica, la metáfora, el neologismo y el retruécano, e incluso por la osadía agramatical, la formación antirreglamentaria del léxico y, en general, por la contravención —transgresión y/o poesía, en definitiva, que fuerce los límites del lenguaje (y del pensamiento) para expandirlos, para hacerlos avanzar. No en vano, conviene con ellas en que la realidad que se lee con las lentes empañadas de sexismo, racismo, clasismo y otros prejuicios históricos no es la única ni la mejor de las posibles, y que el mundo puede escribirse de otra manera. Ahora bien, no se trata de crear mundos privados alternativos, realidades separadas y herméticas, accesibles sólo al restringido número de hablantes que cumple los requisitos para ser miembro genuino de la comunidad, pero infranqueables e incommunicables para los demás. El ideal que persigue el feminismo radical es la *autenticidad*; el de la corrección política, en cambio, es la *cortesía*: recordemos que, quizás en una de las escasas ocasiones en las que la

---

<sup>52</sup> Cf. Kate Musgrave, *Womb with Views: Contradictionary of the English Language*, Racine (WI), Mother Courage, 1985.

<sup>53</sup> Cf. Jane Mills, *Womanwords: A Dictionary Of Words About Women*, Nueva York, Free Press, [1990] 1992.

etimología beneficia a los proyectos emancipadores, *political* remite en primer lugar a *politikos*, a esa condición cívica que invocaba Aristóteles cuando predicaba que, por estar dotado de *lógos*, de lenguaje racional<sup>54</sup>, *anthropos politikon zoon* (es decir, que el hombre [sic] es un ser social); y en último extremo a la *polis*, al espacio de la convivencia y la buena vecindad.

Si se quiere, el feminismo radical tropieza en la misma trampa que, según denuncia, sirve de coartada a sus “opresores”, a saber, la de actualizar una teoría lingüística que, siguiendo a Mary Louise Pratt en un excelente artículo, denominaremos *de la comunidad*.<sup>55</sup> Según Pratt, la lingüística tradicional (que fundamentalmente se conoce en la formulación de Saussure) ha descansado sobre una visión unificada y homogénea de la realidad social, y sobre una “utopía lingüística” que toma la lengua por una unidad que es patrimonio de esa comunidad y que se regula por principios de cooperación<sup>56</sup>. Es, más o menos, una visión del lenguaje que concuerda con la que

---

<sup>54</sup> Sobre la relación de lenguaje y política en Aristóteles, véase la interesante obra de Antonio López Eire y Javier de Santiago Guervós, *Retórica y comunicación política*, Madrid, Cátedra, 2000, especialmente págs. 35-44, en la que, además de repasar las teorías de este y otros autores clásicos que sentaron las bases de la retórica, se analiza el concepto de “lenguaje político” en relación con la comunicación en la sociedad de masas.

<sup>55</sup> Cf. Mary Louise Pratt, “Utopías lingüísticas”, en Nigel Fabb, Derek Attridge, Alan Durant y Colin MacCabe (comps.), *La lingüística de la escritura. Debates entre lengua y literatura*, Madrid, Visor, 1989, págs. 57-74. Trad.: Javier Yagüe Bosch.

<sup>56</sup> Se impone aquí la comparación con la traducción, que a menudo se ha conceptualizado como *puente* entre culturas, como *nexo de unión*, como *enriquecimiento recíproco y mutua comprensión*. Como Pratt, también los Estudios de Traducción han cuestionado la idea ciertamente idílica de que la cooperación sea la norma en los procesos traslativos y de intercambio cultural, y por tanto la noción sobre la que construir los modelos de análisis con los que estudiarlos. La traducción por lo general se ha definido como *encuentro*, *fusión*, *acumulación*, *riqueza*, pocas veces como *choque*, *colisión*, *conflicto* y escasísimas como *empobrecimiento*. Frente a esto, Michael Cronin, a la vista por ejemplo de que los flujos de traducción se producen entre lenguas principales y del consiguiente efecto en las lenguas minoritarias, avista la naturaleza por lo menos ambigua de la traducción, que, en sus palabras, “is both predator and deliverer, enemy and friend”. El hecho de que la traducción siempre se produce en medio de desigualdades, en cuya acentuación o enmienda participa, es el que le lleva a decir que “[t]ranslation is never a benign process *per se* and it is misleading to present it as such” (*art. cit.*, pág. 148). La llamada a desplazar, como Pratt, el centro de atención de modelos “cooperativos” a las asimetrías que produce (y sobre las que se produce) la traducción proviene fundamentalmente de tendencias teóricas que surgen en situaciones de desigualdad y exclusión, particularmente las feministas y las poscoloniales, y en general las asociadas al post-estructuralismo. Para una crítica del concepto imperante de “cooperación”, véase Anthony Pym, “On Cooperation”, en Maeve Olohan (ed.), *op. cit.*, págs. 181-192.

Mijail Bajtin denominaba “ptolemaica”, que imagina una lengua central y única, en torno a la cual giran imantados mundos marginales y desdeñables<sup>57</sup>. Esta lingüística basada en un ideal armónico de comunidad, dice Pratt, no sólo es incapaz de dar cuenta de la inmensa variedad y heterogeneidad de las prácticas lingüísticas, sino que además ilegitima lo “diferente” (que de hecho ilustra con los rasgos que se atribuyen a las formas de expresión de las mujeres, a los *feminolectos*) al interpretarlo como un incumplimiento de las reglas cooperativas, como un fallo en la comunicación, como un elemento disfuncional; una visión que incurre, en su opinión, en una “estrechez verdaderamente patológica de lo que es ‘el sistema normal’”<sup>58</sup>. En la concepción de Pratt, en cambio, la lengua no es unidad y camaradería, sino diversidad y desigualdad; en realidad, un escenario de reproducción y lucha sociales, un espacio de diferenciación en el que compiten dominantes y dominados, una zona de *contacto* —una visión semejante a la que Bajtin denominaba “galileana”, en la que el lenguaje se presenta como un conjunto de mundos diversos pero interrelacionados o, mejor, como un cosmos plurilingüístico sin centro<sup>59</sup>. Aunque pueda parecer lo contrario, las feministas radicales (y en general los grupos que se han embarcado en la que esta autora denomina la “lingüística de la subcomunidad”) no ratifican el enfoque de Pratt, sino que se adhieren a la teoría lingüística tradicional, en el caso que nos ocupa tanto a la hora de caracterizar la imagen de su opresor como cuando se trata de idear un futuro lingüístico para la mujer.

Así, en primer lugar, la lengua (del patriarcado) aparece dibujada en estas corrientes como un ente monolítico que aliena y anula a la mujer, que le es totalmente ajeno y que no le ofrece ninguna posibilidad de expresión auténtica. De hecho, y en segundo lugar, la verdadera liberación idealmente viene dada, como ejemplifica en el reino de la ficción el *láadan*, por una lengua totalmente nueva, independiente,

---

<sup>57</sup> Cf. Juan Luis Conde, *El segundo amo del lenguaje*, Madrid, Escuela de Letras, 1996, pág. 16.

<sup>58</sup> Mary Louise Pratt, *art. cit.*, pág. 63.

<sup>59</sup> Juan Luis Conde, *op. cit.*, pág. 16.

verdaderamente propia, adecuada a una realidad privada, particular. En este sentido, y si se admite una explicación metafórica construida sobre el título de un best-seller que explota esta tesis de las realidades separadas para después ofrecerse como un manual de supervivencia, el feminismo radical, una vez constata que los varones son de Marte y las mujeres de Venus<sup>60</sup>, se limita a perfeccionar los medios de comunicación de Venus. Quizá los niveles de entendimiento que puedan alcanzar entre sí las hablantes sean inmejorables. Ahora bien, a la larga esta “política lingüística” desemboca en el aislamiento total, y por ende en la incompreensión y en la incapacidad para hacerse comprender fuera de las fronteras de la comunidad. En este sentido, y por reexpresarlo de un modo más teórico, dice Pratt que “lo que no hace sin embargo el enfoque de la ‘subcomunidad’ es ver al dominado y al dominante en sus *relaciones mutuas*.”<sup>61</sup> Es más, según evalúa Deborah Cameron, en el caso de los dominados la búsqueda de un lenguaje propio, si bien triunfa a la hora de estrechar los lazos que unen al grupo, fracasa como fórmula de resistencia real: “[w]omen end up with an ‘authentic’ language that brings them integrity and solidarity, but they do not end up with power”<sup>62</sup>. De todos modos, no ha de sorprendernos en absoluto. Éste es, en definitiva, el peligro que acecha a todas las posturas que abrazan sin restricción alguna las versiones extremas del relativismo lingüístico o cultural, encastilladas en el orgullo de una especificidad que en realidad queda sin explotar, al cerrarse la posibilidad de que la descubra el Otro alegando una supuesta intraducibilidad. De hecho, quizá no sea casualidad que, a pesar de su reconocida importancia y de la avidez de la cultura española por empaparse de los progresos intelectuales que se producen en Norteamérica, no exista traducción al castellano de ninguna de las obras de Daly, sin duda la más conocida e influyente de las escritoras radicales que practican esa “language-centered writing” propia de un sector del feminismo de la diferencia.

---

<sup>60</sup> Cf. John Gray, *Men Are from Mars, Women Are from Venus*, Nueva York, HarperCollins Publishers, [1992] 1995 [Existe versión castellana: *Los hombres son de Marte, las mujeres son de Venus*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1995. Trad.: Ramón Alonso].

<sup>61</sup> Mary Louise Pratt, *art. cit.*, pág. 65.

<sup>62</sup> Deborah Cameron, *Feminism & Linguistic Theory*, pág. 154.

Lo políticamente correcto que se fragua en las universidades norteamericanas, y con más razón si cabe el fenómeno cultural en el que deriva, aunque se nutre de ellos no nace ni mucho menos con vocación de ser un lenguaje privado, una jerga *inter pares*, sino más bien entre grupos: grupos, por una parte, entre los que no sólo median diferencias, sino también desigualdad; grupos, por otra parte, que comienzan a *convivir* (en calidad de grupos) y precisan revisar sus normas (lingüísticas) de urbanidad. Lo políticamente correcto es, pues, un fenómeno que encaja a la perfección en el objeto de estudio de esa *lingüística del contacto* por la que aboga Pratt:

Imaginemos, pues, una lingüística que descentrara la comunidad, que adoptara como eje la operatividad del lenguaje *a través* de los límites de diferenciación social, una lingüística que centrara su atención en las formas y zonas de contacto entre grupos dominados y dominantes, entre personas de distintas y múltiples identidades, entre hablantes de distintas lenguas, que enfocara el modo en que estos hablantes se constituyen unos a otros de forma relacional y por diferencia, el modo en que se manifiestan las diferencias por medio de la lengua. Llamemos a esta empresa *lingüística del contacto*.<sup>63</sup>

Porque, ciertamente, si bien se atribuye a feministas, etnias minoritarias y grupos desfavorecidos, no es *en* estos grupos donde ha de buscarse el origen de lo políticamente correcto ni su cédula de propiedad, sino más bien *en las relaciones entre* estos grupos y de éstos con lo hegemónico; en otras palabras, no en el *and* o en el *or* sino, como aconseja Derrida, en el *entre*, en el *in-between*. La corrección política surge, en efecto, cuando se rompe el *apartheid* lingüístico que separa a dominantes y dominados, cuando se abolen las fronteras entre Marte y Venus, y sus habitantes comienzan a entablar un diálogo en un universo lingüístico intermedio, cuando el contacto da paso a la hibridación y a la contaminación, e incluso abre la veda a la apropiación de sus códigos y de su realidad, y cuando traducir al Otro y traducirse para el Otro no sólo se demuestra posible sino, por razones muy diversas, necesario y, en cualquier caso, constante, habitual.

---

<sup>63</sup> Mary Louise Pratt, *art. cit.*, pág. 68.

\* \* \*

El uso de la imagen de la traducción en relación con el lenguaje políticamente correcto no es en absoluto gratuito. De hecho, puede postularse que, incluso antes de la importación (¿o quizás exportación?) de este discurso originalmente estadounidense a nuestra cultura que estudiaremos con detenimiento en el próximo capítulo, lo políticamente correcto se identifica en muchos casos con un *proceso* de traducción y de reescritura, cuando no sea, puestos a jugar con las palabras, *producto* de ellas. A lo largo de las siguientes páginas trataremos de ir desenredando, poco a poco, el trabalenguas.

De momento comenzaremos con uno de los casos donde la unión de lo PC y la traducción resulta quizá más evidente. Nos referimos, de un modo especial, a la que se conoce con el sobrenombre de “Biblia políticamente correcta” y, en general, a toda la corriente teológica revisionista de calado internacional a la que está asociada, que se acerca a este texto sagrado con ojos críticos y que aborda su exégesis y su versión con un talante “inclusivo”, igualitario. Con su estudio pretendemos acercarnos a la corrección política en sus primeras fases, en esos ambientes académicos, intelectuales y eruditos en los que por lo general suele situarse su origen. Ciertamente, es preciso admitir que, a primera vista, el ámbito de la investigación teológica no es precisamente uno que conjure de manera instantánea la imagen de los radicales revolucionarios, subversivos e insurrectos con que asocia la opinión pública la corrección política. De ahí, a nuestro modo de ver, el doble interés del análisis, pues, en primer lugar, presenta una imagen poco habitual de lo PC que matiza, y en algunos aspectos pone en entredicho, el estereotipo en que ha quedado simplificado y acartonado; en segundo lugar, porque, en contraposición con el paradigma conservador que predomina en el ámbito de la traducción bíblica, permite percibir con bastante claridad la radicalidad de la visión del lenguaje y, por consiguiente, de la traducción que maneja lo políticamente correcto.



El ámbito de la traducción bíblica ha sido con toda seguridad uno de los que más se han preocupado por definir el ideal de la equivalencia<sup>64</sup> y, por otra parte, quizá donde mejor haya funcionado históricamente dicho ideal. Pensemos, en este sentido, en que en la tradición católica se acostumbra a decir tras la lectura del Evangelio que lo escuchado es Palabra de Dios; una palabra, como se acepta, dictada por Dios a los hombres y, como se olvida, traducida por otros cuantos. Es más, a juzgar por lo que se corrobora a coro en la liturgia, la traducción no sólo *pasa por* el original; en el mencionado remate, (aun inconscientemente) la comunidad proclama que la traducción *es* el original, y en consonancia renuncia en buena medida a plantearse (la importancia de) la indeterminación y las diferencias que, según rezan las teorías de la traducción enmarcadas en un paradigma post-estructuralista, la traducción (y las reescrituras) inevitablemente añade(n) a los textos que representan. Si bien, ciertamente, la traducción ha sido tradicionalmente una fuente de sospechas para las autoridades religiosas, el objeto de prohibiciones (como las que históricamente impidieron, por ejemplo, la versión de la Biblia a las lenguas vernáculas), de persecuciones, represiones y quemas (tanto de las versiones heréticas como de los propios traductores), así como un germen de conflictos, cismas, Reformas, Contrarreformas y guerras, lo cierto es que, se diría, tiende a considerarse (si es que se considera) que el trasvase del que emergen los textos sagrados se limita a transformar su apariencia lingüística, su aspecto exterior, su *cuerpo*, sin que el mensaje, su moral o su *alma* se juzguen transformados en modo alguno. Dando prueba de lo que podría calificarse de un acto de fe, la feligresía por lo general deposita(mos) una confianza ilimitada en las traducciones y reescrituras de obras religiosas, tras cuya criba supuestamente logra manifestarse el Verbo íntegro,

---

<sup>64</sup> Destacan, en este sentido, los trabajos de Nida y Taber. Cf. Eugene A. Nida, *Bible Translating. An Analysis of Principles and Procedures with Special Reference to Aboriginal Languages*, Nueva York, The American Bible Society, 1947, y *Toward a Science of Translating, with Special Reference to Principles and Procedures Involved in Bible Translating*, Leiden, Brill, 1964. Véase asimismo, de este mismo autor con Charles R. Taber, *The Theory and Practice of Translation*, Leiden, Brill, [1969] 1982 [Hay versión española: *La traducción. Teoría y práctica*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1986. Trad.: A. de la Fuente]. Para una aproximación al concepto de “equivalencia funcional o dinámica” que defiende Nida, véase “The Nature of Dynamic Equivalence in Translating”, *Babel*, vol. 10, n.º. 3, 1977, págs. 99-103, así como la obra escrita por este autor en colaboración con J. de Waard, *From One Language to Another. Functional Equivalence in Bible Translating*, Nashville, Thomas Nelson, 1986.

incólume e inalterado, al menos en lo sustancial —una confianza que se ve a menudo justificada y refrendada ya con el aval del mito y la leyenda, ya por el sello de un *nihil obstat* absoluto, sin restricciones, incondicional<sup>65</sup>.

Evidentemente, el paradigma en el que se anclan las expectativas vigentes en nuestra sociedad en torno a la traducción y la reescritura de obras religiosas, que además es en el que se fundamentan las propias prácticas convencionales de traducción y reescritura, es de corte metafísico, algo que por otra parte concuerda a la perfección con la misión tradicional que ha asumido la religión de dar una explicación sobre el *sentido último* de las cosas y el *significado trascendental* de lo existente. Porque, ni que decir tiene, al contrario de lo que sostienen los enfoques teóricos que beben de las fuentes del post-estructuralismo y la deconstrucción, este paradigma da por sentada la existencia de *un* significado estable y preciso, de *un* sentido verdadero, universal y atemporal, y en general de una serie de valores absolutos como el Bien, el Amor o la Verdad. El lenguaje y las lenguas, en este marco, se configuran como un medio para conocer y desvelar semejantes valores, como un elevador en el que subirse para iniciar el necesario proceso de áscesis por el que en último extremo se trata de dejar atrás lo sensible y lo material, y de trascenderlo en busca de lo supraterráneo, lo abstracto, lo ideal.

Dicho sea de paso, la visión del lenguaje que actualizan los fieles y que tradicionalmente han abrazado las instancias eclesíásticas<sup>66</sup> es heredera de lo que

---

<sup>65</sup> Véase en este sentido el artículo de Theo Hermans, “La traducción y la importancia de la autorreferencia”, en Román Álvarez (ed.), *op. cit.*, págs. 121-141 (trad.: M. Rosario Martín Ruano y Jesús Torres del Rey). En él se relatan las leyendas que rodean tanto a la traducción del Evangelio de los mormones y del Septuaginto, en las que, por supuesto, se asegura la impecabilidad del traslado, efectuado en ambos casos por inspiración divina.

<sup>66</sup> Toda generalización corre el peligro de resultar reduccionista. Como de ello trataremos de dar cuenta en lo que sigue, si históricamente no han faltado excepciones a esta norma, en los últimos tiempos ciertos sectores eclesíásticos están llevando a cabo una verdadera revolución teológica que, explícita o implícitamente, lleva aparejada una nueva concepción del lenguaje. Desde diferentes ángulos, Hans Küng (cercano a los presupuestos deconstructivistas), Leonardo Boff (cercano a la teoría poscolonial) y Elizabeth Schüssler Fiorenza (influida por el feminismo), por ejemplo, cuestionan la ortodoxia teológica. En el panorama nacional, destacan en esta línea autores como José M<sup>a</sup>. Mardones, Juan José Tamayo-Acosta, Casiano Florista Samamés o Lluís Duch, a los que recurriremos en estas páginas. Para una visión

Derrida denomina el “logocentrismo”, una forma de racionalidad que tras el lenguaje y los textos presupone siempre una “presencia”, por ejemplo, y según leemos en la explicación de Rice y Waugh<sup>67</sup>, una idea, una intención, una verdad, un significado o una referencia para los que el lenguaje se considera en el mejor de los casos un fiel servidor, en muchas ocasiones un esclavo servil y en otras peores simplemente servil, indigno, abyecto, ruin.

De hecho, y por comenzar con esta última posibilidad, en el ámbito de lo religioso el lenguaje a menudo se antoja como un instrumento imperfecto a la hora de acceder a ese sentido último, un recipiente insuficiente para apresar lo inconmensurable. Atendiendo a la tradición teológica (neo)platónica, en la que la sublimación de Dios (o la Idea) se hace a costa de lo terrenal y lo sensible (la palabra), se llega a la conclusión de que, puesto que lo divino está por encima de lo expreso y de lo manifiesto, a fin de cuentas también se encuentra por encima de su expresión o manifestación lingüísticas. Al menos, se matiza en otros casos, está por encima de las lenguas mundanas. No olvidemos que a través del lenguaje se manifiesta Dios a su pueblo. Es más, el lenguaje no sólo muestra a Dios; Dios *es* el lenguaje. Explica San Juan en su Evangelio que “en el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios” y que “el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”. El ideal de *trascendencia* por el que se apuesta con el aval de una visión instrumental del lenguaje se trueca entonces por la noción de *inmanencia* propia de las concepciones hermenéuticas extremas: Dios es la Palabra y a través de ella se revela a la humanidad. Aun así, desde la maldición de Babel —un mito que actualiza asimismo, aunque de otra forma, una filosofía (neo)platónica al distinguir entre el Lenguaje (perfecto) y las lenguas (humanas)—, la

---

general de las tendencias que conforman un cambio de paradigma en la historia del pensamiento cristiano, véase Christopher Rowland (ed.), *La teología de la liberación*, Madrid, Cambridge University Press, 2000. Trad.: Francisco Peña y Fernán González Alemán. En esta obra se presentan toda una serie de teologías (negra, feminista) ligadas a una concepción amplia de la llamada teología de la liberación, que, como informa Tamayo, “se inició a finales de los años sesenta del siglo XX en América Latina y muy pronto se extendió por África y Asia, así como en entornos de exclusión del Primer Mundo” (“Contra el conformismo”, *El País [Babelia]* 10 de febrero de 2001, pág. 16) y cuya influencia se deja sentir en las líneas centrales del devenir teológico hoy en día.

<sup>67</sup> Philip Rice y Patricia Waugh, “Language and Textuality”, en Philip Rice y Patricia Waugh (eds.), *op. cit.*, pág. 148.

traducción de esa Palabra no deja de ser una representación deficiente, escasa, contrahecha. Rota la *Ur-Sprache* original, ese Edén lingüístico que supuestamente albergó una completa correspondencia entre, por un lado, la Palabra y la Idea, y, por otro, las palabras y las cosas, lo relativo a Dios es en último término inefable —de hecho, en ciertas épocas y confesiones el propio Dios es el innombrable y el vocablo que lo designa intraducible: como Dios no puede llegar a comprenderse, exponerlo a la imperfección equivale a decir el nombre de Dios en vano<sup>68</sup>.

Hablar de la traducción, dadas estas circunstancias, está de más: para unos, porque, como el lenguaje, la traducción no es sino un mal inevitable, un obstáculo que impide alcanzar lo Supremo, una desgracia que más vale olvidar; para otros, porque, a pesar de la imperfección de las lenguas humanas, a través de ellas llega Dios a la humanidad, a toda la humanidad, sin distinciones. Dios es Uno, y su voz, aun en distintos idiomas, debe ser inconfundible, unitaria. (El nombre de) Dios podrá ser incognoscible y, por tanto, intraducible, pero, como constata Aleida Assmann en su estudio de la evolución del ideal universalista a través de las épocas, la traducibilidad (de lo que sabemos de Dios) se considera una marca de las lenguas mundanas<sup>69</sup>. De hecho, ya Walter Benjamin se hacía eco de esta paradoja en su paradigmático artículo “La labor del traductor”, donde sostenía la traducibilidad de las creaciones verbales aun cuando éstas fueran intraducibles para los hombres<sup>70</sup>. La traducción y la reescritura de la Palabra, por tanto, necesariamente se pliegan a un ideal (tan necesariamente exigido

---

<sup>68</sup> Jan Assmann, “Translating Gods: Religion as a Factor of Cultural (Un)Translability”, en Sanford Budick y Wolfgang Iser (eds.), *op. cit.*, pág. 30.

<sup>69</sup> Aleida Assmann, “The Curse and Blessing of Babel; or, Looking Back on Universalisms”, en Sanford Budick y Wolfgang Iser (eds.), *op. cit.*, pág. 91.

<sup>70</sup> Walter Benjamin, “La labor del traductor” [1923], en Dámaso López García (ed.), *op. cit.*, pág. 336. Trad.: Hans Christian Hagedorn. Para un análisis crítico de este artículo y de la idea que extraemos de él en concreto, véase María Calzada, “Walter Benjamin y la tarea del traductor”, *Sendebarr*, vol. 4, 1993, págs. 187-192, especialmente pág. 189.

como dolorosamente inalcanzable, dice Nebreda<sup>71</sup>) de Mímesis, Identidad y plena Correspondencia. Por esta razón, en todo caso, hablar de la traducción vuelve a ser irrelevante, porque basta (o debiera bastar —y, si no es así, se cree que mejor es guardar silencio al respecto) hablar del original al que equivale. De lo cual se deduce que, sea cual fuere la versión que se adopte, en un paradigma metafísico, logocéntrico, la traducción termina por pasar inadvertida, por resultar invisible.

Por lo general las obras que se han ocupado de la (in)visibilidad de la traducción —según leemos en *Translation, Power, Subversion*, uno de los temas clave de los noventa<sup>72</sup>— han resaltado la relación que guarda la ocultación del traductor con su maltrecho estatus profesional, con el escaso reconocimiento social y económico de su trabajo y, en general, con una falta de poder<sup>73</sup>. Pero la desaparición del traductor, creemos, ofrece asimismo una lectura inversa, que se torna especialmente significativa en el caso de la traducción bíblica. Ciertamente, invisible es el traductor relegado, mal pagado y des-autorizado, el que ve negada su condición de creador, su in(ter)vención en el texto, su papel de negociador lingüístico, de agente cultural, de mediador. Pero asimismo invisible es el traductor que se sitúa en el Panóptico, que vigila el Sentido sin ser vigilado, que habla desde un emplazamiento que en apariencia no existe, con una lengua que no tiene dueño, por boca de nadie, en nombre de Dios. De la Palabra que brota desde lo Alto se predica que es eterna, verdadera, absoluta, universal. La Palabra (traducida) que emana desde el Panóptico sufre un contagio de atributos. Viene aquí al caso la curiosa anécdota que narra Eugene Nida: el principal traductor de la Biblia a una

---

<sup>71</sup> Cf. Jesús J. Nebreda, *Muerte de Dios y Posmodernidad. ¿Las largas sombras del Dios muerto?*, Granada, Universidad de Granada, 1993, pág. 16.

<sup>72</sup> Cf. Román Álvarez y M. Carmen África Vidal Claramonte, “Translating: A Political Act” (pág. 7) y Susan Bassnett, “The Meek or the Mighty: Reappraising the Role of the Translator” (pág. 22), ambos en Román Álvarez y M. Carmen África Vidal Claramonte (eds.), *Translation, Power, Subversion*.

<sup>73</sup> Cf. Lawrence Venuti, “The Translator’s Invisibility”, págs. 179-212; Rosemary Arrojo, “A Tradução Passada a Limpo e a Visibilidade do Tradutor”, *op. cit.*, págs. 71-89; Lawrence Venuti, *The Translator’s Invisibility. A History of Translation*; Rosemary Arrojo, “The ‘Death’ of the Author and the Limits of the Translator’s Visibility”, en Mary Snell-Hornby, Zuzana Jettmarová y Klaus Kaindl (eds.), *op. cit.*, págs. 21-32.

de las lenguas africanas más importantes, tras darse cuenta al formarse en el extranjero de la cantidad de errores que contenía su traducción, pidió a su vuelta que se enmendara el texto. La respuesta a su solicitud fue, en esencia, “Who are you to touch the word of the Lord?”<sup>74</sup> Y es que al nacer de una posición localizable en ningún lugar, la traducción que deriva del Panóptico es incontestable, y quien desde ahí habla por eso mismo goza, si no siempre de la visión de las cosas, de una total impunidad.

Evidentemente, como ya hemos reiterado a lo largo de estas páginas, en un paradigma informado por el post-estructuralismo y la desconstrucción tal posibilidad de hablar desde la omnisciencia, desde la objetividad no se da ni siquiera por obra y gracia de Dios. Para estas tendencias que asumen lo que ha dado en llamarse la “crisis de la representación”, tampoco es viable en este paradigma pensar en el *lenguaje* como un espejo cristalino con el que comunicar un *sentido*. En primer lugar, el *lenguaje* no es nunca *neutro*: va inextricablemente unido a la ideología, al poder<sup>75</sup>, y en última instancia es cómplice de una serie de valores, creencias o representaciones que, frente a otras opciones, puja por mantenerse o establecerse como hegemónica en determinada circunstancia cultural. De hecho, como indica Bordieu, las mismas palabras revisten sentidos distintos, incluso opuestos, según las diferentes clases, lo que rompe la unidad del lenguaje corriente<sup>76</sup>. Tampoco, por eso mismo, es *neutral*, *inocente*: en todo momento tiene efectos colaterales, pues deliberada o involuntariamente se alinea con una determinada posición y con ello contribuye, bien a cambiar el orden del discurso y de la sociedad vigentes, bien a apuntalarlos, a asegurar su estabilidad. “[A]ny language

---

<sup>74</sup> Eugene A. Nida, “Translating a Text with a Long and Sensitive Tradition”, en Karl Simms (ed.), *op. cit.*, pág. 190.

<sup>75</sup> Véase en este sentido la ya clásica obra de Norman Fairclough *Language and Power*, Londres y Nueva York, Longman, [1989] 1992, especialmente la introducción y los capítulos tercero (“Discourse and Power”) y cuarto (“Discourse, Common Sense and Ideology”).

<sup>76</sup> Cf. Pierre Bordieu, *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid, Akal, 1985, págs. 14-15 [no figura el traductor].

use” —dice Venuti en su introducción a *Translation and Minority*<sup>3/4</sup>“is [...] a site of cultural and political asymmetries”<sup>77</sup>.

Es más, en segundo lugar, se duda incluso de que las palabras y las cosas encubran un *sentido* fijado, predeterminado y atemporal que pueda (y deba) recuperarse con total precisión y fidelidad. Más bien, el sentido se crea, se resuelve en contexto; las (múltiples) posibilidades del significado se encauzan en función de las variables relevantes a la circunstancia en que tienen lugar, lo que lleva a postular que todo enunciado y toda interpretación están ideológicamente marcados y culturalmente definidos. En cierto modo, para los post-estructuralistas y los deconstructivistas, cada palabra dicha, escrita, leída o pronunciada, cada uso del lenguaje, es un acto fundador. Si en un paradigma metafísico la relación entre pensamiento y lenguaje, idea y palabra, significado y significante, contenido y forma, aunque arbitraria, es directa, en el post-estructuralismo se acaba con este régimen binario de oposiciones para aceptar que el potencial de significación constitutivo de los signos es plural, que los vocablos se insertan en cadenas de asociaciones que se desarrollan hasta el infinito en espiral, en pirámide. O en racimo. Las palabras, dice Álex Grijelmo, son cerezas anudadas siempre a otras<sup>78</sup>. Los significantes, según Derrida, lejos de remitir y fijar los significados, los dispersan y los diseminan<sup>79</sup>, enriqueciéndolos con nuevos vínculos a cada nueva circunstancia cultural. En general estas tendencias coinciden en la convicción de que el lenguaje, lejos de reflejar —como en las visiones tradicionales— diáfananamente un sentido o la realidad, al darse en una coyuntura concreta, ejecuta necesariamente un redoble, descarga una serie de resonancias históricas. En particular, en este marco teórico se enmarcan asimismo las críticas de ciertas corrientes revisionistas en el ámbito de la investigación teológica que sostienen que el que compone los textos sagrados tampoco se hurta a la contingencia que imprime en ellos su inscripción social y cultural,

---

<sup>77</sup> Lawrence Venuti, “Introduction” a Lawrence Venuti (ed.), *Translation & Minority*, pág. 136.

<sup>78</sup> Álex Grijelmo, *La seducción de las palabras*, Madrid, Taurus, 2000, pág. 18.

<sup>79</sup> Cf. Jacques Derrida, *La diseminación*, Madrid, Fundamentos, 1975. Trad.: José Martín Arencibia.

y que llegan incluso a sugerir, ya con sus dichos ya con sus hechos, que la Palabra de Dios hace mal en renunciar a las posibilidades de esa propensión refractaria que le brinda su historicidad.

Desde hace tiempo, en efecto, vienen admitiéndose objeciones a la Eternidad que, según leemos en una exégesis católica del Evangelio según San Juan<sup>80</sup>, es propia del Verbo. La redacción original de los textos sagrados refleja unos valores, una visión del mundo y del orden social, y si bien en otros tiempos (y en algunos temas incluso ahora: piénsese que el acceso de la mujer al sacerdocio en la tradición católica se niega alegando que Jesús sólo eligió apóstoles varones) a éstos se les tomó por Ley inapelable<sup>81</sup>, hoy se acepta con mayor facilidad su relatividad, su pertenencia y anclaje en la comunidad que los codifica, y en ciertas ocasiones su caducidad. La posición de inferioridad en que suelen estar retratadas las mujeres que aparecen en la Biblia es uno de los casos en los que se ha admitido su carácter circunstancial y perecedero, si bien la reflexión que incluíamos anteriormente sobre su posición en el entramado institucional de la Iglesia Católica permite ya vislumbrar la dificultad y la controversia que presentan los textos sagrados a la hora de decidir qué valores son meramente emblemas del contexto cultural original y cuáles tienen estatus de Dogma de fe, de Verdad atemporal. A juzgar por lo que constata Küng, esta cuestión resultó ser inmensamente controvertida en el Concilio Vaticano II, que si bien admitió solemnemente la necesidad de una interpretación histórico-crítica de la Escritura, no dio una solución teológica

---

<sup>80</sup> Cf. por ejemplo *La Santa Biblia*, Madrid, Ediciones Paulinas, 1967, traducida y comentada bajo la dirección del Dr. Evaristo Martín Nieto.

<sup>81</sup> En el capítulo “Corrective Measures: The Bible in Feminist Frame”, Sherry Simon pasa revista a una serie de trabajos que han puesto de manifiesto precisamente cómo la organización social reflejada en la Biblia se ha utilizado en determinados periodos históricos para justificar como “disposición divina” ciertas jerarquías sociales. Ya las primeras feministas, empezando por la emblemática Elizabeth Cady Stanton, pusieron de relieve a finales del siglo XIX la “perversa aplicación” del texto sagrado por parte de las autoridades civiles y religiosas para mantener el patriarcado. Lo mismo ocurriría con la institución de la esclavitud, pues, como documentan los trabajos de Elizabeth Castelli y Elizabeth Schüssler Fiorenza, sus defensores utilizaron en su época ciertos pasajes de San Pablo para justificarla (Sherry Simon, *Gender in Translation*, Londres y Nueva York, 1996, págs. 111-133).



constructiva a las cuestiones de la inerrancia y la inspiración divina de los textos sagrados.<sup>82</sup>

En el caso del cristianismo (frente al judaísmo, cuya fuente de legitimidad reside en último extremo sólo en el texto hebreo; la traducción y el comentario gozan sólo de un estatus secundario) esta cuestión no se plantea únicamente respecto de la redacción original de la Biblia, sino de una infinidad de traducciones y reescrituras que están reconocidas como versiones fieles, verdaderas, cuando no como *la* versión legítima, auténtica, veraz. En este sentido, dice Nida visiblemente contrariado que “[a] Bible translator [...] must be constantly aware of the possible canonicity of translations as well as of texts”<sup>83</sup>. De hecho, como dice Anneke de Vries avalando implícitamente la teoría de las reescrituras de Lefevere, la Biblia que se lee y se estudia no suele ser la original, sino prácticamente siempre traducciones de ésta y traducciones de estas traducciones<sup>84</sup>. En algunos casos necesariamente, pues, como admite con toda tranquilidad Alejandro Gándara, “trabajar con el Antiguo Testamento es trabajar con una traducción de textos que son la traducción misma”<sup>85</sup>.

El diferente grado de desasosiego que muestran Nida y Gándara, dicho sea de paso, se explica por su desigual acercamiento al lenguaje y al texto sagrado: mientras que para Gándara la Biblia es fundamentalmente un *relato* que, como tal, inspira numerosas lecturas e interpretaciones, tan diversas como son las lenguas y el lenguaje, para Nida esta obra es *fuentes de verdad* (y en su defecto de falsedades). Nida entiende que las palabras de la Biblia tienen un significado preciso y verdadero cuya transmisibilidad en buena medida queda garantizada, como dice en “Translation:

---

<sup>82</sup> Hans Küng, *Teología para la posmodernidad. Fundamentación ecuménica*, Madrid, Alianza, [1987] 1989, pág. 56. Trad.: Gilberto Canal Marcos.

<sup>83</sup> Eugene A. Nida, “Translating a Text with a Long and Sensitive Tradition”, pág. 190.

<sup>84</sup> Anneke de Vries, “A Matter of Life and Death: Gender Stereotypes in Some Modern Dutch Bible Translations”, en Mary Snell-Hornby, Zuzana Jettmarová y Klaus Kaindl (eds.), *op. cit.*, pág. 313.

<sup>85</sup> Alejandro Gándara, *Las primeras palabras de la creación*, Barcelona, Anagrama, 1998, pág. 62.

Possible and Impossible”, por las inmensas similitudes estructurales existentes entre las diferentes lenguas<sup>86</sup>. De hecho, como por alusiones al comentario de Alejandro Gándara respecto de la naturaleza traducida del Antiguo Testamento, decreta este autor que “[f]or the Old Testament it seems most appropriate to assume that *the correct meaning* would be the understanding of a text when it became canonical for the believing community”<sup>87</sup>.

Las corrientes teológicas de última hornada, sin embargo, se resisten a dar por buenas, y por normativas, ciertas interpretaciones (y traducciones) de los textos sagrados únicamente en virtud de su canonicidad, y en consonancia impugnan la que en otros momentos ha pasado por Palabra de Dios. Para éstas, como para el Padre Lluís Duch, el tiempo, más que inmovilizar el texto y petrificarlo, lo descubre fluido, ilimitado e inagotable al permitir regresar a él a través de la relectura y la constancia lectora, un fenómeno que descubre tierras ignotas (en) las visitadas una y otra vez, (en) las consabidas, (en) las frecuentadas<sup>88</sup>. En este ámbito el feminismo vuelve a ser adalid de una profunda revisión de la tradición. De este modo, la crítica teológica feminista ha sacado a la luz el sesgo androcéntrico y misógino de ciertas interpretaciones, ha retornado a los originales para leerlos con otros ojos, y en algunos casos ha creído conveniente acometer la elaboración de versiones alternativas a las convencionales que tienen en cuenta la perspectiva de género a la hora de enfrentarse a los textos<sup>89</sup> —una propuesta que, a pesar de que no contar con las simpatías de todos los sectores

---

<sup>86</sup> Eugene A. Nida, “Translation: Possible and Impossible”, en Marilyn Gaddis Rose (ed.), *Translation Horizons. Beyond the Boundaries of Translation Spectrum Translation Perspectives IX*, 1996, pág. 10.

<sup>87</sup> Eugene A. Nida, “Translating a Text with a Long and Sensitive Tradition”, pág. 190. La cursiva es nuestra.

<sup>88</sup> Lluís Duch, “Lectura i societat”, *Enrahonar*, 31, 2000, pág. 77.

<sup>89</sup> Cf. Athalya Brenner, “Introduction”, en Athalya Brenner (ed.), *A Feminist Companion to Genesis*, Sheffield, Sheffield Academic Press, [1993] 1997, pág. 13.

feministas<sup>90</sup>, ha ido granjeándose en el ámbito angloamericano (y últimamente en el de habla hispana) una creciente aceptación en la comunidad epistemológica relacionada con la traducción bíblica, y que no implica necesariamente, todo hay que decirlo, que se tome abiertamente partido por la mujer. En realidad, estas versiones suelen ser omnicomprendivas (*gender-neutral*), y no favorecedoras de lo femenino (*woman-centered*). En general, tienden a lo “inclusivo” (“inclusivo” es, de hecho, el adjetivo con el que subtitula la apodada como Biblia PC) más que a lo minoritario. Aun así, el cambio es notable, pues, según ponen de relieve las investigaciones feministas, la tradición heredada por lo general ha acostumbrado a los fieles a una versión masculina, cuando no masculinizada, de los episodios bíblicos.

Sin ir más lejos, pensemos, por ejemplo, en el relato de la creación. En una versión resumida, los acontecimientos principales podrían seguir esta triple secuencia: Dios creó al hombre a su imagen y semejanza; no es bueno que el hombre esté solo, juzgó Dios viendo a Adán a continuación; de una costilla del hombre, Dios creó a la mujer, Eva. Pues bien, el hecho de que por lo general se convenga con esta narración es, para los representantes de las tendencias críticas a las que nos referíamos, una prueba no sólo del androcentrismo que destila el lenguaje de la versión que tradicionalmente se ha enseñado sino de la importancia de las implicaciones cognitivas que trae aparejadas. Recuerdan en este sentido los revisionistas que, como rezan incluso las versiones autorizadas, a su imagen y semejanza “macho y hembra los creó” Dios (Gén. 1, 27), y como se reitera más adelante (Gén. 5, 2) “los creó macho y hembra, los bendijo y les dio el nombre de ‘hombres’ en el día de su creación”. En realidad, el sustantivo que suele traducirse en castellano por “hombres” corresponde a *adam*. Como ha señalado inveteradamente la tradición exegética de los textos sagrados, en la Biblia es muy

---

<sup>90</sup> En algunos sectores, en especial (y curiosamente) en los más radicales, el uso de un lenguaje “inclusivo” y atento a la cuestión de género se rechaza por considerarse que carece de sentido tratar de conseguir que las mujeres, según lo expresa Hutaff, se sientan más “como en casa” en un texto patriarcal y abiertamente discriminatorio para la mujer (citada en Sherry Simon, *op. cit.*, pág. 130). Este tipo de investigadoras defiende unas traducciones del texto bíblico que no atenúe en ningún momento la crudeza y el carácter androcéntrico del texto original, pues, según sostienen, éste es el modo más eficaz de socavar la autoridad del texto y de las traducciones canónicas.

frecuente que los nombres propios se utilicen en calidad de colectivos. Así, Adán simboliza a todos los hombres. Ahora bien, lo que denuncia la crítica feminista en este caso concreto y en muchos parejos es que con el sustantivo elegido se produce lo que, siguiendo a García Meseguer, denominaremos un “salto semántico”, que consiste en la reducción del significado al masculino específico de los sustantivos masculinos que se emplean en calidad de genéricos<sup>91</sup>. Meseguer ejemplifica y censura este mecanismo que relega a las mujeres entre otros con los siguientes ejemplos, que le brindan respectivamente Haro-Tecglen y Francisco Umbral:

El IVA ha caído sobre los intelectuales como una maldición terrible y confusa [...] generalmente suelen tener a su lado sufridas y valientes compañeras que les llevan las cuentas.<sup>92</sup>

Decía Romanones que lo primero para ser político es tener buena voz; y una buena voz nace siempre de unos espermatozoides peleones y bravitos.<sup>93</sup>

Como señala este autor, la segunda oración pone de manifiesto que, tras el sustantivo de la primera parte que teórica y gramaticalmente podría defenderse como genérico, se encubre en la mente del hablante una colectividad formada, no por personas, sino únicamente por varones, a menos que se admita que también es habitual que las mujeres tengan el apoyo de otras que cumplan esa función de “sufridas y valientes compañeras que les lleven las cuentas” o que las dotes para la política son tan exclusivamente masculinas como estrictamente biológicas. En la misma línea, las feministas denuncian que el vocablo *adam* que reza en los textos bíblicos originales es coartada de numerosos saltos semánticos que pueblan las traducciones. En este sentido,

---

<sup>91</sup> Álvaro García Meseguer, *op. cit.*, págs. 63-67.

<sup>92</sup> *Ibid.*, pág. 63.

<sup>93</sup> Álvaro García Meseguer, “El español, una lengua no sexista”, originalmente publicado en M<sup>a</sup>. Dolores Fernández de la Torre Madueño, Antonia M<sup>a</sup> Medina Guerra y Lidia Taillefer de Haya (eds.), *Igualdad lingüística: el sexismo en el lenguaje*, Málaga, Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Málaga, 1999, y accesible en la dirección de Internet <http://www.xcastro.com/meseguer.html>.

la autora de una nueva versión (literal y poética, en sus palabras) del Génesis al inglés<sup>94</sup> asume que en el texto hebreo es habitual que varíe la referencia de los nombres propios del particular a la colectividad, y a la inversa. En consonancia acepta que *adam* se refiere en ocasiones a la humanidad y otras a una persona particular. Ahora bien, ese paso de “el Hombre” a “un hombre” no siempre es, en su opinión, oportuna; en las traducciones suele suceder demasiado pronto, incurrir en androcentrismo, en una óptica de varón que en ocasiones se salda con la extensión de los referentes, los atributos y los roles específicamente masculinos a la humanidad o, lo que es lo mismo, con una reducción de la humanidad a su mitad<sup>95</sup>.

En este mecanismo tendría su origen, por dar un paso atrás, la interpretación predominante de que la mujer se origina de la costilla del varón. En otras versiones atentas a este fenómeno, y por otra parte más en consonancia con el mito del andrógino que se mantiene en la tradición judía, Dios creó a su imagen y semejanza al *ser humano* con polvo del suelo en el que insufló vida. De esa masa originaria desgajó un *lado* (que sólo puede interpretarse como “costilla” cuando se piensa en ella con una forma antropomórfica que, a su vez, puesto que a imagen y semejanza suya surge, termina proyectándose en Dios). Esta interpretación que presupone una fase intermedia en el desarrollo humano es la que lleva a Korsak a intervenir en el género de los pronombres habitualmente utilizados en las traducciones. Así, mientras que, una vez constata Dios la soledad del ser humano, en algunas versiones inglesas se lee “I will make *him* a helper fit for *him*” y más adelante “But for the man himself no partner had yet been found” o incluso un rechinante “But for Adam no fitting helper was found”, Korsak propone “I will make for *it* a help as *its counterpart*”, remitiendo así con *it* e *its* a esa masa originaria en lugar de a un varón, y eliminando con el vocablo *counterpart* las connotaciones de subordinación que en la actualidad desata especialmente la

---

<sup>94</sup> Cf. Mary Phil Korsak, *At the Start... Genesis Made New: A Translation of the Hebrew Text*, Lovaina, European Association for the Promotion of Poetry, 1992.

<sup>95</sup> Mary Phil Korsak, “Genesis: A New Look”, en Athalya Brenner (ed.), *op. cit.*, pág. 45.

formulación anterior<sup>96</sup>. Dice Grijelmo que las palabras no sólo significan, sino que también evocan<sup>97</sup>, y cierto es que *helper* no sólo nos lleva a “ayuda”, sino que por asociación trae consigo, como si se tratase de cerezas adheridas, la imagen del servicio doméstico, y en último extremo la del delantal, el estropajo, la escoba y el recogedor. A la luz de este caso cabría atribuir la reticencia de las autoridades bíblicas a cambiar la formulación tradicional de la que nos informa Nida a un privilegio de los significados de diccionario, del reino de la “denotación”, o, a la inversa, al olvido de la premisa de Alejandro Gándara de que “[l]as palabras no se ven, y por tanto no se leen, desde la claridad de la sabiduría o del dogma. Las palabras se ven y se leen sólo mediante distorsión.”<sup>98</sup> Una vez más, las prácticas convencionales de traducción y reescritura en el terreno de lo religioso parecen dejar entrever la vigencia del paradigma metafísico, tanto de las oposiciones binarias que lo caracterizan (significado/significante y otras afines, como contenido/forma, idea/palabra o denotación/connotación) —y, más aún, de la posición desigual, de la organización jerárquica de los términos que las forman—, como también de la presunción de que los componentes de estas oposiciones están unidos por una relación directa; en este caso concreto, que en virtud de su etimología el significante *helper* remite de forma lineal, unívoca e inequívocamente a *help*. Ciertamente, no puede hablarse en estos casos de errores de interpretación; sí de “a misconception of what [words] stand for, an unawareness of the cultural barnacles that cling to them and change their shape as they drift along cultural tides and eddies”, que,

---

<sup>96</sup> *Ibid.*, pág. 47. Por cierto que esta formulación coincide con la que cita (el traductor al castellano de) Leonardo Boff en *El águila y la gallina: una metáfora de la condición humana* (Madrid, Trotta, 1998. Trad.: José Luis Castañeda): “No es bueno que Adán esté solo: le voy a dar una compañera que esté a su altura.” Explica, además, este teólogo: “De entre todos los animales no había ninguno que pudiese ser para Adán un interlocutor adecuado. Entonces Dios creó a Eva a partir del lado de Adán. Comúnmente se habla de forma errónea que Dios creó a Eva de la costilla de Adán. En hebraico se usa la palabra *zela*, que significa propiamente *lado*, y no *costilla*. Es una metáfora para significar que Eva fue sacada no de la cabeza de Adán, para ser su señora, ni de los pies, para ser su esclava. Sino de su lado, del lado del corazón, para ser su compañera. Ella sí es y podrá ser la interlocutora de Adán” (págs. 26 y 27).

<sup>97</sup> Álex Grijelmo, *La seducción de las palabras*, pág. 20.

<sup>98</sup> Alejandro Gándara, *op. cit.*, pág. 33.

en opinión del traductor Gregory Rabassa, constituyen también una fuente de malentendidos<sup>99</sup>.

Con todo, hay que admitir que ni esa reticencia ni ese olvido es imputable por igual a todos los sectores que tienen poder de decisión sobre cuestiones relacionadas con la traducción bíblica, a todas las confesiones que le conceden el reconocimiento de texto sagrado ni a todos los tiempos. No obstante, cierto es que, a diferencia del judaísmo<sup>100</sup>, el cristianismo ha privilegiado en la interpretación de sus textos, según sostiene Alejandro Gándara, más el Sentido que el sentimiento<sup>101</sup>, y que por comparación histórica la rama católica se ha mostrado en términos generales más reacia a aventurarse en exégesis audaces de los textos sagrados (y en experimentos lingüísticos a la hora de expresarlos) que la protestante —no en vano, recordemos que la Reforma encuentra en gran manera su origen en la interpretación particular, en la *traducción* que en su día realizara Lutero de la Biblia a la lengua vernácula, o, en realidad, según sostienen entre otros autores como Berman, Steiner y Reichert, a una lengua incipiente que en buena medida fue creación suya<sup>102</sup>. En cualquier caso, es preciso señalar que tampoco en la Iglesia de Roma han faltado los intentos aperturistas, las apuestas por una política y unas estrategias traductoras que serían más propias del que André Lefevere, siguiendo a Frere, denomina *spirited translator* por oposición al tradicional *faithful*

---

<sup>99</sup> Gregory Rabassa, “Words Cannot Express... The Translation of Cultures”, en Marilyn Gaddis Rose (ed.), *Translation Horizons. Beyond the Boundaries of Translation Spectrum. Translation Perspectives IX, 1996*, pág. 183.

<sup>100</sup> Para un breve examen de la tradición cabalística y “centrada en la palabra” propia del judaísmo, y de su tendencia a la proliferación de los significados, véase el artículo de Joanna Bankier, “Translation Under the Sign of Postmodernity”, en Marilyn Gaddis Rose (ed.), *Translation Horizons. Beyond the Boundaries of Translation Spectrum Translation Perspectives IX, 1996*, especialmente págs. 123-125.

<sup>101</sup> Alejandro Gándara, *op. cit.*, pág. 32.

<sup>102</sup> Antoine Berman, *L'Épreuve de l'étranger. Culture et traduction dans l'Allemagne romantique*, París, Gallimard, 1984, págs. 46-47; George Steiner, *After Babel*, pág. 356; Klaus Reichert, “‘It Is Time’: The Buber-Rosenzweig Bible Translation in Context”, en Sanford Budick y Wolfgang Iser (eds.), *op. cit.*, pág. 169.

*translator*<sup>103</sup>. Según Lefevere, el arquetipo del “traductor fiel”, que tiende a ser conservador tanto en lo ideológico como en lo poético y a someterse reverentemente al texto original, es habitual cuando están en juego los “textos fundamentales” de una sociedad, entre los que cita expresamente la Biblia y el Corán. Este traductor se atiene a la más estricta corrección lógica y gramatical, lo que le lleva, en muchos casos, a resolver las posibles anfibologías, a desambiguar los dobles sentidos y en último término a buscar *el* sentido, que en el paradigma (metafísico) sólo se declina en singular. No en vano, la intención del traductor fiel es idealmente ofrecer *la* versión autorizada, verdadera e irrefutable. Por el contrario, el traductor “enérgico” o “inspirado” no duda en actualizar la formulación y los referentes culturales de los textos, en ponerlos a tono con las exigencias del momento y la circunstancia cultural —una estrategia, en términos generales, subversiva, que explica que “this way of translating is not without risks where foundation texts are involved: many a ‘spirited’ Bible translator, for instance, was burned at the stake”<sup>104</sup>.

Pues bien, como decíamos, si bien las autoridades religiosas por lo general han patrocinado el primer arquetipo, también han intuido la conveniencia y la necesidad de producir versiones “inspiradas”, “atrevidas”<sup>105</sup>. En la rama católica, como explican Sánchez Caro y Küng, esta necesidad no se reconoce oficialmente hasta el Concilio Vaticano II, en el que se apuesta por un paso del centralismo al pluralismo y de lo

---

<sup>103</sup> Cf. André Lefevere, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, págs. 49-51. Ha de notarse que, si bien Lefevere respeta la terminología que utiliza Frere en su Prefacio a una traducción de Aristófanes de 1840 (recogido por Miguel Ángel Vega en *Textos clásicos de la teoría de la traducción*, Madrid, Cátedra, 1994, págs. 253-254), deja bien claro, tanto con su explicación como más adelante explícitamente, que la condición de “fiel” no debe entenderse en términos absolutos. Es más, que lo que tradicionalmente se ha entendido por “fidelidad” no es sino una estrategia que remite a una ideología y una poética determinadas, generalmente de carácter conservador y ligadas al respeto del “sentido” (en detrimento, por ejemplo, de la forma).

<sup>104</sup> André Lefevere, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, pág. 50.

<sup>105</sup> Estos adjetivos corresponden, respectivamente, a las soluciones que ofrecen para el término “spirited translator”, originalmente acuñado por Frere, Miguel Ángel Vega en su versión del Prólogo del traductor de Aristófanes, y Román Álvarez y M. Carmen África Vidal Claramonte en su traducción al castellano de la obra anteriormente citada de Lefevere (*Traducción, reescritura y la manipulación del canon literario*, Salamanca, Ediciones Colegio de España, 1997, pág. 69).



dogmático a lo dialogal<sup>106</sup>; un paso que necesariamente se refleja en lo relativo a la traducción. Efectivamente, en la Constitución *Verbum Dei* sobre la Divina Revelación aprobada en el Concilio Vaticano II se lee que, “como la Palabra de Dios *ha de estar a disposición de cada época*, la Iglesia procura con maternal solicitud que se hagan traducciones aptas y fieles a las diversas lenguas, sobre todo de los textos originales de los Sagrados Libros”<sup>107</sup>; asimismo, se insta a los obispos a que “[p]rocuren la elaboración de traducciones *anotadas para el uso* de los no cristianos y *adaptadas* a su condición”<sup>108</sup>. Ahora bien, en algunos casos este consejo “inspirado” termina revirtiendo en apoyo de la ideología y la poética de la “fidelidad”, entendida en su acepción tradicional. Para los editores de la *Nueva Biblia de Jerusalén*, poner la Biblia al día según ruegan las autoridades religiosas significa “procur[ar] aquella *corrección, claridad y pulcritud* del idioma castellano que vienen exigidas por un lector moderno”<sup>109</sup>. En definitiva, como objetivos prioritarios se señalan los de conseguir una versión transparente y fluida, que diría Venuti: una exigencia ciertamente moderna en el sentido de *vigente*, si bien *habitual* e *inveterada* en tanto remite a un modelo de traducción tradicional. En realidad, la “equivalencia dinámica” de Nida, que ha solido utilizarse como estrategia “domesticadora” (y para algunos “neocolonizadora”<sup>110</sup>), se ensarta en último término en el modelo de traducción transparente y fluida. En efecto, para que la traducción pase sin brusquedad, con tersura, y en último término por el

---

<sup>106</sup> José Manuel Sánchez Caro, *La aventura de leer la Biblia en España (Conferencia Inaugural)*, Salamanca, Universidad de Salamanca / Universidad Pontificia de Salamanca, 2000, págs. 59-63; Hans Küng, *op. cit.*, pág. 22.

<sup>107</sup> Concilio Vaticano II, *Constitución Verbum Dei sobre la Divina Revelación*, n.º. 22, citada tal y como se recoge en la “Presentación” a *Nueva Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1975, pág. viii. La cursiva es nuestra.

<sup>108</sup> Concilio Vaticano II, *Constitución Verbum Dei sobre la Divina Revelación*, n.º. 25, citada a través de Sánchez Caro, *op. cit.*, pág. 60. La cursiva es nuestra.

<sup>109</sup> *Ibid.*, pág. ix. La distinción tipográfica está también en el original.

<sup>110</sup> Cf. Vicente Rafael, *Contracting Colonialism: Translation and Christian Conversion in Tagalog Society under Early Spanish Rule*, Ithaca, Cornell University Press, 1988; Eric Chefitz, *The Poetics of Imperialism: Translation and Colonization from The Tempest to Tarzan*, Londres y Nueva York, Oxford University Press, 1991.

original (es decir, inadvertida), no debe extrañar un ápice al lector —“translation of dynamic equivalence aims at complete naturalness of expression”, apunta Nida<sup>111</sup>—, por lo que lo exótico, lo diferente, lo Otro suele ser objeto de una reconversión que lo naturaliza. Así ocurre en el conocido ejemplo atribuido a Nida, que propone cambiar “Lamb of God” por “Seal of God” para transmitir las connotaciones de inocencia en una cultura, la esquimal, a la que el cordero le resulta poco familiar y aún menos simbólico, sin perturbar lo más mínimo a un lector cómodamente apoltronado en las *certidumbres* de lo que no pasa de ser su particular universo de *creencias*. Llevado esto al extremo, así se crían, sugiere como contrapunto Leonardo Boff, muchas águilas como si fueran gallinas: fomentando el enraizamiento y de la comodidad de lo local, lo cotidiano, lo limitado y lo prosaico, se frena el ascenso de quien puede volar hacia la apertura, hacia lo ilimitado, hacia lo poético<sup>112</sup>.

En Estados Unidos, las sucesivas revisiones de la que históricamente ha sido la traducción canónica (para los protestantes) en el ámbito angloamericano —la *King James Version*, que data de 1611 y que se denomina así en honor a su promotor, Jacobo I— también han ido buscando esa adecuación de la Biblia al lenguaje del momento y la circunstancia cultural. La Palabra (inglesa) de Dios no sólo no se ha demostrado Eterna, sino tampoco Universal (para todos los anglohablantes). El hecho de que la edición de 1901 recibiese el “subtítulo” de *American Standard Version* (y no *English*, en referencia al idioma) parece responder a la necesidad de acercar la Biblia a una comunidad en la que se observa una evolución lingüística separada, particular. Ésta, y las posteriores revisiones que lleva a cabo en 1959 y 1989 el organismo que centraliza los diferentes credos del cristianismo en los Estados Unidos, the National Council of the Churches of

---

<sup>111</sup> Eugene A. Nida, *Toward a Science of Translating, with Special Reference to Principles and Procedures Involved in Bible Translating*, pág. 159.

<sup>112</sup> Leonardo Boff, *El águila y la gallina: una metáfora de la condición humana*, especialmente págs. 21-24.

Christ in the U.S.A<sup>113</sup>, conocidas por los nombres de *Revised Standard Version* y *New Revised Standard Version* respectivamente, han ido introduciendo una serie de modificaciones en aras de la misma exigencia que, como decíamos, apuntaban los editores de la *Nueva Biblia de Jerusalén*: la claridad. No es mera coincidencia: de hecho para Chesterman todas las normas traductoras que tienen que ver con las expectativas del lector están subordinadas a este valor<sup>114</sup>. La edición de 1989, en este sentido, abole las formas verbales y de tratamiento arcaicas que tradicionalmente se han empleado en relación con Dios (*Thee, Thou, wast, dost*, por ejemplo, y otras como las que figuraban en la fórmula tradicional del Padrenuestro: “Our Father who *art* in heaven, hallowed be *Thy* name. *Thy* kingdom come. *Thy* will be done”, etc.). Dios se hace más cercano.

Y también, dicho sea de paso, se hace un Dios que habla a la totalidad de los creyentes, a todos y todas. No en vano, los responsables de esta edición de 1989 —que, no nos confundamos, no es la polémica Biblia PC, sino la versión estándar actualizada— estiman necesario prescindir de los masculinos empleados en calidad de genéricos siempre que, según avisan, con ello no se falsee el contenido de los pasajes. Con ello, los responsables de la Biblia “oficial” implícitamente aprueban las sugerencias que, desde hace décadas, vienen recibiendo los estudios bíblicos del feminismo. Ya en 1977 proponía Joann Haugerud, en su versión inclusiva de parte de los textos sagrados la abolición de pronombres y referencias exclusivamente masculinas en la redacción del texto. Así se comprueba cotejando las redacciones de dos versículos del Evangelio de Juan (6: 35-37) extraídas de la *Revised Standard Version* y de la de esta autora; cotejo que nos facilita Luise von Flotow<sup>115</sup>:

---

<sup>113</sup> Para más información sobre este organismo y sobre su línea de actuación en cuanto a las traducciones de la Biblia que patrocina, véanse las siguientes páginas de la Red: “The National Council of the Churches of Christ in the U.S.A”, [http://www.nccusa.org/about/about\\_ncc.htm](http://www.nccusa.org/about/about_ncc.htm) y “Bible Translation and Utilization”, <http://nccusa.org/nmu/btu.html>.

<sup>114</sup> Andrew Chesterman, “Ethics of Translation”, en Mary Snell-Hornby, Zuzana Jettmarová y Klaus Kaindl (eds.), *op. cit.*, pág. 150.

<sup>115</sup> Joann Haugerud, *The Word for Us, Gospels of John and Mark, Epistles to the Romans and the Galatians*, *apud* Luise von Flotow, *Translation and Gender. Translating in the ‘Era of Feminism’*, Manchester/Ottawa, St Jerome/University of Ottawa Press, 1997, pág. 54. La cursiva es nuestra.

Jesus said to them, 'I am the bread of life; *he* who comes to me shall not hunger, and *he* who believes in me shall never thirst...; and *him* who comes to me I will not cast out.

[...]

Jesus said to them, 'I am the bread of life; *anyone* who comes to me shall not hunger, and *anyone* who believes in me shall never thirst ...; and *those* who come to me I shall not throw out.

La decisión de la *New Revised Standard Version* de secundar estas medidas, que da una idea del influjo y grado de aceptación de las aportaciones feministas, pretende, según se lee en la página en Internet de este organismo centralizador, “mak[e] it clear when the Bible text refers only to men or women, or to both men and women, where previous translations obscured differences of meaning by using gender-specific, masculine words”<sup>116</sup>. Como se observa, también en este caso el objetivo aducido es la *claridad*: arrojar luz sobre un aspecto que hasta el momento no ha despejado la tradición exegética. Para bien o para mal, la claridad (y esto también lo advierte Chesterman<sup>117</sup>), como la fidelidad, demuestra ser un valor inmensamente polifacético, elástico —lo que en terminología post-estructuralista podría reformularse diciendo que se trata de un criterio relativo, culturalmente definido e históricamente determinado, y sujeto a una serie de parámetros variables que sólo adquieren valor en contexto. No quiere decir esto que de *todo* pueda decirse que es claro: hay criterios establecidos que determinan la claridad, aunque no sea posible hablar de criterios absolutos y universales. Alerta Venuti, en esta línea, de que “[c]oncepts of accuracy and fidelity are always locally defined, specific to different cultural formations and different historical moments”<sup>118</sup>. En el post-estructuralismo la claridad a lo sumo admite la definición “universal” que nos da Juan Luis Conde: “Claridad es [...] ‘interpersonalidad’, ‘publicidad’, disposición

---

<sup>116</sup> “Bible Translation and Utilization”, <http://nccusa.org/nmu/btu.html>.

<sup>117</sup> Andrew Chesterman, “Ethics of Translation”, pág. 150.

<sup>118</sup> Lawrence Venuti, “Translation as a Social Practice: or, The Violence of Translation”, pág. 199.

a compartir códigos con los demás”<sup>119</sup>. El jeroglífico más intrincado puede ser, de esta manera, *claro* si la comunidad que lo recibe está entrenada en ese lenguaje cifrado.

La que ha dado en llamarse Biblia políticamente correcta, que es una versión del Nuevo Testamento y los Salmos a partir de la *New Revised Standard Version* de 1989 (aunque no con el mismo mecenazgo), reclama asimismo como objetivos de su proyecto la claridad y la fidelidad. Ahora bien, en la introducción general que precede al texto en sí<sup>120</sup>, los editores detallan el significado que revisten a su modo de ver estos valores en las circunstancias precisas en que se produce la traducción, lo que les sitúa implícita pero plenamente no sólo en un paradigma post-estructuralista sino también en camino de la que para Rosemary Arrojo es quizá la única salida ética a partir del derrumbe de los valores absolutos —la explicitación de las premisas que guían la *intervención* del traductor, que, en un paradigma en el que no existe la neutralidad, cae ineludiblemente en el terreno del *intervencionismo*<sup>121</sup>—, concretamente a través de la estrategia paratextual que defiende Venuti:

perhaps translations [...] should contain prefaces that not merely describe the problems posed by the foreign text and the translator’s solutions, but rationalize the global strategy developed and implemented by the translator, including the specific kind of discourse chosen for the translation and the specific interpretations assigned to key concepts. Such prefaces will ultimately force translators and their readers to reflect on the ethnocentric violence of translation and possibly to write and read translated texts in ways that seek to recognize the linguistic and cultural difference of foreign texts<sup>122</sup>.

---

<sup>119</sup> Juan Luis Conde, *op. cit.*, pág. 90.

<sup>120</sup> Cf. Victor Roland Gold, Thomas L. Hoyt Jr., Sharon H. Ringe, Susan Brooks Thistlewaite, Burton H. Throckmorton Jr., Barbara A. Withers, “General Introduction”, a Victor Roland Gold, Thomas L. Hoyt Jr., Sharon H. Ringe, Susan Brooks Thistlewaite, Burton H. Throckmorton Jr. y Barbara A. Withers (eds.), *The New Testament and Psalms. An Inclusive Version*, Oxford, Oxford University Press, 1995, págs. vii-xxii.

<sup>121</sup> Cf. Rosemary Arrojo, “Asymmetrical Relations of Power and the Ethics of Translation”, *TextconText*, vol. 11, 1997, pág. 18.

<sup>122</sup> Lawrence Venuti, “Translation as a Social Practice: or, The Violence of Translation”, pág. 211.

No en vano, si toda traducción implica una manipulación, la más peligrosa no es la que resulta evidente, sino la traducción que asegura ser fiel, objetiva<sup>123</sup>. El concepto de claridad que tienen en mente los editores de la Biblia PC es, en su opinión, el que impulsa en nuestros días una evolución en la lengua inglesa hacia una *mayor especificidad*; una evolución que no sólo se conforman con seguir, sino que pretenden fomentar y vigorizar por medio de su labor<sup>124</sup>. El género es quizá la parcela en la que más se deja notar esta tendencia que, en su opinión, conduce a un mayor rigor lingüístico (en tanto, por explicarlo con uno de los ejemplos que mencionan, el sustantivo *firefighters* transmite con mayor precisión que *firemen* que el cuerpo de bomberos está formado tanto por varones como por mujeres), aunque no el único; el tratamiento de la raza o de las discapacidades también avanza en esta dirección: la sustitución ya usual en inglés por fórmulas perifrásticas al estilo de “people who are blind” o “those who are lame” de las nominalizaciones tradicionales como “the blind” o “the lame”, en su opinión, añade el matiz de que los así referidos son, ante todo, personas que, con carácter secundario, tienen una discapacidad. En contra de la opinión de quienes entienden las perífrasis y los eufemismos asociados con la corrección política como modos de desdibujar y emborronar los significados, resulta que para los editores de esta Biblia los circunloquios los precisan, los especifican, los completan.

En cualquier caso, los campos en los que centran su labor de clarificación son aquéllos sobre los que han dejado su huella los sutiles procedimientos de exclusión que en y a través del orden del discurso proyectan un sistema social discriminatorio<sup>125</sup>.

---

<sup>123</sup> Kaisa Koskinen, “(Mis)Translating the Untranslatable — The Impact of Deconstruction and Post-Structuralism on Translation Theory”, *Meta*, vol. XXXIX, n.º. 3, 1994, pág. 451.

<sup>124</sup> Victor Roland Gold, Thomas L. Hoyt Jr., Sharon H. Ringe, Susan Brooks Thistlewaite, Burton H. Throckmorton Jr., Barbara A. Withers, “General Introduction”, pág. viii.

<sup>125</sup> Para los procedimientos de exclusión que pone en marcha el orden del discurso con vistas a mantener la distinción básica entre lo normal y lo anormal de la que se ocupa la obra de Foucault, véanse las págs. 11-20 de *El orden del discurso*.

Saben los editores que, como nos informa Meseguer, el lenguaje es *producto*<sup>126</sup>, reflejo de la sociedad en la que se gesta, inclusive de las injusticias que históricamente ha consentido, de sus desigualdades. Como dice el comienzo de una aforística frase de Lecercle con que inaugura Venuti su “Translation, Community, Utopia”, “Language is a repository of ancient errors”<sup>127</sup>. Ahora bien, también avisa Meseguer de que el lenguaje es *energía*<sup>128</sup>, fuerza transformadora, posibilidad de cambio o, como finaliza esperanzadoramente la sentencia de Lecercle, “and [language is also] a treasury of potential truths”<sup>129</sup>. De ahí que los responsables de esta edición que nos ocupa traten de contribuir a materializar en las palabras, y por medio de ellas, la que interpretan como una de las “verdades” del Evangelio más relevantes para el contexto actual: la igualdad de todos los seres humanos. El lenguaje que utilizan, a tono con estas premisas, se esfuerza especialmente por tratar de manera considerada el género, la raza, la condición física y otras preocupaciones similares, en detrimento —cabe añadir— de otros factores como podrían ser la musicalidad, la correspondencia formal con la disposición del texto original o el respeto del vocabulario y el tono que han canonizado otras traducciones. Se lee en la introducción de esta Biblia que “[a]ny effort to express in one language a text that was written in another inevitably involves some *interpretation*”<sup>130</sup>, y bien podrían haber dicho una *selección*. Nunca se traduce, sin más. “Translators never just translate”, dice Theo Hermans. “They translate in the context of certain conceptions of and expectations about translation”<sup>131</sup>. Se traduce, en efecto, con una comunidad lectora particular en mente, a partir de una presuposición inicial de lo que significa traducir y en

---

<sup>126</sup> Álvaro García Meseguer, “El lenguaje y los sexos”, en Seminario de Estudios de la Mujer de la Universidad Autónoma de Madrid (ed.), *Nuevas perspectivas sobre la mujer - II*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1982, pág. 80.

<sup>127</sup> Cf. Lawrence Venuti, “Translation, Community, Utopia”, pág. 468.

<sup>128</sup> Álvaro García Meseguer, “El lenguaje y los sexos”, pág. 80.

<sup>129</sup> Lawrence Venuti, “Translation, Community, Utopia”, pág. 468.

<sup>130</sup> Victor Roland Gold, Thomas L. Hoyt Jr., Sharon H. Ringe, Susan Brooks Thistlewaite, Burton H. Throckmorton Jr., Barbara A. Withers, “General Introduction”, pág. viii. La cursiva es nuestra.

<sup>131</sup> Theo Hermans, *Translation's Other (Inaugural Lecture)*, pág. 15.

unas circunstancias que requieren adaptar esas directrices abstractas a las exigencias del momento, amén de con unos objetivos (explícitos o tácitos) determinados, un fin, un *skopos* concreto que influye a la hora de tomar decisiones o, mejor dicho, unas decisiones y no otras.

En el marco del post-estructuralismo, esta convicción ha llevado a una revisión crítica de las imágenes con que tradicionalmente se ha conceptualizado la traducción. Por todo ello, la traducción, como rezan las teorías interculturales de la traducción y en general las que se oponen al paradigma metafísico, no puede entenderse como *reproducción* exacta, como *duplicado* mimético del original, como la *fotocopia* perfecta que, salvo por la inevitable transformación lingüística (o incluso a pesar de ella), para algunos logra o debería lograr quien la acomete. Como sugiere Manuel Asensi en una línea gadameriana, la traducción sólo puede pensarse como reproducción si se deja aparte la historicidad del comprender, la(s) historia(s) en la que se hallan inmersos el objeto y el sujeto de la traducción, si se olvida el efecto determinante de la tradición, únicamente si se entiende el significado en términos de referencia y si se concibe el lenguaje instrumentalmente<sup>132</sup>. Por eso, más bien, en este marco teórico se la conceptúa como una *transformación*, “transformación regulada”<sup>133</sup>, que diría Derrida. En opinión de Theo Hermans, tampoco procede concebirla como *transcripción* o *cita directa*, entre otras cosas porque, aunque a veces se olvide, la traducción implica un cambio de código, y en cualquier caso porque, como sugiere Conde, las que denominamos transcripciones nunca son reproducciones literales, sino que también ejecutan cambios para adecuar el mensaje al nuevo medio. Efectivamente, las palabras que se consignan por *cita directa* se ven sometidas casi siempre a un ajuste, cuando menos para arreglar

---

<sup>132</sup> Manuel Asensi, *Theoría de la lectura. Para una crítica paradójica*, Madrid, Hiperión, 1987, págs. 99-100.

<sup>133</sup> Jacques Derrida, *Posiciones*, Valencia, Pre-Textos, 1977, pág. 29. Trad.: Manuel Arranz.



el desaliño de las frases, extractar ideas, eliminar vacilaciones, muletillas y pausas<sup>134</sup>. Por todo ello, sugieren, es preferible concebir la traducción como *estilo indirecto*<sup>135</sup>.

Si nos alejamos de la imaginería verbal para detenernos en otra que entiende que la traducción emerge de un juego de luces, tampoco cabe hablar de reflejo, es decir, de una representación lograda por reflexión, de manera rectilínea, directa, ni de una imagen especular, fotográfica. En general, Lefevere prefiere el término refracción<sup>136</sup> para describir lo que sucede con las traducciones y en general con las reescrituras, que no doblan el original a través de un eje de simetría, sino que lo reverberan con un juego de lunas cóncavas y convexas, produciendo una figura similar pero anisomórfica con respecto de la primera. Rosemary Arrojo, haciendo una lectura inversa de *El retrato oval* de Poe, sugiere que la imagen que surge con la traducción asegura la supervivencia del original, que según cobra existencia dicha traducción se debilita, agoniza<sup>137</sup>. Desde otra perspectiva, consciente de los diferenciales de poder que influyen en toda traducción, apropiándose de una frase de Joyce, Michael Cronin sugiere que para quienes traducen desde una posición subordinada la traducción es una imagen obtenida a través del “resquebrajado espejo del siervo”<sup>138</sup>. También se cuestionan en este marco las metáforas que ligan la traducción a la acostumbrada imaginería del tránsito, como si se tratase del traslado inaccidental de un fardo conceptual y formal bien atado. Chesterman sugiere, más bien, que desterramos la idea de *mudanza* a favor de conceptos como propagación, difusión, extensión o evolución, e incluso de simbologías genéticas que pongan de relieve la idea de *progreso*, pues la traducción no pone fin a la existencia y desarrollo del texto de partida en su contexto de origen, como tampoco

---

<sup>134</sup> Cf. Juan Luis Conde, *op. cit.*, pág. 55.

<sup>135</sup> Cf. Theo Hermans, *Translation's Other (Inaugural Lecture)*, pág. 8.

<sup>136</sup> André Lefevere, “Mother Courage’s Cucumbers: Text, System and Refraction in a Theory of Literature”, pág. 234.

<sup>137</sup> Rosemary Arrojo, “The Power of Originals and the Scandal of Translation – A Reading of Edgar Allan Poe’s ‘The Oval Portrait’”, en María Calzada Pérez (ed.), *Translation Studies on Ideology/Ideologies in Translation Studies*, Manchester, St. Jerome, 2001.

<sup>138</sup> Michael Cronin, *art. cit.*, pág. 146.

acaba una vez se descarga el equivalente en la cultura de destino<sup>139</sup>. En fin, con todas estas imágenes, los principales representantes de las últimas corrientes teóricas que informan los Estudios de Traducción pretenden resaltar, frente a la idea de semejanza privilegiada en las concepciones tradicionales, lo que la traducción necesariamente cambia, altera, desarrolla y adapta, lo que mantiene y, a la vez, *lo que descarta*.

Los editores de la versión del Nuevo Testamento y los Salmos que nos ocupa, desde luego, participan de este modo de entender la traducción y, en consonancia, abiertamente declaran que “[w]hen we render the Bible into English with attention to greater specificity with regard to gender, race, physical ability and other such concerns, we are aiming at producing *a specific version* of the biblical text: an inclusive version”<sup>140</sup>. No ha lugar postularse como *la* versión única, legítima de la Biblia. El post-estructuralismo predica de ella, como por otra parte de todo texto, que su haz de significaciones no se agota en los que decreta su autor o a él se atribuyen, ni se termina nunca, sino que va expandiéndose según participan los lectores en la determinación de su significado, según evoluciona el modo de pensar y por otra parte lo que puede pensarse en las diferentes épocas, en cada momento. “A work might have a god-like creator, but the text is created anew in every reading and no ownership can be declared”, sostiene desde una perspectiva desconstruccionista Kaisa Koskinen en una declaración que, ejemplificando lo expuesto, adquiere un significado imprevisto en nuestras páginas<sup>141</sup>. En su introducción, los responsables de la Biblia PC dan a entender, en la misma línea, que, aun resueltas todas las disputas ecuménicas sobre lo que abarca, la Biblia no sería nunca un texto cerrado, perfectamente delimitado, con un significado que, encubierto en las palabras originales, aguarda a ser restaurado. Al contrario, es un texto indefinidamente abierto, en permanente construcción, esperando siempre a

---

<sup>139</sup> Andrew Chesterman, *op. cit.*, pág. 8.

<sup>140</sup> Victor Roland Gold, Thomas L. Hoyt Jr., Sharon H. Ringe, Susan Brooks Thistlewaite, Burton H. Throckmorton Jr., Barbara A. Withers, “General Introduction”, pág. viii. La cursiva es nuestra.

<sup>141</sup> Kaisa Koskinen, *art. cit.*, pág. 448.

adquirir sentido y a la vez a sabiendas de que, por más teólogos que alumbre el futuro, nunca se llegará a una exégesis ni irrevocable ni exclusiva; de que, por más traducciones de la Palabra de Dios que se publiquen, éstas podrán publicitarse como la última edición de la Biblia, pero nunca como la edición última, la definitiva. No en vano, según apunta acercándose en cierto modo a esta línea post-estructuralista Lluís Duch, “deberíamos tener presente que toda *traducción* es, justamente, *tensión*, que pone de relieve la correspondencia siempre *provisional*, que se debe rehacer incesantemente, entre *aquello que es* y los balbuceos que se esfuerzan en expresarlo en la inagotable corriente de la vida cotidiana”<sup>142</sup>.

De todos modos, esta creencia no invalida necesariamente el concepto de fidelidad, al que, como adelantábamos anteriormente, también recurren los responsables de la edición publicada por Oxford, si bien por lo expuesto quizá pueda ya colegirse que en ningún caso lo invocan en tanto valor absoluto. En realidad, cuando se percibe que el ideal de identidad y unicidad al que se ha encomendado tradicionalmente la traducción es una quimera tan imposible como deslustrada, y en consecuencia pasa a reconocerse que toda traducción es un ejercicio necesariamente selectivo, estratégico y resolutorio, o se considera en cierto modo inevitablemente infiel<sup>143</sup> o la fidelidad se descubre asimismo relativa y contingente: siempre como fidelidad (parcial) *a ciertos aspectos*, a la par que infidelidad a otras muchas cosas<sup>144</sup>. Cualquier otro tipo de fidelidad (a saber, supuestamente categórica, ilimitada, incondicional) —podríamos decir siguiendo lo que en otro artículo afirma Rosemary Arrojo— es un espejismo ilusorio<sup>145</sup>. Sin embargo, la

---

<sup>142</sup> Lluís Duch, *Mito, interpretación y cultura*, Barcelona, Herder, [1995/1996] 1998, pág. 469. Trad.: Francesca Babí i Poca y Domingo Cía Lamana.

<sup>143</sup> Rosemary Arrojo, “The ‘Death’ of the Author and the Limits of the Translator’s Visibility”, pág. 27.

<sup>144</sup> Cf. André Lefevere, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, pág. 51; Barbara Johnson, “Taking Fidelity Philosophically”, en Joseph F. Graham (ed.), *op. cit.*, págs. 142-148.

<sup>145</sup> Rosemary Arrojo, “Fidelity and the Gendered Translation”, *TTR*, vol. 7, nº. 2, 1994, pág. 160.

experiencia histórica demuestra que la capacidad cegadora de ese tipo de espejismos no es desdeñable, y que en el ámbito de lo religioso las traducciones no han tenido ni reparos ni dificultad para asegurar su absoluta entrega *del* y *al* texto sagrado a pesar de ser versiones (in)fieles sólo a medias, es decir, fruto de “fidelidades” concretas como, por otra parte, no podía ser de otra manera.

Por lo general en el caso de la traducción bíblica el sintagma “traducción fiel” ha actuado tradicionalmente como apócope de “traducción fiel al sentido”, y concretamente al sentido dogmático: sentidos (posibles y/o aceptables), cabe argüir, hay muchos; legitimados por las autoridades religiosas, idealmente Uno. Julio Trebolle sostiene que la “historia del texto bíblico ha sido la historia de sucesivos intentos de unificación de lo múltiple y no la historia de la multiplicación de lo único”<sup>146</sup>. Por decirlo a través de una distinción de Küng, históricamente han triunfado (más que la Biblia, la Tradición y la Autoridad) el *biblicismo*, el *tradicionalismo* y el *autoritarismo*<sup>147</sup>, si bien es cierto que actualmente en las propias instancias eclesíásticas el dogmatismo está en crisis y tratando de rehuirse<sup>148</sup> (quizá porque se tiene conciencia de que, como apunta Gellner, la idea de que “una fe determinada debe sostenerse firmemente en su forma completa y literal, sin concesiones, matizaciones, reinterpretaciones ni reducciones” y de que la “doctrina puede establecerse con precisión y de modo terminante” está en la base del rigorismo, del integrismo o, lo que es lo mismo, del fundamentalismo religioso<sup>149</sup>) y, al contrario, tratando de abrazarse en un nuevo paradigma teológico, una teología de la diferencia<sup>150</sup>. Sea como fuere, las

---

<sup>146</sup> Julio Trebolle *apud* Alejandro Gándara, *op. cit.*, pág. 17.

<sup>147</sup> Hans Küng, *op. cit.*, pág. 59.

<sup>148</sup> Cf. Juan Martín Velasco, *Ser cristiano en una cultura posmoderna*, Madrid, PPC, 1996, pág. 90.

<sup>149</sup> Ernest Gellner, *Posmodernismo, razón y religión*, Barcelona/ Buenos Aires/ México, Paidós, 1992, pág. 14. Trad.: Ramón Sarró Maluquer.

<sup>150</sup> Cf. José M<sup>a</sup> Mardones, “La teología en la postmodernidad. Postmodernidad y cambio de paradigma en la teología”, *Postmodernidad y cristianismo. El desafío del fragmento*, Santander, Sal Terrae, 1998, págs. 140-144, relativas al epígrafe “Teología de los pobres, teología de la diferencia”.

traducciones del texto bíblico acometidas con el propósito de esclarecer el Sentido han seguido (y siguen), por utilizar la terminología que proponen Bassnett y Lefevere en *Constructing Cultures*, el modelo de San Jerónimo, “fiel” al sentido literal. Según nos indican Bassnett y Lefevere, no obstante, hay otros modelos de “fidelidad” posibles, y a ellos también se ha recurrido, aunque en menor medida, en el ámbito de la traducción bíblica<sup>151</sup>. El que, para Bassnett y Lefevere, sigue la estela de Horacio apuesta por una “fidelidad al cliente” y a su universo de creencias, y en éste vuelven a encajar las Biblias adaptadas según las exigencias de la “equivalencia dinámica” de Nida. El último de los modelos fundamentales, a lo Schleiermacher, exigiría una fidelidad a la alteridad, la diferencia del texto o la cultura originales, que deberían mantenerse o imitarse<sup>152</sup>, y en éste se situarían por ejemplo las versiones de la Biblia que, a partir de la creencia de que el misterio de la fe reside en la extrañeza de las palabras o los sonidos originales, tratan de preservarlos, como en un caso que comenta Nida, en el que, a tono con el mensaje que predica la capacidad creadora del Verbo, la traducción de las primeras palabras del Evangelio de San Juan se basa en el procedimiento de la transliteración fonética<sup>153</sup>.

Ciertamente, cada uno de estos modelos de “fidelidad”, por separado, a menudo logra hacerse pasar como el único válido y verdadero mediante la extensión inconsciente de la norma traductora (en el sentido de Toury) que predomina en cierto tipo de textos a la inmensa multiplicidad de prácticas que componen el universo de la traducción (así, el modelo traductor de Horacio se erige en universal con suma facilidad si el significado de “traducir” se extrae del ámbito de la traducción publicitaria; el de Schleiermacher se acepta como el óptimo si el funcionamiento y las exigencias de la

---

<sup>151</sup> De hecho, ya en 1971 Katharina Reiss establecía diferentes tipos de traducciones bíblicas, cuyas “fidelidades”, en su opinión, vienen determinadas por la función que vaya a cumplir el texto (Cf. *Translation Criticism - The Potentials & Limitations. Categories and Criteria for Translation Quality Assessment*, Manchester/ Nueva York, St Jerome/ American Bible Society, [1971] 2000. Trad.: Erroll F. Rhodes, págs. 95-98).

<sup>152</sup> Cf. Susan Bassnett y André Lefevere, “Introduction. Where Are We in Translation Studies?”, págs. 2-10.

<sup>153</sup> Eugene A. Nida, “Translating a Text with a Long and Sensitive Tradition”, pág. 194.

traducción se ilustran con ejemplos propios de la versión de textos poéticos; el de San Jerónimo se da por irrefutable si la definición de traducción se obtiene a partir de la experiencia empírica de lo que suele ser general en la traducción de textos ricos en contenido y/o con gran prestigio cultural). Sin embargo, si se les convoca a un tiempo, como hacen Bassnett y Lefevere, estos modelos descubren a la fuerza su parcialidad y su relatividad, sus carencias. Cabe pensar que en realidad cada uno de ellos tiene un ámbito restringido de vigencia, un tipo de textos en los que se aplica indiscutiblemente. Cabe asimismo dar un paso más allá y cuestionar su validez (y su posibilidad) en tanto opciones unitarias.

En cierto modo puede decirse que así ocurre en la “Biblia políticamente correcta”, que suscribe un concepto de fidelidad que, además de relativo, es múltiple, polifacético. En efecto, en esta traducción se aúnan y se complementan todas las fórmulas de fidelidad citadas por Bassnett y Lefevere, e incluso otras, que van privilegiándose de una manera estratégica, ya claramente en solitario ya combinadas, con el fin de explotar los diferentes tipos de posibilidades significativas que ofrece el texto. Y es que este texto en concreto (y en general prácticamente todos los textos) no es, desde luego, un todo monolítico, homogéneo, unidimensional, que ofrezca (y exija) lecturas unilaterales centradas sólo en la forma, sólo en la letra o sólo en el sentido. Más bien, se trata de un *locus* plural y heteróclito, compuesto de trazos con posibilidades múltiples, de señales multifuncionales y reclamos polivalentes, que con un concepto de fidelidad unitario quedan inevitablemente apisonados, reducidos, aplanados (con lo cual no es de extrañar, dada la vigencia histórica de un paradigma metafísico basado en fidelidades absolutas, que tradicionalmente la traducción se haya caracterizado por una jerga plana, acartonada e insulsa que Mary Snell-Hornby denomina, apropiándose de un vocablo de Steiner, *translationese*<sup>154</sup>). En la traducción que nos ocupa, sin embargo, y

---

<sup>154</sup> Mary Snell-Hornby, “Released from the Grip of Empire: Lengua Franca as Target Culture?”, pág. 53. Steiner utiliza este vocablo, con un sentido menos restrictivo, en *After Babel*, pág. 382.

en consonancia con la visión heterogénea que tienen del texto, optan los editores por que convivan (y compitan) diversas fidelidades.

En primer lugar, y si bien en las opiniones de los detractores de esta polémica Biblia suele resaltarse lo contrario a partir de soluciones de traducción aisladas, esta traducción reivindica tanto entre sus objetivos como entre sus logros la *fidelidad al sentido* que es imperativa en el modelo de traducción a lo San Jerónimo. Aunque pueda parecer paradójico dado el bagaje post-estructuralista que la avala, se apela incluso al *Sentido* con mayúsculas, el sentido dogmático, ortodoxo; un Sentido que, como detalla Foucault en *El orden del discurso*, está vigilado por un buen número de procedimientos de exclusión y control, y sujeta su producción a una serie de reglas y condiciones de utilización. Conscientes quizá de ello, ya en la contraportada hacen constar los editores de la Biblia PC que “[t]he principles applied [...] are consistent with the accepted requirements of all respected English language versions of the Bible: close reference to the original language texts and current scholarly material, and a consistent scholarly orientation throughout the work”, un aserto que más adelante se ve refrendado por un listado en el que se enumeran los miembros del “Comité Editorial” de esta edición, con sus respectivos cargos profesionales y rangos ecuménicos. No en vano, para la producción de “doctrina”, dice Foucault, “la [...] condición requerida es el reconocimiento de las mismas verdades y la aceptación de una cierta regla —más o menos flexible— de conformidad con los discursos válidos”, y a la par advierte que “[n]adie entrará en el orden del discurso si no satisface ciertas exigencias o si no está, de entrada, cualificado para hacerlo”<sup>155</sup>.

También se invoca, no obstante, en esta versión un *sentido* con minúsculas: el que, para los editores, es el mensaje de la Biblia más significativo para el momento actual, a saber, la igualdad de todos los seres humanos ante Dios. Acordes con la idea que transmitía San Pablo a los gálatas cuando decía que “ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”

---

<sup>155</sup> Michel Foucault, *El orden del discurso*, págs. 43 y 39.

(Gál. 3, 28), la “versión inclusiva” de la Biblia tiene como eje fundamental “the equal value of all people, both genders, every race, religion, and physical condition”<sup>156</sup>. Esto, y la consciencia de que el *orden del discurso* hegemónico no refleja tal idea, sino que trasluce, a la par que refuerza, una organización social jerárquica y discriminatoria, lleva a los editores, como ya veíamos anteriormente, a cuidar con especial atención el lenguaje empleado en relación con los seres humanos, y concretamente:

to replace or rephrase all gender-specific language not referring to particular historical individuals, all pejorative references to race, color, or religion, and all identifications of persons by their physical disability alone, by means of paraphrase, alternative renderings, and other acceptable means of conforming the language of the work to an inclusive idea.<sup>157</sup>

Curiosamente, esta fidelidad al “sentido” origina un vínculo entre la traducción y unas tendencias retóricas concretas en la cultura de destino —que, siguiendo a Lefevere, podríamos también denominar una poética determinada. La traducción, sugiere Bassnett, al reescribir el pasado, escribe el futuro<sup>158</sup>. No en vano, son éstas unas tendencias ciertamente innovadoras, patrocinadas, como sabemos, por feministas, miembros de grupos desfavorecidos y etnias minoritarias. De esta manera, parece confirmarse lo que sostiene Lawrence Venuti en “Translation, Community, Utopia”: que la traducción crea lazos entre grupos que aparentemente apenas tienen nada en común; que es germen de “comunidades imaginarias” heterogéneas, sorprendentes, inesperadas<sup>159</sup>.

Esta comunidad comparte un modo de expresión lingüística particular. Y podría decirse que sus miembros se entienden, por utilizar otro término que propone Venuti, en una *lengua menor o minoritaria*, en tanto esa particularidad no es fruto de una creatividad lingüística individual, sino que remite a formas colectivas de enunciación

---

<sup>156</sup> Victor Roland Gold, Thomas L. Hoyt Jr., Sharon H. Ringe, Susan Brooks Thistlewaite, Burton H. Throckmorton Jr., Barbara A. Withers, “General Introduction”, pág. ix.

<sup>157</sup> *Ibid.*, págs. viii-ix.

<sup>158</sup> Susan Bassnett, “La traducción como remembranza”, en Román Álvarez (ed.), *op. cit.*, págs. 61-78. Trad.: M. Rosario Martín y Jesús Torres del Rey.

<sup>159</sup> Lawrence Venuti, “Translation, Community, Utopia”, pág. 477.



—la característica que, para Deleuze y Guattari (de quienes toma Venuti este término), separa estas *lenguas menores* de los usos idiolectales del lenguaje<sup>160</sup>. Para Venuti, las *lenguas principales* o *mayoritarias* son las de los grupos dominantes, y suelen primar la normalidad, la invariabilidad, la homogeneidad<sup>161</sup>. Son, por otra parte, las lenguas que privilegia el *gramático* que retrata Juan Luis Conde<sup>162</sup>. Las *menores*, por el contrario son aquéllas que, ya con estatus reconocido de “lengua” ya integradas en otras<sup>163</sup>, corresponden a grupos subordinados (por ejemplo, determinadas etnias, géneros u orientaciones sexuales), y a la vez representan la heterogeneidad, retan la norma y la regularidad, y cuestionan con su variación lo dominante, lo consensuado<sup>164</sup>. Ésta es la lengua que busca el *escritor*, y que de hecho caracteriza al buen escritor<sup>165</sup>; esa *lengua de tribu* reprimida o relegada por la *lengua de polis*<sup>166</sup>. Traducir hacia estas lenguas menores —que a grandes rasgos se corresponde con lo Otro o el Afuera (Foucault), lo carnavalesco (Bajtin), lo polifónico (Kristeva) o *the remainder* (Lecercle *apud* Venuti)— es ya de por sí en cierto modo un acto subversivo, porque, al renunciar a plegarse a lo ratificado, a las opciones legitimadas, recurrentes, sistemáticas, la traducción deliberada o involuntariamente entra en lo que siguiendo a Kathy Mezei

---

<sup>160</sup> Cf. Lawrence Venuti, “Introduction” a Lawrence Venuti (ed.), *Translation & Minority*, págs. 136-138.

<sup>161</sup> *Ibid.*, pág. 136.

<sup>162</sup> Cf. Juan Luis Conde, *op. cit.*, pág. 15.

<sup>163</sup> Véanse, en este sentido, las observaciones sobre la “lengua” y su relación con los conceptos de “cultura” o “nación” que hace Snell-Hornby en “How Many Englishes? Lingua Franca and Cultural Identity as a Problem in Translator Training”, especialmente las págs. 284-285, donde antes de deshacer “the illusory equation ‘one nation : one culture : one language’” se lee lo siguiente: “a language is simply what is accepted as such, whether by international consensus or by group pressure”. Véanse asimismo las reflexiones de Pierre Bordieu en el epígrafe titulado “Lengua oficial y unidad política” de su obra *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, págs. 18-20.

<sup>164</sup> Cf. Lawrence Venuti, “Introduction” a Lawrence Venuti (ed.), *Translation & Minority*, pág. 136.

<sup>165</sup> Cf. Juan Luis Conde, *op. cit.*, pág. 15.

<sup>166</sup> Cf. Joaquim Mallafré *apud* Ovidi Carbonell i Cortés, *Traducción y cultura. De la ideología al texto*, págs. 259-260.

denominaremos una semiótica del desafío<sup>167</sup>. Dicho sea de paso, si bien la sorpresa, el recurso a lo poco habitual, a lo que contradice la norma y a lo antirreglamentario se aplauden en la creación *original*, curiosamente traducir de este modo —traducir a una lengua menor— no suele estar siempre bien visto. Y esto nos da pie a afirmar que aparentemente existe un doble rasero para juzgar los textos, según se trate de originales o traducidos: del original se admite (y suele esperarse) innovación y ruptura; de la traducción, por el contrario, continuidad e inercia. Las expectativas construidas en torno a la traducción engranan esta actividad en los mecanismos de reproducción cultural y social de tinte más conservador, y la convierten en arbotante del modelo social jerárquico tradicional. Aparte, esas mismas expectativas refuerzan la propia subordinación de la traducción. El mandamiento que ha reinado de manera plenipotenciaria en el modelo metafísico de traducción tradicional, según el cual ésta debe someterse al original, adquiere aquí otra lectura: estar *sometida* significa *estar por debajo* del original, no estar nunca a su altura ni llegar a sus extremos. El modelo metafísico, en otras palabras, aconseja a la traducción prudencia, pasando quizá por alto que rebajar, ante la duda, el grado de atrevimiento y de audacia implica rebajar asimismo las posibilidades de éxito y de calidad incluso.

En fin, digresiones aparte y por dar un paso más, puede decirse que la “fidelidad al sentido” que guía esta edición de la Biblia no sólo es cómplice de otra fidelidad a unas convenciones poéticas de actualidad, y por añadidura a otra, ya buscada ya sobrevenida, que la une a una ideología antihegemónica, a un proyecto contestatario, a un revolucionario programa social. También (y por las mismas razones) en esta última fidelidad terminan revirtiendo otras dos “fidelidades” que parcial y estratégicamente abraza el texto: por un lado, a la intención y al efecto originales; por otro, a la expresividad. Si bien ambas se han tomado tradicionalmente como exigencias de la traducción universales e inapelables (especialmente la primera, reformulada como la necesidad de reproducir la intención con la que se escribió el texto y de conseguir

---

<sup>167</sup> Cf. Kathy Mezei, “Bilingualism and Translation in/of Michèle Lalonde’s *Speak White*”, en Lawrence Venuti (ed.), *Translation & Minority*, pág. 232.

producir un efecto parejo al creado en la comunidad lectora original, sin duda olvidándose la trascendencia que adquiere el consejo en el caso de que la obra para traducir sea, por ejemplo, la hitleriana *Mein Kampf*), los editores de la Biblia PC circunscriben su relevancia especialmente al ámbito de la metáfora, un recurso, por otra parte, profusamente utilizado por los autores del texto sagrado. En opinión de los responsables de esta versión, las metáforas que pueblan la Biblia (y es preciso hacer constar que por metáfora entienden todo tipo de imágenes culturales y representaciones no literales, que Barthes denominara genéricamente *mitos* o *mitologías*<sup>168</sup>) tienen por propósito *hacer reflexionar* al lector. La metáfora no nombra las cosas o los atributos, sino que los dice por analogía, por similitud y, a la vez, por negación, pues, al recurrir a lo que es parecido pero no igual, necesariamente incluye también lo que separa la imagen del referente real. En esa tensión entre lo que es y lo que no es, en el momento de la diferencia, surgiría el significado.

Para los editores, las acostumbradas referencias a Jesús como el “Cordero de Dios” o a Dios como “nuestro Padre” son de naturaleza metafórica. Evidentemente, según explican, hay parecidos (por ejemplo, el sacrificio de Jesús recuerda el de los corderos por Pascua; el comportamiento usual de los padres, como el amor y la preocupación por sus hijos, recuerda las cualidades de Dios); pero también hay diferencias (Jesús tiene forma humana; Dios no es como los padres que se desentienden de sus hijos, etc.). Al lector le corresponde, precisamente, descifrar con qué rasgos pueden establecerse comparaciones y con cuáles divergencias. El modelo de traducción tradicional, en cierto modo, le ha facilitado la labor, pues por lo general la traducción de la metáfora ha tratado principalmente de mantener las primeras, las similitudes, restando importancia y valor a las diferencias. “[A]nalogy”, se quejan Lefevre y Bassnett, “leads, inevitably, to the obliteration of differences between cultures and the texts they produce”<sup>169</sup>. Los ejemplos de equivalencia dinámica propuestos por Nida, sin ir más

---

<sup>168</sup> Roland Barthes, *Mythologies*, París, Seuil, [1957] 1970, especialmente págs. 181-233.

<sup>169</sup> Susan Bassnett y André Lefevre, “Introduction. Where Are We in Translation Studies?”, pág. 7. En el trabajo de Lefevre “Composing the Other” (especialmente pág. 76) se encuentra asimismo

lejos, se encaminan en este sentido, engranándose en cierto modo en una tendencia secular, clásica, propia de la que Foucault denomina la “historia de la semejanza”<sup>170</sup>. En esta versión que se sitúa en un paradigma innovador, sin embargo, se apuesta sobre todo por conservar el poder de evocación de los tropos, la propiedad de incitar a la reflexión sobre lo que une y lo que desune sus elementos. Y esto no se consigue buscando en lo familiar, en lo acostumbrado. De hecho, como demuestran numerosas imágenes bíblicas, lo que en un momento dado resulta innovador y creativo, una vez se hace habitual mediante la repetición, se desgasta, pierde su naturaleza sugerente, su potencial alusivo e inspirador, y pasa a leerse como si de lenguaje demostrativo se tratara, o a engrosar el montón del estereotipo que, para Barthes, es “la palabra repetida, fuera de toda magia, de todo entusiasmo, *como si fuese natural*”<sup>171</sup>. Y es que, ya lo sugiere también Barthes, el peligro de que se olvide que las metáforas (o mitologías) son, precisamente, metáforas no reside en que se pierda una dosis de poesía, sino la noción de que se trata de asociaciones indirectas, sociales, históricas, culturales, no naturales, buscadas —ideológicas, en otras palabras<sup>172</sup>, de suerte que, por decirlo con Bordieu, participan también en la lucha simbólica diaria<sup>173</sup>.

Ciertamente, ahí reside el peligro pero también la comodidad. Steiner afirma (con otro sentido) en *Presencias reales* que “buscamos las inmunidades de lo indirecto”<sup>174</sup>, algo que admite la (re)interpretación de que “buscamos *inmunizar* lo indirecto”, neutralizar su potencial de simbolización, asegurar su significado conforme a

---

una crítica del procedimiento de la analogía y de su vinculación al imperialismo. En cualquier caso, el artículo que mejor resume estas quejas es “The Gates of Analogy: The Kalevala in English”, págs. 76-89.

<sup>170</sup> Michel Foucault, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, pág. 9.

<sup>171</sup> Roland Barthes, “El placer del texto” [1976], *El placer del texto, seguido por Lección inaugural*, México, Siglo XXI, 1993, pág. 69. Trad.: Nicolás Rosa. La cursiva es nuestra.

<sup>172</sup> Roland Barthes, “Le naturel”, *Roland Barthes par Roland Barthes*, París, Seuil, [1975] 1995, pág. 118; véase asimismo “La mitología hoy” [1971], *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, pág. 83.

<sup>173</sup> Pierre Bordieu, *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, pág. 66.

<sup>174</sup> George Steiner, *Presencias reales. ¿Hay algo en lo que decimos?*, Barcelona, Destino, [1989] 1998, pág. 55. Trad.: Juan Gabriel López Guix.

lo conocido, a lo familiar, a lo semejante, y en último término conforme al *statu quo*. No en vano, las metáforas hasta la saciedad repetidas (lo que Margarita Rivière denomina clichés) patrocinan “lo que todo el mundo acepta, el gusto oficial, los valores cotizados oficialmente”<sup>175</sup>. Sin embargo, en lugar de plegarse a lo que ya no dice sino más de lo Mismo, cabe la opción de revitalizar la capacidad de proyección y refracción de las metáforas buscando en lo Otro, en el Afuera<sup>176</sup>. Esta versión en concreto se esfuerza por liberar las asociaciones, aún no explotadas, que permanecen latentes en los signos, por espolear sus significados insólitos, por dar rienda suelta a las acepciones más azarosas de las palabras, aun cuando con ello implícitamente esté cuestionando la incontestabilidad de las habituales.

Para los editores de la Biblia publicada por Oxford, la fuerza de la costumbre ha terminado por ahogar el carácter otrora revelador de la imagen por la que Dios es Padre, que, en su opinión y valga la redundancia, ya no dice más de lo que dice. Si acaso, dice de menos, en tanto, una vez se lee el tropo como información factual, Dios se recubre *solamente* de los atributos socialmente esperados de un padre humano; es más, de un progenitor varón. No es de extrañar, en este sentido, que cuando a Dios se le ha representado con forma humana se le haya endosado una barba blanca, un aire respetable a la par que severo, una pose de rectitud dulcificada, eso sí, por una mirada indulgente. Las manifestaciones artísticas, efectivamente, se han hecho eco de una tradición que ha imaginado un Dios paternal y a lo sumo paternalista, y a la vez la han consolidado con esas representaciones restrictivas que consignan sólo lo semejante, lo que *igual*a lo Sumo a la figura del padre. Pero cabe asimismo imaginar un Dios cercano, solícito, reconfortante, entrañable y afectuoso; un Dios con una vertiente maternal, por

---

<sup>175</sup> Margarita Rivière, *Lo cursi y el poder de la moda*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992, pág. 95.

<sup>176</sup> Cf. Michel Foucault, *El pensamiento del Afuera*, Valencia, Pre-textos, 1997. Trad.: Manuel Arranz Lázaro.

ejemplo (y en la línea de las concepciones de la deidad prehistóricas<sup>177</sup>), que además de respeto, un cierto temor y afecto despierte calor, ternura y apego —una reivindicación, dicho sea de paso, nada nueva, ya reclamada, entre otras y otros, por Haugerud o por Boff a finales de los setenta<sup>178</sup> y comúnmente aceptada por la teología católica que ha suscrito un cambio de paradigma<sup>179</sup>. Y cabe, en consonancia, traducir la metáfora por otra metáfora<sup>180</sup>; eso sí, no una de esas “metáforas vacías y gastadas figuras retóricas que están firmemente atrapadas en los andamiajes y recovecos del habla de cada día, por donde erran como vagabundos o como fantasmas de desván”<sup>181</sup>; no una de esas metáforas que, según Steiner, se han convertido en “rutinas del discurso”, en “fósiles fijados”, en comentario (foucaultiano) —repetición, cantilena, hábito—, en ritual. Por eso los editores de la Biblia que nos ocupa prefieren dirigirse a un Dios Padre y Madre que siguen imaginando en los cielos: “Our Father-Mother in heaven, hallowed be your name”, se lee en el Evangelio según San Mateo<sup>182</sup>.

Con ello no pretenden tanto imponer nuevos significados como desconstruir los vigentes, los que según se pronuncia la plegaria reformada acuden enseguida a la mente del lector dando prueba del grado de fijación de que gozan. No hay ansias, en el post-estructuralismo, de arreglar el mundo de una vez por todas: Vattimo habla, más bien, de

---

<sup>177</sup> Cf. Pepe Rodríguez, *Dios nació mujer*, Barcelona, Ediciones B, 2000. En esta obra se exponen las causas y la evolución del tránsito del concepto femenino de lo divino que predominaba en el Prehistoria a la “concepción de un dios masculino creador/controlador —tal como es imaginado aún por la humanidad actual” (pág. 5).

<sup>178</sup> Cf. Haugerud *apud* Luise von Flotow, *op. cit.*, pág. 54; Leonardo Boff, *El rostro materno de Dios*, Madrid, Ediciones San Pablo, [1979] 1991. Trad.: Alfonso García Ortiz.

<sup>179</sup> Cf. Hans Küng, *op. cit.*, pág. 146.

<sup>180</sup> Para un estudio de las diferentes posibilidades de la metáfora, véase Patrick Zabalbeascoa, “Hacia una taxonomía de las traducciones de la metáfora que sirva de base a otros problemas de traducción”, en Anne Barr, M. Rosario Martín Ruano y Jesús Torres del Rey (eds.), *Últimas corrientes teóricas en los estudios de traducción y sus aplicaciones*, Salamanca, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 2001, págs. 858-868.

<sup>181</sup> George Steiner, *Presencias reales. ¿Hay algo en lo que decimos?*, pág. 13.

<sup>182</sup> Victor Roland Gold, Thomas L. Hoyt Jr., Sharon H. Ringe, Susan Brooks Thistlewaite, Burton H. Throckmorton Jr., Barbara A. Withers, “General Introduction”, pág. 9.

la “desrealización del mundo” que, como explica, “no puede dirigirse únicamente en la dirección de la rigidez de lo imaginario hacia el establecimiento de nuevos ‘valores supremos’, sino que puede dirigirse en cambio hacia la movilidad de lo simbólico”<sup>183</sup>. La empresa que acometen los editores de la “Biblia PC” es, en buena medida, deconstructivista, en cierto modo cercana a la que propone Mark C. Taylor en *Erring. A Postmodern A/theology*: una teología que para seguir buscando a Dios siente la paradójica necesidad de suscribir, con las últimas tendencias críticas a la estela del decreto de Nietzsche, su muerte. La Muerte de Dios como la abolición del Significado Unitario, Fijo, Trascendente. La Muerte de Dios, no obstante, como el reconocimiento de la riqueza significativa, la multiplicidad, la polisemia, la ambigüedad e incluso la confusión de su Palabra y hasta de su Nombre: la maldición de Babel, sugiere Derrida, surge cuando Dios, airado, le da su propio nombre a la ciudad en la que el entendimiento ya no es posible (la palabra hebrea Babel —“confusión”— incluye el nombre de Dios Padre); de ahí que afirme el pensador francés que Dios es el primer deconstructivista<sup>184</sup>. Dios “muere”, según Taylor, para encarnarse en la palabra, una palabra con minúsculas por estar siempre inscrita en un contexto, por ser contingente y encontrarse histórica y culturalmente definida. La percepción del anclaje de la palabra, para Taylor, es el futuro de la teología a/teologal, deconstructivista, de una apertura de la interpretación a la Otredad, una “altaridad”, una cristología alternativa<sup>185</sup>.

De hecho, a pequeña escala, en la Biblia políticamente correcta se reforman las acostumbradas referencias a Jesucristo. Por ejemplo, la habitual denominación como “el Hijo del Hombre” (*the Son of Man*) se ve sustituida por “the Human One”, de suerte que el énfasis de la imagen recaiga en la condición humana del Hijo de Dios (y de los hijos de Dios, es decir, de la humanidad) en lugar de en la virilidad del personaje histórico.

---

<sup>183</sup> Gianni Vattimo, *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, pág. 31.

<sup>184</sup> Cf. M. Carmen África Vidal, “Traducir desde la desconstrucción”, *El futuro de la traducción*, pág. 90.

<sup>185</sup> Mark C. Taylor, *Erring. A Postmodern A/Theology*, Chicago y Londres, Chicago University Press, 1984, especialmente págs. 15, 104 y 108.

En realidad, por la misma razón, si bien la palabra masculina *son* se retiene en esta versión cuando se hace referencia a la ascendencia humana de Cristo, en las ocasiones en las que se emplea como parte o como apócope de *the Son of God* o *the Son of the Blessed One*, y por tanto como tropo del género humano, prefiere sustituirse por el neutro *Child*. No en vano, sugieren los editores, hoy en día se entiende que *sons of God* son sólo algunas personas: otras son *daughters of God*, si bien todos somos *children of God*. Como se comprueba, la (re)construcción de las metáforas bíblicas en ocasiones saca partido de los argumentos que se esgrimen en los debates lingüísticos contemporáneos, que en buena medida más que lingüísticos son debates sociales<sup>186</sup>.

En todo caso, los responsables de la esta edición juzgan que no es conveniente creer que las *palabras* con las que se expresa la *Palabra* de Dios están al margen de tales debates. Para ellos los vocablos, ya lo hemos visto, no son meros contenedores de significado, de *un* significado preciso, aislado y aislable, recuperable en estado puro. Por el contrario, saben lo que predica el post-estructuralismo: a saber, que no es posible transmitir un sentido imparcial y desinteresadamente, pues con el uso el lenguaje (ha) queda(do) empapado de emoción, de sentimiento, de odios y pasiones; que, a la vez que comunican, las palabras halagan, hieren o seducen; que, como sugiere Marina Yaguello, no sólo son un vehículo de expresión, sino formas de acción, lugares de gozo o de tormento<sup>187</sup>; que no sólo remiten a conceptos o que, en todo caso —apunta José Antonio Marina— se trata de conceptos *vividos*, en ningún caso *ideales*<sup>188</sup>. Estas certidumbres, desatendidas por aquella primera “ciencia” lingüística construida en torno a un hablante ideal y a partir de ejemplos asimismo ideales, tan ficticios como inertes, y gratas por el

---

<sup>186</sup> Cf. Deborah Cameron, *Verbal Hygiene*, Londres y Nueva York, Routledge, 1995, págs. 11 y 25.

<sup>187</sup> Marina Yaguello, *Alice au pays du langage. Pour comprendre la linguistique*, París, Seuil, 1981, pág. 19.

<sup>188</sup> Cf. José Antonio Marina, *La selva del lenguaje. Introducción a un diccionario de los sentimientos*, Barcelona, Anagrama, 1998, pág. 56.



contrario a quienes como Baudrillard piden una teoría *seductora* del lenguaje “que trate de los signos, de los términos y los valores en su atracción seductora, y no en su contraste u oposición regulada”<sup>189</sup>, llevan a los editores de la Biblia PC a prescindir de algunas voces que, si bien canónicas, han adquirido con el tiempo una pátina de injuria, agravio y ofensa que daña los sensibles ojos del lector actual.

Así ocurre, en su opinión, con *Master* (Maestro, pero también Amo), un título convencionalmente otorgado a Jesús, que en esta versión prefiere sustituirse por *Teacher* para sortear las connotaciones que ha adquirido el vocablo a lo largo de una historia ducha en el ejercicio del dominio y la subordinación. Del mismo modo, en el fragmento que ciertas Biblias castellanas titulan la “paternal pedagogía de Dios”, esta edición se pregunta “what child is there whom a parent does not guide?”<sup>190</sup>, renunciando a los verbos *chasten* o *discipline* de versiones anteriores para evitar dar a entender que la Biblia ampara el maltrato infantil, al que en nuestros días se asocian los vocablos canónicos; para prevenir quizá que se incluyan en esa categoría de “palabras teloneras de los abusos y la agresión”<sup>191</sup> que distingue Álex Grijelmo. Igualmente, se alteran las imágenes que utilizan la oscuridad (*darkness*) como metáfora de la maldad, la ignorancia, la deshonestidad o la indecencia. Dado que *darkness* se emplea asimismo en relación con el color de la piel, y no siempre de forma respetuosa (por ejemplo, *darkies* ha pasado a ser una denominación peyorativa para referirse al colectivo de personas de color), en esta edición se cuida no dar pie a dobles sentidos que pudieran resultar ofensivos para esta comunidad, de suerte que, por ejemplo, el consejo bíblico que insta a “no particip[ar] en las obras infructuosas de las tinieblas, antes bien, [a] denuncia[rlas]“, que en inglés solía contener el sintagma “the unfruitful works of

---

<sup>189</sup> Jean Baudrillard, *El otro por sí mismo*, Barcelona, Anagrama, 1988, pág. 50. Trad.: Joaquín Jordá.

<sup>190</sup> Victor Roland Gold, Thomas L. Hoyt Jr., Sharon H. Ringe, Susan Brooks Thistlewaite, Burton H. Throckmorton Jr., Barbara A. Withers (eds.), *The New Testament and Psalms. An Inclusive Version*, pág. 351. Por cierto que, como veremos con más detenimiento en su momento, en la *Nueva Biblia de Jerusalén* se traduce de la siguiente manera: “¿qué hijo hay a quien su padre no corrige? (Heb. 12, 7).

<sup>191</sup> Álex Grijelmo, *La seducción de las palabras*, pág. 124.

darkness”, se convierte en esta edición en “the unfruitful works of the night”. Estas (y otras) transformaciones se llevan a cabo porque se sospecha que las palabras, en contra del deseo que expresaba Zanco Panco a Alicia, no siempre significan lo que uno (yo, nosotros, una comunidad determinada) quiere que signifiquen; porque, al contrario, saben, como Barthes, que “nunca puedo hablar más que recogiendo lo que *se arrastra* en la lengua”<sup>192</sup>; o porque intuyen que algo de cierto hay en lo que decía Lacan, que no somos nosotros quienes hablamos una lengua, sino que es la lengua misma la que a través de nosotros (se) habla<sup>193</sup>, diciendo de más, de menos, a favor o en contra. Efectivamente, cuando uno se empeña en hablar a contracorriente de cómo habla el lenguaje corre el riesgo de ser malinterpretado, pues somos dueños de nuestras palabras pero no de sus significados. Y si en otros campos, como en el de la metáfora, esta edición de la Biblia hace de avanzadilla al lenguaje, acuciándole para que diga, y diga más, y de otro modo, contradiciendo lo mil veces dicho, en los casos mencionados está a la espera y a la escucha; a la escucha del lenguaje, para captar sus tonos, su música, su melodía, y para no tocar las teclas desafinadas ni las notas que chirrían.

En fin, estas modificaciones hechas en deferencia hacia el posible lector (algo que por otra parte no constituye sino la vertiente horaciana de un concepto de fidelidad, como hemos visto en estas páginas, multidimensional, que es la que, de hecho, recalca Paul Ellington cuando juzga que el propósito de las traducciones inclusivas de la Biblia es “to meet the needs of the intended readers”<sup>194</sup>—), las estrategias empleadas con el fin de adecuar el texto a los gustos (léxicos) de la época y a los umbrales siempre variables de la aceptabilidad, así como las audaces soluciones propuestas con el fin de sustituir la imagería bíblica tradicional, pronto conjuraron para esta versión de la Biblia la etiqueta de lo PC. “Bible comes in politically correct form”, anunciaba sin ir más lejos

---

<sup>192</sup> Roland Barthes, “Lección inaugural”, *El placer del texto, seguido de Lección Inaugural*, págs. 120-121. Trad.: Óscar Terán.

<sup>193</sup> Cf. José Antonio Marina, *op. cit.*, pág. 90.

<sup>194</sup> Paul Ellington, “Translating the Bible Inclusively”, *Meta*, vol. 32, n.º. 1, 1993, pág. 53.

incluso antes de su aparición *The Detroit News* en un artículo donde, sin embargo, los editores rehusaban tal identificación y desmarcaban expresamente su trabajo de lo políticamente correcto<sup>195</sup>.

Esto da pie a dos reflexiones. En primer lugar, parece confirmar la tesis de Fairclough cuando postula “the social nature of individual creativity”<sup>196</sup> o la de Venuti cuando insiste en que “the workings of the remainder are collective”<sup>197</sup>: independientemente de la intención que con ella persiga el autor, de lo que quiera transmitir, la originalidad (?) no se valora ni se evalúa de manera aislada e individual, sino que se ve siempre en relación con otras manifestaciones, otros fenómenos, otros criterios que flotan en el ambiente cultural, y está expuesta por tanto a un veredicto y a una percepción sociales. Claro está, si el sentido de una obra no pertenece a su autor, tampoco el traductor puede erigirse en la autoridad de *su* traducción<sup>198</sup>: la Muerte del Autor que notificara Barthes ciertamente da paso al nacimiento del lector y por tanto a la visibilidad del traductor, pero, como sugiere Arrojo en un excelente artículo, en ningún caso como un nuevo poseedor de la verdad del texto<sup>199</sup>. Si ha de llevarse al extremo, el post-estructuralismo no puede decretar la Muerte del Autor para que el traductor le usurpe el puesto, sino que en cierto modo también debe anunciar la propia Muerte del Traductor. Por todo ello puede considerarse, aun en contra de la opinión de sus autores, políticamente correcta esta nueva versión de la Biblia: porque socialmente se recibe como tal. De hecho, la corrección política que tratamos de radiografiar en estas

---

<sup>195</sup> Arthur Spiegelman, “Bible comes in politically correct form”, *The Detroit News*, 6 de septiembre de 1995, consultable en versión electrónica en la dirección de Internet <http://detnews.com/menu/stories/15563.htm>

<sup>196</sup> Norman Fairclough, *op. cit.*, pág. 172.

<sup>197</sup> Lawrence Venuti, *The Scandals of Translation. Towards an Ethics of Difference*, pág. 110.

<sup>198</sup> Kaisa Koskinen, *art. cit.*, pág. 449.

<sup>199</sup> Rosemary Arrojo, “The ‘Death’ of the Author and the Limits of the Translator’s Visibility”, págs. 28-31.

páginas, ya lo decíamos en la introducción, no remite únicamente a *discurso producido* con esa denominación, sino en muchos casos —quizá la mayoría— a *discurso atribuido* en calidad de tal.

En segundo lugar, y entroncando con esto mismo, cabe preguntarse quién atribuye ese discurso, por qué, y por qué se reniega precisamente de dicha atribución, como de ello dan prueba los editores de la Biblia. No en vano, según la edición de 1995, que es el año de publicación de la Biblia PC, del diccionario *Webster* —el verdadero, el (aun oficiosamente) normativo—, políticamente correcto se dice de lo que “conform[s] to a belief that language and practices which could offend political sensibilities (as in matters of sex or race) should be eliminated”<sup>200</sup>. La definición, *objetivamente*, no se aparta tanto de las metas perseguidas por esta edición de la Biblia, o al menos de las soluciones por ella dadas...

Sin embargo, sabemos que las definiciones objetivas no existen; que las palabras no sólo describen sino que al tiempo valoran, juzgan, elogian o difaman. El término “politically correct”, ya lo adelantamos, no es una excepción, y por la reticencia de los responsables de la Biblia PC a aceptarlo se diría que, si bien lo políticamente correcto trata de no ofender, como epíteto, en el año 95 al menos, ofende; como calificativo repele, desagrada. A lo sumo, se lleva con resignación por miedo a que otro sambenito peor caiga. Dice Richard Ohmann en este sentido:

[g]iven the choice presented by [the right] and by the complaisant media, my friends and I would swallow hard and line up with the politically correct, who at least unambiguously dislike white supremacy, male supremacy and all the ‘isms’ that disrespect and demean.<sup>201</sup>

Las palabras de Ohmann son sumamente reveladoras. En el capítulo anterior y en las páginas previas de éste, hemos visto lo políticamente correcto fraguarse como un ideario marginal y antihegemónico, fraguado en la periferia del mundo académico y,

---

<sup>200</sup> *Webster’s New Encyclopedic Dictionary*, Nueva York, Black Dog & Leventhal Publishers, 1995, pág. 779.

<sup>201</sup> Richard Ohmann, *art. cit.*, pág. 19.

como calificativo, utilizarse de manera chistosa e irónica por parte del activismo izquierdista, “as a form of self-mockery” en palabras de Barbara Ehrenreich<sup>202</sup>. Sin embargo, en el fragmento de Ohmann se intuye la presencia de lo PC en los medios de comunicación de masas (y por tanto su existencia como una cuestión cultural de gran calado) y, aún más, la participación (cuando no el papel determinante, principal) de la derecha en la definición de un término y de un discurso que, en principio, asociados como los creemos a la izquierda, le son ajenos. Desde luego, si en las páginas anteriores sosteníamos que lo PC no *nace* en un grupo determinado sino en las relaciones entre ellos, las palabras de Ohmann confirman que *se desarrolla* en esa zona intermedia, híbrida y *dialógica*, es decir, configurada (e incesantemente reconfigurada) a través de enunciados (de unos) que reformulan formulaciones previas (de otros), que (re)escriben los anteriormente escritos, que (los) traducen en definitiva. Empieza a despejarse nuestro trabalenguas. Decíamos anteriormente, en efecto, que lo PC está emparentado con la traducción y las reescrituras. Con la Biblia PC hemos visto de qué modo es *medio* e *instrumento* de éstas. Ahora parece además que hemos de averiguar hasta qué punto es *objeto* de ellas, a saber, de qué manera el discurso original que, según hemos visto en el capítulo anterior, surge en los círculos progresistas universitarios se reescribe fuera de sus fronteras. Y, sobre todo, habrá que ver qué implicaciones trae aparejado este proceso de reescritura.

Naturalmente, por lo expuesto, la evolución de lo políticamente correcto sigue necesitando de esa *lingüística del contacto* que, según su promotora, “estará profundamente interesada en los procesos de apropiación, impregnación o cooptación del lenguaje de un grupo por parte de otro grupo”<sup>203</sup>; un interés sin duda alguna justificado: puede imaginarse que este cambio de “voz” del que alerta Ohmann en la definición de lo PC no se saldrá sin acarrear consecuencias. Por Foucault sabemos que el discurso no sólo informa, sino que crea determinadas posiciones para los objetos y los sujetos, es decir, que impone un determinado *orden* (social y simbólico). Cuando varios

---

<sup>202</sup> Barbara Ehrenreich, *art. cit.*, pág. 336.

discursos compiten por erigirse en *el* discurso, en definitiva pugnan por hacer valer su punto de vista y por obtener un papel predominante en los procesos sociales<sup>204</sup>, por establecer su escala de valores como ortodoxia y a quienes la defienden como los legítimos propietarios del “sentido común” o “la razón”<sup>205</sup>. No en vano, “la verdad” —nos dice Potter— “se puede tratar como una mercancía que se elabora, puede fluctuar, y se puede fortalecer o debilitar mediante diversos procedimientos”<sup>206</sup>, y el espacio donde se efectúa esa labor de refuerzo o menoscabo de la verdad, que si no es sinónimo de *poder* desde luego es su llave, es el de las prácticas discursivas. En el fondo, es esto lo que predica Lefevere cuando advierte que las reescrituras no son ni inocentes ni gratuitas. “Rewriting manipulates, and it is effective”, dice Lefevere. “All the more reason, then, to study it”, añade<sup>207</sup>. Siguiendo su consejo, y con el aval de su teoría, nos adentramos en el discurso que elabora la derecha norteamericana sobre lo políticamente correcto, que empieza a hacerse público y a cobrar notoriedad (y de qué manera) a principios de los años noventa, y que se plasma en artículos periodísticos, libros de divulgación, glosarios y otro tipo de documentos no especializados. La terminología de Lefevere es pertinente: puesto que este discurso en principio *sobre* la corrección política surge a partir del que escribe y patrocina desde la década de los sesenta la izquierda universitaria radical norteamericana, que en el segundo capítulo hemos considerado el discurso *de* la corrección política, no es inadecuado hablar de reescritura; de una reescritura conservadora.

\* \* \*

---

<sup>203</sup> Mary Louise Pratt, *art. cit.*, pág. 70.

<sup>204</sup> Cf. David Lee, *Competing Discourses: Perspective and Ideology in Language*, Londres y Nueva York, Longman, 1991, pág. x.

<sup>205</sup> Cf. Gunther Kress, *Linguistic Processes in Sociocultural Practice*, Oxford, Oxford University Press, 1989, págs. 82-84.

<sup>206</sup> Jonathan Potter, *op. cit.*, pág. 18.

<sup>207</sup> André Lefevere, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, pág. 9.

A principios de la década de los noventa, lo políticamente correcto, hasta entonces fraguado como ideario antihegemónico en los estrechos márgenes de la Universidad norteamericana y cada vez más respetado como norma lingüística por el discurso oficial y la prensa escrita a instancias de los manuales de protocolo político y de los libros de estilo de los periódicos que desde finales de los setenta le abrieron sus puertas<sup>208</sup>, acaparó la atención de la población norteamericana, que difícilmente pudo sustraerse al bombardeo de información descargado sobre este tema conjuntamente por las editoriales especializadas en ensayos y obras de divulgación, por las revistas culturales y semanarios de más prestigio, por la prensa y, en general, por los medios de comunicación. Al contrario de lo que quizá pudiera pensarse, todo este despliegue estaba lejos de constituir una campaña de alfabetización. Más bien, la corrección política fue objeto de controversia y, más concretamente, de descalificación. Dos fueron, principalmente, los modos de enfocar, y de enjuiciar, la cuestión de lo políticamente correcto en los medios de comunicación.

El primero de ellos configura lo que, siguiendo a Jim Neilson o a John Wilson<sup>209</sup>, podríamos bautizar la “amenaza de lo PC”, que comenzó a tomar forma ante la nación cuando, a finales de 1990, el semanario *Newsweek* exhortaba en portada “[to] Watch What You Say” antes siquiera de resolver, en el reportaje dedicado a la corrección política en el interior, si lo PC constituía una nueva ilustración o un nuevo macartismo<sup>210</sup>. Como en *Newsweek*, y por las mismas fechas, jugando con la ventaja

---

<sup>208</sup> Cf. Annette Gomis van Heteren, “PC in the press”, *op.cit.*, págs. 141-149, donde se explica, por ejemplo, que ya en la edición de 1978 de *The Washington Post Deskbook on Style*, en aras de la claridad y la precisión, se aconseja una serie usos lingüísticos inclusivos, no sexistas y, en general, no ofensivos que años más tarde se vincularía a la corrección política.

<sup>209</sup> Véanse, en este sentido, los trabajos ya citados de Jim Neilson y John K. Wilson.

<sup>210</sup> Jerry Adler *et al.*, “Taking Offense: Is This the New Enlightenment on Campus or the New McCarthyism?”, *Newsweek*, 24 de diciembre de 1990, págs. 48-54. Según un estudio de Lorna Weir, no obstante, anteriormente lo PC se había tratado con frecuencia en la prensa sin esos tintes amenazadores. De hecho, esta autora, a través de un barrido de la prensa canadiense más representativa, identificó más de ciento cincuenta artículos publicados de enero de 1987 a octubre de 1990 en los que se consignaban los términos “political correctness” o “politically correct” (Cf. Annette Gomis van Hetteren, *op. cit.*, pág. 148).

conferida por la tan acusada separación en Norteamérica (de esa isla aparte) del mundo académico del resto de las esferas públicas<sup>211</sup>, y actualizando el antiintelectualismo profundamente enraizado en la mentalidad (empresarial, práctica, materialista) estadounidense que difícilmente digiere, leemos en *El planeta americano*, “la estirpe del intelectual a la europea que flirtea con las ideas sin que se conozca el beneficio real de su hacer”<sup>212</sup>, en publicaciones tan diversas como *Time*, *Wall Street Journal*, *New York* y *New York Times*, *St. Petersburg Times*, *Washington Post*, *National Review*, *New Republic*, *Playboy* o *Forbes*<sup>213</sup>, entre otras, proliferaron también los artículos que informaban del avance de una ortodoxia totalitaria en los campus universitarios, que se presentaron ante la opinión pública a merced de un sector radical del profesorado crecido en el ambiente del mayo del 68 y de una horda de rencorosas víctimas (fundamentalmente feministas y grupos étnicos) que, atrincherada en los cargos directivos y en las posiciones de poder, ejecutaba ahora su venganza contra los herederos de un pasado imperfecto —un arquetipo, por otra parte, que explotaron en sus respectivos ensayos, por ejemplo, Kimball en sus ataques contra unos *Tenured Radicals*<sup>214</sup>, Bloom a la hora de caracterizar la que denominaba “Escuela del

---

<sup>211</sup> Cf. *Ibid.*, pág. 80.

<sup>212</sup> Vicente Verdú, *El planeta americano*, pág. 108.

<sup>213</sup> Cf., por ejemplo, William A. Henry III, “Upside Down in the Groves of Academe”, *Time*, 1 de abril de 1991, págs. 66-69; Editorial, “The Ivory Censor”, *Wall Street Journal*, 9 de mayo de 1990, sección 1, pág. 14; Robert Kelner, “We Conservatives Wage a Phony War on Political Correctness”, *Wall Street Journal*, 26 de diciembre de 1991, pág. 11; John Taylor, “Are You Politically Correct?”, *New York Magazine*, 21 de enero de 1991, págs. 32-40, recogido en Francis J. Beckwith y Michael E. Bauman (eds.), *op. cit.*, págs. 15-31; Richard Bernstein, “A ‘Minute of Hatred’ in Chapel Hill: Academia’s Liberals Defend Their Carnival of Canons against Bloom’s ‘Killer B’s’”, *New York Times*, 25 de septiembre de 1988; Richard Bernstein, “The Rising Hegemony or the Politically Correct”, *New York Times*, 28 de octubre de 1990, sección 4, págs. 1-4; Robert D. McFadden, “Political Correctness: New Bias Test?”, *New York Times*, 5 de mayo de 1991, sección 1, pág. 32; John Leo, “The Politically Correct Have Had a Busy Year”, *St. Petersburg Times*, 1 de febrero de 1992, pág. 22; George Will, “Catechism of Correctness”, *Washington Post*, 20 de octubre de 1991, sección 3, pág. 7; Editorial, “Sensitivity Fascism”, *National Review*, 27 de abril de 1992, pág. 19; Editorial, “The Derisory Tower”, *New Republic*, 18 de febrero de 1991, págs. 5-6; Eugene D. Genovese, “Heresy, Yes — Sensitivity, No”, *New Republic*, 15 de abril de 1991, págs. 30-35; Matthew Childs, “Politically Correct Speech”, *Playboy*, octubre de 1991, pág. 57; Michael Novak, “Back to School”, *Forbes*, 2 de septiembre de 1991, pág. 132; Robert Weissberg, “The Gypsy Scholars”, *Forbes*, 10 de mayo de 1993, pág. 138.

<sup>214</sup> Cf. Robert Kimball, *op. cit.*



Resentimiento”<sup>215</sup>, D’Souza cuando retrataba “the visigoths in tweed” responsables de una *Illiberal Education*<sup>216</sup>, Martin Anderson en sus denuncias contra *The Impostors in the Temple*<sup>217</sup>, y otros muchos que se veían a sí mismos como esos *Last Intellectuals* que añoraba la nostálgica obra de Jacoby<sup>218</sup>.

Con ligeras variaciones, se repetía en estos artículos —por lo general en absoluto parcos en exageración y sensacionalismo— una narrativa que, al igual que se ha hecho en el segundo capítulo de este trabajo, vinculaba lo PC con un determinado proyecto educativo, con los responsables de ciertas tendencias visibles en el mundo universitario, con una figura precisa del intelectual, con una serie de prácticas académicas y sociales como la discriminación positiva, con una reforma lingüística y con la evolución de la democracia. Esa narrativa, no obstante, se construía con una lógica y en unos términos que, punto por punto, traducen y reescriben el ideario que hasta ahora hemos visto comprometido con la justicia social y el respeto de la diferencia en un alegato a favor de la *desigualdad* y la *intolerancia*.

Así, y a grandes rasgos, la apertura de la Universidad a áreas de conocimiento relegadas, el interés creciente de los llamados estudios culturales por los procesos de la vida cotidiana, por la cultura y el arte populares, y por las manifestaciones y criterios de otras culturas (diferentes de la Occidental, se entiende) se reseñaban en forma de denuncias o lamentos que reavivaban los apocalípticos tópicos de la pérdida del aura, la desacralización y la derrota de la Cultura y el Pensamiento, así como el argumento (por otra parte recurrente en épocas que asisten a la revolución de la jerarquía de los conocimientos) de la caída de los niveles educativos y la baja preparación del alumnado, en la línea, dicho sea de paso, de lo expuesto por ejemplo por Allan Bloom en la obra

---

<sup>215</sup> Harold Bloom, *The Western Canon: The Books and School of the Ages*, pág. 4.

<sup>216</sup> Cf. Dinesh D’Souza, *Illiberal Education: The Politics of Race and Sex on Campuses*, Nueva York, Free Press, 1991; “The Visigoths in Tweed”, págs. 11-26.

<sup>217</sup> Cf. Martin Anderson, *Impostors in the Temple*, Nueva York, Simon & Schuster, 1992.

<sup>218</sup> Russell Jacoby, *The Last Intellectuals: American Culture in the Age of Academe*, Nueva York, Basic Books, 1987.

sintomáticamente titulada *The Closing of the American Mind. How Higher Education Has Failed Democracy and Impoverished the Souls of Today's Students* ya comentada en este trabajo. Por su parte, la visión ideológica de la realidad y el conocimiento propugnada por los intelectuales informados por las nuevas tendencias y su premisa de que saber y poder van inextricablemente ligados se presentaron no como *premisas* epistemológicas generales, sino como *metas y objetivos* exclusivos de estos académicos, lo que seguidamente se acompañaba del vilipendio de su labor como una campaña ilícita de adoctrinamiento; vilipendio al estilo de las acusaciones vertidas por el polémico D'Souza en *Illiberal Education. The Politics of Race and Sex on Campuses*. Las reivindicaciones multiculturalistas, del mismo modo, se plantearon como el preludeo o la materialización de la balcanización del conocimiento y de la pretensión (antiamericana) de sustituir *la* cultura estadounidense por una suma inconexa de reinos culturales de taifas, como por otra parte denunciaba Arthur Schlesinger en el también best-seller *The Disuniting of America. Reflections on a Multicultural Society*, y como un modo de intimidar a quienes insistían en enseñar la “Gran Cultura” compartida, acusada ahora (y también sus docentes, como alertaba Sykes en *Profscam. Professors and the Demise of Higher Education*<sup>219</sup>) de discriminación e imperialismo. Las políticas de identidad destinadas a la reafirmación de los colectivos aplastados por un sistema cultural históricamente asimilista se presentaron igualmente como un estímulo para el esencialismo y la segregación, y como una coartada para la mediocridad y el victimismo, del que se quejaba Charles J. Sykes en *A Nation of Victims. The Decay of the American Character*. De hecho, como un “todo vale” acrítico, como la incapacidad de establecer criterio alguno de excelencia, se expuso ante la opinión pública la fundamentación relativista de la desconstrucción o el post-estructuralismo, en muchos

---

<sup>219</sup> Charles Sykes, *Professors and the Demise of Higher Education*, Nueva York, St Martin's, 1988.

casos reproduciendo las (para algunos<sup>220</sup>) inexactas afirmaciones expuestas por David Lehman en su *Sign of the Times*, un manual introductorio sobre la desconstrucción<sup>221</sup>. Y no sólo como otra muestra más de la legitimación del “todo vale”, sino como ratificación de la ineficacia y como una discriminación encubierta se presentaban las medidas de acción afirmativa: según los argumentos individualistas de D’Souza o Jared Taylor, autor del libro *Paved with Good Intentions. The Failure of Race Relations in Contemporary America*<sup>222</sup>, la reserva de cuotas para *grupos* desfavorecidos justificaba la selección de personas no cualificadas y por tanto la inoperancia económica, en detrimento, en su opinión, de *individuos* que no podían alegar más mérito que el “desmérito” de pertenecer a una raza, una clase o un género históricamente privilegiado. Por último, los códigos de expresión que, en un período de recrudescimiento de la hostilidad racial, publicaron las facultades universitarias en contra de la apología del racismo, el sexismo y otros comportamientos discriminatorios, y de la caracterización ofensiva o tendenciosa de las diferencias de etnia, religión, clase o género, pasaron a enjuiciarse —con los mismos argumentos utilizados, por ejemplo, por Richard Bernstein en *Dictatorship of Virtue*<sup>223</sup> o por John Leo en *Two Steps ahead of the Thought Police*<sup>224</sup>— como medidas restrictivas de la (por lo visto ilimitada) libertad de expresión salvaguardada por la Primera Enmienda constitucional, y por tanto como pruebas de que lo PC era contrario a la democracia.

---

<sup>220</sup> Véanse, por ejemplo, las críticas contra esta obra de Joan Wallach Scott (en “The Campaigning against Political Correctness. What’s Really at Stake”, pág. 26) o de Gerald Graff (“A Paradox of the Culture War”, en Jeffrey Williams [ed.], *op. cit.*, pág. 308).

<sup>221</sup> David Lehman, *Sign of the Times. Deconstruction and the Fall of Paul de Man*, Nueva York, Poseidon, 1991.

<sup>222</sup> Jared Taylor, *Paved with Good Intentions. The Failure of Race Relations in Contemporary America*, Nueva York, Carroll & Graff, 1992.

<sup>223</sup> Richard Bernstein, *Dictatorship of Virtue*, Nueva York, Simon & Schuster, 1994.

<sup>224</sup> John Leo, *Two Steps ahead of the Thought Police*, Nueva York, Simon & Schuster, 1994.

Por ilustrar este proceso de reescritura con alguna en concreto, nos detendremos en el artículo “Are You Politically Correct?” de John Taylor<sup>225</sup>, paradigmático por cuanto hila, uno a uno, toda esta sarta de abusos imputados a lo políticamente correcto (e incluso alguno más que no hemos mencionado) hasta presentarlo empaquetado como un monstruo insaciable que se alimenta con el sufrimiento de las nuevas víctimas de la sinrazón y la intransigencia. La primera víctima convocada en calidad de testigo es Stephan Thernstrom, un catedrático de Harvard de cuyo caso también se hacen eco las obras de Lynne Cheney y Dinesh D’Souza. Thernstrom, que renunció a seguir impartiendo una asignatura sobre los pueblos de América tras ser objeto de críticas en una publicación editada a cargo del alumnado, se presenta como el inocente mártir de una campaña de persecución y calumnias aparentemente liderada por una serie de estudiantes quejicosos ultrasensibilizados con la cuestión del racismo e insatisfechos con su tratamiento lingüístico y académico<sup>226</sup>. Tras el relato del drama de Thernstrom, con el que, según John Wilson, el propio interesado no estaría de acuerdo<sup>227</sup>, se citan los de otros académicos conservadores abucheados por cantar las excelencias de la Cultura norteamericana y recordar el sexismo y racismo que destilan las no occidentales, o por abogar por fórmulas unificadoras de multiculturalismo<sup>228</sup>, y en general los de quienes se atreven a expresar opiniones contrarias al nuevo dogma, como las víctimas (anónimas) de los códigos de expresión y conducta aplicados por las universidades que menciona Taylor y los estudiantes (también anónimos) que, según cuenta, se vieron obligados por contar chistes homofóbicos a asistir a seminarios de corrección y tolerancia<sup>229</sup>.

---

<sup>225</sup> Las referencias al artículo siguen la paginación de su reedición en la antología de Francis J. Beckwith y Michael E. Bauman.

<sup>226</sup> John Taylor, *art. cit.*, págs. 15-17.

<sup>227</sup> Cf. Stephen Thernstrom *apud* Jon Wiener, “What Happened at Harvard”, citado por John Wilson, *op. cit.*, pág. 17.

<sup>228</sup> John Taylor, *art. cit.*, págs. 19, 23 y 29.

<sup>229</sup> *Ibid.*, págs. 19-20.

A todo ello le sigue una explicación *sui generis* sobre el bagaje epistemológico que avala estas medidas: puesto que, según la creencia que atribuye a los académicos liberales, “nada tiene mérito intrínseco” y “todo es político”, está tan justificado defender la Cultura como la literatura pro-homosexualidad; quizá menos, matiza Taylor, pues la definición de Cultura de estos académicos ya no correspondería a la célebre de Arnold (“lo mejor de todos los tiempos”), sino a un compendio de racismo y heterosexismo patriarcal<sup>230</sup>. Ésta es, según se sugiere a continuación, la panacea para los académicos de colectivos desfavorecidos, cuyo currículo existencial y un sistema de cuotas les abre, al contrario que a los de procedencia “eurocéntrica” (una nueva víctima), las puertas de un sistema universitario ávido de “antiguos oprimidos” y “diversidad”<sup>231</sup>. Estos valores, sugiere seguidamente, se cotizan también en el alumnado, de suerte que, según informa, aumentan los colectivos que claman un estatus de opresión por nuevas causas, entre las que cita el “aparentismo” (opresión por apariencia), el “longevismo” (por edad), el “aptismo” (por capacidad) e incluso un “tamañismo” (por tamaño) que buscaría remediarse lingüísticamente con la sustitución del calificativo “bajo” por el neologismo “verticalmente desajustado”<sup>232</sup>. La siguiente víctima que convoca Taylor es el incauto varón por cuyo comportamiento galante a la vieja usanza puede caer en el concepto cada vez más ampli(ad)o (por las feministas) de agresión sexual<sup>233</sup>. Del relato de Taylor puede deducirse que la penúltima categoría de víctimas de esta transformación universitaria está formada por los miembros de minorías a quienes se les impone una educación multicultural, que, según argumenta, estaría más preocupada por alzar la autoestima grupal que por transmitir conocimientos científicamente probados, que en el caso del afrocentrismo al que recurre se habrían

---

<sup>230</sup> *Ibid.*, “Everything is Political”, págs. 20-22.

<sup>231</sup> *Ibid.*, “Ethnic and Ideological Purity”, págs. 22-23.

<sup>232</sup> *Ibid.*, págs. 23-24.

<sup>233</sup> *Ibid.*, “The Gender Feminists and Date Rape”, págs. 24-26.

visto sustituidos por teorías falsas o aparentemente absurdas<sup>234</sup>. Finalmente, la última categoría englobaría a quienes osan discrepar de esta filosofía PC, a quienes retrata expuestos a descalificaciones y amenazas<sup>235</sup>.

Dice Lefevere, circunscrito al terreno de la literatura en el que se mueve, que “[i]n the past, as in the present, rewriters created images of a writer, a work, a period, a genre, sometimes even a whole literature.”<sup>236</sup> La reescritura de Taylor, y en general todas con las que está emparentada, que, confirmando asimismo otra tesis de Lefevere<sup>237</sup>, operan con ella de manera sistemática —toda esa familia de textos que, por otra parte y según Tymoczko, representaría ésta de manera metonímica<sup>238</sup>—, proyecta una imagen ciertamente negativa, aparentemente omnipresente y a todas luces intranquilizadora de la corrección política, que se extendió como la pólvora por la opinión pública norteamericana. Se extendió —matizamos— la imagen, no esa corrección política que se postulaba ubicua. No debe esto sorprendernos. Según continúa Lefevere, “[t]hese images existed side by side with the realities they competed with, but the images always tended to reach more people than the corresponding realities did, and they most certainly do so now”<sup>239</sup>.

Si a la hora de buscar las claves de la propagación de esta imagen seguimos asimismo a Lefevere, indefectiblemente toparemos con el concepto de *poder* de inspiración foucaultiana que maneja este autor. No en vano, en su opinión reescritura y

---

<sup>234</sup> *Ibid.*, “Afrocentrism”, págs. 28-29.

<sup>235</sup> *Ibid.*, pág. 31.

<sup>236</sup> André Lefevere, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, pág. 5.

<sup>237</sup> André Lefevere, “Why Waste Our Time on Rewrites? The Trouble with Interpretation and the Role of Rewriting in an Alternative Paradigm”, pág. 234.

<sup>238</sup> Maria Tymoczko, *op. cit.*, págs. 44-45.

<sup>239</sup> André Lefevere, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, pág. 5.

poder (vinculado a su vez a la figura del mecenazgo<sup>240</sup>) son un binomio indivisible. En un momento dado matiza Lefevre que “rewritings are produced in the service, or under the constraints, of certain ideological and/or poetological currents”<sup>241</sup>, y todas las distinciones que apiña en esta frase se nos antojan relevantes. Efectivamente, el relato de Taylor no sólo ajusta la “descripción” de lo PC a una ideología manifiestamente conservadora, sino que opera asimismo una adecuación de la “información” a los usos discursivos y a las convenciones retóricas que rigen en el medio en que se distribuye, es decir, la prensa escrita de divulgación. Prácticamente por necesidad. Si es cierto, como se predica en un paradigma post-estructuralista, que la “realidad” y los “hechos objetivos” no existen sino que se fabrican por medio del discurso, el respeto de los usos expositivos establecidos y el cumplimiento de las exigencias poéticas demuestran ser más importantes que un mero capricho formal: el modo en que los periodistas manipulan la realidad, según sugiere Bordieu en *Sobre la televisión*,<sup>242</sup> o la forma en que los autores de *Imposturas intelectuales*<sup>243</sup> han puesto a prueba las tesis de Hayden White y Lyotard o de filósofos de la ciencia como Kuhn, Lakatos y Feyerabend certifica que la información, la ciencia o la verdad no sólo se transmite con una retórica determinada y una disposición textual, sino que —siempre que se recurra a fórmulas convencionalizadas que inspiren credibilidad— a través de ellas se constituye, se legitima y adquiere estatus de tal.

El sensacionalismo que exuda todo el reportaje de Taylor adquiere así justificación, si no como razón de ser del reportaje, sí como recurso (en este campo) permitido. La necesidad de sazonar la exposición con anécdotas también se explica de este modo: aunque las últimas tendencias consideren que, más que reflejar neutralmente

---

<sup>240</sup> Cf. *Ibid.*, págs. 11-25.

<sup>241</sup> *Ibid.*, pág. 5.

<sup>242</sup> Pierre Bordieu, *Sobre la televisión*, Barcelona, Anagrama, 1997. Trad.: Thomas Kauf.

<sup>243</sup> Cf. Alan Sokal y Jean Bricmont, *Imposturas intelectuales*, Barcelona / Buenos Aires / México, Paidós, 1999. Trad.: Joan Carles Guix Vilaplana; Rev. técnica.: Miguel Candel. Para un relato

sucesos y noticias, el periodismo es una práctica que colabora en la construcción social de la realidad<sup>244</sup>, en las expectativas que abriga la sociedad la misión de la prensa aún se configura como la de ser transmisora de *información factual*. De ahí que Taylor estime necesario describir (por así decirlo) lo ocurrido a Thernstrom o a Diane Ravitch y a otros damnificados de lo PC, y, más aún, consignar las palabras de éstos en cita directa, que por mor de una convención inveterada es garantía de imparcialidad. El artículo de Taylor, en efecto, es rico en lo que (el traductor de) Potter denomina “dispositivos de exteriorización” o “mecanismos exteriorizadores”<sup>245</sup>: recursos que ajustan narrativamente cualquier discurso (por definición parcial) a las normas canónicas del “discurso empirista”, y que de esta forma logran hacer pasar por asépticos e incuestionables a sus autores y elevar a la categoría de “acontecimientos” o “realidad” lo que no son sino sus representaciones. Si tradicionalmente los analistas más suspicaces de los medios de comunicación se han dedicado a la *crítica de los hechos*, las nuevas tendencias informadas por el Análisis Crítico del Discurso instan a ocuparse asimismo, dando un paso más, de la *crítica de la construcción de los hechos*, prestando por ejemplo atención a ciertas características del funcionamiento de la narración de acontecimientos o de las descripciones que tradicionalmente se han pasado por alto. En este sentido resulta revelador que muchos de los “hechos” mencionados por Taylor no tengan un sujeto identificable que pueda atestiguar la veracidad de lo relatado. Así puede comprobarse en este pasaje:

When a student at the University of Michigan read a limerick that speculated jokingly about the homosexuality of a famous athlete, he was required to attend gay-sensitivity sessions and publish a piece of self-criticism in the student newspaper called “Learned my lesson”.<sup>246</sup>

---

resumido del escándalo que protagonizaron estos científicos, véase Jorge Wagensberg, “El ‘caso Sokal’”, *El País*, 19 de marzo de 1997, pág. 32.

<sup>244</sup> Cf. Robert Fowler, *Language in the News: Discourse and Ideology in the Press*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991, pág. 2.

<sup>245</sup> Jonathan Potter, “Construcción de exterioridades”, *op. cit.*, págs. 193-224.

<sup>246</sup> John Taylor, *art. cit.*, pág. 20. La cursiva es nuestra.



Resulta también curioso que, según mantiene John Wilson, el propio Thernstrom afirmara en otra publicación (de la que puede decirse que aparece convenientemente citada) que “he was ‘appalled’ at reading Taylor’s words, explaining that ‘nothing like that ever happened’”<sup>247</sup>. Y más curioso resulta aún que estas anécdotas no sólo no se refutaran, sino que siguieran difundándose cada vez con menos datos pero con mayor frecuencia. Según sugiere Neilson, el hecho de que ciertas narrativas no se perciban como interpretaciones de unos sucesos sesgadas ideológicamente, sino como representaciones factuales se debe a que, una vez se extiende una imagen tópica, las anécdotas sólo deben activar una retórica familiar y un marco narrativo preexistente para ganar aceptación y credibilidad —una tesis que confirma la pervivencia de la *lógica de la simulación*, cuyo funcionamiento explicara Baudrillard, que se caracteriza por la precesión del modelo sobre el hecho<sup>248</sup>. Y eso, dice Neilson, “is an essential component of ideology —the replacement of argument and fact with a narrative that becomes increasingly conventionalized and naturalized through repetition and therefore becomes increasingly more difficult to refute”<sup>249</sup>. Ni que decir tiene, la creación de narrativas convencionalizadas en buena medida es obra de la concatenación de reescrituras ideológicamente afines y poéticamente análogas, parecidas. El relato de Taylor ilustra paradigmáticamente que ideología y poética van inextricablemente unidas.

De hecho, a la misma conclusión puede llegarse si se analizan los términos que emplea Taylor para caracterizar a los adscritos a lo políticamente correcto. No siempre es evidente, aunque desde una perspectiva post-estructuralista en todo momento se tiene por cierto, que la adjudicación de categorías identificativas no tiene como trasfondo una mera cuestión de precisión lingüística, sino que más bien pone de relieve una serie de

---

<sup>247</sup> John K. Wilson, *op. cit.*, pág. 17.

<sup>248</sup> Cf. Jean Baudrillard, *Cultura y simulacro*, Barcelona, Kairós, [1978] 1993. Trad.: Antoni Vicens y Pedro Rovira. Véase especialmente el primer capítulo, “La precesión de los simulacros”, págs. 7-80.

<sup>249</sup> Jim Neilson, *art. cit.*, pág. 83.

consideraciones de orden social, ideológico y político. De hecho, un argumento recurrente en boca de quienes se oponen a los cambios propugnados por lo políticamente correcto reza que son innecesarios e intrascendentes, puesto que en su opinión, por ejemplo, “afroamericano” y “negro”, “moro” y “árabe” o “subnormal” y “discapacitado” serían equivalentes, iguales, en tanto designarían las mismas “realidades”. Frente a esta opinión que ni por asomo tiene en cuenta los postulados de una “teoría social del valor cultural” por la que aboga, entre otros, Venuti<sup>250</sup>, se encuentra la de quienes sostienen que la adscripción de categorías siempre viene ligada a una serie de presuposiciones, expectativas e intereses, y toma parte en la asignación de atributos y valoraciones, en permanente negociación; la de quienes coinciden con Bordieu en que las categorías no son *descriptivas* sino *performativas*, no *designan* sino que *hacen existir* de una cierta manera<sup>251</sup>.

En cualquier caso, aun sin esta explicación es fácil colegir que ni las denominaciones que Taylor endosa a los políticamente correctos, un ecléctico grupo, según describe, formado por “multiculturalists, feminists, radical homosexuals, Marxists, New Historicists” que bautiza con el nombre de “the new fundamentalists”<sup>252</sup> y que iguala con “the fanaticized members of adherents of totalitarianism”, “the Hitler youth” y con “a new McCarthyism”<sup>253</sup>, ni otras que cundieron en reescrituras semejantes —como “the thought police”<sup>254</sup>, “‘terrorists’ and ‘storm troopers’” who committed ‘atrocities’”<sup>255</sup>, “‘mob’ mimick[ing] the tactics of the ‘Nazis’ heyday’

---

<sup>250</sup> Cf. Lawrence Venuti, *The Scandals of Translation*, pág. 26.

<sup>251</sup> Pierre Bordieu, *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, pág. 90.

<sup>252</sup> John Taylor, *art. cit.*, pág. 17.

<sup>253</sup> *Ibid.*, pág. 19.

<sup>254</sup> Vide Deborah Cameron, *Verbal Hygiene*, pág. 128.

<sup>255</sup> Vide Jim Neilson, *art. cit.*, pág. 60.

‘Stalin’s reign of terror,’ and ‘Mao’s cultural revolution’”<sup>256</sup>, “a new fascism of the left” y “latter-day versions of the Hitler Youth or Mao Tse-Tung’s Red Guards”<sup>257</sup> — son denominaciones gratuitas, más si cabe dada la popularidad que alcanzaron. Incluso el por entonces presidente George Bush tildó a los políticamente correctos de “cruzada orwelliana” en un discurso pronunciado en la Universidad de Michigan<sup>258</sup>.

Esto nos lleva a considerar la segunda de las distinciones que apila Lefevre en la afirmación que antes citábamos. Este autor insinúa (y en otros escritos así lo repite) que las reescrituras se hacen *al servicio del poder o supeditadas a él*. Ciertamente, estas denominaciones acusadoras contra lo PC, suscritas incluso por el más alto cargo de la nación, y en general la representación que del fenómeno se ofrecía en el artículo de Taylor y otras reescrituras afines favorecían una ideología y una visión del mundo conservadoras. Y la aquiescencia popular que obtuvieron como respuesta permite formular dos hipótesis en paralelo con la puntualización de Lefevre. En primer lugar, cabe sostener que esos valores conservadores eran los dominantes en América, y la imagen de lo PC proporcionada por las reescrituras difundidas en los medios de comunicación en último extremo concordante con la que obtendría la mayoría de la población a la hora de interpretar el fenómeno y encajarlo en su universo de creencias; en otras palabras, que esta reescritura buscaría la aceptación de la ideología hegemónica y habría germinado conforme a ella, bajo sus constricciones que diría Lefevre. De hecho, voluntaria o involuntariamente, las reescrituras suelen acomodar intereses y creencias que en el momento de su elaboración flotan en el ambiente. El mito de lo PC (como podríamos denominarlo siguiendo el título de la obra de Wilson) no se originó de súbito ni en un vacío. Como ocurre, según explica Tymoczko, en la gestación de todo mito, tras él se halla toda una infinidad de tópicos y arquetipos que el mito reactualiza y

---

<sup>256</sup> Vide David Beers, “What Happened at Suny” [1991], en Patricia Aufderheide (ed.), *op. cit.*, pág. 108.

<sup>257</sup> Vide Linda Brodkey y Shelli Fowler, “What Happened to English 306” [1991], en Patricia Aufderheide (ed.), *op. cit.*, pág. 115.

<sup>258</sup> Vide George Bush, “Remarks at the University of Michigan Commencement Ceremony in Ann Arbor, May 4, 1991” [1991], en Patricia Aufderheide (ed.), *op. cit.*, pág. 227.

reaviva<sup>259</sup>. En este sentido, por ejemplo, los argumentos y las anécdotas esgrimidas en contra de la discriminación positiva, acusada en estas reescrituras de favorecer la incorporación laboral de personas incompetentes, en cierto modo se avenían con los miedos de una población que a principios de los noventa veía planear el fantasma del desempleo y la recesión económica<sup>260</sup>, y que había escuchado infinitas veces durante la década anterior (otra época de apuros) la historia tópica, que ahora se repetía prácticamente calcada, del brillante (varón blanco) candidato a un puesto rechazado a favor de una mujer inexperta o de un mediocre miembro de alguna minoría étnica. En fin, las retóricas empleadas en las reescrituras (y aceptadas por sus lectores) en cierto modo sirven como barómetros sociológicos que arrojan luz sobre el verdadero sentir de un pueblo, sobre el modelo de sociedad que defiende y los prejuicios que abriga; es decir, sobre el poder: ese poder microfísico que, según Foucault, “no pesa sólo como potencia que dice no, sino que cala de hecho, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos”<sup>261</sup>. En este sentido es cierto lo que dicen Bassnett y Lefevere cuando sostienen que el estudio de los procesos de manipulación que efectúan la traducción y en general las reescrituras “can help us towards a greater awareness of the world in which we live”<sup>262</sup>.

De todos modos, y en segundo lugar, cabe pensar que esta imagen de lo PC como una amenaza intransigente, absurda y totalitaria que proyectaron los medios de comunicación norteamericanos no fue fruto de una reescritura hecha conforme a la ideología dominante, al poder, sino *al servicio de éste*. De hecho, ciertos observadores

---

<sup>259</sup> Cf. Maria Tymoczko, *op. cit.*, pág. 43.

<sup>260</sup> Cf. Juan Francisco Martín Seco, *art. cit.*, págs. 436-455, y las reflexiones de carácter económico de Daniel Bell en “Los estados desunidos de América (Los miedos de la clase media convierten la lucha de clases en guerras culturales”, *Revista de Occidente*, n.º. 13, octubre de 1995, págs. 5-24. Trad.: A.T.

<sup>261</sup> Michel Foucault *apud* Antonio Bolívar Botia, *op. cit.*, pág. 142.

<sup>262</sup> Susan Bassnett y André Lefevere, “General Editors’ Preface”, pág. ix.

culturales llegan hasta el extremo de afirmar que el tratamiento recibido por lo políticamente correcto corresponde a una estrategia estudiada, a una táctica política convenientemente planeada y a una conspiración mediática perfectamente trazada contra la progresía liberal. Según ciertas versiones de esta opinión, en las que la institución de mecenazgo no se difuminaría en el entramado microfísico de la sociedad sino que tendría cabezas identificables y responsables directos<sup>263</sup>, una alianza de expertos, analistas políticos y periodistas conservadores habría patrocinado y urdido este proceso público contra lo PC, en un intento de desacreditar ante la opinión pública a un sector que previsiblemente iba a cuestionar las decisiones que los centros de poder (conservadores) pretendían dar a la política federal<sup>264</sup>. Las fechas son, para algunos, reveladoras: el comienzo de la ofensiva en los medios de comunicación estadounidenses contra lo políticamente correcto (cuyo credo radical está informado, además de por el feminismo, el poscolonialismo o el ecologismo, por un acérrimo *antimilitarismo*) coincide con la ruptura de las hostilidades contra Irak, con el comienzo de la guerra en el Golfo Pérsico. Estas maquinaciones habrían encontrado allanado el terreno dado el viraje de la mentalidad norteamericana a lo largo de los ochenta hacia el neoconservadurismo e incluso el neopuritanismo que culminaría a mediados de los noventa con la llamada revolución de Gingrich<sup>265</sup>; circunstancia que habría favorecido que se privilegiara el punto de vista de los académicos conservadores como “el verdadero” frente al discurso radical. Excepto por el detalle de las maquinaciones, con esto último coinciden otros críticos culturales que ofrecen una explicación, si bien menos generosa en intrigas, más certera, creemos, del desarrollo de lo PC. Robert Hughes, por ejemplo, admite que la difusión de esta imagen de lo políticamente correcto le fue inmensamente ventajosa a la derecha, hacia donde se desplazó el punto de mira

---

<sup>263</sup> Véase nuestra matización al concepto de “mecenazgo” de Lefevere que incluíamos en el primer capítulo.

<sup>264</sup> Para una exposición más detallada de la tesis del complot discursivo conservador contra lo PC, véanse, por ejemplo, los títulos ya citados de John K. Wilson, Jeffrey Williams y Jim Neilson, así como el trabajo de James Boyle, “The PC Harangue +. A Review Essay” [1994], <http://www.wcl.american.edu/pub/faculty/boyle/pcharang.htm>.

<sup>265</sup> Cf. Vicente Verdú, *El planeta americano*, pág. 41.

desde donde se obtiene la visión de “las cosas como son”, si bien este sector en opinión de Hughes también practica “la charla propagandística, el eufemismo y la evasión” y los pone al servicio de su propia forma de corrección: la corrección patriótica<sup>266</sup>. Por su parte Deborah Cameron, desde una perspectiva sociolingüística, no ve tras la difusión de la imagen de lo PC confabulaciones políticas secretas, pero sí “a triumph [...] of the politics of definition, of linguistic intervention”<sup>267</sup>.

En efecto, esta imagen de lo PC testimonia el efecto amplificador de los medios de comunicación y el poder de que gozan para normalizar una determinada ideología (Lefevre de hecho incluye explícitamente los medios de comunicación entre su listado de “mecenas” habituales de las reescrituras, llegando incluso a afirmar —a través de una cita y por supuesto en relación con la difusión de la literatura— que “the BBC is the richest and largest patron in history”<sup>268</sup>). Según parece sugerir Cameron, esta intervención de los medios de comunicación habría influido a la hora de consolidar el “cambio de rumbo discursivo” (*a discursive drift*) por el que el término PC ha pasado a usarse (cada vez más trivialmente y cada vez en más contextos) con los sentidos que los que se autoproclaman sus detractores han establecido. El problema (y para sus promotores la baza) de que ciertas denominaciones sufran un cambio de voz o giro discursivo —sugiere Cameron— radica en que todo el abanico de referentes a los que con mayor o menor frecuencia se asocia se ven expuestos asimismo a contagiarse de las connotaciones de que se recubre y a evocar instantáneamente las asociaciones que despierta el término. De hecho, Yasmin Alibhai-Brown, Marilyn Friedman, Michael Bérubé, Joan Wallach Scott y Jeffrey Williams, entre otros, denuncian que la popularización de la etiqueta “PC” de la mano de una narrativa amenazante supuso un retroceso de todas las causas y prácticas a él asociadas, y en general de las ideas y las

---

<sup>266</sup> Robert Hughes, *Culture of Complaint. The Fraying of America*, págs. 26-28 [págs. 37-39 de la versión castellana].

<sup>267</sup> Deborah Cameron, *art. cit.*, pág. 16.

<sup>268</sup> Cf. André Lefevre, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, pág. 15, y J. Hall *apud* André Lefevre, “Why Waste Our Time on Rewrites? The Trouble with Interpretation and the Role of Rewriting in an Alternative Paradigm”, pág. 228.

políticas sociales de inspiración liberal<sup>269</sup>. No en vano, una vez se establece un consenso sobre lo aterrador, lo tiránico y lo indeseable que es lo PC, fácilmente se puede denunciar (y difícilmente se puede refutar, puesto que en principio con él se identifican) por políticamente correcta y con los mismos términos cualquier propuesta informada por el feminismo, el post-estructuralismo, la desconstrucción, el multiculturalismo, el poscolonialismo e incluso el ecologismo. La necesidad de reducir la tasa de desempleo femenino o la conveniencia de sustituir el vocabulario oficial utilizado en referencia con la discapacidad —que, según puede verificarse, en mayor o menor medida han estado presentes en las preocupaciones de todos los gobiernos democráticos desde finales de los setenta—, ya no se percibirán tan deseables si se califican de medidas políticamente correctas, e incluso en ese caso quizá susciten la evaluación de reprobables por totalitarias, ideológicas, represivas, politizadas, por cómplices del nuevo fundamentalismo de la diferencia. O por absurdas, risibles y descabelladas.

De hecho, en el segundo de los dos enfoques fundamentales en torno al cual se pueden agrupar las reescrituras conservadoras, lo políticamente correcto, más que como un peligro inminente, una pesadilla orwelliana, una nueva caza de brujas o una censura totalitaria, se configuró como un cúmulo de disparates, una sarta de ridiculeces, necedades y desvaríos en los que, en cualquier caso, algunos pronto distinguieron propiedades curativas: como socorrido antídoto contra el aburrimiento de las mentes preclaras estadounidenses y como saludable estímulo a la mofa y la carcajada de la que por otra parte estaba ávida una cultura infantilizada<sup>270</sup>. El mecano de lo PC creció

---

<sup>269</sup> Cf. Yasmin Alibhai-Brown, *art. cit.*, págs. 66-67; Marilyn Friedman, “Response”, pág. 129; Michael Bérubé, *Public Access. Literary Theory and American Cultural Politics*, pág. x; Joan Wallach Scott, “The Campaign against Political Correctness. What’s Really at Stake”, págs. 30-31; y Jeffrey Williams, “Introduction”, pág. 2, quien lo explica clarísimamente de esta manera: “Affirmative action, deconstruction, feminism, multiculturalism are all conflated under the banner of PC. And the asperion of PC has become a shorthand way to dismiss these positions out-of-hand”.

<sup>270</sup> Cf. Pascal Bruckner, *La tentación de la inocencia*, Barcelona, Anagrama, 1996. Trad.: Thomas Kauf.

espectacularmente, hasta quedar convertido en una parodia a gran escala de sí mismo, según fueron ofreciéndose como voluntarios numerosos norteamericanos de a pie con tiempo libre y ganas de pasar el rato para relevar a las feministas, las etnias minoritarias, los colectivos desfavorecidos en la fabricación de sus piezas, de sus vocabularios y de las estructuras en las que encajarlas. Proliferaron en Internet, por ejemplo, los glosarios —al estilo del titulado “Unknown Politically Correct Terms”, compilado (y en gran medida inventado) por un tal Dave<sup>271</sup>— que tomaban prestadas las estrategias verbales ya normalizadoras ya creativas utilizadas en su día por el feminismo radical, para conjugarlas hasta el infinito, hasta desgastarlas, en el modo lúdico-festivo. La lista de *ismos* discriminatorios, por ejemplo, engordó visiblemente: como *rectocentrism*, por ejemplo, se bautizó la lógica que alienaba a los zurdos al dar por sentado que el patrón natural era el diestro; *smellism*, por su parte, discriminaba a los que despedían un olor corporal diferente del normalizado; de *animal lookism* se calificó el prejuicio que inclinaba a proteger especies “queridas” como los cachorros y los gatitos en detrimento de especies “desfavorecidas” como los roedores y los ofidios.

Con todas estas palabras, y con esta lógica que armada de ironía usurpaba el espacio de un proyecto teórico-político liberal, emancipador e informado, James Finn Garner reformuló los cuentos infantiles seculares con la intención de librarlos, como sarcásticamente sugería en su declaración de intenciones, de una “ejemplaridad” tan manifiestamente tendenciosa, tan abusiva e inicua, y de unos términos injuriosos y ofensivos. El bien y el mal, lo bello y lo feo se ven, en estas historias, redefinidos. Así, el patito feo se propone dejar paso a “The Duckling That Was Judged on Its Personal Merits and Not on Its Physical Appearance”<sup>272</sup> y la bella durmiente a una “Sleeping

---

<sup>271</sup> “Unknown Politically Correct Terms”, firmado por, sin más, Dave, se puede consultar en la dirección de Internet <http://www.cog.brown.edu/brochure/people/duchon/humor/pol.cor.html>.

<sup>272</sup> James Finn Garner, *Politically Correct Bedtime Stories*, Londres, Souvenir Press, 1994, pág. x.



Persun of Better-than-Average Attractiveness”<sup>273</sup>. Cambiaban los nombres y cambiaban asimismo los finales para ser felices. Cenicienta se liberaba de la explotación del príncipe para convertirse en empresaria de productos ecológicos y en líder de una asociación de mujeres. Caperucita, por su parte, se enfrentaba al lobo, le recriminaba su comportamiento machista y terminaba por inyectarle un espíritu de comunidad. El gato con botas triunfaba en una sociedad no antropocéntrica como asesor de un político. En fin, los cuentos políticamente correctos creaban un mundo de fábula tan absurdo y tan disparatado que, al final, una vez recitada la fórmula del colorín, colorado, el lector daba gracias por poder regresar al mundo real y a su orden, al orden de siempre y con la certeza de que, por comparación, mejor era no hacer cambios. Aun reescritos con otros términos, la moraleja era la de siempre. Paradójicamente, los cuentos políticamente correctos disuadían a su audiencia de ser políticamente correcta, sin que importara que la corrección política que en ellos se le presentaba era una hecha a medida de sus detractores, manipulada.

Porque manipulación la hubo desde el momento en que hubo reescritura. Reescrituras. De muchos tipos. Si para acercarnos al anterior enfoque nos hemos detenido en un artículo que bien pudiera ser análogo a la categoría que, en el campo de la literatura, Lefevere denomina el “comentario”, en esta ocasión haremos un alto en el “diccionario oficial de lo políticamente correcto” publicado por Henry Beard y Christopher Cerf, en el que se confabulan varios de los tipos de reescritura enumerados por Lefevere que quizá menos atención hayan recibido en el ámbito de los Estudios de Traducción: la glosa, la antologización, la edición, la exégesis<sup>274</sup>.

Como ocurre con los cuentos políticamente correctos, el tesoro “oficial” mencionado exhibe un derroche de sarcasmo. Ya la dedicatoria inaugural homenaja a

---

<sup>273</sup> James Finn Garner, *Once Upon a More Enlightened Time. More Politically Correct Bedtime Stories*, Londres, Simon & Schuster, 1995, pág. 65.

<sup>274</sup> En “Translation and Canon Formation: Nine Decades of Drama in the United States”, André Lefevere señala precisamente tanto la importancia de las antologías en la formación de cánones como la escasez de estudios sobre este tipo de reescrituras y otros parejos (pág. 140).

una supuesta Donna Hellen Cooperman por el coraje mostrado hasta conseguir cambiar oficialmente su apellido por el más neutro Cooperperson<sup>275</sup>. La Introducción tampoco es parca en ironía<sup>276</sup>. En ella, tras informarle al lector de los peligros de ignorar los dictados de lo políticamente correcto recordándole la suerte de un profesor universitario expedientado por emitir opiniones (inconscientemente) sexistas —anécdota, dicho sea de paso, que extraen los autores del artículo de Taylor—, Beard y Cerf no dudan en calificar su obra de imprescindible para sobrevivir en Norteamérica en la ultrasensible década de los noventa. “Whether you’re an oppressor or victim (or aren’t even sure which)”<sup>277</sup>, matizan. No en vano, el libro dice no sólo pretender que el lector sortee los comportamientos lingüísticos y sociales que han pasado a considerarse vejatorios y ofensivos (reunidos en la sección titulada “Other Suspect Words, Concepts and ‘Heroes’ to Be Avoided and/or Discarded”<sup>278</sup>, encabezada por la entrada dedicada a la libertad de expresión) y que los trueque por los propios de la que socarronamente denominan “la nueva sensibilidad” (desglosada en los epígrafes en los que se consignan los términos y frases políticamente correctos que componen la primera sección<sup>279</sup>), sino también que logre darse cuenta y sacar partido con efecto retroactivo de las vejaciones y abusos a los que, quizá sin saberlo, ha estado con toda seguridad sometido. Un diccionario de lo PC, parecen decir Beard y Cerf, sólo puede ser un manual introductorio a lo sumo en el victimismo.

---

<sup>275</sup> Henry Beard y Christopher Cerf, *The Official Politically Correct Dictionary and Handbook*, Londres, HarperCollins Publishers, 1992, pág. vii.

<sup>276</sup> Henry Beard y Christopher Cerf, “Watch What You Say! (A Brief Guide to Using This Book)”, *The Official Politically Correct Dictionary and Handbook*, págs. xi-xiii.

<sup>277</sup> *Ibid.*, pág. xii.

<sup>278</sup> Cf. Henry Beard y Christopher Cerf, “Other Suspect Words, Concepts and ‘Heroes’ to Be Avoided and/or Discarded”, *The Official Politically Correct Dictionary and Handbook*, págs. 97-111.

<sup>279</sup> Cf. Henry Beard y Christopher Cerf, “A Dictionary of Politically Correct (PC) Terms and Phrases. From Ableism to Zeus-as-rapist”, *The Official Politically Correct Dictionary and Handbook*, págs. 1-67.

Evidentemente, este objetivo último, que se filtra a la hora de redactar las explicaciones y seleccionar o inventar los ejemplos que acompañan a cada entrada, neutraliza de raíz el potencial subversivo que albergan la lógica y los conceptos ligados a lo políticamente correcto, en buena medida compilados, según queda de manifiesto en la sección final en la que se incluyen las abundantísimas referencias bibliográficas, a través de un esforzado barrido documental que rastrea un número considerable de las obras de escritura experimental y de literatura crítica del feminismo angloamericano más relevantes, para expoliarlas de los términos que, una vez descontextualizados, se presentan después barnizados con un baño de sarcasmo, chanza y socarronería, y alineados junto con otros extraídos de documentos que también utilizan (o crean) términos de apariencia semejante a los acuñados por las feministas pero con propósitos totalmente opuestos. De este modo, conviven en la obra de Beard y Cerf con la misma credencial de colaboradores de lo políticamente correcto, a título de ejemplo, Casey Miller y Kate Swift (como ya hemos visto anteriormente, las autoras de la obra pionera en el intento de enmendar sistemáticamente los mecanismos semánticos que operan la invisibilidad de las mujeres en el lenguaje), las representantes del feminismo radical Dale Spender y Mary Daly (también previamente citadas en estas páginas), las escritoras militantes en la causa de la diferencia Audre Lorde y Adrienne Rich, reconocidas novelistas afroamericanas como Maya Angelou o Alice Walker, junto con el ultraconservador Dinesh D'Souza, el propio John Taylor, el politólogo y lingüista purista William Safire o el articulista y escritor conservador John Leo, por no hablar de The American Hyphen Society, una Asociación ficticia que sirve de trasunto a Beard y Cerf para engordar, según los cálculos de Graig Morris<sup>280</sup>, un 15% con disparatadas expresiones creadas *ad hoc* el glosario sobre lo políticamente correcto más vendido y consultado internacionalmente.

El resultado es una mezcolanza curiosa cuando menos, y previsiblemente desventajosa para las aportaciones de la primera tanda de autores citados, que a causa de

---

<sup>280</sup> Graig Morris, "P.C. or not P.C.: The Conservative Witchhunt for Thought Police", *The Fryburger. Freiburg's English Language Magazine*, vol. 4, 1994, <http://www.uni-freiburg.de/borsch/fryburger/pcornot.html>.

esta convivencia forzada sufren un curioso desgaste, un debilitamiento. En efecto, al mismo nivel que los vocablos *African-American* o *Native-American*, reivindicados por la comunidad negra y los pueblos indios norteamericanos como un modo de denunciar el relegamiento que les ha condenado históricamente a una ciudadanía de segunda clase, se incluyen también las voces *feline-American* y *canine-American*, que, según Beard y Cerf, constituirían la forma políticamente correcta para referirse a los gatos y perros residentes en los Estados Unidos. De este modo, bajo el marbete de lo políticamente correcto se equiparan las reclamaciones (legítimas o en todo caso reales) de los grupos marginales/marginados norteamericanos por conseguir que el lenguaje público les dispense un tratamiento menos prejuiciado y una serie de dislates sarcásticos que automáticamente desacreditan las de los primeros, pues una lectura global predispone a considerar tan absurdas las fórmulas que se sugieren para designar a los perros y a los gatos norteamericanos como las recomendadas para los grupos humanos citados. De igual manera, en una misma sección se congregan una serie de términos (*differently able*, por ejemplo) que enmiendan los que tradicionalmente han unido la discapacidad a la inferioridad e incluso a la inutilidad (entre los que se incluiría el negativamente cargado *disabled*, desechado en los últimos tiempos del léxico utilizado por las instituciones educativas y sanitarias estadounidenses) y otros que, en lugar de suavizar, cargan las tintas sobre las carencias físicas —así, la forma *differently hirsute* como sustituto de *bald* para referirse a los individuos con calvicie, e incluso el morboso e irritante neologismo *veget-able*, acuñado por la Asociación a la que dicen pertenecer los autores pensando en quienes se encuentran en un estado comatoso.

En fin, como puede colegirse de estos ejemplos, para delimitar los límites del discurso de lo políticamente correcto y llenarlo de contenido, Beard y Cerf convocan en el mismo espacio a quienes lo aprueban y a quienes lo desprecian o lo reprenden, y retransmiten sus aportaciones uniformadas a través de un filtro ético y retórico correspondiente al del segundo grupo, con el que se alinean. La maniobra es sutil, pero las implicaciones son inmensas. Lefevere sugiere que en los procesos de antologización está en juego la cuestión de la *autoridad* (de hecho este tesoro está construido al modo

de un *diccionario de autoridades*)<sup>281</sup>. En las obras que uno no firma, la autoridad no emana del texto en sí, sino de los editores que, con su selección, lo acreditan. Autoridad por lo general equivale a poder hablar en nombre propio. En las antologías, sin embargo, se hace siempre a invitación de otro. Ahora bien, en esta reescritura, a la par que autoriza las colaboraciones del feminismo o de las literaturas étnicas, desautoriza su voz, la hipoteca, la aliena. Por lo general las antologías, una vez realizan la selección que garantiza afinidad ideológica, suelen limitarse a prestar a sus colaboradores un micrófono. Por el contrario, en este caso Beard y Cerf, al reunir en su selección (al menos) dos discursos divergentes, uno de los cuales parodia al otro, obligan asimismo a parte de sus convocados a proyectar su voz a través de una máscara que lleva dibujada su caricatura.

Por lo expuesto hasta ahora, por tanto, sabemos que con el membrete de lo políticamente correcto circulan por Norteamérica varios discursos rivales, en competencia, en conflicto. Por una parte se encontraría el de quienes proceden de ciertos ambientes liberales en los que se utiliza, como frase intergrupala, este membrete y defienden las causas relacionadas con la corrección política. En segundo lugar estaría el de los neoconservadores que se apropian de esta etiqueta, la extrapolan y (des)califican con ella las prácticas de sus oponentes, por totalitarias, amenazantes o tiránicas. Con estos se amalgama el de quienes con este membrete inician una labor paródica que, si bien devalúa lo políticamente correcto al integrarse y confundirse con él, llega incluso a ocupar el lugar de objeto de la crítica del discurso neoconservador anteriormente citado: no faltan, por ejemplo, las reescrituras que interpretan los códigos de expresión que se aprobaron en los campus norteamericanos, no como una *prohibición* de lo que se ha dado en llamar el lenguaje de la aversión o del odio, sino como una *imposición* de los neologismos del tipo “verticalmente desajustado”. A los discursos resultantes de esta apropiación conservadora bifronte se une asimismo el que emanó de una contraofensiva discursiva liberal que trató de especificar lo que en su opinión realmente había detrás de

---

<sup>281</sup> Cf. André Lefevere, “Translation and Canon Formation: Nine Decades of Drama in the United States”, pág. 141.

lo políticamente correcto. En este estudio no nos detendremos en ella porque, ya lo adelantamos, salvo contadísimas excepciones no tuvo resonancia en el discurso que se generó en nuestro país sobre lo políticamente correcto, entre otras cosas porque en muchos casos se limitó a denunciar la “conspiración conservadora” de la que se originaba lo PC sin reclamar para sí de nuevo el término. Y a ésta siguió otra reacción contraria<sup>282</sup>, y a ésta a su vez otra<sup>283</sup>, y otra más...

Lo políticamente correcto, a oleadas cíclicas, ejecuta un vaivén discursivo que lo balancea de un lado a otro del plano político norteamericano. Eso sí, cada vez más

---

<sup>282</sup> Entre las obras que operan esa contraofensiva discursiva opuesta a la derecha, cabe citar, por ejemplo, las siguientes: Christopher Newfield y Ronald Strickland (eds.), *After Political Correctness: The Humanities and Society in the 1990s* (Boulder, Westview Press, 1995); Stephen Richer y Lorna Weir (eds.), *Beyond Political Correctness: Toward the Inclusive University* (Toronto, University of Toronto Press, 1995); Richard Feldstein, *Political Correctness. A Response from the Cultural Left* (Minneapolis, University of Minnesota Press, 1997); Valerie L. Scatamburlo, *Soldiers of Misfortune: The New Right's Culture War and the Politics of Political Correctness* (Nueva York, Peter Lang Publishing, 1998); Stanley Fish, *Professional Correctness: Literary Studies and Political Change* (Cambridge, Harvard University Press, 1999); Cyril Levitt, Scott Davies y Neil McLaughlin (ed.), *Mistaken Identities: The Second Wave of Controversy over "Political Correctness"* (Nueva York, Peter Lang Publishing 1999); James Arnt Aune, *Selling Free Market: The Rhetoric of Economic Correctness* (Nueva York, Guilford Press, 2000); Michael S. Cummings, *Beyond Political Correctness: Social Transformation in the United States (Transformations in Politics and Society)* (Boulder, Lynne Rienner Publishers, 2001).

<sup>283</sup> Entre las obras que operan la réplica a la contraofensiva liberal, se encontrarían éstas: Nigel Rees, *The Politically Correct Phrasebook. What They Say You Can and Cannot Say in the 1990s* (Londres, Bloomsbury, 1993); Mark Leigh y Mike Lepine, *The Official Politically Incorrect Handbook* (Londres, Illiterati International Limited, 1993); David Horowitz y Peter Collier (eds.), *The Heterodox Handbook. How to Survive the PC Campus* (Washington DC, Regnery Publishing, 1994); Henry Beard y Christopher Cerf, *Sex and Dating. The Official Politically Correct Guide* (Nueva York, HarperCollins Publishers, 1994); S. D. Gaede, *When Tolerance is No Virtue: Political Correctness, Multiculturalism & the Future of Truth and Justice* (Downers Grove [IL], Intervarsity Press, 1994); John W. Whitehead, *Politically Correct: Censorship in American Culture (Faith and Freedom)* (Chicago, Moody Press, 1995); Edith Kurzweil y William Philips (eds.), *Our Country, Our Culture: The Politics of Political Correctness* (Boston, Partisan Review, 1995); Mark Leigh y Mike Lepine, *The Official Politically Incorrect Handbook. Volume 2* (Londres, Virgin Books, 1996); Robert Martin Walker, *Politically Correct Parables* (Kansas City, Andrews McMeel Publishing, 1996) y *Politically Correct Old Testament Stories* (Kansas City, Andrews McMeel Publishing, 1997); Ken Jacobson, *Politically Correct Hunting* (Bellevue [Washington], Merril Pr., 1998); Alan Gottlieb, *Politically Correct Environment* (Bellevue [Washington], Merril Pr., 1998) o *Politically Correct Guns: Please Don't Rob or Kill Me* (Bellevue [Washington], Merril Pr., 1999); Edward P. Moser, *The Politically Correct Guide to American History* (Nueva York, Three Rivers, 1999) y *The Politically Correct Guide to the Bible* (Nueva York, Three Rivers, 1999); Jack Riepe, *Politically Correct Cigar Smoking for Social Terrorists* (Wilmington [Nueva York], Croften & Stone Publishers, 1999); John H. Hagar, *A Politically Correct Murder* (Berkley, Creative Arts Book Co., 2000); Sally L. Satel, *PC, M.D.: How Political Correctness is Corrupting Medicine* (Nueva York, Basic Books, 2000).

debilitado: en la izquierda, si acaso, se ha tratado de buscar una salida *más allá* de lo políticamente correcto, superándolo; en la derecha, cada vez se ha juzgado más inconveniente insistir sobre el tema, cuando no cada vez más necesario abrazarlo. De hecho, en las últimas elecciones a la presidencia norteamericana, ninguno de los dos candidatos ha escatimado en betún de corrección política con que embadurnar sus discursos y sus programas, que en ambos casos han concedido una atención sin precedente a las cuestiones de género, a las políticas sociales y a las minorías. Si la corrección política fue un demonio de los noventa, en la Norteamérica que ha visto el cambio de siglo se ha transfigurado en un arcángel, un patrón al que los centros de poder necesariamente deben encomendarse<sup>284</sup>.

Sea como fuere, la cuestión está ahora en averiguar, no ya cómo se ha producido el trasvase desde Norteamérica a nuestro país de lo políticamente correcto, sino a partir de qué discurso(s) —y de qué otros no. Como ocurre en los procesos de antologización, la traducción (cultural) es siempre selectiva, y pone asimismo sobre el tapete cuestiones de ideología, poética, poder y autoridad. Será importante, efectivamente, ver qué se traduce y, como dice Lambert, qué se deja sin traducir. Sobre lo que se traduce habrá que averiguar, más aún, quién lo traduce, por qué, para qué y de qué modo.

Y en boca de quién lo pone. En un contexto monolingüe, resultaría sospechoso, por ejemplo, que el programa político de un partido se distribuyese en período de elecciones en unas octavillas redactadas por la oposición. Sin embargo, se diría que, cuando tercia la traducción, la autoridad de las fuentes se acrecienta en la misma proporción en que se difuminan las fuentes de la autoridad. De momento, ya sabemos que los reescritores que redactaban las crónicas con cuya mención iniciábamos este capítulo resolvían sus dudas (y las del lector español medio) sobre lo políticamente

---

<sup>284</sup> Sobre la preocupación mostrada tanto por los demócratas como los republicanos durante las elecciones celebradas en el año 2000, y concretamente sobre la incursión de los republicanos en el terreno de las minorías, tradicionalmente coto demócrata, con la fórmula del “conservadurismo compasivo”, véase, por ejemplo, el editorial “Bush viaja al centro”, *El País*, 5 de agosto de 2000, pág. 10 o el artículo de Javier Valenzuela, “Bush se apropia del discurso centrista de Clinton gracias a su ‘conservadurismo con compasión’”, *El País*, 5 de agosto de 2000, pág. 2.

correcto citando el vocabulario supuestamente autorizado de ese idioma: el diccionario oficial de lo políticamente correcto confeccionado por Beard y Cerf. En fin, ya antes de pasar la página parece que, si en Norteamérica eran los lectores quienes reían a mandíbula batiente con este paródico compendio, a mediados de los noventa debían de ser los propios autores, Beard y Cerf, quienes se carcajearan de que los españoles nos tomáramos sus apuntes tan en serio. Y esto no es sino un ejemplo.



#### **4. LA TRADUCCIÓN INTERCULTURAL DE LA CORRECCIÓN POLÍTICA**

Dada la enorme resonancia que a principios de los noventa tuvo en Estados Unidos la cuestión de lo políticamente correcto, y teniendo en cuenta la formidable potencia de los altavoces con que se retransmiten sus discursos en las numerosas embajadas culturales, oficiales y oficiosas, que tiene Norteamérica distribuidas por este planeta americano que habitamos, no es del todo extraño que nuestro país se hiciera asimismo (tan<sup>1</sup>) pronto eco del fenómeno. De 1992 datan las primeras publicaciones

---

<sup>1</sup> Efectivamente, (desde nuestra posición y nuestras averiguaciones) podemos dar fe (sólo) de que el discurso de lo políticamente correcto se ha difundido por toda Europa. Ahora bien, la celeridad con que se introdujo en los distintos países es variable, y muy probablemente indicativa del grado de afinidad y/o dependencia cultural de éstos con respecto a la cultura norteamericana. En este sentido, creemos, son significativas las diferencias en la evolución del trasvase en los casos de Gran Bretaña y Francia. Gomis informa de que la prensa británica se dejó llevar en un primer momento por el sensacionalismo, la frivolidad y el dramatismo a la hora de informar sobre lo que, bajo la influencia de la retórica de los conservadores norteamericanos, se percibía como un “[p]rogressive dogma [that] imperils democracy” (*Sunday Times*, 1 de mayo de 1992, citado en Gomis, *op. cit.*, pág. 151). No obstante, como constata esta autora, por lo general pronto se rebajaron los tintes apocalípticos de las noticias sobre la corrección política llegadas de Norteamérica, probablemente por la escasa credibilidad que inspiraba la imagen de lo PC acuñada por los medios de comunicación estadounidenses como una amenaza inquietante o como una revolución descabellada en una sociedad en la que, según expone Dunant, desde los sesenta se ha mantenido constante la lucha por la igualdad sexual y racial, y cuyos medios de comunicación vienen empleando un lenguaje políticamente correcto (es decir, sensibilizado con el tratamiento simbólico de la diferencia) antes de que los propios medios popularizaran (y demonizaran) esta etiqueta (Cf. “Introduction. What’s in a Word?”, en Sarah Dunant [ed.], *op. cit.*, págs. vii-xv). Quizás esto explique que, a pesar de que, como en Estados Unidos, “PC is a dirty word in nineties Britain” (*Ibid.*, pág. vii), la filosofía y las medidas asociadas a lo PC (por ejemplo, la discriminación positiva o la educación multicultural) progresen—aunque no de la mano de la mencionada etiqueta— sin levantar las polémicas no tan encendidas como efectistas que se han presenciado en Norteamérica, e incluso que el marbete de lo PC no sólo no se esquive, sino que incluso se reivindique en la literatura seria, crítica y erudita para analizar sopesadamente las verdaderas cuestiones (PC) que en el fondo están en juego tras la pantomima (PC) representada por los medios de comunicación. La colección de ensayos editada por Dunant es buena prueba de ello, a la par que en nuestra opinión—y en esto convenimos con Gomis (*op. cit.*, 30)— uno de los mejores volúmenes sobre el fenómeno de lo políticamente correcto. Precisamente en esta obra se incluye un artículo de Lisa Appignanesi, que estudia el influjo del fenómeno en Francia, para concluir que, en el momento de su publicación (1994), “PC has not bitten in France” (“*Liberté, Égalité and Fraternité: PC and the French*”, en Sarah Dunant [ed.], *op. cit.*, pág. 155). Las razones por las que, en su opinión, “political correctness has taken no hold in France as it has in the United States and Canada and in a lesser way in Britain” (*ibid.*, 158) son las siguientes: una actitud cultural con respecto a lo relativo a la raza y los géneros dispar a la subyacente en el circuito angloamericano, un acercamiento (personal e institucional) diferente a las cuestiones étnicas, un *machismo* generalizado, la práctica inexistencia de lo que denomina “una cultura de la ofensa”, la fuerza centrípeta de una poderosa cultura “central” basada en la asimilación, la homogeneidad de la sociedad y la integración de la universidad en ella, y el hecho de que el francés sea una lengua de género que, en su opinión, no admite por esta razón la manipulación de lo políticamente correcto. A la luz de lo ocurrido en España, que, si bien comparte numerosos de estos

localizadas en nuestro ámbito en las que se reseña el movimiento norteamericano<sup>2</sup>, y del año siguiente a éste el inicio de su tratamiento en la prensa no especializada<sup>3</sup>. Las fechas no dejan lugar a dudas y, creemos, dan pie a hacer una afirmación desde nuestro punto de vista irrefutable: *la traducción del discurso de lo políticamente correcto apenas se hizo esperar en la cultura española*. Con el post-estructuralismo somos conscientes, no obstante, de que lo verdadero o lo irrefutable, lejos de absoluto e incondicional, depende siempre de unos presupuestos iniciales. Por eso mismo, creemos, no está de más volver a aclarar términos.

En primer lugar, respecto del referente del mencionado “discurso de lo políticamente correcto”. En los capítulos anteriores hemos tratado de refutar la idea de que lo políticamente correcto es un discurso homogéneo. En realidad, según hemos intentado demostrar, bajo este marbete conviven y compiten diversos discursos; discursos, en cierta medida enfrentados, antagónicos. Lo PC no sólo es polisémico, sino, si se permite el neologismo, “plurideológico”. Quizá fueran constataciones como ésta las que llevaran a Foucault a matizar implícitamente la noción “fuerte” y en apariencia “unitaria” de *discurso* a la que se adhiere en sus primeras obras con la introducción de unos términos donde resulta más fácil alojar mentalmente la heterogeneidad y la diversidad como *formaciones discursivas* o *familias discursivas*, de los que trataremos de sacar partido. Así, cara a nuestra empresa, habrá que preguntarse cuál de los

---

factores, rápidamente tradujo lo políticamente correcto y lo incorporó incluso a una lengua que también distingue gramaticalmente lo masculino de lo femenino, podría argumentarse que estas razones, si bien acertadas, son escasas. La(s) que falta(n), creemos, tiene(n) que ver con el diferente prestigio que las culturas y las lenguas española y francesa conceden a las norteamericanas, íntimamente relacionado con la valoración (y la protección) de las propias —en este sentido puede ser significativa la comparación entre la despreocupación institucional con que viene recibiendo el castellano (no así otras lenguas peninsulares) toda una avalancha de anglicismos frente la conocida represión gubernamental del uso de anglicismos por parte de las empresas francesas. A nuestro parecer, en definitiva, la clave de que se produzcan tan notables diferencias cuando son tan numerosas las similitudes nos remite a las relaciones de poder (fáctico, pero también simbólico, relativo al prestigio atribuido al capital cultural —véase Hermans, “Norms and the Determination of Translation: A Theoretical Framework”, págs. 27-28—) que subyacen al trasvase entre las culturas implicadas.

<sup>2</sup> Cf. Montserrat Casals, “Lo ‘políticamente correcto’”, *Anuario de los temas 1991*, Barcelona, Difusora Internacional, 1992, pág. 332; y Gianni Riotta, *art. cit.*

<sup>3</sup> Cf. Soledad Gallego-Díaz, “Lo que se debe decir”, págs. 2-3.

discursos de la que nos ocupa en realidad se trasvasa a nuestra cultura. En este sentido, el hecho de que la rapidez del inicio de la traducción se esté midiendo a partir de la explosión de la ola de reescrituras conservadoras en los medios de comunicación norteamericanos ya es, en nuestra opinión, un dato significativo.

De todos modos se impone sospechar que, aunque percibamos el que nos llega como *un* discurso unitario, *homogéneo*, en realidad se trate de *varios* discursos *homogeneizados*. Y, si se piensa con detenimiento, bien pudiera ser esto resultado de la naturaleza *traducida, reescrita* del fenómeno. Dicho de otra manera, a partir del caso de lo políticamente correcto cabe preguntarse si no será común a la traducción y/o las reescrituras interculturales que tiendan a amalgamar discursos, a fusionarlos, a potenciar o crear la uniformidad del acabado. Pensemos, por ejemplo, en lo que sucede con las antologías (literarias), que a menudo con su selección crean “grupos” o “nóminas” de autores que no están, o no están apenas, relacionados. En ocasiones probablemente pueda esto deberse a un esfuerzo intencional con un efecto ideológico calculado (como parecía desprenderse de la conclusión a la que llegábamos en el anterior capítulo a propósito de una reescritura intracultural como el diccionario de Beard y Cerf). En otros, no obstante, cabe pensar que quizá se produzca *a pesar de* sus responsables y como resultado de la distancia que separa al sujeto traductor y/o reescritor del traducido y/o reescrito, del cambio de punto de vista y de la (re)ordenación jerárquica por parte del primero de la trama de relaciones en que se inserta el objeto de la traducción; (re)ordenación que la distancia y el cambio de perspectiva aludidos traen necesariamente aparejados.

En cierto modo, pensamos, toda esta explicación puede reformularse de forma más metafórica escarbando en el potencial alegórico y significativo del término foucaultiano “familia discursiva” que antes mencionábamos, que quizá resulte útil a la hora de iluminar sobre lo que sucede en el trasvase intercultural de “discurso(s)”: en el interior de cada familia existen rivalidades, desacuerdos, riñas e incluso quizá rupturas insalvables, encarnizados antagonismos y acusadas incompatibilidades; desde el exterior, sin embargo, y en primer lugar, bien o mal avenidos, sus componentes se ven y

se juzgan como miembros de una misma estirpe, de una misma casta y, en último extremo, con la misma sangre, de suerte que, aunque entre ellos no se entiendan e incluso no se hablen, en el fondo se les tiene por hechos de la misma pasta y del mismo talante; en segundo lugar, aunque hayan renegado de su origen, inconscientemente se les atribuirán las bondades de su parentela y se les verá propensos a los mismos vicios que a sus congéneres.

Lo primero explicaría que, aunque en Norteamérica los diversos discursos de lo políticamente correcto estuvieran enfrentados, en nuestra cultura los viéramos emparentados. Y no sería extraño que los hubiéramos convocado a todos a un tiempo: como ocurre en las relaciones humanas, lo lógico en muchos casos es que, una vez se decide abrir la puerta al de fuera, se extienda la invitación a toda la familia y no a ciertos de sus miembros en solitario. De todos modos, aun cuando, como parece ser el caso, por afinidad (ideológica) los responsables de nuestra cultura en principio invitaran sólo a los conservadores para hablarnos de lo políticamente correcto, no siempre una decisión selectiva como ésta es garantía de que el resto de la familia no vaya a aparecer en algún momento: también por las relaciones humanas sabemos que, cuando hay confianza, no es extraño que los que se han invitado a título individual acudan a nuestra cita por compromiso con un pariente lejano al que resulta imposible excluir por estar, circunstancialmente, al lado del convidado. De ahí el peligro (desde el punto de vista de la estabilidad de la cultura receptora, es decir, de la tranquilidad de los anfitriones) que, junto con su potencial<sup>4</sup>, alberga toda apertura al exterior, toda traducción. Efectivamente, por más medidas de precaución que se tomen para mantener el orden durante la visita, por más controles a que se someta la traducción, ésta no es, como sugiere Lefevere, “just a ‘window opened on another world’, or some such pious platitude. Rather, translation is a channel opened, often not without a certain reluctance,

---

<sup>4</sup> Cf. Sanford Budick, *art. cit.*, pág. 19: “The cross-roads feature of the encounter comprises both a danger and a potentiality, depending on how it is used.”

through which foreign influences can penetrate the native culture, challenge it, and even contribute to subverting it”<sup>5</sup>.

Lo segundo explicaría que ese acercamiento al Otro que constituye el proceso de traducción se viera condicionado por las referencias previas que de él se tienen. Así, sabemos también por Lefevere que la traducción y/o las reescrituras generan nuevas imágenes del Otro que va a traducirse; ahora bien, a la hora de construirlas nunca se parte de cero, sino de imágenes preexistentes del Otro, de los que se tienen por sus aires de familia, que no son sino sus rasgos estereotípicos. No es infrecuente que esas informaciones previas se incorporen o se cuelen en el proceso de traducción. Esta incorporación podrá ser, en efecto, voluntaria o inconsciente, pero en ningún caso será inocente. La alusión directa o indirecta a los antecedentes “familiares” del Otro que se traduce constituirá, en último extremo, bien un acicate para la identificación con él y el establecimiento o la continuación de las buenas relaciones entre las “familias” (la suya y la nuestra), bien una amonestación implícita a la propia para mantener las distancias y para mantenernos en nuestro puesto; un recordatorio para que no se olvide, aun cuando no haya por qué negarles el trato, que no son como nosotros o, mejor dicho, que “nosotros” no debemos ser como “ellos”. En este sentido, dice Venuti:

In creating stereotypes, translation may attach esteem or stigma to specific ethnic, racial, and national groupings, signifying respect for cultural difference or hatred based on ethnocentrism, racism, or patriotism. In the long run, translation figures in geopolitical relations by establishing the cultural grounds of diplomacy, reinforcing alliances, antagonisms, and hegemonies between nations.<sup>6</sup>

De esto puede deducirse que la red de estereotipos y representaciones culturales que maneja una sociedad respecto de otras será delatora de cómo se ve al Otro y cómo pretende que se le vea, y, por añadidura, o mejor dicho por inversión, de cómo se ve y quiere verse a sí misma —comenta Steiner siguiendo a Hegel y a Heidegger que “being

---

<sup>5</sup> André Lefevere, “Introduction”, pág. 2.

<sup>6</sup> Lawrence Venuti, *The Scandals of Translation. Towards an Ethics of Difference*, págs. 67-68.

must engage other being in order to achieve self-definition”<sup>7</sup>—; es, en definitiva, un material psicoanalítico valiosísimo. Escuchar los arquetipos, recalca en este sentido Leonardo Boff, significa poner atención a la voz de nuestra interioridad. E insinúa el teólogo que nos ha acompañado en el anterior capítulo que esa labor de escucha es un sano ejercicio crítico, puesto que obliga a ser vigilantes ante las contradicciones y los excesos de dichos arquetipos, que, alerta, pueden irrumpir avasalladores<sup>8</sup>. Ciertamente, como también constata Steiner, las traducciones tradicionales son medios ejemplares de donde extraer ese material inconsciente, donde escuchar la voz interior de las culturas. No en vano, en palabras de Theo Hermans, “[t]ranslation is of interest because it offers first-hand evidence of the prejudice of perception. Cultures, communities and groups construe their sense of self in relation to others and by regulating the channels of contact with the outside world”<sup>9</sup>. Pero, según sugiere Anderman, hay otros: “translation is by no means the only mechanism by which such stereotypes occur. Popular fiction, journalism and political discourse thrive in the production of such”<sup>10</sup>. En este capítulo trataremos de prestar atención a las representaciones del Otro sobre las que se ha construido —y que han construido— traducciones (en su sentido convencional) concretas y otros tipos de textos que, no siendo/creyéndose traducciones, participan, según sostenemos, en la traducción que nuestra cultura ha hecho de lo políticamente correcto.

En segundo lugar, y aunque por lo que hemos venido diciendo hasta ahora y por lo expuesto en este capítulo ya se habrá colegido, para apoyar la irrefutabilidad de la idea que anteriormente lanzábamos es preciso insistir en que la definición de *traducción* que manejamos no se corresponde con la noción restringida y, en cierto sentido, ingenua comúnmente aceptada por el público lego e inicialmente abrazada por los primeros

---

<sup>7</sup> George Steiner, *After Babel*, pág. 317.

<sup>8</sup> Leonardo Boff, *El águila y la gallina: una metáfora de la condición humana*, pág. 67.

<sup>9</sup> Theo Hermans, *Translation in Systems. Descriptive and System-oriented Approaches Explained*, pág. 95.

<sup>10</sup> Gunilla Anderman, “A Global Language for the Global Village? A Response to Mary Snell-Hornby”, en Chistina Schäffner (ed.), *op. cit.*, pág. 146.

estudios (cientifistas) traductológicos, a saber, la que conceptualiza la traducción como la metamorfosis lingüística de un texto o como el proceso de reproducción íntegra del original. Tampoco se restringe —en todo caso la engloba— nuestra noción a la definición más realista que, por ejemplo, abraza (como hipótesis metodológica, según matiza en su obra de 1995<sup>11</sup>) Toury cuando postula que traducción es lo que la cultura receptora acepta como tal<sup>12</sup>, con independencia de que estrictamente no se ajuste, como suele ser el caso, a esa definición básica de traducción que, por otra parte, aunque no es “normal”, sí es en cierto modo “normativa”, y que, aunque quizá no sea “ideal” sí está “idealizada”. Ciertamente, la definición de Toury ha sido y es útil por cuanto, a la luz del estudio (descriptivo) de las que llamamos traducciones, ha permitido postular que éstas no se limitan a operar una mera conmutación en el nivel del idioma, sino que, al inscribirse en el complejo tráfico comunicativo entre culturas, donde además de palabras entran en juego intrincadas cuestiones de ideología, representación cultural, instituciones y normas políticas y simbólicas, y enredadas relaciones de poder, llevan a cabo una verdadera negociación cultural; en pocas palabras, que las que llamamos traducciones desbordan con mucho nuestra noción de traducción. Sin embargo, con José Lambert convenimos en que, si bien una ampliación de la noción de traducción desde lo ideal a lo aceptado resulta acertada, no es, sin embargo, suficiente.

De hecho, Lambert insta a los Estudios de Traducción a ocuparse del fenómeno de la *traducción*, y no sólo de las (reconocidas como) *traducciones*. En el fondo, atendiendo a lo que dice Lambert, tampoco bastaría con limitarse a estudiar la traducción en relación con *otros* modos de reescritura. Lo que con este autor tratamos de insinuar es que bien pudiera ser que, a pesar de sus muchas ventajas y, más aún, de los logros conseguidos gracias a ella en la disciplina, una definición de partida que iguale la traducción a “lo que la sociedad receptora considera que es traducción” quizá

---

<sup>11</sup> Cf. Gideon Toury, *Descriptive Translation Studies and Beyond*, pág. 32.

<sup>12</sup> Cf. Gideon Toury, *In Search of a Theory of Translation*, pág. 43; del mismo autor, “A Rationale for Descriptive Translation Studies”, pág. 20: “[...] for the purpose of a descriptive study a ‘translation’ will be taken to be any target-language utterance which is presented or regarded as such within the target culture, on whatever grounds.”



pueda, a la larga, incurrir en el mismo defecto que aquélla de la que partían los científicos: la de desterrar de antemano del objeto de interés de los Estudios de Traducción una multiplicidad de prácticas que no se ajustan a la definición no ya ideal, sino “social” de la traducción (a todas luces edificada sobre la noción tradicional de “texto”); la de seguir partiendo de un concepto que obra la infrarrepresentación o la exclusión de un buen número de comportamientos traductores. No olvidemos que esa definición “social” es en buena medida la fuente de la invisibilidad de la traducción que han denunciado teóricos como Venuti, Bassnett o Arrojo. En este sentido, creemos, si algo pueden aprender los Estudios de Traducción de otros movimientos sociales emancipadores es que no tiene sentido reclamar la visibilidad de la traducción *sólo* a partir de la definición que históricamente ha obrado su subordinación. De hecho, ya que hemos aludido a estos movimientos de emancipación, no viene mal establecer una comparación con la terminología que a éstos se aplica para fomentar la autocrítica en nuestra propia disciplina: podríamos decir que los estudios descriptivos “puros” de traducción (y por “puros” entendemos los que actualizan con sumo rigor en lo metodológico los postulados que figuran en la declaración de intenciones de la Escuela de la Manipulación, especialmente el de ser “target-oriented”, es decir, el de partir de la definición de traducción vigente en la cultura de llegada) en cierto modo representan una “traductología de la diferencia” (en la línea, por ejemplo, del “feminismo de la diferencia” que hemos comentado en páginas anteriores), en tanto se limitan a reivindicar la valoración de los modelos establecidos de traducción, cuya complejidad quieren sacar a la luz (Toury propone ir hasta el fondo de la cuestión, hasta formular objetivamente las leyes que regulan el comportamiento traductor) pero sin cuestionarlos en ningún momento (de hecho, como ya vimos, Toury adjudica implícitamente a las leyes descubiertas un papel normativo en tanto, según dice, en último término deben servir para predecir el comportamiento traductor en el futuro<sup>13</sup>).

---

<sup>13</sup> Cf. Gideon Toury, “What Lies Beyond Descriptive Translation Studies, Or: Where Do We Go From Where We Assumedly Are?”, especialmente págs. 79-80.

El problema de los movimientos emancipadores “de la diferencia” es que, al igualar (y reivindicar) los roles y estrategias por las que se reconoce socialmente el objeto de su reivindicación con su “esencia”, al establecer una relación directa entre “norma” y “definición” o “naturaleza”, patrocinan lo establecido y, en cierto modo, reprimen o niegan lo disidente. Si se permite una comparación, según se denuncia ahora, el “feminismo de la diferencia”, al buscar el reconocimiento de cualidades, atributos o tareas históricamente desvalorizadas como la sensibilidad, la maternidad, la intuición o la emotividad en tanto atributos “típicamente femeninos”, en realidad termina por negar que, por explicarlo con casos concretos, las mujeres frías, calculadoras, despreocupadas por su aspecto y sin instinto(?) maternal puedan ser consideradas “femeninas”; los estudios descriptivos, al interpretar como norma (y Norma, Ley) de la traducción, por ejemplo, que las traducciones naturalicen y domestiquen, busquen la adecuación al contexto receptor, a su ideología y a sus intereses, e incluso cuando los originales no lo hagan se adapten a las reglas lingüísticas preceptivas y a las convenciones gramaticales más ortodoxas, etc., en último término impiden, sin ir más lejos, que versiones subversivas, irreverentes, demasiado “originales” y todas las que cuestionen o proponen los cánones traductores establecidos sean consideradas “traducciones”, que en algunos casos equivale a decir “traducciones como lo establecido manda” y en otros “buenas traducciones”. De hecho, esto último queda implícito en la afirmación que Theo Hermans hace cuando constata la vinculación de la calidad de las traducciones con las normas dominantes. En sus palabras:

[t]he “correct” translation therefore is one that fits in the correctness notions prevailing in a particular system, i.e., that adopts the solutions regarded as correct for a given communicative situation, as a result of which is accepted as correct. In other words: when translators do what is expected of them, they will be seen to have done well.<sup>14</sup>

A la luz de lo expuesto cabe colegir que la aceptación de esta equiparación como premisa de la investigación da pie a que las prácticas traductorales que atentan contra los

---

<sup>14</sup> Theo Hermans, “Translational Norms and Correct Translations”, en Kitty M. van Leuven-Zwart y Tom Naaijken (eds.), *op. cit.*, pág. 166.

patrones hegemónicos no se juzguen “propias de la traducción” y, por tanto, a que muchos comportamientos traductores subversivos no se consideren tales, y a lo sumo se sigan teniendo por “adaptaciones”, “versiones”, “reformulaciones” —términos en absoluto neutros que, para los legos y para la traductología tradicional, forman con la “traducción” una dicotomía excluyente<sup>15</sup>. Buena muestra de ello da, por ejemplo, la resistencia que se muestra en ciertos círculos académicos a considerar “traducciones” las que realizan las feministas canadienses e incluso, por irnos a otras alejadas de éstas en el tiempo, aunque quizá no en sus métodos<sup>16</sup>, las prácticas de la Edad Media, cuya intensa actividad traductora, como lamenta Beer, ha quedado tradicionalmente relegada al terreno de la no traducción al ser examinada a la luz de nuestras categorías actuales<sup>17</sup>.

La adopción de la definición social de traducción como punto de partida, dicho sea de paso, no sólo expulsa de sus contornos comportamientos subversivos y propios de otros tiempos; como señalan los autores del monográfico *Translation in the Global Village*, las actividades del traductor hoy en día exceden con mucho los límites de la noción tradicional de traducción. Y si bien hay quien, como Peter Newmark, ante el innegable desfase estima necesario establecer una diferencia entre “la naturaleza de la traducción” y “lo que hacen los traductores”<sup>18</sup>, para nosotros —que creemos que, lejos de remitir a una definición “esencial”, la “traducción” es un constructo histórico, contingente, ideológica y culturalmente definido y, por tanto, variable— la distinción se antoja una peligrosa concesión y excusa para prolongar la invisibilidad de la traducción y del traductor *qua* traductor en el contexto de la globalización y de la comunicación de masas. Efectivamente, resulta paradójico que en un momento en el que, por mor del

---

<sup>15</sup> Cf. en esta misma línea los comentarios y ejemplos de Ovidi Carbonell, *Traducción y cultura. De la ideología al texto*, pág. 151.

<sup>16</sup> Cf. Jean Delisle, “Traducteurs médiévaux, traductrices féministes: une même étiquette de la traduction?”, *TTR*, vol. 6, n.º. 1, 1993, págs. 203-230.

<sup>17</sup> Cf. Jeanette Beer, “Introduction”, en Jeanette Beer (ed.), *Medieval Translators and Their Craft*, Michigan, Kalamazoo, 1989, pág. 2.

<sup>18</sup> Cf. Peter Newmark, “Taking a Stand on Mary Snell-Hornby”, en Christina Schäffner (ed.), *op. cit.*, pág. 152.

crecimiento exponencial de la información, de la aceleración, diversificación e intensificación de su difusión interlingüística e intercultural, y de la aparición, en virtud de la revolución que ha presenciado nuestro siglo en los ámbitos tecnológico e informático, de nuevos soportes y géneros textuales que cuestionan una vez más los tradicionales conceptos de autoría, autoridad o texto y que necesariamente han alterado las formas habituales de acercarse a los discursos y de tratarlos, se ha producido una redefinición y diversificación del papel del traductor y de sus actividades<sup>19</sup>, a éste sólo se le reconozca como tal cuando se pliega su labor a la definición más básica y pedestre de traducción. Es, en efecto, curioso que socialmente se niegue (o se haga por negar) el estatus de traducción precisamente a toda una serie de actividades traslativas que ponen de manifiesto las inmensas complejidades, responsabilidades y exigencias que entraña en nuestro tiempo la mediación intercultural, si bien no es extraño: el hecho de que por lo general la traducción se valore únicamente como tal cuando se limita a ser una servil reproducción, un trabajo automático, maquinal (*manual labor*, que dice —y denuncia— Venuti<sup>20</sup>), no hace en nuestra opinión sino ilustrar el funcionamiento de los poderosos mecanismos de control, conscientes e inconscientes, que regulan el orden cultural y sus jerarquías, en el que, dicho sea de paso, se puede tratar de intervenir y contra el que se puede luchar.

En cualquier caso, aparte de las implicaciones respecto del valor social de las categorías que se manejan, lo cierto es que, cara a una investigación que en el fondo se preocupa de examinar el funcionamiento de la comunicación entre culturas en un tiempo en el que se ha presenciado una drástica transformación de la noción habitual de “texto” y de sus formas tradicionales de apropiación, reescritura y procesamiento (intra e interculturales), creemos restrictivo iniciar el análisis a partir de una definición heredada y en cierto modo caduca de “traducción” que, como constata Hermans en su

---

<sup>19</sup> Véase, en este sentido, la obra de Sager *Language Engineering and Translation. Consequences of Automation*, Amsterdam/Filadelfia, John Benjamins, 1994.

<sup>20</sup> Lawrence Venuti, “Introduction”, a Lawrence Venuti (ed.), *Rethinking Translation: Discourse, Subjectivity, Ideology*, pág. 2.

lectura de Toury<sup>21</sup>, continúa suponiendo —o constatando que se presuponen, como en el caso de las *pseudotraducciones*— precisamente una relación (bien parcial bien total, aunque ciertamente ya cualificada) entre dos textos y que, por decirlo con Bassnett, sigue “far too obsessed with binary oppositions within the translation model and [...] too concerned with defining and redefining the relationship between translation and original”<sup>22</sup>. Con Lambert pensamos que, a pesar de que las (reconocidas como) traducciones son menos, en nuestro mundo la traducción es ubicua, omnipresente, si bien es y hace por ser invisible, por pasar inadvertida<sup>23</sup>. Precisamente esta actitud camaleónica con la que los textos en cuya elaboración media la traducción tratan de ocultar su deuda con otro(s) texto(s) y la consiguiente sospecha de que para registrar el fenómeno de la traducción en nuestros días no basta con examinar las ocasiones en las que aparece declarada como un “hecho de la cultura de destino”, como un *texto autónomo*, sino que también habría que tratar de fotografiar su presencia clandestina como *fragmento*, de sorprenderla demostrando su tendencia a camuflarse y mezclarse en los textos que tenemos por originales, por autóctonos, y de probar su propensión a engrosar, sin delatar su origen, nuestros discursos son las que llevan a Lambert a afirmar en otro lugar que no hay razón para “que cualquier cosa que *no* sea considerada traducción en una sociedad determinada tampoco debe ser considerada traducción por el investigador”<sup>24</sup>. Estamos de acuerdo con él. Aun a riesgo de equivocarse, creemos, se impone correr el riesgo, creer que hay más “traducción” que la que nos permiten ver nuestros ojos y los catalejos siempre perfectibles —y en todo caso contingentes, como admite Hermans, lo que equivale a decir que son variables<sup>25</sup>— de las definiciones

---

<sup>21</sup> Cf. Theo Hermans, *Translation in Systems. Descriptive and System-oriented Approaches Explained*, pág. 50.

<sup>22</sup> Cf. Susan Bassnett, “When Is a Translation Not a Translation?”, en Susan Bassnett y André Lefevere, *Constructing Cultures*, pág. 39.

<sup>23</sup> Cf. por ejemplo José Lambert, “History, Historiography and the Discipline. A programme”, pág. 19.

<sup>24</sup> Cf. José Lambert, “Literatura, traducción y (des)colonización”, págs. 259-260.

<sup>25</sup> Theo Hermans, *Translation in Systems. Descriptive and System-oriented Approaches Explained*, pág. 156.

sociales, y rastrear en su busca parajes y territorios poco explorados, aún relativamente desconocidos. Quizás al final no haya nada; pero pudiera ser que tras el *finis terre* se descubra que, efectivamente, hay más mundo. Para esta excursión la pregunta inicial no es sólo, según la fórmula Bassnett, “When Is a Translation Not a Translation?”, sino también “When is (there) a Translation (in) a Non-Translation?”.

De ahí que adoptemos como punto de partida de nuestra empresa una definición amplia, abarcadora (y tentativa) de traducción en tanto *trasvase entre culturas* o *transferencia intercultural* (como comúnmente predicán por otra parte los teóricos que conforman o secundan las teorías interculturales de la traducción<sup>26</sup>), que (a diferencia, creemos, de lo que termina por desprenderse de algunos trabajos que adoptan el sintagma que utiliza Bassnett pero no su trasfondo, y por seguir con la metáfora) para nosotros no se restringiría a las *transfusiones* previamente *proyectadas y controladas*, sino que también incluiría todo tipo de *filtraciones y contaminaciones*, y los *aportes* de los *flujos subterráneos* que ignoran unas fronteras culturales sólo visibles en la superficie. En realidad, esto nos alinea con toda una serie de teóricos procedentes de diferentes ámbitos que, a pesar de las diferencias, por denominador común tienen el hecho de que suscriben una noción dilatada de traducción como paradigma de contacto cultural, por decirlo con la sucinta expresión de Carbonell<sup>27</sup>.

Entre éstos pueden incluirse, por citar sólo algunos de los más representativos, George Steiner, que desde una perspectiva hermenéutica entiende que la traducción se halla presente en todo proceso de comunicación humana y, particular y explícitamente, en la convivencia y contacto mutuo entre las diferentes lenguas (y culturas) de la

---

<sup>26</sup> Cf. Susan Bassnett, “Moving across Cultures: Translation as Intercultural Transfer”, en J. M. Santamaría, Eterio Pajares, Vickie Olsen, Raquel Merino y Federico Eguíluz (eds.), *Trasvases culturales: Literatura, cine, traducción*. 2, Vitoria, Departamento de Filología Inglesa y Alemana, Universidad del País Vasco, 1997, págs. 7-20.

<sup>27</sup> Cf. Ovidi Carbonell, *Traducir al Otro. Traducción, exotismo, poscolonialismo*, págs. 103-109.

tierra<sup>28</sup>; Hillis Miller, para quien “traducción” engloba todo tipo de desplazamiento, transporte, reescritura e incluso lectura, correcta o equívoca, por el que una idea, una obra, una filosofía o un retazo discursivo cruza una frontera, bien cultural, bien entre disciplinas<sup>29</sup>; o Lluís Duch, quien toma también la idea de frontera para afirmar, aunando los postulados de la “antropología de lo humano” y la crítica literaria, que la traducción se impone necesariamente donde hay fronteras, y puesto que el ser humano es siempre un ser fronterizo, “la traducción es el ‘estado natural’ del hombre como ser cuya auténtica naturaleza es la cultura, la artificiosidad y la provisionalidad”, la manera en la que comprende al Otro y trata de comprenderse, (des)construye el sentido de lo humano y se (des)construye<sup>30</sup>.

Se insertan asimismo en esta circunstancial agrupación otros antropólogos menos preocupados que los pensadores citados por atisbar las condiciones que permitan construir en esos incesantes procesos de traducción un nuevo humanismo que por destapar los factores que, si se quiere, la convierten en deshumanizadora para ciertos grupos, como Talal Asad, que postula que la traducción (cultural) es toda representación de otra cultura, para resaltar que en la asignación de significados determinados a lo implícito que necesariamente lleva a cabo intervienen una serie de asimetrías y relaciones de poder que condicionan la interpretación de otras culturas<sup>31</sup>; teóricos poscoloniales como Homi K. Bhabha, Gayatri Spivak y en cierto modo Edward Said, que sacan partido de esta tesis y de este concepto en sus análisis de los procesos de construcción del espacio del Otro poscolonial en la cultura excolonizadora o, quizá,

---

<sup>28</sup> Cf. George Steiner, *After Babel*, especialmente el Prefacio a la segunda edición de su obra (págs. ix-xviii) y los capítulos finales “Topologies of Culture” y “Afterword” (págs. 436-499), y *Errata. Examen de una vida*, Barcelona, Siruela, 1998, págs. 122-123. Trad.: Catalina Martínez Muñoz.

<sup>29</sup> J. Hillis Miller, *art. cit.*, especialmente pág. 207.

<sup>30</sup> Cf. Lluís Duch, “Antropología y Traducción”, en M. Carmen África Vidal Claramonte, Anne Barr y M. Rosario Martín Ruano (coords.), *Babelia*, número monográfico de la revista *Debats*, 2001.

<sup>31</sup> Talal Asad, *art. cit.*, especialmente págs. 162-164.

neocolonial<sup>32</sup>; u otros como Tejaswini Niranjana, que también se centra en el proceso inverso, en el proceso de traducción de discursos de procedencia occidental en el mundo en desarrollo<sup>33</sup>.

También entendemos que se unen al grupo críticos culturales como Eduardo Subirats o Gabriel Motzkin, quienes desde la filosofía de la cultura y la historia de las ideas respectivamente exploran (centrándose el primero en la vivencia latinoamericana de la Modernidad y el segundo en la interacción de la memoria y la experiencia en la construcción de la identidad judía) los *desfases entre los que se produce la traducción cultural*, que en su caso (y con las palabras de Motzkin) más que “a tangible process between languages or style, [is] rather an intangible one between conflicting historical experiences as contexts for similar artifacts”<sup>34</sup>, u otros como Carlos Hernández Sacristán y Ricard Morant Marco, que se centran en los *desfases que la traducción puede salvar*, en los prejuicios vigentes en el ámbito de las relaciones interculturales que puede combatir al ampliar el conocimiento sobre el Otro: “‘Traducir’ es, en este sentido, aplacar o eliminar el componente agresivo que deriva normalmente de la ignorancia que un código cultural mantiene respecto a otro”<sup>35</sup>.

Y finalmente nos acompañan asimismo autores relacionados, más o menos tangencialmente, con los Estudios de Traducción, como el ya citado Carbonell, que amplía este concepto fundamentalmente de la mano de los poscoloniales hasta definirlo

---

<sup>32</sup> Para una aproximación a la articulación de su noción de traducción (cultural), véase Homi K. Bhabha, “How Newness Enters the World: Postmodern Space, Postcolonial Times and the Trials of Cultural Translation”, *The Location of Culture*, Londres, Routledge, 1994, págs. 212-235, y Gayatri Spivak, “The Politics of Translation”, ya citado.

<sup>33</sup> Cf. Tejaswini Niranjana, *Siting Translation. History, Post-Structuralism, and the Colonial Context*, Berkeley, Los Ángeles/Oxford, University of California Press, 1992; y “Feminismo y traducción en La India: Contexto(s), Política(s), Futuro(s)”, en M. Carmen África Vidal Claramonte, Anne Barr y M. Rosario Martín Ruano (coords.), *op. cit.* Trad.: M. Rosario Martín Ruano y Jesús Torres del Rey.

<sup>34</sup> Gabriel Motzkin, *art. cit.*, pág. 266. Véase asimismo, Eduardo Subirats, “Traducción y globalización”, artículo inédito, 2000.

<sup>35</sup> Carlos Hernández Sacristán y Ricard Morant Marco, “Introducción”, en Carlos Hernández Sacristán y Ricard Morant Marco (eds.), *Lenguaje y Emigración*, Valencia, Departament de Teoria dels Llenguatges, Universitat de València, 1997, pág. 12.



como “a superior level of interaction [that] takes place whenever an alien experience is internalized and rewritten in the culture where that experience is received”<sup>36</sup> y lo aplica al estudio de la recepción de obras árabes en nuestra cultura<sup>37</sup>; Dora Sales, que lo vincula a los procesos tanto hermenéuticos como enunciativos que surgen en el cruce o el choque de las culturas, en el *entre*, a las vivencias y reescrituras híbridas, intersemióticas que encuentran su ilustración paradigmática en las narrativas transculturales<sup>38</sup>; los responsables y los coautores de *Translating Latin America: Culture as Text*, para quienes la traducción real de textos forma parte de un proceso de traducción superior en el que el “texto original” es, en toda su amplitud, sin más, América Latina<sup>39</sup>; Dirk Delabastita, cuando en su análisis de los procesos de traducción en la sociedad de la comunicación de masas concluye, cuestionando implícitamente las definiciones tradicionales de traducción a las que pasa revista, que “there may well be nothing outside translation”<sup>40</sup>; Michaela Wolf, que, como nosotros, utiliza el término traducción “in a broader sense, which means it is used in the sense of ‘rewriting’ or

---

<sup>36</sup> Cf. Ovidi Carbonell i Cortés, “The Exotic Space of Cultural Translation”, pág. 81.

<sup>37</sup> Cf., por ejemplo, Ovidi Carbonell i Cortés, “Orientalismo, exotismo y traducción. Aproximación a las (circunstancias y) dificultades de la traducción cultural”, en Miguel Larramendi y Gonzalo Fernández (eds.), *Pensamiento y circulación de las ideas en el Mediterráneo: el papel de la traducción*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha/Escuela de Traductores de Toledo, 1997, págs. 163-185.

<sup>38</sup> Cf. Dora Sales, “La traducción como comunicación intercultural: bilingüismo, escritura y transculturación”, en Gloria Álvarez Benito, Joaquín J. Fernández Domínguez y Francisco J. Tamayo Morillo (eds.), *Lenguas en contacto*, Sevilla, Mergablum, 1999, págs. 252-261; “El polisistema transcultural como zona de contacto entre la teoría literaria, la literatura comparada y los estudios de traducción”, en Anne Barr, M. Rosario Martín Ruano y Jesús Torres del Rey (eds.), *op. cit.*, págs. 668-684.

<sup>39</sup> Cf. William Luis y Julio Rodríguez-Luis (eds.), *Translating Latin America: Culture as Text. Translation Perspectives 1991*, Binghamton, Center for Research in Translation, State University of New York, 1991, especialmente los ensayos preliminares de los editores (“Culture as Text: The Cuban/Caribbean Connection”, págs. 7-20 e “Introduction: Translating Latin America”, págs. 1-5, respectivamente) y, por las similitudes que guarda su punto de partida con el de nuestra empresa, el artículo de Santiago Colás (“Translating Post-modernism”, págs. 99-111).

<sup>40</sup> Dirk Delabastita, “Translation and the Mass Media”, pág. 105.

even ‘*cultural textualization*’”, sin que necesariamente, según apunta, exista un texto original<sup>41</sup>; o Clem Robyns, quien ante sospechas como las de Delabastita y Wolf, y en la línea que toma implícitamente Carbonell, postula como unidad operativa de análisis la noción de “discurso” para el estudio de estos procesos amplios de traducción (cultural), que queda definida en sus palabras como “the migration and transformation of discursive elements between different discourses” y sucintamente como “discursive migration”<sup>42</sup>.

El trabajo citado de Robyns es, creemos, de especial interés para nuestra investigación fundamentalmente por tres motivos. En primer lugar, porque (a la estela de Lambert, de quien, de hecho, es discípulo) insta a reexaminar una serie de nociones básicas como “texto”, “lengua”, “cultura” y “traducción” u otras no tan asentadas en la disciplina como “discurso” o “práctica discursiva” con un cierto relativismo y la necesaria cautela, y a no adoptarlas en ningún momento como si fueran conceptos monolíticos y estáticos, contrarrestando de esta manera una tendencia a su parecer aún generalizada entre los adscritos a los Estudios de Traducción. En segundo lugar, porque la intersección de los conceptos teóricos que presenta con su aplicación en casos prácticos (tanto en éste como en otros de sus trabajos<sup>43</sup>) proporciona una orientación metodológica muy útil o, al menos, un modelo en nuestra opinión atractivo en lo que a la presentación y el tratamiento conjunto de las bases y los resultados de la investigación se refiere. En tercer lugar, porque en “Translation and Discursive Identity” establece una tipología de actitudes básicas que suscita en la cultura receptora la introducción de discursos extranjeros —o, en otras palabras, las reacciones hacia el

---

<sup>41</sup> Cf. Michaela Wolf, “Translation as a Process of Power: Aspects of Cultural Anthropology in Translation”, en Mary Snell-Hornby, Zuzana Jettmarová y Klaus Kaindl (eds.), *op. cit.*, pág. 123.

<sup>42</sup> Clem Robyns, “Translation and Cultural Identity”, págs. 408, 406 y 405.

<sup>43</sup> Cf. Clem Robyns, “The Normative Model of Twentieth Century Belles Infidèles. Detective Novels in French Translation”, *Target*, vol. 2, n.º. 1, 1990, págs. 23-42; “Defending the National Identity: Franglais and the Francophonie”, en Andreas Poltermann (ed.), *Literaturkanon - Medienereignis - Kultureller Text. Formen interkultureller Kommunikation und Übersetzung*, Berlín, Erich Schmidt, 1995, págs. 179-210.

Otro que acompañan (a la vez que condicionan y configuran) la traducción de su(s) discurso(s)— que resulta muy iluminadora y, creemos, un buen punto de partida para nuestro propósito de examinar el proceso de acomodación en nuestra cultura de lo políticamente correcto.

Robyns distingue (al menos) cuatro actitudes básicas frente a la “migración discursiva” que, para él, constituye la traducción (*imperialista, defensiva, transdiscursiva* y *defectiva*), que a su vez subdivide en dos grupos atendiendo a la predisposición al reconocimiento del Otro en tanto Otro —que diría Berman—, de su alteridad. La imperialista la niega y trata de aniquilarla plegándose (y plegando el discurso extranjero) a las normas y pautas autóctonas, que se ven apuntaladas y confirmadas en su presunta unicidad y universalidad. Este tipo de traducción rechaza la capacidad innovadora de la traducción, esa función que Even-Zohar denominara *primaria*. En el otro extremo se encontraría la actitud *defectiva*, que no sólo reconoce la Otredad del discurso sino que la recibe con los brazos abiertos, por entender que su presencia es deseable y necesaria en una cultura en la que se echa en falta su aportación específica. En un punto intermedio se halla la actitud *defensiva*, que reconoce lo Otro como Otro pero, al verlo ajeno y como una amenaza, trata (aun) así de transformarlo y de conservar intacta su propia especificidad. Las actitudes *defectivas* y *defensivas*, matiza Robyns, pueden considerarse *reactivas* en tanto obedecen a una *reacción* ante la presencia o la ausencia del discurso extranjero. La última actitud, la *transdiscursiva*, se caracteriza, precisamente, por la falta de reacción visible, por una acogida equilibrada del discurso extranjero, que no recibe un trato de privilegio (en detrimento de lo propio) ni de desprecio (frente a lo propio), sino que se percibe en pie de igualdad. Tal actitud, avisa Robyns, es problemática y casi siempre temporal: en su opinión, pronto da paso a otras. (Y esto no significa que no ocurra al contrario: de hecho, las categorías de esta

clasificación forman un *continuum* que, en su dinámica, van recorriendo las culturas y, por ser más cautos con las nociones totalizadoras, los diversos segmentos de las culturas.)

\* \* \*

La clasificación de Robyns es interesante no tanto por cuanto nos permite, como miembros de una cierta cultura, identificarnos con un determinado patrón de comportamiento frente a la Otredad e identificar a su vez los factores que hasta cierto punto lo explican —por ejemplo, la existencia de visibles lagunas o una dependencia cultural acrítica frente a otro sistema podrían ser la razón de ser de un trato hospitalario e incluso preferente hacia lo extranjero, mientras que, en el otro extremo, la exacerbación de un cierto chovinismo cultural o la influencia de las animadversiones políticas de una sociedad en su dinámica cultural podrían estar en la base de una predisposición contra los discursos extranjeros en calidad de tales—, como por cuanto, además, nos recuerda que la reacción mostrada no es la única posible y mucho menos la idiosincrásica, la propia del “carácter cultural” —aunque así se piense a veces, engordando la ya extensa mitología de estereotipos nacionales y haciendo un flaco favor a las culturas que se reafirman en comportamientos que, aun en algunos casos reprobables, han pasado a verse como “genuinos”, como “auténticos”—, sino que está más bien ligada a las circunstancias de la cultura, y que hay otras, que se puede modificar. Y es que, dicho sea de paso (y aunque las etiquetas que elige Robyns llevan implícita una valoración que incita a pensar lo contrario), ninguna de las actitudes descrita ni es “óptima” ni “execrable” por sí sola y en todas las ocasiones, sino posiblemente no sólo efectiva sino también ética en determinadas circunstancias culturales. Incluso la actitud que Robyns denomina “imperialista” sin duda llevado por la circunstancia de que frecuentemente quienes la exhiben están en una posición de poder<sup>44</sup> puede demostrarse, creemos, estratégicamente recomendable en ciertas

---

<sup>44</sup> De hecho, en este artículo y, más detenidamente, en “Defending the National Identity: Franglais and the Francophonie” Robyns la liga a título ilustrativo a la negativa de los guardianes de la

coyunturas de subordinación cultural. Así, las políticas de normalización lingüística que han llevado a cabo determinados dialectos o lenguas minorizados, “imperialistas” en tanto también niegan la variedad en su intento de crear o de afianzar una “norma” homogénea, pueden ser un paso intermedio hasta cierto punto necesario para conseguir un poder (político y simbólico) a partir del cual reclamar después dicha variedad. Hecha esta salvedad, en fin, parece que el artículo de Robyns no sólo puede utilizarse como método de diagnóstico (para ver cómo actuamos), sino quizá también como instrumento de rehabilitación y terapia (para reflexionar sobre cómo podríamos actuar).

Y, aunque es cierto que el pasado ya no tiene remedio, quizá convenga utilizar estas dos dimensiones de lo real y lo posible en retrospectiva, situándonos en el contexto de la cultura española de principios de los noventa, que, como ya hemos dicho, presenció la llegada del discurso norteamericano de la corrección política o, lo que es lo mismo, el principio de su traducción —si es que alguna vez lo hubo. Ni que decir tiene, el objetivo de esta mirada atrás hacia lo que pudo haber sido y no fue dicha traducción no es, no debe ser, estancarse en el lamento, sino más bien dar con los principios de selección que toda traducción lleva aparejada, y con sus causas. En efecto, de dar crédito a lo que aseguran Lambert y Hermans<sup>45</sup>, entre otros, parece que no sólo es importante preguntarse qué textos o, en nuestro caso, qué elementos discursivos se tradujeron, cómo y con qué actitud, sino también cuáles de los disponibles (de esos *posibles históricos* que podríamos decir con Foucault) se dejaron sin traducir, lo que sin duda también nos dirá algo sobre nuestra identidad cultural, pues, recordemos, ésta en último extremo se obtiene en contraposición a lo que uno no es<sup>46</sup> y, por tanto, a las reacciones que uno no exhibe y a lo que rechaza, a lo que no quiere acoger en sí.

---

lengua francesa a reconocer sus múltiples variedades y a las consiguientes políticas lingüísticas de homogeneización instrumentadas en el ámbito francófono.

<sup>45</sup> Cf. José Lambert, “Literatura, traducción y (des)colonización”, pág. 259; Theo Hermans, *Translation's Other (Inaugural Lecture)*, pág. 15.

<sup>46</sup> Véase en este sentido Rosa María Rodríguez Magda, *El modelo frankenstein. De la diferencia a la cultura post*, págs. 47-48, donde esclarece los mecanismos de la identificación y la definición, en general y grupales: así, tras afirmar que “toda cosa es idéntica a sí misma tan sólo porque es *otra* que las demás cosas”, pasa a explicar que “todo grupo que se define Uno frente a Lo Otro obtiene una especie de

Con respecto a lo “posible”, podría decirse que la consideración en España de ese discurso de la corrección política que se fraguó en los círculos liberales de la educación superior norteamericana, según vimos en el segundo capítulo, como un ideario favorecedor del reconocimiento de la diferencia, promotor de un modelo de sociedad y de enseñanza descentralizado y multicultural, impulsor de una revisión de las bases tradicionales de la historia y la literatura, de los fundamentos y las prácticas de la democracia y del papel de la Universidad, no sólo hubiera sido viable. Desde luego, hubiera sido también relevante y quizá, puede argüirse, inspiradora para una sociedad que a principios de los noventa, entre otras cosas en virtud de las conocidas causas históricas que habían demorado su incorporación a la cultura democrática, aún se encontraba (por no decir que todavía se encuentra), en relación con sociedades como la norteamericana u otras de esa Europa en la que por entonces (políticamente) se acababa de enrollar, ligeramente rezagada en la lucha incesante por la igualdad: esa igualdad *de facto*, de trato y de oportunidades; esa igualdad en la diferencia, tanto en el plano simbólico como en el real. En realidad, el contexto no podía haber sido más propicio para un examen a fondo de las posibilidades de significación de este discurso originalmente igualitario surgido desde y en pro de la diversidad: la cuestión de lo políticamente correcto irrumpió en España en un momento en el que, en paralelo a un proceso de descentralización política y de fortalecimiento de las fuerzas regionales en la toma de decisiones estatal, se había intensificado de manera notable el avance y el apoyo institucional de lo que, en contraposición a una propensión histórica a la centralización, la asimilación y la integración, podría calificarse de heterodoxia cultural.

A principios de los noventa, en efecto, se renuevan o se crean numerosas titulaciones en la enseñanza superior<sup>47</sup>: en el campo científico-técnico, con objeto de actualizar unos planes de estudio heredados, obsoletos frente a las necesidades de un mercado de trabajo metamorfoseado y con unos niveles cada vez más exigentes de

---

hegemonía hueca. Se define por aquello que no es él: ni bárbaro, ni irracional, ni indígena, ni delincuente, ni mujer..., luego su poder autonómico designativo conlleva una dependencia semántica”.

<sup>47</sup> Cf. Carlos de la Fuente Gómez, “Universidad: nuevas carreras”, *Anuario de los temas 1993*, Barcelona, Difusora Internacional, 1994, págs. 164-187.

competitividad; en el ámbito de las humanidades, con el fin de contrarrestar su progresivo alejamiento de la realidad social en un mundo, según asegura Talens, cada vez más dominado por los avances de la tecnología y por la idea de utilidad<sup>48</sup> (de esta época es la visión de las facultades de letras como una “fábrica de parados”<sup>49</sup> y los intentos para combatirla) y, si no con el propósito, sí con el resultado de permitir una innegable “alteración del canon” que se plasma en el florecimiento de “asignaturas nuevas o materias antiguas ampliadas capaces de incluir estudios sobre la mujer, literatura escrita por grupos marginales, interdisciplinariedad en las asignaturas y otros modos de apertura”<sup>50</sup> acorde, por otra parte, con una realidad que, en el extranjero, se reclamaba cada vez más pluricultural.

Así sucedía también *institucionalmente*, por otra parte, en el interior de nuestra propia sociedad, donde parece posible establecer una conexión entre la dependencia de un gobierno en minoría con respecto a partidos de adscripción autonómica y la intensificación del debate sobre la necesidad de desarrollar fórmulas para el desarrollo de un capital plurilingüe y pluricultural anteriormente desatendido y/o reprimido, y sobre el significado y los contenidos de la que hasta entonces había pasado prácticamente sin objeciones por la “cultura nacional”. Puede argumentarse que, en un marco como el descrito, el discurso de la corrección política podría haber sido utilizado por ciertos sectores para introducir una serie de conceptos, de ideas, argumentos y categorías de resistencia o análisis productivas para este tipo de causas antihegemónicas que trataban de hacerse camino en nuestra coyuntura cultural. Ciertamente, este giro hacia un discurso extranjero para su importación total o parcial habría significado el reconocimiento, implícito o explícito, de una situación “defectiva” o deficitaria en

---

<sup>48</sup> Cf. Jenaro Talens, “El robot ilustrado y el futuro de las Humanidades”, *El sujeto vacío. Cultura y poesía en territorio Babel*, Madrid, Cátedra/Universitat de València, 2000, págs. 394-407, especialmente 396-397.

<sup>49</sup> Carlos de la Fuente Gómez, *art. cit.*, pág. 172.

<sup>50</sup> Cf. Román Álvarez y M. Carmen África Vidal, “Xenofobia y literatura: los nuevos cánones de las instituciones académicas y su relación con el Poder”, en Román Álvarez (ed.), *El espectáculo de la*

nuestra cultura, de la insuficiencia o pobreza de nuestro repertorio autóctono disponible al respecto, de la falta, por decirlo con las palabras de Robyns, de los componentes necesarios para renovar nuestros propios discursos o de adaptarlos a las transformaciones del contexto social<sup>51</sup>.

Si así hubiera sucedido, lo más probable es que, como suele ocurrir en estos casos, la corrección política se hubiera recibido en tanto Otro y, en concreto, como ese Otro *sublime* que se percibe como enriquecimiento, que despierta admiración y que lo Mismo se apresura a imitar<sup>52</sup>. Dada la demonización sufrida en el contexto norteamericano por lo PC, no obstante, una apropiación de lo PC como la descrita habría exigido a nuestros reescritores ignorar o cuestionar explícitamente la imagen de la corrección política dominante en Norteamérica y restringir notablemente las fuentes de este discurso legitimadas por la traducción. Por ello, una traducción de estas características difícilmente podría haberse concebido en términos “nacionales”: más que un puente *entre culturas*, esa traducción habría creado quizás una “zona de contacto” entre *comunidades de intereses* particulares<sup>53</sup>, en definitiva, entre agrupaciones en cierto modo periféricas.

De todos modos, se diría que no fue ése el caso. Si examinamos los primeros textos que abren un espacio discursivo para lo PC en nuestro país, no parece que este discurso se introdujera tras la percepción de una carestía interna que procede a enmendarse con un tipo de traducción cultural que con Macura podríamos denominar

---

*cultura: Gran Bretaña y España ante el fin de siglo*, Salamanca, Plaza Universitaria Ediciones, 1995, pág. 69.

<sup>51</sup> Clem Robyns, “Translation and Discursive Identity”, pág. 420.

<sup>52</sup> Ovidi Carbonell, en *Traducir al Otro. Traducción, exotismo, poscolonialismo*, pág. 45, distingue dos arquetipos fundamentales de “lo Otro”: el Otro malvado y el Otro sublime. Si bien este autor solamente considera los casos en los que se halla en una situación subordinada y de marginalidad, creemos que la distinción, con otros matices, también es pertinente en las circunstancias en las que lo Otro proviene de una situación de supremacía cultural.

<sup>53</sup> Cf. Lawrence Venuti, “Translation, Community, Utopia”, especialmente págs. 477 y 485.



“expropiadora”<sup>54</sup>. No se constata que existiera avidez por importarlo para vampirizarlo, ni que el Otro proyectado por estos documentos despertara la admiración y el elogio. Ciertamente, sí se produjo con celeridad la importación y, en un primer momento, sí se reconoció la corrección política como Otro (con lo cual se descarta una actitud imperialista); es más, la mayoría de las veces se reconoció como *exclusivamente* Otro. Las primeras reescrituras de lo PC, efectivamente, recalcaron una y otra vez la “americanidad” del movimiento —una característica, si hacemos caso a Robyns, propia de las actitudes “defensivas”, que tratan de preservar su especificidad poniendo considerable énfasis sobre la Otredad de los discursos foráneos<sup>55</sup>. En este sentido, un artículo de Vicente Verdú dedicado a la cuestión de lo PC, ya lo hemos comentado anteriormente, se titulaba significativamente “La etiqueta genuinamente americana”. En “¿Es usted normal?”, donde este mismo autor comentaba un manual médico para el diagnóstico de enfermedades mentales que utilizaba el lenguaje políticamente correcto, insistía de nuevo en que, a pesar de haber sido adoptada por toda la comunidad científica, la iniciativa “[n]o deja por ello de ser típicamente americana”<sup>56</sup>. En otro anterior, “El desorden políticamente correcto”<sup>57</sup>, lo PC se reseñaba como un fenómeno meramente estadounidense, para lo cual no podía definirse como una filosofía (puesto que éstas se tienen por extrapolables), sino como una simple secuencia de hechos contextualizados. El propósito de acordonar el radio de acción del fenómeno queda de manifiesto en el subtítulo y los primeros párrafos de este artículo, donde se acumulan las referencias espaciales que circunscriben lo PC al ámbito norteamericano. A continuación lo reproducimos:

---

<sup>54</sup> Cf. Vladimír Macura, “Culture as Translation”, en Susan Bassnett y André Lefevere (eds.), *Translation, History & Culture*, pág. 69.

<sup>55</sup> Clem Robyns, “Translation and Discursive Identity”, pág. 415.

<sup>56</sup> Cf. Vicente Verdú, “¿Es usted normal?”, *El País*, 26 de octubre de 1995, pág. 32.

<sup>57</sup> Cf. Vicente Verdú, “El desorden políticamente correcto”, pág. 4.

### El desorden políticamente correcto

El sexismo, el clasismo, el intelectualismo, están creando en *Estados Unidos* cientos de palabras “neutras”.

Vicente Verdú

La expresión “*indian summer*” (“verano indio” para designar los veranillos de san Miguel y otros efímeros pasajes de buen tiempo no es una expresión “políticamente correcta” (PC). *Todos los norteamericanos* medianamente cultos *deben* [“ellos”] saberlo. *Indian* no debe seguir asociándose a la entrega de una cosa que es prontamente arrebatada.

Con este ejemplo y otros muchos relacionados con el clasismo, el regionalismo, el intelectualismo o el etnocentrismo, *los norteamericanos* han confeccionado, durante los años noventa varios diccionarios [...] que orientan a las redacciones de los diarios, a los políticos y a los profesores para comportarse con pertinencia en las referencias lingüísticas.<sup>58</sup>

Nótese el sutil distanciamiento que ejecuta Verdú, que aparentemente se limita a “informar” de lo que acontece y afecta a los norteamericanos (y, como queda de manifiesto en el primer párrafo, donde lo hemos resaltado, solamente a “ellos”). Los textos son significativos tanto por lo que dicen como por lo que no dicen, y es curioso que Verdú obviara establecer paralelismo alguno con la situación española, cuando es indudable que, por su condición de colaborador habitual de *El País* y, aún más, por desempeñar en este diario un cargo de responsabilidad, no sólo conocía sino que además debía respetar una etiqueta y unas normas políticamente correctas en algunos sentidos semejantes a las que hace referencia, puesto que las convenciones del *Libro de Estilo* de este diario ya por aquellas fechas vetaban explícitamente las expresiones que pudieran resultar ofensivas para ciertos colectivos y aconsejaban el cambio de los vocablos tradicionalmente usados por otros más cautelosos desde el punto de vista lingüístico para las referencias a los miembros de ciertos colectivos desaventajados<sup>59</sup>. Al contrario de lo que dice el refrán, en este caso, quien calla no otorga; quizá más bien disuade, o

---

<sup>58</sup> *Ibid.* Excepto la que resalta los vocablos ingleses, la cursiva es nuestra.

<sup>59</sup> Sin ir más lejos, ya un año antes Soledad Gallego-Díaz, que por entonces era la Defensora del Lector de este diario, hacía notar explícitamente en un artículo que publicaba en calidad de tal en la sección correspondiente que “EL PAÍS está obligado a rechazar estos textos [sexistas, racistas u ofensivos] e impedir que aparezcan en sus páginas” (“...Y sabrán de qué somos capaces”, *El País*, 6 de febrero de 1994, pág. 12).

así lo intenta. Bien pudiera ser que, al estilo de Montesquieu en sus *Cartas persas*, la descripción de los que Verdú presenta como vicios ajenos persiguiera quizás un propósito moralizante para los de dentro.

En cierto modo, resulta asimismo curioso que, tanto este artículo (según queda de manifiesto en los párrafos citados) como otros documentos que reseñan de manera similar lo PC adjudiquen, por así decirlo, su autoría a la totalidad del pueblo norteamericano. Vuelven a confirmarse, en este sentido, las reflexiones que ya hiciera el sociólogo Amando de Miguel a finales de los setenta tras estudiar la difusión del movimiento de la contracultura juvenil: en muchas ocasiones, los fenómenos que se patrocinan internacionalmente como propios de la *American Way of Life* no corresponden al modelo norteamericano oficial, a la cultura establecida y vigente, sino más bien a sus aspectos censurados o insurgentes<sup>60</sup>. En nuestro caso, mientras que en Estados Unidos, ya lo hemos visto, lo PC se desacreditaba por tratar de desintegrar América, por ser antiamericano<sup>61</sup>, afirmaba en España Vicente Verdú, por ejemplo, que “lo políticamente correcto es políticamente americano”<sup>62</sup>. Sea como fuere, no es del todo extraño: tal vinculación —por rescatar la imagen a la que antes hacíamos referencia— del miembro (descarriado) con sus raíces, con su familia, tal sustitución de una comunidad concreta por la cultura que la alberga puede achacarse, como adelantábamos, a la distancia que separa las sociedades traductora y (parcialmente) traducida, que necesariamente reconfigura la percepción del Otro.

---

<sup>60</sup> Amando de Miguel, *op. cit.*, págs. 10-11. Para una opinión más reciente que cuestiona igualmente la “americanidad” de la cultura americana exportada, véase Manuel Rodríguez Rivero, “Americana”, *Revista de Libros*, octubre de 1999, pág. 28.

<sup>61</sup> Así se decía explícitamente en un artículo de William Philips publicado en *Partisan Review*, donde ofrecía la siguiente definición de la corrección política (que citamos por el artículo de Peter Brooks, *art. cit.*, pág. 26): [La corrección política] [i]ncluye las teorías del feminismo radical, los estudios y actividades relacionados con la liberación de *gays* y lesbianas, ideas tomadas en préstamo a los desconstruccionistas, a los marxistas y a lo que queda de las antiguas tendencias revolucionarias. No es básicamente marxista o revolucionaria, *pero es, en gran parte, antiamericana*; en algunos sectores anticapitalistas, está a favor del Tercer Mundo y de las minorías y en contra de los intereses políticos y culturales de Occidente” (la cursiva es nuestra).

<sup>62</sup> Cf. Vicente Verdú, “La etiqueta genuinamente americana”, pág. 14.

Pero, creemos, delata también una sensación de que el discurso no es indiferente a la cultura receptora, sino que le afecta y que, por tanto, en cierto modo la obliga a establecer su posición frente a él: al convocar la imagen de “la cultura americana”, la española no está sino creando un Otro a su medida, un Otro sobre el que proyectarse, contra el que reflejarse especularmente, con el que medir sus coincidencias o, en su caso, sus disparidades<sup>63</sup>. Y las ocasiones en las que esto se hizo explícitamente en los textos sobre lo PC publicados en España hasta mediados de los noventa no fueron pocas, lo que hace pensar que la cuestión de la corrección política brindó a la cultura española una ocasión particularmente jugosa para el autoanálisis, para autodefinirse. Al hilo de la publicación de la Biblia políticamente correcta, Argos señalaba expresamente lo siguiente:

la idiosincrasia de un país como EEUU justifica el éxito de un texto que elimina todo tipo de discriminación lingüística en razón de sexo, raza o condiciones físicas. Aquí, o no nos ofendemos tanto por alusiones a ciegos y cojos, o no hay tantos negros como para eludir la palabra “oscuridad”, o ya es tarde para quedar bien con la comunidad judía cinco siglos después de haberla despojado de sus propiedades.<sup>64</sup>

Al augurar una escasa aplicabilidad a lo PC subrayando el particular temperamento de nuestra cultura, Argos no sólo explicita los límites que en ella separan en estas cuestiones lo admisible de lo intolerable, sino que además los invoca, los apuntala, los protege, y de esta manera en último término acoraza la legitimidad de nuestra identidad cultural heredada. Esto es propio de las actitudes “defensivas”, y también lo es, en opinión de Robyns, argumentar “the inviolable specificity of one’s own discourse”<sup>65</sup>. Así ocurre en los textos que por estas fechas (y aún ahora, a pesar de que la realidad parece mostrar lo contrario) sostenían que lo políticamente correcto no tiene cabida en nuestro idioma alegando que la distinción entre géneros inscrita en el

---

<sup>63</sup> Sobre la necesidad de crear un Otro para definir las fronteras de la identidad, véase José María Perceval, *Nacionalismos, xenofobia y racismo en la comunicación*, Barcelona/ Buenos Aires/ México, Paidós Papeles de Comunicación, 1995, págs. 106-120.

<sup>64</sup> Lucía Argos, “Escepticismo español con la Biblia ‘políticamente correcta’”, *El País*, 24 de septiembre de 1995, pág. 12.

<sup>65</sup> Clem Robyns, “Translation and Discursive Identity”, pág. 415.

“código genético”, la “naturaleza” o la “hechura” de la lengua, o el uso del genérico masculino (al que se refiere García Posada<sup>66</sup>) no son suprimibles.

El discurso de lo PC se percibía y se quería ajeno: ajeno, como hemos visto, a nuestra disposición hacia lo minoritario y a nuestra lengua; también a nuestra mentalidad. Si en “El desorden políticamente correcto” Verdú había evitado hablar explícitamente en nombre de nuestra cultura, en “La etiqueta genuinamente norteamericana” introduce como colofón un pequeño comentario que vuelve a desmarcarnos de los norteamericanos, buscando, además, otros aliados: “Esforzar la cabeza en Europa tratando de entender la legitimidad del [sic] PC exigiría un cambio de cabeza”. Y agrega: “Pero ya llegará al paso marcial de la americanización creciente”. Es éste un pronóstico que, por su redacción y la retórica elegida, otra vez pone de relieve una postura a la defensiva. No en vano dice Robyns que cuando se da esta actitud el discurso extranjero a menudo se caracteriza como una “invasión”, una “intromisión amenazadora”<sup>67</sup>. Y si esta sensación de amenaza nace de un sentimiento de superioridad frustrada —añade Robyns—, generalmente es germen de reacciones racistas. Si bien nos parece que el calificativo que selecciona Robyns vuelve a ser polémico y algo subido de tono (quizá porque cuando el racismo parte del que está de alguna manera en posición de inferioridad raramente se considera racismo<sup>68</sup>), sí es cierto que, jalonando las crónicas que reseñan en nuestro país lo PC, se encuentran a menudo comentarios que

---

<sup>66</sup> Miguel García Posada, “El femenino políticamente correcto”, *El País*, 20 de marzo de 1995.

<sup>67</sup> Clem Robyns, “Translation and Discursive Identity”, págs. 415-416.

<sup>68</sup> Para una reflexión sobre el concepto del racismo y su vínculo con la homogeneización de las imágenes y la aparición de los tópicos sociales, véase la obra ya citada de José María Perceval, págs. 117-120. Sobre el modo en que esos tópicos sobre ciertos grupos, etnias o nacionalidades se plasman en el lenguaje, véase el artículo de Ricard Morant y Miquel Peñarroya, “Sobre el racismo lingüístico”, en Carlos Hernández Sacristán y Ricard Morant Marco (eds.), *op. cit.*, págs. 127-138, donde se ofrece una clasificación de los mecanismos (racistas) que crean una imagen negativa para el Otro insistiendo en que no es sino uno más de su “especie”. Uno de los procedimientos que citan es precisamente la invocación de los tópicos vigentes sobre las diferentes culturas o pueblos como si de verdades incontrovertibles se tratase (pág. 130). En relación con esto, y por último, sobre los factores que llevan a la creación o mantenimiento de los estereotipos (culturales) negativos, véase M<sup>a</sup>. Isabel Íñigo Mora, “Los estereotipos culturales: ¿un fenómeno meramente social?”, en Gloria Álvarez Benito, Joaquín J. Fernández Domínguez y Francisco J. Tamayo Morillo (eds.), *op. cit.*, págs. 190-199.

delatan un cierto desaire hacia los norteamericanos, y que los juzgan en bloque (homogeneizándolos en una imagen férrea que destapa, invoca y reactualiza una serie de estereotipos inveterados que prefiguran las relaciones entre las culturas) como un pueblo irracional, absurdo, ridículo o exagerado. A propósito del que, engordando su imagen como amenaza, se presentaba como el “virus PC [... que] parece haberse apoderado de las mentes bienpensantes norteamericanas” exclamaba a modo de conclusión Servando González que “[s]i a alguien todavía le cabe la menor duda de que los norteamericanos están total e irremediabilmente chiflados, espero que este nuevo ejemplo de histeria/historia colectiva lo convenza”<sup>69</sup>.

De las palabras de González parece desprenderse que también en este nivel de la traducción cultural (y quizá de forma más evidente) se constata la validez de la afirmación que, de la mano de Mary Louise Pratt, apuntábamos en el capítulo anterior: que la traducción y el contacto intercultural no siempre son el *encuentro idílico* entre sociedades que predicán los modelos tradicionales, sino también un ámbito donde quedan de manifiesto sus disensiones, sus conflictos y sus rivalidades, donde las culturas se miden las fuerzas y, hasta donde se les permite, tratan de ampliar, no siempre de manera apacible, sus potestades. “Translation as a bridge between cultures” —dice Ovidi Carbonell— “may also be a source of separation when it reaffirms received stereotypes”<sup>70</sup>. E incluso adquiere aquí también sentido (y por otras razones diferentes a las que argumenta este autor) la tesis de Cronin que entonces adjuntábamos, que ciertamente tira por tierra muchas de las imágenes tópicas con que se conceptualiza el intercambio entre culturas. Según Cronin, la traducción no es un proceso benigno por sí mismo<sup>71</sup>, sino que es preciso evaluar su saludabilidad y sus ventajas en el marco general de la dinámica entre las culturas, a la luz de la economía política que rige los intercambios interculturales. Y es que, como queda ejemplarmente de manifiesto en el

---

<sup>69</sup> Servando González, “La nueva biblia PC”, *Lateral*, noviembre de 1995, págs. 15 y 16.

<sup>70</sup> Cf. Ovidi Carbonell i Cortés, “The Exotic Space of Cultural Translation”, pág. 83.

<sup>71</sup> Michael Cronin, *art. cit.*, pág. 148.

ámbito de la globalización, la traducción indiscriminada, la aceptación desmedida y acrítica de lo extranjero, quizá se realice a costa del desprecio de lo propio y sea cómplice de su ahogamiento. “Translation”, en palabras de Venuti, “is deeply implicated in relations of domination and dependence, equally capable of maintaining or disrupting them”<sup>72</sup>. Es más, la traducción puede ser fuente de riqueza, pero también instrumento (neo)colonizador, promotor de un nuevo vasallaje.

En realidad, en nuestro contexto actual, ciertas actitudes “defensivas” no son sino la expresión de una disconformidad ante la pasividad con que se permite el imperialismo tácito o explícito de una cultura que se denomina global aunque se antoje muy (norte)americana. Así queda explícito en el artículo de Servando González, con cuya observación final (aunque no con las opiniones que la preceden, que en ciertos aspectos son en nuestra opinión muy discutibles, ni tampoco con el balance del experimento que menciona, si es que se refiere a uno que concilia las diferencias) no podemos sino estar de acuerdo:

Lo peor del caso es que la imagen norteamericana es tan fuerte que la mayoría del mundo, desde los japoneses hasta los españoles, pasando por los suizos y los mejicanos, se pirran por imitarlos. Y aunque el experimento norteamericano parece estar abocado a un fracaso tanto en lo económico como en lo político y lo social, la fábrica de imágenes y mitos continúa produciendo sueños a la perfección, y los copistas abundan.<sup>73</sup>

Al contrario de lo que ocurre cuando la cultura importadora percibe en su interior ciertas carencias (dicho de otra manera, en posiciones defectivas), las actitudes defensivas como la que exhibe expresamente González perciben la traducción —en ambos sentidos, tanto en uno amplio como en el más convencional y restringido— como algo negativo<sup>74</sup>. De hecho, el autor que hemos citado se muestra reacio ante una posible traducción “inclusiva” de la Biblia al castellano y ante la posible reescritura de obras al estilo de la que imagina con el irónico título de “Doña Quijana de la Mancha”.

---

<sup>72</sup> Lawrence Venuti, “Globalization”, *The Scandals of Translation. Towards an Ethics of Difference*, pág. 158.

<sup>73</sup> Servando González, *art. cit.*, pág. 16.

<sup>74</sup> Cf. Clem Robyns, “Translation and Discursive Identity”, pág. 416.

Las actitudes defensivas, sin embargo, a menudo incurren en una contradicción. Y es que, sin ir más lejos, quienes en nuestro país tratan de predisponer contra lo PC, paradójicamente, aun a regañadientes, lo están traduciendo.

\* \* \*

En realidad, se hace preciso matizar en este punto qué tipo de traducción realizan los documentos que hemos comentado. Para ello, y con propósitos meramente metodológicos, quizá convenga establecer una división (y una comparación) con respecto a otros que, al contrario de éstos, desprenden el discurso de lo políticamente correcto de su contexto original; que, al traducirlo, por expresarlo más concretamente, lo extrapolan a nuestro contexto. En otros trabajos previos<sup>75</sup> hemos sugerido dos denominaciones para referirnos a estas dos fases o, mejor dicho (dado que no siguen una cronología estrictamente lineal), estas dos tendencias que pueden observarse en la traducción de un discurso extranjero y en ésta de lo políticamente correcto en concreto: una estaría formada por “reescrituras reproductoras” que, en este caso, se limitarían a referir lo PC como un fenómeno típicamente estadounidense, frente a otra compuesta de “reescrituras productoras” que deslizarían esta experiencia extranjera de su localización originaria para iniciar una búsqueda de referentes (y/o equivalentes) culturales autóctonos, tratar de delimitar su posible alcance en nuestra cultura y asignar un nuevo valor cultural al discurso en su nuevo contexto. Este segundo tipo de actividad discursiva daría prueba no sólo de que, por decirlo con unas palabras que nos presta Carbonell, el discurso foráneo se interioriza y se reescribe, sino también de que llega a apropiarse o reapropiarse (quizás inapropiadamente) para crear uno a medida de la cultura receptora y para hacerlo cómplice de su capital cultural y de sus intereses; en

---

<sup>75</sup> Cf. M. Rosario Martín Ruano, *La traducción de lo políticamente correcto*, Trabajo de Grado inédito, Universidad de Salamanca, 1997; “The Translation of the Discourse of Political Correctness into Spanish”, en Jeroen Vandaele (ed.), *Proceedings of the X CETRA Seminar*, Lovaina, Universidad Católica de Lovaina, en prensa.



nuestro caso, una corrección política a la española, nacionalizada, que no enteramente nacional por cuanto en realidad se trata de un producto híbrido.

No hace falta decir que la división es, en cierto modo, artificial y que en ningún momento busca establecer dos compartimentos opuestos y estancos. En realidad, si bien hay textos que paradigmáticamente encajan en una de esas tendencias, un buen número de los autores de los documentos que componen nuestro “corpus”, nuestro *archivo*, asumen con respecto a la cuestión de lo políticamente correcto tanto el papel, diríamos, de corresponsales para el extranjero (función reproductora) como de analistas y agentes de nuestra cultura (función productora). De hecho, por esta razón entre otras, las categorías propuestas no deben tomarse como los términos de una oposición binaria, de una dicotomía antitética, sino más bien como nociones solapables y complejas. En concreto, conviene puntualizar desde el primer momento que no por el hecho de denominar las reescrituras ligadas a la primera tendencia “reproductoras” pretenden evocarse con ello las asociaciones que tradicionalmente ha traído de la mano su familia léxica (de las reproducciones por lo general se predica que son fieles y exactas), ni dar a entender que, frente a las que al imbricarlo con nuestra cultura necesariamente se distancian del “original”, en éstas se duplica el discurso de la corrección política. Si acaso se retransmite, pero siempre de manera sesgada. Dado que la traducción cultural que opera en el nivel etéreo de los discursos es necesariamente selectiva y metonímica, inevitablemente lo(s) modifica por cuanto, simplemente al prescindir de ciertos elementos u omitirlos, lo(s) reconfigura, lo(s) manipula, lo(s) transforma.

En realidad, y por internarnos con más detenimiento en el análisis de las “reescrituras reproductoras”, lo mismo se podría decir de la traducción en su sentido convencional, de las (reconocidas como) traducciones, que, dicho sea de paso, abundan entre este primer grupo. En efecto, en la introducción del discurso de lo PC en nuestra cultura colaboraron no pocos autores extranjeros, en muchos casos académicos norteamericanos, cuyos trabajos fueron requeridos por los responsables de revistas culturales especializadas (como *Letra Internacional*, *Lateral*, *Debats*, *Revista de Occidente* o *Claves de Razón Práctica*), editoriales (por ejemplo *Plaza* y *Janés* o

*Anagrama*) y prensa no especializada (fundamentalmente *El País*). De estos expertos norteamericanos convocados para hablarnos de lo PC se asume o se publicita que ofrecen información de primera mano, con todo lo que ello implica. Su procedencia, en cierto modo, actúa como un certificado de legitimidad, de autoridad. En un paradigma cultural que todavía delata su endeudamiento con la Metafísica, la “Presencia” (de estos autores en el país de origen) se toma por un visado de “Verdad” y “Autenticidad”; la “Experiencia” (directa del fenómeno) se equipara con el “Conocimiento objetivo” (sobre él), con la “Neutralidad”. Si toda traducción, como sugiere Hermans, descansa sobre la fantástica ilusión de la identidad con el original<sup>76</sup>, en estos casos las expectativas que alberga el lector alimentan un espejismo doble, pues la “fidelidad” que convencional y hasta cierto punto necesariamente se presupone en toda traducción se cree en funcionamiento no sólo frente al “texto de partida” sino también con respecto a “la realidad”. Y por lo general apenas se repara en el hecho de que la traducción, a ambos niveles, es siempre parcial, en el doble sentido de interesada e incompleta.

Esto sería cierto, en primer lugar, si observamos lo que representan (y lo que no) los textos sobre lo PC traducidos en nuestra cultura en el marco de toda una operación de transferencia intercultural; es decir, si evaluamos la aportación de las (reconocidas como) traducciones en términos macrológicos. Toda traducción es, en este sentido, parcial en tanto la *elección* de un texto encubre siempre una *selección*, es decir, el rechazo de otros posibles, y la *decisión* de traducirlo otra serie de *decisiones* previas: ¿por qué se traduce?; ¿con qué fin?; ¿para qué tipo de lector?; ¿quién lo traduce?; ¿de qué manera? Y aun cuando son muchas las razones que pueden condicionar la traducción e incluso su existencia, su propia posibilidad (son varias las normas *preliminares*, por decirlo con Toury<sup>77</sup>), si hacemos caso a Lefevere parece que las que más peso tienen son las de carácter ideológico.

---

<sup>76</sup> Cf. Theo Hermans, *Translation's Other (Inaugural Lecture)*, especialmente págs. 7 y 8.

<sup>77</sup> Cf. Gideon Toury, *Descriptive Translation Studies and Beyond*, pág. 58.

En general las reescrituras tienden a asegurarse su aceptación y su éxito en el sistema que las acoge, por lo que habitualmente desestiman los elementos que no se pliegan a su lógica, bien porque atenten contra la ideología dominante bien porque la subviertan. Si en términos generales puede hablarse del “conservative bias of the system itself and also of the power of rewriting”<sup>78</sup>, tanto más cierta parece ser la afirmación con respecto a la traducción (convencional), puesto que, como explica Cordón, desde el punto de vista del editor, implica una inversión adicional derivada de los derechos de traducción y de las tarifas del traductor, cuya rentabilidad sólo queda garantizada cuando las tiradas de estas traducciones (o de las obras que las contienen) son amplias, cuando tienen una buena difusión<sup>79</sup>. Y es que en realidad, como afirma Jean-Marc Gouanvic extrapolando las teorías de Bordieu, la traducción está expuesta a la misma ley que regula la producción, la distribución y el consumo de todos los bienes culturales: la del mercado<sup>80</sup>. Quizá por los riesgos económicos que lleva aparejada, las traducciones suelen apostar por *lo seguro*. Esto concede una ventaja de partida a las obras y los autores que ya han demostrado su rentabilidad en la otra cultura (por ejemplo, según Gouanvic, las que estén avaladas por premios o por una posición relevante en las listas de los libros más vendidos). Entre otras cosas eso explicaría en nuestro caso la rápida adquisición de los derechos de traducción de obras como *El canon occidental* de Bloom o de las series de cuentos políticamente correctos de Garner, todas ellas un éxito indiscutible en Estados Unidos en cuanto al número de ventas. A la vez, inclina la balanza a favor de las obras que confirman *las seguridades* de la cultura de destino; es decir, las que encajan en lo establecido<sup>81</sup>: por regla general quienes costean las traducciones evitan los planteamientos chocantes, lo potencialmente

---

<sup>78</sup> André Lefevere, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, pág. 19.

<sup>79</sup> José Antonio Cordón, “La traducción en Castilla León”, *Hermeneus*, vol. 1, págs. 57-82.

<sup>80</sup> Jean-Marc Gouanvic, “Translation and the Shape of Things to Come. The Emergence of American Science Fiction in Post-War France”, *The Translator*, vol. 3, n.º. 2, 1997, pág. 127.

<sup>81</sup> De ahí que afirme Lawrence Venuti en *The Scandals of Translation. Towards an Ethics of Difference* (pág. 125) que “[a] bestselling translation tends to reveal much more about about the domestic culture for which it was produced, than the foreign culture which it is taken to represent.”

subversivo, y tratando de garantizar la propia supervivencia de sus productos, salvaguardan la del sistema, su lógica interna y sus reglas, unas reglas que ante todo valoran el equilibrio. Si bien no es imposible patrocinar traducciones de un modo u otro rebeldes, cuantos menos avales (reales o potenciales) tiene la traducción, más elevado es el precio que se le exige pagar en principio. De ahí que pueda decirse que la economía política en la que se inserta la traducción de entrada facilite las cosas a lo que se alinea con lo dominante, rara vez confíe en lo minoritario y por lo general ignore lo antihegemónico.

Si aplicamos esta regla ternaria, parece que poco afín con nuestros planteamientos ideológicos se juzgó la corrección política en un primer momento, puesto que en los textos relacionados con lo PC que se tradujeron en la primera mitad de los noventa en nuestra cultura la corrección política sale, sin excepción, malparada. Los testimonios que nos llegaron de boca de los que se presentaban como participantes o afectados de esas “guerras culturales” que enfrentaban en Estados Unidos a tradicionalistas y radicales, de ese “debate de lo PC” que se libraba en las universidades norteamericanas, adjudicaban la victoria a los primeros y condenaban a los segundos. Curiosamente, ante el lector español se mantenía la apariencia de que las traducciones reproducían el debate, y no sólo un veredicto al respecto, unánime a pesar de no estar previamente consensuado, pues los invitados pertenecían tanto a filas conservadoras (Daniel Bell, Allan y Harold Bloom, por ejemplo) como liberales (Eugene Goodheart, Gianni Riotta o Peter Brooks entre otros).

Si apuntamos que el veredicto no estaba previamente consensuado es porque en ningún caso queremos con nuestro análisis insinuar la presunta existencia de una conspiración mediática contra lo PC en nuestro país al estilo de la que, como ya vimos, denunciaban en Estados Unidos autores como John Wilson, James Boyle o Jim Neilson. Ciertamente, los familiarizados con el funcionamiento de los mecanismos que regulan la opinión pública saben que lo que se tiene por cierto, la *doxa*, está sometida y/o expuesta a las más viles formas de manipulación para inclinar a la audiencia a favor o en contra de una determinada forma de ver las cosas. Pero, como apuntábamos en el capítulo

anterior, también es cierto que las expectativas de la propia audiencia influyen de manera determinante en la forma que se da al discurso público. Recordemos lo que nos decía Lefevere: que la manipulación que ejerce la traducción (y/o las reescrituras) está *al servicio del poder*, pero también *supeditada a él*. O lo que sugería Foucault: que el poder no sólo se sostiene porque reprima los discursos disidentes, sino precisamente porque induce a los afines, los alimenta, los produce. Desde este punto de vista, el fenómeno de la traducción es fascinante por cuanto reclama lo que está fuera de un *orden del discurso* determinado para confirmarlo. En la traducción a menudo el Mismo busca hablar por boca del Otro. Busca una marioneta y un guión con el que se identifica para ejercer de ventrílocuo, para poner voz a sus pensamientos o quizá simplemente para escucharse hablar —Venuti habla de la traducción como una experiencia narcisista<sup>82</sup>.

De hecho, cabe pensar que al leer algunos de los trabajos de los autores extranjeros mencionados la cultura española oyera su propia voz, quizá porque, como dice Nadine Gordimer en un pasaje de *La historia de mi hijo*, las palabras se amplifican en el oído de cada persona expresándole sus propias frustraciones, reivindicaciones y deseos<sup>83</sup>. Las acusaciones contra lo PC que contienen los ensayos seleccionados para la traducción se acompañan en muchos casos de lamentos más o menos explícitos sobre la caída de los niveles de la educación y sobre la balcanización de la cultura y el conocimiento, dos temas éstos especialmente sugerentes para una sociedad que, hacia el momento de su publicación, se encontraba inmersa de lleno en el debate sobre la Reforma Educativa que culminaría con la promulgación de la LOGSE y en el que los grupos nacionalistas y los representantes de las llamadas “comunidades históricas” ejercieron considerable presión para que se tomara en cuenta su experiencia particular y sus aportaciones. En cierto modo, en este contexto es muy probable que buena parte de los lectores no vieran en Gianni Riotta sino un *alter ego* cuando opinaba, citando a Kirp,

---

<sup>82</sup> Cf. Lawrence Venuti, “Introduction”, en Lawrence Venuti (ed.), *Rethinking Translation: Discourse, Subjectivity, Ideology*, pág. 5.

<sup>83</sup> Nadine Gordimer, *La historia de mi hijo*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1990, pág. 135. Trad.: Víctor Pozanco.

que “[e]n lugar de una historia común, formada bajo un coherente punto de vista, estos críticos quieren dividir las disciplinas en feudos gobernados por partidos sin criterios comunes de autenticidad histórica”<sup>84</sup>. Quizá Robert Hughes, por su parte, no hiciera sino auscultar el corazón de quienes en nuestro país presenciaban con preocupación la sustitución en las generaciones más jóvenes del culto al modelo del libro por el de la pantalla (y fundamentalmente la televisiva, en lugar de la informática) al señalar que el debate norteamericano sobre el canon en realidad desplaza el centro de interés del verdadero problema: “que los estudiantes americanos no leen mucho y que un elevado número, si les dejaran, no leerían nada.”<sup>85</sup>

En cierto modo, las tribulaciones norteamericanas que venían reseñadas al hilo de lo PC servían de espejo a las propias. Es más, en algunos casos precisamente *se instaba* a examinarlas desde esa perspectiva. A veces, en el cuerpo de los propios textos traducidos. Así, Gianni Riotta señalaba al final de su artículo que “vale la pena [en Europa] prestar atención a las disputas académicas americanas porque, entre otras cosas, hablan de nosotros”<sup>86</sup>. En otras ocasiones, fueron los mecenas de las traducciones quienes se preocuparon de señalar este vínculo. Salvador Giner, el prologuista (e iniciador, como confiesa en el Prefacio) de la traducción de la obra que Jeffrey Williams calificara de “probably the most prominent siren call in the current conflagration [against PC]”<sup>87</sup>, *The Closing of the American Mind*, hacía especial hincapié en lo relevante de las observaciones y las enseñanzas de Allan Bloom para nuestro contexto. En la contraportada de la edición castellana se dice que la obra de Bloom “es un

---

<sup>84</sup> Gianni Riotta, *art. cit.*, pág. 24.

<sup>85</sup> Robert Hughes, *La cultura de la queja. Trifulcas norteamericanas*, Barcelona, Anagrama, 1994, pág. 117. Trad.: Ramón de España.

<sup>86</sup> Gianni Riotta, *art. cit.*, pág. 27. El uso del “nosotros” se explica porque, como en parte delata su nombre, este autor es italiano, si bien está afincado en Estados Unidos como enviado especial del *Corriere della Sera*, lo cual justifica que comparezca como “experto en temas norteamericanos”.

<sup>87</sup> Jeffrey Williams, “Introduction”, en Jeffrey Williams (ed.), *op. cit.*, pág. 1.

profundo análisis de las corrientes intelectuales de nuestro siglo, esencial para la comprensión del malestar espiritual de Norteamérica *que afecta a todo nuestro mundo*<sup>88</sup>. Ya en el prólogo, en esta misma línea, Giner lo recalca en estos términos:

[e]l libro del profesor Bloom gira en principio en torno a la situación universitaria de los Estados Unidos, así como sobre la condición moral y las perplejidades de la sociedad norteamericana contemporánea. *No obstante, y desde la primera página, es también y de modo directo, un texto sobre la evolución y degradación de la educación liberal occidental y muy específicamente la europea.*<sup>89</sup>

Y concretamente hace un guiño velado al lector español cuando afirma que, “dada la hegemonía yanqui sobre el mundo, lo ocurrido en los Estados Unidos a la sazón tuvo consecuencias universales a las que no escapó ni escapa ningún país, *ni siquiera aquéllos que durante decenios se montaron su propio cordón sanitario (entre ideológico y policíaco) contra los vientos occidentales*”<sup>90</sup>. Es más, se diría que, para Giner, no sólo son pertinentes las reflexiones de Bloom. También lo son sus conclusiones y reivindicaciones. Contra el “discurso de las habituales sandeces a que nos tiene acostumbrada [a “nosotros”] la literatura en boga que nos suministran [a “nosotros”] las vedettes del llamado posmodernismo, ahogada en un lenguaje petulante, críptico y, a la postre, insulso”<sup>91</sup>, Giner insiste en que el legado que reivindica Bloom “debería estar tan vivo para nosotros como para su América”<sup>92</sup>. Hablar de (la decadencia de) América, por tanto, es hablar de nosotros (y de la propia), algo, dicho sea de paso, que se le facilita al lector español con la significativa generalización que obra la traducción del título: *The Closing of the American Mind* se presenta, a sus ojos, como *El*

---

<sup>88</sup> Allan Bloom, *El cierre de la mente moderna*, Barcelona, Plaza y Janés, 1989. Trad.: Adolfo Martín. La cursiva es nuestra.

<sup>89</sup> Salvador Giner, “Prólogo a la edición española. Dignidad y desazón de la educación liberal. En torno a los argumentos humanistas de Allan Bloom”, pág. v. La cursiva es nuestra.

<sup>90</sup> *Ibid.*, pág. iv. La cursiva es nuestra.

<sup>91</sup> *Id.* Nótese la apelación al “nosotros” señalada.

<sup>92</sup> *Ibid.*, pág. iii.

*cierre de la mente moderna*, despojándolo de toda referencia “local”. El que aspira a ser el nuevo universalismo actual, la globalización, muestra aquí su verdadera cara.

En fin, las traducciones construían una imagen de los Estados Unidos a través de la cual a su vez, ya a instancias de los que las fomentaban ya porque, dadas las circunstancias, resultaba prácticamente imposible no establecer semejanzas, hacerse una idea de España, bien de la España real bien de la soñada<sup>93</sup>. Si atendemos a lo que asegura Pascal Bruckner, no es de extrañar, pues:

América resulta apasionante en la medida en que anticipa las enfermedades de la modernidad como una lupa, como un cristal de aumento que vuelve legibles unas patologías que no sabemos discernir. Porque ha sido avanzadilla en la lucha contra las discriminaciones, es a la vez ejemplo y modelo antagónico; desvelándonos sus callejones sin salida nos permite evitarlos.<sup>94</sup>

Ni que decir tiene, como trataremos de demostrar a continuación, en las traducciones que se publicaron en España lo políticamente correcto quedaba caracterizado, más que como un ejemplo por imitar, como uno de los callejones sin salida en los que no convenía quedar atrapado. Así, en un artículo escrito en un tono bastante divulgativo donde se nos informaba de que “[e]n Estados Unidos el incorrecto término ‘corrección política’ hace referencia casi exclusivamente a las cuestiones sociales como la raza, el género o la salud”<sup>95</sup>, Mick Stern, por ejemplo, expresaba a través de ejemplos su descontento con el peso excesivo que, por mor de la expansión de lo PC, estaban cobrando en Estados Unidos “las categorías de raza, religión, sexo, nacionalidad y cultura”<sup>96</sup>. La corrección política, en la opinión de Stern, era la responsable de que en Norteamérica las personas se juzgasen ahora en virtud de su identidad grupal, más que por su conducta o rasgos personales.

---

<sup>93</sup> Véase en este sentido la distinción que hace Lluís Duch entre “las traducciones que permiten instalarse” y las “traducciones proyectivas” en su artículo “Antropología y traducción”, ya citado.

<sup>94</sup> Pascal Bruckner, *op. cit.*, pág. 122.

<sup>95</sup> Mick Stern, “O. J. Simpson: mitad hombre, mitad negro”, *Lateral*, noviembre de 1995, pág. 16.

<sup>96</sup> *Id.*



Una impresión semejante destilaba el comienzo de un artículo del mismo estilo redactado por la escritora Barbara Probst Solomon, que sembraba la duda sobre lo PC al ligarlo a determinadas políticas de contratación en el ámbito universitario:

Las universidades han sido el verdadero campo de batalla de la corrección política. Yo me perdí el chollo de que me contrataran por ser mujer, algo muy correcto políticamente, porque mi materia no trataba de mujeres; tendía a olvidarme de utilizar palabras clave como “política de género” y en cambio a hablar de Proust. “Por qué no me contratan como multiétnica?”, preguntaba, “Dense cuenta de lo relacionada que estoy con la cultura española”. “Geografía errónea”, me decían. “Madrid no es el Caribe. Olvídelo. No tiene usted ningún índice de persecución.”<sup>97</sup>

Quizá porque, como se lee al principio del párrafo citado, las universidades han sido en Estados Unidos el verdadero campo de batalla de lo PC, las amonestaciones más aceradas contra este fenómeno se encuentran en las obras y artículos traducidos que analizan el significado de lo PC a partir de sus manifestaciones en el mundo académico. *Claves de Razón Práctica* publicó un artículo de Daniel Bell en el que la corrección política se ligaba a una “‘ortodoxia progresista’ en muchas universidades” que, avalada por unos códigos de conducta, en opinión de este autor acallaba las opiniones de los que disentían de un programa que tenía por objetivo “atacar la civilización occidental como ‘imperialismo cultural’”<sup>98</sup>.

Gianni Riotta, en esa misma publicación, la había definido en términos semejantes:

Dicho en pocas palabras, *Political* [sic] *correct* tiende a negar cualquier valor al canon de la cultura occidental, visto como la ideología dominante de la clase blanca y del sexo masculino, incapaces de expresarse sin segregar, humillar, jerarquizar. *Political correct* —o *Pc*, en siglas— asume dos formas de existencia: la guerrilla, para purificar el lenguaje del racismo y del machismo, y un cambio de programas universitarios que cancele el *canon blanco* y dé espacio y función, mediante una especie de ingenua parcelación cultural, a las voces de los excluidos y damnificados de la historia: las mujeres, los oprimidos, las minorías de cualquier tipo.<sup>99</sup>

---

<sup>97</sup> Barbara Probst Solomon, “El oráculo de Adelphi”, *El País*, 19 de octubre de 1995, pág. 15.

<sup>98</sup> Daniel Bell, “Las guerras culturales en USA (1965-1990). 2. Comunidad, corrección política y multiculturalismo”, *Claves de Razón Práctica*, n.º. 33, junio de 1993, pág. 34 [no figura el traductor].

<sup>99</sup> Gianni Riotta, *art. cit.*, pág. 22.

En *Letra Internacional*, Jim Dana también lo vinculaba a prohibiciones y censuras, al estudiarlo en conjunto con las proscipciones que adoptaban los códigos de expresión del lenguaje de la aversión. La corrección política era el reverso de la moneda y, en su opinión, igualmente impositiva: “La corrección política es prescriptiva. Supone evitar expresiones que resulten ofensivas para una clase o grupo étnico, religioso, racial o sexual considerado minoría”<sup>100</sup>. Eugene Goodheart denunciaba en ese mismo número la “vulgaridad y la tiranía implícitas en lo ‘políticamente correcto’” y la tildaba de “doctrina oportunista”, para calificarla después de “burda tontería”<sup>101</sup>. En su artículo, pues, se daban cita las dos visiones de lo PC alimentadas por los medios de comunicación norteamericanos: lo PC como una amenaza y lo PC como un absurdo. También convivían estos dos espectros en la obra de Robert Hughes que publicó Anagrama, donde el autor daba cuenta del “peso represivo” de una “mojigatería verbal en los campus” —de la que presentaba no pocos ejemplos risibles que se reproducirían una y otra vez en los documentos redactados por quienes escriben sobre lo PC en castellano<sup>102</sup>— que en su opinión fundamentalmente “perjudica [a] los muchachos a los que les gustaría encontrar la manera de plantear su desacuerdo con la forma como han ido y van las cosas en América, pero que ahora descubren que no pueden hablar con libertad por miedo a utilizar la palabra equivocada, provocando un aluvión de quejas y

---

<sup>100</sup> Jim Dana, “Lenguaje de la aversión y lenguaje políticamente correcto”, *Letra Internacional*, n.º. 35, 1994, pág. 76 [no figura el traductor].

<sup>101</sup> Eugene Goodheart, “Ser o no ser políticamente correcto”, *Letra Internacional*, n.º. 35, 1994, págs. 75, 74 y 76 respectivamente [no figura el traductor].

<sup>102</sup> Prácticamente no hay crónica que no incluya entre las expresiones que supuestamente serían de obligado uso en Norteamérica la de “verticalmente desajustado”, que figura en la página 30 de la obra (traducida al castellano) de Hughes. En realidad, en el original figura en francés en un párrafo en el que Hughes da cuenta de la en su opinión escasa resonancia del uso de lo políticamente correcto en Europa. Hughes saca partido de un sintagma que John Taylor consignaba en su citadísimo artículo, donde se advierte del carácter humorístico, en ningún caso reivindicativo, de la acuñación. Tras enumerar una serie de *ismos* discriminatorios detectados por los defensores de lo políticamente correcto, Taylor augura: “Heightism may be next. In a joke now making the rounds, short people are demanding to be known as ‘the vertically challenged’” (*art. cit.*, pág. 23). La traducción cultural de este discurso muestra una vez más su parcialidad y fragmentariedad, en tanto obvia, con respecto a esta expresión, el detalle de que su origen se encuentra no en los académicos liberales sino en los chistes en los que sus detractores los convierten en protagonistas.

muestras de desprecio por parte de aquellos que están a su izquierda”<sup>103</sup>. Patrocinado por la *Revista de Occidente*, Peter Brooks también aunaba estas dos facetas en la definición de la corrección política, de la que se desmarcaba con la siguiente puntualización:

Permítanme aclarar que no estoy defendiendo la ‘corrección política’, que ha llegado a significar adhesión estúpida a unas dogmáticas beaterías, una forma de control del pensamiento inventado para garantizar unos ‘virtuosos’ puntos de vista sobre las cuestiones sociales, con el acompañamiento de un vocabulario de eufemismos que lleva a rebautizar a las personas bajas como individuos ‘verticalmente’ diferentes.<sup>104</sup>

En fin, todas estas opiniones reprodujeron ante los españoles una imagen de lo políticamente correcto como un proyecto recusable por ser (a la par) inflexiblemente totalitario y ridículamente insensato, como una ortodoxia poco ortodoxa, como un dogma absurdo pero en apariencia inexcusablemente dogmático. En realidad, si volvemos la vista al espectro de discursos que, según hemos visto en los capítulos anteriores, generaba en Norteamérica lo políticamente correcto, no la reproducían, sino que la acotaban, aceptando y ampliando algunas de sus asociaciones pero dejando de lado otras muchas de las existentes. No en vano, según hemos tratado de demostrar, lo PC en Norteamérica era (y es) un cenagal discursivo donde convergen los flujos de numerosas corrientes. Desde España se llamó a una serie de expertos (en temas) norteamericanos con el fin de obtener informaciones de primera mano, dando por supuesto que nos proporcionarían la verdad del asunto por encontrarse tan estratégicamente emplazados. Pero conviene reparar en que a menudo se olvida eso: que están emplazados, que hablan desde una posición específica, desde un punto de vista determinado. En concreto, se diría que los expertos norteamericanos citados por lo general recogieron las muestras y los especímenes a partir de los cuales describieron las características y la composición del discurso que nos ocupa en la desembocadura del torrente que recorría el territorio de los conservadores, donde los niveles de concentración de crítica, burla y desdoro contra lo PC registrados eran

---

<sup>103</sup> Robert Hughes, *La cultura de la queja. Trifulcas norteamericanas*, pág. 36.

<sup>104</sup> Peter Brooks, *art. cit.*, pág. 26.

considerablemente elevados. Nuestra cultura aceptó los análisis realizados por los que examinaban ese magma discursivo desde una perspectiva netamente tradicionalista, comparándolo con un pasado a sus ojos más perfecto (Daniel Bell, Allan Bloom y Harold Bloom, por ejemplo), que daban cuenta de la degradación de un medio puro por efecto de la contaminación que representaban lo PC y sus derivados. También difundió otros de autores que habían hecho sus calas más lejos, quizás en zonas de confluencia de las nuevas olas con los antiguos ecos, arrojando como resultado una mezcolanza extraña y en cierto modo contradictoria: los análisis de Peter Brooks o Robert Hughes, por ejemplo, contienen una aguda crítica de las técnicas de demonización y ridiculización utilizadas por el neoconservadurismo estadounidense y de la educación monocultural defendida por éstos, una apología del multiculturalismo y de la ampliación del canon, incluso el empleo (en el caso de Hughes) de fórmulas inclusivas de tratamiento (del tipo “men and women”) y, a la vez (y ahí viene la contradicción), un escarnio feroz de la corrección política, de una corrección política caricaturesca. Sin embargo, que sepamos, no publicó nuestra cultura ningún informe sobre los flujos enunciativos más al oeste de este punto de confluencia. Ninguno de los expertos convocados en España para hablar de lo PC en las revistas culturales especializadas explora con detenimiento el caudal de discursos al respecto procedentes de la izquierda.

En consonancia con lo expuesto en los capítulos anteriores, en este trabajo postulamos que la corrección política tenía (y tiene) otras caras distintas de la presentada en estas traducciones, aunque nuestra cultura en su momento no prestara micrófonos y traductores a ningún experto norteamericano que lo demostrara, a ninguno que, además de hablar de lo PC, hablara también a favor suyo, en su nombre; que no se limitara a ofrecer una representación de la corrección política sino que asimismo la representase. Sostenemos, en efecto, que lo PC no se agota en la imagen que proyectaron estas traducciones que a su vez después servirían de base a otros documentos que recogieron su testigo y las relevaron en el proceso de traducción cultural al que, en cierto modo, nos estamos sumando. En esta percepción de otras dimensiones de la corrección política coincidimos con las opiniones de otros dos expertos extranjeros (aunque no norteamericanos) que también colaboraron en la

introducción de lo PC en nuestro país, cuyos trabajos, más que análisis empíricos redactados, como hicieron los estadounidenses convocados, a partir de muestras concretas recogidas sobre el terreno, se nos antojan fotografías aéreas, perspectivas de lo PC obtenidas a vista de pájaro.

El sociólogo francés Alain Touraine, en un excelente artículo sobre los riesgos y los retos de una sociedad multicultural, lamentaba la escasa consideración que en Europa se había concedido al debate norteamericano, y al reduccionismo con que se había examinado lo PC: “El pensamiento europeo, debido a que ha edificado el espíritu republicano sobre la Filosofía de las Luces, se apresura demasiado a rechazar por brutal y estúpidamente *politically* [sic] *correct* las búsquedas americanas de un multiculturalismo que no se reduce, ni falta que hace, a un diferencialismo y un relativismo cultural extremos.<sup>105</sup> Por su parte, Furio Colombo, el conocido ensayista italiano invitado por *Lateral*, se aventuraba a decir, “en contra de la opinión de maestros y colegas ilustres”, que “lo PC es un buen modelo no conflictivo para afrontar el modelo del multiculturalismo”.<sup>106</sup> No significa esto que Colombo viera lo PC como una panacea; en realidad, le diagnosticaba no pocos inconvenientes. En todo caso, no son los mismos que se plantean en los artículos de los norteamericanos: en primer lugar, porque, a diferencia de los autores que se estimó oportuno traducir, atisba tras la imagen creada por la campaña de denigración y oposición desatada contra lo PC un proyecto multicultural que trata de resolver las carencias y los problemas que surgen en una América demográficamente transformada, cambiante, como por otra parte, comenta, cada vez más lo está Europa; en segundo lugar, porque no sólo no incurre sino que además critica algo muy frecuente en aquéllas: basar la denuncia de lo PC sobre un discurso que mezcla temas y voces que en principio parecerían de complicada aleación.

---

<sup>105</sup> Alain Touraine, *art. cit.* pág. 25.

<sup>106</sup> Furio Colombo, “Políticamente correcto”, *Lateral*, n.º. 12, diciembre de 1995. Trad.: Celia Filipetto. Este documento está disponible en versión electrónica en la dirección de Internet <http://www.lateral-ed.es/revista/antologia/colombo.html>.

Y es que las reescrituras de este discurso polifónico y diversificado raramente representan un discurso homogéneo, sino, a lo sumo, homogeneizado: un discurso híbrido en el que, a pesar de todo, se pueden distinguir los componentes de una mezcla que no termina de trabarse, los retazos de unos flujos discursivos que, como si de agua y aceite se tratara, aun cuando se remuevan no llegan a fundirse, aun cuando estén en emulsión, se resisten a disolverse. El artículo de Gianni Riotta nos ayuda a explicar este hecho: Riotta no sólo dice hablar desde una posición liberal sino que, además, inicia su artículo recordando cómo su pertenencia a una minoría (la italiana) le marcó en los tiempos en los que era estudiante en los Estados Unidos. De orientación liberal es asimismo la conclusión de su escrito, donde insta a los europeos a reflexionar sobre el debate norteamericano en torno al multiculturalismo. De otro modo —insiste alineándose una vez más con las víctimas—, “los muchachos de los guetos seguirán asqueados y sin voz. Una vez más.”<sup>107</sup> La retórica y las anécdotas contra lo PC que utiliza a lo largo del artículo, sin embargo, son de marcada procedencia conservadora: para Riotta, lo PC no sólo representa, como anuncia en el subtítulo, el “asalto a la cultura occidental”; es también una moda lingüística imparable que ya se está colando, según anuncia con más de una década de retraso, en la prensa norteamericana; es además la fuente de constantes enfrentamientos entre los diversos grupos de la sociedad norteamericana y la causa de una devaluación de los niveles de la educación en favor de intereses políticos, pues, como critica renunciando, evidentemente, a la identidad minoritaria que en un principio parecía adoptar, “lo que las minorías buscan en la academia no es una cultura que les oriente hacia el mundo del trabajo, sino un certificado de garantía de existencia en la sociedad americana”<sup>108</sup>. En fin, podría abundarse más en el tema, pero creemos que lo expuesto basta para probar la multiplicidad y heterogeneidad de los discursos que Riotta y otros como él trituran para ofrecer al lector otro nuevo, aparentemente uniforme, y del que lo políticamente correcto también sale uniformemente machacado.

---

<sup>107</sup> Gianni Riotta, *art. cit.*, pág. 27.

<sup>108</sup> *Ibid.*, pág. 25.

Si hemos de recapitular, el hecho de que, sin excepción, todos estos textos procedentes de Norteamérica y traducidos a principios de los noventa en España que hemos recopilado muestren una imagen negativa y repudiable de lo PC nos lleva a resaltar la parcialidad que no sólo caracteriza cada uno de ellos por separado, sino que además, en conjunto, instauran en el nuevo contexto cultural que los ampara. Desde esta perspectiva puede decirse que defraudan las expectativas que la cultura receptora genera sobre la “autenticidad” y la “verdad” de estas “versiones originales”, aun cuando, paradójicamente, confirmen los criterios de “verdad” establecidos y vigentes en ella. Por eso afirmábamos que estas traducciones que a su vez participan en la traducción cultural son metonímicas, en primer lugar, en términos macrológicos: porque animan a la cultura receptora a hacerse una imagen global de la corrección política sólo a partir de algunos rasgos, obligan a concebir toda una familia discursiva presentando únicamente una parte de ella.

Desde luego, lo que se dice de la corrección política es significativo y no hay que restarle importancia. También lo es, no obstante, lo que se calla, que, si atendemos a Lefevre, con toda seguridad remite a motivaciones ideológicas. De ahí que sea tan importante prestar atención a los silencios de la traducción cultural, especialmente en un mundo como el nuestro, que presencia, efectivamente, un éxtasis de la comunicación<sup>109</sup>, y que jactanciosa y quizás ingenuamente se autodenomina el de la sociedad de la información<sup>110</sup> si bien puede ser que no haya pasado de ser esa sociedad del espectáculo que radiografió Debord en los ochenta.<sup>111</sup> Y es que, efectivamente, la cantidad de información que aparentemente tenemos a nuestra disposición no implica necesariamente variedad, pues, como advertía Jameson, en nuestra época su

---

<sup>109</sup> Cf., Jean Baudrillard, “El éxtasis de la comunicación”, *El otro por sí mismo*, págs. 9-23.

<sup>110</sup> Cf. por ejemplo Francisco Aguacero Fernández, *La sociedad de la información*, Madrid, Acento, 1997; o la excelente obra de Manuel Castells, *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, 3 vols., Madrid, Alianza, 1999.

<sup>111</sup> Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*, Valencia, Pre-Textos, 2000. Trad.: José Luis Pardo; del mismo autor, *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*, Barcelona, Anagrama, 1990. Trad.: Carme López, J. R. Capella.

multiplicación está en consonancia con una dinámica de reproducción más que de producción<sup>112</sup>.

La tecnología en la que se apoya esta sociedad mass-mediática, efectivamente, amplifica el ruido, la aparente ubicuidad de la presencia, la sensación de abundancia, pero bien pudiera ser que esta demasía sólo fuera ilusoria, que en realidad no estemos sino ante una multitud de simulacros como los que describe Baudrillard, una repetición de discursos warholiana, mimética, una proliferación de ese comentario contra el que se rebelaba Foucault por reiterar cansinamente lo mil veces dicho y patrocinar, frente a la diferencia, el pensamiento hegemónico, lo establecido, el ritual. Por eso no es gratuito preguntarse en este contexto, como Bassnett y Lefevere, si las traducciones introducen innovaciones, reforman con lo ajeno la cultura propia y hacen evolucionar un sistema literario o social o si, por el contrario, reprimen, aplacan o refrenan el cambio y la novedad<sup>113</sup>; por eso, efectivamente, es importante sopesar hasta qué punto las traducciones explotan su potencial destabilizador, su capacidad para relativizar los fundamentos propios a la luz de los del Otro y para fomentar la duda sobre la validez de la propia identidad, o, de lo contrario, analizar en qué medida son cómplices e incluso un engranaje más de los potentes mecanismos de reproducción cultural; por eso resulta fundamental averiguar las formas de poder de que son objeto e instrumento las traducciones, la opción ética, en definitiva, que éstas secundan y en último extremo propagan.<sup>114</sup>

Y éstas son preguntas que no sólo pueden plantearse examinando las traducciones como partes de una dinámica cultural superior, sino también como el escenario donde quedan patentes, donde se reflejan. Las traducciones revelan también en el nivel micrológico de los vocablos elegidos o de las estrategias traslativas que

---

<sup>112</sup> Fredric Jameson, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Paidós, Barcelona/ Buenos Aires/ México, [1984] 1995, pág. 83. Trad.: José Luis Pardo Torío.

<sup>113</sup> Cf. Susan Bassnett y André Lefevere, "General Editors' Preface", pág. vii.

<sup>114</sup> M. Carmen África Vidal Claramonte, "Hacia una ética transversal de la traducción", *El futuro de la traducción*, pág. 148.



ponen en práctica sus intereses, las causas con las que se alían y su compromiso con una opción ética determinada; su parcialidad, en una palabra. Es en la propia textura de las traducciones donde, en segundo lugar, se pone asimismo de manifiesto su carácter metonímico, si bien, como expone Maria Tymoczko<sup>115</sup>, los enfoques prevalentes en los Estudios Traducción, que en las últimas décadas se han centrado fundamentalmente en el entramado supracultural de fuerzas en el que se insertan y que las condicionan, apenas han puesto a prueba la utilidad de este concepto para examinar las transformaciones y selecciones que opera la traducción en los niveles del léxico, del código o del texto. En sus palabras:

the metonymies of translation *per se* are rarely named explicitly and have yet to be fully explored. Such metonymies are to be found in the way that translation is always a partial process, whereby some but not all of the source text is transposed, and in the way that translations represent source texts by highlighting specific segments or parts, or by allowing specific attributes of the source text to dominate and, hence, to represent the entirety of the work. Metonymy operates also in the way that translated texts are written and read as representations of their source cultures and in the way that translations, as elements of the receiving literary system, metonymically encode features of the receiving cultures.<sup>116</sup>

Efectivamente, contrariando una vez más las expectativas en torno a la actividad de la traducción que alberga la sociedad, que por defecto cree activado un modelo basado en la presunción de que el texto original y el traducido están unidos por una relación de identidad *total*, de réplica *integral* y de *plena* correspondencia, la conexión entre ambos es siempre *fragmentaria*, *parcial*. Y no tanto porque, como es frecuente leer en las visiones de la traducción tradicionales, el trasvase siempre se salde con pérdidas como porque, según proclaman los enfoques que rechazan ver la traducción como un producto secundario, derivado y, por lo tanto, siempre propenso a verse

---

<sup>115</sup> Maria Tymoczko une el concepto de “metonimia” a la traducción en “The Metonymics of Translating Marginalized Texts”, *Comparative Literature*, vol. 47, nº. 1, págs. 11-24, y lo amplía en *Translation in a Postcolonial Context*. El primer capítulo de esta obra, “The Metonymics of Translation” (*op. cit.*, págs. 41-61), plantea la base teórica de la primera de las dimensiones que manifiestan el carácter metonímico de la traducción, que hemos explorado en este capítulo. En el último, “Metametonymics” (págs. 278-300), resalta también la aplicabilidad del concepto para el análisis textual de las traducciones.

<sup>116</sup> Cf. Maria Tymoczko, *Translation in a Postcolonial Context*, pág. 282.

defectuoso y falto, la equivalencia entre ellos no se logra ni por tanto debe explicarse de manera absoluta y unívoca, sino más bien como resultado de un complejo proceso de negociación en diferentes niveles que, relegando unos para primar otros, resuelve contingentemente las en principio múltiples posibilidades de la correspondencia. No en vano, el original, dice Jenaro Talens, es un “espacio textual abierto” y la traducción un “texto cerrado”: como tal, señala, “es una construcción, el resultado de un proceso de interpretación-transformación de las posibilidades ofrecidas por el espacio textual, forzada a permanecer siempre dentro de los límites semánticos impuestos por éste”<sup>117</sup>. Efectivamente, traducir es una actividad parcial porque implica escoger continuamente, acertar y equivocarse muchas veces, y en todo caso, recuerda Godayol, reprimir otras opciones *en nombre de algo*. Y es que no hay que olvidar que la traducción, como todo consumo y (re)producción de textos culturales, está indefectiblemente ligada a una serie de contextos sociales, económicos y culturales<sup>118</sup>. Pero quizá sea mejor descender de la teoría a la práctica, e ir por partes. La traducción castellana a cargo de Ramón de España de la obra *Culture of Complaint. The Fraying of America*, de Robert Hughes, nos servirá de base para ilustrar estas ideas.

\* \* \*

*La cultura de la queja. Trifulcas norteamericanas* es el resultado de una apuesta editorial con la que respondió a la actualidad del tema de la corrección política la casa Anagrama. Puede decirse que, en su conjunto, y atendiendo a los criterios y expectativas vigentes en torno a la traducción en este tipo de publicaciones, ésta es excelente, muy lograda. En efecto, salta a la vista la agradable legibilidad del castellano, la fluidez

---

<sup>117</sup> Jenaro Talens, “El sentido Babel”, *op. cit.*, pág. 328.

<sup>118</sup> Cf. Pilar Godayol, *Espais de frontera. Gènere i traducció*, Vic, Eumo Editorial, 2000, pág. 160.

—que diría aunque sin aplausos Venuti<sup>119</sup>— con que el traductor vierte el texto de Hughes; con que, por hurtarle esta vez un vocablo que después retomaremos a Duch, lo *apalabra*. La cuidada (re)expresión que caracteriza el texto queda de manifiesto ya en las primeras páginas. Para ilustrarlo, reproducimos a continuación la “Introducción”, junto al texto original, *in extenso*:

Este libro tiene su origen en una serie de conferencias que fui invitado a pronunciar bajo los auspicios de la Oxford University Press y la New York Public Library en esta última durante el mes de enero de 1992. Por entonces, ya hacía bastantes años que los brumosos asuntos de la “corrección política”, el “multiculturalismo”, la politización de las artes y otras hierbas se habían trasladado, desde el ámbito universitario, el artístico y el de las revistas culturales, hasta el periodismo popular americano, arrojando, en conjunto, escasa luz y bastante confusión. Pensé que sería interesante y tal vez positivo considerar esos asuntos desde el punto de vista de un escritor en ejercicio, alguien que, sin ser universitario, ni tan siquiera un ciudadano norteamericano, tenía un pie en la Historia y otro en las artes plásticas. Esto implicaba atravesar un buen número de campos de minas sociales, así como especular sobre áreas en las que no estoy especializado: como, por ejemplo, la educación en un país en el que no crecí, o la política en un estado en el que no puedo votar. Pero creo que no debo disculparme por esto. Después de veintidós años en los Estados Unidos, aún hay muchas cosas que me resultan extremadamente exóticas, principalmente esas peculiarmente exacerbadas relaciones entre la cultura y la moral que constituyeron en gran medida el tema de las citadas conferencias y de este libro.

This book grows out of the series of lectures I was invited to give under the auspices of Oxford University Press and the New York Public Library at the Library in January 1992. Already, for several years, the clouded issues of “political correctness”, “multiculturalism”, the politicization of the arts and so forth had been moving from academe, the art world and the cultural magazines into American popular journalism, creating, on the whole, more heat and fumes than light. I thought it might be interesting and perhaps worthwhile to take a look at them from the point of view of a practising writer, neither an academic nor an American citizen, but with one leg in history and the other in the visual arts. This involved walking across a number of social minefields, and speculating about areas which are not my speciality, such as education in a country in which I did not grow up, and politics in a state where I cannot vote; for this I make no apology. After twenty-two years in the US, much of it still seems highly exotic to me, most of all the peculiarly exacerbated relations between culture and morality which were, in large part, the subject of the lectures and of this book. I hope the reader will not misconstrue this as anti-Americanism, or as

<sup>119</sup> Cf. Lawrence Venuti, *The Translator's Invisibility. A History of Translation*, especialmente el primer capítulo (“Invisibility”, págs. 1-42), donde expone y desapruueba las estrategias encaminadas a convertir la traducción en un texto transparente y fluido. En esta y otras obras, efectivamente, Venuti censura este modelo de traducción por entender que invisibiliza al traductor, y aboga por otro que preserve la alteridad y la extrañeza. Esta propuesta le ha granjeado a su vez numerosas críticas, en nuestra opinión no del todo infundadas, por ejemplo de quienes se oponen a la aplicación simplista del concepto de visibilidad o de quienes, si bien perciben el mérito de su denuncia, comprenden que Venuti no escapa de la ética maniquea que subyace a la separación vigente entre buenas y malas traducciones (es decir, entre las fluidas y las extranjerizantes), sino que solamente la invierte para dar por *universalmente* buenas las segundas. Véanse, en este sentido, las reflexiones de Ricardo Muñoz (“La ‘visibilidad’ al trasluz”, *Sendebarr*, vol. 6, 1995, págs. 5-21), Isabel Pascua y Sonia Bravo (“El traductor: intermediario visible”, en Alberto Álvarez Lugris y Anxo Fernández Ocampo [eds.], *Anovar/anosar estudios de traducción e interpretación. Volumen III*, Vigo, Servicio de Publicacións da Universidade de Vigo, 1999, págs. 163-168) u Ovidi Carbonell (*Traducción y cultura. De la ideología al texto*, pág. 209).

Espero que el lector no malinterprete mi actitud, acusándome de antiamericanismo o de practicar una innmerceda actitud condescendiente [Ø]. Junto a Australia, América es el lugar que más conozco y quiero, y a estas alturas me siento visceralmente unido a él. Eso debería quedar claro en las páginas que vienen a continuación.

Una hora de conferencia es poca cosa: no supera los quince folios. Al acabar mis conferencias me sentí insatisfecho por haber rozado un montón de temas sin haber podido explayarme al respecto. Inmediatamente después, el texto de las dos primeras fue resumido en uno de los artículos de fondo del número de Time correspondiente al 3 de febrero de 1992: "La crispación en América". (La tercera conferencia fue publicada entera por la *New York Review of Books*; una vez más, debo agradecer a su director, Robert Silvers, y a mis jefes de redacción de *Time*, Walter Isaacson y Christopher Portfield, su apoyo, entusiasmo y trabajo del bueno a la hora de convertir palabras habladas en palabras impresas.) La respuesta pública conseguida fue tan amplia, que me llevó a conceder al asunto la extensión que requería: y el resultado es este libro. Escrito entre la primavera y el otoño de 1992, contiene abundantes referencias a acontecimientos no tratados en las conferencias previas, dado que aún no habían tenido lugar. El principal es la victoria del Partido Demócrata, comandado por Bill Clinton, en unas elecciones presidenciales que constituyeron, en gran medida, un referéndum sobre muchos de los conceptos que aparecían en mis primeros textos.

Muchas y variadas son mis deudas con otras personas en lo que se refiere a compartir conversaciones. No puedo mencionarlas a todas, pero debo un especial agradecimiento a Arthur Schlesinger (cuya reciente obra, *The Disuniting of America*, dice mucho de lo que yo digo, pero [Ø] antes y mejor); a Gilbert T. Sewell, de la *Social Studies Review*, por facilitarme un ejemplar de un documento tan singular como *The Portland Baseline Essays*; a Edward Saïd; y a David Rieff. Y, como siempre, a mi querida esposa Victoria Hughes, toda una maestra a la hora de utilizar el sentido común.<sup>120</sup>

the unearned condescension of a foreigner. Next to Australia, America is the place I know and love best, and I feel a visceral attachment to it by now. That should be plain from the ensuing pages.

A one-hour lecture is short, five thousand words at the most. On finishing the series, I felt dissatisfied at having touched on a variety of matters without being able to dilate on them. Immediately afterwards, the text of the first two lectures was abridged into a cover story for the 3 February issue of *Time*, "The Fraying of America". (The third lecture was published in full by the *New York Review of Books*; once again, I must thank its editor, Robert Silvers, and my editors at Time, Walter Isaacson and Christopher Portfield, for turning the spoken word into the word on the page.) The public response this evoked was so large that I decided to give the argument its length, and the result is this book. Written between the spring and autumn of 1992, it contains many references to events which were not touched on in the original lectures, because they had not yet happened. Chief among these was the victory of the Democratic party under Bill Clinton, in a Presidential election which was, to no small extent, a referendum on many of the issues referred to in my original text.

My debts to others, in conversation, are many and large. I cannot list them all, but I owe particular ones to Arthur Schlesinger (whose own recent book, *The Disuniting of America*, says much of what I say but said it earlier and better); to Gilbert T. Sewell of the *Social Studies Review*, for supplying me with a copy of that singular document, "The Portland Baseline Essays"; to Edward Saïd, and to David Rieff. And as always, to my beloved wife Victoria Hughes, and her perfect commonsense.<sup>121</sup>

<sup>120</sup> Robert Hughes, "Introducción", *La cultura de la queja. Trifulcas norteamericanas*, págs. 9-10. El subrayado es nuestro.

<sup>121</sup> Robert Hughes, "Introduction", *Culture of Complaint. The Fraying of America*, págs. ix-x.

Como hará a lo largo de la obra, Ramón de España se esmera a la hora de elegir los vocablos que emplea y de gestionar cohesiva y coherentemente el texto. Se percibe, en efecto, un manejo preciso del léxico; de ello da prueba la búsqueda de “colocaciones” ortodoxas, de vocablos cuya coselección aconsejan y avalan las obras de referencia que instruyen en el “buen uso” del idioma, y el consiguiente rechazo de los “equivalentes automáticos” en que a menudo se estancan los diccionarios bilingües no especializados. Así, cabe destacarse la corrección y la elevación del registro que se consigue con las combinaciones léxicas “pronunciar una conferencia” (y no dar) o “arrojar luz y confusión” (y no crear); con el empleo de vocablos poco frecuentes y muy gráficos como “explayarse (sobre un tema)”; con la búsqueda meticulosa de los términos apropiados para ciertos ámbitos de especialidad (patente, por ejemplo, en el hecho de que *editor* se traduzca por “director” y por “jefe de sección” con objeto de respetar las jerarquías establecidas en los distintos tipos de publicación mencionadas)<sup>122</sup>; con la selección de palabras exactas para cubrir en español otras que la concisa expresión del inglés mantiene implícitas (por ejemplo cuando traduce por “conceder al asunto la extensión que requería” expandiendo convenientemente la compacta expresión “to give the argument its length”); o con la abolición de las reiteraciones léxicas que la norma estilística culta del castellano penaliza (el vocablo inglés “original” se traduce en un caso por “previas” y en otro por “primeros”, pero en ninguno por “originales”, y las repeticiones del original se resuelven empleando referencias anafóricas —“en esta última” sustituye a la segunda aparición de “Library”—, atenuándolas mediante la inclusión previa de vocablos como “las citadas” o recurriendo a la omisión, ya de palabras concretas ya de información redundante, como en los casos que hemos señalado con el símbolo [Ø]).

---

<sup>122</sup> No ocurre así, cabe argumentar, en el caso de “visual arts”, que se traduce por “artes plásticas” poniendo quizá de manifiesto que el grado de conocimiento del traductor es menor en el ámbito del arte que en el del periodismo. Las “artes visuales” engloban toda una serie de vanguardias artísticas que mezclan las técnicas artísticas tradicionales con los medios tecnológicos, informáticos y audiovisuales propios de nuestra era.

La legibilidad se acrecienta, por otra parte, con una serie de medidas que, más que estrategias léxicas puntuales, responden a un tratamiento de conjunto de los componentes textuales. En este sentido podría señalarse la reorganización que se ejecuta al modificar la puntuación original a mitad del primer párrafo, donde además la fuerza de la ejemplificación se ve intensificada por el uso de un paralelismo en la estructura sintáctica y por el ritmo binario que imprime en la lectura la acentuación aguda con que finalizan sus dos términos (“la educación en un país en el que no crecí, o la política en un estado en el que no puedo votar”). Este fino oído que posee el traductor para crear cadencias, creemos, es también el responsable de la (para nosotros acertada) supresión de un término por otra parte problemático a la hora de trasladarse al castellano (“heat”), de suerte que la terna formada por “heat”, “fumes” y “light” se salda con otro paralelismo rítmico (“escasa luz”, “bastante confusión”) —algo que también se logra en la concatenación de los sintagmas “palabras habladas” y “palabras impresas”, en los que se iguala el desequilibrio entre una construcción adjetiva y otra preposicional que figura en el original. Finalmente, creando una melodía a contratiempo que domina en los pasajes donde el ritmo y el compás son más bien átonos, se resaltan otras partes del texto con la elección de expresiones vibrantes, de adornos verbales, de *staccatos* lingüísticos. Efectivamente, despegándose de las interpretaciones planas y acartonadas por las que a menudo se caracterizan ciertas traducciones por otra parte técnicamente irreprochables, gramaticalmente perfectas, Ramón de España introduce palabras cargadas de color y sentimiento, con temperamento propio. No renuncia, en este sentido, a los coloquialismos —así, a través de él dice el autor haberse ocupado de “un montón de temas” y que “una hora de conferencia es poca cosa” —; tampoco a las locuciones y frases hechas —“a estas alturas”, “y otras hierbas”. Ciertamente, se refrena en el pasaje que aquí hemos citado al proponer “La crispación en América” para *The Fraying of America*, el sintagma que en el título de la obra reza “Trifulcas norteamericanas”, pero se desquita en cierta manera al final del párrafo, donde piropea a la esposa del autor con la florida expresión “toda una maestra a la hora de utilizar el sentido común”, que corresponde a un parco “and her perfect commonsense”.

En fin, con estrategias como éstas Ramón de España consigue que la traducción adquiera una legibilidad notable, autonomía y solvencia propias. En estos primeros párrafos en ningún momento tropieza el lector con fragmentos que le hagan sentir que el texto cojee o muestre una dependencia de otro que, aun invisible, está presente, como ocurre a menudo en traducciones que sólo adquieren sentido para quienes conocen la lengua o la cultura originales, y lo crean traduciendo a la inversa. En estas primeras páginas, en otras palabras, la traducción no remite al original, sino que lo suplanta, logra pasar por él. Ahora bien, esto no debe llevarnos a añadir el colofón que a menudo ha coronado esta constatación en las reflexiones intuitivas que componen las teorías tradicionales de la traducción que atribuya a Ramón de España el logro de un texto totalmente identificado con el original, ni tampoco a los consabidos laudos por permitir al lector el acceso a la obra de Hughes. Ciertamente, le facilitan *un cierto* acceso.

Y es que, por entroncar con la idea de parcialidad que antes mencionábamos, si aceptamos la idea deconstructivista de que los textos no tienen un significado preciso que aguarda a ser rescatado, sino que son un trampolín para que el lector lo construya y se lo otorgue o las puertas por las que dicho lector entra en un laberinto infinito de significaciones en el que en ocasiones encuentra oasis de sentido y otras la excusa para alejarse de los que tiene, y en el que a veces también se desorienta e incluso se pierde, el traductor, que antes de ser coautor es lector, que construye otro laberinto inspirado en éste, y, más aún, en los caminos que recorre de éste, ciertamente interna a los que son a su vez sus lectores en el laberinto, si bien con sus decisiones les abre y ensancha algunas entradas, les cierra o les restringe otras y, voluntaria o involuntariamente, diseña algunas puertas traseras o accesorias que no estaban previstas en el primer edificio. El traductor no fija los sentidos, aunque (re)compone ciertos de sus posibles itinerarios. Puesto que es inasible e inagotable, traducir no es ni puede ser reproducir el significado. Tampoco reexpresar los contenidos sino en cierta medida, y por volver con Duch, *apalabrarlos*.

La visión de Duch de la traducción como *apalabramiento*<sup>123</sup>, aparte de una metáfora preciosa, es, en nuestra opinión, una imagen sumamente reveladora, porque nos recuerda a la vez no sólo que el traductor *pone en las palabras de su idioma, en sus palabras* lo que entiende del texto sino también que, al hacerlo, *negocia y pacta* con el original y el mundo que lo envuelve, establece con él un trato. Esto está de nuevo relacionado con la parcialidad de la traducción a la que aludíamos con Tymoczko, puesto que la traducción no es nunca una entrega *total* del y al texto y la cultura de partida, sino *condicional: temporal*, en tanto históricamente determinada, y *estipulada* de un cierto modo, en tanto la cultura receptora *le impone* al original *una serie de condiciones* a cambio, valga la redundancia, de *imponerlo* en la cultura *en ciertas condiciones*. Se trata, si se quiere, de un acuerdo de convivencia en el que, si bien a veces se rinde al que viene de fuera, la cultura meta lleva las riendas, pues es ella quien debe fijar (y de hecho fija) unos determinados patrones de comportamiento para el Otro, unas pautas para resolver con él las diferencias o, mejor en singular, la *diferencia*: ese concepto dinámico que Franco Aixelá vincula a lo que se percibe —en determinado momento, en determinada circunstancia cultural— como un elemento específico de la otra cultura<sup>124</sup>.

Ante la presencia de elementos “ajenos” porque resulten ya opacos ya inaceptables para la sociedad receptora, ante toda una serie de signos culturales que bien escapan al universo del discurso (en el sentido que Lefevere da al término<sup>125</sup>) vigente bien lo cuestionan, la traducción se ve en la obligación de *apalabrar* las posibles desavenencias, para lo cual recurre a toda una serie de procedimientos que, según Aixelá, van desde la *conservación* en estado puro de la diferencia a la *naturalización* mediante la sustitución de lo Otro por un homólogo cultural. Las estrategias que

---

<sup>123</sup> Sobre el sentido y alcance del término “apalabrar” (o “apalabramiento”), véase Lluís Duch, *op. cit.*, págs. 456-502.

<sup>124</sup> Javier Franco Aixelá, “Culture-specific Items in Translation”, en Román Álvarez y M. Carmen África Vidal (eds.), *Translation, Power, Subversion*, págs. 52-78.

<sup>125</sup> Cf. André Lefevere, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, pág. 41.



predominan en la traducción son un indicador de la capacidad de tolerancia e incluso de la permisividad que exhibe la cultura receptora hacia lo foráneo, que es inversamente proporcional a su solidez, a su firmeza.<sup>126</sup> Es decir, la traducción no sólo informa del Otro sino que, a la par, muestra el estado de las propias fuerzas. En la introducción que antes veíamos de Hughes, por ejemplo, ya se perciben ciertas pruebas. Así, se reconoce la autoridad y prestigio de ciertas instituciones culturales (*Oxford University Press, New York Public Library, Time, New York Review of Books o Social Studies Review*), cuyo nombre se consigna inalterado, siguiendo el procedimiento que, según Aixelá, es el más respetuoso con la Otredad: la repetición (sin ningún tipo de glosa o añadido explicativo). El mismo “respeto” merecen al traductor las personas a las que Hughes muestra su agradecimiento, que tampoco sufren transformación alguna en sus nombres de pila. Ciertamente, hoy en día quizá nos resultaría extraño que la traducción obligase a ciertas personas a renunciar a su identidad, pero recordemos que la traducción de los nombres propios se ve supeditada a una serie de normas históricas, culturales y propias del género<sup>127</sup>, sin olvidar las razones políticas que pueden desembocar en una traducción del nombre, en un cambio onomástico impuesto<sup>128</sup>. La misma técnica de conservación emplea el traductor con respecto a la obra de Schlesinger *The Disuniting of America* y con respecto a *The Portland Baseline Essays* (documento que con la nueva distinción tipográfica cobra más entidad, la categoría de libro), con resultados, podría argumentarse, algo distintos, pues mientras que las anteriores repeticiones suponen una especie de reconocimiento de la solvencia y singularidad de las instituciones o personas mencionadas, éstas en cierta medida dejan entrever una renuncia a atribuirles a estas obras logros inmerecidos. Y es que lo Otro se mantiene como Otro si se le respeta en grado sumo, pero también si se le infravalora o se le desprecia. Los títulos en inglés de esas obras ponen de manifiesto que la cultura española no las ha juzgado (todavía) dignas de incluirlas en su capital cultural. De otro modo, aparecerían en español, pues

---

<sup>126</sup> *Ibid.*, pág. 54.

<sup>127</sup> Cf. Javier Franco Aixelá, *op. cit.*, págs. 221-253.

<sup>128</sup> Cf. M. Rosario Martín Ruano, “Y llevará por nombre otro nombre. Y llevará por nombre una traducción”, *Cuadernos del Lazarillo*, nº. 19, julio-diciembre de 2000, pág. 76.

según una regla tácita las traducciones previas o existentes son hasta cierto punto vinculantes. Curiosamente, la conferencia que sirvió de base al artículo que Hughes publicó en *Time* sí presenta en la versión de Ramón de España un título en castellano que en cierto modo la domestica, la presenta como nuestra, la naturaliza, como también se naturaliza su extensión: las cinco mil palabras (inglesas) de que consta se convierten en quince folios (en castellano), no sea que el lector no las entienda.

Esta combinación de estrategias se extiende a lo largo de toda la traducción, que asimismo mantiene a grandes rasgos la fluidez y la legibilidad de que hace gala la Introducción. En ella no son infrecuentes, en efecto, las sustituciones de elementos culturales extraños por otros totalmente inscritos en nuestro contexto, en la línea de la última que comentábamos en el anterior párrafo. En ocasiones se diría que persiguen propósitos prácticos. Así, del mismo modo en que transformara antes el número de palabras en folios, Ramón de España convierte las millas (“miles”, pág. 74) en “kilómetros” (pág. 99<sup>129</sup>). Ciertamente, a menudo este tipo de naturalizaciones lleva a cabo algo más que una operación netamente aritmética. En realidad, la mayoría de las veces efectúa además un redondeo que añade u omite información en función del universo del discurso que los responsables de la publicación presuponen al lector medio, es decir, de su perfil ideológico, que se dibuja al trasluz al comparar detenidamente el original y la traducción: en este sentido, la explicación que se lee en la edición castellana, “la capacidad básica de interpretar información es indispensable, así como saber leer y escribir y las cuatro reglas” (pág. 76), en cierto modo explicita o concreta los que Hughes señala como requisitos de una educación elemental —“literacy, numeracy and basic skills at interpreting information are absolutely [necessary]” (pág.

---

<sup>129</sup> En los siguientes epígrafes, citaremos los números de página correspondientes a la obra de Hughes en el cuerpo del texto. Las referencias en castellano corresponden a la traducción castellana de Ramón de España publicada por Anagrama; las que aparecen en inglés, al texto de Hughes, que hemos seguido a través de la edición corregida y aumentada (de hecho contiene algunos pasajes que no se hallan en el castellano) publicada por Harvill Press. Asimismo, hemos de señalar que el subrayado que presentan las citas que siguen en todos los casos es nuestro.

58)— a partir de los que nuestra cultura implícitamente cifra como los conocimientos básicos; por otra parte, la transformación de la referencia temporal “since the time of Beowulf” (pág. 23) en “desde los tiempos de Maricastaña” (pág. 33) constituye una clave para reconstruir la respuesta del traductor y sus mecenas a una pregunta que inevitablemente han debido hacerse, a saber, para qué tipo de lector se traduce la obra y cuál es su nivel cultural.

En otras ocasiones, tras las sustituciones que introducen en la traducción elementos culturales específicos del nuevo contexto se percibe el peso de razones expresivas. Éstas justificarían, por ejemplo, la aparición de una locución tan gráfica como “en los años de vacas flacas que al parecer nos esperan [en el mercado del arte]” (pág. 206) cuando el original reza “in the lean years that presumably lie ahead” (pág. 164). Éstas serían además las que apremian a la materialización de la equivalencia de la paremia inglesa “What is sauce for the goose is, or should be, sauce for the gander” (pág. 156) con otra unidad fraseológica en castellano —“Habría que estar a las verdes y a las maduras” (pág. 198)—, y no por ejemplo con una traducción literal, en un contexto en el que la carga “denotativa” de la original resulta también relevante. En realidad, la sentencia inglesa funciona en dos niveles y evoca dobles sentidos: Hughes no sólo la selecciona por la viveza de su registro, sino que además aprovecha la moraleja de su significado literal (la igualdad entre las hembras y los machos de una especie) para emplearla como colofón a una crítica contra la doble moral de un victimismo feminista que juzga ciertas conductas como estrategias de liberación u opresión dependiendo de si los sujetos que las llevan a cabo son mujeres (*goose*) o varones (*gander*).

Si en esta ocasión la expresividad se privilegia frente a la carga “informativa” de los vocablos ingleses, en otros lugares se logra a expensas de la Otredad de sus referencias, de los datos que delatan el origen extranjero del texto. De esta manera, en la versión castellana se lee que “es probable que las vacas vuelen antes de que este sistema de financiación para una televisión no comercial se aplique en América” (pág. 184) en el fragmento correspondiente a “Niagara will probably run backwards before any such financing systems for non-commercial TV are tried in America” (pág. 145). Esta

estrategia que se sitúa en la línea de la equivalencia dinámica abogada por Nida en cierta medida revela una paradoja implícita en el modelo de traducción que tradicionalmente la ha patrocinado: la máxima de la equivalencia dinámica de alguna manera obliga a la traducción a desmentir su naturaleza híbrida, y desde luego explica que, contraviniendo su propia índole, tradicionalmente se haya mostrado reacia a exhibir de grado las marcas de su interculturalidad.

Sin embargo, por más que se esfuerce la traducción en barrer (al Otro) para casa, hacia dentro, la capacidad de resistencia de éste es inmensa. Y quizá, cuanto más empeño se ponga y más fuerza se emplee para que abjure de su origen, más se acrecienta el riesgo de que emerjan incongruencias. En nuestro caso, si bien es cierto que por lo general, como en el ejemplo anterior, la versión traducida se limita a esconder las huellas que relacionan al Otro con el lugar de donde es oriundo y lo importan en una forma que puede calificarse de universal en tanto es apátrida, hay momentos en los que lo obliga a proclamar la ciudadanía que con la traducción adquiere como condición para poder instalarse en la sociedad de acogida. Pero la imposición momentánea de una nueva nacionalidad no anula todo el bagaje cultural que acompaña a ese Otro naturalizado, y el resultado en estas ocasiones llega a ser chocante. Así ocurre en el siguiente fragmento, en el que Hughes examina el efecto de las reivindicaciones del arte “social” o “político” en el ciudadano de a pie:

Pero los méritos de un artista no están en función de su sexo, ideología, preferencias sexuales, color de piel o salud; y abordar un tema no es hablarle a un público. El virus del sida no le escucha. Perico el de los Palotes no mira los virtuosos alegatos feministas de John Heartfield en las salas del Whitney: tiene una página de *Playboy* pegada encima del banco de trabajo junto a la sierra mecánica, y todas las Barbara Kruger del mundo no podrán conseguir que él o cualquier otro deje de hacerlo. (pág. 199)

But the artist's merits are not a function of his or her gender, ideology, sexual preference, skin colour or medical condition, and to address an issue is not to address a public. The HIV virus isn't listening. Joe Sixpack isn't looking at the virtuous feminist knockoffs of John Heartfield on the Whitney wall – he's got a Playmate taped on the sheetrock next to the bandsaw, and all the Barbara Krugers in the world aren't going to get him or anyone else to mend his ways. (pág. 157)

Perico el de los Palotes, efectivamente, ignora las soflamas artísticas de John Heartfield, de Barbara Kruger y de tantos otros —y otras<sup>130</sup>— que exponen en el Whitney, y con toda seguridad ignora incluso su existencia. Es más, Perico el de los Palotes, y el lector con él, siente que no cuadra en un mundo en el que todas las referencias culturales llevan un nombre inglés. Quizá por eso este tipo de naturalización drástica, sumamente etnoviolenta (Venuti), apenas se emplee en la traducción de Ramón de España, que, salvo en contadísimas ocasiones como ésta, da muestras de acercarse al Otro con un talante menos impositivo que negociador.

Es más, en ciertos momentos la traducción no sólo se muestra condescendiente con el Otro, sino que llega a ser hospitalaria con él, en el sentido de que hace un esfuerzo por presentarlo en sociedad, en nuestra sociedad, convenientemente acreditado, para evitar que se le ignore porque se le desconozca, para que no se le malinterprete, sino que se le comprenda. De ahí que el traductor ejerza de mediador cultural en tanto asume el papel de anfitrión de lo ajeno, supla las carencias informativas de su audiencia y rellene las lagunas que puedan entorpecer el entendimiento intercultural. A menudo, realiza esta función de manera silenciosa, sin que el lector lo perciba, a modo de glosa intratextual<sup>131</sup>. Así ocurre en la comparación que establece Hughes para explicar las técnicas de persuasión empleadas por el neoconservadurismo norteamericano más reaccionario:

[...], algo así como si un isabelino desafecto hubiese citado a Doll Tearsheet, la puta de *Enrique IV*, de Shakespeare, como prueba de la decadencia moral en Hampton Court. (pág. 56)

[...] —rather as some disaffected Elizabethan might have cited Doll Tearsheet, the whore in *Henry IV*, as evidence of moral decay at Hampton Court. (pág. 41)

---

<sup>130</sup> Nótese cómo la traducción hace caso omiso del doblete políticamente correcto con que Hughes da cuenta explícitamente de que cuando se refiere a este tipo de artistas incluye tanto a mujeres como a varones. Nótese igualmente que la referencia neutra final (“anyone else”) queda convertida automáticamente en un masculino genérico, muy propenso, dado el contexto, a interpretarse como una referencia exclusivamente masculina.

<sup>131</sup> Cf. Javier Franco Aixelá, *art. cit.*, pág. 62.

Del mismo modo, donde Hughes habla de “a research scientist at MIT” (pág. 61), Ramón de España apostilla “un investigador científico del Massachusetts Institute of Technology (MIT)” (pág. 80); donde Hughes apunta con un mero acrónimo que “[m]aybe what we need is a revival of the WPA projects of the 1930s” (pág. 164), de España señala, con todas las letras, que “[q]uizá lo que necesitamos es la resurrección de los proyectos de la Works Projects Administration de los años treinta” (pág. 207); donde Hughes advierte que “many of the writers were ministers themselves” (pág. 149), el traductor evita el equívoco añadiendo un detalle: “la mayoría de los escritores eran ministros del Señor” (pág. 188).

En otros lugares, no obstante, estima de España que la información cultural precisada es considerable, y por tanto juzga inconveniente o ilegítimo atribuirle su autoría a Hughes. En esos momentos se manifiesta el Otro por partida doble: en primer lugar, emerge la *diferencia* que nos separa de la cultura norteamericana, por efecto de la acción mediadora del traductor; en segundo lugar, emerge de su tradicional invisibilidad el propio traductor, ese Otro de la traducción que suele hablar sin que se note que tiene voz<sup>132</sup>. En una glosa *extratextual*<sup>133</sup>—extratextual en tanto, aun inserta en el cuerpo del texto, se consigna entre corchetes y se percibe como desgajada de él—, el traductor añade información adicional y notifica, además, que la añade, como de ello dan prueba los siguientes ejemplos:

Cuando la economía americana se recupere, quizá haya menos gente votando contra la política fiscal republicana y más votando las promesas morales de un GOP [Grand Old Party, sobrenombre del partido republicano] evangelizado. (pág. 43)

[...] cualquier vendedor de pornografía podía ampararse bajo la toga jeffersoniana de la primera enmienda a la Constitución [que garantiza la libertad de expresión]. (pág. 45)

el WASP [white anglo-saxon protestant: blanco anglosajón protestante] sintió, en palabras de Lipset y Raab, que “perdía el control de la sociedad que su padre había dominado y que él había esperado heredar por derecho de nacimiento”. (pág. 58)

---

<sup>132</sup> Cf. Theo Hermans, *Translation's Other (Inaugural Lecture)*, especialmente págs. 7 y 8.

<sup>133</sup> Cf. Javier Franco Aixelá, *art. cit.*, pág. 62.

En esos momentos, a la fuerza, el lector advierte una presencia en la que probablemente no había reparado hasta entonces, porque resulte discreta o porque el lector así lo asume y lo espera<sup>134</sup>. La traducción revela entonces la ilusión, el espejismo y el bulo sobre el que se sustenta: el de hacer creer a su público que es el autor, y únicamente el autor, quien le habla, cuando en realidad a quien escucha es a otra persona, con otra voz, otra conciencia y en otra lengua. Curiosamente, si bien las notas extratextuales que incluye el traductor arrojan luz sobre esta ficción, esta quimera, no la resquebrajan, ni socavan un ápice su vigencia y su credibilidad, sino que la reafirman y la consolidan, la refuerzan. Y es que el lector, a la vez que recuerda o constata la presencia del traductor cuando se abre el corchete, suspira aliviado al ver que unas palabras más tarde su intervención concluye, que tiene principio y fin su injerencia, que es casual, momentánea y que, además, en todo momento se le mantiene al tanto de ella. En cierto modo, los corchetes revalidan la fe del que lee en la neutralidad de quien se lo permite, en la confortable y hasta cierto punto necesaria creencia de que sólo en la cárcel que el traductor mismo se construye goza de libertad; la advertencia pasa a verse como una prueba más de la lealtad que caracteriza a ese “intérprete fiel” o “portavoz honesto” en cuyas manos se supone o se espera estar<sup>135</sup>, a ese traductor que describe García Yebra como un ser triplemente (ab)negado —no añadir nada que el original no dice; no omitir nada que el original dice; decirlo todo de la mejor manera posible, reza su regla de oro ternaria— para que en la imaginación del lector surja la voz del autor triplemente (re)forzada: pura, nítida e indistinta. El que avisa no es traidor, parece ser la contrarréplica ante ese código deontológico tácito de un traductor quizás hastiado de que continuamente sea su profesión el objeto de acusaciones de alevosía. Y el camelo persiste: inmediatamente después el autor retoma el micrófono y el protagonismo absoluto. La traducción vuelve a escucharse como un aria, un *a capella* sin

---

<sup>134</sup> Sobre las “expectativas cognitivas” y “normativas” que rodean la traducción, véase Theo Hermans, “Translation as Institution”, págs. 4-5 y 14.

<sup>135</sup> Cf. Theo Hermans, *Translation in Systems. Descriptive and System-oriented Approaches Explained*, pág. 98, donde hace una extrapolación del prototipo del intérprete fiel que describe Brian Harris en “Norms in Interpretation”, *Target*, vol. 2, 1990, págs. 115-119.

instrumentación, sin orquesta, sin ruido, el producto de una sola voz. Y sin embargo, nos dice Hermans, es vital darse cuenta de que los textos traducidos son en todo momento plurales, inestables, descentrados, híbridos; de que la otra voz, la voz del traductor, es constante y está presente *en todo momento*<sup>136</sup>, si bien es cierto que en muchos casos es *extremamente sutil*.

Está presente, en efecto, tras cada decisión, tras cada giro, tras cada palabra, que, lo quiera o no lo quiera, inevitablemente llevan su marca y, si se miran de cerca, en cierta manera lo delatan, lo desenmascaran. Lo desenmascaran, en primer lugar, como un individuo con unas ideas concretas y una forma de entender y juzgar el mundo, los comportamientos, las cosas: el post-estructuralismo predica que la lectura nunca es neutral, puesto que el “yo” que lee tampoco lo es y todo lector aporta su mundo a las obras; aunque sea más atento a la hora de leer y sumamente cuidadoso a la hora de recomponer, el traductor en este sentido no es menos, y con toda seguridad su visión de la vida se deja sentir en la traducción, que, por eso mismo, desde otra dimensión se confirma como una actividad *inevitablemente parcial*.

No hace falta irse a los casos en los que el traductor pone la obra al servicio de una ideología determinada y convierte la traducción en un acto de propaganda política. La traducción es *inevitablemente parcial* en el sentido de que, como dice Tymoczko, es una actividad metonímica: durante el proceso de descodificación, ciertas palabras se le antojarán al traductor henchidas de sentido, repletas de ecos intertextuales, de trazas y de huellas, y cargadas de unas connotaciones que para otras personas, con otra ideología y una experiencia vital distintas, quizá carezcan de todo matiz, de toda complejidad; al contrario, otras le parecerán simples y libres de cualquier sospecha, ambigüedad, doblez o contradicción, si bien posiblemente para otros lectores con otro bagaje, otra forma de ver la vida y otro tipo de formación gocen de un aura, unas resonancias o una profundidad quizás incluso desconocidas para el propio autor. La traducción nunca se hurta de un componente afectivo, somático, subjetivo, de una cierta implicación

---

<sup>136</sup> Theo Hermans, *Translation's Other (Inaugural Lecture)*, especialmente pág. 8.



personal del traductor, que no sólo interpreta el *sentido*, sino que también lo *siente*<sup>137</sup>. Es, por lo tanto, *parcial* desde el momento en que, inevitablemente influido por su visión del mundo e incapaz de neutralizar del todo su posición social, la lógica cultural en la que ha crecido y el peso de sus vivencias, el traductor da o resta importancia a ciertas palabras, resalta o relega ciertas posibilidades del texto, y en consonancia juzga conveniente o inconveniente plegarse o despegarse de ellas. Las fluctuaciones que registra el grado de literalidad o libertad con respecto a la redacción original del texto a lo largo de la traducción, en este sentido, encubren implicaciones ideológicas. Y no sólo las encubren: deliberada o involuntariamente, las generan. Así queda patente, creemos, en la traducción que nos ocupa en un momento de la obra en el que Hughes arremete de una manera muy irónica contra un tipo de progresismo recalcitrante que se muestra crítico con todo lo que se asemeje a los “valores tradicionales”:

Cualquier sugerencia de que un niño podía crecer mejor y más feliz con una madre y un padre que se amaran y le amaran podía ser ridiculizada por cualquier berzas izquierdista, recién llegado de su comuna de plantadores de judías chinas en Vermont. (pág. 45)

any suggestion that a child might stand more chance of happiness and growth if it was raised by two parents who loved both it and one another could be pooh-poohed by some ideologue on the left, fresh from the beansprout commune in Vermont. (pág. 33)

Parece que la traducción considera prioritario mantener la vivacidad y la elocuencia de la imagen que crea Hughes, su tono incisivo y sarcástico, y la iconicidad de sus palabras. De esta manera, se diría, selecciona Ramón de España una etiqueta, “berzas”, que enlaza, en esa línea irónica, con la estampa ecologista que le sigue a continuación. Y si la traducción elegida es indudablemente expresiva, también es sumamente ideológica, en primer lugar en cuanto a su motivación (claramente deja entrever la opinión del traductor al respecto) y en segundo lugar en cuanto a sus consecuencias (la imagen resultante no es en absoluto benévola con este “izquierdismo” en concreto ni con la izquierda en general). Y ello sucede quizás *a pesar* de las intenciones del traductor: cabe pensar que de España eligió el vocablo por su

---

<sup>137</sup> Cf. Dora Sales, “La traducción como comunicación intercultural: bilingüismo, escritura y transculturación”, pág. 256.

plasticidad, y no por su capacidad inculpadora, ni mucho menos llevado por su militancia ideológica personal. Al menos, ha de decirse que la traducción no recarga más las tintas contra esta opción política que contra la que se opone a ella:

El programa electoral del GOP lo dejó todo bien claro; era fanatismo de tomo y lomo que apuntaba a la división de América entre “nosotros” y “ellos”. (pág. 55)

The GOP’s platform left nothing in the middle ground; it was raw anxious bigotry, aimed to separate America into “us” and “them”. (pág. 40)

Los sinónimos totales no existen; tampoco las equivalencias perfectas. Dependiendo de los contextos, y de las personas, “paz” puede equipararse a “descanso”, “sosiego”, “fraternidad”, “tranquilidad” o meramente a “tregua”<sup>138</sup>. En este sentido, y por volver a nuestro ejemplo, *The Wordsworth Thesaurus* iguala “bigoted” a “biased, blinkered, chauvinist, closed, dogmatic, illiberal, intolerant, narrow, narrow-minded, obstinate, opinionated, prejudiced, sectarian, twisted, verkrampste, warped”<sup>139</sup>. El diccionario bilingüe *Collins*<sup>140</sup>, necesariamente más conciso, da dos alternativas en castellano: “fanático” e “intolerante”. El hecho de que para el traductor, en este contexto, *bigotry* sea sinónimo y equivalente a *fanatismo* revela una posición ideológica. La selección del léxico, entre otras cosas, desenmascara, como decíamos anteriormente, al traductor como un individuo con unas opiniones concretas, unos juicios sobre la realidad, la moral y la ética, una ideología y unas creencias.

Pero además la traducción desenmascara al traductor como un representante de la cultura para la que traduce, si se quiere, como un reflejo de sus valores supremos, de las normas que la rigen, de sus pautas. Así, por ejemplo, el hecho de que una traducción sea escrupulosamente correcta en cuanto a ortografía, léxico, sintaxis o gramática (aun

---

<sup>138</sup> Véase, en este sentido, el iluminador artículo de Álex Grijelmo, “Contra la palabra tregua”, *El País*, 2 de junio de 1999, pág. 16, donde se hace hincapié sobre los significados subyacentes que acompañan a las palabras, siempre ideológicos y a menudo ideologizados.

<sup>139</sup> *The Wordsworth Thesaurus for Home, Office and Study*, Ware, Wordsworth Editions, 1993, pág. 35.

<sup>140</sup> Colin Smith *et al.*, *Collins Spanish-English English-Spanish Dictionary*, Barcelona/Glasgow/Nueva York, Grijalbo/HarperCollins Publishers, 1992, pág. 64 de la parte inglés-español.

cuando el original no lo sea) no será atribuible meramente a la ideología del traductor, sino también, o con más razón quizás, una muestra de lo imperativo que se considere su cumplimiento en cierta comunidad o circunstancia cultural. En las sociedades en las que rige un elevado purismo lingüístico —como por ejemplo, según Aixelá, tradicionalmente ha ocurrido en España<sup>141</sup>—, la “corrección” del texto traducido no se considera, como si dijéramos, “opcional”, sino inexcusable, normativa. En este sentido, quizá no puede hablarse propiamente de una “decisión” ideológica (si acaso cabe pensar, como lo hace Simeoni aplicando el sentido que da Bordieu al término, en un “hábito” que pasa a verse integrado en la llamada “competencia” traductora<sup>142</sup>), aunque sí de un “resultado” ideológico, tanto si lo examinamos desde la perspectiva de la cultura de llegada (la observancia de la norma, aunque sea por defecto, ratifica lo dominante, lo establecido) como si juzgamos su trascendencia en el marco de la comunicación intercultural (cuando tal norma no rige en la sociedad de partida, o compite con las vigentes en ésta, su acatamiento implícitamente señala la preferencia de la traducción por opciones “domesticadoras” en detrimento de las “extranjerizantes”).

En estos términos, creemos, conviene evaluar el empleo prácticamente constante que hace Ramón de España del “masculino genérico”. Puesto que mayoritariamente (al menos en el momento en que se publicó el ensayo) se considera(ba) la “norma inapelable” para la redacción de textos en castellano “correcto” —gramaticalmente correcto—, no procede, en nuestra opinión, considerarlo fruto de ninguna táctica traductora premeditada ni de ninguna decisión tomada a sabiendas, sino de una estrategia activada por defecto. Dicho de otra manera, no creemos que haya voluntad

---

<sup>141</sup> Cf. Javier Franco Aixelá, *art. cit.*, págs. 65-66.

<sup>142</sup> Daniel Simeoni, “The Pivotal Status of the Translator’s Habitus”, *Target*, vol. 10, n.º. 1, 1998, págs. 17-20.

por parte del traductor de ser “políticamente incorrecto”<sup>143</sup>. Sí cabe destacar la decisión (y en este caso puede hablarse de “decisión”) del traductor de mantener el doblete “políticamente correcto” en la mayoría de las ocasiones en las que Hughes lo hace. Así, por ejemplo, cuando éste relata cómo en su Australia natal “[o]ur education would prepare us to be little Englishmen and Englishwomen, though with nasal accents” (pág. 74), Ramón de España traduce de la siguiente manera: “Nuestra educación nos prepararía para ser inglesitos e inglesitas con acento nasal” (pág. 99). Desde luego, esta resolución es plenamente “ideológica”, en tanto el traductor, enfrentado explícitamente a dos “fidelidades” en conflicto (la que le ata al autor y la que le ata a la de las normas gramaticales de la sociedad de destino), se decide por la primera. Pero, dando un paso atrás, hemos de resaltar que también es inmensamente “ideológico”, aunque aparentemente no medie ninguna “resolución” en él, el uso generalizado del masculino genérico siempre que Hughes no decide contrariarlo explícitamente o no lo precisa —recordemos que, al contrario que en la española, en la lengua inglesa son contadísimos los sustantivos que llevan marca de género<sup>144</sup>. Es ideológico, y con esto enlazamos con lo que decíamos en el párrafo anterior, en tanto *revela* la vinculación de nuestro sistema lingüístico y por tanto de la cultura que conforma y transmite a una óptica masculina, androcéntrica, y en tanto, además, la *apuntala*. Es ideológico, por otra

---

<sup>143</sup> De la misma manera, por otra parte, no creemos que, aun cuando se sea consciente de lo que hay en juego, la no utilización de esos dobletes pueda considerarse en todas las circunstancias como tal. De hecho, incluso quienes destacan en el ámbito del castellano en la lucha contra el sexismo lingüístico no son del todo favorables a esta opción. M<sup>a</sup>. Ángeles Calero, por ejemplo, entiende que “el empleo de los dos géneros, en la forma que sea, resulta farragoso y enmaraña el discurso oral” (*op. cit.*, pág. 170). Aunque también recurre ocasionalmente a esta técnica a lo largo de su obra, esta autora se muestra más partidaria de emplear palabras genéricas, colectivos y términos no marcados sexualmente. Esto está en la línea de la propuesta que hace el otro gran estudioso de estas cuestiones en el ámbito de nuestra lengua, García Meseguer, quien explica en la sección de conclusiones (*op. cit.*, págs. 245-246) que “la duplicación de género se opone al principio de economía de la lengua” y aconseja, por tanto, que “conviene utilizarla con mesura”. Meseguer estima que “lo recomendable es hilvanar el discurso de tal modo que, por un lado, se haga patente a la mujer, y, por otro, no se fuercen las leyes de la lengua. Cómo hacerlo en cada caso queda al gusto de cada cual, teniendo en cuenta que la mejor solución será siempre aquella que tenga en cuenta el contexto en que se habla: tipo de ambiente, grupo social, mentalidad del oyente, etc.” Estamos de acuerdo con sus reflexiones y, de hecho, como se habrá comprobado, en la redacción de esta Tesis se ha tratado de obrar en consonancia.

<sup>144</sup> Sobre esto y sobre la *función* del género en la comunicación en ambas lenguas, véase Francisco Javier Tamayo Morillo, “El género de los nombres en inglés y español”, en Gloria Álvarez Benito, Joaquín J. Fernández Domínguez y Francisco J. Tamayo Morillo (eds.), *op. cit.*, págs. 122-134.

parte, dado que no sólo pone de manifiesto la forma particular en que nuestra cultura interpreta la vida, la realidad y los hechos, sino también dado que la traducción que recurre, por defecto, a ella la *impone* también a la hora de interpretar el texto extranjero, en algunos casos, creemos, tergiversando la que desde otro punto de vista pudiera constituir la interpretación lógica de los hechos relatados.

Así, creemos, ocurre en un pasaje en el que Hughes reseña los incidentes que produjeron quienes integraban una manifestación a favor de la despenalización del aborto. Así lo describe el autor:

What happened instead was that a gang of pro-abortion protesters, some wearing buttons that read FUCK FREE SPEECH, took over the hall and prevented any speaker being heard, so that the debate itself was aborted. One of these, a harpy from some obscure left group, later preened herself and her comrades on this victory over free speech in a letter to the *Village Voice*: “When 80 to 100 antiracist and pro-choice activists shut down a forum by one of the most powerful racists and sexists in America, as we and others did . . . it is a victory for all progressives”. (pág. 18)

El traductor lo reescribe de esta manera:

Lo que ocurrió fue que una banda de manifestantes pro aborto, algunos con chapas que decían ¡AL DIABLO LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN!, invadió la sala e impidió que se pudiese escuchar a cualquiera de los oradores, con lo cual el propio debate fue abortado. ~~Una de las manifestantes,~~ una arpía de algún oscuro grupúsculo izquierdista, se ufanó en su nombre y en el de sus camaradas por esta victoria sobre la libertad de expresión en una carta al *Village Voice*: “Cuando entre ochenta y cien activistas antirracistas y pro aborto consiguen hacer callar a uno de los más poderosos racistas y sexistas de América, como nosotros y otros hicimos ... es una victoria para todos los progresistas.” (pág. 27)

Como se comprueba, aun cuando respete escrupulosamente el femenino en los momentos en que se hace explícito en el texto de Hughes (por ejemplo en la segunda oración), el uso del masculino genérico en las ocasiones en los que no existe ese tipo de recordatorio explícito permite deducir que Ramón de España interpreta que la manifestación pro aborto está compuesta tanto por varones como por mujeres. Bien entendido, no se trata de negar que el texto deje abierta la posibilidad de interpretarlo como propone la traducción que nos ocupa, pero sí de resaltar que la elección

(voluntaria o inconsciente) de ésta en concreto es *ideológica*, como es ideológico que, a pesar de las también múltiples posibilidades de interpretación que ofrecen, a afirmaciones como “en esta casa nadie me echa una mano” o “me hace ilu” atribuyamos instantáneamente un sujeto de la enunciación mujer, y ante otras como “esto no me lo repites en la calle” o “¡agárrate, que vienen curvas!” pensemos instantáneamente en un hablante masculino<sup>145</sup>. Si volvemos al texto que nos ocupa, es también ideológico que, al contrario de lo que ocurre en el ejemplo anteriormente citado, Ramón de España interprete como femeninas otras referencias neutras. Así ocurre cuando Hughes habla sobre “the way we now see rural quilting-bees in the 1870s” (pág. 89), que en la reconstrucción de Ramón de España se concreta en “de la misma manera que recordamos a las mujeres haciendo calceta en 1870” (pág. 117). También acontece lo expuesto cuando Hughes, en relación con el feminismo norteamericano, explica que “[i]t has its Puritan loonies” (pág. 30), afirmación que Ramón de España no duda en traducir en femenino: “Tiene lunáticas puritanas”, se lee en su traducción (pág. 42). Si se piensa detenidamente, no deja de resultar curiosa la división explícita de géneros que ejecuta la traducción en función de los roles a los que apela Hughes: de las palabras de Ramón de España se deduce que, en el fondo, la costura se ve como una labor femenina, y más si está contextualizada en el siglo XIX; aun cuando los varones también puedan ser feministas, y de hecho no faltan los que se encuentran entre sus filas<sup>146</sup>, el feminismo más excéntrico también se cree exclusivo de las mujeres; no así manifestarse a favor del aborto, que Ramón de España juzga como propio (también) de varones, quién sabe si porque ve en ello una causa legítima<sup>147</sup> o porque el pasaje en el que se inserta posteriormente da cuenta de que la manifestación terminó recurriendo al empleo,

---

Benito, Joaquín J. Fernández Domínguez y Francisco J. Tamayo Morillo (eds.), *op. cit.*, págs. 122-134.

<sup>145</sup> Tomo los ejemplos de los ejercicios que propone M<sup>a</sup>. Ángeles Calero en su obra para concienciar a los alumnos de la ideología subyacente al uso del vocabulario y a la evaluación de ciertos enunciados como propios de un determinado sexolecto (*op. cit.*, pág. 177).

<sup>146</sup> Cf. Alice Jardine y Paul Smith, *Men in Feminism*, Nueva York y Londres, Methuen, 1987.

<sup>147</sup> Cf. Rosa María Rodríguez Magda, *El modelo frankenstein*, pág. 49 para una explicación sobre el funcionamiento de los mecanismos que explican lo que ella denomina “la circularidad de los valores”.

en principio poco femenino, de “la cachiporra y la mordaza” (pág. 27). Sea como fuere, lo cierto es que a partir de estos ejemplos parece confirmarse lo que nos indicaba Hermans: que, si bien tras el texto que leemos damos por supuesta la sola presencia del Autor, como único generador de sentido, como una conciencia inalienable, como un sujeto fuerte, resulta que no se escucha ésta sino (a través de) la del traductor, y la de la lengua y la cultura que a través de dicho traductor se hablan. Lejos de estar confinada al encorsetado y encorchetado espacio de la glosa extratextual, la voz del traductor fluye ininterrumpida, transmitiendo en parte el sentido (que se cree emerger del autor) y en parte condicionándolo. La paradoja básica de la traducción nace del hecho de que, si bien esta voz es necesaria, posiblemente porque se intuye el inmenso poder de que goza y con objeto de restringir la posibilidad de fraude o engaño, la sociedad receptora obliga al traductor a esconderse, a ocultarse, a renunciar a sí mismo para que su labor se le reconozca. Y sin embargo, como no puede ser de otra manera, está ahí: eso sí, dada la necesaria clandestinidad que se le exige en sus funciones, no es de extrañar que su voz, como adelantábamos anteriormente, sea *extremadamente sutil*.

De hecho, cabe apostar, en este sentido, que, si el traductor hubiera prescindido de esos corchetes que, como si de semáforos reguladores se tratase, evitan el choque abriendo y cerrando el paso a la monocalzada de la Autoría y de la Autoridad<sup>148</sup> en los

---

Entre ellos menciona el que podría encajar en nuestra explicación: la vampirización por parte del grupo dominante de un valor, una conducta o un atributo que considera positivo o legítimo.

<sup>148</sup> El carácter unipersonal del concepto de Autoridad que subyace a la decisión de incluir corchetes para marcar las “intervenciones” más reseñables del traductor motiva también otra curiosa norma traductora que sigue el texto: la estrategia de consignar las citas que utiliza Hughes de ciertos autores renombrados (Shakespeare, Ezra Pound, Derek Walcott, Walt Whitman, Auden o Yeats) en su lengua original, el inglés, en el cuerpo del texto, y de ofrecer la traducción correspondiente en una Nota del Traductor a pie de página. Así se comprueba en las págs. 69-70, 77, 119, 124, 126 y 141 de la edición castellana. De esta manera, el traductor en cierto modo trata de hacer justicia a la Autoridad de esos clásicos que Hughes vampiriza: al igual que ha estimado oportuno distinguir su “voz” de la de Hughes delimitando tipográficamente los espacios en los que usurpa la autoría, percibe que también debe distinguir la voz de los clásicos, de cada uno de los clásicos, de la del autor que él traduce. Shakespeare y Yeats no pueden sonar al lector español igual que Hughes. La no traducción, si se quiere, constituye un gesto de deferencia, un reconocimiento de su unicidad. Curiosamente, no todos los autores extranjeros “canónicos” a los que apela Hughes reciben este trato preferente: entre otros, las palabras de uno de los padres fundadores de América (pág. 186) figuran en español; las de Cavafis (pág. 93) se leen asimismo en castellano; las de Harriet Beecher Stowe (pág. 189) también se citan en español, quizá porque el fragmento elegido por Hughes no corresponde a la célebre obra de esta autora, *La cabaña del tío Tom*,

ejemplos que anteriormente comentábamos, no hubiéramos reparado en la información que en ellos se marca como *diferencia*, ni tampoco en la *presencia* de quien, de otro modo, no se hace notar. Al menos, pensamos, así sucede en otras ocasiones en los que el traductor se salta esos semáforos, como cuando propone “uno de los mitos fundacionales de América fue una revuelta contra los impuestos, ocurrida en Boston para protestar por las gabelas que gravaban el precio del té” (pág. 193) para el escueto “one of the founding myths of America was a tax revolt, the Boston Tea Party” (pág. 152). Se percibe aquí que de la glosa extratextual se pasa a una estrategia mixta, situada a medio camino entre la explicitación propia de la glosa intertextual y la sustitución por sinonimia<sup>149</sup>, y sobre todo, cuando se compara con el original (y sólo si se compara con el original), una mayor decisión y arrojo por parte del traductor a la hora de hacer uso de los márgenes de intermediación de que goza, de sus potestades in(ter)ventoras, de su Autoridad.

Tampoco siente de España la necesidad de apercebir al lector cuando, en aras de la claridad o de la conveniencia, procede a realizar algún tipo de *universalización*<sup>150</sup>. No avisa, en efecto, cuando se trata de generalizaciones que, con Aixelá, podríamos calificar de *absolutas*, como en este pasaje:

No hay una “literatura latinoamericana” como tal, de la misma manera que no hay un lugar llamado “Asia” con una literatura común que de alguna manera conecta el *Ramayana*, las obras de Confucio y la literatura clásica japonesa. (pág. 114)

There is no “Latin American literature” as such, any more than there is a place called “Asia” with a common literature that somehow connects the *Ramayana*, the works of Confucious and the *Pillow-Book of Sei Shonagon*. (págs. 86-87)

También como en este otro, donde también se priva al lector de unas referencias a terceras culturas:

---

sino a una declaración no literaria (si bien, al contrario, unas palabras garabateadas por Dorothy Parker en un libro de visitas sí se estiman “únicas” y se dejan en su forma original).

<sup>149</sup> Atendemos en todo momento a la clasificación de Javier Franco Aixelá, *art. cit.*, pág. 63.

<sup>150</sup> *Id.*



La mesoamérica precolombina no era el paraíso idílico que nos pintan los enemigos de Colón. (pág. 134)

Pre-Columbian Meso-America was not the Shangri-la that anti-Columbians would like it to be. (pág. 103)

O como en este último fragmento, que diluye toda una concatenación de particularidades norteamericanas en una serie de conceptos generales, lo que infunde en el lector una sensación de familiaridad engañosa, inexistente:

Durante los ochenta, los estudiantes negros americanos camino de la universidad, aunque estaban por debajo del promedio blanco en las pruebas de acceso, consiguieron subir el promedio nacional de pruebas orales y matemáticas en 49 puntos. (pág. 74)

During the 1980s, black American students on their way to college, though falling below the white average on the SAT, actually raised their national average of combined verbal and math SAT scores by 49 points. (pág. 56)

Tampoco avisa el traductor cuando la universalización que opera es *limitada*. En esta categoría Aixelá incluye los casos en los que la traducción no recurre a un concepto superordinado transnacional, sino que, tratando de mantener la Otredad, sustituye el elemento cultural específico por otro que rezuma igualmente un sabor exótico y local, pero que es más conocido en la cultura de llegada. Ése es el procedimiento que se sigue en la traducción del siguiente juicio de valor expresado por Hughes:

Éste, diría yo, es el tipo de esteticismo agotado y literalmente desmoralizado que no encontraría ninguna diferencia entre una manifestación nazi y un espectáculo de Busby Berkeley. (pág. 197)

This, I would say, is the kind of exhausted and literally de-moralized aestheticism that would find no basic difference between a Nuremberg rally and a Busby Berkeley spectacular. (pág. 156)

Dados los precedentes, no resulta nada extraño que el traductor tampoco alerte de los rasgos distintivos de su voz cuando ésta es forzada y de falsete, cuando difiere de la voz cantante, de la de Hughes, porque no llega a los agudos y ha de disimular:

A medida que el mundo del arte se inundaba de listillos que en cualquier otra circunstancia hubiesen estado vendiendo pantanos en Florida o aceite de víbora en Tejas, más complicado se volvía el lenguaje. Cualquiera con un Salle en la pared podía hablar como un entendido de hiperrealismo y lo que hiciera falta. (pág. 206)

As the art world filled up with sanctimonious folk who under other circumstances would have been selling swamp in Florida or snake-oil in Texas, the more elevated its

language became. Every asset-stripper with a Salle on his wall could prattle knowingly of hyper-reality and commodification. (pág. 163)

Lo mismo ocurre en otro pasaje donde el objeto de sus críticas es también cierto uso del lenguaje:

A través de la adicción, escribió un cuarto [escritor del catálogo], Basquiat “parodiaba, y buscaba curar una cultura perturbada”. Y como si todo esto no fuese suficiente, tenemos la opinión de David Ross, director del Whitney: (pág. 210)

Through addiction, wrote a fourth catalogue essayist, Basquiat “parodied, and sought to heal a disturbed culture.” As if this cultural Newspeak wasn’t enough, one had the opinion of the Whitney’s director, David Ross: (pág. 167)

El hecho de que los dos ejemplos que hemos seleccionado para demostrar que la voz del traductor se revela a veces algo desafinada cuando se compara con el original contengan una reflexión sobre el lenguaje no es una casualidad. En efecto, cuando en la obra original el código se vuelve sobre sí mismo y explota la función metalingüística de la lengua aumentan las dificultades para que la traducción dé la impresión de resonar como el original o, al menos, al unísono con él. En realidad, los dos casos que acabamos de mencionar son, en cierto sentido, ejemplares por anómalos: en situaciones parejas no siempre consiguen las traducciones encubrir tan airosamente la disonancia, ni logra pasar desapercibida la voz del traductor, y no porque éste así lo marque y así lo quiera (como cuando encorcheta su actuación), sino porque es sorprendido en renuncio por el lector. Theo Hermans acuña una figura traductora, “performative self-contradiction”, para englobar precisamente las incongruencias que surgen cuando a la traducción no le es posible mantener la credibilidad de esa falacia aceptada sobre la que se asienta la traducción, a saber, que aun en otra circunstancia cultural y en otro contexto, probablemente con otra función y desde luego en otra lengua, es el Autor el que directamente habla. La traducción “contradice su propia actuación” en los casos en los que permite que le asalte al lector la sospecha de que no es (sólo) el autor el que se dirige a él, sino que es otra voz, intrusa en tanto emerge donde supuestamente no se debería oír, la que en realidad se aprecia<sup>151</sup>. Hermans ilustra sus explicaciones remitiéndonos al cartesiano *Discurso del método* y a sus traducciones, y concretamente

---

<sup>151</sup> Cf. Theo Hermans, *Translation’s Other (Inaugural Lecture)*, pág. 9.

a un pasaje en el que Descartes explica por qué ha estimado oportuno escribir la obra en francés, y no en latín: la traducción latina omite esta frase, y sus lectores, que no disponen del original, en ningún momento acusan esta carencia, y de hecho se acercan a la traducción *como si* de aquél se tratara; la traducción al inglés, sin embargo, reproduce el fragmento, y al señalar poniendo en boca del autor, en inglés, cuáles son las razones que le impulsan a escribir en francés, y no en latín, incurre en una visible contradicción, mina la verosimilitud de esa ficción que constituye toda traducción y muy probablemente despierta el recelo de un lector hacia un tercero en cuyas manos está su relación con el Autor y sobre el que no puede ejercer ningún tipo de control.

La traducción castellana del texto de Hughes también presenta incongruencias que encajan en la categoría que Hermans bautiza “performative self-contradiction”. En concreto se detectan en la crítica de Hughes contra quienes abogan por un lenguaje políticamente correcto. Hughes incluye una misiva en la que se aconseja a este respecto, para después desacreditar a su autor con sus cáusticos comentarios. Reproducimos a continuación la versión castellana y la inglesa del pasaje:

Querida Victoria:

En su reciente petición de una beca, miembros del comité de evaluación observaron el uso inadecuado de la palabra *chairman* ... evidentemente, resulta especialmente inadecuado dirigirse a una mujer como *chairman*, a no ser que ella misma haya elegido un término tan limitador... Pronto entrará usted, cuando empiece a ejercer su carrera, en el sector de los medios empresariales o de comunicación. Ahí también encontrará un ambiente en el que se espera que las mujeres no se conviertan en invisibles por culpa de un uso poco meditado del lenguaje... Hay unos cuantos libros que me sentiría muy feliz de recomendarle. Por favor, hágamelo saber si desea una lista.

Lo que resulta más aspero en esta bronca no es sólo el descuidado uso del inglés (“desear una lista”), o la burocrática vaguedad (“entrar en el sector de los medios empresariales o de comunicación”, ¡y esto, viniendo de alguien que se supone enseña

Dear Victoria,

On your recent scholarship application, members of the review committee noticed the inappropriate use of the word “chairman” . . . of course, it is especially inappropriate to address a woman as “chairman” unless she has specifically requested such a limiting language . . . Soon you will be entering the corporate or media sector as you begin your career. There, too, you will find there are expectations that women not be made invisible through thoughtless use of language . . . there are a number of books I would be happy to recommend. Please let me know if you wish a list.

What is so grating about this tidbit is not just the sloppy English (“wish a list”), or the bureaucratic vagueness (“entering the corporate or media sector” —this from someone who is meant to be teaching

comunicación!) o, incluso, el uso condescendiente del nombre de pila de alguien *de haut en bas* (“Querida Victoria”). Lo peor es la triste gazmoñería del puritano de labios fruncidos buscando algo para criticar. (págs. 33-34)

communication!) or even the condescending use of a stranger’s Christian name *de haut en bas* (“Dear Victoria”). It is the anile priggishness of the Puritan marm, lips pursed, seeking nits to pick. (págs. 23-24)

Como se deduce del pasaje, donde se censuran determinados usos del inglés que, en realidad, se leen en castellano, la “performative self-contradiction” surge cuando la traducción pone en entredicho su capacidad de representar al original precisamente porque trata de representarlo escrupulosamente; cuando el empeño por reproducirlo idéntica y miméticamente, como por otra parte exige la definición más estricta de traducción, pone en evidencia la fragilidad de la fábrica. El traductor, si se quiere, levanta la liebre por exceso de celo y legalidad. Con todo, no es momento, creemos, de emitir condenas ni exculpaciones, sino de buscar las causas que, seguramente, lo mueven: dada la calidad de la traducción y del traductor, resulta difícil creer que se deba a un descuido de los que se achacan a los novicios, y más plausible y reconfortante pensar que la “performative self-contradiction” cumple una misión concreta u obedece a alguna razón estructural. No olvidemos que el Otro no suele mostrarse como Otro por las buenas: su exhibición es por lo general reflexiva y fundada. No en vano, siempre hay otras posibilidades: como dice Serrano basándose en Hewson y Martin, un sistema siempre puede aclimatar los valores y referencias a otro en su marco de referencia eliminando las posibles tensiones. Son los intereses, políticos entre otros, de la cultura de llegada los que determinan de qué manera se logra y hasta qué punto se intenta<sup>152</sup>.

Puestos, pues, a buscar causas, el hecho de que en el pasaje citado la traducción exponga su propia inconsistencia podría achacarse al hecho de que los usos que Hughes censura son errores que, en cierto modo, la traducción subsana. En efecto, en la redacción castellana de la carta desaparece la cacofónica rima interna que en realidad reprocha Hughes (“wish a list”); también se reduce con un cambio en el orden de los elementos oracionales la vaguedad que percibe este autor en el lenguaje formal (“bureaucratic vagueness”); por efecto de las diferencias culturales en cuanto a las

---

<sup>152</sup> Cf. Nancy Sanguineti de Serrano, “Translating a ‘transcultura’”, en Gloria Álvarez Benito, Joaquín J. Fernández Domínguez y Francisco J. Tamayo Morillo (eds.), *op. cit.*, págs. 243 y 244.

convenciones vigentes en los géneros epistolares, y teniendo en cuenta que la persona a la que va dirigida la misiva es una estudiante, pierde además sentido en castellano la queja que expresa Hughes por el uso del nombre de pila de la destinataria como encabezamiento de la misiva —si acaso, lo que sorprende es la elección del término “querida”, en lugar de otro más neutro como “estimada”, para precederlo. En fin, se diría que la alusión que introduce el traductor al idioma del texto original constituye, en cierto modo, una estrategia de “compensación”, de suerte que el lector pueda restituir lo que la traducción, podría argüirse, ha perdido, paradójicamente, con sus enmiendas.

Caben, empero, otras explicaciones. En este pasaje, el reconocimiento y la exhibición del Otro no se restringen al recordatorio sobre el origen inglés de las palabras que aparecen traducidas en castellano; también en el cuerpo de la carta se consigna el término que es motivo de discordia en su forma extranjera, sin variación ni adaptación formal. En realidad, éste no es sino uno de los numerosos vocablos que en la sección tercera del primer capítulo, dedicada al lenguaje políticamente correcto, mantiene Ramón de España en inglés en su traducción, que de este modo, podría sostenerse, incurre en una nueva “performative self-contradiction” en la medida en que, contraviniendo una vez más el cometido básico que le asigna su definición social, la traducción consiste en no traducir, en dejar buena parte de los términos del original tal cual. Así se comprueba en el siguiente fragmento, que precede al que anteriormente hemos citado:

Consideremos el asalto lumpen feminista contra todas las palabras que llevan el afijo *man* [hombre].

Se supone que las palabras con el afijo *man* tienen género y por lo tanto insultan a las mujeres: por ejemplo, *mankind* [humanidad] implica que las mujeres no son humanas. Así que en lugar de *chairman* [presidente y literalmente “hombre-silla”], tenemos la molesta *chairperson* [persona-silla] o sencillamente *chair* [silla], como si el infortunado presidente o presidenta de una entidad tuviese cuatro patas y respaldo. Hace poco recibí un manual de estilo para publicaciones oficiales del gobierno australiano que prohibía, entre otras, palabras como *sportsmanship* [deportividad], *workman* [obrero] y *statesmanlike* [propio de un estadista; para reemplazarla ofrecía los sinónimos “habilidad, discreción”], lo que dice algo de la actual falta de *statespersons* [literalmente “personas-estado”, término propuesto para sustituir a *statesman*, “estadista”] en las antípodas, dado que en octubre de 1992 nuestro primer ministro, Paul Keating, denunció enérgicamente al Senado australiano como un “hatajo de borrachos

que no representan a nadie” y “una pandilla de maricones”. Hasta *craftsmanship* [artesanía, oficio] ha sido eliminada: la meliflua alternativa es *skill application* [aplicación habilidosa]. (pág. 32)<sup>153</sup>

El hecho de que ciertas palabras figuren en inglés desde luego deja entrever la tremenda dificultad que, dado el anisomorfismo de las lenguas, entraña la tarea de traducir fragmentos contruidos en un código que hace uso de su autorreflexividad, que se vuelve sobre sí mismo y aprovecha las posibilidades que le brinda su lógica interna, las pautas que regulan la formación de nuevas unidades y nuevas asociaciones, y su carácter estructural. Pero también es reflejo de los límites que impone nuestra cultura, y sus representantes, a la hora de buscar semejanzas y facilitar la identificación con lo extranjero; en otras palabras, las fronteras invisibles que existen o se erigen en determinado momento para separar lo propio de lo ajeno, el “nosotros” del “ellos”. Desde luego —ya lo hemos visto en otros casos—, son múltiples los procedimientos a los que se puede recurrir para que lo particular de una cultura pase a entenderse como genérico: la *universalización* es quizás el más obvio. El hecho de que las reflexiones sobre la lengua que figuran en este párrafo hayan preferido mantenerse como norteamericanas, en el terreno de lo Otro, tiene, por tanto, motivos o, por lo menos, resultados ideológicos, pues, en lugar de fomentar el paralelismo, la comparación y la implicación del lector, amplía la posibilidad de que éste se limite a observarlo como una simple curiosidad, como una particularidad extraña, desde el exterior. Al consignar los términos en inglés, la traducción indica y/o establece una barrera que separa las dos culturas y las diferencia en relación con este asunto de los debates lingüísticos, a tono, todo hay que decirlo, con lo que por otra parte hace el propio Hughes<sup>154</sup>:

---

<sup>153</sup> No sabemos si porque el traductor haya decidido omitirlo o porque la frase sólo se encuentre en la edición revisada de la que disponemos, lo cierto es que a continuación el original incluye otra frase plagada de referencias culturales que no aparece en español: “Soon my fellow-countrymen, persuaded by American examples to look for euphemism where no insults exist, will rewrite *Waltzing Matilda* to begin: ‘Once a jolly swagperson camped by a billabong . . .’” (págs. 22-23).

<sup>154</sup> En la obra, además, hay otras ocasiones en las que, también por efecto de esas “performative self-contradictions” en que incurre la traducción, el lector español se ve desterrado de ese “nosotros” que cree formar con el resto del público lector al verse momentáneamente considerado por Hughes como integrante de “los Otros”. Así ocurre sutilmente por efecto de la contextualización espacial, por ejemplo, en la página 109 de la edición española, donde se lee: “Esta polifonía de voces, este reflujo constante de afirmaciones de identidad, es una de las cosas que hace que América sea como es. Ésta es la razón, y lo

In France, nobody has thought of renaming the Frankish king Pepin le Bref, *Pepin le vérticalement Défié*, nor do Velásquez's dwarves show any sign of becoming, for Spanish purposes, *Las gentes pequeñas*. (pág. 22)

En Francia no se le ha ocurrido a nadie cambiar el nombre de Pipino el Breve por el de *Pipino el Verticalmente Desajustado*, ni tampoco los enanos de Velázquez parecen tener la menor posibilidad de convertirse, para los españoles, en *las gentes pequeñas* (pág. 31)

Con todo, los parapetos que se ponen al Otro y a sus reflexiones metalingüísticas no siempre son tajantes, aunque lo parezcan. En realidad, al lector castellano no le resulta extraño ver cómo algunos de los eufemismos que, según Hughes, están haciendo furor en América aparecen directamente sustituidos por equivalentes castellanos, aun cuando procedan, una vez más, de fuentes inglesas:

Al mismo tiempo que el lenguaje se inflama hasta límites grotescos en el ataque, se reduce en la aprobación, buscando palabras que no puedan provocar la menor ofensa, ni siquiera por los pelos. No “fracasamos” sino que “no conseguimos”. No somos “yonquis” sino que “abusamos de ciertas sustancias”; no somos “subnormales” sino “disminuidos psíquicos”. Y se nos llama de otra manera hasta muertos; según recomendaba el *New England Journal of Medicine* en 1988, un cadáver debe ser calificado de “persona no viva”. Por extensión, un cadáver gordo es una persona no viva de diferente tamaño. (págs. 30-31)

Ciertamente, la conservación y la naturalización absolutas, que operan respectivamente los ejemplos señalados, serían las tendencias extremas. Pero además, la negociación con el Otro pasa por muchas gamas intermedias. Consideremos el siguiente pasaje:

Hace setenta años, en el lenguaje blanco cortés, los negros eran “gente de color”. Después se convirtieron en “negros” **[negroes]**. A continuación son “negros” **[blacks]**. Ahora son “afroamericanos” o “personas de color” otra vez. Pero para millones de americanos blancos [...], siguen siendo niggers **[negros de mierda]** (pág. 31).

Lejos de ser uniforme en cuanto a las estrategias empleadas para la traducción de unas observaciones que en el fondo son metalingüísticas, este párrafo concentra todo un espectro que varía desde la sustitución completa (“gente de color”, “afroamericanos”),

---

repito, por la que un extranjero agradece estar aquí.” Más marcada es otra distinción que aparece en la página 132, al hilo de los personajes históricos con los que se identifican los americanos: “Cook es mi héroe; Colón es el ex héroe de la América blanca. Cook nos parece más cercano porque era un inglés de la Ilustración, y hasta cierto punto todavía hablamos en parte su lenguaje moral. Colón es muy remoto, porque proviene de una cultura escatológica, la de España en el siglo XV, con sus obsesiones divinas que no compartimos.”

pasando por la traducción lingüística (aunque no cultural) seguida de una glosa extratextual (“negros” *[blacks]*, “negros” *[negroes]*), hasta la conservación de la forma original con otra glosa extratextual, a la que esta vez se relega la traducción (*niggers* *[negros de mierda]*). En este ejemplo en concreto la oscilación de la equivalencia entre los polos de la conservación y la naturalización no sólo es un índice que permite analizar la disposición y la tolerancia que en un momento dado tiene la cultura receptora hacia lo Otro, sino que, en cierta medida, resume la evolución histórica de la relevancia que ha otorgado la cultura española a la cuestión racial que se trata. En este sentido es importante darse cuenta de que, si bien las variaciones que se han registrado en épocas lejanas carecen de equivalentes diferenciados en castellano, las fórmulas más actuales de tratamiento cortés son las que se encuentran totalmente naturalizadas (y no meramente calçadas: en el original rezan como “African-Americans” y “persons of colour”). No sólo en este pasaje: de hecho, más adelante en la traducción se lee que “el término ‘asiático-americano’, por vago que sea, es mejor que ‘oriental’, porque al menos es neutral”; y que “‘Nativo americano’ por indio americano, o sencillamente indio, suena a virtuoso” (pág. 34). Implícitamente, la traducción se hace eco de la necesidad que ha experimentado nuestra cultura en tiempos recientes para ampliar el repertorio de denominaciones con las que referirse respetuosamente a las peculiaridades raciales, la descubre y en cierto modo, al hacer uso de las soluciones existentes, las legitima. La traducción, por esta razón, vuelve a confirmarse una vez más *parcial*: parcial en tanto, aun sin querer y de tapadillo, consolida ciertas tendencias que tratan de convertir el español en un idioma cada vez más sensibilizado con la diferencia; parcial en tanto la mayoría de las veces, por el contrario, rehúsa tomar partido por otras que, como hemos visto, (no) se traducen de forma que siguen siendo ajenas, lejanas, extrañas, Otras. En cierta manera, al lector no le sorprende que así sea: ya en la contraportada del volumen se le advierte de que el ensayo es meramente “una audaz y provocativa panorámica del mapa político-cultural de la Norteamérica de este final del milenio”; ya desde el título sabe que se trata de *Trifulcas norteamericanas* —genuinamente norteamericanas, cabría matizar parodiando a Verdú.



En realidad, y por recapitular, lo anteriormente expuesto nos da pie para recordar que existe una correlación evidente entre las estrategias traductoras concretas, las soluciones dadas en el nivel micrológico, y otras decisiones macrológicas, como sin duda lo es el propósito general que anima la traducción de la obra. De nuevo aquí son iluminadoras las tesis de Tymoczko, y no tanto las que ven la traducción como una actividad parcial como las que postulan su naturaleza *metonímica*. Efectivamente, las diferentes partes y segmentos de la traducción hasta cierto punto revelan fragmentariamente su coherencia global, sus principios rectores, su proyecto<sup>155</sup>.

Pero no para ahí la utilidad de la imagen de Tymoczko. Por lo que dice esta autora, la traducción también es *metonímica* al menos en dos sentidos más: en primer lugar, en tanto la sociedad de acogida la toma como una representación de la cultura de la que procede; en segundo lugar, en tanto su recepción también es segmentaria y parcial, de suerte que algunas partes o características dejan más huella y resultan más productivas en el contexto de destino, y otras quedarán relegadas y ensombrecidas. Del primer aspecto ya nos ocupamos cuando decíamos que los expertos norteamericanos

---

<sup>155</sup> A partir de esta hipótesis cabe explicar las diferencias que, con respecto a la traducción de Ramón de España, caracterizan la versión castellana a cargo de Adolfo Martín de la obra de Allan Bloom *El cierre de la mente moderna*. Según hemos señalado anteriormente, el iniciador de esta traducción hace especial hincapié en el interés que revisten para nuestra sociedad las cuestiones de la cultura norteamericana, para él un modelo que hay que imitar. No es de extrañar, pues, que para lograr esa buscada identificación la traducción naturalice y castellanice todos los términos: así, a diferencia de lo que ocurre en la versión de Ramón de España, no abundan los barbarismos en su forma original. Tampoco es de extrañar que, dado el prestigio que concede a la cultura original, Martín no suela naturalizar las referencias culturales, aun cuando éstas resulten desconocidas para el lector español medio. Un ejemplo de esta técnica, que el traductor emplea frecuentemente a lo largo de la obra y que se corresponde con la que Aixelá denomina “linguistic (non-cultural) translation” (*art. cit.*, págs. 61-62), lo encontramos ya en el Prefacio de la obra, donde Bloom asegura: “En este libro trato de realizar una aportación al conocimiento y comprensión de esta generación [de estudiantes]. No estoy moralizando; tengo de Jeremías tanto como Poliana” (pág. 22). El traductor, efectivamente, castellaniza los nombres, pero en ningún momento ofrece información cultural. Jeremías es el prototipo de la visión apocalíptica de la vida y de la protesta, y de hecho en español se califica de “jeremías” (según el Diccionario de María Moliner, con minúscula) a la persona que siempre está quejándose o lamentándose, y de “jeremiada” toda lamentación pesada, exagerada o ridícula. Pollyanna es la protagonista epónima de una novela de Eleanor H. Porter, una chiquilla extremadamente optimista, inclinada a ver siempre el lado alegre de la vida. Pollyanna ha inspirado uno de los principios de la pragmática (véase, en este sentido, Geoffrey Leech, *Principles of Pragmatics*, Londres, Longman, 1983, pág. 147 ó Jenny Thomas, *Meaning in Interaction. An Introduction to Pragmatics*, Londres y Nueva York, Longman, 1995, págs. 166-167), además de constituir una referencia cultural básica de la cultura anglosajona, aunque en nuestra opinión no de la española.

que vieron traducidos al castellano sus obras o artículos sobre lo políticamente correcto se presentaron o se consideraron legítimos representantes de su cultura y fidedignos cronistas de su realidad, de *toda* su realidad; a pesar de no ser estadounidense de nacimiento, a Hughes también se le recibió, con todos los honores, en calidad de *omnisciente* embajador cultural. Sin embargo, y aquí entra en juego el segundo aspecto, hay que destacar que, como sucedió también a las del resto de autores extranjeros convocados, no todas las tesis que expone en su obra corrieron la misma suerte ni recibieron el mismo trato. En cierto modo, no debe extrañarnos, pues los procesos de reproducción, difusión y canonización suelen observar una lógica selectiva y fragmentaria, que, llevada al extremo, explica por ejemplo que para un gran sector Proust se reduzca al famoso pasaje de la magdalena y, por salir del ámbito de la literatura y de las letras incluso, Mozart a los compases de *La marcha turca* con que se alivian las esperas telefónicas. De la misma manera, si bien, como ya vimos, en los discursos de los autores norteamericanos traducidos no faltaban tampoco las ideas liberales, por lo general lo que de ellos se publicitó, se reutilizó y cundió en nuestra cultura fueron sus embestidas contra lo políticamente correcto.

El caso de Hughes es sumamente ilustrativo, pues, de los disponibles en nuestra lengua, ha sido quizás el autor más profusamente citado, extractado, parafraseado, apropiado, reapropiado, tergiversado y parcialmente plagiado incluso por quienes, en nuestro país, se han preocupado por lo políticamente correcto. Sin embargo, poco se han mencionado sus ataques contra las técnicas manipuladoras del conservadurismo norteamericano y sus campañas de desprestigio como la llevada a cabo en la cuestión de lo PC; menos aún han medrado los pasajes en los que ataca agriamente la derecha reaccionaria; nada se ha dicho de su defensa de una versión integradora y moderada de multiculturalismo y de un uso comedido y razonable de lo PC en la redacción. En España, Hughes queda reducido fundamentalmente a las críticas contra un cambio del lenguaje hacia la paráfrasis y el circunloquio —un cambio *por lo general* atribuido en estas reescrituras *exclusivamente* a los sectores radicales asociados a la corrección política, a pesar de que Hughes hace constar que también la derecha tiene su propia

forma de corrección, la corrección patriótica (pág. 39) <sup>156</sup>— que, si bien maquilla la realidad, en su (discutible) opinión no la cambia un ápice.

Y esto nos lleva a postular un último sentido en el que cabe postular la naturaleza metonímica de la traducción (y por supuesto de las traducciones): *metonímicas* respecto de todo un flujo textual con el que se relacionan y que, hasta cierto punto, generan y/o alimentan. De hecho, siempre a partir de las referencias de que disponemos, es significativo que, salvo una breve reseña de Montserrat Casals y un

---

<sup>156</sup> En realidad, de los numerosísimos autores que, en nuestro archivo, citan a Hughes, únicamente Rosa Pereda y África Vidal no ligan privativamente el cambio del lenguaje a los sectores liberales radicales. En “La cultura del eufemismo” (*Letra Internacional*, n.º. 35, 1994, pág. 81), la primera ve la tendencia a embellecer y edulcorar el lenguaje como “el primero de los síntomas que Hughes señala como triunfadores en la larga década conservadora” y en “El derecho a ser gordo” (*Lateral*, noviembre de 1995, pág. 26), la segunda destaca que tal actitud es “típica de las sociedades puritanas”. Salvo estas excepciones, y enlazando con lo que decíamos antes, las reescrituras que de un modo u otro emplean a Hughes ofrecen una visión sumamente sesgada y restrictiva de sus tesis. A modo de apunte rápido, y por centrarnos en tres casos muy significativos, diremos, por ejemplo, que en su habitual sección “Laterata”, *Lateral* extracta en el número de 1995 dedicado a lo políticamente correcto dos breves pasajes de la obra de Hughes, ambos correspondientes a la sección tercera del primer capítulo de *La cultura de la queja*, que coinciden en resaltar la inutilidad de modificar el lenguaje. También Fernando R. Lafuente e Ignacio Sánchez Cámara, en *La apoteosis de lo neutro* (Papeles de la Fundación, n.º. 36, Madrid, Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, 1996), recurren a Hughes para recordar que “asistimos a un nuevo período de intolerancia [...] que se combina con un gusto empalagoso por el eufemismo” (pág. 15). Para ilustrarlo, mencionando en todo momento la procedencia de sus explicaciones, reproducen en paráfrasis todo el párrafo en el que Hughes explica la suerte que han corrido en inglés las palabras construidas con el afijo *-man*, así como la conclusión sobre la supuesta ilegitimidad de los cambios propuestos en virtud de razones etimológicas. Asimismo consignan, debidamente referenciadas, numerosas de las anécdotas narradas por Hughes que ponen de relieve los supuestos dislates y atrocidades atribuidos a lo PC. En realidad, de las páginas 17 a la 23, su obrita está trufada de reflexiones que proceden de Hughes. También, se diría, sus observaciones finales. La página 49 en concreto coincide con lo que se dice en la 108 de la obra de Hughes. Parece confirmarse la hipótesis de Lambert: la traducción tiene tendencia a negar su origen extranjero y a viajar, en fragmentos o segmentos, disfrazada de texto original. También subyacen las palabras y las anécdotas de Hughes (y, si se apura, algún párrafo de Jesús Mosterín, Vicente Verdú y Servando González) a la reseña titulada “Igualdad, Tolerancia y Democracia” que hace Agustín Navarro del libro de Rodríguez Lafuente y Sánchez Cámara para *Excelsior* (31 de marzo de 1997, disponible en la Red en [www.excelsior.com.mx/9703/970331/fin04.html](http://www.excelsior.com.mx/9703/970331/fin04.html)), donde se comprueba que, clandestinamente, la traducción se engrana en una red de citas, y de citas de citas. Si Milton y Tocqueville aparecen en esta reseña a través de Hughes, el propio Hughes aparece en ella a través de los autores de *La apoteosis de lo neutro*. Y si bien la traducción de esta manera vuelve a viajar, en los trasbordos pierde o gana peso su equipaje: la anécdota según la cual se prohibió la exhibición de “La Maja Desnuda” de Goya en una universidad norteamericana termina relacionándose con una similar ocurrida en la castiza España de los setenta.

artículo de Sergio-Vila-San Juan publicados en 1992<sup>157</sup>, los artículos y reescrituras autóctonas sobre lo PC sean posteriores al grupo de traducciones comentadas, en buena medida se basen en éstas, y guarden con ellas un cierto parecido y una relación de semejanza. Esto nos da pie a hacer dos observaciones.

En la primera, a la fuerza, hemos de expresar la sospecha de que bien pudiera ser que, en esta aldea global, internacionalizada e internetizada, que supuestamente se caracterizaría por la accesibilidad total y en tiempo real, instantánea, de todo tipo de información y, por añadidura, de los avances culturales, la introducción, difusión y productividad de los discursos culturales extranjeros todavía dependa en gran manera de la confluencia de proyectos de traducción del tipo más tradicional. Bien pudiera ser, en efecto, que, si bien la red, los medios de comunicación y otras tecnologías, por un lado, y la existencia de una lengua franca, por otro, hacen *virtualmente* factible el contacto, la contaminación y la interrelación entre las sociedades y posibilitan el tráfico de discursos culturales entre ellas, aún sean fundamentalmente los encargos de traducción y los traductores al uso los que real y *virtuosamente* materialicen y/o desencadenen la circulación intercultural fluida e intensa de géneros, textos, teorías, experiencias o ideas —elementos discursivos, en definitiva. En otras palabras, quitando la razón a quienes se han propuesto como ideal combatir tecnológicamente la maldición de Babel y (re)construir una lengua y una conciencia planetarias que por fin nos libere de esa lacra que para algunos constituye la traducción<sup>158</sup>, parece que en su sentido más literal sigue siendo cierta, y sin muchos visos de que la situación vaya a cambiar pronto, la afirmación que ya hicieran hace unas décadas Bassnett y Lefevere, a saber, que la traducción desempeña un papel fundamental a la hora de moldear, renovar y construir las culturas.

---

<sup>157</sup> Montserrat Casals, *art. cit.*, pág. 332; Sergio Vila-San Juan, “La importancia de ser PC”, *La Vanguardia*, 30 de mayo de 1992, pág. 27.

<sup>158</sup> Cf. Juan Luis Cebrián, *op. cit.*, págs. 177-194.

En segundo lugar, y en relación con esto mismo, hemos de reparar en las similitudes que pueden establecerse entre esas primeras reescrituras autóctonas que introdujeron (y tradujeron) en España lo PC, algunas de las cuales ya hemos comentado en estas páginas, y las traducciones propiamente dichas, que permiten incluso postular la existencia de una relación hasta cierto punto parasitaria. Hay, en nuestra opinión, suficientes razones para creer que los artículos y las obras de autores norteamericanos que, en versión castellana, publicaron una serie de revistas culturales especializadas y en sus colecciones de ensayos ciertas editoriales de prestigio fueron una de las principales fuentes de documentación que consultaron y explotaron muchos de nuestros reescritores, principalmente los que publicaron sus trabajos en medios no especializados; de ahí la cantidad de sintagmas repetidos, de anécdotas reiteradas, de ecos y referencias intertextuales que se detectan entre ellos. En cierto modo, al repasar los diferentes artículos dedicados a lo PC cuando éste era aún una novedad en nuestra cultura se tiene la sensación de estar leyendo el mismo texto. Lo que ocurre, más bien, es que todas las que hemos denominado reescrituras reproductoras participan en la (re)construcción de un discurso prácticamente unitario, por homogéneo.

Es homogéneo, en primer lugar, en cuanto a su *contenido*. Desoyendo por lo general las opiniones liberales que se deslizaban en los márgenes de las traducciones disponibles y desde luego las que flotaban en Norteamérica, la imagen de lo políticamente correcto configurada por las reescrituras autóctonas correspondía, a grandes rasgos, a una filosofía totalitaria de izquierdas que había impuesto por la fuerza su (absurda e ilegítima) ley en Estados Unidos. Verdú, por ejemplo, comentaba que “lo ‘políticamente correcto’ fue la mayor impertinencia en la política intelectual que vivió Estados Unidos después de la insubordinación cultural de los sesenta”, algo que confirmaban Rodríguez Lafuente y Sánchez Cámara añadiendo a lo PC una dosis de malevolencia: “Lo políticamente correcto [...] es la perversa culminación de un proceso comenzado en los años sesenta”<sup>159</sup>. Ser PC, continuaba Verdú, “es hacer y decir las

---

<sup>159</sup> Cf. Fernando Rodríguez Lafuente e Ignacio Sánchez Cámara, *La apoteosis de lo neutro*, pág. 7.

cosas al estilo de como dios manda, [...] aquél que reivindican para sí ciertos grupos *liberales* atentos a comportarse al menos formalmente bien con todas las minorías en la época posmoderna”<sup>160</sup>; Servando González ratificaba la procedencia: “políticamente correcto equivale a una mentira, monda y lironda [...] que conviene a los intereses de un pequeño, pero activo, grupo que aspira a instaurar el totalitarismo en los Estados Unidos”<sup>161</sup>; y Rodríguez Lafuente y Sánchez Cámara confirmaban su veredicto con una terminología de indudable influencia bloomiana: “La corrección política es una inmensa patochada intelectual y política [...] protagonizada por el resentimiento y la ignorancia. Una combinación de perfiles sórdidos y erráticos.”<sup>162</sup> Entre los *protagonistas*, concretaba Gallego Díaz, se encuentran todos los grupos minoritarios norteamericanos (“ecologistas, feministas, homosexuales y grupos raciales de todo tipo”<sup>163</sup>), si bien según esta autora la lista de *beneficiados* era aún más amplia: “las mujeres o minorías de cualquier tipo (raciales, orientación sexual, minusválidos físicos y psíquicos, marginados, etcétera) [..., y] los animales, las plantas y la naturaleza en general”<sup>164</sup>. La lista de víctimas, por su parte, tenía en estas reescrituras un líder absoluto, el varón blanco generalmente dedicado al mundo de las letras, ya con el perfil del escritor despedido por no utilizar el lenguaje PC que aparece en el artículo de Ferrer<sup>165</sup>; de los profesores universitarios que, al estilo del personaje que protagoniza la obra de Antonio Muñoz Molina, *Carlota Fainberg*<sup>166</sup>, debían evitar con sumo celo, como informaba

---

<sup>160</sup> Vicente Verdú, “La etiqueta genuinamente americana”, pág. 14.

<sup>161</sup> Servando González, *art. cit.*, pág. 15.

<sup>162</sup> Cf. Fernando Rodríguez Lafuente e Ignacio Sánchez Cámara, *La apoteosis de lo neutro*, pág. 55.

<sup>163</sup> Este listado es, por otra parte, muy similar al que cita Verdú en “La etiqueta genuinamente americana”, pág. 14: “izquierdistas, feministas, homosexuales y negros”.

<sup>164</sup> Soledad Gallego Díaz, “Lo que se debe decir”, pág. 2.

<sup>165</sup> Isabel Ferrer, *art. cit.*, pág. 26.

<sup>166</sup> Antonio Muñoz Molina, *Carlota Fainberg*, Madrid, Alfaguara, 1999. Para una crítica que relaciona esta obra con el fenómeno de lo políticamente correcto, véase Mihály Des, “Paso doble”, *Lateral*, nº. 64, abril 2000, pág. 28;

Rivas<sup>167</sup>, las actitudes sexistas o racistas, y que además tenían vedada la docencia de asignaturas relacionadas con la raza o con la mujer, según Gallego Díaz<sup>168</sup>; del estudiante que optaba a un puesto en desventaja con respecto a las minorías raciales privilegiadas por un sistema de cuotas, según Mosterín<sup>169</sup>; o del incauto amante acusado de violación por ignorar las reglas del estricto código de conducta sexual (PC) del Antioch College, que exigían consentimiento explícito de la pareja en cada paso de la relación, según Verdú<sup>170</sup>. Claro que, en general, nadie en Estados Unidos se libraba de ser víctima, de la imposición y la censura: ni los medios de comunicación y las editoriales, que estaban cediendo a lo PC bajo el asedio de las reclamaciones de las minorías<sup>171</sup>, ni ningún norteamericano medianamente culto, que no podía ignorar los dictados de la nueva jerga<sup>172</sup>.

Además de lo relativo al contenido, extraído, como se comprueba, de las fuentes y anecdotarios producidos por la reescritura norteamericana conservadora, el discurso es homogéneo en cuanto a la *retórica* empleada. El tono explicativo, cuasi-didáctico, sumamente simplificador puede sin duda justificarse como una necesaria adaptación a las exigencias de un nuevo medio: ya hemos dicho que la mayoría de estas reescrituras se publicaron en la prensa no especializada, y esto en cierta manera explica el talante divulgativo. Pero no explica, e incluso contradice, el marcado sensacionalismo de estos documentos y la falta de rigor en cuanto a las fuentes y los datos de la información

---

<sup>167</sup> Rosa Rivas, *art. cit.*, pág. 26.

<sup>168</sup> Soledad Gallego Díaz, “Lo que se debe decir”, pág. 2.

<sup>169</sup> Jesús Mosterín, “Una mordaza a la libertad”, pág. 15.

<sup>170</sup> Vicente Verdú, “La etiqueta genuinamente americana”, pág. 14.

<sup>171</sup> Cf. Vicente Verdú, “El desorden políticamente correcto”, pág. 4, y Soledad Gallego-Díaz, “¿Soy asmática o tengo asma?”, *El País*, 13 de marzo de 1994, pág. 16.

<sup>172</sup> Vicente Verdú, “El desorden políticamente correcto”, pág. 4.

supuestamente factual —rasgos que, al contrario que en Norteamérica<sup>173</sup>, la práctica periodística convencionalizada en nuestra cultura reprocha<sup>174</sup> o, si acaso, considera “periodísticos” sólo por “el hecho aleatorio de estar incluidos en las páginas de un periódico y en estrecha vecindad con los espacios ocupados por periodistas que cuentan noticias y emiten juicios de opinión sobre la realidad social de nuestros días”, según la valoración de Albertos de los textos escritos en el que, en su manual clásico, denomina *estilo ameno o folletinista*<sup>175</sup>. En muchos casos la procedencia de las “informaciones” hay que buscarla en esa masa informe y anónima de estereotipos y narrativas generada por la reescritura conservadora norteamericana, alimentada por el mito y naturalizada hasta el punto de no precisar fundarse en hechos actuales y contrastados, ni acreditarlos. En todos la del tono adoptado. Es un tono, en primer lugar, *apocalíptico*, pues, como hiciera Bloom, estos reescritores daban cuenta de cómo lo PC, “un nuevo asalto del multiculturalismo a la vieja carcasa occidental” o “el asalto a la razón y a los valores ilustrados”<sup>176</sup>, “veja el pensamiento y pone en duda la identidad de un país en nombre de algunos bellos principios descarriados”<sup>177</sup>. Es, por otra parte, un tono plagado de un *vocabulario con tintes bélicos*, que no sólo situaban lo PC en el marco de las “guerras culturales” que, entre otros, había descrito Daniel Bell —así, Soledad Gallego Díaz informaba, a tono, de “la *apasionante y feroz batalla* que libran desde hace años en el

---

<sup>173</sup> Sobre el sensacionalismo de los medios de comunicación norteamericanos y su ligazón con la ideología de los responsables y con el carácter privado y lucrativo de las empresas en que se encuentran incorporados, véase Annette Gomis van Heteren, *op. cit.*, págs. 137-141.

<sup>174</sup> Cf. Álex Grijelmo, *El estilo del periodista*, Madrid, Taurus, [1997] 1998, especialmente el epígrafe “Amor al dato” (págs. 151-152).

<sup>175</sup> José Luis Martínez Albertos, “El lenguaje periodístico: rasgos diferenciales”, ponencia presentada en el Seminario “La corrección lingüística: lenguajes específicos y jergales” que organizó la Fundación Duques de Soria y se celebró en Salamanca del 3 al 5 de abril de 2000, recogida en el material entregado, pág. 9. Sobre el “estilo ameno o folletinista”, véase el capítulo cuarto de *Redacción Periodística. Los estilos y los géneros en la prensa escrita*, Madrid, Paraninfo [1974] 2000, del mismo autor.

<sup>176</sup> Cf. Fernando R. Lafuente e Ignacio Sánchez-Cámara, *La apoteosis de lo neutro*, págs. 32 y 55.

<sup>177</sup> Cf. Montserrat Casals, *art. cit.*, pág. 332. La cursiva es nuestra.



campo del lenguaje todos los grupos minoritarios”<sup>178</sup>—, sino que, demostrando una ideología subyacente en el fondo tradicionalista, otorgaban a lo PC el papel de atacante, de usurpador o de rebelde —de esta manera, y en la línea de quienes, según hemos visto anteriormente, notificaban la existencia de un *complot* y un *asalto*, Verdú hablaba de una “*insubordinación* contracultural”, de una “forma indolora de *revolución*”<sup>179</sup> y de un “*desorden* políticamente correcto”<sup>180</sup>, Gallego Díaz de “la nueva *dictadura* que imponen estos grupos”<sup>181</sup>, Sánchez Cámara y Rodríguez Lafuente de una “*drástica imposición* lingüística”<sup>182</sup> y Jesús Mosterín de un intento de “*amordazar* la libertad de pensamiento y expresión de los individuos”<sup>183</sup>. Por citar sólo unos ejemplos.

En último lugar, el discurso amasado por estas reescrituras es homogéneo en cuanto a la *acomodación lingüística y cultural del Otro* que llevaron a cabo, que, en la línea con lo que sucedía en la traducción de Hughes, estableció una serie de barreras a la hora de identificarlo con “lo nuestro”, a la hora de naturalizarlo. Dichas barreras son, en primer lugar, de carácter lingüístico: lo PC se consideraba ajeno e intrasladable a nuestro sistema idiomático. De hecho, también en estos documentos abundaban los extranjerismos cuando se trataba de explicar en qué consisten las reivindicaciones lingüísticas de lo políticamente correcto. Verdú, por ejemplo, indicaba al lector español lo incorrecto de la expresión “*indian [sic] summer*”, de la ortografía de “*women*” y de la pseudoprefijación de “*history*”, vocablos estos últimos que como ya hiciera Casals<sup>184</sup>,

---

<sup>178</sup> Soledad Gallego Díaz, “Lo que se debe decir”, pág. 2. La cursiva es nuestra.

<sup>179</sup> Cf. Vicente Verdú, “La etiqueta genuinamente americana”, pág. 14. La cursiva es nuestra.

<sup>180</sup> Cf. Vicente Verdú, “El desorden políticamente correcto”, pág. 4. La cursiva es nuestra.

<sup>181</sup> Soledad Gallego Díaz, “Lo que se debe decir”, pág. 2. La cursiva es nuestra.

<sup>182</sup> Cf. Fernando R. Lafuente e Ignacio Sánchez-Cámara, *La apoteosis de lo neutro*, pág. 9. La cursiva es nuestra.

<sup>183</sup> Jesús Mosterín, *art. cit.*, pág. 15. La cursiva es nuestra.

<sup>184</sup> Montserrat Casals, *art. cit.*, pág. 332: “Esta actitud o comportamiento, que tiene vertientes ridículas en el país que más funciona, en los Estados Unidos de América, se recrea en un vocabulario que pretende sustituir *women* por *womyn* como plural de *woman* con la intención de evitar la terminación *men*

sugería, hay que cambiar por “*womyn*” y “*hertory* [sic]”<sup>185</sup>. Rodríguez Lafuente y Sánchez Cámara parecían estar de acuerdo, y de hecho aunaban en su librito los anglicismos polémicos que presentaban Verdú o Ramón de España, entre otros, y alguno de cosecha propia, como “*differently abled* o *physically challenged* (físicamente competidor)”, que para ser PC había que emplear en lugar de “minusválido”<sup>186</sup>. Rosa Rivas informaba de que se trataba más bien de buscar vocablos neutros: “en vez de locutor/a (*anchorman/anchorwoman*) se dice *talent*, y quienes filman son *camera person*”<sup>187</sup>. Y, como también recalcan Verdú y García Posada, Soledad Gallego Díaz recordaba que, a pesar de todo, “[d]eclararse *black* (negro) en lugar de ‘afroamericano’ se ha convertido también en una especie de afirmación política”<sup>188</sup>. Lo Otro seguía transmitiéndose básicamente como Otro.

Resulta curioso, sin embargo, que, como también ocurriera en la traducción de la obra de Hughes, todo un grupo de vocablos que (sólo) nominalmente son políticamente correctos y que (desde nuestro punto de vista) en realidad son acuñaciones paródicas a imitación de éstos sí encontrarán equivalentes naturalizados más o menos logrados. Beard y Cerf, los autores del glosario “oficial” de lo PC, fueron ampliamente citados, traducidos por tanto y, lo que es más, castellanizados en estas reescrituras. Carmen Trejo, a partir —según consta— de este glosario, diseñó en una viñeta una “familia políticamente correcta”, formada por un matrimonio (“encarcelamiento doméstico”) de blancos (“mujer y hombre incoloros”) —ella embarazada (“parasitariamente oprimida”) y él gordo, con gafas y calvo (“poseedor de una imagen corporal alternativa”, con “desafío óptico” y con “desventaja capilar”)—, una niña (una “premujer”) y un perro

---

(‘hombres’), convertir los “seminarios” universitarios en “ovarios” académicos y suplir *history* con *herstory* para evitar los pronombres masculinos como *his* (de él).”

<sup>185</sup> Vicente Verdú, “El desorden políticamente correcto”, pág. 4.

<sup>186</sup> Fernando Rodríguez Lafuente e Ignacio Sánchez Cámara, *La apoteosis de lo neutro*, pág. 16.

<sup>187</sup> Rosa Rivas, *art. cit.*, pág. 26.

<sup>188</sup> Soledad Gallego Díaz, “Lo que se debe decir”, pág. 3. Un comentario similar se lee en “La etiqueta genuinamente americana”, de Verdú y en el párrafo final de “Los violentos”, *El País*, 3 de noviembre de 1995, pág. 11, de Miguel García Posada.

(un “animal no-humano”). Y, sin duda escuchando más a la fuerza de la costumbre que a los dictados de hasta la versión más ridícula de lo políticamente correcto, Trejo endosaba a la mujer embarazada dos pesadas bolsas de la compra repletas de carne (“víctima del exterminio de las especies”), miel, leche y huevos (“productos robados a los animales no humanos”) y al fornido esposo un mero ramito de flores (“acompañantes botánicos”) y un liviano periódico (“cortezas de árbol procesadas”)<sup>189</sup>. En la misma línea, en *Letra Internacional*, en un recuadro aparentemente firmado por Beard y Cerf y sin duda realizado por un “trad-autor” anónimo, se consignaba un listado de variantes correctas a otras incorrectas, ambas redactadas en un castellano razonablemente ortodoxo. La muerte se convertía en la “inconveniencia terminal”; un lisiado, en un “in-capacitado”; un borracho, en un individuo “privado de sobriedad”; un viejo, en un ser “cronológicamente dotado”, y de esta manera aparecían naturalizados hasta una veintena de términos inventariados originalmente por Beard y Cerf, a los que hay que sumar los que castellanizaron, entre otros, Gallego Díaz y los autores de *La apoteosis de lo neutro*.

Si se observa con detenimiento, y en paralelo con los ejemplos que adjuntábamos en el anterior párrafo, se diría que, en último extremo, cuando los vocablos políticamente correctos contienen alguna reclamación subversiva, los escritores se mostraban reacios a naturalizarlos y preferían dejarlos inalterados. Otros; cuando son extravagancias descabelladas y absurdas ocasiones para la risa y el desprecio, se proponían o se acuñaban equivalencias en nuestro idioma. Podría postularse, en este sentido, la existencia de una especie de aduana imaginaria donde los vocablos políticamente correctos eran sometidos a un cacheo, una selección y un control en última instancia ideológicos: los que decían ser PC y en realidad lo ridiculizaban tenían facilitada la integración y el acceso; los que habían sido conflictivos en el país de origen y podían desestabilizar el de destino, se veían obligados a mostrar en todo momento su carácter bárbaro, extranjero. En esto, la producción autóctona sobre lo PC se acercaba a lo que habían hecho las traducciones publicadas previamente, no hacía

---

<sup>189</sup> Carmen Trejo, *art. cit.*, pág. 26.

sino (pro)seguir su modelo y consolidar los patrones de comportamiento que éstas habían dispuesto hacia lo ajeno. Parece confirmarse la naturaleza sistemática que atribuía Lefevere al fenómeno de las reescrituras cuando decía que “all different forms of rewriting tend to work together in a literary system”<sup>190</sup>.

\* \* \*

De todos modos, aun cuando sea verdad que las reescrituras autóctonas comentadas son en cierta medida parasitarias (en cuanto a contenidos, retórica y modelo de comportamiento con el Otro) con respecto a las traducciones que las precedieron, y en términos generales, como decíamos anteriormente, que en nuestra era los proyectos de traducción tradicionales aún son en muchos casos determinantes en el proceso de introducción o expansión de discursos extranjeros, no hemos de cerrar los ojos a la posibilidad contraria: a que sean las traducciones convencionales las que deban su existencia a reescrituras previas. Pensemos, por ejemplo, dejando momentáneamente de lado nuestro tema, en el indiscutible papel que desempeña la crítica cinematográfica a la hora de suscitar determinadas traducciones fílmicas en principio insospechadas por carecer del aval de una campaña de marketing poderosa, del reclamo de unos actores cotizados o de la garantía de un premio, y más aún a la hora de determinar la modalidad de traducción por la que se opta. La traducción es en principio un lujo caro, y muchas veces son las reescrituras las que deciden hasta qué punto le conviene a una cultura permitirse el capricho, hacer el gasto. Las reescrituras, en efecto, a veces crean una necesidad traductora e incluso pueden llegar a fijar sus condiciones de posibilidad; también, por qué no decirlo, su objetivo es otras veces disipar esa necesidad, o negarla. Sin ir más lejos, en las reescrituras reproductoras relacionadas con el tema que nos ocupa encuentran su expresión ambas funciones.

En relación con la Biblia PC se manifiesta la última: la que trata de justificar la no existencia de su homólogo en nuestra cultura o, aún más, de disuadir por activa o por

---

<sup>190</sup> Cf. André Lefevere, “Why Waste Our Time on Rewrites? The Trouble with Interpretation and the Role of Rewriting in an Alternative Paradigm”, pág. 235.

pasiva de su importación, de desaconsejarla. No en vano, desde un primer momento, desde el anuncio en 1995 de su publicación en Estados Unidos, las posibilidades de su traducción al castellano se consideraron elevadas. Dada la expectación, la repercusión y el número de ventas que cosechó en el país de origen, a nadie escapaba, como lo expresaba Argos, que “[c]omo negocio parece jugoso”<sup>191</sup>. De hecho, los agoreros echaban las cartas e incluso se arriesgaban a prever cómo sería: “Los cambios podrían ser mayores aún en español que en inglés, puesto que en este idioma se utilizan menos diferencias de género”, decía Antonio Caño<sup>192</sup>; “me imagino que en la traducción políticamente correcta al español [Jesús] pasaría a ser Jesús/a”, aventuraba Servando González<sup>193</sup>. A pesar de todo, los autores que abordaron el tema, sin excepción, se oponían a esa traducción cuya inminencia presentían, con diversos argumentos que trataban de convencer al lector de que, si bien una traducción de ese tipo era *posible*, no era en absoluto *legítima*. En estas reescrituras, una vez más, volvieron a explicitarse una serie de límites que separaban o, a entender de sus autores, debían separar lo tolerable de lo inadmisibile, ya fuera apelando a la autoridad de los valores y figuras reguladoras fundamentales de nuestra cultura, ya fuera invocando las normas a las que debía someterse la traducción, es decir, lo que Hermans denomina la “traducción como institución”<sup>194</sup>.

Quizás el artículo más significativo a este último respecto, por la experiencia y reconocida reputación de su autor en el mundo de la traducción, sea uno de Javier Marías que se publicó originalmente en *El País* y que posteriormente apareció recogido en la obra *Mano de sombra*<sup>195</sup>. En “Falseamiento y secuestro”, Marías criticaba, en general, “la plaga de lo ‘políticamente correcto’” y en concreto la “inquisición, censura,

---

<sup>191</sup> Lucía Argos, “Escepticismo español con la Biblia ‘políticamente correcta’”, pág. 30.

<sup>192</sup> Antonio Caño, “Padre-Madre nuestro que estás en los cielos...”, *El País*, 27 de agosto de 1995, pág. 4.

<sup>193</sup> Servando González, *art. cit.*, pág. 16.

<sup>194</sup> Theo Hermans, “Translation as Institution”, especialmente pág. 5.

<sup>195</sup> Javier Marías, *Mano de sombra*, Madrid, Alfaguara, 1997, págs. 149-151.

tergiversación, manipulación, falseamiento y secuestro” de la que, aseguraba al final, ya había sido víctima la Biblia. Lo interesante para nuestros propósitos no es tanto el hecho de que al autor le pareciesen absurdas e innecesarias las soluciones traductorales que brevemente comentaba como las razones que alegaba para desautorizarlas, que, según afirmaba, no eran *religiosas*, sino *literarias*. Marías defendía lo que, sugería, la Biblia y la traducción bíblica enseñan: la sacralidad de los textos, para él invariables *incluso en la traducción*, o, mejor dicho, *a pesar de ella*. La sacralidad del texto es la que, según cuenta la leyenda que a su vez contaba Marías, respetaron los setenta sabios que, incomunicados cada uno en su celda, originaron setenta versiones idénticas, y por tanto la versión divina, de la Biblia; también la que lograron, según la apostilla en la que adjuntaba este autor una versión más realista, “quienes hicieron esa traducción [que] se esmeraron al máximo, logrando que a cada palabra hebrea le correspondiera una palabra griega, a cada coma una coma y a cada punto un punto”; asimismo, concluía, es “[l]a que obliga a que los pasajes oscuros y misteriosos de Shakespeare deban seguirlo siendo en sus infinitas traducciones, *porque si no ya no sería Shakespeare*”<sup>196</sup>.

Desde luego, las palabras de Marías son jugosas en tanto no sólo defienden “la fidelidad, o incluso la literalidad” en la traducción, sino también por cuanto aparentemente reivindican este modelo como *el único válido*. Pero, dada su calidad de (y como) traductor, también son inmensamente reveladoras, por una parte, de cómo suele conceptualizarse la traducción y, por otro, del papel que se otorga al traductor, e incluso del que creen asumir los que ejercen la propia profesión. A la par que reveladoras, son asimismo muy discutibles. De hecho creemos que ilustran a la perfección lo certero de la afirmación de Toury de que las declaraciones de los propios traductores y en general todos los paratextos no siempre son representativos de las normas y el funcionamiento de la actividad traductora, ni por tanto fuentes del todo fiables de donde extraerlas, pues a menudo incurren en idealismos, subjetivismos,

---

<sup>196</sup> Todas las citas proceden de las páginas 150 y 151 de la obra citada. La cursiva es nuestra.

tópicos e incluso contradicciones<sup>197</sup>. Y es que, si bien es perfectamente legítimo defender la literalidad como estrategia traductora e incluso identificar ese valor con la “fidelidad”, cabe objetar a las palabras de Marías que *aun así* el texto cambia desde el momento en que cambia la lengua, cambian las palabras, las circunstancias en las que éstas se escuchan y la cultura en la que se engranan; y cabe objetar, además, que *ni aun así* es Shakespeare a quien leemos, sino a otra voz que transmite a Shakespeare de una determinada forma. Es evidente que Marías se sitúa en un paradigma metafísico, que explica la traducción a través de la imagen de la identidad, el calco y la réplica, y que cifra el ideal del traductor en la total desaparición y ausencia. De ahí que se queje de que “[a]hora resulta que se puede alterar lo que escribieron otros en épocas menos cursis y remilgadas y melindrosas”.

Curiosamente, en un paradigma post-estructuralista como el que asumen las teorías interculturales de la traducción, esta frase podría leerse, en lugar de como un lamento, como la descripción de la condición de posibilidad de la traducción, pues si no fuera posible alterar, no sería posible traducir. No quiere decir esto que todo valga. Por supuesto, existen límites. Pero, al contrario de lo que sostiene Marías, cabe postular que, ni siquiera en el caso de la traducción bíblica, el grado de la literalidad de la traducción es para quienes imponen dichos límites una razón de peso. Recordemos, en primer lugar, que la literalidad tiene grados: incluso los setenta sabios anteriormente mencionados debieron de permitirse un margen mayor del que cree Marías para alcanzar el resultado que alaba, pues el texto hebreo carecía de puntuación. Recordemos, en segundo lugar, que la equivalencia dinámica, en principio tan alejada de la “literalidad” pero reclamada como ésta también en nombre de la “fidelidad”, ha sido un procedimiento fundamental en la tradición traductora de los textos sagrados.

De ello daba cuenta, de hecho, el artículo de Lucía Argos, donde, con la opinión de un importante cargo religioso, se explicaba que “la traducción bíblica ha seguido el cauce de los avances lingüísticos” y que “las adaptaciones de la Biblia han pasado de la

---

<sup>197</sup> Cf. Gideon Toury, *Descriptive Translation Studies and Beyond*, pág. 65.

equivalencia formal a buscar el sentido cultural para los lectores a quienes va dirigida”<sup>198</sup>. Sin embargo, como ya adelantábamos en páginas anteriores, si bien para Argos una traducción políticamente correcta de la Biblia sí tenía sentido (y sentido cultural) en Estados Unidos, esta autora ponía en duda el éxito de una edición semejante en castellano, dada nuestra idiosincrásica actitud ante la diferencia. Avalando esta opinión, aseguraba que el tema “no levanta pasiones” en nuestra cultura, ni a favor ni en contra, si bien, tras situarse discursivamente en un terreno aparentemente neutral, reclamaba en primer lugar las opiniones de los detractores de este proyecto: desde un lector airado que, en la sección de Cartas al Director del diario, había descalificado de manera ciertamente irónica el proyecto, pasando por una teóloga que, a pesar de manifestar su aprobación a la filosofía subyacente, veía difícil la traducción y pesada la lectura del producto final, hasta una fuente de la Conferencia Episcopal, que declaraba que “difícilmente se autorizaría esta versión”. Ésta es, creemos, la clave fundamental de la inexistencia de una traducción políticamente correcta de la Biblia al castellano, que indefectiblemente nos remite a esa figura del *mecenazgo* que, según Lefevere, actúa como un factor de control de la posibilidad de hablar<sup>199</sup>.

Ciertamente, como explica Lefevere, a menudo el *mecenazgo* apunta a una serie de personas o instituciones concretas que, a través de compensaciones o penalizaciones en los tres planos principales que enumera este autor (el ideológico, el económico y el de estatus) patrocinan o desalientan la lectura, la escritura, la reescritura y, por supuesto, la traducción de ciertos discursos u obras. La Conferencia Episcopal Española, en este sentido, es la cabeza visible de esa institución de *mecenazgo*. Con todo, aun cuando según informa Argos a tenor de lo expuesto en el Código de Derecho Canónico de 1983 a este organismo le asista el derecho de revisar toda nueva traducción de los textos sagrados, no ha de pensarse en su *poder*, ni en general en el de la institución de *mecenazgo* en nuestra era, de manera únicamente coercitiva y represora, entre otras

---

<sup>198</sup> Lucía Argos, “Escepticismo español con la Biblia ‘políticamente correcta’”, pág. 30.

<sup>199</sup> Cf. André Lefevere, “The System: Patronage”, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, págs. 11-25.



cosas porque, como es por otra parte lógico en un estado laico, la Conferencia Episcopal no podría impedir la publicación de una edición de las características de la Biblia PC norteamericana, sino meramente negarle la condición de texto autorizado por la Iglesia católica —una condición de la que carece el editado por Oxford, que se basa en el texto autorizado por el *National Council of the Churches of Christ in the U.S.A*, es decir, por un organismo cristiano (de hecho es el que centraliza los diferentes credos del cristianismo en los Estados Unidos) pero no ligado exclusivamente al catolicismo.

Por todo ello, más bien, hay que pensar en el *poder* de la institución de mecenazgo en el sentido foucaultiano: como un *poder* capaz de granjearse la adhesión y el respeto de los que no están necesariamente sometidos a su coacción directa, en este caso a los traductores y editores que, a pesar de juzgar incluso —como expresa en el artículo de Argos un importante cargo de una prestigiosa editorial española— que el texto tendría un enorme interés para la cultura española, desestiman la posibilidad de patrocinar un proyecto semejante, aunque sólo sea por evitar, según dice Argos, “el inevitable rifirrafe con la Iglesia católica”. De la misma manera que, como han demostrado Luis Pegenaute y María Pérez López de Heredia<sup>200</sup>, en las sociedades en las que rige la censura junto a los mecanismos restrictivos externos hay que considerar la figura del traductor como (auto) censor, en las sociedades democráticas es imposible restringir el papel del *mecenazgo* a los organismos en los que, en apariencia, se concentra el poder, sino que es preciso ampliar este concepto lefeveriano hasta englobar a quienes, al respetar su autoridad simbólica, pasan a ser, a la vez, sus *mecenas*. Como el poder que describe Foucault en su *Microfísica*, se trata de un mecenazgo descentralizado.

---

<sup>200</sup> Cf. Luis Pegenaute, “Censoring Translation and Translation as Censorship: Spain under Franco”, en Jeroen Vandaele (ed.), *Translation and the (Re)Location of Meaning. Selected Papers of the CETRA Research Seminars in Translation Studies 1994-1996*, Lovaina, Universidad Católica de Lovaina, 1999, págs. 83-96; María Pérez López de Heredia, “Traducción y censura en la escena de posguerra: creación de una nueva identidad cultural”, en Rosa Rabadán (ed.), *Traducción y censura inglés-español (1939-1985): Estudio Preliminar*, León, Universidad de León, 2000, págs. 153-189; de la misma autora, “El traductor como (auto) censor: la traducción dramática en la España franquista”, en Federico Eguíluz *et al.*, *Actas del III Congreso Internacional sobre Trasvases Culturales: Literatura, Cine, Traducción*, Vitoria, Universidad del País Vasco, 2001.

Y, por otra parte, se trata de un mecenazgo y de un poder mucho más flexibles de lo que se diría a juzgar por su apariencia externa, por la imagen que transmiten las instituciones en las que se concreta. De hecho, la autoridad aparentemente incuestionable de la Conferencia Episcopal en nuestra cultura no ha impedido la aparición de las llamadas “biblias laicas”, que al contrario de lo que podría pensarse no ha dado lugar en este caso a ningún rifirrafe con la Iglesia católica<sup>201</sup>. Ni siquiera impidió la aparición, en torno a las fechas en las que aparecían las reescrituras contrarias a la Biblia políticamente correcta que hemos comentado —y con notable retraso frente a otras similares en el ámbito anglosajón<sup>202</sup>—, de versiones irreverentes como la de Antonio Alonso y Javier Gómez, autores de *El Chuchi, los colegas y la basca: El Evangelio en cheli*<sup>203</sup>, una reescritura del Nuevo Testamento en un argot

---

<sup>201</sup> En 1998, dos editoriales distintas publicaron el primer volumen de dos colecciones: *La Biblia laica* (Muchnik Editores, Barcelona, 1998) y *La Biblia. El libro de los libros* (Barcelona, Planeta, 1998), en principio para cubrir la demanda de quienes quisieran acercarse a esta obra desde una perspectiva literaria o, al menos, no necesariamente religiosa. El texto que sirve de base a la primera es el de Casiodoro de la Reina, según nos informa Sánchez Caro (*op. cit.*, pág. 35), el traductor de la llamada Biblia del Oso del siglo XVI, hito de la reforma protestante española y muy leída aún hoy por los protestantes hispanohablantes. El segundo utiliza un texto publicado ya en 1961 por esa misma editorial. No obstante, el imán de los textos es el hecho de que vienen prologados por personajes ilustres de la cultura española actual (Juan Manuel de Prada, Antonio Gala, Fernando Sánchez Dragó, etc.), y, en el caso de Planeta, precedidos de una introducción a cargo de especialistas en estudios bíblicos y en literatura semítica. Dicho sea de paso, si bien Sánchez Caro no comulga con la idea para él contradictoria de que la Biblia pueda ser laica ni con el hecho de convertir la Biblia en una aventura comercial, tampoco se muestra desfavorable a ellas (pág. 63), ni a ninguna de las que, aun no siendo ortodoxas, aliviaron la que denomina “larga noche bíblica” que hasta tiempos relativamente recientes se ha prolongado en España. Esta opinión coincide en cierto modo con la de Olegario González de Cardenal (“Biblias laicas”, *El País*, 30 de diciembre de 1998, págs. 13-14), quien, desde el convencimiento de que “la Biblia queda degradada cuando se la reduce a cultura, ética, estética o dogma”, da la bienvenida a “esta última desamortización, si con ella se logra hacer pasar la Biblia de viejas manos perezosas a manos más productivas, que hagan fecunda su riqueza, cultivando mejor sus tierras, arrancando nuevos frutos, actualizando insospechadas posibilidades”.

<sup>202</sup> En “El Nuevo Testamento en escocés, de William Laughton Lorimer” (en J. C. Santoyo *et al* [eds.], *Fidus Interpres. Actas de las Primeras Jornadas Nacionales de Historia de la Traducción. Volumen II*, León, Universidad de León, 1989, pág. 239), Fernando Toda Iglesia da cuenta de la existencia de versiones más o menos completas de las Escrituras a distintos dialectos del inglés con propósito humorístico, como la titulada *According to Jacques: A Mersey Bible by Jacques B*, escrita en el dialecto de Liverpool y publicada ya en 1975.

<sup>203</sup> Antonio Alonso y Javier Gómez Rodríguez, *El Chuchi, los colegas y la basca: el Evangelio en cheli*, Madrid, CCS, 1995.

juvenil y callejero, por decir poco<sup>204</sup>, en el que, como botón de muestra, enmarcado en el pasaje en el que el joven rico inquiera a Jesucristo cómo alcanzar el reino de los cielos se lee lo siguiente:

— Maestro, tío... ya me explicarás: ¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna; vamos para irme al Cielo cuando llegue la hora de diñarla? Tú, que eres tan bueno, ¿me puedes contestar?

Jesús, un poco mosqueao, le contestó:

— Estate al loro, tío... porque yo de estas cosas chano un poco, colega, y no me va el cachondeo... Primero te diré que por qué me has llamado bueno. Nadie es bueno —al loro tío que te lo vuelvo a repetir—, nadie es bueno, uai, auténtico, sino sólo Dios. Tú, y todos los que estáis aquí reunidos, ya sabéis los mandamientos, ¿verdad? Te los voy a repetir un poco nada más: No te irás con las pibas de otros, no sislarás a nadie, no serás un cotilla, deslenguao y chismoso, honrarás a tu padre y a tu madre, obedeciéndoles y no ofendiéndoles nunca, no...<sup>205</sup>

De todos modos, no hace falta irse a esos extremos. La flexibilidad de ese *poder* que en último extremo encabezan los representantes de la Conferencia Episcopal y que microfísicamente se extiende a toda una sociedad que asume y genera un respeto por la cultura de la Biblia perpetuada por la tradición católica no sólo se pone de relieve en la fortaleza que demuestra al resistir en una posición hegemónica los envites de estas iniciativas que, en tanto cuestionan la indiscutibilidad de esa opción, en último término podrían interpretarse como agresiones externas. También queda de manifiesto en la capacidad de que hace gala la propia doctrina católica de ir evolucionando, reciclando los valores sobre los que se asienta de forma que sigue y pueda seguir —parafraseando la definición de *poder* de Foucault— calando de hecho, produciendo cosas, induciendo placer, formando saber y produciendo discursos en unas circunstancias históricas y culturales en las que inevitablemente ha variado el orden de las prioridades sociales y en las que se ha transformado asimismo la relación que guarda este discurso hegemónico con otros discursos culturales, por ejemplo al haberse zanjado o suavizado, por una

---

<sup>204</sup> Miguel A. Torres, en “También en las cárceles se introduce la cultura”, <http://www.terra.es/personal/tevarm/4/relatos.htm> relaciona esta jerga con el argot carcelario. De hecho, constata el empleo del texto en dicho contexto.

<sup>205</sup> Antonio Alonso y Javier Gómez Rodríguez, *op. cit.*, pág. 64.

parte, los antagonismos que históricamente la han enfrentado a otros credos y religiones, y al haberse pronunciado, por otra, las afinidades con otros discursos laicos también preocupados por la liberación de los hombres (y de las mujeres).

De esta flexibilidad da prueba la proliferación de ediciones y proyectos de traducciones *interconfesionales* de la Biblia al castellano, al resto de las lenguas peninsulares e incluso a algunas variedades que no tienen estatus de lengua<sup>206</sup>, que no sólo salvan las diferencias en cuestión de fe, sino también los conflictos reales o latentes derivados de la estrecha vinculación histórica de lo eclesial con *una* forma de autoridad civil claramente partidaria de *una* cultura nacional determinada y de *una* lengua peninsular concreta. De ella da también prueba la constante reactualización de la hermenéutica bíblica y de las interpretaciones doctrinales a la luz de los planteamientos que en cada época van ampliando lo que, aunando el concepto de *textual grid* del que hablan en su última obra conjunta Bassnett y Lefevere y el de los *posibles históricos* de Foucault, podríamos denominar *las posibilidades de la (re)enunciación*. Y por supuesto, prueba y reflejo de esa flexibilidad del poder, por último, es el evidente acompañamiento del lenguaje que utiliza a los tiempos modernos, a sus valores y a sus necesidades. Es indudable que en las últimas décadas el castellano teologal y de los textos sagrados ha variado notablemente, como claramente se percibe en el cambio que han experimentado las oraciones tradicionales como el Padrenuestro o el Credo. Pero además, a partir del concilio Vaticano II ha cambiado la forma de ver la Palabra de Dios

---

<sup>206</sup> Según informa de ello Sánchez Caro (*op. cit.*, pág. 63), en castellano existe una versión interconfesional popular con el significativo título de *Santa Biblia. Dios habla hoy*, y se está preparando una más actual, de la que ya se ha editado el Nuevo Testamento. Además, ya se dispone de una biblia interconfesional en euskara, en gallego y en catalán, además de una edición particular de esta última para las Baleares. Por último, en relación con otra lengua minoritaria, hemos de señalar una iniciativa muy reciente que ha tratado de acercar la Biblia a un colectivo numeroso pero culturalmente marginado en nuestro país. Nos referimos a la edición bilingüe, en caló y castellano del Evangelio de San Lucas. La edición de *El Evangelio de San Lucas en Caló / Embeo e Majaró Lucas Chibado André Caló-Romanó* (El Almendro, Córdoba, 1998), a cargo del Padre franciscano Alberto González Caballero, ha rescatado del olvido al que se vio condenada por la prohibición de que fue objeto la traducción a la lengua de los gitanos españoles del activista bíblico y gran viajero George Borrow. Sobre esta traducción, véase José Antonio Millán en “El mensaje de Jesús se acerca a la lengua gitana”, *El País (Babelia)*, 27 de marzo de 1999, pág. 8; Nuria Barrios, “Don Jorge el de las Biblias”, *El País (Babelia)*, 26 de agosto de 2000, pág. 9; o la entrada correspondiente a George Borrow (1803-1881) en la sección enciclopédica titulada “Grandes Traductores” en la dirección electrónica <http://www.proel.org/traductores/borrow.html>.

(de exclusivista a democrática; de inmovilista a dinámica<sup>207</sup>) y por tanto su formulación lingüística.

En este sentido, a pesar del rechazo que, como se constata en el artículo de Argos, a bote pronto suscita en los altos cargos eclesiales la posibilidad de una Biblia PC en castellano, bien pudiera ser que las ya existentes fueran más políticamente correctas de lo que se piensa. De hecho, algunas soluciones traductorales que se han publicitado en los medios de comunicación como pruebas de la manipulación del texto sagrado que ha llevado a cabo la edición norteamericana publicada por Oxford y como atentados contra su significado, coinciden con las que se leen en ciertas Biblias castellanas autorizadas. Por ejemplo, la sustitución de los tradicionales verbos “chasten” o “discipline” por otro como “guide” en el pasaje en el que se explica la relación de Dios con los hombres comparándola con la que tiene un padre hacia sus hijos fue muy criticado en los medios de comunicación anglosajones<sup>208</sup>, donde se argumentó que supuestamente contrariaba el sentido original de un texto nacido de una sociedad que permitía el castigo disciplinario —una polémica gratuita si nos fijamos en el hecho de que, por ejemplo, el verbo que emplea la *Nueva Biblia de Jerusalén* no está relacionado con ningún tipo de escarmiento: “¿qué hijo hay a quien su padre no corrige?”, se lee en el controvertido pasaje (Heb. 12, 7).

Por otra parte, Argos informa de que “[e]n una reciente traducción autorizada de este organismo [la Conferencia Episcopal] la diestra de Dios ya se sustituía por la alusión a un lado u otro” y que [e]n otros textos religiosos actuales es frecuente hablar indistintamente de patria y patria o soreidad en lugar de fraternidad, según indica la editorial religiosa Trota<sup>209</sup>, y no hay que olvidar que, como ya dijimos en el anterior capítulo, la imagen de Dios como Padre y Madre no es una invención de la Biblia PC, sino una reflexión con una tradición relativamente arraigada. En definitiva, se diría que,

---

<sup>207</sup> Cf. José Manuel Sánchez Caro, *op. cit.*, pág. 60.

<sup>208</sup> Cf. por ejemplo Arthur Spiegelman, *art. cit.*

<sup>209</sup> Lucía Argos, “Escepticismo español con la Biblia ‘políticamente correcta’”, pág. 30.

si bien se muestra reacia a admitir esa etiqueta de actualidad de lo PC —y con ella la impresión de que la doctrina está expuesta al vaivén de las modas—, la filosofía que subyace a lo PC no es tan ajena a las prácticas de la Iglesia. En cierta manera, razones no le faltan, si por PC se entiende la búsqueda de un igualitarismo que, sin ir más lejos, está en la base de la doctrina cristiana. Ciertamente, sin ese nombre manido, desacreditado y de alguna manera engañoso, podría decirse que lo políticamente correcto —que, dada la amplitud de términos como *political* y *correct*, mejor sería traducir, dice África Vidal, por “lo socialmente respetuoso”<sup>210</sup>— acompaña a todo el movimiento teológico asociado a un nuevo paradigma que, entre otras cosas, se pregunta hasta qué punto es ético predicar el amor y el respeto al prójimo con palabras que lo ofenden y lo alienan<sup>211</sup>.

De lo expuesto se deduce que, tras la inexistencia de una Biblia PC en castellano quizás haya también que contar el desprestigio que, en la línea de la imagen transmitida por las traducciones y las reescrituras reproductoras, acompañó a lo PC en su entrada en nuestra cultura. Dadas las últimas tendencias en el seno de la investigación teológica, cabe aventurar que quizás en un futuro no muy lejano dispongamos de una Biblia en castellano similar a la publicada por Oxford en Norteamérica, aunque con toda seguridad si se diera el caso sus responsables se esforzarían por negar —como por otra parte hicieron una y otra vez los editores del volumen estadounidense— que se trate de una edición políticamente correcta. De hecho, no faltan voluntarios para llevar la iniciativa a cabo: en el artículo de Argos, José Tamayo, un teólogo “progresista” (según la autora) que también nos acompañó en el capítulo anterior, declara brindarse gustoso para la empresa.

\* \* \*

---

<sup>210</sup> Cf. M. Carmen África Vidal Claramonte, “El derecho a ser gordo”, pág. 26.

<sup>211</sup> Cf. el excelente artículo de Juan José Tamayo-Acosta, “¿Hay razones para creer?”, *El País*, 12 de abril de 2001, pág. 10.

A través de las relacionadas con la Biblia PC hemos estudiado de qué modo las reescrituras refrenan las traducciones. No obstante, y por pasar a la siguiente de las dos funciones que comentábamos, aquéllas no siempre niegan o cuestionan la necesidad que tiene la cultura en interés de la cual operan de importar ciertos productos culturales. Por el contrario, otras veces la espolean, si bien no siempre a toda costa y de cualquier manera: no es infrecuente que aparezcan las condiciones en las que, a entender de los reescritores, se habría de llevar a cabo el *apalabramiento*, el trato; dicho de otra manera, no es inusual que en ellas se bosquejen, explícita o implícitamente, las normas que, para ser admitida, habría de seguir la traducción que auguran, es decir, los criterios ideales de aceptabilidad<sup>212</sup>. Así se constata en los documentos que en nuestra cultura anticiparon la traducción de la serie de cuentos políticamente correctos escritos por James Finn Garner. El repetido anuncio de la fabulosa acogida y elevados beneficios que había generado en Estados Unidos la publicación del primer volumen puede entenderse como un acicate para una traducción que, por otra parte, no originaba de entrada el rechazo y la indignación que sí suscitaba la perspectiva de una traducción políticamente correcta de la Biblia (y en general, avisa Lefevere, cualquier versión “inspirada” que, en lugar de fijarlos “fielmente”, renueve y ponga al día los textos fundamentales de una cultura<sup>213</sup>). No en vano, cuando las reescrituras informan del éxito de una obra extranjera no se limitan a transmitir la expectación suscitada en su contexto original, sino que en cierta manera también la crean en la cultura de destino. Y esto es cierto, creemos, aun cuando se cuestione la obra y, por tanto, se critique de forma velada su éxito, como hacía Vicente Verdú al comentar, refiriéndose al primer y por entonces único volumen de cuentos políticamente correctos, que “[p]or unas semanas, este libro estúpido llegó a estar entre los 25 de ficción más vendidos, y muchas bibliotecas públicas lo han

---

<sup>212</sup> Véase, en este sentido, la distinción que hace Gideon Toury entre “adequacy” y “acceptability”, en *In Search of a Theory of Translation*, pág. 29.

<sup>213</sup> Cf. André Lefevere, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, pág. 51, donde se establece la distinción entre las estrategias traductorales de los arquetípicos “faithful translator” y “spirited translator”.

adquirido con más diligencia que otros del género”<sup>214</sup>. Por supuesto, la expectación crece si además la evaluación de la obra es favorable, como la que hacía Haro-Tecglen en *Babelia* tras recibir un ejemplar directamente traído de Nueva York:

El más completo inventario de lo que es “políticamente correcto” me parece que es éste: “políticamente correcto, moralmente justo, intelectualmente astuto, culturalmente tolerante y que no fuma, bebe, ríe de las bromas sexistas, no ve demasiada televisión” (aparte de otros pecados demasiado locales). Es de un bonito libro de James Finn Garner (escritor y actor en Chicago), las ‘Politically correct bedtime stories’, editado por Macmillan en Nueva York.<sup>215</sup>

Aparte de alabar la obra, Haro-Tecglen a continuación deja entrever implícitamente su convencimiento sobre una inminente traducción. Además, confirmando la hipótesis que presentábamos antes, no se resiste a incluir un comentario sobre los escollos que ésta deberá sortear:

En su prólogo, Finn pide perdón por aquello que se le pueda haber escapado: encuentro que algunos términos que definan sus posibles pecados son difíciles de traducir. Son fáciles los de sexista, racista, culturalista, intelectualista, falocentrista, socioeconomicista, etnocentrista, heteropatriarcalista “y algún otro tipo de tendencia o inclinación que hasta ahora no tenga nombre”. Es más difícil ‘ableist’; de ‘able’, capacitado o hábil, de cuya mención pueda deducirse algo no políticamente correcto para quien no lo está; ‘ageist’ se refiere a la preferencia de alguna edad por otras; ‘sizeist’ a la estatura; ‘lookist’, aquel que mira lo que no se debe mirar.<sup>216</sup>

Aparentemente, nos encontramos ante una simple “descripción”, pero cabe postular que la reflexión de Haro-Tecglen es más “normativa” o, si se quiere, menos “descriptiva” de lo que parece. En realidad, las dificultades e imposibilidades que se sienten planear sobre las traducciones casi siempre tienen un trasfondo ideológico. En este sentido, no es casual que Haro-Tecglen estime complicada la traducción cuando se trata de términos que no tienen correspondencias automáticas convencionalizadas en castellano, es decir, cuando la traducción no puede limitarse a la *búsqueda* de la equivalencia óptima en una especie de almacén imaginario donde se piensa que la

---

<sup>214</sup> Vicente Verdú, “El desorden políticamente correcto”, pág. 4.

<sup>215</sup> Eduardo Haro-Tecglen, “Los cuentos corregidos”, *El País (Babelia)*, 27 de enero de 1996, pág. 14. El subrayado consta en el original.

<sup>216</sup> *Id.*



lengua de destino guarda sus existencias, sino que supone la *creación* de la equivalencia, e incluso la creación de lengua para lograrla; cuando se presiente que el traductor, por decirlo desde otro punto de vista, tiene la posibilidad de pasar de ser un operario que mecánicamente sustituye un lote de términos extranjeros por otro de los que le proporciona la distribuidora de la lengua normalizada a convertirse en inventor y suministrador de novedades para el propio idioma. En realidad, se podría sostener que la traducción de los *ismos* discriminatorios que señala Haro-Tecglen no es más difícil que el resto: si se acepta que el lenguaje es un material versátil y moldeable, una especie de plastilina con la que, conociendo sus reglas, puede uno jugar, crear y divertirse, la traducción no resulta tan espinosa —bastaría con llevar a cabo la “ismización” de las lexías correspondientes en nuestro idioma, de suerte que para *ableist* cabría sugerir, por ejemplo, “posibilista” o “facultista”, para *ageist* “longevista” o “durativista”, y para *lookist* “aparentista” o “aspectista”. Otra cosa es que se juzgue legítimo. De hecho, bien pudiera ser que esas dificultades de traducción de los términos que percibe Haro-Tecglen no se refieran tanto a la complejidad que entraña hallar soluciones, que con un poco de ingenio y osadía verbal hasta un niño (o un niño mejor que nadie) compondría, como a los problemas éticos que, para este autor, suscita utilizar soluciones arriesgadas y creativas como las propuestas en la traducción.

En el capítulo anterior ya adelantábamos que el modelo de traducción imperante en nuestra mentalidad occidental establece no sólo una distinción jerárquica sino también expectativas contrapuestas entre los textos originales y las traducciones. Las reflexiones de Haro-Tecglen, en nuestra opinión, hasta cierto punto confirman la vigencia de este doble rasero que, en cierto modo, tradicionalmente ha obligado a los traductores a refugiarse, como de hecho suelen hacer todos los que socialmente se encuentran en una posición de inferioridad discursiva con el fin de legitimarse<sup>217</sup>, en la

---

<sup>217</sup> En este sentido, es interesante establecer una comparación entre el lenguaje utilizado por y esperado de las traducciones, las mujeres y los extranjeros. Como ha demostrado Pilar García Mouton a partir de sus investigaciones en el terreno de la dialectología, las mujeres suelen ser hablantes “conservadoras” y, si acaso, promotoras de cambios “hacia arriba”, hacia lo prestigiado socialmente (*Cómo hablan las mujeres*, Madrid, Arco Libros, 1999). En “Lenguaje de mujeres y corrección lingüística” (ponencia presentada en el Seminario “La corrección lingüística: lenguajes específicos y

norma prestigiada, en la corrección gramatical y léxica más purista y exquisita, en las opciones ratificadas, avaladas y sancionadas por la tradición, las instituciones (oficiales) reguladoras del idioma y las obras autorizadas de referencia. Cabe argüir que si Haro-Tecglen encuentra la traducción difícil se debe a que entiende que “traducirlos al castellano” en realidad es un apócope de “traducirlos a un buen castellano, a un castellano correcto”; un convencimiento cuya amplia vigencia diagnosticaba ya Antoine Berman cuando constataba que la traducción suele admitirse sólo si es normativa y si es entre lenguas cultas, *koinés*,<sup>218</sup> y Lawrence Venuti cuando confirma que la traducción suele elegir las formas de expresión dominantes y regulares, es decir, las propias de éstas que denomina *major languages*<sup>219</sup>. Dicho sea de paso, cabe argüir que también suscribían implícitamente este convencimiento todos los que negaban —en unas reescrituras paradójicas por cuanto, aunque fuera para rechazarlo, ya lo estaban traduciendo— que lo políticamente correcto pudiera trasladarse a nuestra cultura y menos aún a nuestra lengua, una tesis que tiene sentido si se restringe la lengua a lo que se cree que *es* o *debe ser* en determinado momento, pero que pierde consistencia si se sospecha que la lengua además de *norma* y *uso* es *posibilidad*, es decir, si se abre su definición hasta admitir también *todo lo que puede ser*. De todos modos, es importante darse cuenta de que, aun en los casos en que se dejaba abierta la viabilidad de traducir lo

---

jergales” que organizó la Fundación Duques de Soria y se celebró en Salamanca del 3 al 5 de abril de 2000), esta autora comentaba que “la mujer ha sido siempre más insegura desde el punto de vista lingüístico que el hombre, porque su papel social no ha tenido la misma definición” y que “desde siempre la mujer se ha visto presionada en mucha mayor medida que el hombre para que hable ‘bien’”. De hecho, en este trabajo demuestra la asimetría de los comportamientos lingüísticos esperados de los varones y de las mujeres, y la ilustra analizando la desigualdad visible en los consejos a propósito del uso de palabras gruesas y malsonantes que suministra un manual de buenas maneras recientemente publicado. Dichas expectativas limitan su legitimidad y su empleo en el caso de las mujeres—algo que también ocurre en el caso de los extranjeros. En cierta manera, los rasgos que suelen caracterizar el habla de las mujeres pueden extrapolarse para entender el que suele utilizar la traducción, que históricamente se ha visto feminizada: como las mujeres, la traducción también suele ser conservadora y purista, escrupulosa con la norma y recelosa de las expresiones que pudieran juzgarse como “impropias de su género” y suscitar la reprobación, entre otras cosas porque ha estado expuesta a un mayor recelo y control. Como les ocurre a los extranjeros, si bien a la traducción a menudo se le permite en lo ideológico lo que no se permitiría si se tratase de discurso autóctono —de ahí las pseudotraducciones (tal y como las define Toury)—, sin embargo se le reprocha que, en lo lingüístico, no se ajuste a las normas de corrección.

<sup>218</sup> Cf. Antoine Berman, “La traduction et la lettre ou l’auberge du lointain”, especialmente págs. 53 y 79.

<sup>219</sup> Cf. Lawrence Venuti, “Introduction” a *Translation & Minority*, págs. 136-137 y 142-143.

políticamente correcto, como hacía Haro-Tecglen, desde el momento en que se reclamaba esa ficción de la “lengua unitaria” que, según Bajtin, no existe aunque se postule como esencia con el fin de domar la heteroglosia y la pluralidad que en realidad caracterizan y definen al lenguaje<sup>220</sup>, las reescrituras de alguna manera trataban de condicionar las posibilidades de la traducción, y hasta cierto punto de limitarlas.

La corrección política, como ya explicamos en su momento, explota la capacidad de las lenguas para cuestionar su propia lógica, construye más lenguaje desconstruyendo el establecido, invita a expresar sorteando y dinamitando las formas convencionalizadas de expresión, proponiendo una norma alternativa que desde el punto de vista de la lengua regular es, precisamente, irregular, anormal y antirreglamentaria. Suponer que su traducción debe seguir los cauces normativos y trillados de la lengua meta, en cierto sentido, significa frenar su potencial subversivo, ponerle barreras y obligarla a renunciar a sus estrategias y a su filosofía. Se trata ahora de averiguar hasta qué punto las traducciones, y en concreto la traducción de esos cuentos políticamente correctos, confirmaron esas expectativas; unas expectativas que entroncan con la visión más extendida sobre qué significa y qué implica traducir, y con las normas dominantes que regulan qué es lícito e ilícito en la traducción. Se trata, en definitiva, de comprobar hasta qué punto la traducción es *correcta*, es decir, hasta qué punto sigue los modos vigentes del buen traducir, y hasta qué punto es *políticamente correcta*. Y es que bien pudiera ser que la corrección y la corrección política tengan estrategias e intereses enfrentados. Claro que quizás, antes de nada, no esté de más preguntarse hasta qué punto es políticamente correcta la obra original.

Los conocidos por el nombre de cuentos políticamente correctos son, efectivamente, una reescritura que reformula las versiones clásicas, canónicas, de los relatos infantiles más afamados y divulgados, y que a la vez las contesta. En realidad, toda reescritura, al inscribir una ideología en la obra u obras que toma como base,

---

<sup>220</sup> Cf. Mijail Bajtin, *art. cit.*, pág. 198.

destapa al tiempo la que subyace a éstas, o, al menos, por hacer un juego de palabras, que a éstas subyace una ideología. No hay que olvidar que los cuentos de hadas, en la versión tradicional que se ha transmitido e inculcado de generación en generación, han gozado del estatus de narraciones universales y, por añadidura, sus valores de una especie de inmunidad ideológica, del carácter de incuestionables. De ahí que no sea de extrañar que las diferentes teorías críticas que, en nuestro siglo, han tratado de desenterrar las bases epistemológicas, psicológicas o sociales que subyacen a las redes de significación, a las convenciones y los fenómenos culturales hayan mostrado un especial interés por este tipo de relatos, por entender que son paradigmáticamente reflejo y expresión de los códigos culturales ocultos que a menudo se asumen como naturales. En un excelente trabajo de Carolina Fernández, se repasan, en este sentido, las corrientes más importantes que han partido de estos cuentos para sacar a la luz esa base lógica —y por añadidura epistemológica e ideológica— que subyace a nuestra cultura, entre los que destacan, por ejemplo, los de las escuelas estructuralista, psicoanalítica, historicista y feminista<sup>221</sup>.

Tampoco es de extrañar, en este sentido, que los cuentos populares no sólo hayan atraído el interés de los enfoques que han tratado y tratan de explicar las estructuras, sistemas o instituciones que estos cuentos reflejan y a la par reproducen, perpetúan, sino también, con más razón, de los movimientos que, además de describirlos, se proponen subvertirlos. La propia subversión del relato a través de la reescritura es uno de los medios utilizados para éste propósito, y el feminismo, y más aún el feminismo post-estructuralista, quizá quien más haya explotado este potencial desestabilizador de la (re)creación; desestabilizador al menos en dos sentidos.

En primer lugar, es desestabilizador del sistema de valores y relaciones sociales que transmiten estos cuentos, cuya naturaleza ideal queda en entredicho, por ejemplo desde el momento en que las heroínas de esos relatos maravillosos dejan de ser mujeres sumisas, pasivas y abnegadas, y en tanto su “final feliz” no pasa necesariamente, como

---

<sup>221</sup> Cf. Carolina Fernández Rodríguez, *Las re/escrituras contemporáneas de Cenicienta*, Oviedo, KKR/Universidad de Oviedo, 1997, especialmente págs. 46-90.

en las versiones tradicionales suele ser el caso, por el matrimonio con el príncipe encantado y sistemáticamente encantador: así, por ejemplo, la Cenicienta cuyas aventuras relata Maeve Binchy es una mujer con pasión por el estudio y con gran vista para los negocios, que no acepta casarse con un príncipe disipado e irresponsable pero consigue salvar a la Corte de la ruina desde el puesto de administradora de palacio que le ofrece el rey<sup>222</sup>; por su parte el personaje que presenta Babette Cole en uno de sus relatos ilustrados no es la conocida Cenicienta sino un Ceniciento, un Prince Cinders “[that] was not much of a prince. He was small, spotty, scruffy and skinny”, que, si bien por equivocación el hada madrina convierte en un monstruo peludo, termina casándose con la princesita, Princess Lovelypenny, quien cree haber sido salvada del monstruo por Prince Cinders cuando a las doce éste recupera su aspecto normal<sup>223</sup>.

En segundo lugar, es destabilizador de los fundamentos y prácticas que habitualmente sigue la creación literaria. Estas reescrituras no son sólo feministas, sino fundamentalmente *femeninas*, posmodernas<sup>224</sup>, en tanto cuestionan y boicotean los

---

<sup>222</sup> Cf. Maeve Binchy, “Cinderella Re-examined”, en Maeve Binchy *et al.*, *Ride on Rapunzel. Fairytales for Feminists*, Dublín, Attic Press, 1992, págs. 5-15. Este volumen recoge las reescrituras de numerosos relatos maravillosos por parte de autoras de prestigio, que los pasan por la criba feminista.

<sup>223</sup> Cf. Babette Cole, *Prince Cinders*, Londres, Puffin Bookes, [1987] 1997. Babette Cole es la autora e ilustradora de una serie de breves cuentos, cuya originalidad reside en la desconstrucción del “guión” de los originales y sobre todo en la gracia y la calidad de los dibujos que acompañan a las escuetas frases que componen cada página. Entre ellos se encuentran *Winni Allfours*, *Princess Smartypants* y *The Bad Good Manners Book*.

<sup>224</sup> Como explica M. Carmen África Vidal Claramonte en *Hacia una patafísica de la esperanza. Reflexiones sobre la novela posmoderna* (Alicante, Universidad de Alicante, 1990), la posmodernidad ha tomado el concepto de lo femenino como estandarte de su filosofía y de sus prácticas, en el caso de la literatura, de las narrativas descentradas, fragmentarias, heteróclitas, hiper e intertextuales, transgenéricas y construidas sobre un código que no se concibe como el medio de la literatura, sino como su razón de ser, y que por tanto explota su autorreflexividad. Entre las obras que analizan esta relación entre posmodernismo y feminismo, véanse Linda Nicholson (ed.), *Feminism/Postmodernism*, Nueva York, Routledge, 1989; Susan J. Hekman, *Gender and Knowledge. Elements of a Postmodern Feminism*, Cambridge, Polity Press, [1990] 1995; Judith Butler, *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, Londres y Nueva York, Routledge, 1990; o M. Carmen África Vidal Claramonte y Teresa Gómez Reus (eds.), *Abanicos ex-céntricos. Ensayos sobre la mujer en la cultura posmoderna*, Alicante, Universidad de Alicante/ Anglo-American Studies, 1995.

Con todo, como indican las autoras y traductoras fundamentalmente canadienses ligadas a las conocidas como teorías feministas de la traducción, que han profundizado en la aplicación de este concepto de lo *femenino* a la literatura, la escritura *femenina* no es necesariamente *feminista* en cuanto a su ideología. Así, la traductora al inglés de Guillermo Cabrera Infante, Suzanne Jill Levine, asegura en “Translation as (Sub)version: On Translating Infante’s *Inferno*” (*Sub-stance*, vol. 42, 1983, págs. 85-94)

pilares básicos de una institución literaria que, según argumenta Patricia Smart, reside en la Casa del Padre<sup>225</sup>, es fundamentalmente patriarcal.

Smart sostiene que los modelos tradicionales de creación e interpretación literaria son patriarcales en tanto mantienen el bulo de que el texto es *un* texto autónomo, que emana y por tanto debe rescatarse atendiendo a los dictados de una subjetividad “fuerte” —fija, estable y centrada, es decir, masculina en definitiva (el autor como legítimo propietario de un Sentido último)—, y que también lo son los géneros literarios normalizados al predisponer convencionalmente a un modo de lectura unilateral y centrada, excluyente y jerárquica —la prosa como linealidad, la poesía como centralidad de la palabra, la novela como narración, el ensayo como teorización, etc. Cabe argüir que los cuentos de hadas tradicionales son patriarcales en una dimensión más, puesto que el sistema de valores que toman como base y los comportamientos que promueven como ideales para los diferentes sexos, si bien se han considerado tradicionalmente inofensivos y neutrales, se engranan claramente en la lógica propia de un mundo dominado por varones. Las reescrituras como las de Binchy y Cole —pero también las de Namjoshi<sup>226</sup>, Kavanagh<sup>227</sup>, las que se analizan en el libro de Zipes<sup>228</sup> e incluso las de las españolas Ortiz<sup>229</sup>, Suárez Solís<sup>230</sup> o Martín

---

que este autor es, por su modo de escribir y por su forma de entender el lenguaje y la literatura, paradigmáticamente femenino aun cuando sus obras rezumen un innegable machismo. Sobre la diferencia entre escritura *femenina*, *feminista* y *en femenino*, véanse especialmente Marisa Zavalloni (dir.), *L'Émergence d'une culture au féminin*, Montreal, Éditions Saint-Martin, 1987, especialmente la segunda parte, págs. 101-174; Claudine Potvin, Janice Williamson y Steven Tötösy de Zepetnek (eds.), *Women's Writing and the Literary Institution/L'Écriture au féminin et l'institution littéraire*, Alberta, Universidad de Alberta, 1992; y Barbara Godard (ed.), *Collaboration in the Feminine. Writings on Women and Culture from Tessera*, Toronto, Second Story Press, 1994.

<sup>225</sup> Cf. Patricia Smart, *op. cit.*, págs. 3-19.

<sup>226</sup> Cf. Suniti Namjoshi, *Feminist Fables*, Londres, Sheba Feminist Publishers, [1981] 1984.

<sup>227</sup> Cf. Linda Kavanagh *et al.*, *Rapuzel's Revenge*, Dublín, Attic Press, [1985] 1991.

<sup>228</sup> Jack Zipes (ed.), *Don't Bet on the Prince. Contemporary Feminist Fairy Tales in North America and England*, Aldershot, Gower, 1986.

<sup>229</sup> Lourdes Ortiz, *Los motivos de Circe*, Madrid, Ediciones del Dragón, 1988.

<sup>230</sup> Sara Suárez Solís, *¡Mujer, Mujer...! (Artículos, charlas y cuentos)*, Oviedo, Servicio Central de Publicaciones del Principado de Asturias, 1991.

Gaite<sup>231</sup>— no sólo dinamitan las expectativas de la *ideología patriarcal* en cuanto al carácter de los personajes, el desarrollo de los cuentos y los finales que proponen, sino que también vapulean las estructuras de un *sistema literario patriarcal*, al conculcar todas las reglas que velan por la salvaguarda de sus valores preciados, entre los que se encuentran los conceptos “fuertes” (masculinos) de Autoría, Texto, Género u Originalidad.

De este modo, la Originalidad de estas obras que emergen de la reescritura feminista de los cuentos tradicionales difícilmente remite a la idea tradicional de Creación autónoma, sino al *pastiche*, la copia, el simulacro, la parodia, la imitación burlona, el préstamo y el *remake*. Tampoco se inscriben fácilmente en un Género al uso, puesto que, aun cuando tomen como punto de partida los relatos infantiles, sus argumentos y sus convenciones, no se trata de literatura para niños, sino, al contrario, destinada fundamentalmente a un público adulto informado de los debates críticos de la posmodernidad. Por otra parte, estos Textos no son entidades cerradas y unidades autónomas, sino a lo sumo intertextos que no pueden entenderse sin las versiones tradicionales que, aun ocultas, el lector lee entre líneas para completarlos y construir su significación; metanarraciones forjadas a su vez sobre unos metarrelatos (en el sentido de Lyotard) que también constituyen el Texto, un texto híbrido compuesto a partes iguales por lo que dice, por lo que dice de diferente manera a lo que tantas veces se ha dicho y por lo que no dice ni quiere decir. Finalmente, el autor o la autora, por todo ello, no es el Creador que supuestamente parte de cero para construir un producto totalmente nuevo y genial, sino, en primer lugar, un usurpador de materiales ajenos, un destructor de significados asumidos, un *bricoleur* que con los escombros de su actividad desconstructivista gesta posteriormente una réplica, un clon irreverente y subversivo de esa realidad que otros escribieron como seres omniscientes para un lector universal y que ahora se reescriben desde una ideología y un punto de vista concretos

---

<sup>231</sup> Carmen Martín Gaité, *Caperucita en Manhattan*, Madrid, Siruela, 1990.

para demostrarle al lector que tampoco es objetiva y neutral la versión que tiene por inocente y natural.

Como las reescrituras feministas que hemos comentado, los cuentos de James Finn Garner tampoco son relatos rectilíneos, indivisos, lineales y autocontenidos, sino una intersección de discursos explícitos e implícitos, un entramado multidimensional e intertextual, un conjunto de planos narrativos superpuestos y, aún más, contrapuestos, que si acaso difiere de los de las feministas en la complejidad que adquiere todo este nudo de entrecruzamientos. Efectivamente, Garner no se contenta con reescribir los cuentos tradicionales pasándolos por el filtro de la corrección política, sino que además asienta esta reescritura en otra a la que, a su vez, se suma: la que aquí hemos denominado la reescritura conservadora de la corrección política. Y es que Garner no sólo parodia los cuentos tradicionales, sino asimismo la filosofía en nombre de la cual dice parodiarlos; los invalida para mostrar lo inválida que resulta su invalidación, aunque en este caso una doble negación no equivalga a una afirmación tajante de la base primigenia: ciertamente, la corrección política —una corrección política que en estos cuentos ve exacerbados sus rasgos y sus supuestos fundamentos hasta el punto de que deja de ser políticamente correcta— no sale bien parada de este ejercicio reescritor, pero tras su lectura tampoco es posible volver ya a las versiones tradicionales con la fe ciega de que en ellas se encuentra la “verdad”: cuando los enunciados se han estirado y repetido hasta el extremo y el exceso, sugiere Umberto Eco cuando afirma que hoy ya no es posible decir “te quiero” de manera inocente<sup>232</sup>, no hay modo de reclamar la originalidad, de pretender que algo no se ha dicho, ni de eliminar lo que se ha dicho ya. A la salida del juego de espejos refractarios en el que interna al lector Garner, se tiene la sensación de que nada corresponde a lo que parece ser: los cuentos tradicionales no son políticamente correctos, si bien, en rigor, tampoco los que él propone como políticamente correctos lo son, quizá porque sobrepasen lo PC.

---

<sup>232</sup> Cf. Umberto Eco, *Apostillas a El nombre de la rosa*, Barcelona, Lumen, [1983] 1987, págs. 74-75. Trad.: Ricardo Pochtar.



Si en términos generales Garner devana la corrección política hasta el límite, hasta una versión extremista y recalcitrante, también en el plano lingüístico lleva el autor hasta las últimas consecuencias los supuestos dictados y reglas de la gramática y la pragmática PC, que sigue al dedillo. En estas breves narraciones, los términos “absolutos” que transmiten juicios de valor adecuados a la mentalidad dominante (por ejemplo, “short” o “ugly”) se reemplazan por otros que recalquen el valor positivo de la diferencia; de ahí que triunfen los términos compuestos o modificados por las voces *different(ly)* o *alternative(ly)* (al estilo de “differently statured” y “differently visaged”) y, dicho sea de paso, en general las construcciones formadas por un adverbio más un adjetivo, al estilo de *politically correct* (“optically challenged”, “cerebrally undercapitalized”, “cosmetically attractive”). También destaca, por seguir con las reglas de formación de palabras más socorridas para este autor, la inmensa productividad del sufijo *-ism* (e *-ist*), con la que se acuñan los nombres de tendencias que, en muchos casos, se interpretan como discriminatorias —así, “sexism”, “racism”, “sizeism” o “phallocentrism”. Por supuesto, Garner trata de eludir las trampas del tan denostado sexismo lingüístico: busca términos y referencias inclusivos (“people”, “children”), evita las palabras femeninas depreciadas (incluso “girl” se ve sustituido por “young person”, “young woman” o “prowommon”) y los genéricos contruidos con formantes que remiten al campo semántico de lo varonil, o que simplemente lo evocan (como “mankind”, pero también “human”). Desecha, en todo momento, lo que transmita negatividad, sirviéndose en ocasiones de eufemismos, expresiones ambiguas, términos superordinados, trasnominaciones, metonimias y sinécdoques, giros perifrásticos y circunloquios creados a menudo a partir de bases grecolatinas; en otras, de la alteración silábica u ortográfica, de la metátesis intencional, del calambur, de la tergiversación y deformación de los términos, de significativos paréntesis, del guión. En algunos casos Garner recurre a los voquibles suministrados por los manuales y glosarios de lo políticamente correcto que le preceden; en otros, se convierte personalmente en un estratega del neologismo en nombre de lo PC. En cualquier caso, en estas narraciones no hay ninguna palabra, ya propia de Garner ya prestada, que no esté escrita a conciencia, con cautela y precaución, o con premeditación y alevosía. Todo es

intencional en esta reescritura en la que la expresión es tan o más importante que lo expresado, lo que por otra parte ilustra a la perfección la actitud contemporánea hacia el lenguaje, escéptica, cínica y suspicaz. Dicha actitud, y su comparación con un pasado más ingenuo y despreocupado respecto de las cuestiones lingüísticas, queda irónicamente de manifiesto en la Introducción al primero de los volúmenes de cuentos políticamente correctos, que reproducimos a continuación junto con la traducción al castellano publicada por Circe, a cargo de Gian Castelli Gair, en la que posteriormente nos detendremos:

#### INTRODUCTION

When they were first written, the stories on which the following tales are based certainly served their purpose—to entrench the patriarchy, to estrange people from their own natural impulses, to demonize ‘evil’ and to ‘reward’ an ‘objective’ ‘good’. However much we might like to, we cannot blame the Brothers Grimm for their insensitivity to womyn’s issues, minority cultures, and the environment. Likewise, in the self-righteous Copenhagen of Hans Christian Andersen, the inalienable rights of mermaids were hardly given a second thought.

Today, we have the opportunity—and the obligation—to rethink these ‘classic’ stories so they reflect more enlightened times. To that effort I submit this humble book. While its original title, *Fairy Stories for a Modern World*, was abandoned for obvious reasons (kudos to my editor for pointing out my heterosexualist bias), I think the collection stands on its own. This, however, is just a start. Certain stories, such as ‘The Duckling That Was Judged on Its Personal Merits and Not on Its Physical Appearance’, were deleted for space reasons. I expect I have volumes left in me, and I hope this book sparks the righteous imaginations of other writers and, of course, leaves an indelible mark on our children.

If, through omission or commission, I have inadvertently displayed any sexist, racist,

#### INTRODUCCIÓN

No cabe duda de que, cuando fueron originalmente escritos, los cuentos en los que se basan las siguientes historias cumplían con una función determinada, consistente en afianzar el patriarcado, distraer a las personas de sus impulsos naturales, “demonizar” el “mal” y “recompensar” el “bien” “objetivo”. Por más que lo deseemos, no es justo culpar a los Hermanos Grimm de su insensibilidad ante los problemas de la mujer, de las culturas minoritarias y el entorno natural. Del mismo modo, debemos comprender que en la farisaica Copenhague de Hans Christian Andersen apenas cabía esperar simpatía alguna por los derechos inalienables de toda sirena.

Hoy en día, tenemos la oportunidad—y la obligación— de replantearnos estos cuentos “clásicos” de tal modo que reflejen la ilustración de la época en que vivimos, y tal ha sido mi propósito al redactar esta humilde obra. Si bien su título original —Cuentos de Hadas de la Era Moderna<sup>34</sup> fue inmediatamente descartado por razones obvias (loor a mis editores por haber sabido señalar lo tendencioso de mis perspectivas heterosexuales), creo que se trata de una colección única en su género. Sin embargo, no es más que el comienzo: ciertos cuentos, tales como “El patito que logró verse juzgado por sus propios méritos y no por su aspecto personal”, se han visto eliminados por motivos de espacio. Mi deseo sería completar aún varios volúmenes, y confío en que este libro despierte una imaginación progresivamente justa en otros escritores y, por supuesto, deposite una semilla indeleble en nuestros hijos.

Deseo disculparme de antemano y animar al lector a presentar cualquier sugerencia encaminada a rectificar

culturalist, nationalist, regionalist, ageist, lookist, ableist, sizeist, speciesist, intellectualist, socioeconomicist, ethnocentrist, phallocentrist, heteropatriarchalist, or other type of bias as yet unnamed, I apologize and encourage your suggestions for rectification. In the quest to develop meaningful literature that it [sic] totally free from bias and purged from the influences of its flawed cultural past, I doubtless have made some mistakes.<sup>233</sup>

posibles muestras —ya debidas a error u omisión— de actitudes inadvertidamente sexistas, racistas, culturalistas, nacionalistas, regionalistas, intelectualistas, socioeconomistas, etnocéntricas, falocéntricas, heteropatriarcales, o discriminatorias por cuestiones de edad, aspecto, capacidad física, tamaño, especie u otras no mencionadas, ya que no me cabe duda de que mi intento por desarrollar una literatura significativa y desprovista de cualquier posible arbitrariedad y de la influencia de las imperfecciones del pasado ha de hallarse necesariamente sujeto a errores.<sup>234</sup>

En el Prefacio de la traductora a *The Aerial Letter*, de Nicole Brossard —una de las escritoras paradigmáticas de la escritura en femenino que se desarrolla en los círculos feministas canadienses—, Marlene Wildeman exponía los interrogantes éticos que había debido responder antes de iniciar la traducción. Fundamentalmente, decía, había tenido que sopesar a quién ser fiel, si a las palabras de la autora o a la que para ella constituía la esencia de la obra, a saber, que se trataba de un libro que daba libertad (y visibilidad, cabe añadir) a las mujeres<sup>235</sup> —opción esta última por la que se decantó. En la misma línea, en un artículo a propósito de su traducción de *L'Euguélonne* de la autora también canadiense Louky Bersianik, en la que el trasfondo de la ficción es la crítica del sexismo que destila la lengua en la que originalmente fue escrita, el francés, Howard Scott comentaba que, a diferencia de las traducciones anteriores, la suya no se limitaba a retransmitir los problemas que se detectaban en la lengua francesa con explicaciones para el lector inglés, sino que (re)construía una crítica paralela totalmente centrada en la lengua de destino; es decir, la (re)planteaba, la trasplantaba a su nuevo contexto. Cuando el argumento es el lenguaje, sugería el título de su artículo, se trata de

<sup>233</sup> James Finn Garner, *Politically Correct Bedtime Stories*, págs. ix-x.

<sup>234</sup> James Finn Garner, *Cuentos infantiles políticamente correctos*, Barcelona, Circe, [1995] 1996, págs. 8-11. Trad.: Gian Castelli Gair. El subrayado es nuestro.

<sup>235</sup> Cf. Marlene Wildeman, “Translator’s Introduction”, a Nicole Brossard, *The Aerial Letter*, Toronto, The Women’s Press, 1988, pág. 29.

traducir el *debate*.<sup>236</sup> Si hemos traído a colación estas reflexiones se debe a que, en último extremo, contienen las preguntas que ineludiblemente asaltan a todo el que, de un modo u otro, aborda la traducción de la obra de Garner, en la que el lenguaje —unido a las relaciones de poder que mantienen las voces que lo utilizan— es asimismo el principal protagonista; unas preguntas que sin duda se ha hecho Gian Castelli Gair, pero también Daniel Depland y Francisco Agarez (traductores al francés y al portugués, respectivamente), cuyas soluciones hemos contrastado con las de Castelli Gair, y nosotros en calidad de observadores de todas esas traducciones en general y fundamentalmente de la versión castellana. Las respuestas nos ayudarán a determinar, además del modo en que ésta se realiza, las normas traductoras en las que se enmarca, las opciones que toma y en detrimento de cuáles las adopta, *las implicaciones que generan sus decisiones*. Y es que con Lefevere convenimos que poco sentido tiene detenerse en enjuiciar si las palabras se han traducido adecuadamente y si son fieles al original. Más interesante, sin duda, es tratar de averiguar por qué se traduce así, qué ideología y qué poética informan al traductor en su proceder, por qué fuerzas culturales se deja seducir. “Translated texts as such”, dice Lefevere, “can teach us much about the interaction of cultures and the manipulation of texts”<sup>237</sup>.

Según se comprueba en la “Introducción” que anteriormente citábamos, a modo de valoración general puede decirse que la versión castellana se pliega a las palabras del original y a la vez a las de la lengua de llegada —un veredicto que, aunque lo parezca, no es contradictorio. En efecto, Gian Castelli Gair se subordina escrupulosamente a los términos y la estructura del original, y sigue de una manera prácticamente literal su orden, al menos en comparación con la versión francesa, que, como hará a lo largo de la obra, adapta en estas primeras páginas el texto a las convenciones del género que rigen en la cultura de llegada; de ahí, por ejemplo, el uso constante en la versión de Daniel Depland de interrogaciones retóricas que realzan la primigenia concepción de los

---

<sup>236</sup> Cf. Howard Scott, “When the Subject is Language: Translating the Debate on Sexism in Language”, *Circuit*, otoño de 1998, págs. 15-16.

<sup>237</sup> André Lefevere, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, pág. 51.

cuentos como literatura para ser leída en alto, para su presentación oral. Así se comprueba en el párrafo con el que se inicia el libro:

A l'origine, les histoires qui servent de base aux contes suivants ont, sans aucun doute, rempli leur rôle. N'ont-elles pas, après tout, consolidé le système patriarcal? Détourné les gens de leurs tendances naturelles? Ou encore diabolisé "le mal" pour mieux récompenser "le bien" en toute "objectivité"?<sup>238</sup>

A diferencia de la edición francesa, que no duda en separarse de la redacción y las estructuras originales para acrecentar la legibilidad del texto, para lograr que ésta se reciba como si de una obra originalmente escrita en francés se tratase, la versión castellana rinde un mayor tributo a cada una de las palabras del texto, lo que al menos se plasma en dos resultados.

En primer lugar, parece que la concentración del traductor en el nivel de las palabras inclina la balanza a favor de las equivalencias genéricas y, en cierto modo, automáticas, en detrimento de posibles correspondencias "parciales" pero ajustadas al contexto, estratégicas y circunstanciales. Dice Garner en el segundo párrafo que hoy tenemos la oportunidad "to rethink these 'classic' stories so they reflect more enlightened times", en cuya traducción Castelli Gair habla de "cuentos 'clásicos'" y de "la ilustración de la época en que vivimos". Ciertamente, "classic" de un modo descontextualizado equivale a "clásico", y "enlightened" (o *enlightment*) suele asociarse automáticamente a la "ilustración" (y concretamente a la Época de las Luces). Sin embargo, y confirmando la aserción de que nada en la obra carece de un carácter intencional, se da también la circunstancia de que ambas son dos palabras-testigo íntimamente relacionadas con la corrección política. *Classic* no es sólo lo que perdura en el tiempo, lo que adquiere un carácter ancestral, sino lo que se adecua a unos criterios de perfección concretos y los perpetúa. Se diría que es precisamente esta estela normativa implícita en el vocablo inglés la que cuestiona Garner cuando emplea las comillas: cabe argüir que, más que dudar que los cuentos sean "clásicos", Garner pone en tela de juicio que sean "modélicos", "ejemplares". Por eso se propone reescribirlos,

---

<sup>238</sup> James Finn Garner, *Politiquement correct. Contes d'autrefois pour lecteurs d'aujourd'hui*, París, Grasset & Fasquelle, 1995, pág. 11. Trad.: Daniel Depland.

para adecuarlos a nuestra época, a nuestros “more enlightened times”. En cuanto a este participio adjetivado, incluso el diccionario Webster recoge, además de la asociación obligada con el movimiento del siglo XVIII, las acepciones siguientes: “freed from ignorance and misinformation”; “based on full comprehension of the problems involved”. Precisamente esta base semántica ha propiciado que este vocablo se haya convertido en uno de los comodines léxicos con el que identificar la corrección política; de hecho, suele intercambiarse con “culturally sensitive” e incluso con “politically correct”. En realidad, no es coincidencia ni capricho que Garner titule la segunda entrega de cuentos políticamente correctos *Once Upon More Enlightened Time. More Politically Correct Bedtime Stories*<sup>239</sup>. La “ilustración” de nuestra época a la que se refiere Garner enlaza, concretamente, con una mayor conciencia social y cultural, si bien ni en este caso ni en otros similares que aparecen a lo largo de la obra cubre Castelli Gair para el lector español los conocimientos presupositivos con los que sí cuenta el anglohablante, ni le facilita la tarea a la hora de realizar las necesarias inferencias que le permitan reconstruir la red de asociaciones de la corrección política. La traducción de Circe en términos generales dice todo lo que el original dice, pero no añade nada que éste no diga porque se sobreentienda. La literalidad que adopta como estrategia traductora se salda con la traducción de las palabras, pero no del significado de los silencios, lo cual está más cercano a una visión de la traducción como transmisión que como mediación y en cierta medida revela la primacía, en terminología de Mercedes Tricás, de la mera *comprensión* —“la aproximación al contenido de cada unidad frástica, en el interior del marco microtextual”— en detrimento de un *proceso de interpretación* que además incorpore “la dilucidación del contenido pragmático del conjunto macrotextual”.<sup>240</sup>

---

<sup>239</sup> Cf. James Finn Garner, *Once Upon a More Enlightened Time. More Politically Correct Bedtime Stories*, ya citado. Por cierto, la traducción al castellano, también a cargo de Castelli Gair, simplemente se titulaba *MÁS cuentos infantiles políticamente correctos* (Barcelona, Circe, 1996).

<sup>240</sup> Mercedes Tricás Preckler, “Argumentación y sentido”, en Amparo Hurtado Albir (ed.), *Estudis sobre la traducció*, Castellón, Publicacions de la Universitat Jaume I, 1994, pág. 155.

En este sentido, en segundo lugar, parece que el tributo prácticamente individualizado que rinde Castelli Gair a cada uno de los vocablos relega a un segundo plano la lógica al servicio de la que se usan y de los intereses de la voz que se apropia de ellos y los pronuncia. Se diría que Castelli Gair se centra en lo que las palabras significan más que en quién y por qué las hace significar. Por ilustrarlo con un ejemplo, en el segundo párrafo, a continuación de la reflexión sobre la necesidad de ajustar los relatos tradicionales (y su lenguaje) a los nuevos tiempos, Garner reconoce, iniciando así una irónica *captatio benevolentiae*, que, de no haberse subsanado a tiempo, también su trabajo podría haber sido objetable. Así, admite haber propuesto como título provisional de su obra *Fairy Stories for a Modern World*, en el que Garner juega con la doble interpretación a la que se presta el vocablo *fairy*. Según el Webster, *fairy* se asocia a “a mythical being of folklore and romance [...] usually having diminute human form and magic powers”, es decir, a las hadas y los duendes propios de los relatos maravillosos y de las fábulas. Así lo interpreta el traductor, quien propone, para este primer título, *Cuentos de Hadas de la Era Moderna*, respetando además el sistema de utilización de mayúsculas de la lengua inglesa. No obstante, *fairy* es también un término peyorativo para designar despectivamente a los varones homosexuales, acepción en la cual se basa Garner para asumir a continuación la ofensa velada que contiene el título contra el colectivo masculino *gay*. No en vano, Garner alerta sobre su “heterosexualist bias”, un término neológico para referir la inclinación a tomar la heterosexualidad como la norma, como la conducta intachable, y a juzgar la homosexualidad como una variante desviada, censurable e inferior a dicha norma. En este sentido, Garner se apropia de una estrategia discursiva propia del colectivo del cual, en realidad, se mofa: Eric Keenaghan habla de la “encriptación” como una práctica propia de la poética que a menudo desarrollan los escritores homosexuales, por la cual su identidad sexual se hace visible en el texto pero de un modo ambiguo, a saber, a través de palabras aparentemente neutras que en determinados contextos se asocian a su opción sexual<sup>241</sup>.

---

<sup>241</sup> Cf. Eric Keenaghan, “Jack Spicer’s Pricks and Cocksuckers. Translating Homosexuality into Visibility”, en Lawrence Venuti (ed.), *Translation & Minority*, pág. 276.

Gian Castelli Gair traduce cada uno de los términos de una manera que, atendiendo a la distinción que hacía Lefevere<sup>242</sup>, sería más propia de un traductor “fiel” que “inspirado”, o, por decirlo con Venuti, de un modo que se limita a apelar a las acepciones dominantes y normalizadas de los vocablos sin liberar lo que este autor denomina “the remainder”, ese superávit de significación de que están cargadas las palabras, que no suele aparecer declarado en los diccionarios y que corresponde a su valor social<sup>243</sup>. De hecho, el traductor neutraliza y convierte en una forma semántica más “aceptable” la especificidad de este constructo verbal homosexual —la estrategia, según señala Myriam Díaz-Diocaretz en su estudio traductológico dedicado a la poetisa lesbiana Adrienne Rich, “torcida” o “desviada” (*aberrant*) que suele caracterizar las traducciones del discurso de aquéllos a los que históricamente se les ha tenido por tales<sup>244</sup>. La técnica de la “encriptación” que Garner coopta (en el sentido que da Pratt al término<sup>245</sup>) a los colectivos homosexuales también podría haberse empleado en español, con la utilización de términos que la sociedad española (aunque no necesariamente sus

---

<sup>242</sup> Recuérdese la distinción que hace André Lefevere entre los arquetipos del “faithful translator” y del “spirited translator” (*Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, págs. 49-51).

<sup>243</sup> Cf. Lawrence Venuti, *The Scandals of Translation. Towards an Ethics of Difference*, pág. 10 y 22.

<sup>244</sup> Cf. Myriam Díaz-Diocaretz, *Translating Poetic Discourse. Questions on Feminist Strategies in Adrienne Rich*, Amsterdam/Filadelfia, John Benjamins, 1985, pág. 3. Con esta opinión también coincide el anteriormente citado Keenaghan, quien, tras analizar las traducciones poéticas tradicionales de un autor homosexual como Lorca, llega a la conclusión de que las traducciones suelen ocultar los rasgos que ponen de manifiesto la identidad sexual del poeta. Keith Harvey (“Translating Camp Talk. Gay Identities and Cultural Transfer”, en Lawrence Venuti [ed.], *Translation & Minority*, págs. 295-320) también constata la minimización de los valores asociados a la comunidad *gay* en las traducciones de las obras que utilizan ese lenguaje asociado a la comunidad homosexual que se ha dado en llamar *camp*. El menor o mayor esfuerzo por recrear en la traducción un tipo de lenguaje que pone de manifiesto esta identidad sexual, dice Harvey, depende de factores culturales e incluso autobiográficos, propios del traductor. Así, entre ellos destaca la existencia, la naturaleza y la visibilidad de identidades y comunidades homólogas a las que se asocia el texto original en la cultura de llegada; la existencia o ausencia de un cuerpo de literatura *gay* en dicha cultura; la voluntad deliberada de poner la traducción al servicio de los objetivos de la comunidad *gay*; la identidad sexual del traductor y su relación con un grupo subcultural *gay*, con su identidad, sus códigos y su proyecto social (*Ibid.*, pág. 296). La traducción del epíteto que utiliza Díaz-Diocaretz está inspirada en la obra de Ricardo Llamas *Teoría torcida: prejuicios y discursos en torno a la “homosexualidad”*, Madrid, Siglo XXI, 1998.

<sup>245</sup> Cf. Mary Louise Pratt, *art. cit.*, pág. 70.



diccionarios) asocia con los colectivos homosexuales. Sin duda, un lector español reaccionaría ante un título como “El guirigay de las fábulas”, pero también ante unos “Cuentos de príncipes, princesas, reyes y reinonas para *entender* en los tiempos modernos”, ante unas “Fábulas *desplumadas* de sus valores tradicionales”, ante “Los cuentos de siempre *invertidos*” o ante “Los cuentos tradicionales a las *locas*”. “Reina”, “reinona”, “entender”, “invertido”, “loca” o “pluma” son sólo algunos de los vocablos que codifican una referencia al mundo homosexual<sup>246</sup>, y que podrían servir de base para la reelaboración de un juego de palabras como el que hace Garner. No obstante, Castelli Gair, en lugar de *recrear* dicho juego de palabras, el debate —que diría Howard Scott—, prefiere *plegarse* a las palabras, a cada una de las que emplea Garner, aunque para ello relegue las relaciones que éstas guardan entre sí y con los integrantes del contexto social en el que Garner escribe.

En lo que se refiere al respeto por las palabras y la redacción del texto meta, la versión de Castelli Gair se parece a la portuguesa a cargo de Francisco Agarez, que también sigue muy de cerca el texto inglés. En realidad, esta última en ciertos aspectos se pega aún más a las estructuras originales. No en vano, el castellano se permite ciertas

---

<sup>246</sup> Debemos recalcar que estos términos no deben entenderse necesariamente de manera depreciativa. De hecho, como señala Deborah Cameron, los colectivos sociales que tradicionalmente han sufrido una marginación histórica a menudo “reclaman” los vocablos con los que se les ha estigmatizado como estandarte de su autoafirmación. Así ha ocurrido, como informa esta autora (*Feminism & Linguistic Theory*, pág. 110), en el contexto angloparlante con los términos *dyke* (una palabra tradicionalmente peyorativa para referirse a las lesbianas), con *spinster* (un vocablo también tradicionalmente despectivo para referirse a las mujeres solteras), con *slut* (con que tradicionalmente se ha vilipendiado la promiscuidad femenina) e incluso con el vocablo *gay*, que de ser una palabra ofensiva para el colectivo homosexual masculino ha pasado a ser la denominación sobre la que ha asentado sus reivindicaciones y el emblema de una cierta militancia (sobre la distinción entre “homosexual” y “gay”, véase Pedro Zerolo, “Visibilidad e igualdad”, *El País*, 29 de junio de 2000, pág. 36). En el contexto del español, también se observa una “recuperación” por parte de los homosexuales de los términos que históricamente les han marginado, como puede comprobarse en la obra *Para entendernos: diccionario de cultura homosexual, gay y lesbica*, de Alberto Mira Nouselles (Barcelona, Ediciones de la Tempestad, 1999), que se sitúa en la misma línea de otras obras similares existentes en el contexto anglosajón: William Stewart y Emily Hamer, *Cassell’s Queer Companion: A Dictionary of Lesbian and Gay Life and Culture*, Londres y Nueva York, Cassell, 1995; o la más polémica y humorística de Jeff Fessler y Karen Rauch, *When Drag is Not a Car Race: An Irreverent Dictionary of over 400 Gay and Lesbian Words and Phrases*, Nueva York, Simon & Schuster, 1997. Una obra clásica que se basa en esa estrategia de “recuperación” para afirmar la identidad homosexual por medio del lenguaje es la de Monique Wittig y Sande Zeig, *Borrador para un diccionario de las amantes* (Barcelona, Lumen, 1981), traducida del francés al español por Cristina Peri Rossi.

libertades en el fondo también estructurales, como la explicitación (que paradójicamente lleva implícita una restricción) del guión que, en el primer párrafo, introduce la enumeración de los fines perseguidos por los cuentos tradicionales. La versión portuguesa mantiene esta estructura textual intacta:

Quando foram originalmente escritas, as histórias em que se baseiam os contos que se seguem serviram por certo o propósito com que foram criadas — consolidar a sociedade patriarcal e divorciar as pessoas dos seus impulsos naturais, castigar o “mal” e recompensar um “bem” objetivo.<sup>247</sup>

La versión castellana, sin embargo, prefiere introducir una cláusula encabezada por la fórmula “consistente en”, que se halla más inscrita en nuestras formas de expresión que el uso de los guiones, que sólo recientemente se han impuesto quizá por influencia del inglés. En realidad, este pequeño detalle nos sitúa tras la pista de una tendencia que caracteriza a la traducción castellana: el respeto de las formas y las fórmulas lingüísticas heredadas. Y quien dice *formas* y *fórmulas* dice también *fórmulas de formación*, en concreto *fórmulas de formación de palabras*, algo que queda patente en el listado de propensiones discriminatorias a las que ha podido haber sucumbido el autor, en el que la creatividad se relega a favor de los vocablos estandarizados y normalizados. La traducción al español de toda la retahíla de *isms* que figura en el tercer párrafo del original, como si hubiera leído los pensamientos de Haro-Tecglen, recurre a un castellano irreprochable: descarta la “ismización” *ad hoc* de los términos que por otra parte hace Garner (recordemos que no todos los *isms* que enumera están normalizados en inglés; muchos de ellos están acuñados para la ocasión), rescata en los casos en que es posible los términos equivalentes convenientemente formados según las reglas de nuestro idioma —así por ejemplo “falocéntricas” y “heteropatriarcales” en lugar de “falocentristas” y “heteropatriarcalistas”—, y recurre después a la perífrasis para referirse a otras tendencias discriminatorias que el español no ha catalogado todavía, en lugar de acuñar nuevos vocablos. En esto se diferencia de las versiones francesa y portuguesa, que no tienen inconvenientes en inventar una serie de *ismos* de

---

<sup>247</sup> James Finn Garner, *Histórias tradicionais politicamente correctas. Contos de sempre nos tempos modernos*, Lisboa, Gradiva, 1999 (2ª edición), pág. 9. Trad.: Francisco Agarez.

los que hasta entonces carecía su idioma, en explotar la flexibilidad y el potencial creativo de la lengua:

Si, par omission ou compulsion, j'ai, malgré moi, fait étalage d'un quelconque travers sexiste, raciste, culturocentriste, nationaliste, régionaliste, vieillardiste, aspectéiste, capacitéiste, mesuriste, espéciste, intellectualiste, socio-économiquiste, ethnocentriste, phallocentriste, hétéropatriarcaliste, ou de tout autre type de préjugé non encore repertorié, je vous prie de m'en excuser.<sup>248</sup>

Se acaso, por missão ou omissão, dei involuntariamente mostras de qualquer preconceito sexista, racista, culturalista, nacionalista, regionalista, etarista, aparentista, capacitista, dimensionista, especista, intelectualista, socioeconomicista, etnocentrista, falocentrista, heteropatriarcalista, ou de qualquer outro tipo, aqui peço desculpa e convido o leitor a sugerir a competente rectificação.<sup>249</sup>

La versión castellana, al contrario, repele los términos que no están asentados en el idioma o que no están contruidos conforme a sus reglas de derivación. De hecho, a lo largo de la obra Castelli Gair en ocasiones renuncia a ciertos *ismos* no normalizados, que intercambia por otros que no resultan estridentes desde el punto de vista lingüístico. Su “significado” se supedita a la corrección formal. Por ejemplo, en el cuento de “Caperucita Roja”, ésta le recrimina al leñador que trate de mediar en el conflicto que en un momento determinado la enfrenta al lobo en estos términos:

‘Bursting in here like a Neanderthal, trusting your weapon to do your thinking for you!’ she exclaimed. ‘Sexist! Speciesist! How dare you assume that womyn and wolves can’t solve their own problems without a man’s help!’<sup>250</sup>

Castelli Gair traduce de la siguiente manera:

- ¡Se cree acaso que puede irrumpir aquí como un Neandertalense cualquiera y delegar su capacidad de reflexión en el arma que lleva consigo! –prosiguió Caperucita-. ¡Sexista! ¡Racista! ¿Cómo se atreve a dar por hecho que las mujeres y los lobos no son capaces de resolver sus propias diferencias sin la ayuda de un hombre?<sup>251</sup>

---

<sup>248</sup> James Finn Garner, *Politiquement correct. Contes d'autrefois pour lecteurs d'aujourd'hui*, pág. 12-13.

<sup>249</sup> James Finn Garner, *Histórias tradicionais politicamente correctas. Contos de sempre nos tempos modernos*, pág. 10.

<sup>250</sup> James Finn Garner, *Politically Correct Bedtime Stories*, pág. 4.

<sup>251</sup> James Finn Garner, *Cuentos infantiles políticamente correctos*, pág. 19.

En la misma línea, en el cuento de Rapunzel, Garner censura el “aparentismo” (*lookism*) del príncipe, y explica en el curso de la narración el significado de dicha expresión. Castelli Gair no varía un ápice la explicación; sin embargo, sustituye el término que le da origen, quizá por considerar que no es conveniente ni relevante salpicar la traducción con un vocabulario objetable por no encontrarse registrado en las arcas oficiales del idioma:

Cuando el príncipe vio a Rapunzel, el atractivo físico de ésta –muy superior a la media— y sus cabellos largos y abundantes le llevaron a presumir (de un modo típicamente sexista) que su personalidad sería igualmente atrayente. (No pretendemos, con ello, sugerir que todos los príncipes juzguen a las personas únicamente por su aspecto, ni negarle a éste en particular su derecho a realizar tales presunciones. Remítase el lector a otras aclaraciones expresadas en párrafos anteriores.)<sup>252</sup>

En fin, quizás en virtud de ese elevado grado de prescriptivismo lingüístico que detecta Franco Aixelá en nuestra cultura y del peso simbólico que, para los profesionales de la lengua, tienen las normas y el proceder de las instituciones que velan por *limpiar, fijar y dar esplendor* a nuestro idioma<sup>253</sup>, la traducción castellana busca la conformidad con lo establecido, a expensas de la innovación. Al ser ésta la base definitiva de la corrección política, puede concluirse que en esta traducción se ve minada.

Ciertamente, en ocasiones puede imputarse al anisomorfismo de las lenguas y de las culturas en las que se engranan el arrinconamiento de ciertas pinceladas que de manera paradigmática se asocian con lo políticamente correcto y que Garner emplea a modo de recordatorios para inscribir su reescritura en esta modalidad discursiva. Recordemos que las representaciones literarias de determinadas variedades (sean dialectológicas, sociales o jergales) no suelen reproducirlas de manera totalmente fidedigna, sino que, a diferencia de los dialectólogos o los sociolingüistas, los escritores *crean, inventan, producen* un sistema de transmisión que, a través de una serie de señales, indicios o indicadores lingüísticos que remiten a sus rasgos característicos,

---

<sup>252</sup> *Ibid.*, pág. 60.

<sup>253</sup> Cf. Javier Franco Aixelá, *art. cit.*, págs. 65-66.

hacen que el lector identifique el texto con determinada variedad no estándar<sup>254</sup>. En este sentido, el lenguaje políticamente correcto que recrea Garner tampoco es real: es un “lenguaje cursivo” que persigue transferir “los efectos de realidad” barthesianos, crear un código que transmita de manera impresionista una determinada identidad<sup>255</sup>. El anisomorfismo de las lenguas dificulta que la traducción de estas variedades se limite a ser una sustitución de “marcador por marcador”<sup>256</sup>. Por ejemplo, mientras que Garner se ve impelido a utilizar una grafía chocante como *womyn* para evitar la terminación supuestamente androcéntrica y políticamente incorrecta de la palabra a la que sustituye (*woman*), en castellano no hay razón para reemplazar el vocablo “mujer”, perfectamente en línea con lo PC y, de hecho, reivindicado por los colectivos feministas.

En todo caso, Castelli Gair no aprovecha las oportunidades que le brinda precisamente ese anisomorfismo de las lenguas para compensar las ocasiones en que se difuminan las marcas de la “corrección política” en otros lugares que podrían prestarse a ello, para explotar sus posibilidades en nuestro idioma, para (re)inventar su polémica, para transplantar el debate o, por decirlo con Mayoral, para “reflejar la atmósfera global del texto original que caracteriza a los personajes y situaciones *con los medios propios de la lengua a la que se traduce*”, modulando, como aconseja este autor, “la perspectiva, frecuencia y localización de los marcadores”<sup>257</sup>. Así lo muestra, por ejemplo, el hecho de que en todo momento persista en el uso del masculino genérico. A título ilustrativo, baste comprobar que las referencias neutras u omnicomprensivas desde el punto de vista del género que contiene en el texto original la Introducción (“my

---

<sup>254</sup> Véanse, en este sentido, las reflexiones sobre los “dialectos literarios” que presenta Fernando Toda Iglesia en “Diacronía, variedad lingüística y traducción”, en Purificación Fernández Nistal (coord.), *Estudios de Traducción. Primer curso superior de traducción: inglés/español*, Valladolid, Instituto de Ciencias de la Educación/ Universidad de Valladolid, 1992, especialmente págs. 41-42.

<sup>255</sup> Sobre esta cuestión, véase Ovidi Carbonell i Cortés, *Traducción y Cultura. De la ideología al texto*, pág. 98; Lawrence Venuti, *The Scandals of Translation. Towards an Ethics of Difference*, pág. 144.

<sup>256</sup> Utilizamos una expresión de Roberto Mayoral Asensio, *La traducción de la variedad lingüística*, Uertere, Monográficos de la revista *Hermeneus*, n.º.1, 1999, pág. 86, no sin antes advertir que este autor se opone a esa estrategia de traducción para la transmisión de las variedades lingüísticas.

<sup>257</sup> *Id.* La cursiva es nuestra.

editor”, “other writers” y “our children”) dan lugar a sustantivos masculinos en la versión castellana; Castelli Gair, en efecto, utiliza los sintagmas “mis editores”, “otros escritores” y “nuestros hijos”, y en ningún momento recurre, por ejemplo, a nombres colectivos sin marca de género o a la técnica del desdoblamiento.

Es más, a lo largo de la obra, las referencias masculinas se imponen en la traducción castellana incluso cuando el original insta a desafiar su primacía. Así, mientras el leñador del cuento de Caperucita recibe en la narración de Garner las denominaciones neutras de “woodcutterperson (or log-fuel technician [...])”<sup>258</sup>, en la castellana toma una designación rotundamente masculina: “operario de la industria maderera (o técnico en combustibles vegetales [...])”<sup>259</sup>. De la misma manera, mientras el personaje que sustituye a la tradicional hada madrina de Cenicienta se presenta como un ser neutro, “fairy godperson, or individual diety proxy, if you prefer”<sup>260</sup>, en castellano se masculiniza: “el responsable de tu padrinazgo en el reino de las hadas o, si lo prefieres, tu representante sobrenatural privado”<sup>261</sup>.

Ciertamente, las versiones francesa y portuguesa tampoco toman siempre medidas lingüísticas que podríamos denominar “de discriminación positiva” a la hora de determinar el género de las referencias que son neutras en inglés. Los editores y los escritores a los que alude Garner en la Introducción, por ejemplo, se consignan en ellas asimismo en masculino. Cabe destacar, no obstante, que la traducción para el sintagma “our children” que se encuentra en ese mismo párrafo en ambos casos coincide, deliberada o azarosamente, con vocablos omnigenéricos —“nos enfants”, “nossas crianças”. En cualquier caso, la atención que recibe la cuestión del género en las traducciones portuguesa y francesa es ligeramente mayor que la que se le presta en la castellana. La versión portuguesa, en concreto, parece hacer en ocasiones un esfuerzo

---

<sup>258</sup> James Finn Garner, *Politically Correct Bedtime Stories*, pág. 4.

<sup>259</sup> James Finn Garner, *Cuentos infantiles políticamente correctos*, pág. 18.

<sup>260</sup> James Finn Garner, *Politically Correct Bedtime Stories*, pág. 32.

<sup>261</sup> James Finn Garner, *Cuentos infantiles políticamente correctos*, pág. 69.

explícito e innovador desde el punto de vista lingüístico por mostrar la intención de Garner de hurtarse al uso del lenguaje sexista, como se comprueba cotejando las versiones del siguiente fragmento extraído del cuento “El traje nuevo del emperador”:

Word had spread about the emperor’s new clothes that only enlightened people with healthy lifestyles could see, and everyone was determined to be more right-minded than his or her neighbour.<sup>262</sup>

Tinha corrido a notícia da roupa nova do rei —que só peçoas esclarecidas, praticantes de estilos de vida saudáveis, seriam capazes de ver — e toda a gente estava decidida a demonstrar maior rectidão de espírito do que o(a) vizinho(a).<sup>263</sup>

La edición francesa salva parte de estos problemas gracias a su distanciamiento del original:

La nouvelle que seuls les gens éclairés, aux modes de vie sains, seraient en mesure de voir les habits neufs de l’empereur s’était répandue, et chacun se posait en modèle d’exemplarité.<sup>264</sup>

En cambio, frente a éstas, la edición castellana elude los reclamos de Garner para desafiar el privilegio gramatical del masculino:

Para entonces, ya se había corrido la voz acerca del nuevo traje del emperador, visible únicamente por personas ilustradas y de sanas costumbres, y no había ciudadano que no hubiera resuelto aparentar más rectitud que cualquiera de sus vecinos.<sup>265</sup>

De todos modos, el tratamiento del género, vital para la corrección política, no es el único plano que queda relegado en aras de una expresión castellana, en lo posible, adecuada a los cánones tradicionales, proporcionada y elegante. La estructura que de manera típica se ha asociado a lo políticamente correcto, formada por un adjetivo premodificado por un adverbio, muchas veces se deshace, y se reparten sus formantes

---

<sup>262</sup> James Finn Garner, *Politically Correct Bedtime Stories*, pág. 7.

<sup>263</sup> James Finn Garner, *Histórias tradicionais politicamente correctas. Contos de sempre nos tempos modernos*, pág. 17.

<sup>264</sup> James Finn Garner, *Politiquement correct. Contes d’autrefois pour lecteurs d’aujourd’hui*, pág. 28.

<sup>265</sup> James Finn Garner, *Cuentos infantiles políticamente correctos*, pág. 26.

de un modo más ortodoxo desde el punto de vista de la sintaxis convencional de la lengua meta. Por ejemplo, los alimentos que se disponen a comer los protagonistas del cuento “Ricitos de Oro”, “too thermally enhanced”<sup>266</sup> en el original inglés, aparecen en el castellano como “demasiado sobrecargadas desde el punto de vista térmico”<sup>267</sup>; de las hermanastras de Cenicienta, que en inglés son “differently visaged”<sup>268</sup>, en castellano se explica que “desde el punto de vista estético se hallaban lo bastante limitadas”<sup>269</sup>. Ciertamente, con la introducción de expresiones perifrásticas de este tipo se gana en decoro gramatical; ahora bien, es asimismo cierto que con ello se reduce la visibilidad de los marcadores lingüísticos que cohesivamente crean el estilo atribuido a la corrección política. En estos pequeños detalles, las opciones ratificadas de la lengua dominante (la *major language* de la que habla Venuti) se imponen en la traducción a las formas de expresión minoritarias (*minor language*); la lengua de polis gana terreno en la traducción a las lenguas de tribu<sup>270</sup>.

Es más, el último ejemplo mencionado nos da pie a comentar que la traducción no sólo ejecuta la reinscripción de lo marginal en lo mayoritario en cuanto a las formas lingüísticas que emplea. También la lógica que informa esas soluciones verbales propuestas para los términos políticamente correctos a menudo revierte en la dominante y en sus juicios de valor. En la versión extrema que Garner caricaturiza, lo PC se vincula a un movimiento en el que toda evaluación negativa resulta reprobable. De ahí, por ejemplo, que las hermanastras de Cenicienta se califiquen de “differently visaged” (fisonómicamente diferentes), una expresión ambigua en tanto pone de manifiesto la diferencia, sin pronunciarse, no obstante, apreciativa o depreciativamente sobre ella. La propuesta del traductor castellano, sin embargo, utiliza como equivalencia un término

---

<sup>266</sup> James Finn Garner, *Politically Correct Bedtime Stories*, pág. 40.

<sup>267</sup> James Finn Garner, *Cuentos infantiles políticamente correctos*, pág. 80.

<sup>268</sup> James Finn Garner, *Politically Correct Bedtime Stories*, pág. 32.

<sup>269</sup> James Finn Garner, *Cuentos infantiles políticamente correctos*, pág. 68.

<sup>270</sup> Véase la distinción original de Joaquim Mallafré que aplica a la traducción Ovidi Carbonell i Cortés, *Traducción y cultura. De la ideología al texto*, pág. 250.



cargado de valor: al sugerir “limitadas desde el punto de vista estético”, Castelli Gair desambigua la expresión original e indica claramente el inferior atractivo de las aludidas. Los ejemplos como éstos abundan. En la misma línea, por ejemplo, en la traducción castellana se habla del enano saltarín (expresión que, dicho sea de paso, se mantiene como título del cuento en la versión en español a pesar de su carácter peyorativo) como “[e]l hombre de estatura reducida”<sup>271</sup>, si bien en el original se le define meramente como “[t]he differently statured man”<sup>272</sup>; igualmente, el protagonista del cuento “Juan y las habichuelas”, que aparece descrito como “someone with his overtaxed mental resources”<sup>273</sup>, en español se convierte abiertamente en “alguien de tan escasos recursos mentales”<sup>274</sup>. En estos casos, ciertamente, el traductor advierte la necesidad de reproducir el carácter parafrástico de la expresión típicamente PC, si bien no ve o no juzga relevante respetar la filosofía (descabelladamente) igualitarista que la motiva. La traducción, en este sentido, vuelve a mostrar la naturaleza *metonímica* que la caracteriza, pues la equivalencia selecciona y privilegia ciertos aspectos de la corrección política en detrimento de otros.

Curiosamente, lo expuesto a la luz de los últimos ejemplos permite comprobar que la traducción de los cuentos políticamente correctos, en último extremo, se alinea con muchas de esas reescrituras reproductoras que la preceden y que en estas páginas ya hemos comentado, también metonímicas de una manera similar en tanto, al presentar como estandartes de la corrección política una serie de expresiones ridículas, como la reiteradísima “verticalmente desajustado”, proyectaron una imagen de ésta como una defensa del circunloquio por el circunloquio —“la apoteosis de lo neutro, la fiesta del

---

<sup>271</sup> James Finn Garner, *Cuentos infantiles políticamente correctos*, pág. 39.

<sup>272</sup> James Finn Garner, *Politically Correct Bedtime Stories*, pág. 14.

<sup>273</sup> James Finn Garner, *Politically Correct Bedtime Stories*, pág. 70.

<sup>274</sup> James Finn Garner, *Cuentos infantiles políticamente correctos*, pág. 131.

eufemismo”<sup>275</sup>, “un nuevo nominalismo”<sup>276</sup>—, relegándose en ellas a la sombra las razones y la filosofía que se encuentran tras el intento de concienciar sobre las implicaciones de los usos establecidos del lenguaje que está en la base de estas reformas lingüísticas. La traducción y las reescrituras vuelven a mostrar una vez más en este punto ese carácter sistemático que les atribuía Lefevere<sup>277</sup>, a la par que confirman otra tesis de este autor, a saber, que por lo general tienden a eliminar o moderar los elementos que difieren ideológicamente del orden establecido en la cultura de llegada y que, por tanto, traen consigo la amenaza de subvertirlo<sup>278</sup>. En este primer volumen de cuentos políticamente correctos, según hemos visto, el traductor cercena el riesgo implícito en la traducción haciendo primar, en la búsqueda de las equivalencias léxicas con que transmitir lo PC, las convenciones lingüísticas de la lengua meta y la lógica que informa la cultura receptora. En buena medida, la traducción de los cuentos “familiariza” lingüística e ideológicamente el original, suavizando en cierta manera las características que pudieran resultar ajenas a sus parámetros.

Esta estrategia de naturalización se hace visible también en la recuperación de los nombres autóctonos estandarizados para la mayoría de los personajes de estas fábulas: así, leemos en los títulos de los cuentos en español los nombres “Ricitos de Oro” en lugar de “Goldilocks”, “Caperucita Roja” en lugar de “Little Red Riding Hood”; incluso el ya señalado “enano saltarín”, que a pesar de no ser precisamente políticamente correcto, sustituye a “Rumpelstiltskin”. Asimismo, se hace el esfuerzo de rebautizar con nombres castellanos los de otros personajes secundarios: además del “Pollito Chiquitito” (“Little Chicken”) también tienen nombres castellanizados la “Gallina Catalina” (“Henny Penny”), el “Ganso Manso” (“Goosey Loosey”) y el “Zorro

---

<sup>275</sup> Cf. Fernando Rodríguez Lafuente e Ignacio Sánchez Cámara, *La apoteosis de lo neutro*, pág. 16.

<sup>276</sup> Daniel Innerarity, “La tolerancia y sus equívocos amigos”, *El País*, 14 de junio de 1995, pág. 11.

<sup>277</sup> Cf. André Lefevere, “Why Waste Our Time on Rewrites? The Trouble with Interpretation and the Role of Rewriting in an Alternative Paradigm”, pág. 235.

<sup>278</sup> Cf. André Lefevere, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, pág. 8.

Listorro” (“Foxy Loxy”). Además, cuando la narración recurre a las escenas y los detalles de la versión tradicional, el castellano empleado se ve enriquecido con un vocabulario con sabor muy local y con expresiones que llevan inscritos los valores culturales de la sociedad de destino, aunque no necesariamente de la corrección política: en este sentido, Caperucita lleva un “saludable tentempié” (“healthful snacks”) a su abuelita; los tres ositos detectan que las ‘gachas’ que comen ‘están algo pasadas’ (“porridge smell[s] off”)—; Ricitos de Oro, por su parte, se propone realizar “una investigación como Dios manda” (“real research”).

Sin embargo, la naturalización se descarta cuando lo que está en juego es, precisamente, la definición del ámbito de la corrección política. Al igual que ocurría en las reescrituras reproductoras que comentamos anteriormente, también la traducción de los cuentos políticamente correctos se muestra reacia a facilitar la identificación del nuevo lector con lo PC. Como en aquéllas, en esta traducción también se percibe que lo PC en el fondo se ve y se quiere ajeno, Otro. En el cuento titulado “El traje nuevo del emperador”, el sastre ofrece al rey (y al lector) una descripción del arquetipo de individuo que se identifica como políticamente correcto:

the type of people you’d want to have in *your* realm— people who are politically correct, morally righteous, intellectually astute, culturally tolerant, and who don’t smoke, drink, laugh at sexist jokes, watch too much television, listen to country music, or barbecue.<sup>279</sup>

Evidentemente, Garner está manejando estereotipos; con ellos, trata de asociar lo PC a un determinado grupo social, del que, como se percibe al final, desecha una serie de personas caracterizadas negativamente para obtener, por inversión, la imagen prototípica de la corrección política, asociada a círculos progresistas. Es importante darse cuenta de que Garner selecciona los últimos comportamientos que incluye en su lista porque en su cultura se ven como la antítesis caricaturesca del progresismo. Garner pretende evocar en la mente del lector un prototipo humano en cierta manera tosco,

---

<sup>279</sup> James Finn Garner, *Politically Correct Bedtime Stories*, pág. 70.

palurdo u ordinario. Los traductores de esta obra al francés y al portugués parecen percibir que los comportamientos que aparecen en el original no están estigmatizados como tales en sus respectivas culturas, por lo que proceden a realizar ciertos cambios, a buscar la equivalencia dinámica:

- La sorte de gens que Votre Majesté souhaiterait avoir dans son royaume: des gens politiquement corrects, moralement droits, intellectuellement avisés, culturellement tolérants, qui ont en horreur l'alcool et le tabac, ne rient pas en entendant des plaisanteries sexistes, ne restent pas tétanisés devant leurs postes de télévision, se refusent à écouter de la musique folklorique, et évitent les barbecues.<sup>280</sup>

O tipo de pessoas que desejaríeis ter no vosso reino: politicamente correctas, culturalmente tolerantes e que não fumem, não bebam, não riam com anedotas sexistas, não vejam demasiada televisão, não oiçam música pimba e não façam churrascos.<sup>281</sup>

Sin embargo, el traductor castellano decide respetar las imágenes originales, sin hacer omisiones ni transformaciones como las que se constatan en las ediciones francesa y portuguesa:

aquéllas que Vos queríais tener en vuestro reino: personas políticamente correctas, moralmente nobles, intelectualmente agudas y culturalmente tolerantes que no fuman, ni beben, ni encuentran diversión en las chanzas sexistas; personas que no ven demasiada televisión, que no escuchan música country y que no organizan barbacoas.<sup>282</sup>

Ni que decir tiene, los amantes de la música *country* y los que recurren a la barbacoa como modo de celebración social en nuestro país conjuran una imagen totalmente distinta de la que puedan sugerir quienes realizan estas actividades en el país de origen. De hecho, bien pudiera ser que, para los españoles, éstos encajaran mejor incluso en el grupo de “progresistas” que en la antítesis de éste. Para reconstruir la intención de Garner, el lector debe volver los ojos a la cultura original, de la que en esta ocasión no despega el traductor las referencias culturales asociadas a lo políticamente correcto. En

---

<sup>280</sup> James Finn Garner, *Politiquement correct. Contes d'autrefois pour lecteurs d'aujourd'hui*, pág. 27.

<sup>281</sup> James Finn Garner, *Histórias tradicionais politicamente correctas. Contos de sempre nos tempos modernos*, pág. 16.

<sup>282</sup> James Finn Garner, *Cuentos infantiles políticamente correctos*, pág. 24.

otras palabras, también esta traducción da a entender de cuando en cuando que lo PC es, como lo denominaba Verdú, “genuinamente americano”.

A lo sumo, la traducción borra ciertas huellas que delatan la inscripción de lo PC en el contexto original estadounidense, pero en ningún momento los arquetipos PC se sustituyen por otros que denominaríamos “típicamente españoles”. En términos de estrategias traductorales, esto quiere decir que la traducción en estos casos a veces opta por la “universalización”, pero en ningún caso por la “naturalización”, algo que sí hacen las versiones francesa y portuguesa.

Así se comprueba en un pasaje, muy iluminador en cuanto al diferente margen de transformación y manipulación con que juegan las culturas en las traducciones, extraído del cuento de Cenicienta, quien, al ver partir a sus hermanastras para el baile —leemos en el original— “was sad, but she contented herself with her Holly Near records”<sup>283</sup>. La versión francesa ni siquiera reconoce esta referencia como un elemento culturalmente específico<sup>284</sup>. La portuguesa, en cambio, no sólo lo percibe como tal, sino que drásticamente lo sustituye por un homólogo de la cultura de destino: “Gata Borradeira estava inconsolável, mas teve de contentar-se com os seus discos de Marco Paulo”<sup>285</sup>. La castellana, sin embargo, en lugar de recrear la imagen con figuras propias del universo del discurso de la sociedad receptora, prefiere diluir la localización original del referente con una generalización: “Cenicienta se sintió apenada, pero se contentó con la idea de poder escuchar sus discos de canción protesta.”<sup>286</sup> En este mismo pasaje, hace inmediatamente después su aparición el extraño ser que hace las veces de hada madrina, que si bien posteriormente reivindicará su carácter neutro tiene una apariencia

---

<sup>283</sup> James Finn Garner, *Politically Correct Bedtime Stories*, pág. 32.

<sup>284</sup> James Finn Garner, *Politiquement correct. Contes d'autrefois pour lecteurs d'aujourd'hui*, pág. 73: “elle était sur le point de battre tous les records de sainteté, ce qui la consolait un peu”. Sin duda puede hablarse aquí de un “error de traducción”. Con todo, es significativo que, para la solución de la traducción, se crea que tiene sentido asociar la corrección política con la noción de “santidad”.

<sup>285</sup> James Finn Garner, *Histórias tradicionais politicamente correctas. Contos de sempre nos tempos modernos*, pág. 42.

<sup>286</sup> James Finn Garner, *Cuentos infantiles políticamente correctos*, pág. 24.

masculina. En concreto, Garner describe su aspecto apelando de nuevo a una serie de estereotipos culturales, a través de los rasgos característicos de determinadas categorías o tipos sociales:

Suddenly there was a flash of light, and in front of Cinderella stood a man dressed in loose-fitting, all-cotton clothes and wearing a wide-brimmed hat. At first Cinderella thought he was a Southern lawyer or a bandleader, but he soon put her straight.<sup>287</sup>

En un primer momento, Cenicienta cree tener ante sus ojos la personificación de una mezcla de presuntuosidad y estrafalaria bohemia. Garner funde en su imagen el arquetipo del abogado, a cuyo carácter estereotípico —petulante y vano, jactancioso hasta en el vestir— se suman los estereotipos achacados a los sureños, a los habitantes de ese Sur profundo y legendario, *la Dixie-land* —orgullo y arrogancia, reciedumbre y dureza que ocultan extravagantes sueños de “cavaliers”<sup>288</sup>—, y la figura del artista de un grupo musical popular, el cantante de música *country* <sup>3/4</sup>que típicamente se liga con el Sur y el Oeste— vestido a lo John Wayne. Ante este cúmulo de referencias culturales, esta vez es la versión francesa la que naturaliza por completo la referencia:

Il y eut soudain un éclair. Un homme, flottant dans des habits amples, en coton, et coiffé d'un chapeau à large bord, apparut devant elle. Cendrillon crut d'abord avoir affaire à un fermier endimanché du Midi ou à un chef de fanfare. Il ne se tarda pas à l'éclairer.<sup>289</sup>

La portuguesa omite algunos detalles y simplemente generaliza, aunque en una dirección totalmente diferente a la que toma la francesa:

De repente, chispou un relâmpago e diante dela surgiu um homem com um fato largueirão, todo em algodão, e un chapéu de aba larga. A princípio, Gata Borralheira pensou que era algum advogado elitista, mas ele depressa a elucidou.<sup>290</sup>

---

<sup>287</sup> James Finn Garner, *Politically Correct Bedtime Stories*, pág. 32.

<sup>288</sup> Cf. Juan José Hernández Alonso, *op. cit.*, pág. 171.

<sup>289</sup> James Finn Garner, *Politiquement correct. Contes d'autrefois pour lecteurs d'aujourd'hui*, pág. 73.

<sup>290</sup> James Finn Garner, *Histórias tradicionais politicamente correctas. Contos de sempre nos tempos modernos*, pág. 42.

La versión castellana, sin embargo, no altera en absoluto la referencia:

Súbitamente, surgió un destello de luz y Cenicienta pudo ver frente a ella a un hombre ataviado con holgadas prendas de algodón y un sombrero de ala ancha. Al principio, pensó que se trataba de un abogado del Sur o de un director de banda, pero el recién llegado no tardó en sacarla de su error.<sup>291</sup>

En cierta manera, y para concluir por lo que respecta a este volumen de cuentos, esto nos devuelve otra vez a la tesis con la que comenzábamos el análisis, pues este tipo de estrategias no son sino el reverso de la misma moneda, de ese respeto por el original *sólo si y de forma que* se respeten los límites de la sociedad receptora, ya lingüísticos, ya ideológicos. La traducción, sin duda, se enmarca en una cultura que parece tener una idea muy clara de sí misma, pero que en realidad, cabría argüir, muestra semejante firmeza porque en el fondo se siente atacada y reacciona a la defensiva. Según se puede comprobar, la clasificación de actitudes frente al Otro que nos ofrecía Clem Robyns también tiene su aplicación para estudiar la traducción no sólo cuando se trata de una migración en cierto modo intangible que tiene lugar en el nivel etéreo del discurso y de las mentalidades colectivas, sino también en los casos en que se materializa en textos que se adecuan a la definición convencional de traducción. Una actitud “defensiva” parece explicar que el traductor, ante la Otredad de lo políticamente correcto (por ejemplo en el nivel lingüístico), a menudo la ignore o incluso trate de contrarrestarla. En lo posible, se trata de hacer valer las propias formas, de recalcar la especificidad propia —dos características que, según veíamos, atribuye Robyns a este tipo de actitud. Pero cuando esto no es posible ni conveniente (por ejemplo en las referencias culturales que forjan una identidad para lo políticamente correcto), se opta por que el Otro siga marcado como Otro. Tiene su sentido. No en vano, si de él hay que defenderse, resulta más fácil detectarlo y combatirlo cuando se le identifica fácilmente como extranjero que si circula camuflado e infiltrado como uno de los nuestros.

---

<sup>291</sup> James Finn Garner, *Cuentos infantiles políticamente correctos*, pág. 69.

Con esta actitud también se inicia la traducción de la segunda entrega de cuentos políticamente correctos, que apareció en las librerías españolas apenas un año después de la salida al mercado de la primera, todo un éxito de ventas que, agotada la tirada inicial, experimentó dos reimpresiones consecutivas durante un solo año. De esta manera, cobraban también sentido para el lector español las palabras con las que se abría el segundo de los volúmenes:

Para empezar, quisiera disculparme sinceramente por el éxito de mi último libro. Resulta verdaderamente aterrador el número de árboles que han debido rendir silenciosamente su existencia para que mi editor, siempre codicioso de recursos, y yo mismo, pudiéramos responder a las demandas del mercado [...] <sup>292</sup>

Como en la anterior edición, Garner recurre a la figura retórica de la *captatio benevolentiae*. Las consideraciones ecológicas, tan a tono con la corrección política, son una de las vertientes que ésta adopta. Pero también en esta ocasión Garner solicita la venia del lector atendiendo a cuestiones lingüísticas. El modo en que éstas se tratan en la traducción es interesantísimo. Reproducimos el segundo párrafo de esta Introducción en toda su amplitud, junto al texto original:

A continuación, desearía excusarme asimismo por la imagen etimo-patriarcal que presentaba en mi último libro. Como bien señalara un avisado lector de los Países Bajos, si bien es cierto que en las ediciones inglesas la palabra “wommon”\* aparecía apropiadamente escrita, a lo largo de los Cuentos infantiles políticamente correctos restregaba sin cesar mis falocéntricas ortografías de las palabras person y human por el rostro de los lectores.\*\* Debidamente arrepentido, he optado en este volumen por la ortografía inclusiva y neutra “persun”. Desgraciadamente, existe un círculo vicioso de índole lingüístico-cultural que me impide emplear “hummon” o “hummun”, ya que ambas grafías coinciden con groseros epítetos pertenecientes a ciertos dialectos hablados en las islas de Micronesia. Así pues, antes de que esas gentes, de continuo oprimidas y explotadas, puedan sentirse insultadas cuando el libro se distribuya en dicha región (si es que ello llega a suceder), opto a regañadientes por

Next, I would like to apologize for exposing myself in my last book to be such an etymo-patriarchalist. As an alert reader in The Netherlands pointed out, while I used the proper spelling of the word “wommon” throughout *Politically Correct Bedtime Stories*, I still swaggered around, waving my phallocentric spellings of “person” and “human” in everyone’s face. Properly penitent, in this volume I have opted to use the inclusive, gender-neutral spelling “persun”. Unfortunately, a cultural-linguistic Catch-22 prevents me from using “hummon” or “hummun” because both spellings are rather nasty epithets in certain dialects spoken throughout the islands of Micronesia. Therefore, rather than offend those oft-oppressed and exploited peoples if and when this book is ever distributed in their region, I regretfully must choose to offend instead the

---

<sup>292</sup> James Finn Garner, *MÁS cuentos políticamente correctos*, pág. 10.



defender a los opresores y explotadores del mundo de habla anglosajona (ya saben ellos quiénes son).

oppressors and exploiters of the English-speaking world (you know who you are).<sup>294</sup>

\* “Wommon”: modificación ortográfica de la palabra inglesa *woman* (mujer) para evitar que la misma contenga la palabra “man” (hombre).

\*\* El concepto es el mismo que en el del ejemplo de la nota anterior: *person* (persona) contiene la palabra *son* (hijo); *human* (humano) contiene la palabra *man* (hombre). Así, ambas, a pesar de ser neutras, parecen favorecer el género masculino. (*Notas del T.*)<sup>293</sup>

Evidentemente, lo más reseñable de la traducción no es, desde luego, que Castelli Gair utilice el “especista” epíteto *avisgado* para calificar a un lector que meramente se juzga *alert* en inglés, ni siquiera que tampoco en esta ocasión perciba la necesidad de imitar la “ismización” de la lengua en la que reincide el autor, por ejemplo cuando se acusa de ser *etymo-patriarchalist* (que el traductor reconduce al castellano normativo conforme a la regla de formación de palabras al uso). Sin duda lo importante es la decisión que toma Castelli Gair de mantener los términos controvertidos en inglés, proporcionando al lector castellano, en nota a pie de página, las explicaciones pertinentes. También en esta edición y por lo que respecta a Castelli Gair, los debates lingüísticos relacionados con lo PC se presentan —en la línea de las reescrituras reproductoras que preceden a esta traducción— como un fenómeno totalmente ajeno, como una cuestión que en absoluto afecta al lector castellano. La decisión, sin duda, está henchida de implicaciones ideológicas. No en vano, no es ni mucho menos la única posible, ni siquiera descontando la estrategia traductora que se sitúa en el otro extremo: la drástica naturalización del debate.

Puestos a conjeturar, el traductor podría haber recurrido a una generalización, recurso que de hecho emplea en este mismo párrafo cuando traduce con la expresión “un círculo vicioso de índole lingüístico-cultural” el sintagma que en inglés reza “a cultural-linguistic Catch-22”. En efecto, también aquí nos encontramos con un elemento propio del universo del discurso estadounidense, que remite al título de la novela de

---

<sup>293</sup> *Ibid.*, págs. 10-11. El subrayado es nuestro.

<sup>294</sup> James Finn Garner, *Once Upon a More Enlightened Time. More Politically Correct Bedtime Stories*, págs. ix-x.

Joseph Heller en la que se recrea la paradoja de una norma abocada a un sinsentido. La alusión ha entrado a formar parte del caudal de la lengua en Norteamérica para designar las situaciones que se basan en el cumplimiento de una condición entre dos que son mutuamente dependientes y excluyentes, o aquéllas en las que la solución, el remedio, es peor que el problema en sí, que la enfermedad. La traducción publicada por Circe desestima recalcar la especificidad cultural de la referencia y su conexión intertextual, y elige sin más complicación una especie de superordinado semántico.

También podría haber determinado la traducción suprimir el párrafo problemático. El método puede parecer drástico, pero lo cierto es que no hay que olvidar que la omisión suele aparecer recogida como uno de los procedimientos oblicuos de traducción en numerosas de las tipologías de estrategias traductoras<sup>295</sup>. De hecho, la obra que en estos momentos nos ocupa hace uso de él cuando decide privar al lector español de la sección que sigue a la Introducción: un alfabeto “políticamente correcto” en el que cada letra está explicada con una imagen construida en torno a un sustantivo cuya inicial coincide con la letra en cuestión:

- A is an Activist itching to fight.
- B is a Beast with its animal rights.
- C is a Cripple (now differently abled).
- D is a Drunk who is “liquor-enabled”.<sup>296</sup>

Esta sección, además de basarse en múltiples referencias culturales del contexto norteamericano, contiene tantos juegos de palabras como letras tiene el abecedario (inglés —la eñe, evidentemente, no tiene cabida), así como la mitad de pareados, puesto que cada par de líneas rima entre sí. Su supresión, evidentemente, evita a Castelli Gair un arduo trabajo, así como los numerosos problemas “éticos” que, dada la particular visión del lenguaje y de la traducción que en las dos versiones que hemos comentado hasta ahora suscribe, sin duda se le hubieran planteado durante el traslado de estas dos

---

<sup>295</sup> Cf. Pilar Elena García, *Aspectos teóricos y prácticos de la traducción*, Salamanca, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 1990, pág. 60.

<sup>296</sup> James Finn Garner, “A Politically Correct Alphabet”, *Once Upon a More Enlightened Time. More Politically Correct Bedtime Stories*, págs. 1 y 2.

páginas. En la Introducción, sin embargo, ningún elemento que aparece en el original desaparece; si acaso, se incluyen otros y se transforman los existentes.

En realidad, Castelli Gair se agarra a todas las palabras del texto original con la reverencia que Lefevere atribuye a su arquetipo de traductor fiel<sup>297</sup>. Da por hecho que las explicaciones sobre la ortografía de los vocablos ingleses que preocupan a Garner son insustituibles, y también relevantes para el lector español, a quien naturalmente debe una serie de aclaraciones de naturaleza tanto lingüística como cultural para garantizarle la comprensión del texto. En último término, la decisión de “respetar” el original —sus palabras, aunque quizá no la función que dichas palabras cumplen— no significa que no oigamos la voz del traductor: en primer lugar, se oye, aunque muy apagada, en el cuerpo del texto, donde, preparando su distanciamiento y, sobre todo, el del lector español, inserta algunos datos poniéndolos en boca del autor, disfrazándolos. Así, cuele en el párrafo la aclaración de que es “en las ediciones inglesas” donde se detectaban los que, desde el punto de la corrección política, pueden calificarse de errores ortográficos; errores cuyo fundamento explica el traductor saliendo de su anonimato y dejando, en segundo lugar y claramente, oír su voz en una nota a pie de página —otra estrategia que Lefevere atribuye al traductor fiel<sup>298</sup>. De todos modos, dicha nota no impide que la traducción cree repetidamente situaciones donde se hace notoria esa “performative self-contradiction” que a menudo acecha a la traducción: el título de la edición inglesa a la que remite Garner aparece, justamente, en español; más adelante se dice que “en este volumen” —cuyo deíctico lleva al lector a identificarlo con el que tiene en sus manos— ha optado el autor por una serie de grafías alternativas en ciertos vocablos, si bien dichos vocablos aparecen una vez más en inglés.

---

<sup>297</sup> Cf. André Lefevere, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, pág. 50.

<sup>298</sup> *Id.*: “This translator [the *faithful*, conservative translator] will use the ‘explanatory note’ to ensure that the reader reads the translation—interprets the text [...]— in the ‘right way’”. En este sentido, sobre la función de la nota del traductor como un medio de imposición ideológico, véase Mohamed Ed-Elmadkouri, “Traducción y notas a pie de página”, en Anne Barr, M. Rosario Martín Ruano y Jesús Torres del Rey (eds.), *op. cit.*, págs. 158-170.

A pesar de las contradicciones, la traducción de Circe consigue crear un sitio donde el lector español puede acomodarse en calidad de observador externo de las refriegas de la corrección política. De hecho, Castelli Gair le libra incluso de las interpelaciones de Garner, del guiño y la llamada explícita que al final del párrafo hace el autor al lector (originalmente anglohablante) mediante el uso de la segunda persona. En efecto, viéndose, según explica, en la imposibilidad de encontrar un lenguaje que complazca a todos o, al menos, no ofenda a nadie, Garner se pone de parte de los desfavorecidos, e informa de las secuelas de su decisión: “I regretfully must choose to offend instead the oppressors and exploiters of the English-speaking world (you know who you are)”<sup>299</sup>. En lugar de mantener la función ilocutiva de estas palabras, que aparentemente consiste en acusar al lector de no ser PC y de avergonzarle por su condición de opresor, y el efecto perlocutivo de la exhortación<sup>300</sup>, que en realidad le predispone contra este movimiento situándole veladamente en el lado de una nueva categoría de víctimas, la de discriminados y ofendidos por la corrección política, el traductor se ciñe con dócil servilismo a las palabras del original<sup>301</sup>, a algunas palabras del original que, en lugar de entenderse en el marco de una situación comunicativa concreta, contingente, se procesan como si de “verdades absolutas” se tratara. De ahí que Castelli Gair mantenga la apelación final de Garner dirigida a los lectores anglohablantes: el traductor no la interpreta ligada a la circunstancia de que la obra que

---

<sup>299</sup> James Finn Garner, *Once Upon a More Enlightened Time. More Politically Correct Bedtime Stories*, pág. x.

<sup>300</sup> Sobre los distintos niveles del significado desde una perspectiva pragmática y la medida en que (no) se transmiten en la traducción, véase el artículo de María Calzada, “‘Where are we going in Translation?’ A Pragmatic Analysis of Various Translations of a poem by W.H. Auden”, en M. Pilar Navarro Errasti, Rosa Lorés Sanz, Silvia Murillo Ornat, Carmina Buesa Gómez (eds.), *Transcultural Communication: Pragmalinguistic Aspects*, Zaragoza, Anubar Ediciones, 2000, especialmente págs. 77-78.

<sup>301</sup> Véase de nuevo de qué manera encaja esto con la descripción del arquetipo de traductor “fiel” que retrata Lefevere, que, según asegura este autor, “works on the level of the word or the sentence” (*Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, pág. 51). Por el contrario, el traductor “inspirado” operaría en el nivel de la cultura. Es más, según apunta Lefevere más adelante, es en los momentos en los que el lenguaje activa el nivel ilocutivo y el del efecto, y no sólo el locutivo y el de la comunicación, en los que cunde la amenaza de quedar convertidos en una aporía para el traductor, donde queda patente la postura ideológica que éste toma (*ibid.*, pág. 58).

Garner redacta está escrita en inglés ni a la luz del hecho de que, dado que el público que puede convocar el autor —el autor por sí mismo, y no gracias a los traductores que posteriormente hablan en su nombre— es necesaria y únicamente anglohablante, engloba por lo que a Garner respecta a *todos* sus lectores, sino como una afirmación irrefutable en todo contexto, dirigida en exclusiva y de manera excluyente. Podría argüirse que el traductor se acerca al original como si se tratase de palabras surgidas desde un lugar extraterritorial, sin un dónde, sin un cuándo, sin un a quién ni un para qué, sino atemporalmente significativas e incondicionalmente válidas, como si la obra se hubiera concebido cara a su traducción, a todas sus traducciones posibles.

Sin embargo, y confirmando que en nuestra sociedad rigen diferentes expectativas según se trate de textos traducidos u originales, si bien el original se considera “universal”, el traductor implícitamente deja traslucir que entiende que su traducción es contingente, que se debe a un público concreto, que está destinada a cierta circunstancia cultural y condicionada por ella. De ahí que, una vez traduce (restringiendo) la apelación al mundo anglohablante, modifique la acotación parentética desde la perspectiva de quienes se convierten, gracias a la traducción, en los nuevos *receptores* de las palabras de Garner, aunque no necesariamente en sus *destinatarios*. Y es que, como decíamos en otro lugar, no es del todo cierto que la traducción facilite el acceso a los textos de otra cultura; facilita *un cierto acceso* a los textos. Como muestra este ejemplo, al contrario de lo que parece transmitir la imaginación que tradicionalmente ha conceptualizado su papel y sus logros, la traducción no se limita —como queda implícito en uno de los vocablos con los que en francés se designa el acto de traducir, *rendre*— a *entregar* el original al lector para que éste disponga a voluntad de él, sino que la traducción asigna una determinada posición al sujeto lector —en ocasiones diferente de la que construye el autor para *su* público—, y en cierta medida condiciona de esta manera su lectura y, desde luego, su respuesta. En el caso que nos ocupa, Castelli Gair sienta al lector español en una tribuna neutral y al margen de las guerras de la corrección política en las que con esta obrita Garner se interna. Lo políticamente correcto se le presenta como un espectáculo inocuo, bien alejado, que no le salpica ni le

afecta, y que puede contemplar sin que su integridad —y la integridad de su lengua y de su cultura— corran los riesgos a los que sí están expuestos quienes lo miran de cerca.

Si pasamos las páginas de la Introducción, como ocurría en la edición anterior, la traducción de los cuentos en sí por lo general se ciñe a las palabras del original, a cada una de ellas, hasta el extremo de que también en esta ocasión se observa una fuerte dependencia del texto inglés, lo que incluso obliga al lector español a tratar de reconstruirlo para dar sentido a algunos pasajes que, de otro modo, incurren en ciertas incongruencias. Por ejemplo, se lee en la traducción española del cuento de la cigarra y la hormiga que:

[l]a hormiga, quintaesencia de una personalidad del tipo “A”, trabajó frenéticamente día tras día, pero su actitud egoísta y socialmente irresponsable terminó por cobrarse su precio: se le declaró una úlcera péptica, tuvo algún que otro susto provocado por dolores de tórax y perdió la mayor parte del cabello. A mediados de septiembre, su esposa la abandonó y se llevó consigo a las pupas, pero ella apenas lo advirtió.<sup>302</sup>

El texto sorprende al lector español, a quien resulta más fácil poner orden en el pasaje si conoce que con la “A” se valora en el ámbito anglonorteamericano la excelencia, que la hormiga (y también la cigarra) es un personaje masculino en la narración inglesa, y que *pupa* en inglés es el latinismo con el que se denominan las larvas de cualquier insecto.

A menudo en el trasfondo de incongruencias como la comentada está la lógica misma de la corrección política. Por ejemplo, en el cuento del gato con botas, que tras la criba reescriitora de la corrección política triunfa en una sociedad no antropocéntrica como asesor de un político, se encuentra el siguiente fragmento:

El Gato con Botas logró forjar la imagen de su compañero humano como la de un hombre que se había visto precipitado a la vida pública por la voluntad del pueblo, desilusionado y a la búsqueda de un caballero andante (por coloristas que puedan resultar tales nociones) a lomos de un poderoso y ardiente corcel (perpectiva [sic] ésta no sólo sometida a prejuicios de estatura y especie sino también dotada de un concepto profundamente eurocéntrico).<sup>303</sup>

---

<sup>302</sup> James Finn Garner, *MÁS cuentos políticamente correctos*, pág. 35.

<sup>303</sup> *Ibid.*, pág. 119.

Del mismo modo que en la ocasión anterior, el lector difícilmente se explica qué quiere decir Garner si desconoce que tras el “caballero andante” en inglés se encuentra un *white knight*, término “colorista” desde el punto de vista de la corrección política en tanto indirectamente une el color blanco (y la raza blanca) con una figura heroica; si además no sospecha que el “poderoso y ardiente corcel” se describe en inglés con unos términos que, además de “especistas”, son “dimensionistas” y “eurocéntricos”. Efectivamente, la expresión original, *tall fiery charger*, es dimensionista (“heightist”) en tanto se relaciona con un tamaño considerable (y no sólo con la estatura, que más bien se vincula con una cualidad humana); es “especista” por la referencia a la raza equina; y “eurocéntrica” quizás en tanto *charger* remite a los caballos utilizados en el ejército, y por tanto entronca con un concepto (el de ejército organizado dividido en secciones de infantería, caballería y artillería) que puede considerarse propio de las formas bélicas europeas.

Sea como fuere, lo cierto es que el pasaje citado también nos permite constatar un ligero avance de la “ismización” de la lengua. Si bien Castelli Gair rehúsa normalizar los *ismos* que corresponderían a “heightism” y “Eurocentrism”, apuesta por la innovación en el caso de “colorist”, que calca como “colorista”. En realidad, la traducción de la segunda entrega de cuentos políticamente correctos, en comparación con la primera, es algo más osada desde el punto de vista léxico. La veneración del original persiste, pero la de la lengua de llegada se distiende, se relaja. El traductor no se limita a rebuscar en los anaqueles donde se guarda el idioma a buen recaudo y encajar la irreverente expresión de la obra de Garner en sus corsés, sino que también se aventura a experimentar y enredar a partir del legado heredado. La traducción, en este sentido, es menos circunspecta, normativa, y más creativa, lúdica, o, si se quiere, *literaria*. Como la escritura, la traducción comienza a descubrirse también como un locus para el juego verbal y la travesura lingüística.

El cuento de la pequeña sirenita es bastante ilustrativo en este sentido<sup>304</sup>. El lenguaje que emplea la traducción está esculpido con una técnica libre de composición y derivación léxicas. La protagonista en principio “crec[ía] segura de su propia sirenidad” (*mer-persunhood*), si bien prefería la denominación de “persona marina”, “aunque [...] destaca en demasía” —sugería Calpurnia en su primer encuentro en el agua del mar con el que más tarde se convertirá en su esposo— “nuestra parte humana en detrimento de nuestra ‘piscitud’” (*mer-persun, fishness*). Ante las primeras insinuaciones del “desespinado” (*finless*), la heroína le para los pies, y “a pesar de su terráqueo-excéntrica actitud” (*terra-centric attitude*), se compadece de él y le conduce a la orilla. No obstante, el “respirador de agua” (*air breather*) pide una audiencia con Calpurnia ante su padre, el rey sirenio, los asesores reales y otros “aguatenientes” (*drifters-on*). El enamorado, un “ecodefensor” (*ecodefender*), enfundado en un extraño traje acuático, pide su mano, dispuesto a sacrificar su “gentitud” (*peopleness*). El cuento termina felizmente: Calpurnia acepta la proposición y, si bien su vida en común no es siempre “un lecho de coral” (*a bed of coral*), enseñan a su “espléndido banco de alevines” (*a fine school of fry*) a vivir orgullosos de su legado multigenético y pluricultural.

Como se comprueba, la creatividad léxica que caracteriza a la modalidad de lo políticamente correcto se hace hueco en la traducción de Castelli Gair, quien en esta edición, dicho sea de paso, y en consonancia con lo anteriormente expuesto, también amplía el margen con que jugaba en la anterior entrega a la hora de naturalizar los elementos culturales que, por asociación o por inversión, delinear el perfil de la corrección política. Así, por ejemplo, la Bella Durmiente, una joven educada para ser una mujer independiente y cultivada, experimenta, al despertar de su sueño con el beso del príncipe, una transformación o, según se mire, una regresión:

---

<sup>304</sup> Cf. *Ibid.*, págs. 55-68.



Toda su independencia, su educación y su desarrollo previo como persona se desplomaron como un manto y creyó desvanecerse como una actriz de culebrón cualquiera.<sup>305</sup>

All of Rosamond's independence, education, and previous personal growth fell away like a cloak, and she swooned like a starlet in cheap melodrama.<sup>306</sup>

La traducción reelabora la imagen que construye Garner con elementos inscritos en la cultura de destino, que son por tanto fuente de asociaciones que no sugiere el original, tienen que ver con el presente y la realidad cultural de la sociedad receptora y portan los estereotipos que bullen en ésta. No es descabellado suponer en este sentido que, cuando el lector español trata de reconstruir mentalmente el pasaje, la Bella Durmiente momentáneamente adopte los rasgos y el físico prototípicos de las heroínas de telenovelas latinoamericanas.

La traducción de Castelli Gair también busca de esta misma manera los homólogos culturales de las actividades con las que el Gato con Botas pretende conseguir una imagen atractiva y saludable cara a la opinión pública para el político que asesora:

- Ahora, vete a casa y espera. Practica el noble porte de todo estadista a base de montar a caballo, jugar al pádel, escribir tus memorias y otras cosas parecidas.<sup>307</sup>

Go home now and wait. Practice looking statesman-like by riding horses, playing touch football, writing your memoirs, things like that.<sup>308</sup>

La traducción se nutre así del contexto que la recibe, de su universo del discurso y su ideología, pero a la vez revierte en ellos. Ciertamente, la intención del traductor es quizá tratar de que el lector reaccione ante el texto, pero lo textual y lo extratextual son inseparables, una misma cosa. La respuesta del lector ante lo que lee es a la vez una

---

<sup>305</sup> *Ibid.*, pág. 97.

<sup>306</sup> James Finn Garner, *Once Upon a More Enlightened Time. More Politically Correct Bedtime Stories*, pág. 73.

<sup>307</sup> James Finn Garner, *MÁS cuentos políticamente correctos*, pág. 118.

<sup>308</sup> James Finn Garner, *Once Upon a More Enlightened Time. More Politically Correct Bedtime Stories*, pág. 55.

respuesta a las figuras de su realidad cultural que la traducción evoca. Este ejemplo, que contiene una clara alusión a la vida pública española, confirma lo que sugiere Venuti en *The Scandals of Translation*: que la traducción colabora a la hora de acrecentar las *estimas* o *estigmas* que la sociedad dispensa a determinados grupos y agentes culturales.<sup>309</sup> Es indudable que la traducción influye de manera determinante en las relaciones internacionales políticas y simbólicas que mantienen las culturas, pero lo cierto es que con su proceder la traducción a pequeña escala también se inmiscuye e interviene en cuestiones que podríamos denominar de política interior.

En fin, quizás en los pasajes comentados ya se deduzca la valoración general que, en cuanto a estrategias traductoras se refiere, puede hacerse de la segunda entrega de cuentos políticamente correctos: en efecto, según se va avanzando en su lectura, se tiene la sensación de que el acercamiento a lo PC, a sus referencias y a sus estrategias va transformándose poco a poco; de que la cultura y la lengua españolas, firmes y rígidas en un principio ante la introducción de este producto que venía marcado con el marchamo de la corrección política, van relajando su actitud distante, su rectitud y aparente inflexibilidad. Se diría que, por mor de la práctica, el traductor va habituándose a las rarezas de esta filosofía que en principio le resulta ajena y que cada vez perfecciona más las fórmulas de lidiar con ellas; parecería que, por mor del prolongado contacto, se contagia de algunos de sus rasgos y de sus particulares modos, y empieza a pensar a través de su lógica. Aun en su idioma...

De hecho, en el tercer volumen de cuentos políticamente correctos publicado por la editorial Circe, que, como queda de manifiesto en su título, *Cuentos navideños políticamente correctos*, recoge historias que se relacionan (desde un punto de vista claramente eurocéntrico) con unas fiestas nevadas y un período invernal, Castelli Gair ensancha de manera considerable los límites en los que en previas ediciones había confinado la corrección política, y se mueve con soltura en ellos. La versión española no sólo descifra el contenido de estas historias escritas en la jerga enrevesada de lo

---

<sup>309</sup> Lawrence Venuti, *The Scandals of Translation. Towards an Ethics of Difference*, págs. 67-68.

políticamente correcto, en ese código cifrado que gira sobre sí mismo. Se hace eco, igualmente, del estilo y del tono. Y, sobre todo, es importante darse cuenta de que Gian Castelli Gair *traduce además los silencios*; es decir, rellena con lo PC los huecos en que, a su entender, en nuestro idioma y en nuestra cultura hay sitio para la corrección política. Así se comprueba en la Introducción, donde se trata de concienciar al lector sobre la posibilidad de festejar la Navidad de una manera distinta a la convencional:

A todos aquellos cínicos que opinan que una celebración responsable y progresista debe asimismo ser alternativamente divertida (esto es, aburrida), les pediría que reflexionaran sobre la evolución de las actuales tradiciones. Todos sabemos (o deberíamos saber) que los primeros cristianos y cristianas decidieron conmemorar el nacimiento de su Salvador al mismo tiempo que los festejos paganos de invierno con los que se saludaba el retorno del sol. De este modo, podían celebrar su “Misa de Cristo” sin tener que relegar a sus vecinos o vecinas y, a la vez, multiplicaban las posibilidades de verse invitados a un opíparo festejo.

To all those cynics who believe that a responsible and progressive celebration must also be differently enjoyable (i.e., no fun), I would ask them to consider the evolution of current traditions. We are all aware (or should be) that the early Christians chose to celebrate the birth of their savior at the same time as pagan winter festivals that welcomed the return of the sun. They were thus able to celebrate “Christ’s mass” without alienating their neighbors and doubled their chances of being invited to a tasty feast at the same time.

Tan temprano ejemplo de jolgorio solidario debería servirnos a modo de inspiración. Los neopaganos y las neopaganas actuales pueden sentirse especialmente orgullosos y orgullosas de su legado.<sup>310</sup>

Such an early example of inclusionary merrymaking should inspire us all. Today’s neopagans can feel especially proud of their heritage/himitage.<sup>311</sup>

Podría decirse que, en las ediciones anteriores, Gian Castelli Gair traduce la corrección política del texto redondeando a la baja: parece obvio que en ellas procede por segmentos textuales bien diferenciados y centrándose en cada uno de sus elementos, lo que resulta, en los casos en los que un cierto isomorfismo entre las lenguas lo permite, en una traducción de “marcador por marcador”, sin que, cuando no sea posible, se emplee en otros lugares una técnica de compensación. En el párrafo que consideramos ahora, por el contrario, se observa —por seguir con los términos de Mayoral— una *modulación* de los marcadores, un tratamiento del texto en conjunto que trata de conseguir que, como el original, la traducción dé la impresión de suscribir una

<sup>310</sup> James Finn Garner, *Cuentos navideños políticamente correctos*, Barcelona, Circe, 1997, pág. 11. Trad.: Gian Castelli Gair. El subrayado es nuestro.

<sup>311</sup> James Finn Garner, *Politically Correct Holiday Stories for an Enlightened Yuletide Season*, Londres, Simon & Schuster, 1995, pág. x. El subrayado es nuestro.

corrección política (exacerbada) *a partir de los recursos de la propia lengua*. Castelli Gair procesa el pasaje de manera global y, aun cuando tenga que renunciar por imposibilidad o inconveniencia a inyectar las vacunas de recuerdo en los lugares que coinciden con los señuelos del original, se esfuerza por emplear otro tipo de reclamos, que momentáneamente *enriquecen* el texto frente al original. De esta manera, Castelli Gair renuncia al trazo más llamativo del texto original, el desdoble neológico a partir de la *pseudoetimología* del vocablo *heritage*, pero logra imprimir en la versión castellana un aire políticamente correcto desarrollando los recursos que, cara a lo políticamente correcto (o a su ridiculización), por ejemplo le brinda la conculcación de la regla gramatical castellana según la cual el masculino supuestamente actúa como genérico. De ahí que duplique recurrentemente los sustantivos y adjetivos masculinos omnicomprendidos en su traducción. En cierta manera, al adherirse a esta filosofía traductora, Castelli Gair subvierte la lógica binaria que tradicionalmente ha supeditado la traducción al original, la ha acostumbrado a seguirle servilmente y la ha penalizado por decir de más, aun cuando el fin haya sido contrarrestar lo que en otra parte ha dicho de menos.

Si quisiéramos expresarlo en términos musicales, esta nueva traducción de Castelli Gair, ya incluso en la Introducción, no es un mero *transporte*, que sólo transforma la clave en que se ejecuta la melodía, los nombres, por tanto, de las notas, pero no la fuerza ni la duración de las figuras, ni por supuesto el ritmo y el aire del compás. La técnica musical del *transporte* corresponde a la forma tradicional con la que se ha conceptualizado la traducción, como un cambio de código que supuesta e idealmente no altera la composición. Sin embargo, esta noción ideal de traducción encubre el mismo engaño que, por otra parte, lleva inherente la noción de transporte: y es que el cambio de clave siempre tiene un objetivo determinado —por ejemplo adaptar una obra para piano para que la ejecute otro instrumento—, y dicha adaptación necesariamente acarrea cambios en la interpretación, tanto desde el punto de vista del intérprete que lo ejecuta, como desde el del público que, valga la redundancia, interpreta esa interpretación. Sea como fuere, la versión de Castelli Gair se parece más a una

*variación* al estilo de las que conforman las obras de Bach, en las que constantemente resuena un motivo principal, un tema, que con carácter propio van desarrollando los diferentes instrumentos o las diferentes voces, alterando a conveniencia los acentos dominantes y la composición de los acordes, la intensidad de ejecución de la melodía o la densidad de adornos —trinos, apoyaturas, síncopas o trémolos— que acompañan el *leitmotiv* y lo resaltan.

Donde verdaderamente se aprecia la fuerza de la comparación de la traducción con la lógica de la *variación* es al analizar el primero de los cuentos que conforman esta tercera serie de fábulas políticamente correctas, una composición rimada escrita en primera persona que relata el encuentro entre el narrador y Santa Claus, un personaje en absoluto entrañable que aparece así descrito:

Y observé allí abajo, entre la penumbra,  
un trineo con renos de escasa estatura.

I saw there below through the murk of the night  
A sleigh and eight reindeer of nonstandard height.

Sentado a las riendas, un anciano agriado,  
que trataba a todos como sus esclavos.

At the reins of that sleigh sat a mean-hearted knave  
Who treated each deer as his personal slave.

Recordé su rostro de anuncios variados:  
juguetes, champañas y coches usados.

I'd seen him before in some ads for car loans,  
Plus fast food and soft drinks and cellular phones.

Por lo que expresaba su faz jactanciosa,  
muy mal no debían de marcharle las cosas

He must have cashed in from his mercantile chores,  
Since self-satisfaction just oozed from his pores.

Por más reforzar sus tiránicos modos  
llamaba a los renos con viles apodos:

He called each by name, as if he were right  
To treat them like humans, entrenching his might:

“Negrito”, “Morito”... palabras provistas  
de fuerte desprecio y de tintes racistas.<sup>312</sup>

“Now Donder, now Blitzen,” and other such aliases,  
Showing his true Eurocentric biases.<sup>313</sup>

---

<sup>312</sup> James Finn Garner, *Cuentos navideños políticamente correctos*, págs. 18-19.

<sup>313</sup> James Finn Garner, *Politically Correct Holiday Stories for an Enlightened Yuletide Season*, págs. 2-3.

Las palabras del original pierden ahora importancia frente a otros elementos, como el ritmo de la melodía del original, que el traductor recrea en una serie de pareados dodecasílabos. Pero no sólo se traduce el ritmo: también los referentes culturales y los que apuntan a los fundamentos de la corrección política. Se adaptan de esta manera los elementos del original para encajarlos con la cadencia seleccionada (así, “juguetes, champañas y coches usados” sustituye a “fast food and soft drinks and cellular phones”), pero también con la lógica que informa la reescritura: los nombres que Papá Noel emplea para llamar a sus renos, objetables por incurrir en uno de los pecados que denuncia la corrección política —el eurocentrismo—, se ven sustituidos por otros distintos pero igualmente impugnables, que ponen sobre el tapete el verdadero alcance del debate que suscita el movimiento que nos ocupa en el contexto de la cultura de llegada, al seleccionarse los términos desde una plena conciencia sobre su *valor social*.

Este rasgo, en nuestra opinión, supone una separación de esta traducción con respecto a gran parte de las reescrituras reproductoras que hemos comentado. Cabe argüir que, aun cuando los primeros documentos que trataron en España las guerras lingüísticas desatadas en Norteamérica en torno a la corrección política consignaran los términos *en los que* y *sobre los que* éstas se desarrolla(ro)n, no quiere decir eso que el lector pudiera reconstruir el alcance y los motivos de la lucha, pues la traducción lingüística no siempre traslada la susceptibilidad que generan los términos controvertidos en una sociedad concreta a la de destino, ni es capaz de dar idea de los odios y pasiones que las palabras en su contexto original desatan.

La traducción pone de manifiesto de manera paradigmática que “when it comes to sensitivity, it is never a clear cut thing”<sup>314</sup>. La retextualización de vocablos que llevan implícita una carga valorativa sobre los diferentes grupos sociales no siempre difunde su problemática significación, que sólo puede entenderse en relación con toda una red intertextual; a la inversa, la retextualización de vocablos que no se perciben como

---

<sup>314</sup> Karl Simms, “Introduction”, pág. 4.

ultrajantes en la cultura original a menudo multiplica la susceptibilidad que suscitan al integrarse en otro entramado discursivo regulado por otra jerarquía de problemas de carácter social, apunta Philip C. Sutton<sup>315</sup>. En cierta medida, cabe argüir que el lector español de estas crónicas quizá no lograra hacerse una idea plena del significado del logro que supone para los “afroamericanos” o los “asiáticoamericanos” hacer valer en el discurso público estadounidense tales denominaciones, porque tampoco tenía una idea previa de qué carga depreciativa ni de qué historial de luchas políticas escondían los términos que éstos venían a sustituir. Gian Castelli Gair da en el clavo al lograr transmitir qué hay en juego para el lector español en las reivindicaciones de la corrección política con la elección de dos vocablos que en el nuevo contexto no resultan indiferentes, de dos diminutivos que despiden un fuerte hedor peyorativo y desdeñoso, intolerante, opresor. En esta ocasión, la traducción de unos vocablos “sensibles” o “comprometidos” consigue ser asimismo “sensible” y “comprometida”, en el sentido de que enfrenta al lector con la realidad de su lengua; una lengua que, además de un medio de comunicación, es también un refinado instrumento de exclusión social.

Si en este pasaje Gian Castelli Gair muestra que no sólo los vocablos asociados a la corrección política son trasladables (en el peor de los casos por el procedimiento del calco, del préstamo o de la naturalización), sino que también *el debate* que plantea es *extrapolable* a nuestro idioma, y las traducciones *topoi* donde legítimamente llevarlo a cabo, en un pasaje posterior demuestra que es posible lograr equivalencias dinámicas que, además de partir de la perspectiva de la cultura de llegada —tradicionalmente el punto de referencia último de este tipo de equivalencia—, se avienen también con el de la corrección política. En otras palabras, con las naturalizaciones que a continuación examinaremos, demuestra Castelli Gair que la corrección política, además de estudiarse como un fenómeno norteamericano, también puede entenderse como un movimiento

---

<sup>315</sup> Philip C. Sutton, “A Translator’s Dilemma”, en Karl Simms (ed.), *op. cit.*, págs. 67-75. El artículo de Sutton da cuenta de la polémica originada en torno a una traducción suya de un texto sobre una festividad local, encabezada por unos personajes que reciben el nombre de “judíos”. Dos prestigiosos miembros de esta comunidad protestaron contra el contenido del texto en virtud de “its crude, racist stereotypes”. El caso expone el choque entre mentalidades colectivas en que se ve envuelta la traducción.

*compatible con, relevante a y productivo en* nuestra cultura. Así queda de manifiesto en la desenvoltura con que se articula, a menudo distanciándose del original, el código de valores de la corrección política en el siguiente pasaje, donde Santa Claus muestra al narrador los juguetes que trae consigo:

Y ante mis narices, va el muy sinvergüenza  
y saca una Barbie enjorada y con trenzas.

“¡Traerle esto a mi hija no es más que un ultraje!  
¡Ni ella es tan sexista ni yo tan salvaje!

¡Con esta tripita y con esta figura,  
idiotizaría a mi criatura!

Querría someterse en plena adolescencia  
a dietas sin grasas y a graves carencias.

Tomando su aspecto normal del revés  
en vez de aceptarse tal y como es.”

Él seguía buscando dentro del capazo:  
“Mira este juguete! ¡Es un exitazo!

Al ver lo que era, solté un alarido:  
¡Una metralleta de aire comprimido!

“¿Llamas exitazo a este trasto dañino?  
¿Al arma perfecta para un asesino?

¿Por qué no una bazuca o quizá una granada?  
¿Por qué no un machete o una recortada?

¿Qué otros disparates transportas ahí dentro?  
Ábrelo ahora mismo, a ver lo que encuentro...

¡Una cocinita! ¡Esto es repugnante!  
¡Qué idea tan machista y tan esclavizante!

“Flechas dirigidas mediante infrarrojos”...  
¿Quieres que mis hijos me salten un ojo?

Y grúas, y sierras, e incluso un mecano  
que hacen de las selvas zonas de secano.

Palés y Monopolys... valiente inmundicia:  
escuelas primarias para la codicia.

He sheepishly did as I'd asked and behold!  
A Malibu Barbie in a skirt made of gold.

“You think that my girls will like playing with this  
An icon of sexist, consumerist kitsch?

“With its unnatural figure and airheaded grin,  
This trollop makes every girl yearn to be thin,

“And take up fad diets and bringing and purging  
Instead of respecting her own body's urging

“To welcome the shape that her body has found  
And rejoice to be lanky, short, skinny, or round.”

Deep in his satchel he searched for a toy,  
Saying, “This is a hit with most little boys.”

And what did he put in my trembling hand  
But a gun from the BrainBlasters Power Command!

“It's a ‘hit’ to be sure,” I sneered in his face,  
“And a plague to infect the whole human race!

“How ‘bout grenades or some working bazookas  
To turn *all* our kids into half-wit palookas?”

I seized on his bag just to see for myself  
The filth being spread by this odious elf.

And Easy-Bake Oven—ah, goddess, what perfidy!  
To hoodwink young girls into household captivity!

Plus an archery play set with shafts that fly out,  
The very thing needed to put your eye out.

And toy metal tractors, steam shovels, and cranes  
For tearing down woodlands and scarring the plains,

Plus “games” like Monopoly, Pay Day, Tycoon,  
As if lessons in greed can't start up too soon.



Y aquí hay aún más armas, esto no termina... And even more weapons from BrainBlasters Co.,  
¡y aquí hay más muñecas, y aquí hay más cocinas!” Like cannons & nunchucks and ray guns that glow.

Tan sólo había en su cargamento: That’s all I could find in his red velvet sack—  
juego de incultura y aburguesamiento.<sup>316</sup> Perverseness and mayhem to set us all back.<sup>317</sup>

Castelli Gair, una vez ha interiorizado el discurso de lo PC, reescribe en nuestros propios términos una experiencia que le es ajena, produce una traducción cultural que, si bien desprecia ciertos elementos, resalta y amplía otros a partir del conocimiento del discurso que informa el texto. Si todos los cambios son relevantes, a nuestro entender la frase con la que concluye esta cita es sumamente significativa: el original en ningún momento menciona ni en nombre de lo PC censura la “incultura” y el “aburguesamiento”, pero Castelli Gair sabe ver que también estos valores son objeto de las críticas de la corrección política, y no duda en servirse de ellos para salir airoso de las restricciones que le impone la estructura rimada que ha adoptado y a la vez transmitir el mensaje esencial del pasaje.

En fin, si en las dos primeras entregas Castelli Gair traduce fundamentalmente *las palabras* de Garner, en ésta se percibe un intento de traducir *la controversia, la reflexión* y, por qué no, incluso *la risa* que éstas originan. Esto, en nuestra opinión, le sitúa en la línea de Marlene Wildeman y de Howard Scott, quienes, enfrentados a la traducción de un texto en el que el tema central es la naturaleza social, política del lenguaje, exponen en los prefacios a sus respectivas versiones de *La lettre aérienne* de Nicole Brossard y *L’Euguelionne* de Louky Bersianik que, a su entender, resulta *más fiel* a la intención marcadamente política del original *adaptar la polémica* en torno al uso del idioma a la lengua de llegada que simplemente *transmitir la crítica* del sexismo del idioma original, en su caso el francés<sup>318</sup>. La traducción, en opinión de estos autores, no puede limitarse a traducir *el* sentido (literal) cuando el protagonista de las obras es un lenguaje que renuncia a ser mero instrumento de comunicación y decide demostrar que

<sup>316</sup> James Finn Garner, *Cuentos navideños políticamente correctos*, págs. 23-25.

<sup>317</sup> James Finn Garner, *Politically Correct Holiday Stories for an Enlightened Yuletide Season*, pág. 6-8.

<sup>318</sup> Cf. Marlene Wildeman, “Translator’s Introduction”, ya citado, y Howard Scott, “Translator’s Preface” a Louky Bersianik, *The Euguelion*, Montreal, Alter Ego Editions, 1996, págs. vii-viii.

el sentido es múltiple, que se constituye y que a la vez se dispersa porque el lenguaje es siempre *conflicto* —una opinión que también suscriben ciertos traductores de obras en las que el lenguaje explota su potencial autorreflexivo y subversivo sin que *en principio* esto tenga un cariz marcadamente político. Salvando las distancias, Gregory Rabassa, en sus traducciones de Julio Cortázar, y Francisco García Tortosa, en sus traducciones de James Joyce, han puesto de manifiesto que cuando en la obra original el argumento reside en gran medida en el modo en el que el código gira sobre sí mismo, en el que el lenguaje se estira y se retuerce, la traducción difícilmente puede contentarse con traducir las palabras, sino que más bien debe tratar de trasladar *su dialéctica*. Sugiere Tortosa, en este sentido, que traducir a un autor como Joyce pasa por “someter una lengua determinada a la misma experimentación que Joyce empleó con el inglés, partiendo de iguales premisas y tratando de conservar el mayor número de registros, juegos de palabras, alusiones, etc., del original” y, en definitiva, por “entrar en el proceso de creación del autor”<sup>319</sup>. Por su parte Gregory Rabassa estima de una manera harto esclarecedora de su poética y política traductorales que “the best way to translate *glíglico* is to put it into Gliglish”<sup>320</sup>.

Todos estos casos, tan diferentes entre sí, se avienen en el sentido de que representan lo que Venuti denomina *minor translating*, un modo de traducir caracterizado por prácticas altamente creativas que desestabiliza los códigos dominantes, que los desterritorializa, libera la heteroglosia y la polifonía lingüística, y en el que en último extremo, al apartarse de los modos convencionales de traducir, la experimentación estética es ya en sí una acción política<sup>321</sup>. Este tipo de traducción minoritaria parte de la idea fundamental de que las lenguas no son conjuntos homogéneos ni entidades estáticas, sino *topoi* de la multiplicidad, ensamblajes de

---

<sup>319</sup> Francisco García Tortosa, “Introducción” a James Joyce, *Anna Livia Plurabelle (Finnegans Wake, I, viii)*, Madrid, Cátedra, 1992, pág. 111. La traducción de este fragmento de la obra de Joyce es del propio García Tortosa, de Ricardo Navarrete Franco y José María Tejedor Cabrera.

<sup>320</sup> Gregory Rabassa, “Words Cannot Express... The Translation of Cultures”, en Luis Williams y Julio Rodríguez-Luis (eds.), *op. cit.* pág. 37.

<sup>321</sup> Cf. Lawrence Venuti, “Introduction” a *Translation & Minority*, pág. 139.

variedades, dialectos, jergas, clichés, eslóganes, formas innovadoras, vocablos raros y desusados, arcaísmos, sedes de numerosas *lenguas menores*, esto es, de formas colectivas de enunciación marginales. El lenguaje asociado a la corrección política, sin ir más lejos, es uno de esos *minor languages*.

En un artículo basado en las versiones castellanas de los dos primeros volúmenes de cuentos políticamente correctos, Margarita Carretero González describía y justificaba la traducción a cargo de Castelli Gair. El veredicto era indirectamente negativo: en su opinión, lo políticamente correcto era un discurso que —opinión harto discutible— buscaba la neutralidad y trataba de ser lo más aséptico posible; la traducción al español era a su modo de ver sumamente difícil y estaba inevitablemente abocada al fracaso, lo primero en parte porque, como señalaba a lo largo de sus explicaciones, en español *no existen* ciertas palabras equivalentes a las que propone Garner, y lo segundo fundamentalmente porque “[d]ada la naturaleza de nuestra lengua, que [...] marca de forma gramatical el género de seres asexuados del mismo modo que lo hace con los seres animados, se hace imposible conseguir un lenguaje completamente neutral en este sentido”<sup>322</sup>. En realidad, en línea con la matización que hacíamos antes, esta afirmación no remite únicamente a los obstáculos que en su opinión no ha conseguido salvar Castelli Gair, de los que da cuenta a lo largo del estudio, sino que debe entenderse como una declaración de principios que la propia autora suscribe. Así se confirma en el párrafo final:

Y así, mientras una mesa sea femenino singular y un lápiz masculino singular, mientras sigamos hablando una lengua con distinciones claras de género, la corrección política sólo podrá tener un éxito limitado, lo cual, por otra parte, resulta bastante natural.<sup>323</sup>

---

<sup>322</sup> Margarita Carretero González, “Hombrecillos ‘verticalmente limitados’ y caldereros ‘económicamente desfavorecidos’: traducción al español de los cuentos ‘políticamente correctos’ de James Finn Garner”, en Luis Soto Vázquez y Begoña Crespo García (eds.), *Insights into Translation*, A Coruña, Universidade da Coruña, 1999, págs. 183-184 y 198-199.

<sup>323</sup> *Ibid.*, pág. 199.

A la luz de la actuación de Castelli Gair en la tercera entrega de cuentos políticamente correctos, no podemos estar de acuerdo con el dictamen de Carretero, que en el fondo deriva de una visión de la traducción particular (en realidad, generalizada; sin ir más lejos es la que invocaba también Haro-Tecglen): la traducción como una actividad al servicio de y a la vez sujeta a las convenciones dominantes de la lengua de llegada, como esclava y cómplice de lo establecido, como prisionera y arbotante de lo normativo, lo ritual. El hecho de que Carretero no sólo certifique sino que también respalde que las traducciones de Castelli Gair en concreto y en general todo lo relacionado con lo PC sólo puedan trasladar parcialmente la corrección política al español en realidad entronca con la adhesión al imperio apenas cuestionado de *un* modelo de traducción; imperio que paradójicamente da por hecho que incluso la versión de los textos escritos en *minor languages* necesariamente pasa por formas de *major translating*.

Pero a la vez entroncan con la actitud que caracteriza a un estadio determinado de la traducción cultural de la corrección política, lo que nos da pie a recordar que la traducción y la evaluación que de ella se hace es inseparable del contexto histórico en el que se enmarca y de las condiciones reinantes en su circunstancia cultural. En realidad, las dos primeras traducciones de Garner se alinean con todo ese conjunto textual que hemos agrupado bajo la denominación de reescrituras reproductoras, en las que lo PC se percibe ajeno a nuestras convenciones, nuestras costumbres y nuestra mentalidad. Las primeras traducciones de Castelli Gair, ciertamente, responden a las *expectativas* creadas por éstas, pero también en cierta medida reflejan las *condiciones de posibilidad* existentes para la traducción, en otras palabras, el grado de implantación de lo PC en nuestro país, la amplitud —o en su caso, la parvedad— del abanico de posibilidades que *en ese momento* el traductor tenía a su disposición; un abanico considerablemente limitado y exiguo en comparación con el actual.

Y también, hasta cierto punto, en comparación con el disponible en el momento en el que Castelli Gair inicia la traducción de la tercera entrega de los cuentos políticamente correctos. Esta traducción osada es, desde luego, fruto de una mayor

intrepidez y arrojo del traductor, visible ya en la decisión de separarse más de las palabras y la redacción del original; pero también es fruto de una circunstancia cultural en la que el alcance y la gama de recursos y prácticas asociadas en España a lo PC se han visto considerablemente ampliadas. Las traducciones son obra de los traductores, pero a la vez hijas de su tiempo. No hay que olvidar que incluso las formas de *minor translating* requieren, so pena de resultar totalmente ininteligibles y de verse rechazadas por no cumplir con los criterios mínimos de aceptabilidad, una *base social* en la que anclarse. No en vano, Venuti resalta en todo momento el carácter *colectivo* de éstas que llama “lenguas minoritarias”, de las traducciones que la emplean y de ese *remainder* o excedente de significación que liberan<sup>324</sup>. Ni que decir tiene, también se deberá a las reescrituras la preparación de esa *base social* sobre la que se erige la traducción comentada. Y esto nos obliga a dar un paso adelante, porque difícilmente puede encontrarse esa *base* en las reescrituras que hasta ahora hemos estudiado, las reescrituras reproductoras.

\* \* \*

En realidad, hasta ahora hemos considerado una serie de reescrituras que introducen en España lo políticamente correcto, aunque no sin cierto recelo y desconfianza, y que por lo general al tiempo que le ceden el paso tratan de *controlar* y *delimitar* el espacio de este discurso extranjero, cuando no de *inhabilitarlo* a la hora de contribuir en la construcción de nuestra cultura. El hecho de que en ellas se recalque el carácter foráneo de lo PC no es, en este sentido, gratuito —nunca lo es, desde el momento en que, como dice Papastergiadis, lo “extranjero” no está ligado a ninguna categorización *a priori*, sino que por alguna razón se identifica como tal en los procesos de traducción<sup>325</sup>; nunca lo es, desde el momento en que la marca de lo extranjero, sugiere Carbonell, lleva aparejada toda una serie de valores y presuposiciones que se

---

<sup>324</sup> Cf. Lawrence Venuti, *The Scandals of Translation. Towards an Ethics of Difference*, pág. 110; “Introduction” a *Translation & Minority*, pág. 136.

<sup>325</sup> Nikos Papastergiadis, “Restless Hybrids”, *Third Text*, 32, otoño de 1995, pág. 15.

proyectan en lo que de tal se califica y lo condicionan<sup>326</sup>—, y en muchos casos persigue ese objetivo censor: tal clasificación, unida a la exageración de los desmanes imputados a lo PC y la ridiculización de sus supuestas extravagancias, se antoja o se ansía como un preludio de la asociación de lo extranjero con lo bárbaro, lo indeseable, lo abyecto, como un preludio, en definitiva, de su desprecio. Si la segregación hubiera prosperado, si lo Otro no hubiera salido de ese espacio donde se mantiene la alteridad prisionera, controlada y maniatada, en unos moldes fabricados a capricho y conveniencia de la sociedad receptora, lo PC hubiera terminado por extinguirse. No en vano, lo Otro que no se mezcla, que no se integra, va debilitándose y en último extremo se agota. De hecho, la única vía para la supervivencia de los discursos culturales fuera de las que erróneamente se consideran sus fronteras naturales es la *hibridación*.

Evidentemente, lo PC no expiró, ni mucho menos, tras el seguimiento informativo que suscitaron en nuestra cultura las guerras norteamericanas en las que salió este movimiento a la luz pública. Al contrario, ha ido dilatándose y ampliándose hasta convertirse, cuando menos, en un tema de conversación de moda, en un comodín multiuso, en una referencia obligada en la cultura española. Aunque sólo sea a juzgar por lo extendido del término que lo enarborla, y de su contrario —lo “políticamente incorrecto”—, con el beneficio de la relativa distancia histórica parece, pues, que cabe afirmar que se equivocaban quienes auguraban para lo PC poco o nulo éxito en nuestra cultura, fuera en virtud de nuestra mentalidad, de nuestra disposición a la diferencia o de las normas de nuestra lengua. Evidentemente, eso vuelve a remitirnos, no puede ser de otra manera, a toda una masa de actividad textual compuesta por las que genéricamente hemos denominado reescrituras; en realidad, a *otras* reescrituras, diferentes a las que hasta ahora nos han ocupado, que han proseguido ese enorme proceso de traducción que estudiamos y al que nos sumamos. Y es que, efectivamente, en nuestra cultura se han producido otros textos que, lejos de segregar lo PC y de “discriminarlo” como un

---

<sup>326</sup> Ovidi Carbonell i Cortés, “Orientalism in Translation. Familiarizing and Defamiliarizing Strategies”, en Ann Beylard-Ozeroff, Jana Králová y Barbara Moser-Mercer (eds.), *Translator's Strategies and Creativity*, Amsterdam/Filadelfia, John Benjamins, 1998, pág. 68.

fenómeno *exclusivamente* norteamericano, entienden o prueban que este discurso no es, o no debe ser, del todo ajeno a nuestros modos.

Paradigmático en este último sentido es “Menos broma con la corrección política”, un artículo de Xavier Rubert de Ventós publicado originalmente en *El País*, y después ampliado para su inclusión en la reciente obra *Dios, entre otros inconvenientes*. En él, este autor define la corrección política como un “voluntarista intento de *reparar* el pasado” y “*preservar* el futuro”, y destaca la necesidad de desgajarla de su contexto original y de interpretarla como un fenómeno *internacional, internacionalmente visible* (Ventós de hecho juzga que ciertas actitudes, como la utilización de un lenguaje intelectual transgresor y subversivo por parte de algunas generaciones de intelectuales europeos o la reserva de una serie de “cuotas” para proteger los productos audiovisuales europeos de la avalancha de cine norteamericano son típicamente PC, aunque no suelen ligarse al movimiento estadounidense, e incluso lo precedan) y, aún más, si se despega de las narrativas y las anécdotas en que en opinión de este autor ha quedado ridiculizada, *internacionalmente relevante*, cargada de significado:

Más allá de su caricatura, la corrección política aparece así como el legítimo intento de “corrección en curso” tanto de las inercias sociales y lingüísticas que atenazan el presente como de las tendencias predatorias que amenazan el futuro de la tierra y de nuestros hijos. Y esto no es americano.<sup>327</sup>

Lo PC, para Ventós, es más que uno de tantos fenómenos norteamericanos (como “los telepredicadores, las hamburguesas, el racismo, la caza de brujas, las convenciones políticas con sombreritos y demás efectos especiales”<sup>328</sup>) “que, por si las moscas, [en Europa] hemos decidido que ‘no pasarán’”. Es más que eso y, en opinión de este autor, *debe ser* más que eso. Para Ventós, lo PC es una filosofía que, aun con sus imperfecciones, *no deberíamos desechar*, porque, como resume al final del capítulo que dedica a lo PC en su libro:

---

<sup>327</sup> Cf. Xavier Rubert de Ventós, “Menos broma con la corrección política”, *El País*, 11 de noviembre de 1995, págs. 11-12.

<sup>328</sup> Xavier Rubert de Ventós, “Ser política (y estéticamente correcto)”, *Dios, entre otros inconvenientes*, Barcelona, Anagrama, 2000, pág. 72.

1) contra la desigualdad de oportunidades hace falta *luchar*; 2) con la desigualdad de oportunidades físicas o psíquicas hace falta, además, aprender a *contar*; y 3) ante la desigualdad sancionada ya por los usos y el lenguaje mismo hay que *compensar* sus efectos, aunque de momento no se haya inventado un expediente más eficaz que el de la “discriminación positiva” ni nada menos cursi que el de la “corrección política”.<sup>329</sup>

Claro que, según diagnosticaba Rosa Pereda en 1994, lo PC, aparte de ser una posible vía para la cultura española, en cierta medida es también una realidad. Efectivamente, si “Menos broma con la corrección política” es paradigmático a la hora de *reivindicar* que lo PC no es ajeno a nuestra sociedad, “La cultura del eufemismo” lo es a la hora de *constatarlo*. Ante las opiniones de los que mantenían que “la corrección política no ha tenido, salvo de manera incipiente en Gran Bretaña, ninguna acogida en Europa”, decía su autora lo siguiente:

Yo no estoy tan segura. Evidentemente, hace ya muchos años que en España se ha instalado una cierta corrección política, creo que desde la transición: por ejemplo, pertenecen a esta familia las palabras invidente, por ciego, o minusválido físico o psíquico, por persona con defectos físicos o problemas y retrasos mentales. Loco ha pasado a la historia y viejo también, y en eso se unen a la larga lista de nuestro lenguaje burgués decimonónico que permitía circunloquios y eufemismos como “morenito” o “gente de color”, “dar a luz” y “estar en estado de buena esperanza”, o “en estado” a secas. Una cierta actitud de respeto hacia las minorías, que viene desde las leyes democráticas igualitarias, generalizó la palabra homosexual, sustituyendo otras populares e insultantes para los gays y lesbianas, y empezó a utilizarse el femenino en los oficios con más prestigio, aunque la palabra no tuviera género, cuando eran mujeres las que lo desempeñaban: por ejemplo, jueza. Pero el “señoras y señores” de cortesía, convertido en “compañeros y compañeras”, “amigas y amigos”, se está volviendo una pesada obligación que pone en entredicho el uso de “hombres” en el sentido de “seres humanos”, si bien hay muchas mujeres que prefieren restringir el uso masculino estricto de la palabra hombre y utilizar en este sentido “varón”. El Ms anglosajón parece estar consiguiéndose en la reducción de señora y señorita a señora, aunque tenga en castellano una connotación de clase, evidente en el uso ancillar de señorita, amén de las diferencias regionales y la connotación de edad. Y en cuanto al tema racial, en España —donde el *multi-culti* va por otro lado y ahora lo veremos— hay un deslizamiento hacia la nacionalidad. Así, en la crónica roja, se habla de detenidos “de nacionalidad marroquí” o “argelino”, “de acento sudamericano”, o “de origen africano”, aunque cuando se trata de gitanos o negros, se dice “de raza gitana” o “de raza negra”, lo cual resulta, hay que decirlo, bastante engorroso. [...] En España, el problema está en otro sitio, y con la mayor virulencia. El *multi-culti* se llama aquí “problemas nacionales”, o mejor —más correctamente constitucional— problemas autonómicos. Y la corrección política está en una ridícula mezcolanza idiomática... En todas las lenguas peninsulares, que conviven en el Estado—y ya “el Estado” es el eufemismo mayor del Reino, para no nombrar España—, en todas las lenguas peninsulares, digo, hay palabras fetiche, que tienen que ver con las instituciones democráticas autonómicas. Es el presidente de la autonomía, el *‘lehendakari’* o el *‘president’*, es el mismo gobierno autonómico, la

---

<sup>329</sup> *Ibid.*, pág. 79.



“Xunta” o la “Generalitat”: lo políticamente correcto es mencionar esos cargos o esas instituciones, en medio de un texto en castellano, con la palabra en la otra lengua peninsular. Pero lo que sería incluso práctico, se pasa en otros casos, por ejemplo, cuando fetichiza los nombres geográficos, o los de los cargos públicos —como consejero, *conseller* o *conselleiro*—. Por ejemplo, resulta políticamente correcto en castellano decir Lleida y no Lérida, o Girona y no Gerona, y sin embargo Londres y no London, o Nueva York, y no New York... me pierdo.<sup>330</sup>

Estas observaciones son similares a las que expone Muñoz Molina en una fecha bastante posterior, lo cual da idea de hasta qué punto lo PC se ha creído y querido alejado de la identidad cultural española, hasta qué punto pervive la idea de que lo PC es un diseño exclusivamente americano y, por consiguiente, hasta qué punto son potentes y eficaces los mecanismos de control, en los que participa la traducción, con los que se trata de imponer un cierto orden del discurso y una cierta separación entre el “nosotros” y el “ellos”, entre lo Mismo y lo Otro:

Se trata [la corrección política], como dice Robert Hughes, de una especie de Lourdes verbal, en el cual las palabras tendrían la misma intención que el agua milagrosa, y seguramente el mismo efecto. Pero lo que yo no acabo de entender es la razón por la que los españoles, al hablar de estas ridiculeces, damos por supuesto que nosotros estamos libres de ellas, cuando en realidad vivimos en el reino encantado de la corrección política, que no sólo ha creado el lenguaje asistencial de los llamados servicios sociales, sino que ha poblado el país de toponimias arbitrarias o fantásticas, e incluso cambiado las normas de pronunciación y ortografía de la lengua castellana, como si fuéramos nosotros, los españoles, sus dueños, y no una parte no demasiado numerosa de sus usuarios. Aún me acuerdo de cuando en Granada se decidió que lo adecuado era que el Albaicín se llamara Albayzin, con una ortografía que a sus promotores debió de parecerles el colmo de lo políticamente nazari<sup>331</sup>.

Los artículos de Rubert de Ventós, Pereda y Molina siguen reescribiendo la corrección política, pero esta vez *a nuestros propios términos*. En su caso, la traducción que llevan a cabo se inclina hacia el extremo de la naturalización. Ciertamente, una vez más volvemos a hablar de traducción aun cuando cada uno de estos textos no tenga contrapartida en otro previo, ni provenga de otro original u originario. No obstante, sí dimana claramente de otro discurso; remite de manera palmaria a los *fragmentos*, a los

---

<sup>330</sup> Rosa Pereda, *art. cit.*, págs. 81-82.

<sup>331</sup> Antonio Muñoz Molina, “Políticamente correcto”, *El País Semanal*, 5 de septiembre de 1999, pág. 106.

*retazos* de otro(s) extranjero(s)<sup>332</sup> que se apalabran teniendo en cuenta las circunstancias de nuestra cultura, pero también sus intereses. De hecho, este tipo de traducción —como migración discursiva, por decirlo con la breve definición de Robyns<sup>333</sup>— también implica una manipulación, en el sentido de que la naturalización de lo PC persigue un fin concreto, ya sea alentar (Ventós), ya describir (Pereda) ya cuestionar (Molina) su provecho, y en último extremo determinar su aceptabilidad como parte de nuestra identidad cultural, ese complejo dinámico y variable de características —según la definición de Snell-Hornby— que una comunidad siente y reconoce como suyas<sup>334</sup>.

Los documentos de Ventós, Pereda y Molina no son sino tres ejemplos de una serie de reescrituras que, precisamente, dan cuenta de la candidatura o el ingreso de lo PC en ese código cultural intersubjetivo, básico. Por oposición a las primeras, a esas reescrituras reproductoras que se limitaban a observar lo PC como una particularidad estadounidense, como un fenómeno forastero, denominaremos *reescrituras productoras* a las que configuran un ámbito (en realidad, muchos ámbitos, pues gracias a ellas lo PC se disemina, se extiende, se amplía, se dispersa) de aplicación para lo PC *en* nuestra cultura. Pero además, hasta cierto punto, *privativos de* ella. No en vano, como en todo proceso de hibridación, lo políticamente correcto se integra acoplándose a las estructuras, a las ideas preconcebidas, a los modos y a los intereses distintivos de la sociedad de llegada, diferentes de los de la de origen, incluso contradictorios con ellos. No es de extrañar, pues, que el o los discursos que resulten de esa mezcla sean también distintos e incluso en algunos aspectos contradictorios con los que están en su base. De hecho, si en la primera fase de esta traducción cultural Verdú distinguía que lo PC era “genuinamente americano”, cabría sostener, a la luz del modo en que se ha ido

---

<sup>332</sup> Véanse, en este sentido, las observaciones de José Lambert en “History, Historiography and the Discipline. A Programme”, donde advierte la tendencia de la traducción, por un lado, a pasar inadvertida y, por otro, a aparecer de esa manera en cualquier uso del lenguaje como parte de un discurso, como *fragmento* (pág. 15).

<sup>333</sup> Cf. Clem Robyns, “Translation and Discursive Identity”, pág. 8.

<sup>334</sup> Mary Snell-Hornby, “Communicating in the Global Village: On Language, Translation and Cultural Identity”, en Christina Schäffner (ed.), *op. cit.*, pág. 105.

desarrollando posteriormente, que también hay una corrección política “típicamente española”, diferente de la norteamericana e incluso reñida con ella, hasta el punto —creemos— de que algunas de las asociaciones que genera la corrección política en España, si se expusieran al veredicto de los norteamericanos, no se juzgarían, ni mucho menos, políticamente correctas, sino más bien lo contrario.

En realidad, las contradicciones no son sino los ejemplos en que notoriamente se pone de manifiesto lo que verdaderamente sucede y lo que hay en juego en los episodios de traducción cultural amplios como el que estudiamos, pero también en las traducciones y reescrituras particulares que los conforman. En ellas, ciertamente, se hace visible la complejidad del encuentro cultural que, según Carbonell, al tiempo da como resultado solapamientos y negociaciones<sup>335</sup>; se pone de relieve el carácter híbrido de los discursos y de los textos que emergen de un proceso *dual* por cuanto la traducción opera a la vez, dice Papastergiadis, *desplazamientos y correspondencias*<sup>336</sup>. A juzgar por lo que sostienen estos autores, al contrario de lo que se piensa y de lo que se espera, la traducción (cultural) no está enteramente basada en la *coincidencia*, sino que también da cauce a la *diferencia*, la *desigualdad*, la *desemejanza*. Hillis Miller, ya lo veíamos, dice en este sentido que, al viajar, al cruzar las fronteras, al ocupar un nuevo territorio y hacerse hueco en una nueva lengua, al *traducirse*, las ideas y las teorías inevitable y necesariamente se alteran y en cierto modo se tergiversan<sup>337</sup>. La corrección política no es una excepción: su traslado y, más aún, *su supervivencia* en el contexto español implican, hasta cierto punto requieren y, por tanto, en su desarrollo generan una acomodación, una distorsión, una deformación, por decirlo de alguna manera, de aquélla que sólo estratégicamente podemos considerar la corrección política “primigenia”.

---

<sup>335</sup> Ovidi Carbonell i Cortés, *Traducción y cultura. De la ideología al texto*, pág. 233.

<sup>336</sup> *Ibid.*, pág. 18.

<sup>337</sup> J. Hillis Miller, *art. cit.*, pág. 223.

En cierta medida, es previsible; previsible, dice Venuti a propósito de la traducción de filosofía, desde el momento en que se acepta que el lenguaje no sólo transmite el pensamiento, sino que lo constituye, pues a partir de esa premisa es fácil y a la vez preciso darse cuenta de que con el cambio de lengua no sólo se reproducen una serie de principios o fundamentos, sino que se alienta y se genera más pensamiento, otro pensamiento, distinto, particular, indisoluble del nuevo contexto y de su nueva formulación lingüística<sup>338</sup>. De ahí, como ya apuntábamos anteriormente, que, por ejemplo, Chesterman proponga una imaginería alternativa a las tradicionales representaciones de la traducción como copia, mudanza o réplica para conceptualizar un proceso que, para este autor, se asemeja más a una propagación, una expansión, una multiplicación geométrica e incluso genética<sup>339</sup>. La traducción es más bien, según la metáfora de Kristeva, un injerto, que una vez implantado germina y sobrevive alimentándose, contaminándose de la savia propia de donde se implanta; una adopción de consecuencias imprevisibles<sup>340</sup>. La traducción de lo políticamente correcto a la cultura española, a pesar del control que sobre este discurso ejercieron quienes la iniciaron, y quizá también muy a su pesar, no se detiene en la transcripción de la experiencia de lo PC en la cultura de partida, sino que prosigue hasta hacerla suya, de la cultura receptora (lo cual no significa reproducirla, pues toda experiencia es irrepetible). Esta acomodación de lo extraño se asemeja a los procesos de apropiación a los que se ven sometidas las palabras prestadas, que, en cierta manera, según lo expone Rabassa, corren paralelos a uno de vulgarización:

When cultures cross and mingle, there is a good deal of exchange, especially in language. A word will first come over as a sort of exotic addition that makes something commonplace seem foreign and exclusive. The word, if it survives the first encounter, will settle into local usage and eventually, over a long period of time, will become part of the language.<sup>341</sup>

---

<sup>338</sup> Lawrence Venuti, *The Scandals of Translation. Towards an Ethics of Difference*, pág. 115.

<sup>339</sup> Andrew Chesterman, *Memes of translation. The Spread of Ideas in Translation Theory*, pág. 8

<sup>340</sup> Julia Kristeva, *El porvenir de una revuelta*, pág. 100.

<sup>341</sup> Gregory Rabassa, *art. cit.*, pág. 188.

Como veremos rescatando ejemplos del *archivo* recopilado, lo PC en España se agranda: la traducción dispara y espolea los significados y la red de asociaciones originales de lo PC al refractarlas contra los temas y ecos presentes y audibles en la nueva circunstancia cultural. Pero a la vez, por eso mismo, se distancia, se diferencia: los significados de lo PC, al mezclarse con los valores y los conflictos del nuevo contexto, se desestabilizan, fluctúan, se transforman. Lo PC, en cierto modo, crece y cobra vida propia, desbordando en su evolución el reducido espacio cultural que se le otorgó en un principio como una concepción exclusivamente norteamericana.

La imagen del desbordamiento no es casual, sino ilustrativa de nuestra propia conceptualización del proceso de hibridación. Para nosotros, la corrección política que originalmente proyectaron las reescrituras reproductoras en España se nos antoja como una corriente inestable y volátil que se encuentra retenida en un recipiente o, mejor, un receptáculo donde se tiene aherrojado y circunscrito lo Otro; un receptáculo cuyas paredes son las invisibles lindes con que la cultura meta separa su “propiedad” de lo “impropio”. El recipiente, sin embargo, se descubre ligeramente reducido, insuficiente, menguado. De cuando en cuando, en los momentos en los que se le zarandea, lo Otro rebasa esas barreras frágiles, y se derrama, se abanta: ciertos aspectos de la corrección política, desgajados de la corriente que los transporta, se vierten en tierra nueva y abonan sus semillas para brotar con otras formas. Lo más importante reside en el hecho de que el desbordamiento se produce a oleadas, a ráfagas, por embates, por rachas; sólo son determinadas características las que selectiva y separadamente se liberan y cunden, fermentan. En suma, también la nueva red de alusiones y referencias que para lo PC construyen estas reescrituras productoras se basa en la metonimia y la sinécdoque discursivas.

Efectivamente, los nuevos enlaces que crea la cultura española para lo PC se engendran con la integración en nuevos contextos de un número de componentes concretos, disociados del conjunto, descontextualizados. Es más, la evolución que sigue cada uno de esos elementos por separado no es del todo coherente; a menudo, como ya adelantábamos, termina siendo contradictoria, en primer lugar, con los discursos

“originales” norteamericanos y, en segundo lugar, con el resto de los que florecen en la nueva tierra. En última instancia, resulta que las sendas que se abren para lo PC en este proceso de interiorización y reescritura, de traducción cultural, aun siéndolo nominalmente, no siempre son, en rigor, políticamente correctas. De ahí que pueda afirmarse que la hibridación desafía los discursos culturales dominantes al burlar la tiranía del ideal de la homogeneización para instaurar en su lugar la multiplicidad y diversidad de lecturas, la variedad y coexistencia de interpretaciones aparentemente excluyentes y claramente contrapuntísticas, la incongruencia.

De lo que se trata, una vez constatada la heterogeneidad de asociaciones que crea lo PC en nuestra cultura, no es de determinar cuál de todas es la cierta, sino de tratar de entender a qué responde cada una de ellas y qué circunstancias la propicia, pero también qué consecuencias trae aparejadas. Y es que el tratamiento que recibe lo PC nos da pistas, ciertamente, para averiguar cuáles son nuestros rasgos diferenciales, nuestra propia identidad, y, si procede, reivindicarlos; pero también para evaluar, por contraste con los de otras culturas, en qué medida éstos suponen un lastre en el avance de determinadas causas. Siguiendo los consejos de Vattimo, creemos que es importante caer en la cuenta de la diferencia, si bien no ha de tropezarse en el error de glorificarla a toda costa<sup>342</sup>. La diferencia es un concepto relacional y variable, lo cual deja abierta la posibilidad a preguntarse hasta qué punto resulta ética y, por supuesto, a actuar en consonancia; si viene al caso, a enmendarla. No en vano, según sugiere Bhabha, la identidad no es un *a priori* o un producto acabado, sino siempre provisional<sup>343</sup> y, a juzgar por lo que sugiere Venuti, la traducción, como por otra parte toda práctica cultural que expone una sociedad al Otro, una de las actividades que precipita el cambio social, es decir, en último extremo la revolución identitaria<sup>344</sup>.

---

<sup>342</sup> Cf. Gianni Vattimo, *art. cit.*, págs. 17-18.

<sup>343</sup> Homi Bhabha, “Foreword”, pág. xii.

<sup>344</sup> Cf. Lawrence Venuti, *The Scandals of Translation. Towards an Ethics of Difference*, pág. 79.

De hecho, y por adentrarnos de lleno en las reescrituras que anunciábamos, algunos de los que han utilizado lo PC como excusa para intervenir en nuestra identidad cultural han auscultado en ella la necesidad y/o la posibilidad de rectificar el modo en que se construye frente a otras, fundamentalmente si se trata de colectividades desfavorecidas y especialmente en lo que atañe al terreno de lo lingüístico. Como queda de manifiesto en los artículos de Pereda y Molina, ya citados, lo PC en España también se ha vinculado a la dignificación del lenguaje público empleado en relación con los más desfavorecidos. De la mano de lo políticamente correcto, o mediante una acusación por incorrección política, se ha solicitado en España un tratamiento verbal más cuidadoso para con los enfermos o los discapacitados<sup>345</sup>; se ha denunciado el sexismo<sup>346</sup>, el racismo, el antisemitismo o la homofobia<sup>347</sup> que destila la redacción de las definiciones en las obras de referencia lingüística como diccionarios, tesauros de sinónimos o glosarios; se ha defendido una cierta ética redactora respetuosa con las diferencias y prevenida a la hora de alimentar su vinculación con comportamientos sociales estigmatizados<sup>348</sup>, y en general se ha tratado de fomentar “las normas de cortesía o de buena educación, [...] la delicadeza con la que me parece preciso escribir sobre los débiles o los desfavorecidos” a las que se refiere en otro artículo alguien por lo general crítico con lo PC, como es Antonio Muñoz Molina<sup>349</sup>.

---

<sup>345</sup> Véase, en este sentido, la decisión de la que nos habla M. José Díaz de Tuesta de la asociación de personas con síndrome de Down, que ha solicitado que se desechen términos como “*padecen, están afectados* o son víctimas del síndrome de Down”, por entender que transmiten una imagen de esta condición demasiado negativa (“Políticamente incorrecto”, *El País*, 27 de octubre de 1997, pág. 35).

<sup>346</sup> Cf. Carlos Arroyo, “Expulsadas del diccionario”, *El País*, 19 de septiembre de 1998, pág. 27; Caridad Cano Joaquín, “¿Ordenadores sexistas?”, *El País*, 13 de septiembre de 1998, pág. 16; Agencias, “Sexismo informático”, *El Norte de Castilla*, 20 de agosto de 1999, pág. 60.

<sup>347</sup> Cf. Xosé Castro Roig, “Antisemitismo, racismo y sexismo en el DRAE”, <http://xcastro.com/drae1.html>; del mismo autor, “A golpe de diccionario”, *Lateral*, marzo 2000, pág. 4.

<sup>348</sup> Cf. Rosa Montero, “Inútiles”, *El País*, 8 de diciembre de 1998, pág. 63; Juan Cavestany, “Decisión salomónica en Nueva York”, *El País*, 31 de marzo de 1999, pág. 56; Camilo Valdecantos (El defensor del lector), “La diferencia es noticia”, *El País*, 11 de julio de 1999, pág. 16.

<sup>349</sup> Antonio Muñoz Molina, “La suspicacia”, *El País Semanal*, 26 de abril de 1998, pág. 150.

De todos modos, en los documentos que componen nuestro archivo, lo políticamente correcto no sólo se ha vinculado a la actitud condescendiente que adoptan los privilegiados frente a los desamparados, sino también a la necesaria modificación de las conductas dominantes como respuesta lógica a los cambios acaecidos en las relaciones de poder vigentes. Como también prueban los artículos de Pereda y Molina, entroncando con los móviles de la filosofía de la corrección política que se fraguó en las aulas de la Universidad norteamericana y que en esta Tesis Doctoral hemos tratado en el segundo capítulo, lo PC en España en algunos momentos se percibe como el reflejo de una serie de transformaciones políticas y sociales, del avance en términos tanto reales como simbólicos de ciertas minorías. Políticamente correcto se considera, en este sentido, el lenguaje que elude la relegación de la mujer prosiguiendo así en el campo de las representaciones la lucha contra la discriminación que comenzó a librarse en el terreno laboral y social; un lenguaje que, a diferencia de lo que ocurría en Norteamérica, en nuestro país ha medrado no tanto gracias al influjo de los colectivos feministas más combatientes como en virtud del apoyo y el aval institucionales. La generalización en castellano del femenino de ciertas profesiones, carreras, cargos y titulaciones (“abogada”, “médica”, “jueza” o “directora”), la rectificación de la asimetría de las fórmulas de tratamiento utilizadas para varones y mujeres (como la homogeneización en “señora” de la distinción previa entre este término y “señorita”, la abolición de la fórmula “señora de”, o la inclusión de dobles como “D./D<sup>a</sup>.” en el lenguaje administrativo) y el cuestionamiento del uso del masculino en calidad de genérico ha sido impulsado en nuestra cultura fundamentalmente por los diferentes organismos de las administraciones públicas<sup>350</sup>.

---

<sup>350</sup> Cf. Ministerio de Educación y Ciencia, *Recomendaciones para el uso no sexista de la lengua*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1988; Ministerio de Asuntos Sociales, *Propuestas para evitar el sexismo en el lenguaje*, Madrid, Instituto de la Mujer, 1989; Ministerio para las Administraciones Públicas, *Uso no sexista del lenguaje administrativo*, Madrid, Ministerio para las Administraciones Públicas/Instituto de la Mujer/Ministerio de Asuntos Sociales, 1990; M<sup>a</sup>. Ángeles Errazu Colás, *Recomendaciones para un uso no sexista de la lengua*, Zaragoza, Instituto Aragonés de la Mujer, 1995; Carmen Alario, Mercedes Bengoechea, Eulàlia Lledó y Ana Vargas, *Nombra en femenino y en masculino*, Instituto Andaluz de la Mujer/Junta de Andalucía/Instituto de la Mujer/Ministerio de Asuntos sociales, 1995; Plataforma por un Lenguaje No Discriminatorio, *Alternativas para un lenguaje*



No sólo eso: también han sido las instituciones (o quienes aspiran a entrar en ellas) las que, no sin originar una fuerte oposición<sup>351</sup>, más han utilizado las medidas correctoras que proponen en sus propias guías, como ese “moderno uso *políticamente correcto* de evitar el genérico masculino” recurriendo, sugiere Grijelmo, a frases como “Mis palabras también van a estar dirigidas a los ciudadanos y ciudadanas” o a vocativos como “compañeros y compañeras”<sup>352</sup>. Más aún, también han sido dichas instituciones las que han arriesgado a la hora de abanderar la audacia y la transgresión lingüísticas que principalmente caracterizaran en Norteamérica a un sector marginal asociado a un feminismo posmoderno y en cierta medida elitista, en tanto la actividad lúdico-desconstructivista de los códigos dominantes en que centra(ba) su lucha es compleja desde el punto de vista teórico y resulta críptica para los no iniciados, lo que explica que en gran medida sus fórmulas sólo hayan encontrado difusión en el seno una minoría selecta. Por el contrario, en España las propuestas PC más intrépidas han

---

*no discriminatorio*, Valladolid, Ayuntamiento de Valladolid, 1996; Pura López Blanca y Amabilia Hidalgo Hernández, *Mira de quién hablas. Propuestas para una comunicación no sexista*, Alcobendas, Ayuntamiento de Alcobendas, 1997; Eulàlia Lledó, *Profesiones en femenino. Nombra desde la A hasta la Z*, Madrid, Instituto de la Mujer/Ministerio de Asuntos Sociales, s.f. Para un resumen crítico de algunas de estas obras, véanse los artículos de Xosé Castro Roig, “Uso no sexista del lenguaje administrativo”, <http://www.xcastro.com/sexismo1.html> y “Propuestas para evitar el sexismo en el lenguaje”, <http://www.xcastro.com/sexismo2.html>, así como “Sexo, genética y género”, <http://el-castellano.com/nosex.html>, de Alfonso Oroz. Este tipo de iniciativas también se han dado en el ámbito del resto de las lenguas peninsulares: Generalitat Valenciana, *Recomanacions per a un ús no sexista de la llengua*, València, Departament de la Dona/Conselleria de Cultura, Educació i Ciència, 1987; Generalitat de Catalunya, *Indicacions per evitar la discriminació per raó de sexe en el llenguatge administratiu*, Barcelona, Departament de la Presidència, 1992; Rosó Herrera i Joancomartí y Teresa Reñé i Ferrando, *Fem servir el llenguatge igualitari en l'acció sindical*, Unió General de Treballadors de Catalunya, s.f.

<sup>351</sup> Entre los artículos de opinión que se oponen al uso de la duplicación de los géneros para evitar los masculinos genéricos y, aún más, a la utilización del signo tipográfico de la arroba como instrumento de un lenguaje inclusivo, véanse los siguientes: Miguel García Posada, “El femenino políticamente correcto”, pág. 14; Javier Marías, “Cursilerías lingüísticas”, *El País*, 20 de marzo de 1995; Miguel García Posada, “Lorito Real”, *El País*, 23 de enero de 1997, pág. 41; F. Javier Pérez, “Sexofonistas”, *Campus*, enero de 1998, pág. 2; César Coca, “El mal del lenguaje políticamente correcto” (Entrevista a Javier Marías), *El Correo*, 29 de mayo de 1999, pág. 61; Fernando Lázaro Carreter, “Oratoria electoral”, *El País*, 4 de julio de 1999, pág. 13; Arturo Pérez-Reverte, “Clientes y clientas”, *El Semanal*, 2 de abril de 2000, pág. 10; Iñaki Ezkerra, “La mujer y el lenguaje”, *El Norte de Castilla*, 28 de abril de 2000, pág. 36; Fernando Lázaro Carreter, “El socio”, *El País*, 6 de agosto de 2000, pág. 11; Javier Marías, “Todas las farsantas sois iguales”, *El Semanal*, 13 de agosto de 2000, pág. 8.

<sup>352</sup> Cf. Álex Grijelmo, “Palabras y palabros”, *El País (Domingo)*, 15 de junio de 1997, pág. 7. Para un ejemplo de hasta qué punto ha triunfado el doblete políticamente correcto entre quienes se

conseguido llevar estampado un sello institucional. Así, por ejemplo, no sólo un partido político de ámbito estatal hizo suya para la campaña electoral del año 2000<sup>353</sup> la que el dibujante García Morán y José Antonio Sánchez Paso irónicamente denominaran la “arroba transgénica” y la “letra hermafrodita”<sup>354</sup>. Diversos sindicatos y organizaciones educativas<sup>355</sup> y varias instituciones autonómicas<sup>356</sup> han patrocinado asimismo fórmulas omnicomprendivas del tipo “l@s alumn@s”, que también han ganado mucha aceptación en el lenguaje epistolar cibernético y estudiantil<sup>357</sup>. En lo que se refiere a la aportación del feminismo, parece, pues, que en el trasvase lo PC cambia de manos: mientras en Norteamérica la corrección política era una reivindicación que los sectores más combativos de la sociedad hacían a los centros de poder, en España lo PC es, justamente al contrario, una solicitud que los centros de poder plantean a los ciudadanos.

La asociación de lo PC con el multiculturalismo se mantiene asimismo en España, si bien en relación con esta cuestión se perciben igualmente ciertos cambios. En Estados Unidos, las reivindicaciones multiculturalistas, entre ellas las que logran

---

encuentran en el entramado institucional, véase el caso extremo que recuerda Karmentxu Marín, “Carmen Romero. Diputada Socialista. ‘No he sido nunca felipista’”, *El País*, 2 de julio de 2000, pág. 64.

<sup>353</sup> El lema de la campaña de Izquierda Unida fue “SomoS necesari@s”, según puede constatarse, por ejemplo, en la publicidad inserta en *El País*, 28 de febrero de 2000, pág. 84.

<sup>354</sup> García Morán, “*¡u eres necesari@*” (viñeta cómica), *La Gaceta Regional*, 31 de enero de 2000, pág. 4; José Antonio Sánchez Paso, “Luces de afuera”, *El Adelanto* (Suplemento cultural), 2 de marzo de 2000, pág. iii.

<sup>355</sup> CC.OO., FAPA, FETE-UGT, Movimiento por la Calidad Educativa, MRF’s, Alcobendas, Getafe, Leganés, Parla, Torreloa, Valdemoro, Vallecas, “Ven a la escuela pública: ‘Aquí pintamos tod@s’”, *El País*, 2 de mayo de 2000, pág. 22.

<sup>356</sup> La Junta de Castilla y León patrocinó en 1999 unas Jornadas tituladas “Construir la sociedad del siglo XXI”, dirigida a “Educador@s, Animador@s, Profesor@s” (*El Norte de Castilla*, 17 de octubre de 1999, pág. 30); El Ayuntamiento de Madrid organizó en enero de 2001 unas Jornadas Técnicas sobre Accesibilidad Integral tituladas “Madrid accesible a tod@s” (en *Semana* [redacción], “La Reina Sofía, más castiza que nunca”, *Semana*, 31 de enero de 2001, pág. 43).

<sup>357</sup> Cf., por ejemplo, Ainhoa García Oyarzun, “Cabezas blancas”, *Generación XXI*, nº. 23, diciembre de 1998, pág. 3 y “¿Qué queremos los estudiantes”, *Generación XXI*, nº. 23, diciembre de 1998, págs. 6-7. Los comunicados de la Comisión de Deportes de la Facultad de Traducción y Documentación de la Universidad de Salamanca, por ejemplo, también se sirven de la arroba para integrar la referencia a los lectores masculinos y femeninos sin conculcar la “regla de la economía lingüística” que invocan muchos de los que arremeten contra el uso del doblete políticamente correcto.

traducirse en un cambio en la denominación usual en el lenguaje público para ciertos colectivos, se articulan preferentemente en torno a la categoría de resistencia de la raza: en Norteamérica, efectivamente, se entiende que el reconocimiento de la diversidad (cultural) pasa fundamentalmente por la reevaluación de las aportaciones de los diferentes pueblos o etnias. En España, la categoría de la raza y, con ella, las denominaciones con que habitualmente se consigna sí han experimentado una reconsideración a raíz de la introducción de lo PC, y, de hecho, se ha registrado el auge de una serie de designaciones más cautelosas que las tradicionales, como “subsahariano”, “de raza negra”, “de etnia gitana” o “de cultura árabe”<sup>358</sup>. La diferencia con respecto a Norteamérica radica, precisamente, en el hecho de que, más que designaciones, por lo general se trata de *heterodesignaciones*, de nombres impuestos por otros, por el poder, no de *reivindicaciones* de los propios grupos para hacer valer sus propios términos<sup>359</sup>. El tratamiento deferente hacia la raza es, en España, PC, pero no tanto porque se aprecie un cambio importante en las relaciones que unen a estos colectivos con el *poder* y, en concreto, con el *poder de las palabras*, como porque también se considera PC, ya lo vimos en el apartado anterior, ser más cortés con los que uno tiene por más débiles, con los que la mirada de los grupos dominantes divisa como los desheredados<sup>360</sup>. De ahí que Álex Grijelmo, en su *Defensa apasionada del idioma español*, añada un sutil *caveat* a su apología de lo políticamente correcto, que este autor liga principalmente al loable intento de “evitar que las minorías sociales o étnicas, o las personas con minusvalías físicas o psíquicas, se vean agredidas por palabras que usamos

---

<sup>358</sup> Cf. Álex Grijelmo, “El lenguaje racista”, *El estilo del periodista*, págs. 527-529.

<sup>359</sup> Una excepción a esta norma sería la iniciativa acometida por la Unión Romaní, una asociación de carácter internacional que defiende los intereses de los gitanos, que recientemente ha editado un manual de redacción para periodistas con objeto de que se eviten los vocablos y los tópicos sociales que ofrecen una visión negativa de la comunidad gitana. Véase, en este sentido, Juan A. Carbajo, “Hombres de respeto, no patriarcas”, *El País*, 26 de diciembre de 1998, pág. 64.

<sup>360</sup> En “Negros, moros, gitanos y esclavos” (*El Semanal*, 24 de octubre de 1999, pág. 8), de hecho, lo advierte Arturo Pérez-Reverte, quien arremete contra los que aconsejan “escribir *africanos de color, magrebíes, colectivo de raza romaní, y trabajadores inmigrantes*” para no herir la sensibilidad de los políticamente correctos. El problema, en su opinión, reside (sólo) en las condiciones a menudo inhumanas y el estado de marginación en que viven quienes reciben tales nombres, y la solución en modificar (sólo) éstas.

no con intención de zaherir sino sólo de describir”<sup>361</sup>, a saber, la conveniencia de plantearse quién elige las palabras con que se trata de eludir los vocablos ofensivos o ultrajantes, pues, en su opinión:

si se produce efectivamente por la base, esta evolución del lenguaje (exclúyanse las exageraciones) significará que vivimos en una sociedad más tolerante y solidaria. Si se impone desde las cúpulas no significará nada bueno, sino sólo el maquillaje de una realidad injusta. Porque las cúpulas intervienen en el lenguaje sólo en provecho propio.<sup>362</sup>

Sin temor a errar puede decirse que la aportación de las minorías raciales al vocabulario con el que, en los medios de comunicación, en los documentos oficiales y, en general, en el lenguaje público, sus miembros se ven identificados es menor en España que en Norteamérica, donde proporcionalmente son más numerosos, donde los movimientos emancipadores emprendidos por estos colectivos cuentan con una tradición más prolongada y afianzada, y donde, por todo ello, es mayor su poder simbólico. Estos diferenciales de poder por otra parte explican que diverjan tan sustancialmente las actitudes que despierta la cuestión racial y la percepción que tienen los hablantes de las palabras relacionadas en uno y otro idioma con este asunto, pues, como dice Hatim, el lenguaje suele ser portavoz de las instituciones sociales vigentes (el sexismo, el feminismo, etc.)<sup>363</sup> y, cuando dichas instituciones se hallan en conflicto, del grado de aceptación con que cada una de ellas cuenta. Si se permite el juego de palabras, cuando las culturas son desiguales en cuanto a sus desigualdades sociales, la traducción cultural naturalmente acusa la asimetría entre sus asimetrías.

Para algunos, las que de verdad constituyen en España *reivindicaciones* multiculturalistas, como ya atisbara Rosa Pereda, suelen trocar la categoría de resistencia de la raza por la de la nacionalidad. Así, en ciertas ocasiones (aunque no demasiadas, pues por lo general la ridiculización previa de lo PC ha inhabilitado en

---

<sup>361</sup> Álex Grijelmo, *Defensa apasionada del idioma español*, Madrid, Taurus, 1998, pág. 211.

<sup>362</sup> *Ibid.*, pág. 212.

<sup>363</sup> Basil Hatim, “Intertextual Intrusions: Towards a Framework for Harnessing the Power of the Absent Text in Translation”, en Karl Simms (ed.), *op. cit.*, pág. 35.

España su asociación con temas “serios”) lo políticamente correcto se ha creído en funcionamiento tras la generalización de la toponimia y denominaciones de las instituciones propias de las lenguas autóctonas en el uso actual del castellano que detectan, por ejemplo, García-Posada, Pérez-Reverte, Haro-Tecglen, Muñoz Molina o Xosé Castro<sup>364</sup>. Ciertamente, si bien no en todos los casos ha sido éste el argumento que ha fomentado su asociación con lo PC, la incorporación a los discursos de los hispanohablantes de los nombres vernáculos de ciertos lugares y cargos traduce el discurso de la corrección política originalmente nacido en las aulas universitarias norteamericanas en tanto los cambios solicitados en el plano simbólico remiten a una acumulación de poder de los colectivos concretos que los abanderan.

En efecto, en este caso, como en Norteamérica, lo que se tilda de políticamente correcto encubre un conflicto de intereses y de autoridad. En el cambio de lenguaje está en juego siempre algo más que la sustitución de una ristra de palabras por otras, y, aunque la “naturaleza” de la lengua suela invocarse como argumento de peso, en realidad las razones con las que las innovaciones se avalan o se niegan exceden lo meramente lingüístico. No es lo mismo, evidentemente, hablar de “las Vascongadas”, del “País Vasco”, de “Euskadi” o de “Euskal Herria”, como tampoco puede equipararse el significado que se transmite cuando se habla de la “Generalitat” con el que implícitamente acompaña a su designación como el “Gobierno autonómico”. En ejemplos como éstos se hace patente que, de la misma manera que la sinonimia completa no existe, tampoco puede hablarse de correspondencias totales entre las lenguas, de equivalencias intercambiables. Pero, sobre todo, queda de manifiesto que la diferencia entre las palabras, y la que marca el hablante cuando las utiliza, es claramente de naturaleza política y lleva aparejada una reivindicación de posición. “Las palabras mandan, ejercen el poder. Influyen. Por eso preocupan mucho a quien se dispone a

---

<sup>364</sup> Miguel García Posada, “Señora Portera”, *El País*, 10 de julio de 1997, pág. 36; Eduardo Haro-Tecglen, “Libre ortografía”, *El País (Babelia)*, 7 de agosto de 1999, pág. 10; Arturo Pérez-Reverte, “Aragón también existe”, *El Semanal*, 18 de junio de 2000, pág. 10; Xosé Castro Roig, “Mensaje enviado a la lista *Apuntes* (foro de debate sobre el idioma) al respecto de la política toponímica en España”, <http://www.xcastro.com/toponimia1.html>.

estrenar un cargo”, dice Grijelmo en *La seducción de las palabras*<sup>365</sup>. Las propuestas de higiene verbal —que es como denomina Deborah Cameron todo intento, ya innovador, ya conservador, de intervenir en los usos del lenguaje— jamás se circunscriben únicamente al orden lingüístico, sino que el lenguaje representa simbólicamente otros órdenes —moral, social y/o político<sup>366</sup>. En nuestro caso, es precisamente este trasunto el que en realidad suscita un acalorado debate. No en vano, a diferencia de lo que ocurre cuando se imponen heterodesignaciones que el grupo aludido en último extremo es incapaz de revocar, el cambio de lenguaje que obedece a una redistribución del poder no suele recibirse de grado por los grupos que indirectamente lo ceden porque previamente lo detentan. Así queda de manifiesto, sin ir más lejos, en una serie de cruces de opiniones engendrados a cuenta de la incorporación de términos procedentes de las comunidades con lengua propia al caudal general del español<sup>367</sup>. Lo políticamente correcto es motivo y argumento en el enfrentamiento dialéctico entre dos visiones diferentes de la lengua, emparejadas a la vez con dos visiones diferentes de la comunidad que la emplea.

En fin, en casos como éste, donde las experiencias culturales foráneas se apelan como precedentes en los debates propios, se comprueba la inmensa importancia que reviste la traducción (cultural) en la construcción y evolución de las sociedades. La traducción, dicen Bassnett y Lefevere, puede introducir nuevos conceptos e ideas, cuestionar de este modo las certidumbres de la cultura de destino y subvertir sus jerarquías. Es, sin duda, una vía de entrada de valores de nuevo cuño y otros elementos precisos para la necesaria y constante revisión de las premisas comunitarias. La

---

<sup>365</sup> Álex Grijelmo, *La seducción de las palabras*, pág. 183.

<sup>366</sup> Deborah Cameron, *Verbal Hygiene*, págs. vi y 25.

<sup>367</sup> A modo de ejemplo, baste decir que un artículo en *El Semanal* de Javier Marías en el que tachaba de ilegítimos los cambios de denominaciones provocó la reacción de José Luis Lizundia, el Vicesecretario-Gerente de la Real Academia de la Lengua Vasca-Euskaltzaindia, y ésta a su vez otra réplica del conocido escritor (*El Semanal*, 14 de mayo, 18 de junio y 25 de junio de 2000). Lo mismo sucedió con otras declaraciones semejantes de Arturo Pérez-Reverte publicadas en el mismo medio, rebatidas posteriormente por un lector en la sección de “Cartas, fax, e-mails”, y retomadas por el autor en una edición posterior (*El Semanal*, 23 de julio, 30 de julio y 7 de agosto de 2000).

traducción cultural de lo políticamente correcto, en este sentido, ha servido además de trampolín en España para causas reformistas como la defensa de los derechos humanos en general<sup>368</sup> y de los colectivos marginados en particular<sup>369</sup>, la concienciación sobre las diferentes formas de vida y las desigualdades sociales<sup>370</sup>, la defensa combativa de los animales<sup>371</sup>, el ecofeminismo<sup>372</sup>, el feminismo<sup>373</sup>, el multiculturalismo y la inclusividad, su promoción mediante actos simbólicos<sup>374</sup> y su aplicación en la enseñanza<sup>375</sup>, el desmantelamiento del absolutismo no cuestionado de las opciones dominantes mediante

---

<sup>368</sup> Marina Ruiz, “Políticamente correcto... e incorrecto”, *La Revista*, 22 de septiembre de 1996, pág. 75; Fax Press, “Seducir a los 50”, *El Norte de Castilla*, 31 de agosto de 1999, pág. 59.

<sup>369</sup> Claudia Larraguibel, “Los derechos de los homosexuales. Una cesta de la compra políticamente incorrecta”, *El País Semanal*, 1 de diciembre de 1996, págs. 20-21.

<sup>370</sup> Fernando Colomo, en “Relativity” (*Canal +*, julio y agosto de 1997, pág. 69), une lo PC a la inclusión en series de televisión de personajes homosexuales de una forma no prejuiciada, sin caer en el estereotipo; Lucía Argos (en “‘Gays’ y lesbianas pulsán la supuesta tolerancia española”, *El País*, 2 de julio de 2000, pág. 32) también lo vincula a la apología de la causa *gay*, como hace por otra parte Berto Martínez en “Diccionario del milenio” (*El País semanal*, 22 de octubre de 2000, pág. 46), donde además lo une a causas humanitarias; Claudia Larraguibel lo vincula a la denuncia de las lacras sociales como los malos tratos, el paro o la insolidaridad en “Reivindicar lo de siempre” (*El País [El País de las tentaciones]*, 30 de octubre de 1998, págs. 14-15); Manuel Díaz Prieto, en “Corrección política” (*Magazine*, 17 de agosto de 1997, pág. 65), y Karmentxu Marín, en “Llega la Barbie Presidenta” (*El País [Domingo]* 30 de abril de 2000, pág. 10), ligán lo PC a la aparición de una línea de muñecas de razas y aspectos físicos diferentes pensada para desarrollar el sentimiento de la solidaridad entre los niños.

<sup>371</sup> Ramón Pi, “Corrección política”, *ABC*, 22 de enero de 2000, pág. 14.

<sup>372</sup> Fernando Parra, “Los caminos del pensamiento verde”, *El País (Babelia)*, 12 de julio de 1997, pág. 15.

<sup>373</sup> Lola Galán *et al.*, “Los Gobiernos europeos pagan tributo al feminismo”, *El País*, 15 de noviembre de 1998, pág. 36; Lourdes Ortiz, “¿Somos realmente iguales?”, *Mujer de hoy*, 6 de noviembre de 1999, pág. 27.

<sup>374</sup> Silvia Alexandrowitch, “Tirar de la manta”, *Mujer de hoy*, 16-22 de octubre de 1999, pág. 14.

<sup>375</sup> Soledad Rodríguez Salazar, en “El analfabetismo numérico y el 2000” (*El País*, 12 de julio de 1999, pág. 14), habla de las ventajas de aplicar lo PC a la educación en un contexto como el actual, cada vez más pluricultural y mestizo. En concreto, expone la filosofía de las llamadas “etnomatemáticas”; en un número especial de *Lateral* (nº. 47, noviembre de 1998), titulado “ESO: una reforma políticamente correcta. La educación secundaria a examen”, se exponen los fundamentos “políticamente correctos” de la LOGSE (igualitarismo, integración, diversidad, etc.), para después repasar críticamente el modo en que se han aplicado.

el acento en la minoría<sup>376</sup> o la apología del ideal de la libertad de expresión y de la tolerancia<sup>377</sup>, entre otras. La aparición de estos rasgos en las reescrituras productoras de lo PC ponen de relieve una supervivencia, aun pusilánime, en nuestra cultura de esa corrección política emancipadora gestada en las aulas universitarias norteamericanas en la que nos detuvimos en el segundo capítulo.

En el marco amplio de la traducción cultural, la traducción (en su sentido convencional) también participa, aunque no de forma siempre certificada sí detectable, en la promoción de estas asociaciones de lo políticamente correcto. De hecho, es significativo que quizá la reescritura que, en nuestra opinión, mejor recalca en nuestra cultura la vinculación de lo PC a ese discurso antihegemónico y combativo en buena medida pueda entenderse como una traducción —libre, si se quiere— de una obra estadounidense, y en cualquier caso se nutra de abundantes fragmentos (traducidos) de ésta. En 1997, la editorial Larousse publicó un librito titulado *Políticamente (in)correcto*, un diccionario “bilingüe” (políticamente correcto - políticamente incorrecto) que, como se hacía constar en la sección destinada a explicar la metodología empleada, partía de un antecedente que ya conocemos: el *Politically Correct Handbook and Dictionary* de Henry Beard y Christopher Cerf. La “traducción” de esta obra, en algunos casos, incorpora debidamente trasladadas al castellano las entradas que componen el trabajo original. En otros, busca los homólogos de los propuestos por Beard y Cerf en la cultura de destino. Es preciso destacar, no obstante, que la traducción no establece una equivalencia unívoca que relacione término por término; la equivalencia es “global”, y se logra reproduciendo el *proceso de creación* de la obra original. Como la de Beard y Cerf, los responsables del manual publicado por Larousse “realiza[n] un trabajo similar de recogida de términos y expresiones, pero en lengua

---

<sup>376</sup> José Vidal-Beneyto, “Almodóvar políticamente correcto”, *El País*, 3 de noviembre de 1999, págs. 17-18; Santiago Martín, “Toda una novela”, *El Norte de Castilla (Focus)*, 6 de noviembre de 1999, pág. 9; Jaume Vidal, “Corrección a lo políticamente correcto”, *El País (Babelia)*, 31 de marzo de 2001, pág. 20.

<sup>377</sup> Pablo Ley, “Los diálogos íntimos de ‘Nathan el sabio’ se dispersan en la inmensidad de la Cour d’Honneur”, *El País*, 12 de julio de 1997, pág. 30; El País (redacción), “La prensa, la libertad más frágil”, *El País*, 3 de mayo de 1998, pág. 28.



española, surgidos de propuestas autóctonas”<sup>378</sup> para filtrar posteriormente, de la misma manera que hicieran los estadounidenses, los términos seleccionados en relación con lo PC por la criba del sarcasmo y la ironía.

Con todo, el resultado no sólo es diferente por cuanto los términos elegidos son dispares sino también en tanto las premisas ideológicas de las que parten para su búsqueda y selección los responsables de esta obra, aunque así no lo manifiesten, difieren notablemente de las de Beard y Cerf. Al contrario que éstos, quienes, como ya vimos, extrajeron buena parte de los términos relacionados con lo políticamente correcto de documentos elaborados por sus detractores con el propósito más que evidente de ridiculizarlo, la obra de Larousse rastrea “miles de folletos, trípticos, carteles, adhesivos, panfletos, artículos, revistas y libros a la búsqueda del neologismo, de la definición rompedora, del término genuino de tal o cual movimiento ecologista, feminista, animalista, de apoyo al tercer mundo, de gays y lesbianas”<sup>379</sup>, sin ningún ánimo esperpéntico. Lo PC trata de extraerse preferentemente de las que, en opinión de los responsables, son sus propias fuentes, partiendo no sólo de la idea de lo PC como un ideario liberal-radical e incluso revolucionario, antihegemónico en todo caso, sino también de la creencia de que su filosofía es válida y legítima para alentar el progreso y la justicia social; una idea y una creencia, como explican en una introducción magistral (en absoluto parecida a la de Beard y Cerf), apenas difundidas en nuestra cultura. En su opinión —una opinión con la que coincidimos plenamente—, quienes han tratado en nuestro país la cuestión de lo PC “plantean un rechazo frontal hacia la moda PC, cuando en realidad están rechazando su caricatura, la que han trazado los medios conservadores norteamericanos”<sup>380</sup>. Lo PC en España ha llegado amortiguado y distorsionado, y por lo

---

<sup>378</sup> *Políticamente (in)conrrrecto*, Barcelona, Larousse, 1998, pág. 31.

<sup>379</sup> *Id.*

<sup>380</sup> *Ibid.*, pág. 24.

general privado de la capacidad de cuestionar el sistema; capacidad que los responsables de esta obra, con humor, reivindican, por necesaria:

Lean y valoren. Cada entrada puede dar pie a una pequeña discusión sobre conceptos tan vitales como hegemonía, poder, opresión, emancipación, igualdad, tolerancia..., debates que de un tiempo a esta parte parecen no estar muy de moda, desplazados por el empuje del pensamiento único y el avance de integristas de todo tipo, pero que son tan urgentes como lo fueron veinte o treinta años atrás.<sup>381</sup>

Lo PC, a pesar de que no reniega del aspecto bufón y extravagante que ha adquirido por mor de su ridiculización —se produce, por decirlo de alguna manera, una reapropiación de lo desacreditado para iniciar a partir de ahí una reivindicación—, se entiende en esta obra fundamentalmente como un acicate para el pensamiento y la reflexión en un momento, en opinión de los autores, conquistado por la autocomplacencia. De ahí que en sus páginas se incluyan en calidad de términos políticamente correctos una serie de denominaciones que cuestionan las formas establecidas de autoridad desde el momento en que se alistan con lo minoritario. En ocasiones, corresponden a las reivindicaciones de los diversos movimientos nacionalistas que, según veíamos anteriormente, constituyen nuestra particular forma de multiculturalismo. Se incluyen, en este sentido, algunos topónimos últimamente extendidos en sus formas autóctonas —así, “Gasteiz”, “Girona” o “Araba”— o la denominación de ciertos territorios que reclaman los colectivos que disienten del estado actual en que se encuentran en términos de soberanía —entre las que se incluyen “Hego Euskal Herria” o “Les Illes”. Se presentan como políticamente correctos asimismo numerosos términos *castellanos* que, poniendo de manifiesto que el purismo lingüístico es un argumento menor en estas cuestiones, son igualmente motivo de controversia social, como “Países Catalanes” o “País Valenciano”. En esta misma línea, se cuestiona la sinonimia entre “nacional” y “español” o entre el sintagma “lenguas minoritarias” y “lenguas minorizadas”. En una entrada más jocosa en tanto la polémica que suscita es menor, o menos candente en la esfera social, se solicita la denominación PC de “ciudadano Juan Carlos” para el Rey de España. En fin, con mayor o menor humorismo

---

<sup>381</sup> *Ibid.*, pág. 35.

según sea el grado de gravedad de los conflictos sociales que, ineludible e intertextualmente<sup>382</sup>, conjuran los diferentes ejemplos, de la mano de lo PC la lengua comparece en esta obra como un terreno donde poner en entredicho las relaciones de poder vigentes y el entramado institucional en el que descansan.

Las instituciones que cuestionan las propuestas del libro, dicho sea de paso, no remiten únicamente a los poderes fácticos de nuestra sociedad, sino también a los simbólicos. En concreto, el patriarcado es otra de las instituciones que se ve expuesta a su crítica indirecta, gracias a las entradas que, en forma de neologismos, acuñaciones irreverentes y conceptos subversivos, aportan las obras y declaraciones de las feministas españolas más destacadas. En realidad, el cuestionamiento del orden androcéntrico del discurso no sólo se materializa en los términos o invenciones léxicas antipatriarcales que proceden de fuentes claramente feministas, como pueden ser “ginarquía”, “ginococracia”, “feminario”, “matriarcado”, “miembro mujeril” u “hombrieriega”. Además, la mujer trata de hacerse también visible en el resto de las entradas. Así, las que corresponden a adjetivos o sustantivos genéricos se ven desdobladas en una fórmula omnicomprendiva. De esta manera, “capilarmente desaventajada/o”, “limitada/o en modestia” u “ociosa/o involuntaria/o” —unas expresiones que se plantean como sustitutas de “calvo”, “orgullosa” y “parado” respectivamente y que, si se quiere, se adhieren a una vertiente de lo PC más paródica y en consonancia más descafeinada— resultan en último extremo subversivas en lo referente al tratamiento del género.

---

<sup>382</sup> Para una explicación de la “susceptibilidad” que generan las palabras a partir de la noción de “intertextualidad”, véanse Karl Simms, *art. cit.*, págs. 10-11 y Basil Hatim, *art. cit.*, págs. 29-31, donde además se hace hincapié en la importancia que reviste esta noción para la traducción. El “intertexto” es la trama de enunciados que preceden y suceden a los diferentes términos, que sólo en relación con él revelan su tono evaluativo, su valor semiótico. Según estos autores, el intertexto debe entenderse como una reserva léxica, estilística y fraseológica de la que el traductor, inspirado por una “conciencia cultural” (que en otro lugar —“The Method in Their Adness: The Juggling of Texts, Discourse and Genres in the Language of Advertising and Implications”, en Amparo Hurtado Albir [ed.], *La enseñanza de la traducción*, Castellón, Publicacions de la Universitat Jaume I, 1996, págs. 109-126— Hatim denomina “conciencia semiótica”, en claro tributo a Iuri Lotman), puede servirse a la hora de llevar a cabo su actividad; una actividad que, en el caso de los textos “susceptibles” (y todo texto lo es), debe prestar tanta atención a la forma de las palabras y a su significado “objetivo” como a las valoraciones que llevan implícitas.

Podríamos seguir comentando detenidamente la lista de entradas de que consta la obra, que se embebe asimismo de los postulados del ecologismo, las causas humanitarias, las diversas doctrinas de rehabilitación de la diversidad, la teoría social liberal etc., pero éstas no vienen sino a unirse a toda la red de asociaciones autóctonas que en torno a lo PC han construido las reescrituras productoras comentadas hasta ahora, que remiten, en último extremo, a los ideales que informaban aquel discurso radical que vimos surgir en las aulas de las universidades norteamericanas. Lo importante, una vez confirmada la existencia de esta trama discursiva en la que lo PC se alinea con toda una gama de planteamientos críticos, es determinar qué efectos surte este rumbo de la traducción cultural y qué derivaciones parten de la base que crean las reescrituras comentadas; más concretamente, qué tipo de agencia social y discursiva posibilitan y qué gama de comportamientos abren a posteriores traducciones y reescrituras. Y es que la traducción de un discurso no se acaba ni se agota en sí misma, sino que, si prospera, va confundándose con discursos autóctonos en cuya formación contribuye sólo implícita y metonímicamente. Se trataría de averiguar, por tanto, si la traducción cultural de lo PC ha avivado una serie de ideas, un entramado conceptual, un *textual grid* (en terminología de Bassnett y Lefevere), una base sobre la que posteriormente han sedimentado otros textos —otras reescrituras y/o traducciones— que prosiguen dicha traducción cultural aun cuando no se sientan necesariamente parte de ella; en definitiva, si ha incorporado el bagaje de lo PC a la nómina disponible de éstos que con Foucault hemos denominado los *posibles históricos*.

Sí lo ha hecho. De entrada, ha permitido la emergencia de una serie de reescrituras que, aunque no *versan sobre* la corrección política, *son*, en los sentidos que hemos explorado en las páginas previas, políticamente correctas. Mencionaremos, como ejemplo, por significativo y entrañable, la revisión a que cree necesario someter algunas de las famosas canciones de los míticos “payasos de la tele” su compositor, Emilio Aragón, antes de ofrecérselas a los niños de “sus niños de treinta años”, como reza el título del disco al que nos referimos. En la melodía original de “Los días de la semana”, compuesta hace ya varias décadas, Miliki alababa la virtud de la obediencia cantando la

abnegación y la conformidad de una niña que renunciaba a sus juegos para cumplir con sus obligaciones. “Así planchaba, así, así”, “así cosía, así, así”, “así barría así, así”... eran los estribillos con los que entonces se coreaba la sumisión de la citada niña. En unos tiempos en los que se ha producido una revisión de los roles sociales esperados en función del género, la canción reactualiza su moraleja a tono con los valores de la coeducación. Así, un varón toma el relevo de la tradicional protagonista en una letra imbuida de corrección política<sup>383</sup>. En ejemplos como éste, lo PC demuestra haberse integrado en los valores sociales de la cultura de destino, en las coordenadas de ese poder microfísico que, según Foucault, cala de hecho, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos.

Lo PC también impregna un nuevo tipo de traducciones al español. En realidad, si bien la traducción suele buscar el cobijo de lo dominante y, al plegarse a sus normas, perpetuar por lo general los valores y los prejuicios aceptados, no faltan las que hacen suyo el ideario subversivo, antihegemónico de la corrección política que ha tomado forma en el ámbito del español gracias a una serie de reescrituras del tipo de las comentadas en las anteriores páginas. De este modo, han surgido en el mundo hispanohablante ciertas traducciones que son claramente deudoras de la ideología y la poética que han florecido en España a raíz de la traducción cultural de la corrección política, y en las que dicha ideología y dicha poética están al servicio, por decirlo con Venuti, de una ética de la diferencia. A título ilustrativo nos fijaremos en una versión castellana de la Declaración Universal de los Derechos Humanos que se encuentra integrada en una serie de actividades educativas patrocinada por Amnistía Internacional. Esta organización, en efecto, viene llevando a cabo en los últimos años una campaña internacional de sensibilización sobre la inviolabilidad de los derechos fundamentales dirigida sobre todo a los más pequeños. Aprovechando las oportunidades de difusión que brinda la red, Amnistía Internacional ha puesto a disposición pública un conjunto de materiales que promueven la familiarización de los escolares con las premisas básicas

---

<sup>383</sup> Emilio Aragón “Miliki”, *A mis niños de 30 años*, Madrid, CRAB Ediciones Musicales, 1999.

de la Declaración adoptada por la Asamblea de las Naciones Unidas en 1948. Los primeros artículos de este texto se formularon originalmente de la siguiente manera:

1. All human beings are born free and equal in dignity and rights. They are endowed with reason and conscience and should act towards one another in a spirit of brotherhood.
2. Furthermore, no distinction shall be made on the basis of the political, jurisdictional or international status of the country or territory to which a person belongs, whether it be independent, trust, non-self-governing or under any other limitation of sovereignty.
3. Everyone has the right to life, liberty and security of person.
4. No one shall be held in slavery or servitude; slavery and the slave trade shall be prohibited in all their forms.
5. No one shall be subjected to torture or to cruel, inhuman or degrading treatment or punishment.
6. Everyone has the right to recognition everywhere as a person before the law.
7. All are equal before the law and are entitled without any discrimination to equal protection of the law. All are entitled to equal protection against any discrimination in violation of the Declaration and against any incitement to such discrimination.

[...] <sup>384</sup>

En sus más de cincuenta años de historia, no obstante, la Declaración se ha visto, ya parcial ya íntegramente, ya interlingüística ya intralingüísticamente, reformulada en infinitas ocasiones, en muchos casos a instancias o con el beneplácito de las instituciones garantes, y fundamentalmente en aras de una mayor difusión y una mayor claridad. De hecho, como comenta Marianne Garre, la mayoría de las convenciones en materia de derechos humanos dejan constancia de lo vital que resulta predicarlos en un lenguaje que la gente sepa interpretar <sup>385</sup>. En este trabajo nos interesa especialmente una versión inglesa simplificada del texto (“Plain Language Version”) patrocinada por las Naciones Unidas, que a su vez AIKIDS, una subsección de la organización estadounidense de Amnistía Internacional, difunde a través de la red, tanto en una

---

<sup>384</sup> El texto completo en inglés, “Universal Declaration of Human Rights. Adopted by UN General Assembly Resolution 217<sup>a</sup> (III) of 10 December 1948” puede consultarse en la dirección electrónica <http://www.un.org/Pubs/CyberSchoolBus/humanrights/resources/universal.htm>

<sup>385</sup> Marianne Garre, *Human Rights in Translation. Legal Concepts in Different Languages*, Copenhagen, Handelshøjskolens Forlag/Copenhagen Business School Press, 1999, pág. 69.

versión en texto corrido como en otra ilustrada que sirve de base a una serie de propuestas de actividades escolares interactivas. Los artículos de la Declaración que anteriormente citábamos se leen en la versión simplificada de la siguiente manera:

1. When children are born, they are free and each should be treated in the same way. They have reason and conscience and should act towards one another in a friendly manner.
2. Everyone can claim the following rights, despite
  - a different sex
  - a different skin colour
  - speaking a different language
  - believing in another religion
  - owning more or less
  - being born in another social group
  - coming from another country

It also makes no difference whether the country you live in is independent or not.

3. You have the right to live, and to live in freedom and safety.
4. Nobody has the right to treat you as his her slave and you should not make anyone your slave.
5. Nobody has the right to torture you.
6. You should be legally protected in the same way everywhere, and like everyone else.
7. The law is the same for everyone; it should be applied in the same way to all.

[...] <sup>386</sup>

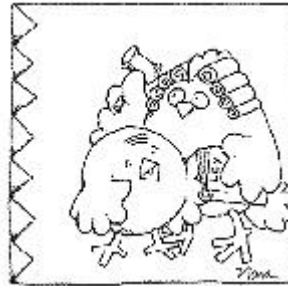
El hecho de que nos fijemos en esta versión simplificada estriba en que, precisamente, constituye el original de la traducción al castellano que nos interesa, un texto a cargo de Frans Limpens que viene acompañado de ilustraciones de Margarita Nava. La traducción forma parte de una propuesta para una dinámica de grupo y lleva por título “Cada pollo con su rollo. La declaración Universal de los Derechos Humanos”, en clara alusión a los dibujos con que se pretende inculcar en los escolares el contenido de la Declaración.

---

<sup>386</sup> AIKIDS (Amnesty International – USA), “Universal Declaration of Human Rights. Plain Language Version”, <http://www.amnesty-usa.org/aikids/udhr.html>.

Artículo 8

Debes poder solicitar ayuda jurídica cuando no se respeten los derechos que tu país te concede



Los artículos que anteriormente hemos citado están traducidos de la siguiente manera:

Artículo 1: Cuando nacen los seres humanos son libres y cada uno debe ser tratado equitativamente. Todos tienen razón y conciencia y deben comportarse amistosamente los unos con los otros.

Artículo 2: Todas las personas pueden reivindicar los siguientes derechos aún cuando: sean de sexo diferente, tengan un color de piel diferente, hablen un idioma diferente, piensen cosas diferentes, crean en otra religión, posean más o menos bienes, hayan nacido en otro país. Tampoco importa que el país en que vivas sea o no independiente.

Artículo 3: Tú tienes derecho a la vida y a vivir en libertad en condiciones de seguridad.

Artículo 4: Nadie tiene derecho de traer de ti su esclav@ y tú no debes de traer de nadie tu esclav@.

Artículo 5: Nadie tiene derecho a torturarte.

Artículo 6: La ley debe protegerte de la misma manera en todas partes y al igual que a toda persona.

Artículo 7: La ley es igual para tod@s, se debe aplicar a tod@s en la misma manera.<sup>387</sup>

El lenguaje empleado por la traducción esquiva el rigorismo de las convenciones y fórmulas lingüísticas legales. Al contrario, es claro y directo, algo que se logra, por ejemplo, recurriendo a la segunda persona singular en lugar de a las acostumbradas construcciones impersonales. En cualquier caso, lo que nos interesa en este trabajo es

---

<sup>387</sup> Frans Limpens, “Cada pollo con su rollo. La Declaración Universal de los Derechos Humanos”, <http://www.amnesty-usa.org/spanish/educacion/pollos/index.html> y siguientes. La versión consultada contiene numerosas erratas que, como se comprueba, no se han corregido ni se han marcado como tales en el cuerpo de la transcripción. Si bien algunas se deben claramente a la falta de revisión, creemos que muchas de ellas pueden ser resultado de las diferentes fases del procesamiento electrónico del texto, que presumiblemente se ha escaneado defectuosamente. En cualquier caso, no nos detendremos a comentar ni las erratas ni sus posibles causas, pues juzgamos que apenas son relevantes en relación con el tema que nos ocupa.



fundamentalmente el empleo del signo de la arroba, popularizado como un rasgo asociado a un lenguaje inclusivo en paralelo a la difusión del discurso de la corrección política en el mundo hispanohablante. La traducción de Frans Limpens, de esta manera, no sólo transmite el contenido del texto, sino que, adhiriéndose a unos usos innovadores del lenguaje, promueve la interpretación radical de sus valores. Esto viene a poner de manifiesto lo cierto de la tesis de Garre: según esta autora, los derechos humanos se tienen por fundamentales e inalienables, pero lo cierto es que su significado no puede desgajarse de las características extratextuales que son relevantes para la interpretación del texto en que se reivindican, que se va renovando y ampliándose en diferentes contextos y momentos históricos, y en consonancia con la evolución del lenguaje; desde esta perspectiva, señala Garre, la interpretación legal y la traducción se solapan en muchos aspectos<sup>388</sup>. En el ejemplo que nos ocupa, es más, se diría que la traducción hace de avanzadilla a la teoría igualitarista que por lo general se ha primado en la interpretación legal de este texto fundamental. Y en parte esto se debe a la traducción cultural que en el ámbito hispanohablante se ha hecho de la corrección política, que indirectamente ha preparado el terreno a esta traducción al poner a su disposición una poética vinculada a la concepción combativa de la igualdad que el texto abraza.

En fin, en los ejemplos mencionados se percibe cómo las asociaciones que, durante la traducción cultural, han generado ciertos rasgos de la corrección política, y concretamente de esa corrección política más crítica que se gestó en Norteamérica en los círculos de la izquierda universitaria, han pasado a incorporarse al caudal semiótico de la cultura, a entretenerse con otros discursos, a resultar productivas en ella. Lo políticamente correcto ha conseguido permearse el orden del discurso hasta el punto de que, aunque no se hable explícitamente de él, en textos como los comentados *se está diciendo*. El yo que de esta manera habla, escribe o traduce para su cultura ha interiorizado sus consignas principales y su vocabulario básico, que se hacen hueco con toda naturalidad en sus enunciados. Sin duda, a la luz de los textos comentados, se diría que esta faceta de lo PC desarrollada en la traducción cultural que estudiamos ha

---

<sup>388</sup> Marianne Garre, *op. cit.*, pág. 218.

transformado ligeramente la identidad cultural de la sociedad de destino, al despertar en ella una mayor conciencia o incluso en algunos aspectos una suspicacia hasta la fecha quizá inexistente sobre cuestiones como el Otro, la diversidad, la tolerancia o la igualdad. Asimismo, ha favorecido en ciertos sectores una mayor cautela a la hora de abordar el tratamiento o la representación simbólica de los diversos colectivos sociales. Lo PC ha brindado otra ocasión para descubrir que la realidad no es única, sino contestada, que son múltiples los puntos de vista que de ella pueden tenerse, distinto el lenguaje con el que desde cada uno de ellos se nombran las cosas y diferente el grado de poder que con ese lenguaje se otorga a los diversos actores sociales. La traducción de lo PC a la cultura española ha incitado a algunos de los que al hablar, al componer o al traducir se preguntaban inconscientemente por qué o para quién hablo, compongo o traduzco a añadir a su cuestionario inicial otros interrogantes, como por ejemplo ¿sobre quién traduzco?, ¿en nombre de quién y de qué valores?, ¿de qué visión del Otro parto?, o ¿qué relación ética hacia él o ella fomento con mis vocablos? Las reescrituras productoras que, al estilo de las que en estas páginas hemos comentado, han desarrollado en nuestro país una corrección política metonímicamente ligada a los valores del multiculturalismo, el feminismo, el ecologismo o la inclusividad han desperezado nuevas formas de conciencia (y agencia) discursiva y social comprometidas con un ideal radical y combativo de tolerancia, igualdad y justicia social.

Sin embargo, todo hay que decirlo, no han sido precisamente estos valores ligados a la que, apropiándonos de un sintagma de Ramón Pi, podríamos denominar “corrección política de la profunda, la ideológica, la combatiente[, ...] de trincheras”<sup>389</sup> los que más se han desplegado en el curso de esta traducción cultural, lo cual no es sino esperable dada la criba previa ejecutada por las reescrituras reproductoras. En realidad, en consonancia con la parodización y la demonización a la que se sometió la corrección política en éstas, el posterior desarrollo autóctono de lo PC ha solido anclarse en otra serie de rasgos metonímicamente representativos bastante menos plausibles que los que

---

<sup>389</sup> Ramón Pi, *art. cit.*, pág. 14.

hasta ahora hemos analizado. Es más, con respecto a las asociaciones anteriormente comentadas, lo PC experimenta un giro de ciento ochenta grados, pues, de concebirse como un instrumento al servicio de la liberación de ciertos colectivos, pasa a invocarse como la causa de una serie de atropellos que, precisamente, coartan la libertad. De hecho, otro de los rasgos que se separó de esa corriente discursiva que se trasvasó a España y que con el tiempo ha cobrado vida propia es precisamente la percepción de la corrección política como un nuevo totalitarismo, como una nueva censura que, ya porque tenga efectos constatables ya porque se sienta planear su amenaza, se palpa de manera especial en las diferentes esferas del mundo social y cultural<sup>390</sup>. Ahora bien, contrariamente a lo que pudiera pensarse, según los documentos que metonímicamente reducen lo PC a una censura, la represión de lo políticamente correcto en nuestro país no se ensaña siempre con lo que no respeta las minorías, sino que, paradójicamente,

---

<sup>390</sup> Sobre lo PC como censura en el mundo del cine, véanse Javier Valenzuela, “Genuinamente puritano”, *El País (domingo)*, 6 de julio de 1997, pág. 7; Javier Valenzuela, “Hollywood sataniza a los árabes”, *El País*, 7 de noviembre de 1998, pág. 72; Juan Cueto, “La musa incorrecta”, *El País (El Espectador)*, 3 de enero de 1999, pág. 2; Juan Manuel de Prada, “Freaks”, *ABC*, 29 de enero de 2000, pág. 13. Sobre lo PC como censura en el mundo del arte: Javier Marías, *op. cit.*, pág. 149; Miguel García Posada, “Lorito real”, pág. 41. Sobre lo PC como censura en el mundo de la música: Diego A. Manrique, “Albert Pla rehace su disco maldito”, *El País*, 14 de septiembre de 1997, pág. 38; Ignasi Moya, “El rock bajo sospecha”, *Magazine*, 21 de diciembre de 1997, pág. 22. Sobre lo PC como censura en el mundo de la literatura infantil: Miguel Ángel Villena, “Ana María Matute define su obra como ‘atravesar el espejo y entrar en el bosque’”, *El País*, 19 de enero de 1998, pág. 34; M. José Díaz de Tuesta, “Elvira Lindo. ‘Desconfío mucho de los guardianes de la pureza de los niños’”, *El País (Babelia)*, 19 de diciembre de 1998, pág. 14; Ramón de España, “Cinco décadas más rápido que su sombra”, *El País semanal*, 5 de octubre de 1997, pág. 22. Sobre lo PC como una censura en el ámbito general de lo literario, que se ensaña sobre todo con los autores “canónicos”: Marcos Giralt Torrente, “Engaños que terminan”, *El País*, 14 de junio de 1997, pág. 8; Javier Marías, “Invitación a la lectura de Faulkner”, *El País (Babelia)*, 20 de septiembre de 1997, pág. 9-10; M.G., “Un hombre de Oxford, Misisipi”, *El País (Babelia)*, 20 de septiembre de 1997, pág. 12; Miguel García Posada, “Políticamente correcta”, *El País (Babelia)*, 4 de julio de 1998, pág. 7; Fernando Castanedo, “... y Shakespeare inventó lo humano”, *ABC cultural*, 6 de marzo de 1999, págs. 5-6; Juan Cavestany, “Un sorprendente ‘homenaje’”, *El País*, 16 de abril de 1999, pág. 80; Javier Marías, “Nunca descansan”, *El Semanal*, 3 de octubre de 1999, pág. 12; José María Merino, “Ernest Hemingway. *Al romper el alba*”, *Revista de libros*, octubre de 1999, pág. 49; Octavi Martí, “Nuevos hábitos, querellas de siempre”, *El País (Babelia)*, 5 de agosto de 2000, pág. 16. Sobre lo PC como la censura integrista que sólo permite ciertas teorías o normas sociales: Mariana Figueroa Sánchez, “Sobre el ‘caso Quintana’”, *El País*, 16 de enero de 1997, pág. 11; Rocío Fernández Ballesteros, “Lo ‘políticamente incorrecto’ o la ‘nueva Inquisición’”, *El País*, 30 de octubre de 1997, pág. 11; Panorama, “La libertad no se fuma”, *El País*, 1 de diciembre de 1997, pág. 12.

también son abundantes las ocasiones en que se tilda de políticamente correcta la coerción que acalla lo minoritario.

De una manera patente queda esto de manifiesto en un artículo de 1995 redactado por Jesús Mosterín para *El País*, que apareció junto con “La etiqueta genuinamente americana”, de Vicente Verdú, y “El oráculo de Adelphi”, de la escritora estadounidense Barbara Probst Solomon, como parte de una sección extraordinaria dedicada a la corrección política en unas páginas agrupadas bajo el encabezamiento, en cierto modo también paradójico por cuando no constaba de opiniones a favor y en contra del asunto tratado, sino que en todos los casos el veredicto era desfavorable para lo PC, “Debates”. En su artículo, Mosterín comparaba lo políticamente correcto con “el tabú de las tribus primitivas”, con “la moral victoriana de la Inglaterra decimonónica” y en general con los “intentos de amordazar la libertad de pensamiento y expresión de los individuos no tanto por la fuerza de la ley o de las armas, sino por la presión social”<sup>391</sup>. Para este autor, la censura PC se hace perceptible en nuestra sociedad en la escasa expresión que encuentran las ideas que se apartan de la sensibilidad dominante, de los valores sobre los que supuestamente existe un consenso de la comunidad. A lo PC, en concreto, imputa Mosterín los siguientes hechos:

*For the record*, todos son partidarios de la fidelidad conyugal y del pago puntual de cuantos impuestos el fisco tenga a bien imponerles, es decir, todos son políticamente correctos. En realidad, los únicos contribuyentes que se dejan exprimir a tope por el Estado son los que no tienen manera de evitarlo. [...] La fidelidad no se pone en duda, por miedo a la reacción de la pareja y de los vecinos. El entusiasmo tributario tampoco se pone en duda, por miedo a despertar la venganza de la inspección de Hacienda. [...] La imagen pública de la realidad social está sistemáticamente deformada por un consenso hipócrita de mentiras políticamente correctas<sup>392</sup>.

Ni que decir tiene, poco se asemeja el perfil del individuo “políticamente correcto” que bosqueja Mosterín con la imagen prototípica que inspiraba en Norteamérica, donde la corrección política se encarnaba de manera paradigmática en quienes acumulaban disidencia y opresión —el arquetipo norteamericano de lo PC es el

---

<sup>391</sup> Jesús Mosterín, “Una mordaza a la libertad”, *El País*, 19 de octubre de 1995, pág. 15.

<sup>392</sup> *Id.*

de una mujer afroamericana, lesbiana, de clase popular, militante izquierdista y feminista. La descripción de Mosterín, con todo, no es fruto de un “error”, sino de un rasgo pautado en las reescrituras productoras de nuestra cultura<sup>393</sup>, donde el individuo PC en muchas ocasiones emerge como una persona que sin estridencia alguna se pliega a los patrones sociales convencionales y reverencialmente acata la normativa de la buena compostura más tradicional. En la línea que abre Mosterín, Foces recoge la descripción de un personaje que encaja con “lo que se conoce como políticamente correcto: educado, sobrio, de novia fija, talante abierto y gran comunicador”<sup>394</sup>; en un medio mucho más frívolo, de Santiago se hace eco de la opinión de un personaje famoso que, en la misma línea, asegura que “[l]a gente sensata, normal y políticamente correcta me aburre”<sup>395</sup>. Y, todo hay que decirlo, no es de extrañar, pues los personajes PC en las reescrituras productoras a menudo están emparentados con comportamientos demasiado circunspectos, excesivamente comedidos y disciplinados, sin ningún rasgo destacado que burle el decoro, la moderación y la normalidad; grises, anodinos y decepcionantes en definitiva<sup>396</sup>. De hecho, por esta razón llamar a alguien

---

<sup>393</sup> Para una advertencia sobre la posibilidad de que los “errores” que se repiten regular y reincidentemente en la traducción encubran un patrón normalizado, una estrategia, véase André Lefevere, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, págs. 96-97.

<sup>394</sup> J. I. Foces, “Herrera, del castillo al Colegio”, *El Norte de Castilla*, 11 de marzo de 2001, pág. 20.

<sup>395</sup> José de Santiago, “Tras diez años de convivencia Ana Rosa Quintana se separa de José Luis Garcí”, *Pronto*, n.º. 322, 6 de septiembre de 1997, pág. 17.

<sup>396</sup> Para obtener diferentes atisbos de estos patrones ligados a lo políticamente correcto de individuo normal y decoroso, o incluso excesivamente normal y extremadamente decoroso, véanse por ejemplo: M. Martín Ferrand, “La ilusión de conocer”, *ABC*, 14 de septiembre de 1997, pág. 30; Ramón Besa, “España alcanza el Mundial como equipo ganador”, *El País*, 25 de septiembre de 1997, pág. 47; Mercedes Monmany, “Hugo Claus. ‘Aquí estamos todos corrompidos. Todo se vive de forma más elástica’”, *El País (Babelia)*, 27 de septiembre de 1997, págs. 8-9; Juan José Millás, “Karla”, *El País*, 6 de febrero de 1998, pág. 72; Maruja Torres, “El 2, nueva cifra apocalíptica”, *El País*, 10 de mayo de 1998, pág. 60; Jesús Rodríguez, “Retrato íntimo de la soberana”, *El País Semanal*, 1 de noviembre de 1998, págs. 28-34; Lucía Argos, “Ellos buscan el Norte”, *El País*, 27 de septiembre de 1998, pág. 29; Manuel Rodríguez Rivero, “El erotismo elegante y políticamente correcto de una geisha de oro”, *El País (Babelia)*, 12 de diciembre de 1998, pág. 2; Carmen Posadas, “Lágrimas masculinas, lágrimas femeninas”, *Magazine*, 18 de julio de 1999, pág. 11; Javier Requero Ibáñez, “Steve McQueen”, *El País Semanal*, 25 de julio de 1999, pág. 6; Marcos Giralt Torrente, “La pesada trascendencia de ‘Felicity’”, *El País (El Espectador)*, 30 de enero de 2000, pág. 13; Alfredo Barbero, “La doma de la furia”, *El Norte de Castilla*, 26 de abril de 2000, pág. 35; Juan Marín, “Un poco de música y mucho almíbar”, *El País*

“políticamente correcto”, dice Manuel Rivas no sin mostrarse crítico con ello, ha pasado a convertirse en la cultura española en un socorrido medio para desacreditarlo<sup>397</sup>. De ahí, por otra parte, que lo “políticamente incorrecto” haya pasado a verse como un mérito, hasta el punto de que en nuestro país muchos se reivindicquen como tales<sup>398</sup> y de que la expresión se considere y se emplee como un excelente eslogan publicitario<sup>399</sup>. Ciertamente, políticamente incorrecto también en ciertas ocasiones sigue unido para algunos con lo reprobable y lo impropio<sup>400</sup>. En otras, el significado de esta expresión se

---

(*Babelia*), 6 de mayo de 2000, pág. 6; Antonio Muñoz Molina, “Señales de humo”, *El País Semanal*, 18 de junio de 2000, pág. 130; D.V., “Pop transatlántico de ida y vuelta”, *La Guía del Ocio*, n.º. 1280, 23-29 de junio de 2000, pág. 17.

<sup>397</sup> Cf. Manuel Rivas, “Lo ‘políticamente canalla’”, *El País semanal*, 1 de noviembre de 1998, pág. 128.

<sup>398</sup> Cf. J. M. Martí Font, “La disciplina y la autoridad son los dos temas del futuro”, *El País*, 21 de abril de 1998, pág. 36; Paul Hegerman, “Clint Eastwood. ‘Creo que voy a dar lo mejor de mí en esta etapa de la vida. Estoy seguro’”, *Magazine*, 6 de junio de 1999, págs. 24-28. Trad.: M. T. López; Arantza Furundarena, “Políticamente incorrecto”, *El Semanal*, 2 de enero de 2000, pág. 42; Virginia Drake, “Celia Villalobos. ‘Soy muy de la calle y no me van a cambiar’”, *El Semanal*, 25 de junio de 2000, págs. 46-50.

<sup>399</sup> Para un ejemplo de la utilización de lo “políticamente incorrecto” como reclamo para el cine, véase Jon Apaolaza, “Políticamente incorrecto”, *El Norte de Castilla*, 20 de junio de 1997, pág. 64. Para otros en que se usa como señuelo en el mundo televisivo, cf. Yolanda Monge, “Vuelve la serie políticamente incorrecta”, *El País*, 25 de agosto de 1997, pág. 37; El País (redacción), “Debate en ‘Las noticias del guiñol’”, *El País*, 23 de abril de 1998, pág. 71. Como publicidad de un grupo musical, véase “Molotov”, *El País (El País de las Tentaciones)*, 1 de mayo de 1998, pág. 44; Joseba Elola, “Alejandro, el pillo”, *El País Semanal*, 27 de diciembre de 1998, pág. 40. Lo “políticamente incorrecto” se utiliza como reclamo para una función de teatro en El País (redacción), “Ñake. Políticamente incorrectos”, *El País (Babelia)*, 21 de febrero de 1998, pág. 4. Para su utilización como forma de elogio y publicidad en el mundo editorial, véanse las reseñas anónimas “El Paraíso políglota”, *El Semanal*, 27 de enero de 2000, pág. 83, y “El amante lesbiano”, *El Semanal*, 6 de febrero de 2000, pág. 80, así como “Mata, mata, más deprisa, más deprisa”, *El País (Babelia)*, 10 de enero de 1998, pág. 8 de R.B, y “Luis Goytisolo. ‘Diario de 360° es un intento de novela total’”, *El País*, 21 de octubre de 2000, págs. 8-9, de Rosa Mora.

<sup>400</sup> Algunas ocasiones en las que lo “políticamente incorrecto” se vincula a lo inadecuado, en el sentido de reaccionario, son las siguientes: NYT, “Consejos poco correctos”, *El País*, 30 de julio de 1997, pág. 41; Mario Vargas Llosa, “Predadores”, *El País*, 20 de diciembre de 1998, págs. 15-16; Karmen Marín, “Los universitarios ‘imitan’ a sus padres”, *El País*, 11 de abril de 1999, pág. 30; Manuel Rodríguez Rivero, “Cómo mejorar la relación con su pareja (perruna)”, *El País (Babelia)*, 13 de noviembre de 1999, pág. 3; Lucía Argos, “Políticamente incorrecto en Europa”, *El País*, 13 de febrero de 2000, pág. 42; Inés Eléxpuru, “Desde el pasado a las cumbres”, *El País (Babelia)*, 8 de julio de 2000, págs. 12-13. Lo “políticamente incorrecto” se reprueba por radical, erróneo, inconveniente o fuera de tono en estos otros artículos: José María Guelbenzu, “Conciencia y realidad en Graham Swift”, *El País (Babelia)*, 27 de septiembre de 1997, págs. 7-8; Luz Sánchez Mellado y Susana Moreno, “Tengo 13 años”, *El País Semanal*, 27 de junio de 1999, págs. 26-40; Luis Martínez, “Cine. Ambicioso Warren Beatty”, *El País Semanal*, mayo de 1999, pág. 124; José Luis Pardo, “Por orden alfabético”, *El País (Babelia)*, 2 de septiembre de 2000, pág. 12.

obtiene por inversión de esa corrección política que, como veíamos, se vincula en nuestro país a la obediencia del patrón dominante, de suerte que lo políticamente incorrecto se antoja como el necesario cuestionamiento de los valores hegemónicos, como un comportamiento contestatario puesto del lado de lo minoritario. En definitiva, sucede que en España a menudo se invoca la “incorrección política” en nombre de los valores que en Norteamérica se alineaban con lo políticamente correcto<sup>401</sup>. A la inversa, a menudo se reprueba en nuestro país por “políticamente correcto” lo que justamente desoye los dictados pro-minoría que en Estados Unidos abanderaba la corrección política<sup>402</sup>.

En realidad, este cúmulo de contradicciones corre paralelo a la popularización descontextualizada de otra conexión frecuente en el discurso de los conservadores norteamericanos, a saber, la que identificaba la corrección política con una ortodoxia<sup>403</sup>.

---

<sup>401</sup> Así sucede, por ejemplo, en los siguientes artículos: Ángel Domingo Villarreal, “Y ... ESO”, *Lateral*, diciembre de 1998, pág. 4 (que sostiene que lo políticamente incorrecto en educación es luchar por el igualitarismo en la enseñanza, frente a lo políticamente correcto, que en su opinión se liga a la defensa del actual sistema meritocrático); Juan Cruz, “El árbol de Camus”, *El País*, 2 de octubre de 1999, pág. 48 (que califica de políticamente incorrectos a los autores contestatarios que van a contracorriente del pensamiento de sus sociedades, por ejemplo por ser izquierdistas militantes o defender a los marginados); Fernando Savater, “El soborno del cielo”, *El País*, 26 de diciembre de 1999, pág. 16 (que califica de “coacción a la incorrección política” las campañas de persecución contra un autor como Rushdie); El Norte de Castilla (redacción), “Matilda”, *El Norte de Castilla*, 6 de enero de 2000, pág. 55 (que califica una película de fábula políticamente incorrecta, a pesar de ser fundamentalmente un alegato a favor de la autoafirmación).

<sup>402</sup> Quizás el ejemplo más significativo se encuentre en un artículo publicado en la sección de opinión de *El País* sobre una exposición conmemorativa celebrada con motivo del centenario del nacimiento de Federico García Lorca, que recorría la vida del poeta sin hacer referencia alguna a su homosexualidad, sin mencionar en ningún momento el compromiso social que contrajo con los marginados ni aludir a su vinculación política con el Frente Popular. A la luz de todas estas omisiones, de esta neutralización de la carga subversiva y antihegemónica inherente a la figura lorquiana, la exposición, patrocinada por las autoridades públicas, se acusaba de ser “políticamente correcta” (Ian Gibson, “Un Lorca ‘políticamente correcto’”, *El País*, 6 de junio de 1998, págs. 11-12). En la misma línea, en “Crisis de Imperio” (*El País*, 17 de enero de 1998, pág. 11) de Antonio Elorza y en “Políticamente incorrecta” (*El País*, 25 de junio de 2000, pág. 17) de Celso Almuíña, se califica de “políticamente correcta” la visión de la historia que está al servicio de las clases dominantes.

<sup>403</sup> Entre las reescrituras que identifican lo PC como una ortodoxia que no se puede eludir, sea en el terreno de los comportamientos, del pensamiento, la literatura o la vida social, se encuentran, por ejemplo, los siguientes artículos: Estrella de Diego, “Viajes guiados por el multiculturalismo”, *El País (Babelia)*, 3 de febrero de 1996, págs. 12-13; Miguel García Posada, “La retirada del héroe”, *El País*, 16 de enero de 1997, pág. 11; Rosa Montero, “Gordos gordísimos”, *El País semanal*, 4 de octubre de 1998,

En realidad, si hacemos memoria, en aquel discurso que gustaba de informar sobre la existencia de una amenaza totalitaria, lo PC se definía como la nueva ortodoxia *radical* e *izquierdista* instaurada en los campus universitarios. Dando prueba de que la traducción opera una serie de selecciones en cierta manera imprevisibles, en la cultura receptora se ha reorganizado esta asociación de ideas, que ha cundido a menudo simplificada y reducida a uno de sus términos. Ciertamente, en alguna que otra ocasión, por lo general fomentada directa o indirectamente por personas asociadas a una opción política contraria o más moderada, en nuestro país ha sobrevivido esa unión de lo PC con un izquierdismo supuestamente desbocado. En *La izquierda y la nación. Una traición políticamente correcta*, por ejemplo, César Alonso de los Ríos hace corresponder lo PC al ideario izquierdista imperante que en su opinión pone sistemáticamente en entredicho la idea de nación y de estado<sup>404</sup>. En *La apoteosis de lo neutro*, por su parte, Rodríguez Lafuente y Sánchez Cámara esbozan una corrección política reprobable y totalitaria. Para ellos, no es más que una “combinación de perfiles sórdidos y erráticos” —en la que aúnan una drástica imposición lingüística, un multiculturalismo y un igualitarismo totalmente relativistas, unas prácticas manipuladoras como la revisión de la historia y las humanidades, y una serie de medidas en su opinión criticables, como la discriminación positiva—, cuya responsabilidad en principio atribuyen a la izquierda norteamericana, a la que acusan,

---

pág. 16; J. G ., “Gracias y desventuras de un hombre de hoy”, *El País (Babelia)*, 30 de enero de 1999, pág. 13; Cecilia Dreytmüller, “Sobre la coquetería y otras cuestiones”, *ABC Cultural*, 27 de marzo de 1999, págs. 9-10; Ignasi Moya, “Will Smith. Un triunfo políticamente correcto”, *Magazine*, 18 de julio de 1999, págs. 20-2; Octavi Martí, “‘Escribir es un trabajo que comporta algo de alucinación’”, *El País (Babelia)*, 9 de octubre de 1999, pág. 6; Lourdes Ortiz, “¿Fingir o no fingir?”, *Mujer de hoy*, n.º. 26, 9-15 de octubre de 1999, pág. 23; Manuel Rodríguez Rivero, “La ducha de agua fría de J. M. Coetzee”, *El País (Babelia)*, 6 de noviembre de 1999, pág. 3; Virginia Drake, “Milagros Candela. Esposa de Joaquín Almunia”, *Mujer de hoy*, n.º. 45, 19-25 de febrero de 2000; Silvia Alexandrowitch, “Decoro y cortesía”, *Mujer de Hoy*, 1-7 de julio de 2000, pág. 15; Javier del Pino, “La C.B.S. arrasa con concursantes anónimos”, *El País (El Espectador)*, 18 de junio de 2000, págs. 12-13; Manuel Rodríguez Rivero, “Más competencia para Harry Potter”, *El País (Babelia)*, 24 de junio de 2000, págs. 2-3; Manuel Rodríguez Rivero, “Las chicas son (y siempre fueron) guerreras”, *El País (Babelia)*, 24 de junio de 2000, pág. 3; Javier Peña, “Elogio del pudor”, *El Norte de Castilla*, 3 de julio de 2000, pág. 24; Javier Martínez de Pisón, “De vuelta a los inmigrantes y al racismo”, *El País (Babelia)*, 8 de julio de 2000, pág. 24; Josep Ramoneda, “Kaplan, en la montaña rusa”, *El País (Babelia)*, 22 de julio de 2000, pág. 9.

<sup>404</sup> César Alonso de los Ríos, *La izquierda y la nación. Una traición políticamente correcta*, Madrid, Planeta, 1999.



entre otras cosas, de haber convertido las aulas y los centros de investigación estadounidenses en un “cementerio de ideas” o de introducir, con medidas correctoras como la discriminación positiva, “un elemento perturbador que pone en grave riesgo la convivencia interracial”<sup>405</sup>. Resulta curioso que, tras predisponer de esta manera contra las ideas y las políticas sociales expuestas, se proceda a enumerar con sus correspondientes nombres, apellidos y filiación política a los dirigentes que en España las amparan. Velada y sutilmente, la breve obra de Rodríguez Lafuente y Sánchez Cámara aprovecha el fenómeno de la corrección política para minar la credibilidad de cierto partido político de la sociedad meta, patrocinando así indirectamente otras opciones más conservadoras.

En realidad, podría hablarse de un patrocinio mutuo. De hecho, esta obra fue publicada por una entidad, como señala Joaquín Estefanía<sup>406</sup>, íntimamente ligada al partido de centro-derecha mayoritario en la política española, cuyos máximos cargos ocupan también los puestos honoríficos o de responsabilidad de esta institución cultural. Y si bien en el reverso de la portada del volumen se hace constar que “[l]a Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas en los textos que publica”, parece que nos encontramos ante un clarísimo ejemplo de *mecenazgo*. De hecho, Lefevere incluía las formaciones políticas en la enumeración de personas y grupos en que, en su opinión, suele concretarse esta figura:

Patronage can be exerted by persons, such as the Medici, Maecenas, or Louis XIV, and also by groups of persons, a religious body, a *political party*, a social class, a royal court, publishers, and, last but not least, the media, both newspapers and magazines and larger television corporations.<sup>407</sup>

---

<sup>405</sup> Fernando Rodríguez Lafuente e Ignacio Sánchez-Cámara, *La apoteosis de lo neutro*, págs. 55, 10 y 8.

<sup>406</sup> Joaquín Estefanía, “La apoteosis de lo neutro”, *El País*, 8 de enero de 1997, págs. 11-12.

<sup>407</sup> André Lefevere, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, pág. 15. La cursiva es nuestra.

Menos sutil es la crítica a que, por medio de la corrección política, somete Fernando Alonso Barahona a los partidos españoles de izquierda, y más explícito es, sin duda, el patrocinio que en su obra hace de un ideario conservador. En *Políticamente incorrecto*, este autor critica “los errores de la corrección política”<sup>408</sup>, que, como asegura confirmando la asociación de lo PC con una “ortodoxia”, en su opinión “se ha llegado a convertir, a veces de forma subrepticia, en una ideología dominante de la modernidad”<sup>409</sup>. Alonso Barahona denuncia, uno por uno, los diferentes vicios que configuran esta filosofía en su opinión aberrante —el odio a la verdad y el rencor a la excelencia que encubre el multiculturalismo, la perversión del lenguaje, la tolerancia enfermiza con que se legitima cualquier modo de vida, la instrumentalización del arte al servicio de la ideología política, la manipulación de la tradición, la desaparición de los valores fundamentales en lo social y en lo político, o la conversión de la excepción en norma, ya en el terreno de la educación, ya en lo económico, ya en lo relativo a la política social<sup>410</sup>—; vicios que, una vez define teóricamente vinculándolos a los fundamentos epistemológicos del movimiento de la corrección política, une ilustrativamente a una serie de ideas, hechos o iniciativas encuadrados en España, de las que sin excepción responsabiliza a los dirigentes del partido socialista. Los últimos capítulos son, en teoría, una alternativa a esa corrección política sistemáticamente identificada con el socialismo o, en realidad, un apoyo al partido que en su opinión mejor encarna dicha alternativa<sup>411</sup>.

---

<sup>408</sup> Fernando Alonso Barahona, *Políticamente incorrecto*, Madrid, Eiusa, 1998, pág. 9.

<sup>409</sup> *Ibid.*, pág. 10.

<sup>410</sup> Cf. respectivamente los siguientes epígrafes: “La falacia del multiculturalismo”, *ibid.*, págs. 14-18; “El chantaje de los términos” y “El ridículo lenguaje ‘políticamente correcto’”, *ibid.*, págs. 18-22 y 25-27; “Homosexualidad. Parejas ‘de hecho’”, *ibid.*, págs. 22-25; “Las mentiras sobre el arte comprometido”, *ibid.*, págs. 29-41; “Las deformaciones de la historia”, *ibid.*, págs. 57-61; “La reivindicación del héroe” y “¿Qué podemos esperar del nuevo milenio?”, *ibid.*, págs. 63-74 y 75-90; “El año dos mil en España”, *ibid.*, págs. 91-137.

<sup>411</sup> Cf. “Libertad frente a corrección política” y “Epílogo. ¿Por qué soy conservador (y de derechas)?”, *ibid.*, págs. 139-147 y 149-158.

Tanto en esta obra como en la de Alonso de los Ríos y la que publican conjuntamente Rodríguez Lafuente y Sánchez Cámara, los autores llevan a cabo una naturalización del debate que suscitó la corrección política en Estados Unidos buscando los homólogos de las partes enfrentadas mediante un proceso de traducción en el que la construcción de las representaciones del Otro supone simultáneamente la construcción de unas posiciones de sujeto para los grupos sociales de la cultura receptora. Y la traducción es, en esta ocasión, un acto político aun en la acepción más restringida del término. Pero también en su sentido más amplio, pues, por decirlo con la terminología recurrente en las últimas tendencias en los Estudios de Traducción, desarrolla su capacidad para formar identidades, tanto ajenas como propias, y para propiciar identificaciones entre ellas<sup>412</sup>. De ahí que pueda afirmar Lawrence Venuti que la traducción, en último extremo, establece las bases de la diplomacia, consolida ciertas alianzas, agudiza otros antagonismos y a la par forja unas relaciones ya de hegemonía ya de subordinación entre las culturas implicadas y, aún más, entre los diversos colectivos que las conforman<sup>413</sup>. Es evidente que este tipo de naturalizaciones nunca es neutral, lo que por otra parte equivale a decir que no son *naturales* y *automáticas*, sino *interesadas* y *controvertidas*; en otras palabras, que podrían ser o haber sido de otra forma.

De hecho, en otro tipo de reescrituras, la naturalización de la significación cultural de la corrección política que llevan a cabo, aun partiendo de las mismas asociaciones, establece unas analogías completamente antagónicas a las anteriormente expuestas, indudablemente porque quienes las construyen están informados por unos presupuestos ideológicos diferentes a los de los autores de los dos volúmenes comentados. Joaquín Estefanía también define metonímicamente lo PC como una ortodoxia asfixiante y vituperable contra la que conviene luchar, y basándose en esa

---

<sup>412</sup> Cf. Román Álvarez y M. Carmen África Vidal Claramonte: "Translating: A Political Act", págs. 1-9.

<sup>413</sup> Cf. Lawrence Venuti, *The Scandals of Translation. Towards an Ethics of Difference*, págs. 67-68.

definición elemental busca asimismo sus homólogos en nuestra cultura, con el siguiente resultado:

en España, lo *políticamente correcto* es el pensamiento único, no la discriminación positiva o el multiculturalismo, muy minoritarios y a veces inexistentes. Lo *políticamente correcto* son los valores del liberalismo económico.<sup>414</sup>

En suma, para Joaquín Estefanía la corrección política termina ligada a una amalgama de conservadurismo y libre mercado que, según matiza en la contraportada de su libro, es hegemónica en Occidente desde la década de los ochenta — justamente el modelo social y económico al que Alonso Barahona, Rodríguez Lafuente y Sánchez Cámara se adhieren para combatir, precisamente, la corrección política. La diferencia entre ambas visiones es inmensa, si bien toman como base el mismo discurso: el acuñado por las reescrituras de los conservadores norteamericanos tal y como resultó de la criba simplificadora a que lo sometieron en nuestro país las que en este trabajo hemos denominado las reescrituras reproductoras. Ahora bien, la percepción del mundo en que estas asociaciones se integran, el *textual grid* que unos y otros manejan son tan diferentes y están tan enfrentados que el resultado del acople diverge y, aún más, pasa a integrarse también en la lucha que mantienen las visiones del mundo que las conciben. Las diferentes definiciones de corrección política que se desgajan de este proceso de traducción cultural, en efecto, se enzarzan en una competición en la que cada grupo trata de establecer la suya como la única válida, la verdadera y la real —una característica que, si extrapolamos las enseñanzas de Lefevere, sería propia de los sistemas descentralizados o, en su terminología, de mecenazgo diferenciado<sup>415</sup>.

De hecho, en una reseña del opúsculo de Rodríguez Lafuente y Sánchez Cámara que publicó en las páginas de opinión de *El País*, Estefanía se sorprendía de que los autores de *La apoteosis de lo neutro* presentaran los valores multiculturalistas como la ortodoxia reinante en España y Europa. Lo políticamente correcto aquí, sugería desde su

---

<sup>414</sup> Joaquín Estefanía, *Contra el pensamiento único*, Madrid, Taurus, 1997.

<sup>415</sup> André Lefevere, *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, pág. 29.

particular visión de la realidad, es otro fenómeno. Es más, reafirmando una vez más la asociación de lo PC con la ortodoxia, en su opinión:

Afirmar que, en los albores del nuevo milenio, el fantasma de la corrección política está a la izquierda de la sociedad es dar —sin ánimo de faltar— gato por liebre. Con este texto, sus autores han producido ideología pura, pero como representación falsa de la realidad. La apoteosis de lo neutro, la fiesta del eufemismo, se encuentra, en nuestros tiempos, en el pensamiento único, no en la discriminación positiva.<sup>416</sup>

Cabe argüir que no es menos ideológica su tesis que la que mantienen Rodríguez Lafuente y Sánchez Cámara, como por otra parte bien apuntaron los aludidos en la revancha<sup>417</sup>. En realidad, ninguna de las asociaciones naturalizadas que surgen en los ejercicios de traducción se libra de serlo. De hecho, si atendemos a Lefevere, la analogía es el factor más poderoso en los procesos de aculturación en los que interviene la traducción<sup>418</sup>. La comparación de lo Otro con lo propio nunca es gratuita, más cuando se trata de un Otro denigrado. La traducción, en este sentido, se alinea con los mecanismos de exclusión que operan en una sociedad concreta, pues el rechazo a lo de fuera encubre, en última instancia, la descalificación de los grupos a los que en el curso de la naturalización se ha asimilado. En España, la traducción de la corrección política ha terminado enfrentando dos idearios distintos que pugnan por neutralizar el otro para consolidar su modelo de sociedad como el hegemónico. No obstante, a diferencia de lo que ocurría en Norteamérica, donde en el debate de la corrección política, como vimos, también se opusieron dos concepciones antitéticas de organización social, en nuestra cultura ninguno de los bandos ha reivindicado sus valores como políticamente correctos.

Y ello se debe en parte al indudable triunfo de otra metonimia que ha condicionado la traducción cultural, en la que el componente que se ha descontextualizado y ha cobrado vida propia es, precisamente, esa expresión importada

---

<sup>416</sup> Joaquín Estefanía, *art. cit.*, pág. 12.

<sup>417</sup> Fernando R. Lafuente e Ignacio Sánchez-Cámara, “¿Es la libertad políticamente correcta?”, *El País*, 31 de enero de 1997, pág. 16.

<sup>418</sup> André Lefevere, “The Gates of Analogy: The Kalevala in English”, pág. 76.

de “lo políticamente correcto”. No en vano, ésta se ha separado de un ideario social concreto, de esa filosofía pluralista que, mediante la revalorización de la diferencia y de lo minoritario, fomentaba un modelo de convivencia social basado en el respeto y la cortesía para con las diferentes identidades colectivas, para pasar a utilizarse en su sentido más directo como sinónimo de “lo que se amolda a los usos de la política” o de “lo que resulta conveniente o aceptable en la esfera pública”, usos y decisiones que, en la mentalidad colectiva y en conjunto, descontextualizados, en principio suscitan recelo. En la imaginaria popular la política, de modo paradójico, se percibe inextricablemente unida al interés particular y al partidismo. Sea como fuere, e independientemente de las connotaciones que suscite este entorno, la evolución que ha seguido el término hasta instalarse en él es significativa y en cierto modo previsible: *previsible* por cuanto, como ocurre cuando se hojea un texto especializado sin el bagaje cultural necesario que la comprensión, aferrada a la literalidad de las palabras, se salda de manera fragmentaria, empobrecida y quizás equívoca, en nuestro país —todo hay que decirlo—, con menor sensibilidad que Norteamérica para detectar las exclusiones de los modelos culturales centralizadores y asimilistas, y bastante más tardío en el desarrollo de categorías de oposición y de análisis como la raza o el género, escasa importancia se ha concedido al detalle fundamental de que en el contexto original “*politically correct*” está fundamental y etimológicamente emparentado con la educación, el trato respetuoso al prójimo y el civismo —con lo social, en definitiva—, más que con “lo político” en el sentido más común, más restringido y también más desprestigiado del término, como “politiqueo”; *significativa* por cuanto, en primer lugar, ofrece un atisbo de la escala de valores que rige en nuestra cultura —las omisiones y transformaciones son delatorias, por inversión, de lo que la sociedad que las permite (no) considera relevante e imprescindible—, y por cuanto, en segundo lugar, la extensión de esta asociación que se despreocupa de todo el bagaje igualitarista que subyace al fenómeno norteamericano ha favorecido, una vez más, la vinculación de lo políticamente correcto en nuestra cultura, no a lo marginal y lo reivindicativo, sino precisamente a los comportamientos políticos hegemónicos,

consolidados, establecidos<sup>419</sup>, inclusive los que son, en este ámbito, moneda corriente aunque se juzguen cuestionables, cuando no los que persisten a pesar de resultar ya deslucidos, trasnochados y de amparar incluso lo retrógrado y lo reaccionario<sup>420</sup>. El cambio ideológico es insondable. En este rumbo que toma la traducción cultural, lo PC pasa del lado de las minorías a alinearse sistemáticamente con lo mayoritario.

---

<sup>419</sup> Para la unión de lo PC a los comportamientos que se amoldan a lo que se considera tolerable en la esfera política o en el comportamiento (público y personal) de los políticos en determinado momento, a lo que se pliega a los valores en alza y por tanto no ocasiona críticas y estridencias, en la línea de la definición de corrección política que plantea Josep Ramoneda en *Después de la pasión política* (Madrid, Taurus, 1998, especialmente 48), véase Bosco Esteruelas, “El poder chino cambia para durar”, *El País*, 22 de septiembre de 1997, pág. 6; Soledad Mayoral, “Nacho Martín no es un conformista”, *El Mundo*, 23 de septiembre de 1997, pág. 61; Ramón de España, “Rutina”, *El País*, 25 de septiembre de 1997, pág. 72; Manuel Vázquez Montalbán, “El ruido”, *El País*, 15 de diciembre de 1997, pág. 72; M. Á. Bastenier, “El Mediterráneo de Sami Nair”, *El País (Babelia)*, 10 de octubre de 1998, pág. 16; Eduardo Haro-Tecglen, “Nacionalistas, feministas, juvenistas”, *El País*, 19 de diciembre de 1998, pág. 68; Antonio Caño, “El amor difícil”, *Canal +*, octubre 1999, pág. 16; Carlos López-Fanjul, “Veinte años después”, *Revista de libros*, n.º. 34, octubre de 1999, págs. 18-20; Javier Pradera, “Un discurso doble sobre la nación”, *El País (Babelia)*, 11 de diciembre de 1999, pág. 14; Miguel Herrero de Miñón, “Soberanía limitada”, *El País*, 6 de febrero de 2000, pág. 4; José Comas, “Un fenómeno televisivo”, *El País*, 7 de febrero de 2000, pág. 2; María A. Iglesias, “Juan María Uriarte”, *El País*, 5 de marzo de 2000, pág. 5; Daniel Innerarity, “La política en directo”, *El Norte de Castilla*, 4 de septiembre de 2000, pág. 26. Por oposición, políticamente incorrecto es lo que desentona, resulta inconveniente o levanta ampollas en la esfera política: Augusto Klappenbach, “Las dos morales”, *El País*, 14 de enero de 1997, pág. 12; Miguel García Posada, “Del pensamiento único y de la memoria”, *El País*, 4 de junio de 1998, pág. 14; Javier Casqueiro, “Flequillo ‘políticamente incorrecto’”, *El País*, 18 de abril de 1998, pág. 13; Geles Espinosa, “Hijo políticamente incorrecto”, *El País*, 14 de febrero de 2000, pág. 53; Rita Abundancia, “Los Blair. Un nuevo estilo de hacer política”, *El Semanal*, 30 de abril de 2000, págs. 16-24; Javier Valenzuela, “El polémico voto de ‘Play Boy’”, *El País*, 12 de agosto de 2000, pág. 6. Prueba del triunfo de esta última asociación es sin duda el hecho de que la obra teatral *Out of Control*, de Ray Cooney —cuya trama original consistía en las complicaciones que se originan en la cita amorosa clandestina que mantienen un político conservador y una secretaria de la oposición—, se tradujera como *Políticamente incorrecto* en la adaptación de Paco Mir, J.L. Martín y Jordi Galceran; un título que se aleja no sólo del original, sino también de las soluciones halladas en otros idiomas (la obra fue representada con el título *Außer Kontrolle* en Alemania y con el de *Luda now u hotelu president* en Zagreb, por ejemplo). Por cierto, la versión española no sólo naturalizó el título, sino que además adaptó la trama: en los escenarios españoles en los que se representó en 1998 y 1999, los protagonistas principales eran un ministro del PP y una diputada socialista.

<sup>420</sup> Así, por ejemplo, cabe señalar la vinculación de lo PC a la hipocresía y a una actitud que trata de guardar las apariencias (Cf. Alfonso Ussía, “Las últimas fuerzas”, *ABC*, 28 de septiembre de 1997, pág. 28 ó Agustí Fancelli, “Corrección política en Salzburgo”, *El País*, 5 de agosto de 2000, pág. 28), a un *laissez-faire* y un silencio que prefiere permitir lo intolerable para evitar pronunciarse o hacer estallar el conflicto (Cf. Javier Tusell, “Setecientos noventa y ocho más uno”, *El País*, 13 de septiembre de 1997, pág. 14 ó Miguel García Posada, “La lengua de Franco”, *El País*, 3 de abril de 1997, pág. 32), o a declaraciones convenientes, altisonantes e incluso oportunistas, pero inexactas e ineficaces (Cf. Petra, “Del clítoris y otros desusos”, *Campus*, enero 1998, pág. 6; Gabriel Tortella, “Haider y Hitler”, *El País*, 11 de febrero de 2000, pág. 15).

El lenguaje políticamente correcto, en consonancia, también se traslada de bando. Lo PC deja de estar del lado del respeto y la tolerancia para recubrirse de un halo de hipocresía y fingimiento, de manipulación y engaño. Fundamentalmente, lo PC se liga, no ya a las subversivas propuestas que utilizaban creativamente el lenguaje como un modo de llamar la atención sobre los acuciantes problemas irresueltos en la realidad social, sino precisamente a los rodeos, los circunloquios y las paráfrasis con que ocultar dichos problemas, con que edulcorar su apariencia y maquillarlos. En *La seducción de las palabras*, Álex Grijelmo traza una distinción entre las “palabras frías” y las “palabras calientes”<sup>421</sup>. El lenguaje PC de aquella otra corrección política de trinchera, como antes la hemos denominado robándole un sintagma a Ramón Pi, se compondría preferentemente de palabras enfebrecidas, con temperatura, ardientes; palabras cargadas de emoción y desencadenantes de nuevas emociones. El lenguaje PC que se liga a la corrección política que en el último epígrafe hemos descrito, por el contrario, constaría fundamentalmente de vocablos fríos, desapegados, impersonales, asépticos; vocablos técnicos, vacíos, grandilocuentes, que fundamentalmente inducen al desapasionamiento. PC, sugería en este sentido Julio Ariza Irigoyen, es decir “interrupción, eliminación o extracción, incluso aborto, todo menos muerte”<sup>422</sup>. PC, y más que PC, comentaba Miguel García Posada, es hablar “de los violentos y contra la violencia” en relación con “[l]os que matan de un tiro en la nuca o ponen bombas en espacios públicos, los que secuestran”<sup>423</sup>. Lo PC, por lo tanto, en esta senda por la que se encamina de la mano de la que quizá constituye la asociación más productiva en toda la traducción cultural que estudiamos, urde vínculos con el eufemismo<sup>424</sup>, con la inflación de la palabra y la

---

<sup>421</sup> Álex Grijelmo, *La seducción de las palabras*, pág. 33.

<sup>422</sup> Julio Ariza Irigoyen, “Padre y muerte”, *El País*, 23 de septiembre de 1997, pág. 31.

<sup>423</sup> Miguel García Posada, “Los ‘violentos’”, pág. 11. En esta misma línea, del mismo autor, véase “Máscaras y palabras”, *El País*, 5 de agosto de 1997, pág. 9.

<sup>424</sup> Eduardo Haro-Tecglen, “La maldad sexual”, *El País*, 11 de agosto de 1997, pág. 37; Francisco Gor, “Las cosas por su nombre”, *El País*, 12 de enero de 1997, pág. 16.



escritura<sup>425</sup>, con el ocultamiento de una realidad que merma en una relación inversamente proporcional al estiramiento de los vocablos<sup>426</sup>. Con su particular humor, así lo pone de relieve Forges en la siguiente viñeta<sup>427</sup>:



Lo PC, lejos de ayudar a la diversidad, trata de debilitar el significado de los términos hasta integrarlos en el rumor del consenso<sup>428</sup>, a rebufo del pensamiento oficial<sup>429</sup>, a tono con la moda imperante de ideas y palabras<sup>430</sup>. En realidad, dice Ramoneda, es peligroso hacerse oír entre el ruido de lo PC, descollar rompiendo las reglas no escritas de una lengua medida para decir sólo a medias. El aprendizaje del eufemismo, apunta este

<sup>425</sup> Ander Gurrutxaga Abad, “Medios democráticos y fines nacionalistas”, *El País*, 28 de abril de 1997, págs. 11-12.

<sup>426</sup> Ludolfo Paramio, “Xenofobia y choque generacional”, *El País*, 21 de julio de 1999, pág. 12.

<sup>427</sup> Forges, *El País*, 15 de marzo de 1999.

<sup>428</sup> Manuel Escudero, “La derecha en la época post-neoliberal”, *El País*, 3 de enero de 1999, pág. 15.

<sup>429</sup> Cf. Iñaki Gabilondo *apud* Pepa Roma, *Hablan ellos*, Barcelona, Plaza y Janés, 1999, pág. 81.

<sup>430</sup> Salvador Giner, “Verdad, tolerancia y virtud republicana”, en Manuel Cruz (comp.), *op. cit.*, pág. 134.

autor, es considerado un síntoma de responsabilidad<sup>431</sup>. De ahí que diga Vicente Verdú que hay una hipocresía, una lección aprendida, una pose en lo políticamente correcto<sup>432</sup>.

En 1997, el mismo año en que Larousse puso en el mercado el diccionario basado en el de Beard y Cerf que ya hemos comentado, se publicó en castellano otro diccionario “bilingüe” (políticamente correcto - políticamente incorrecto), clarísimamente inspirado por esta asociación de lo PC con el intento de enmascarar la realidad bajo una apariencia externa ampulosa, fatua, evasiva, ambigua. Ramoncín, el autor de *Políticamente correcto o cómo decir las cosas sin llamarlas por su nombre*<sup>433</sup> percibía, en efecto, una tendencia en nuestra sociedad a “disfrazar o hacer más amable lo que verdaderamente se quiere decir con ellas”<sup>434</sup>, una actitud, dicho sea de paso, que de ningún modo aprobaba. La obra, de hecho, pretendía “pone[r] al descubierto la cursilería y las dobles intenciones con las que algunos se expresan”<sup>435</sup>. Ni que decir tiene, los grupos a que remite Ramoncín cuando se refiere a “algunos” es fundamental a la hora de determinar la concepción de lo PC que maneja.

Y es que, efectivamente, al contrario de los responsables del glosario compilado por Larousse, que partían de la base de que lo PC manaba de las minorías, de los colectivos reivindicativos o de quienes batallaban por hacer valer las denominaciones que recalcaran su diferencia en lugar de perpetuar su inferioridad, y por tanto se ligaba fundamentalmente a una reafirmación de la identidad, al descubrimiento público y social de lo marginal, Ramoncín distinguía lo PC como un artificio ocultador, como un mecanismo de exclusión y dominio de lo desagradable y lo indigno, como una normalización de lo que se percibe como anormal. En opinión de Ramoncín, este

---

<sup>431</sup> Josep Ramoneda, *op. cit.*, pág. 217.

<sup>432</sup> Vicente Verdú *apud* Pepa Roma, *op. cit.*, pág. 81.

<sup>433</sup> José Ramón Martínez Márquez, *Políticamente correcto o cómo decir las cosas sin llamarlas por su nombre*, Madrid, Temas de Hoy, 1997.

<sup>434</sup> *Ibid.*, contraportada.

<sup>435</sup> *Id.*

lenguaje críptico y capcioso destinado a despojar las cosas de su aspecto infortunado e irregular es el que caracteriza, por ejemplo, a las compañías aéreas (“pequeñas turbulencias”, “demora”), las instituciones públicas (“dispensar” en lugar de jubilar, “pensionado/a” en lugar de pensionista), los dirigentes políticos (“alternativa de poder” en lugar de oposición, “aplicar la obligatoriedad de no hacer algo” y no prohibir), los organismos burocráticos (“depurar” en lugar de cesar, “desestimar” por denegar), las fuerzas del orden y la moral (“funcionario/a” o “agente” en lugar de policía, “irrespetuoso” por impío) o a los grupos que utilizan enigmáticas jergas y argots (“despachar” en lugar de matar o “iniciado” por toxicómano), y resulta especialmente fructífero en ámbitos rodeados de tabú como la enfermedad (“desequilibrio” en lugar de chifladura, “bulto sin importancia” en lugar de tumor), la muerte (“deceso” o “expiración”), el cuerpo (“alopecia” o “desventaja facial”), la religión (“falta” en lugar de pecado o maldad o “jurar” en lugar de blasfemar), la infracción (“amigo/a de lo ajeno”), el sexo (“intimar”, “entender”), las relaciones familiares (“madre política” o “cónyuge”) o el dinero (“asignación provisional” en lugar de pensión o “exclusiva” por privilegio o monopolio”). En la obra de Ramoncín, la corrección política enlaza, pues, con una especie de reserva, con un cierto pudor a la hora de nombrar las cosas o, por el contrario, con un intento de abultarlas, engordarlas, hacerlas aparentar; en todo caso, se trata de eludir los vocablos que supuestamente conducen de manera directa, sin extravíos ni digresiones, a la realidad.

Ciertamente, el “desvío” de los circunloquios y expresiones seleccionados en este glosario supone un cambio en la forma de los vocablos, que ven magnificada su apariencia y experimentan una sublimación al ser sustituidos por otros menos manidos y, por tanto, más lentos a la hora de mostrar su negatividad; ahora bien, se diría que, en el fondo, en lo ideológico, este cambio no lleva aparejada y ni siquiera busca una modificación del orden del discurso y de las cosas, sino precisamente todo lo contrario: a pesar de los retoques, se trata de que todo permanezca inalterado, sin cambios en lo sustancial. De hecho, el autor une la “moral políticamente correcta” a un acatamiento sumiso e hipócrita de los modos y los valores establecidos cuando la define gráficamente como la de “decir no al aborto y mandar a las niñas a abortar a Londres;

después, confesar y comulgar”<sup>436</sup>. El lenguaje políticamente correcto que sistematiza Ramoncín, en definitiva, tiene su surtidor en los poderes consolidados, las instituciones arraigadas, vigentes, el pensamiento hegemónico que, con nuevas formas, sigue inculcando sus valores, y con ellos sus prejuicios, con total impunidad.

De hecho, cabe argüir que la alianza de lo PC que sella Ramoncín con el circunloquio, la paráfrasis, el rodeo y todo lo que ejecuta un desvío con respecto a las formas usuales de denominar no rescinde automáticamente el contrato con la escala de valores establecida, ni con la jerarquía en que ésta se traduce en lo social. Dicho de otro modo, no acompaña al cambio de palabras un cambio de voz, una redistribución del poder, una delegación del Mismo en el Otro a la hora de poner(se) nombres cara a la comunidad. En realidad, la rareza de los vocablos frente a los acostumbrados y el menor índice de frecuencia que registran en el ámbito coloquial bastan para decidir su inclusión en el catálogo de este lenguaje políticamente correcto que se liga a la voluntad de confundir y ocultar, sin que la carga ideológica que acompañan a los nuevos términos intervenga en la selección. Sólo así se explica que Ramoncín dé a entender que resulta más políticamente correcto el vocablo “pecadora”, utilizado —como matiza— por las instancias eclesiales, u otros desusados como “cortesana” o “mujer pública” que todo un listado de términos (también) despectivos que recopila en relación con las mujeres que ejercen la prostitución; que “contra natura” figure como sustituto políticamente correcto de “sodomía, concubito entre varones”; o que, precediendo a la definición del término PC “asistente” en tanto que “1. Criado. 2. Secretario. 3. Ayudante”, se proponga “asistenta” como denominación políticamente correcta alegando en su correspondiente entrada lo siguiente:

Parece poco respetuoso decir “la chica”; y la chacha ya no es esa muchacha de pueblo inculta que llegaba a una capital para servir en casa de unos señoritos, que eran conocidos o parientes de los señoritos del pueblo. Además, la incorporación de mujeres llegadas de otros países a este sector laboral, la regulación de esta actividad y el cambio de actitud social han conferido dignidad a un trabajo otrora tan denostado.<sup>437</sup>

---

<sup>436</sup> *Ibid.*, pág. 68.

<sup>437</sup> *Ibid.*, pág. 30

Ciertamente, en relación con los que acompañan a cada uno de ellos, los términos propuestos por Ramoncín son quizá más inusuales, pero, cabe argüir, en el fondo no por ello menos vejatorios, estigmatizados y/o estigmatizantes, no por ello más cautos y considerados a la hora de nombrar y evaluar la diversidad ni más críticos con el actual y desigual reparto de papeles sociales, y desde luego sordos e indiferentes a la propia voz y a los propios términos con que se identifican quienes, de esta manera, siguen ocupando el lugar heterodesignado, el espacio de lo Otro. Claro que, como sugiere Rodríguez Magda, “no sólo Lo Mismo define a lo Otro, sino que la necesaria correlación con Lo Otro determina el estatuto de Lo Mismo”<sup>438</sup>: por inversión de la definición del homosexual como anomalía, del emplazamiento de la mujer en una situación de inferioridad con respecto a sus homólogos masculinos<sup>439</sup>, emerge y se robustece una definición excluyente de lo “normal”, a saber, varón, heterosexual, bienpensante. En definitiva, lo políticamente correcto, tal y como lo pinta Ramoncín, no es sino novedad verbal al servicio de lo mayoritario y exclusión, una vez más, del margen. Atendiendo a cualquiera de las definiciones de la corrección política predominantes en Norteamérica, en realidad, se diría que ocasionalmente llega a ser cómplice de una incorrección política supina.

---

<sup>438</sup> Rosa María Rodríguez Magda, *El modelo frankenstein. De la diferencia a la cultura post*, pág. 50.

<sup>439</sup> En concreto, “mujer pública” y “cortesana” son precisamente dos manidos ejemplos de referencia de sexismo lingüístico y de asimetría en función del género de los que han dado en llamarse “duales aparentes”. Como constata Álvaro García Meseguer en *¿Es sexista la lengua española?*, mientras que “hombre público” transmite la imagen de un político o un varón con un cargo respetable en la sociedad, “mujer pública” se asocia al negocio del sexo; mientras el “cortesano”, en los tiempos de la corte, era el asesor del rey, la “cortesana” era su amante (págs. 31-32). A la luz de estos ejemplos, este mismo autor sugiere (*apud* Carlos Barral, “Lengua y habla”, *Nos acercamos. Anuario de los temas 1985*, Barcelona, Difusora Internacional, 1989, pág. 195) que la lengua castellana juzga a los varones por su posición en la sociedad y a las mujeres por su comportamiento sexual, una tesis que también explica la diferente percepción que sugieren respectivamente “pecadora” y “pecador”. El par formado por “asistente” y “asistenta” citado por José Ramón Martínez Márquez es, por su parte, otro caso paradigmático en el que se crea un “femenino analógico” que se desprestigia frente al término que hace alusión al varón, que suele unirse —como se comprueba en la obra que analizamos en estas páginas— a actividades de mayor categoría y responsabilidad (*Cf.* en este sentido M<sup>a</sup>. Ángeles Calero, *op. cit.*, págs. 108-115).

Para bien o para mal, el diccionario de Ramoncín no es sino una más de toda una serie de reescrituras, mayoritarias por otra parte en la traducción cultural que nos ha ocupado en estas páginas y a las que metonímicamente representa, que, en el mejor de los casos, neutraliza toda la carga crítica y subversiva de lo que, en origen, en ese origen que estratégicamente determinamos al inicio de esta Tesis, era un credo radical, utópico y de liberación que cuestionaba los modelos discriminatorios imperantes y el uso inconsciente del lenguaje como un instrumento de exclusión; que, en el peor de ellos, la recicla, la manipula y la procesa para reutilizarla al servicio de una causa totalmente opuesta: la causa hegemónica, la continuidad del sistema, tanto de sus virtudes como de sus deficiencias. Ni que decir tiene, esta reconversión, aunque quizás inconsciente, no es intrascendente. Al contrario, al incorporarse al caudal incesante de la cultura, a esa esfera semiótica como agente activo y parte legítima, inevitablemente deja ver sus efectos, influye en lo venidero, genera secuelas, (im)posibilitando la aparición de otros discursos, otras reescrituras, otras traducciones a su estela. Nada de lo dicho puede eliminarse<sup>440</sup>; todo influye, todo afecta, todo queda. En el caso que nos ocupa, los derroteros que ha tomado lo PC en esta vertiente de la traducción cultural que ha inhabilitado su dimensión crítica, podría decirse, alientan en apariencia más discursos y en el fondo sólo *el* discurso. Son, por decirlo con Foucault, reiterativo *comentario*: lo que repite, glosa, comenta y apuntala el discurso como institución o, mejor dicho, las instituciones sobre las que se asienta el discurso. Esta faceta de la traducción cultural de lo PC permite seguir diciendo lo Mismo aun cuando los tiempos hayan cambiado y algunos (otros, otras culturas) estimen que procede hablar de otra manera.

Tras la acomodación —o, mejor, tras *esta* acomodación— de lo PC en España, sigue siendo posible, en efecto, producir reescrituras que saquen partido de los estereotipos más añejos y trasnochados, que retraten una Otredad tópica y subyugada, que presenten, aun con ánimo esperpéntico, un discurso abiertamente machista o xenófobo sin originar las protestas de diversos colectivos sociales, ni un debate sobre la legitimidad de todo ello. Si en páginas anteriores la búsqueda de reescrituras ilustrativas

---

<sup>440</sup> Umberto Eco, *Apostillas a El nombre de la rosa*, pág. 75.

del influjo de lo PC nos llevaba, de la mano de Miliki, al universo musical, en este caso nos adentraremos en el mundo de la gran pantalla. No en vano, tenemos en mente al afirmar lo expuesto, por ejemplo, la película *Torrente, el brazo tonto de la ley*, protagonizada y dirigida por Santiago Segura. El filme presenta un sujeto que acumula y exhibe de una manera descarada los prejuicios que, quizá de un modo latente, alberga la sociedad a la que va dirigida, como el sexismo, el racismo y la intolerancia. La mujer y el inmigrante, sin ir más lejos, aparecen retratados en la película en una posición de inferioridad y desprestigio extremos. Creemos no confundirnos al asegurar que, mientras en Norteamérica una producción de este tipo originaría un aluvión de críticas de los colectivos sociales aludidos y un debate sobre la conveniencia y la admisibilidad de llevar hasta el extremo los tópicos prejuiciados como medio de dinamitarlos<sup>441</sup>, en nuestro país la cinta se ha consolidado como la más taquillera de la historia del cine español, dando lugar a una segunda parte que en este sentido la ha emulado. Y todo ello sin que ni una ni otra haya planteado en ningún momento una controversia, ni siquiera una reflexión, sobre cuestiones que muy probablemente surgen cuando se examinan estos filmes desde la mirada del Otro: a saber, hasta qué punto la transgresión de los valores que una sociedad acepta oficialmente como básicos e incuestionables es legítima e irreprochable en el cine, el arte y la literatura; hasta qué punto puede asegurarse que (no) comulgan con las ideas que presentan; cómo determinar la verdadera intención de lo que en estos ámbitos arremete contra los derechos y valores fundamentales; en qué medida el mundo de la ficción es reflejo o espejo crítico de la sociedad y en qué medida el realismo, incluso el realismo paródico, es transmisor de sus valores y sus prejuicios; dónde están los límites, si es que los hay, y dónde los límites de

---

<sup>441</sup> Un ejemplo de este desfase de mentalidades colectivas y del modo en que éste influye en los ámbitos del cine, de la literatura o del arte queda de manifiesto en el comentario que hace el crítico norteamericano Karl Taro Greenfeld en la revista literaria de *The New York Times* al hilo de la publicación de la traducción al inglés de la obra *Trilogía sucia de La Habana* del escritor cubano Pedro Juan Gutiérrez; comentario que Javier Martínez de Pisón cita (y traduce) en “Violencia, tabaco y traducciones”, *El País (Babelia)*, 13 y 14 de abril de 2001, pág. 16: “Dudo que ningún escritor en Estados Unidos pudiera escribir hoy un libro tan machista como *Trilogía sucia de La Habana*, pero Gutiérrez vive en una sociedad que es a la vez cortés y caballeresca, y brutalmente chauvinista con las mujeres, y que está aislada de las corrientes actuales sobre lo que es políticamente correcto, lo cual le permite tomarse libertades a las que otros escritores contemporáneos no se atreverían”.

la interpretación, y quién los fija; es decir, en último extremo qué fuerzas sociales determinan lo que es permisible. La traducción que se ha hecho en España de lo PC, si bien ha evitado el florecimiento de una susceptibilidad exacerbada en cuestiones como el género y la raza como la que ahora se percibe y se denuncia en Norteamérica, también, ciertamente, ha menguado las posibilidades y los alicientes para el debate, así como la necesidad y la urgencia de plantearlo en una sociedad cada vez más diversa y multicultural.

En el terreno de las traducciones, la dirección que ha tomado el trasvase de lo PC ha permitido la continuación prácticamente no cuestionada de los mismos modelos de traducción de siempre, preocupados por la consecución de la Identidad en el sentido de Equivalencia unívoca y con mayúsculas, aun cuando de alguna manera el argumento de las obras a las que se aplica sea, precisamente, el modo de articular la *diferencia*. Mientras que en otros países —fundamentalmente en los que, por circunstancias demográficas e históricas y gracias a un cambio de mentalidad, han sometido a crítica el modelo tradicional de la aculturación de las minorías para apostar por otro pluralista y multicultural (como Estados Unidos, Canadá o Gran Bretaña) o en otros que, tras un pasado reciente abotargado por el calco de la potencia colonial, han permitido el auge de nuevas formas de expresión poscoloniales que pongan de manifiesto el mestizaje y el carácter diferencial (como en las ex-colonias británicas o en el ámbito ultracontinental de la francofonía)— se ha abierto un debate sobre qué modelos teóricos de traducción y qué estrategias y prácticas traductorales son capaces de permitir representar la alteridad sin neutralizarla o simplificarla a los estereotipos heredados, en nuestro país, a pesar de su realidad histórica y actual multicultural, la reflexión sobre en qué medida la traducción puede ponerse de lado de una ética de la diferencia ha sido bastante más tardía y es, aún hoy, comparativamente limitada y marginal. Lo PC, en consonancia con la evolución que ha sufrido en el curso del trasvase intercultural, no ha espoleado significativamente esta reflexión sobre cómo mostrar las diferencias, como dar cauce a



la expresión de nuevas formas de identidad discursiva y social, al haberse unido también en el terreno de la traducción a opciones en último extremo mayoritarias<sup>442</sup>.

En el terreno de la práctica, aún con posterioridad al desembarco y acomodación en nuestro país de lo PC, la industria editorial española sigue favoreciendo, e incluso imponiendo —según afirma por experiencia propia Julia Escobar—, una “sobretraducción” que lleve al autor al lector<sup>443</sup>; es decir, el modelo fluido y transparente de traducción que, —como alerta Venuti— a la par que invisibiliza al traductor, suaviza también la diferencia y la alteridad del autor original. La domesticación al servicio de *la* cultura y *la* lengua receptoras sigue siendo la norma en el campo de la traducción literaria; el respeto escrupuloso de *la* norma y *la* gramática prescriptivas, por otra parte, como señala Franco Aixelá, se mantiene como regla tácita pero incuestionable<sup>444</sup>. En definitiva, se diría que en el ámbito editorial de la traducción al castellano —al castellano peninsular— la sumisión a *la* lengua ideal(izada) sigue gravitando como un axioma al que se supeditan todos los demás. Pervive, pues, incuestionado el centralismo que con toda normalidad se impone y se espera incluso en los textos que precisamente arremeten contra la visión predominante de la lengua como unidad y las concepciones homogéneas que lleva aparejadas de cultura y de identidad; un centralismo, en cambio, que en Estados Unidos, a raíz del debate en torno a lo PC y el multiculturalismo, se resquebraja para alimentar, no obstante y también en el ámbito

---

<sup>442</sup> Roberto Mayoral Asensio (*op. cit.*, págs. 98-99), por ejemplo, lo liga a un pensamiento censor de palabras estigmatizadas y conceptos ofensivos. Apropiándose de unas ideas de Peter Newmark, este autor sostiene que la traducción políticamente correcta, en consonancia, es la que corrige o hace notar la inexactitud, la incorrección o la tendenciosidad del texto original; es decir, la que la enjuicia a partir de una determinada moral, un planteamiento, como puede observarse, totalmente diferente a la corrección política “minoritaria” que trata de que el Otro se manifieste en sus propios términos. Por su parte, Ovidi Carbonell (*Traducción y cultura. De la ideología al texto*, pág. 222) vincula lo políticamente correcto al privilegio de representaciones exotizantes y estereotipadas de la alteridad, reprobables en su opinión por perpetuar los clichés y las expectativas de los grupos dominantes, por impulsar una homogeneización más que un acercamiento ético al Otro.

<sup>443</sup> Julia Escobar, “Presencias reales. La documentación en la traducción de narrativa”, ponencia presentada en el Seminario de “Traducción, terminología y traducción” que organizó la Fundación Duques de Soria y se celebró en Soria del 27 de septiembre al 1 de octubre de 1999, pág. 11 del material entregado.

<sup>444</sup> Javier Franco Aixelá, *art. cit.*, págs. 65-66.

hispano allí presente, la experimentación de formas distintas, más éticas, de comprender y representar la Otreidad. Pero quizá sea más conveniente verlo a través de un ejemplo.

Las obras de Sandra Cisneros, y en general la literatura chicana, son verdaderos manifiestos que desafían la visión de las lenguas, las culturas y las identidades como entidades homogéneas, estables, perfectamente definidas, delimitadas frente a otras por oposición. Su escritura, la escritura híbrida que emerge naturalmente de quien vive en ese espacio múltiple, ambiguo e incierto de la frontera<sup>445</sup>, es una amalgama de códigos y legados culturales que le permiten afirmar su identidad mestiza, pero también articular su resistencia frente a la catalogación simplona, a la vinculación estricta y excluyente a un mundo, a un solo idioma, a una realidad indivisa y unidimensional. Sandra Cisneros, una estadounidense de padre mexicano y madre méxicoamericana, mezcla en sus obras el español y el inglés emulando de esta manera el modo en que se cruzan y conviven en un contexto híbrido, en ese lugar de encrucijada donde la superposición se impone sobre la renuncia, aunque sin ocultar en ningún momento las tensiones que mantienen las lenguas y culturas implicadas. No en vano, aun cuando coinciden en un mismo individuo, los idiomas no coexisten en pie de igualdad; la figura del híbrido vive estas desigualdades en sus propias carnes, y en medio de ellas se forja su voz polifónica, su experiencia compleja, su identidad. Así queda de manifiesto de manera paradigmática en la dedicatoria que abre su colección de relatos titulada *Woman Hollering Creek and Other Stories*:

For my mama,  
Elvira Cordero Anguiano,  
who gave me the fierce language.  
*Y para mi papá,*  
Alfredo Cisneros del Moral,  
*quien me dio el lenguaje de la ternura.*  
*Estos cuentitos se los dedico*  
*con todo mi corazón.*<sup>446</sup>

---

<sup>445</sup> Cf. Pilar Godayol, *op. cit.*, págs. 129-130.

<sup>446</sup> Sandra Cisneros, *Woman Hollering Creek and Other Stories*, Nueva York, Vintage Books, [1991] 1992.

En la escritura de Cisneros cohabitan, como ya hemos dicho, el inglés y el español, aunque no se funden en una mezcla homogénea. Se trata más bien de un sincretismo, un estado de fluctuación y dislocación constantes, ambivalencia y descentramiento, tensión, diglosia, escisión. Las lenguas están subordinadas, en su convivencia, a relaciones de poder, y la escritura de Cisneros es un *locus* donde estas relaciones quedan de manifiesto y, a la vez, donde se desestabilizan, se cuestionan, se desplazan. La escritura es, por ello, una metáfora y un mecanismo de creación de la identidad: una identidad que no se reduce restrictivamente a ninguna realidad o código estáticos, sino que se reinventa o se ensaya a cada paso en la tensión, en la incertidumbre, en la diversidad. El mensaje no se oculta detrás del código; reside en el código, en la capacidad que tiene el emisor para alternarlos en un mundo dual en el que ambos se precisan y se complementan, en el que cada cual cumple su misión. El significado, pues, se halla suspenso en el cambio, en el translingüismo, en ese espacio intersticial del *entre*, en el encuentro y la intersección. Ahora bien, ¿cómo reacciona ante esta realidad la traducción?

Que sepamos, existen dos traducciones de esta obra: una publicada en la editorial barcelonesa Ediciones B, a cargo de Enrique de Hériz; otra editada en Estados Unidos en la colección Vintage español, a cargo de la traductora mexicana residente en Norteamérica Liliana Valenzuela. Las soluciones propuestas no pueden ser más distintas:

*Para mi mamá,  
Elvira Cordero Anguiano,  
que me dio el lenguaje feroz.  
Y para mi papá,  
Alfredo Cisneros del Moral,  
quien me dio el lenguaje de la ternura.  
Estos cuentitos se los dedico  
con todo mi corazón.<sup>447</sup>*

*For my mama,  
Elvira Cordero Anguiano,  
who gave me the fierce language.  
Y para mi papá,  
Alfredo Cisneros del Moral,  
quien me dio el lenguaje de la ternura.  
Estos cuentitos se los dedico  
con todo mi corazón.<sup>448</sup>*

---

<sup>447</sup> Sandra Cisneros, *Érase un hombre, érase una mujer*, Barcelona, Ediciones B, 1992. Trad.: Enrique de Hériz.

<sup>448</sup> Sandra Cisneros, *El arroyo de la llorona y otros cuentos*, Nueva York, Vintage español, 1996. Trad.: Liliana Valenzuela.

Enrique de Hériz responde al silbido de la lengua dominante, que, según Venuti, cede ante lo regular, ante lo constante, que busca la homogeneización<sup>449</sup>. Parte de una visión de la(s) lengua(s) unitaria, forjada, sin duda, en torno al concepto de cooperación<sup>450</sup>. La lengua, en último extremo, se entiende como un instrumento de comunicación: el significante se subordina al significado; la idea se cree primar sobre el medio de expresión. La traducción de Enrique de Hériz, por todo ello, se pliega al modelo tradicional de traducción que retratara y contra el que se rebelara Antoine Berman: en términos culturales, sugería este autor, es *etnocéntrico*; en términos literarios, es *hipertextual*; en términos filosóficos, es *platónico*<sup>451</sup>.

La traducción de Liliana Valenzuela, en cambio, parece encarnar el modelo alternativo con el que Berman propone recibir al Otro en tanto Otro<sup>452</sup>. Así, a la traducción etnocéntrica, este autor oponía la traducción *ética*; a la traducción hipertextual, la traducción *poética*; y a la traducción platónica, o “platonizadora”, la traducción *reflexiva*.<sup>453</sup> La versión de Valenzuela parte de la percepción y respeto de la *diferencia*, de la conciencia de la *desigualdad*. Las lenguas, además de un cauce de expresión, son asimismo un modo de afirmar la propia identidad. El híbrido es un individuo siempre a caballo, que se constituye en el *entre*, que vive en una frontera que no reconoce como tal. Sólo quienes se empeñan en concebir separadas en compartimentos comunicados las lenguas, las culturas y la realidad juzgan como transgresión lo que, por otra parte, asegura Steiner, no es sino lo habitual<sup>454</sup>. La traducción de Valenzuela de esta obra que, por otra parte, ya es en sí misma una traducción incesante se sitúa asimismo en la frontera, si bien sabe que quien la mira se

---

<sup>449</sup> Lawrence Venuti, “Introduction” a Lawrence Venuti (ed.), *Translation & Minority*, pág. 136.

<sup>450</sup> Cf. Marie Louise Pratt, *art. cit.*, pág. 63.

<sup>451</sup> Antoine Berman, “La traduction et la lettre ou l’auberge du lointain”, pág. 46.

<sup>452</sup> *Ibid.*, pág. 89.

<sup>453</sup> *Ibid.*, pág. 47.

<sup>454</sup> George Steiner, *Errata. Examen de una vida*, pág. 107.

encuentra ahora al otro lado de la linde. De ahí que el único cambio en la traducción sea el del punto de vista, que se refleja con la inversión del uso de la cursiva. Si la traducción de Enrique de Hériz está claramente al servicio de *una* lengua y *una* cultura, la versión de Liliana Valenzuela, como por otra parte la escritura de Cisneros, exhibe dónde queda en entredicho su autonomía, dónde se desintegran para hacer eclosionar la heterogeneidad y el descentramiento, el vértigo: la traducción también puede ser, asegura Venuti, un lugar donde se alternan los dialectos, los códigos, los registros y los estilos, donde se libera ese excedente de significación del *remainder*<sup>455</sup>; la traducción actúa entonces como *contradiscurso*, como actividad de resistencia<sup>456</sup>.

La dedicatoria que encabeza estas dos versiones descubre ya los principios de las éticas traductoras que, respectivamente, mantendrán a lo largo del libro. De Hériz ignora la alteridad; Valenzuela la reconstruye en otro contexto, relocaliza la tensión en la que se origina. Y, es preciso recalcarlo, se trata de una *relocalización*, no de una inversión u oposición acrítica, facilona, elemental. Hay en esta obra, ya se ha visto, una preocupación por preservar la identidad de la autora, pero ésta se compagina, en todo momento, con una voluntad de compartirla con el lector. La traducción del Otro ética, reflexiva y poética no impone una esencia ininteligible al lector; negocia con él un grado estratégico de renuncia y cesión. *Diferencia* no significa *intraducibilidad*. Esta negociación se hace evidente, por ejemplo, en la sección de agradecimientos, que tanto en el original como en la versión de Valenzuela se titula “Los acknowledgements”. Cisneros expresa su reconocimiento, entre otros, a su editora:

Praise to *la bien bien linda* Julie Grau, my editor. Ay, Julie, believe me, I am eternally grateful for your unflagging *cariño*, patience, and sensitivity through the labor and delivery of this book<sup>457</sup>.

---

<sup>455</sup> Lawrence Venuti, “Translation, Heterogeneity, Linguistics”, pág. 105.

<sup>456</sup> Ovidi Carbonell i Cortés, *Traducción y cultura. De la ideología al texto*, págs. 239, 247.

<sup>457</sup> Sandra Cisneros, *Woman Hollering Creek and Other Stories*, pág. x.

Liliana Valenzuela transmite el mensaje en español, pero a través de pequeñas señales recuerda al lector que, en todo momento, la lengua fuerte, la lengua fiera, se encuentra en contacto y en pugna con la lengua de la emoción, que en el nuevo contexto es además la fundamental para la comprensión:

*Praise to* la bien bien linda Julie Grau, mi editora. Ay, Julie, *believe me*, te estoy eternamente agradecida por tu cariño incansable, tu paciencia y sensibilidad durante el parto y alumbramiento de este libro.<sup>458</sup>

Como es de esperar, Enrique de Hériz soslaya el bilingüismo del pasaje. El inglés desaparece, y al perder su presencia pierde también su poder. Pero el castellano, a la par, deja de estar por oposición impregnado de sentimiento y emoción. De hecho, sus expresiones son bastante más asépticas e impersonales que las de Valenzuela. De Hériz no habla de “partos” y “alumbramientos”; no traduce, como escribe Cisneros, en femenino, con el cuerpo:

Loa a la “bien bien linda” Julie Grau, mi editora. Ay, Julie, créeme, te estaré eternamente agradecida por tu incesante cariño, paciencia y sensibilidad a lo largo de la elaboración y entrega de este libro.<sup>459</sup>

Sin duda alguna, la presencia o ausencia del cambio de código marcan de una manera evidente, como bien ha demostrado Pilar Godayol con el análisis del relato titulado “Mericans”, cuya traducción al catalán emprende posteriormente<sup>460</sup>, la palmaria contraposición entre la estrategia homogeneizadora de Enrique de Hériz y la semiótica de la hibridación, por decirlo con Papastergiadis<sup>461</sup>, que abraza Valenzuela. En todo caso, no es éste el único rasgo en que divergen. Aun cuando la traducción permanece en

---

<sup>458</sup> Sandra Cisneros, *El arroyo de la llorona y otros cuentos*, pág. xvi.

<sup>459</sup> Sandra Cisneros, *Érase un hombre, érase una mujer*, pág. 10.

<sup>460</sup> Pilar Godayol, *op. cit.*, págs. 129-201. En cierto modo, no deja de ser significativo que sea en el ámbito de las lenguas menos traducidas donde se estén dando últimamente este tipo de iniciativas que adoptan una poética subversiva para buscar formas experimentales de representar una identidad diferencial. En una línea en algunos aspectos similar a la que adopta Godayol se sitúa la traducción de un relato de Sashi Deshpande de María Reimóndez Meilán, que la traductora comenta en “La traducción de ‘Hear Me Sanjaya’, o de cómo el feminismo y el postcolonialismo ayudaron a Kunti a hablar a las gallegas”, en Anne Barr, M. Rosario Martín Ruano y Jesús Torres del Rey (eds.), *op. cit.*, págs. 642-651.

<sup>461</sup> Cf. Nikos Papastergiadis, *art. cit.*, pág. 13.

los límites oficiales del español, hay notables diferencias. Para ilustrarlo nos fijaremos en el pasaje titulado “Hairs”, una de las cuarenta y cinco estampas de que consta la obra más conocida de Sandra Cisneros, *The House on Mango Street*, que narra el proceso de maduración experimentado por Esperanza Cordero, una niña de origen hispano y residente en un barrio latino de Chicago. En “Hairs”, Esperanza presenta a su familia y refleja la diversidad existente en su interior:

#### Hairs

Everybody in our family has different hair. My Papa’s hair is like a broom, all up in the air. And me, my hair is lazy. It never obeys barrettes or bands. Carlos’ hair is thick and straight. He doesn’t need to comb it. Nenny’s hair is thick and straight —slides out of your hand. And Kiki, who is the youngest, has hair like fur.

But my mother’s hair, my mother’s hair, like little rosettes, like little candy circles all curly and pretty because she pinned it in pincurls all day, sweet to put your nose into when she is holding you, holding you and you feel safe, is the warm smell of bread before you bake it, is the smell when she makes room for you on her side of the bed still warm with her skin, and you sleep near her, the rain outside falling and Papa snoring. The snoring, the rain, and Mama’s hair that smells like bread.<sup>462</sup>

Se perciben notables diferencias en el modo en que Enrique de Hériz y Liliana Valenzuela, respectivamente, vierten el monólogo de Esperanza, el torrente de sentimientos y sensaciones que descarga ante el lector:

#### Cabellos

En nuestra familia todos tenemos el cabello distinto. El cabello de papá es como un cepillo, todo de punta. El mío..., el mío es flojo. Nunca obedece a las cintas y a los broches. El de Carlos es tieso y espeso. No le hace falta peinarse. El cabello de Nenny es resbaladizo, se te escapa de las manos. Y Kiki, que es el más pequeño, tiene un cabello que parece la piel de algún animal.

Pero el cabello de mi madre..., el cabello de mi madre, como rosetones, como caramelillos redondos, rizado y bonito porque lleva rulos todo el día y da gusto hundir en él la nariz cuando te abraza, cuando te abraza y te sientes segura, es como el agradable olor del pan antes de hornear,

#### Pelitos

Todos en nuestra familia tenemos pelo diferente. El pelo de mi papá es como una escoba, todo parado de punta. Y yo, mi pelo es flojo. Nunca obedece a broches o diademas. El pelo de Carlos es grueso y lacio. No necesita peinárselo. El pelo de Nenny es resbaloso —se te escurre de tu mano. Y Kiki, el más chiquito, tiene pelo como peluche.

Pero el pelo de mi mamá, el pelo de mi mamá, como rositas, como rueditas de dulce, todas chinitas y lindas porque se hizo anchoas con pasadores todo el día, dulce como cuando pones tu nariz en él cuando ella te abraza, cuando te abraza y te sientes segura, es el olor tibio a pan

<sup>462</sup> Sandra Cisneros, *The House on Mango Street*, Londres, Bloomsbury, 1992, págs. 6-7.

el olor de cuando ella te deja sitio a su lado en la cama, que aún conserva el calor de su piel, y te quedas dormida y fuera llueve y papá está roncando. Los ronquidos, la lluvia y el cabello de mamá, que huele como el pan.<sup>463</sup>

antes de hornearlo, es el olor cuando te hace un campito en su lado de la cama todavía calentito de su piel, y te duermes cerca de ella, la lluvia cayendo afuera y Papá roncando. Los ronquidos, la lluvia y el pelo de Mamá que huele a pan.<sup>464</sup>

Empezando por el título, la traducción a cargo de Enrique de Hériz busca la norma prestigiada. En lo posible, trata de amoldar el texto —un texto en boca de una niña— al estilo considerado como elegante en español. Frente a los vocablos coloquiales y del ambiente familiar que selecciona Valenzuela, de Hériz elige palabras propias de un registro más formal y, a la vez, más impersonal (“cabello” y “madre” en lugar de “pelo” y “mamá”). Como se comprueba en la primera oración, se tiende al orden ortodoxo del castellano peninsular. También se deshacen los anacolutos, y por lo general se tiende a la explicitación, sea sintáctica (“que es el más pequeño”, “que aún conserva el calor de su piel”), sea semántica (“que parece la piel de un animal”). Guiado por la misma lógica, sin embargo, de Hériz omite las repeticiones, supuestamente innecesarias, de “hairs”, y hace por conseguir una cierta variación léxica. Valenzuela, por el contrario, se pliega a la sintaxis del original. La extrañeza que causa este español que hace hueco a la extranjería de la lengua de partida y que a la vez da idea de la variación que alberga en su interior se complementa además con un vocabulario muy colorista: son, en efecto, abundantes los mexicanismos, las expresiones fijadas y los diminutivos. Además, la traducción de Valenzuela, en comparación con la de Enrique de Hériz, se muestra sin duda mucho más sensible a lo sensorial. La mexicana habla de un pelo de “peluche”, de otro “dulce” donde hundir la nariz, de un campito “calentito” y de un olor “tibio” que recuerda al pan. Enrique de Hériz, por el contrario, reprime las sensaciones neutralizando la lengua a través de la que se expresan y la lógica que la informa. No en vano, el relato de Cisneros —una narrativa femenina en su poética— rompe el orden esperado, la estructura gramatical de la oración, el ritmo progresivo secuencial. De Hériz corrige las “imperfecciones”. Valenzuela, en cambio, las respeta y

---

<sup>463</sup> Sandra Cisneros, *Una casa en Mango Street*, Barcelona, Ediciones B, 1992, págs. 15-16. Trad.: Enrique de Hériz.

<sup>464</sup> Sandra Cisneros, *Hairs/Pelitos. A Story in English and Spanish from The house on Mango Street*, Nueva York, Dragonfly Books, 1997. Trad.: Liliana Valenzuela. Ilustraciones de Terry Ybáñez.



las representa mímica, que no miméticamente<sup>465</sup>, en español, a sabiendas de que estas transgresiones son los algodones donde se asienta el yo, el refugio de los afectos, la morada de la identidad. Por volver a nuestro punto inicial, resulta que, paradójicamente, emulando las que desde la lógica dominante no son sino incorrecciones, es, en último extremo, políticamente correcta.

En cierto modo, la contraposición entre estos dos modos de traducir es, asimismo, la de dos sociedades que han tenido experiencias históricas distintas, pero asimismo la de (¿)dos(?) culturas que han respondido de una manera diferente a los debates recientes sobre su composición y sobre el modo de afrontar el reto de la multiculturalidad. Hasta ahora, la traducción cultural que de la corrección política se ha hecho en la sociedad española no parece haber dado demasiado fruto en el terreno de las traducciones, que, se dirían, siguen ancladas en el punto en que se sitúa de Hériz. El desfase es notable, pero nunca es tarde. Toda traducción está perennemente expuesta a la revisión. Toda traducción (cultural), por fortuna, está siempre inacabada.

---

<sup>465</sup> Sobre la “mímica” como estrategia traductora subversiva, especialmente en el contexto poscolonial, véase Homi Bhabha, “Of Mimicry and Man: The Ambivalence of Colonial Discourse” [1984], en Philip Rice y Patricia Waugh (eds.), *op. cit.*, págs. 234-241.

**PUNTO Y SEGUIDO**

Llegados a este punto, conviene echar la mirada atrás y hacer balance. Como apuntábamos en las primeras páginas de esta Tesis Doctoral, decía Wolfram Wilss que, dada la generalización del fenómeno norteamericano de la corrección política en Europa, no cabía poner en duda la traducibilidad de las filosofías, de las corrientes de pensamiento, de las doctrinas y en general de todos esos discursos que flotan en un nivel epistémico abstracto. En este aspecto coincidimos plenamente con este autor. El hecho de que, constantemente, hayamos hablado de *traducción* para denominar el proceso por el que, como muestra claramente la corrección política, dichas ideas, filosofías, corrientes de pensamiento, doctrinas o discursos se transmiten, se difunden y se dispersan es, creemos, más que un aval implícito a esa tesis de la traducibilidad. No podemos estar de acuerdo, sin embargo, ya lo dijimos, con la reflexión que, a modo de aforismo o máxima, añade Wilss a su constatación. No en vano, la traducibilidad —y la traducción— es para Wilss fundamentalmente un pretexto que le permite resaltar las nociones de universalidad, igualdad, similitud, identidad y correspondencia. Sin ir más lejos, en opinión de este autor, la presencia ubicua de la corrección política demuestra que nos encontramos ante un fenómeno que es patrimonio universal, u occidental en todo caso, por lo que no procede, como señala, exagerar la importancia de las diferencias culturales.

Según hemos tratado de mostrar en estas páginas, en nuestra opinión y desde nuestra mirada, dichas diferencias entre las culturas son, no obstante, en lo que se refiere a la corrección política, múltiples, significativas y amplias. La traducción cultural que nos ha ocupado en esta Tesis Doctoral, efectivamente, genera en la sociedad de destino una red discursiva para lo políticamente correcto a partir de (los retazos de) su antecesora norteamericana. No se trata, sin embargo, como hemos visto, de una copia del entramado inicial, de un reflejo especular del laberinto de significación formado por ideas, conceptos, asociaciones, relaciones de poder y dominio, de subordinación y agencia que se erigió en Norteamérica. Sin duda, difiere de aquél en cuanto a los vínculos que en último extremo en nuestra tierra este discurso establece: recordemos, a título ilustrativo, que en Norteamérica lo PC evoca instantáneamente

---

cuestiones relacionadas con la raza y el género, el concepto de minoría y una actitud que presenta o apoya una reivindicación social; en nuestra cultura, además o en lugar de eso, lo PC está emparentado con la política, con la ortodoxia vigente y con las actitudes que acatan los dictados de la norma y de la convención. Pero divergen además estas formaciones discursivas sólo en apariencia gemelas en la capacidad de que una y otra gozan para enarbolar la resistencia y presentarse como disidencia, no sólo porque en Estados Unidos la mayor tradición y aceptación de lo PC se salda con una gama más extensa de posibilidades enunciativas que permiten articular este discurso con mayor soltura, sino también porque, mientras que en su país de origen lo PC es motivo de controversia por cuanto enfrenta a quienes lo defienden y a quienes lo atacan, en el contexto de llegada lo políticamente correcto como tal difícilmente suscita adhesiones incondicionales desde el momento en que, en nuestro país, ya desde su desembarco, se halla desprestigiado. Lo políticamente correcto, en realidad, no es sino un cúmulo de contradicciones, paradojas, de legítimas reivindicaciones y de posturas paródicas. Su defensa, pues, sólo puede ser parcial si pretende que se tome por algo más que por una broma irónica. Dice Umberto Eco que no puede eliminarse nada de lo que se ha dicho, y en general lo que se ha traducido y a partir de ahí lo que se ha hablado en nuestro país sobre lo PC y en nombre de lo PC en cierto modo lo han hundido. A lo sumo, por tanto, su apología podrá limitarse a rescatar los restos del naufragio.

En cualquier caso, según hemos tratado asimismo de constatar, la traducción cultural de la que hemos dado cuenta no sólo *genera* una serie de diferencias que sin duda confirman que el fenómeno por otra parte constante de la hibridación desafía el ideal y las pretensiones de homogeneidad de los discursos dominantes y las concepciones esencialistas y totalizadoras de nociones como “cultura”, “identidad”, o “lengua”. Asimismo las *revela*: pone al descubierto unas circunstancias históricas, unas características políticas, sociales, ideológicas y culturales determinadas que sin duda influyen en la comprensión, interpretación y apropiación del discurso. Al igual que un mismo libro sugiere cosas distintas en tanto cada lector aporta su mundo a las obras, las diferentes culturas reaccionan de maneras diversas a los discursos en virtud de sus vivencias.

Por todo ello, creemos, es preciso constatar estas diferencias, reconocer la inalienable especificidad de la experiencia que cada cultura adquiere de unos discursos supuestamente transculturales, percibir las particularidades que caracterizan su interpretación, aplicación y apropiación; su traducción, en suma. Y ello es tanto más importante, en nuestra opinión, en el contexto actual, en el que el espejismo de la globalización oculta las diferencias entre las culturas y, sobre todo, los diferenciales de poder a que remiten; en el que, además, la aparente fragilidad y permeabilidad de las fronteras, y la consiguiente multiplicación y naturalización de las relaciones entre las culturas, eclipsan el fenómeno de la traducción, las indeterminaciones y diferencias que inevitablemente lleva aparejadas y las enormes implicaciones de lo que en la traducción, en todo contacto cultural, hay en juego.

De todos modos, es preciso reconocer las diferencias; pero no necesariamente para atrincherarse en ellas, sino para relativizarlas. Según hemos tratado de demostrar con este trabajo, el análisis de la traducción cultural —y de las traducciones concretas—, en este sentido, es un útil instrumento de autoanálisis con el que percatarse de su existencia, con el que sacar a la luz nuestras reacciones, nuestros comportamientos, nuestros valores y nuestras creencias. Puesto que, en todo momento, éstos se obtienen por comparación con el Otro y, por tanto, nos exponen al Otro, entorpece además que dichas diferencias se estanquen en la autocomplacencia. El análisis de la traducción y la traducción en sí misma, ciertamente, permiten preguntarse cómo somos, averiguar en último extremo cuáles son nuestras *normas*. Pero también dan pie a reflexionar sobre cómo queremos ser, es decir, a reaccionar críticamente ante ellas. No en vano, la traducción y su análisis no son únicamente lugares donde queda de manifiesto la influencia del bagaje de una cultura, su pasado —por ejemplo, en las nuestras y en nuestro caso, el influjo de una tradición centralista y de un sistema patriarcal que se traducen en una dificultad para articular la experiencia femenina y de la alteridad—; también son ocasiones en las que dicha cultura se enfrenta a su presente —cada vez más diverso, variopinto, heterogéneo, multicultural—, y en las que tiene oportunidad de sentar las bases de su futuro. De ahí que todo análisis “descriptivo” de la

traducción sea, como las traducciones mismas, en último extremo *proyectivo*. El futuro y su escala de valores máximos en modo alguno están predeterminados de antemano, establecidos; la traducción es sin duda un medio, y un lugar, donde tratar de (re)escribirlos.

Quizá la mayor virtud que pueda atribuirse a la corrección política descansa en haber insistido en que los valores supremos vigentes no son precisamente perfectos, en el que orden (político, social, simbólico) existente no es el único, ni necesariamente el mejor de los posibles. Quizá su mayor logro haya sido, en efecto, haber puesto en entredicho unos criterios heredados que, respaldados por el aval de la tradición y la costumbre, han olvidado reciclarse, cuestionarse a sí mismos. Su victoria, en nuestra opinión, no reside en la expresión reformada que ha propuesto, los cánones marginales que ha defendido o la visión de la sociedad y la historia que ha impulsado, sino en el hecho de que, con ello, ha impugnado el monopolio fáctico de las expresiones, los cánones y los modelos sociales e históricos dominantes, consolidados. Su mayor triunfo, creemos, ha sido constituirse en oposición y tratar de (d)enunciar la desigualdad en un clima de aparente estabilidad, uniformidad y consenso. Y es que si la biodiversidad es necesaria para la naturaleza, la diversidad es fundamental para la evolución del medio social y del ecosistema de las ideas.

Quizás el mayor peligro inherente a lo PC, no obstante, sea que sus defensores se dejen ganar por la pereza, cejen en la voluntad de cuestionamiento perpetuo, cierren los ojos a los que, en relación a ellos, se configuran como lo Otro y en última instancia se limiten a postular los criterios o las palabras con los que han impugnado el imperio de los dominantes como la nueva gramática universal o el nuevo decálogo de valores supremos, como la verdad y la norma absoluta de los tiempos modernos, como los garantes de un nuevo orden de la diferencia que no hace sino remozar las estrategias homogeneizadoras y los mecanismos de exclusión de los modelos universalistas contra los que arremeten.

En consonancia con lo anterior, quizá la mayor virtud de las reescrituras y traducciones que se han hecho cargo de lo políticamente correcto haya sido aceptar la invitación al debate, dar cauce a la controversia, hacer, implícita o explícitamente, de mensajeras del disenso. No en vano, la evolución de las culturas en último extremo depende de la contraposición con lo Otro, de la evaluación y, si procede, de la revisión con las premisas que éste les presta de sus propios términos. Como hemos visto, sin embargo, el proceso es espinoso; el cambio es paulatino, lento, obra de un sinfín de traducciones y reescrituras que en cierta manera determinan las que las siguen; que, a su vez, se ven expuestas a la revisión, crítica, superación y cuestionamiento por parte de las posteriores. En realidad, toda traducción, toda reescritura, es legataria de un momento concreto, de unas condiciones de posibilidad determinadas, de unos *posibles históricos*. Pero a la vez es necesario darse cuenta de que es legataria de todo eso y también de sus limitaciones. De ahí que sea vital ser conscientes de la provisionalidad y relatividad que planean sobre los propios comportamientos, las propias opiniones. Difícilmente encarnarán éstas la verdad, todas las verdades. Parecería, pues, que conviene tomarlas como meros eslabones —sucesores de unos que las condicionan, antecesores de otros que probablemente las enmienden— de una traducción incesante en la que se negocian, en la que se construyen, las verdades.

Por esa misma razón el punto final de esta Tesis sólo puede ser un punto y seguido. Como dice Gail Scott, “[a]n essay is a perpetual work-in-progress”<sup>1</sup>. Y añade esta escritora canadiense:

I like the immediacy of this: the way an essay (even more than fiction) precisely intersects the period in which it is written. The way it is marked, at a given moment, by its context, its community, both of which are also part of how the writer is and how she changes over time.<sup>2</sup>

La investigación, como decíamos en el primer capítulo, es deudora de su momento, de su presente. Termina para incorporarse al incesante flujo de la cultura,

---

<sup>1</sup> Gail Scott, *Spaces like Stairs, Toronto, The Women's Press, 1989, pág. 9.*

<sup>2</sup> Id.

para influir en su curso en la medida en que arroja luz sobre algunos de sus comportamientos y quizá sobre sus posibles cauces, y a la vez para exponerse a la reconsideración, la crítica, el disenso y el debate de otras reescrituras culturales que a su vez se presten a iluminar sus puntos negros, sus cegueras, sus oscuridades. Ésta es, sugiere Kristeva, el destino y a la vez la mejor baza de la *re-vuelta*, de ese espíritu que, como contrapunto a las certezas y a las creencias, reiterada y permanentemente deja la puerta abierta a un cuestionamiento de sí, de todo y de nada<sup>3</sup>. Ciertamente es que, como dice Spivak, “to be only critical, to defer action until the production of the utopian translator, is impractical”<sup>4</sup>. Evidentemente, hay que actuar, hay que investigar, hay que hablar, hay que traducir aun a sabiendas de que la realidad siempre se nos escapa o, mejor dicho, que está continuamente esperando a que le demos forma con nuestras palabras.

De ahí la importancia de recordar que éstas no son inocentes, ni irreprochables sólo por el hecho estar bien formadas, sino en todo momento sesgadas, parciales, ideológicas, interesadas; que quizás al tiempo que hablan por nosotros, silencian a otros, los invisibilizan, los acallan. Hablar no es nunca neutro. Traducir tampoco. Lo PC es, quizás, un pretexto para dar cauce a la reflexión sobre qué pasado encubren y qué mañana crean para nosotros y para el prójimo todas esas palabras.

---

<sup>3</sup> *Julia Kristeva, op. cit., pág. 10.*

<sup>4</sup> *Gayatri Chakravorty Spivak, “The Politics of Translation”, p. 182.*



**INTERTEXTO**

- Abundancia, Rita: “Los Blair. Un nuevo estilo de hacer política”, *El Semanal*, 30 de abril de 2000, págs. 16-24.
- Acero Fernández, Juan José: *Filosofía y análisis del lenguaje*, Madrid, Ediciones Pedagógicas, 1994.
- Acero, Juan José, Eduardo Bustos y Daniel Quesada: *Introducción a la filosofía del lenguaje*, Madrid, Cátedra, 1996 (4ª edición).
- Adler, Jerry *et al.*: “Taking Offense: Is This the New Enlightenment on Campus or the New McCarthyism?”, *Newsweek*, 24 de diciembre de 1990, págs. 48-54.
- Agencias: “Sexismo informático”, *El Norte de Castilla*, 20 de agosto de 1999, pág. 60.
- Aguacero Fernández, Francisco: *La sociedad de la información*, Madrid, Acento, 1997.
- AIKIDS (Amnistía Internacional – Estados Unidos): “Universal Declaration of Human Rights. Plain Language Version”, <http://www.amnesty-usa.org/aikids/udhr.html>.
- Alario, Carmen, Mercedes Bengoechea, Eulàlia Lledó y Ana Vargas: *Nombra en femenino y en masculino*, Instituto Andaluz de la Mujer/ Junta de Andalucía/ Instituto de la Mujer/ Ministerio de Asuntos sociales, 1995.
- Alcoff, Linda: “Cultural Feminism versus Post-Structuralism: The Identity Crisis in Feminist Theory”, *Signs*, vol. 13, nº. 3, 1988, págs. 405-436.
- Alexandrowitch, Silvia: “Tirar de la manta”, *Mujer de hoy*, 16-22 de octubre de 1999, pág. 14.
- Alexandrowitch, Silvia: “Decoro y cortesía”, *Mujer de Hoy*, 1-7 de julio de 2000, pág. 15.
- Alibhai-Brown, Yasmin: “The Great Backlash”, en Sarah Dunant (ed.), *The War of the Words. The Political Correctness Debate*, Londres, Virago, 1994, págs. 55-73.
- Almuiña, Celso: “Políticamente incorrecta”, *El País*, 25 de junio de 2000, pág. 17.
- Alonso, Antonio y Javier Gómez Rodríguez: *El Chuchi, los colegas y la basca: el Evangelio en cheli*, Madrid, CCS, 1995.
- Alonso Barahona, Fernando: *Políticamente incorrecto*, Madrid, Eiunsa, 1998.

- 
- Alonso de los Ríos, César: *La izquierda y la nación. Una traición políticamente correcta*, Madrid, Planeta, 1999.
  - Althusser, Louis: *Escritos*, Barcelona, Laia, 1974. Trad.: Albert Roies Qui.
  - Álvarez Benito, Gloria, Joaquín J. Fernández Domínguez y Francisco J. Tamayo Morillo (eds.): *Lenguas en contacto*, Sevilla, Mergablum, 1999.
  - Álvarez Rodríguez, Román (ed.): *El espectáculo de la cultura: Gran Bretaña y España ante el fin de siglo*, Salamanca, Plaza Universitaria Ediciones, 1995.
  - Álvarez Rodríguez, Román (ed.): *Cartografías de la traducción: del post-estructuralismo al multiculturalismo*, Salamanca, Ediciones Colegio de España, 2000.
  - Álvarez Rodríguez, Román y M<sup>a</sup>. Carmen África Vidal Claramonte: “Xenofobia y literatura: los nuevos cánones de las instituciones académicas y su relación con el Poder”, en Román Álvarez (ed.), *El espectáculo de la cultura: Gran Bretaña y España ante el fin de siglo*, Salamanca, Plaza Universitaria Ediciones, 1995, págs. 65-88.
  - Álvarez Rodríguez, Román y M<sup>a</sup>. Carmen África Vidal Claramonte: “Translating: A Political Act”, en Román Álvarez y M<sup>a</sup>. Carmen África Vidal Claramonte (eds.), *Translation, Power, Subversion*, Clevedon/ Filadelfia/ Adelaida, Multilingual Matters, 1997, págs. 1-9.
  - Álvarez Rodríguez, Román y M<sup>a</sup>. Carmen África Vidal Claramonte (eds.): *Translation, Power, Subversion*, Clevedon/ Filadelfia/ Adelaida, Multilingual Matters, 1997.
  - Anderman, Gunilla: “A Global Language for the Global Village? A Response to Mary Snell-Hornby”, en Chistina Schäffner (ed.), *Translation in the Global Village* (nº. especial de la publicación *Current Issues in Language & Society* de Multilingual Matters), vol. 6, nº. 2, 1999, págs. 139-148.
  - Anderson, Martin: *Impostors in the Temple*, Nueva York, Simon & Schuster, 1992.
  - Annette, John: “The Culture Wars on the American Campus”, en Sarah Dunant (ed.), *The War of the Words. The Political Correctness Debate*, Londres, Virago, 1994, págs.1-14.
  - Apaolaza, Jon: “Políticamente incorrecto”, *El Norte de Castilla*, 20 de junio de 1997, pág. 64.

- 
- Appignanesi, Lisa: “*Liberté, Égalité and Fraternité: PC and the French*”, en Sarah Dunant (ed.), *The War of the Words. The Political Correctness Debate*, Londres, Virago, 1994, págs. 145-163.
  - Aragón, Emilio: *A mis niños de 30 años*, Madrid, CRAB Ediciones Musicales, 1999.
  - Argos, Lucía: “Escepticismo español con la Biblia ‘políticamente correcta’”, *El País*, 24 de septiembre de 1995, pág. 12.
  - Argos, Lucía: “Ellos buscan el Norte”, *El País*, 27 de septiembre de 1998, pág. 29.
  - Argos, Lucía: “Políticamente incorrecto en Europa”, *El País*, 13 de febrero de 2000, pág. 42.
  - Argos, Lucía: “‘Gays’ y lesbianas pulsan la supuesta tolerancia española”, *El País*, 2 de julio de 2000, pág. 32.
  - Arias, Juan Pablo y Esther Morillas (eds.): *El papel del traductor*, Salamanca, Ediciones Colegio de España, 1997.
  - Ariza Irigoyen, Julio: “Padre y muerte”, *El País*, 23 de septiembre de 1997, pág. 31.
  - Arrojo, Rosemary: *Tradução, Desconstrução e Psicanálise*, Río de Janeiro, Ática, 1993.
  - Arrojo, Rosemary: “Fidelity and the Gendered Translation”, *TTR*, vol. 7, nº. 2, 1994, págs. 147-163.
  - Arrojo, Rosemary: “The ‘Death’ of the Author and the Limits of the Translator’s Visibility”, en Mary Snell-Hornby, Zuzana Jettmarová y Klaus Kaindl (eds.), *Translation as Intercultural Communication*, Amsterdam/ Filadelfia, John Benjamins, 1995, págs. 21-32.
  - Arrojo, Rosemary: “Asymmetrical Relations of Power and the Ethics of Translation”, *TextconText*, vol. 11, 1997, págs. 5-24.
  - Arrojo, Rosemary: “The Revision of the Traditional Gap between Theory & Practice & the Empowerment of Translation in Postmodern Times”, *The Translator*, vol. 4, nº. 1, 1998, págs. 25-48.
  - Arrojo, Rosemary: “The Power of Originals and the Scandal of Translation – A Reading of Edgar Allan Poe’s ‘The Oval Portrait’”, en María Calzada Pérez (ed.): *Translation Studies on Ideology/Ideologies in Translation Studies*, Manchester, St. Jerome, 2001.

- 
- Arroyo, Carlos: “Expulsadas del diccionario”, *El País*, 19 de septiembre de 1998, pág. 27.
  - Arthur, John y Amy Shapiro (eds.): *Multiculturalism and the Politics of Difference*, Boulder/ San Francisco/ Oxford, Westview Press, 1995.
  - Asad, Talal: “The Concept of Cultural Translation in British Social Anthropology”, en James Clifford y George E. Marcus (eds.), *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press, 1986, págs. 141-164.
  - Asensi, Manuel: *Theoría de la lectura. Para una crítica paradójica*, Madrid, Hiperión, 1987.
  - Assmann, Aleida: “The Curse and Blessing of Babel; or, Looking Back on Universalisms “, en Sanford Budick y Wolfgang Iser (eds.), *The Translability of Cultures. Figurations of the Space Between*, Stanford, Stanford University Press, 1996, págs. 83-100.
  - Assmann, Jan: “Translating Gods: Religion as a Factor of Cultural (Un)Translability”, en Sanford Budick y Wolfgang Iser (eds.), *The Translability of Cultures. Figurations of the Space Between*, Stanford, Stanford University Press, 1996, págs. 25-36.
  - Aufderheide, Patricia (ed.): *Beyond PC. Towards a Politics of Understanding*, Minnesota, Graywolf Press, 1992.
  - Aune, James Arnt: *Selling Free Market: The Rhetoric of Economic Correctness* Nueva York, Guilford Press, 2000.
  - B., R.: “Mata, mata, más deprisa, más deprisa”, *El País (Babelia)*, 10 de enero de 1998, pág. 8.
  - Bajtin, Mijail: “From ‘Discourse in the Novel’. *The Dialogic Imagination*”, en Philip Rice y Patricia Waugh (eds.), *Modern Literary Theory. A Reader*, Londres, Edward Arnold, 1989, págs. 197-205.
  - Baker, Mona: “Corpora in Translation Studies: An Overview and Some Suggestions for Future Research”, *Target*, vol. 7, nº. 2, 1995, págs. 223-242.
  - Baker, Mona: “Linguistic & Cultural Studies. Complementary or Competing Paradigms in Translation Studies?”, en Angelika Lauer Heidrun Gerzymisch-Arbogast, Johann Haller y Erich Steiner (eds.), *Übersetzungswissenschaft im Umbruch. Festschrift Wolfram Wilss*, Tübingen, Gunter Narr, 1996, págs. 9-19.

- 
- Baker, Mona: “Norms”, en Mona Baker (ed.), *Routledge Encyclopedia of Translation Studies*, Londres y Nueva York, Routledge, 1998, págs. 163-165.
  - Baker, Mona (ed.): *Routledge Encyclopedia of Translation Studies*, Londres y Nueva York, Routledge, 1998.
  - Baker, Mona: “Aspectos pragmáticos del contacto intercultural y falsas dicotomías en los Estudios de Traducción”, en Román Álvarez (ed.), *Cartografías de la traducción: del post-estructuralismo al multiculturalismo*, Salamanca, Ediciones Colegio de España, 2000. Trad.: Jesús Torres del Rey y M. Rosario Martín Ruano.
  - Bankier, Joanna: “Translation Under the Sign of Postmodernity”, en Marilyn Gaddis Rose, *Translation Horizons. Beyond the Boundaries of Translation Spectrum. Translation Perspectives IX, 1996*, Binghamton, Center for Research in Translation, State University of New York, 1996, págs. 119-126.
  - Barbero, Alfredo: “La doma de la furia”, *El Norte de Castilla*, 26 de abril de 2000, pág. 35.
  - Barr, Anne, M. Rosario Martín Ruano y Jesús Torres del Rey (eds.): *Últimas corrientes teóricas en los estudios de traducción y sus aplicaciones*, Salamanca, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 2001.
  - Barral, Carlos: “Lengua y habla”, *Nos acercamos. Anuario de los temas 1985*, Barcelona, Difusora Internacional, 1989, págs. 186-203.
  - Barrios, Nuria: “Don Jorge el de las Biblias”, *El País (Babelia)*, 26 de agosto de 2000, pág. 9.
  - Barthes, Roland: *Mythologies*, París, Seuil, [1957] 1970.
  - Barthes, Roland: “Escribir, ¿un verbo intransitivo?” [1966], *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona/ Buenos Aires/ México, Paidós, 1987, págs. 23-33. Trad.: C. Fernández Medrano.
  - Barthes, Roland: “La muerte del autor” [1968], *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona/ Buenos Aires/ México, Paidós, 1987, págs. 65-71. Trad.: C. Fernández Medrano.
  - Barthes, Roland: “De la obra al texto” [1971], *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona/ Buenos Aires/ México, Paidós, 1987, págs. 73-82. Trad.: C. Fernández Medrano.
  - Barthes, Roland: “La mitología hoy” [1971], *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona/ Buenos Aires/ México, Paidós, 1987, págs. 81-87. Trad.: C. Fernández Medrano.

- 
- Barthes, Roland: *El grado cero de la escritura seguido de Nuevos ensayos críticos*, México/ Madrid, Siglo XXI, [1972] 1987. Trad.: Nicolás Rosa.
  - Barthes, Roland: *El placer del texto, seguido por Lección inaugural*, México, Siglo XXI, 1993. Trad.: Nicolás Rosa y Óscar Terán.
  - Barthes, Roland: *Roland Barthes par Roland Barthes*, París, Seuil, 1995.
  - Bassnett, Susan: *Translation Studies*, Londres y Nueva York, Methuen, 1980.
  - Bassnett, Susan: “The Meek or the Mighty: Reappraising the Role of the Translator”, en Román Álvarez y M<sup>a</sup>. del Carmen África Vidal Claramonte (eds.), *Translation, Power, Subversion*, Clevedon/ Filadelfia/ Adelaida, Multilingual Matters, 1996, págs. 10-24.
  - Bassnett, Susan: “Moving across Cultures: Translation as Intercultural Transfer”, en J. M. Santamaría, Eterio Pajares, Vickie Olsen, Raquel Merino y Federico Eguíluz (eds.), *Trasvases culturales: Literatura, cine, traducción. 2*, Vitoria, Departamento de Filología Inglesa y Alemana, Universidad del País Vasco, 1997, págs. 7-20.
  - Bassnett, Susan: “When Is a Translation Not a Translation?”, en Susan Bassnett y André Lefevere, *Constructing Cultures*, Clevedon/ Filadelfia/ Toronto/ Sidney/ Johannesburgo, Multilingual Matters, 1998, págs. 25-40.
  - Bassnett, Susan: “The Translation Turn in Cultural Studies”, en Susan Bassnett y André Lefevere, *Constructing Cultures*, Clevedon/ Filadelfia/ Toronto/ Sidney/ Johannesburgo, Multilingual Matters, 1998, págs. 123-140.
  - Bassnett, Susan: “La traducción como remembranza”, en Román Álvarez (ed.), *Cartografías de la traducción: del post-estructuralismo al multiculturalismo*, Salamanca, Ediciones Colegio de España, 2000, págs. 61-78. Trad.: M. Rosario Martín y Jesús Torres del Rey.
  - Bassnett, Susan y André Lefevere: “Introduction: Proust’s Grandmother and the Thousand and One Nights: The ‘Cultural Turn’ in Translation Studies”, en Susan Bassnett y André Lefevere (eds.), *Translation, History & Culture*, Londres, Cassell, [1990] 1995, págs. 1-13.
  - Bassnett, Susan y André Lefevere (eds.): *Translation, History & Culture*, Londres, Cassell, [1990] 1995.
  - Bassnett, Susan y André Lefevere: “General Editors’ Preface”, a Edwin Gentzler, *Contemporary Translation Theories*, Londres, Routledge, 1993, págs. ix-x.

- 
- Bassnett, Susan y André Lefevere: “Introduction. Where Are We in Translation Studies?”, en Susan Bassnett y André Lefevere, *Constructing Cultures*, Clevedon/ Filadelfia/ Toronto/ Sidney/ Johannesburgo, Multilingual Matters, 1998, págs. 1-11.
  - Bassnett, Susan y André Lefevere: *Constructing Cultures*, Clevedon/ Filadelfia/ Toronto/ Sidney/ Johannesburgo, Multilingual Matters, 1998.
  - Bassnett, Susan y Harish Trivedi (eds.): *Post-Colonial Translation*, Londres y Nueva York, Routledge, 1999.
  - Bastenier, M. Á.: “El Mediterráneo de Sami Nair”, *El País (Babelia)*, 10 de octubre de 1998, pág. 16.
  - Baudrillard, Jean: *Cultura y simulacro*, Barcelona, Kairós, [1978] 1993. Trad.: Antoni Vicens y Pedro Rovira.
  - Baudrillard, Jean: *El otro por sí mismo*, Barcelona, Anagrama, 1988. Trad.: Joaquín Jordá.
  - Bauman, Zygmunt: *Legislators and Interpreters. On Modernity, Post-Modernity and Intellectuals*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1987.
  - Beard, Henry Y Christopher Cerf: *The Official Politically Correct Dictionary and Handbook*, Londres, HarperCollins Publishers, 1992.
  - Beard, Henry Y Christopher Cerf: *Sex and Dating. The Official Politically Correct Guide*, Londres, HarperCollins Publishers, 1994.
  - Beckwith, Francis J. y Michael E. Bauman: “Introduction”, en Beckwith, Francis J. y Michael E. Bauman (eds.), *Are You Politically Correct? Debating America’s Cultural Standards*, Buffalo/ Nueva York, Prometheus Books, 1993, págs. 9-12.
  - Beckwith, Francis J. y Michael E. Bauman (eds.): *Are You Politically Correct? Debating America’s Cultural Standards*, Buffalo/ Nueva York, Prometheus Books, 1993.
  - Beer, Jeanette: “Introduction”, en Jeanette Beer (ed.), *Medieval Translators and Their Craft*, Michigan, Kalamazoo, 1989, págs. 1-7.
  - Beer, Jeanette (ed.): *Medieval Translators and Their Craft*, Michigan, Kalamazoo, 1989.
  - Beers, David: “What Happened at Suny” [1991], en Patricia Aufderheide (ed.), *Beyond PC. Towards a Politics of Understanding*, Minnesota, Graywolf Press, 1992, págs. 105-112.



- 
- Bell, Daniel: *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid, Alianza, 1989. Trad.: Néstor A. Míguez.
  - Bell, Daniel: “Las guerras culturales en USA (1965-1990). 2. Comunidad, corrección política y multiculturalismo”, *Claves de Razón Práctica*, n.º. 33, junio de 1993, págs. 26-39 [no figura el traductor].
  - Bell, Daniel: “Los estados desunidos de América (Los miedos de la clase media convierten la lucha de clases en guerras culturales”, *Revista de Occidente*, n.º. 13, octubre de 1995, págs. 5-24. Trad.: A.T.
  - Bello, Gabriel: “Richard Rorty en la encrucijada de la filosofía post-analítica: entre pragmatismo y hermenéutica”, introducción a Richard Rorty, *El giro lingüístico*, Barcelona, Paidós, [1967], 1990, págs. 9-44.
  - Bellow, Samuel: “Foreword”, Prólogo a Allan Bloom, *The Closing of the American Mind*, Nueva York/ Londres/ Toronto/ Sydney/ Tokio/ Singapur, Simon & Schuster, [1987] 1988 [“Prólogo” a Allan Bloom, *El cierre de la mente moderna*, Barcelona, Plaza y Janés, 1989, págs. 1-17. Trad.: Adolfo Martín].
  - Benjamin, Walter: “La labor del traductor” [1923], en Dámaso López García (ed.), *Teorías de la traducción. Antología de textos*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha/ Escuela de Traductores de Toledo, 1996, págs. 335-347. Trad.: Hans Christian Hagedorn.
  - Bennett, Paula: “Canons to the Right of Them...” [1991], en Patricia Aufderheide (ed.), *Beyond PC. Towards a Politics of Understanding*, Minnesota, Graywolf Press, 1992, págs. 165-174.
  - Berman, Antoine: *L'Épreuve de l'étranger. Culture et traduction dans l'Allemagne romantique*, París, Gallimard, 1984.
  - Berman, Antoine: “La traduction et la lettre ou l'auberge du lointain”, en Antoine Berman *et al.*, *Les tours de Babel. (Essais sur la traduction)*, Mauvezin, T.E.R., 1985, págs. 35-150.
  - Berman, Antoine *et al.*: *Les tours de Babel. (Essais sur la traduction)*, Mauvezin, T.E.R., 1985.
  - Berman, Paul (ed.): *Debating PC: The Controversy Over Political Correctness on College Campuses*, Nueva York, Dell, 1992.
  - Bernstein, Richard: “A ‘Minute of Hatred’ in Chapel Hill: Academia’s Liberals Defend Their Carnival of Canons against Bloom’s ‘Killer B’s’”, *New York Times*, 25 de septiembre de 1988.

- 
- Bernstein, Richard: “The Rising Hegemony or the Politically Correct”, *New York Times*, 28 de octubre de 1990, sección 4, págs. 1-4.
  - Bernstein, Richard: *Dictatorship of Virtue*, Nueva York, Simon & Schuster, 1994.
  - Bérubé, Michael: *Public Access. Literary Theory and American Cultural Politics*, Londres y Nueva York, Verso, [1994] 1995.
  - Besa, Ramón: “España alcanza el Mundial como equipo ganador”, *El País*, 25 de septiembre de 1997, pág. 47.
  - Bhabha, Homi: “Of Mimicry and Man: The Ambivalence of Colonial Discourse” [1984], en Philip Rice y Patricia Waugh (eds.), *Modern Literary Theory. A Reader*, Londres, Edward Arnold, 1989, págs. 234-241.
  - Bhabha, Homi: “Foreword” a Frantz Fanon, *Black Skin, White Masks*, Londres, Pluto Press, 1986, págs. pp. vii-xxv.
  - Bhabha, Homi: “How Newness Enters the World: Postmodern Space, Postcolonial Times and the Trials of Cultural Translation”, *The Location of Culture*, Londres, Routledge, 1994, págs. 212-235.
  - Binchy, Maeve: “Cinderella Re-examined”, en Maeve Binchy *et al.*, *Ride on Rapunzel. Fairytales for Feminists*, Dublín, Attic Press, 1992, págs. 5-15.
  - Blanchot, Maurice: “Traducir”, *Vasos comunicantes*, n.º. 11, otoño 1998 [1967], págs. 91-94. Trad.: J. A. Doral Liz.
  - Blommaert, Jan y Jef Verschueren: *Debating Diversity: Analysing the Discourse of Tolerance*, Londres y Nueva York, Routledge, 1998.
  - Bloom, Allan: *The Closing of the American Mind*, Nueva York/ Londres/ Toronto/ Sydney/ Tokio/ Singapur, Simon & Schuster, [1987] 1988 [Hay versión castellana: *El cierre de la mente moderna*, Barcelona, Plaza y Janés, 1989. Trad.: Adolfo Martín].
  - Bloom, Allan: “Western Civ —and Me: An Address at Harvard University” [1991], en Francis J. Beckwith y Michael E. Bauman (eds.), Francis J. Beckwith y Michael E. Bauman (eds.), *Are You Politically Correct? Debating America’s Cultural Standards*, Buffalo/ Nueva York, Prometheus Books, 1993, págs.147-161.
  - Bloom, Harold: *The Western Canon. The Books and School of the Ages*, Nueva York, Harcourt Brace, 1994 [Hay versión castellana: *El canon occidental. La escuela y los libros de todas las épocas*, Barcelona, Anagrama, 1995. Trad.: Daniel Alou].

- 
- Bloom, Harold: *How to Read and Why*, Nueva York, Scribner, 2000 [Hay versión castellana: *Cómo leer y por qué*, Barcelona, Anagrama, 2000. Trad.: Marcelo Cohen].
  - Boff, Leonardo: *El rostro materno de Dios*, Madrid, Ediciones San Pablo, [1979] 1991. Trad.: Alfonso García Ortiz.
  - Boff, Leonardo: *El águila y la gallina: una metáfora de la condición humana*, Madrid, Trotta, 1998. Trad.: José Luis Castañeda.
  - Bolívar Botia, Antonio: *El estructuralismo: de Lévi-Strauss a Derrida*, Editorial Cincel, [1985] 1990.
  - Bolton, Richard: *Culture Wars: Documents from the Recent Controversies in the Arts*, Nueva York, New Press, 1992.
  - Bordieu, Pierre: *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid, Akal, 1985 [no figura el traductor].
  - Bordieu, Pierre: *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, [1987] 1996. Trad.: Margarita Mizraji.
  - Bordieu, Pierre: *Sobre la televisión*, Barcelona, Anagrama, 1997. Trad.: Thomas Kauf.
  - Bordieu, Pierre: *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*, Barcelona, Anagrama, 1998. Trad.: Joaquín Jordá.
  - Borges, Jorge Luis: “Pierre Menard, autor del Quijote”, *Ficciones*, Madrid, Alianza, [1939] 1986, págs. 47-59.
  - Borges, Jorge Luis: *El idioma de los argentinos*, Madrid, Alianza, 1998.
  - Bouillet, Pierre: *Foucault*, París, Les Belles Lettres, 1999.
  - Boxill, Bernard R.: “Separation or Assimilation?” [1992], en John Arthur y Amy Shapiro (eds.), *Multiculturalism and the Politics of Difference*, Boulder/ San Francisco/ Oxford, Westview Press, 1995, págs. 235-248.
  - Boyle, James: “The PC Harangue +. A Review Essay”, 1994, <http://www.wcl.american.edu/pub/faculty/boyle/pcharang.htm>.
  - Brenner, Athalya: “Introduction”, en Athalya Brenner (ed.), *A Feminist Companion to Genesis*, Sheffield, Sheffield Academic Press, [1993] 1997, págs. 13-21.

- 
- Brenner, Athalya (ed.): *A Feminist Companion to Genesis*, Sheffield, Sheffield Academic Press, [1993] 1997.
  - Brodkey, Linda y Shelli Fowler: “What Happened to English 306” [1991], en Patricia Aufderheide (ed.), *Beyond PC. Towards a Politics of Understanding*, Minnesota, Graywolf Press, 1992, págs. 113-117.
  - Brooks, Peter: “El miedo sin causa: malentendidos de las guerras culturales”, *Revista de Occidente*, n.º. 173, octubre de 1995, págs. 25-34. Trad.: A. T.
  - Brossard, Nicole: *The Aerial Letter*, Toronto, The Women’s Press, 1988. Trad.: Marlene Wildeman.
  - Bruckner, Pascal: *La tentación de la inocencia*, Barcelona, Anagrama, 1996. Trad.: Thomas Kauf.
  - Budick, Sanford: “Crisis of Alterity”, en Sanford Budick y Wolfgang Iser (eds.), *The Translability of Cultures. Figurations of the Space Between*, Stanford, Stanford University Press, 1996, págs. 1-22.
  - Budick, Sanford y Wolfgang Iser (eds.): *The Translability of Cultures. Figurations of the Space Between*, Stanford, Stanford University Press, 1996.
  - Burchell, Graham, Colin Gordon y Peter Miller (eds.): *The Foucault Effect: Studies in Governmentality*, Chicago, University of Chicago, 1991.
  - Bush, George: “Remarks at the University of Michigan Commencement Ceremony in Ann Arbor, May 4, 1991” [1991], en Patricia Aufderheide (ed.), *Beyond PC. Towards a Politics of Understanding*, Minnesota, Graywolf Press, 1992, págs. 227-228.
  - Butler, Judith: *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, Londres y Nueva York, Routledge, 1990.
  - Calero Fernández, M<sup>a</sup>. Ángeles: *Sexismo lingüístico. Análisis y propuestas ante la discriminación sexual en el lenguaje*, Madrid, Narcea, 1999.
  - Calzada Pérez, María: “Walter Benjamin y la tarea del traductor”, *Sendebarr*, vol. 4, 1993, págs. 187-192.
  - Calzada Pérez, María: “‘Where are we going in Translation?’ A Pragmatic Analysis of Various Translations of a poem by W.H. Auden”, en M. Pilar Navarro Errasti, Rosa Lorés Sanz, Silvia Murillo Ornat, Carmina Buesa Gómez (eds.), *Transcultural Communication: Pragmalinguistic Aspects*, Zaragoza, Anubar Ediciones, 2000, págs. 75-84.

- 
- Calzada Pérez, María (ed.): *Translation Studies on Ideology/Ideologies in Translation Studies*, Manchester, St. Jerome, 2001.
  - Cameron, Deborah: *Feminism & Linguistic Theory*, Londres, MacMillan Press, [1985] 1992.
  - Cameron, Deborah: “‘Words, Words, Words: The Power of Language’”, en Sarah Dunant (ed.), *The War of the Words. The Political Correctness Debate*, Londres, Virago, 1994, págs. 15-34.
  - Cameron, Deborah: *Verbal Hygiene*, Londres y Nueva York, Routledge, 1995.
  - Camps, Victoria: *Virtudes públicas*, Madrid, Espasa Calpe, 1990.
  - Cano Joaquín, Caridad: “¿Ordenadores sexistas?”, *El País*, 13 de septiembre de 1998, pág. 16.
  - Caño, Antonio: “Padre-Madre nuestro que estás en los cielos...”, *El País*, 27 de agosto de 1995, pág. 4.
  - Caño, Antonio: “El amor difícil”, *Canal +*, octubre 1999, pág. 16.
  - Carbajo, Juan A.: “Hombres de respeto, no patriarcas”, *El País*, 26 de diciembre de 1998, pág. 64.
  - Carbonell i Cortés, Ovidi: “The Exotic Space of Cultural Translation”, en Román Álvarez y M. Carmen África Vidal (eds.), *Translation, Power, Subversion*, Clevedon/ Filadelfia/ Adelaida, Multilingual Matters, 1996, págs. 79-98.
  - Carbonell i Cortés, Ovidi: “Orientalismo, exotismo y traducción. Aproximación a las (circunstancias y) dificultades de la traducción cultural”, en Miguel Larramendi y Gonzalo Fernández (eds.), *Pensamiento y circulación de las ideas en el Mediterráneo: el papel de la traducción*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha/Escuela de Traductores de Toledo, 1997, págs. 163-185.
  - Carbonell i Cortés, Ovidi: *Traducir al Otro. Traducción, exotismo, poscolonialismo*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1997.
  - Carbonell i Cortés, Ovidi: “Orientalism in Translation. Familiarizing and Defamiliarizing Strategies”, en Ann Beylard-Ozeroff, Jana Králová y Barbara Moser-Mercer (eds.), *Translator’s Strategies and Creativity*, Amsterdam/Filadelfia, John Benjamins, 1998, págs. 63-70.
  - Carbonell i Cortés, Ovidi: *Traducción y cultura. De la ideología al texto*, Salamanca, Ediciones Colegio de España, 1999.

- 
- Carretero González, Margarita: “Hombrecillos ‘verticalmente limitados’ y caldereros ‘económicamente desfavorecidos’: traducción al español de los cuentos ‘políticamente correctos’ de James Finn Garner”, en Luis Soto Vázquez y Begoña Crespo García (eds.), *Insights into Translation*, A Coruña, Universidade da Coruña, 1999, págs. 183-201.
  - Casado, Josefina (ed.): *El sujeto europeo*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1990.
  - Casals, Montserrat: “Lo ‘políticamente correcto’”, *Anuario de los temas 1991*, Barcelona, Difusora Internacional, 1992, pág. 332.
  - Casqueiro, Javier: “Flequillo ‘políticamente incorrecto’”, *El País*, 18 de abril de 1998, pág. 13.
  - Castanedo, Fernando: “... y Shakespeare inventó lo humano”, *ABC cultural*, 6 de marzo de 1999, págs. 5-6.
  - Castells, Manuel: *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, 3 vols., Madrid, Alianza, 1999.
  - Castro Roig, Xosé: “Mensaje enviado a la lista *Apuntes* (foro de debate sobre el idioma) al respecto de la política toponímica en España”, <http://www.xcastro.com/toponimia1.html>.
  - Castro Roig, Xosé: “Uso no sexista del lenguaje administrativo”, <http://www.xcastro.com/sexismo1.html>.
  - Castro Roig, Xosé: y “Propuestas para evitar el sexismo en el lenguaje”, <http://www.xcastro.com/sexismo2.html>.
  - Castro Roig, Xosé: “Antisemitismo, racismo y sexismo en el DRAE”, <http://xcastro.com/drae1.html>.
  - Castro Roig, Xosé: , “A golpe de diccionario”, *Lateral*, marzo 2000, pág. 4.
  - Cavestany, Juan: “Decisión salomónica en Nueva York”, *El País*, 31 de marzo de 1999, pág. 56.
  - Cavestany, Juan: “Un sorprendente ‘homenaje’”, *El País*, 16 de abril de 1999, pág. 80.
  - CC.OO., FAPA, FETE-UGT, Movimiento por la Calidad Educativa, MRF’s, Alcobendas, Getafe, Leganés, Parla, Torrelodones, Valdemoro, Vallecas: “Ven a la escuela pública: ‘Aquí pintamos tod@s’”, *El País*, 2 de mayo de 2000, pág. 22.

- 
- Cebrián, Juan Luis: *La red. Cómo cambiarán nuestras vidas los nuevos medios de comunicación*, Madrid, Taurus, 1998.
  - Charlo Brea, Luis (ed.): *Reflexiones sobre la traducción: Actas del Primer Encuentro Interdisciplinar “Teoría y práctica de la traducción”*, Cádiz del 29 de marzo a 1 de abril de 1993, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1993.
  - Chefitz, Eric: *The Poetics of Imperialism: Translation and Colonization from The Tempest to Tarzan*, Londres y Nueva York, Oxford University Press, 1991.
  - Chesterman, Andrew: “Ethics of Translation”, en Mary Snell-Hornby, Zuzana Jettmarová y Klaus Kaindl (eds.), *Translation as Intercultural Communication. Selected Papers from the EST Congress, Prague 1995*, Amsterdam/ Filadelfia, John Benjamins, 1997, págs. 147-157.
  - Chesterman, Andrew: *Memes of translation. The Spread of Ideas in Translation Theory*, Amsterdam/ Filadelfia, John Benjamins, 1997.
  - Childs, Matthew: “Politically Correct Speech”, *Playboy*, octubre de 1991, pág. 57.
  - Choi, Jung Min y John W. Murphy: *The Politics and Philosophy of Political Correctness*, Westport/ Connecticut/ Londres, Praeger, 1993.
  - Cisneros, Sandra: *Woman Hollering Creek and Other Stories*, Nueva York, Vintage Books, [1991] 1992. [Hay dos versiones españolas: *Érase un hombre, érase una mujer*, Barcelona, Ediciones B, 1992. Trad.: Enrique de Hériz; *El arroyo de la llorona y otros cuentos*, Nueva York, Vintage español, 1996. Trad.: Liliana Valenzuela.]
  - Cisneros, Sandra: *The House on Mango Street*, Londres, Bloomsbury, 1992. [Hay traducción castellana: *Una casa en Mango Street*, Barcelona, Ediciones B, 1992. Trad.: Enrique de Hériz.]
  - Cisneros, Sandra: *Hairs/ Pelitos. A Story in English and Spanish from The house on Mango Street*, Nueva York, Dragonfly Books, 1997. Trad.: Liliana Valenzuela. Ilustraciones de Terry Ybáñez.
  - Clifford, James y George E. Marcus (eds.): *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press, 1986.
  - Coca, César: “El mal del lenguaje políticamente correcto” (Entrevista a Javier Marías), *El Correo*, 29 de mayo de 1999, pág. 61.

- 
- Colás, Santiago: “Translating Post-modernism”, en Luis Williams y Julio Rodríguez-Luis (eds.), *Translating Latin America: Culture as Text. Translation Perspectives 1991*, Binghamton, Center for Research in Translation, State University of New York, 1991, págs. 99-111.
  - Cole, Babette: *Prince Cinders*, Londres, Puffin Books, [1987] 1997.
  - Colombo, Furio: “Políticamente correcto”, *Lateral*, nº. 12, diciembre de 1995. Trad.: Celia Filipetto. Este documento está disponible en versión electrónica en la dirección de Internet <http://www.lateral-ed.es/revista/antologia/colombo.html>.
  - Colomo, Fernando: “Relativity”, *Canal +*, julio y agosto de 1997, pág. 69.
  - Comas, José: “Un fenómeno televisivo”, *El País*, 7 de febrero de 2000, pág. 2.
  - Conde, Juan Luis: *El segundo amo del lenguaje*, Madrid, Escuela de Letras, 1996.
  - Cordón, José Antonio: “La traducción en Castilla León”, *Hermeneus*, vol. 1, págs. 57-82.
  - Cronin, Michael: “The Cracked Looking Glass of Servants. Translation and Minority Languages in a Global Age”, en Lawrence Venuti (ed.), *Translation & Minority* (número monográfico), *The Translator*, vol. 4, nº. 2, noviembre de 1998, págs. 145-162.
  - Cruz, Juan: “El árbol de Camus”, *El País*, 2 de octubre de 1999, pág. 48.
  - Cruz, Manuel (comp.): *Tolerancia o barbarie*, Barcelona, Gedisa, 1998.
  - Cueto, Juan: “La musa incorrecta”, *El País (El Espectador)*, 3 de enero de 1999, pág. 2.
  - Cummings, Michael. S.: *Beyond Political Correctness: Social Transformation in the United States (Transformations in Politics and Society)*, Boulder, Lynne Rienner Publishers, 2001.
  - Daly, Mary: *Gyn/Ecology: The Metaethics of Radical Feminism*, Londres, Women’s Press, 1978.
  - Daly, Mary y Jane Caputi: *Webster’s First Intergalactic Wickedary of the English Language*, Londres, Women’s Press, 1988.
  - Dana, Jim: “Lenguaje de la aversión y lenguaje políticamente correcto”, *Letra Internacional*, nº. 35, 1994, págs. 75-79 [no figura el traductor].



- 
- Dasenbrock, Reed Way: “The Multicultural West” [1991], en Patricia Aufderheide (ed.), *Beyond PC. Towards a Politics of Understanding*, Minnesota, Graywolf Press, 1992, págs. 201-211.
  - Dave: “Unknown Politically Correct Terms”, <http://www.cog.brown.edu/brochure/people/duchon/humor/pol.cor.html>.
  - Debord, Guy: *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*, Barcelona, Anagrama, 1990. Trad.: Carmen López, J.R. Capella.
  - Debord, Guy: *La sociedad del espectáculo*, Valencia, Pre-Textos, 2000. Trad.: José Luis Pardo.
  - Delabastita, Dirk: “Translation and Mass Communication: Film and T.V. Translation as Evidence of Cultural Dynamics”, *Babel*, vol. 35, nº. 4, 1989, págs. 193-218.
  - Delabastita, Dirk: “Translation and the Mass Media”, en Susan Bassnett y André Lefevere (eds.), *Translation, History & Culture*, Londres, Cassell, [1990] 1995, págs. 97-109.
  - Delabastita, Dirk: “A False Opposition in Translation Studies: Theoretical versus/and Historical Approaches”, *Target*, vol. 3, nº. 2, 1991, págs. 137-152.
  - Delisle, Jean: “Traducteurs médiévaux, traductrices féministes: une même étique de la traduction?”, *TTR*, vol. 6, nº. 1, 1993, págs. 203-230.
  - Delisle, Jean: “Réflexions sur l’historiographie de la traduction et ses exigences scientifiques”, *Equivalences*, nºs. 26, 2 y 27, 1, 1997-8, págs. 21-43.
  - Derrida, Jacques: *La diseminación*, Madrid, Fundamentos, 1975. Trad.: José Martín Arencibia.
  - Derrida, Jacques: *Posiciones*, Valencia, Pre-Textos, 1977. Trad.: Manuel Arranz.
  - Derrida, Jacques: *Espolones. Los estilos de Nietzsche*, Valencia, Pre-Textos, [1981] 1997. Trad.: Manuel Arranz Lázaro.
  - Derrida, Jacques: “Des Tours de Babel”, en Joseph Graham (ed.), *Difference in Translation*, Ithaca, Cornell University Press, 1985, págs. 165-248.
  - Derrida, Jacques: “Roundtable on Translation”, en Christie McDonald (ed.), *The Ear of the Other. Otobiography, Transference, Translation. Texts and Discussions with Jacques Derrida*, Nueva York, Schocken, 1985, págs. 93-161. Trad.: Peggy Kamuf.

- 
- Derrida, Jacques: *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1989. Trad.: Patricio Peñalver.
  - Dés, Mihály: “Paso doble”, *Lateral*, n.º. 64, abril 2000, pág. 28.
  - D’Hulst, Lieven: “Pour une historiographie des théories de la traduction: questions de méthode”, *TTR*, vol. 8, n.º. 1, 1995, págs. 13-33.
  - Diamond, Sara: “The Funding of the NAS”, en Patricia Aufderheide (ed.), *Beyond PC. Towards a Politics of Understanding*, Minnesota, Graywolf Press, 1992, págs. 89-96.
  - Díaz de Tuesta, M. José: “Políticamente incorrecto”, *El País*, 27 de octubre de 1997, pág. 35.
  - Díaz de Tuesta, M. José: “Elvira Lindo. ‘Desconfío mucho de los guardianes de la pureza de los niños’”, *El País (Babelia)*, 19 de diciembre de 1998, pág. 14.
  - Díaz-Diocaretz, Myriam: *Translating Poetic Discourse. Questions on Feminist Strategies in Adrienne Rich*, Amsterdam/ Filadelfia, John Benjamins, 1985.
  - Díaz Prieto, Manuel: “Corrección política”, *Magazine*, 17 de agosto de 1997, pág. 65.
  - Dicker, Susan: *Languages in America. A Pluralist View*, Clevedon/ Filadelfia/ Toronto/ Adelaida/ Johannesburgo, Multilingual Matters, 1996.
  - Diego, Estrella de: “Viajes guiados por el multiculturalismo”, *El País (Babelia)*, 3 de febrero de 1996, págs. 12-13.
  - Dollerup, Cay y Anne Loddegaard (eds.): *Teaching Translation and Interpreting 2. Insights, Aims, Visions. Papers from the Second Language International Conference. Elsinore, Denmark, 4-6 June 1993*, Amsterdam/ Filadelfia, John Benjamins, 1994.
  - Doorslaer, Luc van: “The Establishment of Translation Corpora”, *Target*, vol. 7, n.º. 2, 1995, págs. 245-260.
  - Drake, Virginia: “Milagros Candela. Esposa de Joaquín Almunia”, *Mujer de hoy*, n.º. 45, 19-25 de febrero de 2000.
  - Drake, Virginia: “Celia Villalobos. ‘Soy muy de la calle y no me van a cambiar’”, *El Semanal*, 25 de junio de 2000, págs. 46-50.
  - Drescher, Horst W. (ed.): *Transfer: Übersetzen-Dolmetschen-Interkulturalität*, Frankfurt, Peter Lang, 1997.

- 
- Drey Müller, Cecilia: “Sobre la coquetería y otras cuestiones”, *ABC Cultural*, 27 de marzo de 1999, págs. 9-10.
  - D’Souza, Dinesh: “The Visigoths in Tweed” [1991], en Patricia Aufderheide (ed.), *Beyond PC. Towards a Politics of Understanding*, Minnesota, Graywolf Press, 1992, págs. 11-26.
  - D’Souza, Dinesh: *Illiberal Education: The Politics of Race and Sex on Campuses*, Nueva York, Free Press, 1991.
  - Duberman, Martín [1991]: “Gay and Lesbian Studies for Everyone”, en Patricia Aufderheide (ed.), *Beyond PC. Towards a Politics of Understanding*, Minnesota, Graywolf Press, 1992, págs. 153-157.
  - Duch, Lluís: *Mito, interpretación y cultura*, Barcelona, Herder, [1995/1996] 1998. Trad.: Francesca Babí i Poca y Domingo Cía Lamana.
  - Duch, Lluís: “Lectura i societat”, *Enrahonar*, 31, 2000, págs. 69-79.
  - Duch, Lluís: “Antropología y traducción”, en M. Carmen África Vidal Claramonte, Anne Barr y M. Rosario Martín Ruano (coords.), *Babelia*, número monográfico de la revista *Debats*, 2001.
  - Dunant, Sarah: “Introduction. What’s in a Word?”, en Sarah Dunant (ed.), *The War of the Words. The Political Correctness Debate*, Londres, Virago, 1994, págs. vii-xv.
  - Dunant, Sarah (ed.): *The War of the Words. The Political Correctness Debate*, Londres, Virago, 1994.
  - Easthope, Anthony: *Literary into Cultural Studies*, Londres, Routledge, 1991.
  - Eco, Umberto: *Apostillas a El nombre de la rosa*, Barcelona, Lumen, [1983] 1987. Trad.: Ricardo Pochtar.
  - Eco, Umberto: *La búsqueda de la lengua perfecta*, Barcelona, Altaya, [1993] 1999. Trad.: María Pons.
  - Ed-Elmadkouri, Mohamed: “Traducción y notas a pie de página”, en Anne Barr, M. Rosario Martín Ruano y Jesús Torres del Rey (eds.), *Últimas corrientes teóricas en los estudios de traducción y sus aplicaciones*, Salamanca, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 2001, págs. 158-170.
  - Edgerton, Susan Huddleston: *Translating the Curriculum. Multiculturalism into Cultural Studies*, Londres y Nueva York, Routledge, 1996.

- 
- Eguíluz, Federico *et al.* (eds.): *Transvases culturales: literatura, cine, traducción*, Vitoria-Gasteiz, Universidad del País Vasco, 1994.
  - Ehrenreich, Barbara: “The Challenge for the Left” [1991], en Paul Berman (ed.), *Debating PC: The Controversy Over Political Correctness on College Campuses*, Nueva York, Dell, 1992, págs. 333-338.
  - El Norte de Castilla (redacción): “Matilda”, *El Norte de Castilla*, 6 de enero de 2000, pág. 55.
  - El País (redacción): “Ñake. Políticamente incorrectos”, *El País (Babelia)*, 21 de febrero de 1998, pág. 4.
  - El País (redacción): “Debate en ‘Las noticias del guiñol’”, *El País*, 23 de abril de 1998, pág. 71.
  - El País (redacción): “La prensa, la libertad más fragil”, *El País*, 3 de mayo de 1998, pág. 28.
  - El País (redacción): “Bush viaja al centro”, *El País*, 5 de agosto de 2000, pág. 10.
  - El Semanal (redacción): “El Paraíso políglota”, *El Semanal*, 27 de enero de 2000, pág. 83.
  - El Semanal (redacción): “El amante lesbiano”, *El Semanal*, 6 de febrero de 2000, pág. 80.
  - Elena García, Pilar: *Aspectos teóricos y prácticos de la traducción*, Salamanca, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 1990.
  - Eléxpuru, Inés: “Desde el pasado a las cumbres”, *El País (Babelia)*, 8 de julio de 2000, págs. 12-13.
  - Elgin, Suzette Haden: *Native Tongue*, Londres, Women’s Press, 1985.
  - Elgin, Suzette Haden: *A First Dictionary and Grammar of Láadan*, Madison, The Society for the Furtherance and Study of Science Fiction, 1985.
  - Ellington, Paul: “Translating the Bible Inclusively”, *Meta*, vol. 32, nº. 1, 1993, págs. 46-54.
  - Elola, Joseba: “Alejandro, el pillo”, *El País Semanal*, 27 de diciembre de 1998, pág. 40.
  - Elorza, Antonio: “Crisis de Imperio”, *El País*, 17 de enero de 1998, pág. 11.

- 
- Eribon, Didier: *Michel Foucault*, Barcelona, Anagrama, 1992. Trad.: Julio Vivas.
  - Errazu Colás, M. Ángeles: *Recomendaciones para un uso no sexista de la lengua*, Zaragoza, Instituto Aragonés de la Mujer, 1995.
  - Escobar, Julia: “Presencias reales. La documentación en la traducción de narrativa”, ponencia presentada en el Seminario de “Traducción, terminología y traducción” que organizó la Fundación Duques de Soria y se celebró en Soria del 27 de septiembre al 1 de octubre de 1999.
  - Escudero, Manuel: “La derecha en la época post-neoliberal”, *El País*, 3 de enero de 1999, pág. 15.
  - España, Ramón de: “Rutina”, *El País*, 25 de septiembre de 1997, pág. 72.
  - España, Ramón de: “Cinco décadas más rápido que su sombra”, *El País semanal*, 5 de octubre de 1997, pág. 22.
  - Espinosa, Geles: “Hijo políticamente incorrecto”, *El País*, 14 de febrero de 2000, pág. 53.
  - Estefanía, Joaquín: “La apoteosis de lo neutro”, *El País*, 8 de enero de 1997, págs. 11-12.
  - Estefanía, Joaquín: *Contra el pensamiento único*, Madrid, Taurus, 1997.
  - Esteruelas, Bosco: “El poder chino cambia para durar”, *El País*, 22 de septiembre de 1997, pág. 6.
  - Even-Zohar, Itamar: “The Position of Translated Literature within the Literary Polysystem”, *Poetics Today*, vol. 11, nº.1, primavera de 1990, págs. 45-51. [Hay versión castellana: “La posición de la literatura traducida en el polisistema literario”, en Montserrat Iglesias Santos (ed.), *Teoría de los Polisistemas*, Madrid, Arco, 1999. Trad.: Montserrat Iglesias Santos.]
  - Even-Zohar, Itamar: “Laws of Literary Interference”, *Poetics Today*, vol. 11, nº.1, primavera de 1990, págs. 53-71.
  - Even-Zohar, Itamar: “Translation and Transfer”, *Poetics Today*, vol. 11, nº. 1, primavera de 1990, págs. 73-78.
  - Even-Zohar, Itamar: “Interference in Dependent Literary Polysystems”, *Poetics Today*, vol. 11, nº.1, primavera de 1990, págs. 79-83.
  - Even-Zohar, Itamar: “System, Dynamics, and Interference in Culture”, *Poetics Today*, vol. 11, nº.1, primavera de 1990, págs. 92-94.

- 
- Ezkerra, Iñaki: “La mujer y el lenguaje”, *El Norte de Castilla*, 28 de abril de 2000, pág. 36.
  - Fabb, Nigel, Derek Attridge, Alan Durant y Colin MacCabe (comps.): *La lingüística de la escritura. Debates entre lengua y literatura*, Madrid, Visor, 1989. Trad.: Javier Yagüe Bosch.
  - Fairclough, Norman: *Language and Power*, Londres y Nueva York, Longman, [1989] 1992.
  - Fancelli, Agustí: “Corrección política en Salzburgo”, *El País*, 5 de agosto de 2000, pág. 28.
  - Farmer, Frank: “Not Theory. . . But a Sense of Theory. The Superaddressee and the Contexts of Eden”, en Jeffrey Williams (ed.), *PC Wars: Politics and Theory in the Academy*, Nueva York, Routledge, 1995, pp. 205-221.
  - Fax Press: “Seducir a los 50”, *El Norte de Castilla*, 31 de agosto de 1999, pág. 59.
  - Feldstein, Richard: *Political Correctness. A Response from the Cultural Left*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1997.
  - Fernández Ballesteros, Rocío: “Lo ‘políticamente incorrecto’ o la ‘nueva Inquisición’”, *El País*, 30 de octubre de 1997, pág. 11.
  - Fernández Nistal, Purificación (coord.): *Estudios de Traducción. Primer curso superior de traducción: inglés/español*, Valladolid, Instituto de Ciencias de la Educación/ Universidad de Valladolid, 1992.
  - Fernández Rodríguez, Carolina: *Las re/escrituras contemporáneas de Cenicienta*, Oviedo, KKR/ Universidad de Oviedo, 1997.
  - Ferrer, Isabel: “Lo ‘políticamente correcto’ llega a Europa”, *El País*, 18 de enero de 1994, pág. 26.
  - Ferry, Luc: “La cuestión del sujeto en la filosofía contemporánea”, en Josefina Casado (ed.), *El sujeto europeo*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1990, págs 61-76. Trad.: María Luisa Feliú y Santiago Jordán.
  - Fessler, Jeff y Karen Rauch: *When Drag is Not a Car Race: An Irreverent Dictionary of over 400 Gay and Lesbian Words and Phrases*, Nueva York, Simon & Schuster, 1997.
  - Ffrench, Patrick y Roland-François Lack: “Introduction”, en Patrick Ffrench y Roland-François Lack (eds.), *The Tel Quel Reader*, Londres y Nueva York, Routledge, 1998, págs. 1-8.

- 
- Ffrench, Patrick y Roland-François Lack: “Chronological History of *Tel Quel*”, en Patrick Ffrench y Roland-François Lack (eds.), *The Tel Quel Reader*, Londres y Nueva York, Routledge, 1998, págs. 9-17.
  - Ffrench, Patrick y Roland-François Lack (eds.): *The Tel Quel Reader*, Londres y Nueva York, Routledge, 1998.
  - Figueroa Sánchez, Mariana: “Sobre el ‘caso Quintana’”, *El País*, 16 de enero de 1997, pág. 11.
  - Fish, Stanley: *Professional Correctness: Literary Studies and Political Change*, Cambridge, Harvard University Press, 1999.
  - Flotow, Luise von: *Translation and Gender. Translating in the ‘Era of Feminism’*, Manchester/ Ottawa, St Jerome/ University of Ottawa Press, 1997.
  - Foces, J.I.: “Herrera, del castillo al Colegio”, *El Norte de Castilla*, 11 de marzo de 2001, págs. 20-21.
  - Forges: *El País*, 15 de marzo de 1999.
  - Foucault, Michel: *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Madrid, Siglo XXI, [1968] 1997. Trad.: Elsa Cecilia Frost.
  - Foucault, Michel: *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, [1973] 1999. Trad.: Alberto González Troyano.
  - Foucault, Michel: *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa, [1978] 1998. Trad.: Enrique Lynch.
  - Foucault, Michel: *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1979. Trad.: J. Varela.
  - Foucault, Michel: “What is an Author?”, en Paul Rabinow (ed.), *The Foucault Reader*, Harmondsworth, Penguin, 1984, págs. 101-120. Trad.: Josué V. Harari.
  - Foucault, Michel: “Panopticism”, en Paul Rabinow (ed.), *The Foucault Reader*, Harmondsworth, Penguin, 1984, págs. 206-213.
  - Foucault, Michel: *El pensamiento del Afuera*, Valencia, Pre-textos, [1986] 1997. Trad.: Manuel Arranz Lázaro.
  - Foucault, Michel: “Governmentality”, en Graham Burchell, Colin Gordon y Peter Miller (eds.), *The Foucault Effect: Studies in Governmentality*, Chicago, Universidad de Chicago, 1991, págs. 87-104.

- 
- Fowler, Robert: *Language in the News: Discourse and Ideology in the Press*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991.
  - Franco Aixelá, Javier: “Culture-specific Items in Translation”, en Román Álvarez y M<sup>a</sup>. Carmen África Vidal (eds.), *Translation, Power, Subversion*, Clevedon/ Filadelfia/ Adelaida, Multilingual Matters, 1996, págs. 52-78.
  - Franco Aixelá, Javier: *La traducción condicionada de los nombres propios (inglés – español)*, Salamanca, Ediciones Almar, 2000.
  - Fraser, Nancy: “Multiculturalidad y equidad entre los géneros”, *Revista de Occidente*, n<sup>o</sup>. 173, octubre 1995, pp. 35-55. Trad.: R. J.
  - Frere, H.: “Prefacio a su traducción de Aristófanes”, en Miguel Ángel Vega (ed.), *Textos clásicos de la teoría de la traducción*, Madrid, Cátedra, 1994, págs. 253-254. Trad.: Miguel Ángel Vega.
  - Friedman, Marilyn: “Codes, Canons, Correctness, and Feminism”, en Marilyn Friedman y Jan Narveson, *Political Correctness. For and Against*, Boston y Londres, Rowman & Littlefield Publishers, 1995, págs. 1-45.
  - Friedman, Marilyn: “Response”, en Marilyn Friedman y Jan Narveson, *Political Correctness. For and Against*, Boston y Londres, Rowman & Littlefield Publishers, 1995, págs. 107-131.
  - Friedman, Marilyn y Jan Narveson: *Political Correctness. For and Against*, Boston y Londres, Rowman & Littlefield Publishers, 1995.
  - Fuente Gómez, Carlos de la: “Universidad: nuevas carreras”, *Anuario de los temas 1993*, Barcelona, Difusora Internacional, 1994, págs. 164-187.
  - Furundarena, Teresa: “Políticamente incorrecto”, *El Semanal*, 2 de enero de 2000, pág. 42.
  - G., J.: “Gracias y desventuras de un hombre de hoy”, *El País (Babelia)*, 30 de enero de 1999, pág. 13.
  - G., M.: “Un hombre de Oxford, Misisipi”, *El País (Babelia)*, 20 de septiembre de 1997, pág. 12.
  - Gaddis Rose, Marilyn (ed.): *Translation Spectrum: Essays in Theory and Practice*, Albany, State University of New York Press, 1981.
  - Gaddis Rose, Marilyn (ed.): *Translation Horizons. Beyond the Boundaries of ‘Translation Spectrum’, Translation Perspectives IX*, 1996, Binghamton, Center for Research in Translation (State University of New York), 1996.



- 
- Gaede, S. D.: *When Tolerance is No Virtue: Political Correctness, Multiculturalism & the Future of Truth and Justice*, Downers Grove (Il), Intersity Press, 1994.
  - Galán, Lola *et al.*: “Los Gobiernos europeos pagan tributo al feminismo”, *El País*, 15 de noviembre de 1998, pág. 36.
  - Gallego-Díaz, Soledad: “Lo que se debe decir”, *El País (edición de Barcelona)*, 13 de marzo de 1993, págs. 2-3.
  - Gallego-Díaz, Soledad: “...Y sabrán de qué somos capaces”, *El País*, 6 de febrero de 1994, pág. 12.
  - Gallego-Díaz, Soledad: “¿Soy asmática o tengo asma?”, *El País*, 13 de marzo de 1994, pág. 16.
  - Gallego Roca, Miguel: *Traducción y literatura: los estudios literarios ante las obras traducidas*, Madrid, Júcar, 1994.
  - Gambier, Yves y J. Tommola (dirs.): *Translation and Knowledge. Actes du 4e Symposium Scandinave sur la théorie de la traduction (Turku, 1992)*, Turku, Grafia Oy, 1993.
  - Gándara, Alejandro: *Las primeras palabras de la creación*, Barcelona, Anagrama, 1998.
  - García Meseguer, Álvaro: “El lenguaje y los sexos”, en Seminario de Estudios de la Mujer de la Universidad Autónoma de Madrid (ed.), *Nuevas perspectivas sobre la mujer - II*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1982, págs. 80-90.
  - García Meseguer, Álvaro: *¿Es sexista la lengua española? Una investigación sobre el género gramatical*, Barcelona, Paidós, 1994.
  - García Meseguer, Álvaro: “El español, una lengua no sexista”, originalmente publicado en M<sup>a</sup>. Dolores Fernández de la Torre Madueño, Antonia M<sup>a</sup> Medina Guerra y Lidia Taillefer de Haya (eds.), *Igualdad lingüística: el sexismo en el lenguaje*, Málaga, Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Málaga, 1999, y accesible en la dirección de Internet <http://www.xcastro.com/meseguer.html>.
  - García Morán: “¿u eres necesari@” (viñeta cómica), *La Gaceta Regional*, 31 de enero de 2000, pág. 4.
  - García Mouton, Pilar: *Cómo hablan las mujeres*, Madrid, Arco Libros, 1999.
  - García Mouton, Pilar: “Lenguaje de mujeres y corrección lingüística”, ponencia presentada en el Seminario “La corrección lingüística: lenguajes específicos y

jergales” que organizó la Fundación Duques de Soria y se celebró en Salamanca del 3 al 5 de abril de 2000.

- García Oyarzun, Ainhoa: “Cabezas blancas”, *Generación XXI*, nº. 23, diciembre de 1998, pág. 3.
- García Oyarzun, Ainhoa: “¿Qué queremos los estudiantes”, *Generación XXI*, nº. 23, diciembre de 1998, págs. 6-7.
- García Posada, Miguel: “El femenino políticamente correcto”, *El País*, 20 de marzo de 1995.
- García Posada, Miguel: “Los violentos”, *El País*, 3 de noviembre de 1995, pág. 11.
- García Posada, Miguel: “La retirada del héroe”, *El País*, 16 de enero de 1997, pág. 11.
- García Posada, Miguel: “Lorito Real”, *El País*, 23 de enero de 1997, pág. 41.
- García Posada, Miguel: “La lengua de Franco”, *El País*, 3 de abril de 1997, pág. 32
- García Posada, Miguel: “Señora Portera”, *El País*, 10 de julio de 1997, pág. 36.
- García Posada, Miguel: “Máscaras y palabras”, *El País*, 5 de agosto de 1997, pág. 9.
- García Posada, Miguel: “Del pensamiento único y de la memoria”, *El País*, 4 de junio de 1998, pág. 14.
- García Posada, Miguel: “Políticamente correcta”, *El País (Babelia)*, 4 de julio de 1998, pág. 7.
- García Tortosa, Francisco: “Introducción” a James Joyce, *Anna Livia Plurabelle (Finnegans Wake, I, viii)*, Madrid, Cátedra, 1992 (trad.: Francisco García Tortosa, Ricardo Navarrete Franco y José María Tejedor Cabrera), págs. 9-135.
- Garner, James Finn: *Politically Correct Bedtime Stories*, Londres, Souvenir Press, 1994. [Hay versión castellana: *Cuentos infantiles políticamente correctos*, Barcelona, Circe, [1995] 1996. Trad.: Gian Castelli Gair. Hay versión portuguesa: *Histórias tradicionais politicamente correctas. Contos de sempre nos tempos modernos*, Lisboa, Gradiva, 1999 (2ª. edición). Trad.: Francisco Agarez. Hay versión francesa: *Politiquement correct. Contes d'autrefois pour lecteurs d'aujourd'hui*, París, Grasset & Fasquelle, 1995. Trad.: Daniel Depland.]
- Garner, James Finn: *Once Upon a More Enlightened Time. More Politically Correct Bedtime Stories*, Londres, Simon & Schuster, 1995. [Hay versión castellana: *MÁS cuentos infantiles políticamente correctos*, Barcelona, Circe, 1996. Trad.: Gian

- 
- Castelli Gair. Hay versión portuguesa: *Contos de fadas politicamente correctos*, Lisboa, Gradiva, 1996. Trad.: Francisco Agarez.]
- Garner, James Finn: *Politically Correct Holiday Stories for an Enlightened Yuletide Season*, Londres, Simon & Schuster, 1995. [Hay versión castellana: *Cuentos navideños políticamente correctos*, Barcelona, Circe, 1997. Trad.: Gian Castelli Gair]
  - Garre, Marianne: *Human Rights in Translation. Legal Concepts in Different Languages*, Copenhage, Handelshøjskolens Forlag/ Copenhagen Business School Press, 1999.
  - Gates Jr., Henry Louis: *Loose Canons: Notes on the Culture Wars*, Oxford, Oxford University Press, 1994.
  - Geiger, Roger: *Research and Relevant Knowledge: American Research Universities since World War II*, Nueva York, Oxford University Press, 1993.
  - Gelder, Lawrence van: “Casey Miller, pionera del lenguaje no sexista”, *El País*, 11 de enero de 1997, pág. 31.
  - Gellner, Ernest: *Posmodernismo, razón y religión*, Barcelona/ Buenos Aires/ México, Paidós, 1992. Trad.: Ramón Sarró Maluquer.
  - Generalitat de Catalunya: *Indicacions per evitar la discriminació per raó de sexe en el llenguatge administratiu*, Barcelona, Departament de la Presidència, 1992.
  - Generalitat Valenciana: *Recomanacions per a un ús no sexista de la llengua*, València, Departament de la Dona/ Conselleria de Cultura, Educació i Ciència, 1987.
  - Genovese, Eugene: “Heresy, Yes — Sensitivity, No”, *New Republic*, 15 de abril de 1991, págs. 30-35.
  - Gentzler, Edwin: *Contemporary Translation Theories*, Londres, Routledge, 1993.
  - Gentzler, Edwin: “Foreword”, en Susan Bassnett y André Lefevere, *Constructing Cultures*, Clevedon/ Filadelfia/ Toronto/ Sidney/ Johannesburgo, Multilingual Matters, 1998, págs. ix-xxii.
  - Gibson, Ian: “Un Lorca ‘políticamente correcto’”, *El País*, 6 de junio de 1998, págs. 11-12.
  - Giner, Salvador: “Prólogo a la edición española. Dignidad y desazón de la educación liberal. En torno a los argumentos humanistas de Allan Bloom”, a Allan

Bloom, *El cierre de la mente moderna*, Barcelona, Plaza y Janés, 1989, págs. i-vii.  
Trad.: Adolfo Martín.

- Giner, Salvador: “Verdad, tolerancia y virtud republicana”, en Manuel Cruz (comp.), *Tolerancia o barbarie*, Barcelona, Gedisa, 1998, págs. 119-139.
- Giralt Torrente, Marcos: “Engaños que terminan”, *El País*, 14 de junio de 1997, pág. 8.
- Giralt Torrente, Marcos: “La pesada trascendencia de ‘Felicity’”, *El País (El Espectador)*, 30 de enero de 2000, pág. 13.
- Giroux, Henry: “Academics as Public Intellectuals. Rethinking Classroom Politics”, en Jeffrey Williams (ed.), *PC Wars: Politics and Theory in the Academy*, Nueva York, Routledge, 1995, pp. 294-307.
- Gitlin, Todd: “On the Virtues of a Loose Canon” [1991], en Patricia Aufderheide (ed.), *Beyond PC. Towards a Politics of Understanding*, Minnesota, Graywolf Press, 1992, págs. 185-190.
- Gless, Darryl y Barbara Hernstein Smith (eds.): *The Politics of Liberal Education*, Durham, Duke University Press, 1992.
- *Globalización, políticas de bienestar e incremento de la desigualdad*, número especial de *New Left Review*, noviembre/ diciembre de 2000.
- Godard, Barbara (ed.): *Collaboration in the Feminine. Writings on Women and Culture from Tessera*, Toronto, Second Story Press, 1994.
- Godayol, Pilar: *Espais de frontera. Gènere i traducció*, Vic, Eumo Editorial, 2000.
- Gold, Victor Roland, Thomas L. Hoyt Jr., Sharon H. Ringe, Susan Brooks Thistlethwaite, Burton H. Throckmorton Jr. y Barbara A. Withers: “General Introduction”, a Victor Roland Gold, Thomas L. Hoyt Jr., Sharon H. Ringe, Susan Brooks Thistlethwaite, Burton H. Throckmorton Jr. y Barbara A. Withers (eds.), *The New Testament and Psalms. An Inclusive Version*, Oxford, Oxford University Press, 1995, págs. vii-xxii.
- Gold, Victor Roland, Thomas L. Hoyt Jr., Sharon H. Ringe, Susan Brooks Thistlethwaite, Burton H. Throckmorton Jr. y Barbara A. Withers (eds.): *The New Testament and Psalms. An Inclusive Version*, Oxford, Oxford University Press, 1995.
- Gomis van Heteren, Annette: *George Orwell, Prophet of “Political Correctness” (PC)*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 1997.

- 
- Gomis van Heteren, Annette: *Political Correctness in Context (The PC Controversy in America)*, Almería, Universidad de Almería (Servicio de Publicaciones), 1997.
  - González, Servando: “La nueva biblia PC”, *Lateral*, noviembre de 1995, págs. 15-16.
  - González Caballero, Alberto (ed.): *El Evangelio de San Lucas en Caló/ Embeo e Majaró Lucas Chibado André Caló-Romanó*, El Almendro, Córdoba, 1998. Trad.: George Borrow.
  - González de Cardenal, Olegario: “Biblias laicas”, *El País*, 30 de diciembre de 1998, págs. 13-14.
  - Goodheart, Eugene: “Ser o no ser políticamente correcto”, *Letra Internacional*, n.º. 35, 1994, págs. 74-80 [no figura el traductor].
  - Gor, Francisco: “Las cosas por su nombre”, *El País*, 12 de enero de 1997, pág. 16.
  - Gordimer, Nadine: *La historia de mi hijo*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1990. Trad.: Víctor Pozanco.
  - Gottlieb, Alan: *Politically Correct Environment*, Bellevue, Washington, Merril Pr., 1998.
  - Gottlieb, Alan: *Politically Correct Guns: Please Don't Rob or Kill Me*, Bellevue, Washington, Merril Pr., 1999.
  - Gouanvic, Jean-Marc: “Translation and the Shape of Things to Come. The Emergence of American Science Fiction in Post-War France”, *The Translator*, vol. 3, n.º. 2, 1997, págs. 125-152.
  - Graddol, David y Joan Swann: *Gender Voices*, Oxford y Cambridge (EE.UU.), Blackwell, 1989.
  - Graglia, Lino A.: “Affirmative Discrimination”, en John Arthur y Amy Shapiro (eds.), *Multiculturalism and the Politics of Difference*, Boulder/ San Francisco/ Oxford, Westview Press, 1995, págs. 144-152.
  - Graff, Gerald: “Teaching the Conflicts”, en Darryl J. Gless y Barbara Hernstein Smith (eds.), *The Politics of Liberal Education*, Durham, Duke University Press, 1992, págs. 57-73.
  - Graff, Gerald: *Beyond the Culture Wars: How Teaching the Conflicts Can Revitalise American Education*, Nueva York, Norton, 1992.

- 
- Graff, Gerald: “A Paradox of the Culture War”, en Jeffrey Williams (ed.), *PC Wars: Politics and Theory in the Academy*, Nueva York, Routledge, 1995, págs. 308-312.
  - Graham, Joseph (ed.): *Difference in Translation*, Ithaca, Cornell University Press, 1985.
  - Gray, John: *Men Are from Mars, Women Are from Venus*, Nueva York, HarperCollins Publishers, [1992] 1995. [Existe versión castellana: *Los hombres son de Marte, las mujeres son de Venus*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1995. Trad.: Ramón Alonso.]
  - Grijelmo, Alex: “Palabras y palabros”, *El País (Domingo)*, 15 de junio de 1997, pág. 7.
  - Grijelmo, Alex: “Contra la palabra tregua”, *El País*, 2 de junio de 1999, pág. 16.
  - Grijelmo, Alex: *El estilo del periodista*, Madrid, Taurus, [1997] 1998.
  - Grijelmo, Alex: *Defensa apasionada del idioma español*, Madrid, Taurus, 1998.
  - Grijelmo, Alex: *La seducción de las palabras*, Madrid, Taurus, 2000.
  - Grosman, Meta: “Cross-cultural Awareness: Focusing on Otherness”, en Cay Dollerup y Anne Loddegaard (eds.), *Teaching Translation and Interpreting 2. Insights, Aims, Visions. Papers from the Second Language International Conference. Elsinore, Denmark, 4-6 June 1993*, Amsterdam/ Filadelfia, John Benjamins, 1994, págs. 51-57.
  - Guelbenzu, José María: “Conciencia y realidad en Graham Swift”, *El País (Babelia)*, 27 de septiembre de 1997, págs. 7-8.
  - Gurrutxaga Abad, Ander: “Medios democráticos y fines nacionalistas”, *El País*, 28 de abril de 1997, págs. 11-12.
  - Gutmann, Amy: “Relativism, Deconstruction and the Curriculum”, en John Arthur y Amy Shapiro (eds.), *Multiculturalism and the Politics of Difference*, Boulder/ San Francisco/ Oxford, Westview Press, 1995, págs. 57-68.
  - Hagar, John H.: *A Politically Correct Murder*, Berkley, Creative Arts Book Co., 2000.
  - Hall, Stuart: “Some ‘Politically Incorrect’ Pathways Through PC”, en Sarah Dunant (ed.), *The War of the Words. The Political Correctness Debate*, Londres, Virago, 1994, págs. 164-183.

- 
- Harasym, Sarah (ed.): *The Postcolonial Critic. Interviews, Strategies, Dialogues*, Londres, Routledge, 1990.
  - Haro-Tecglen, Eduardo: “Los cuentos corregidos”, *El País (Babelia)*, 27 de enero de 1996, pág. 14.
  - Haro-Tecglen, Eduardo: “La maldad sexual”, *El País*, 11 de agosto de 1997, pág. 37.
  - Haro-Tecglen, Eduardo: “Nacionalistas, feministas, juvenistas”, *El País*, 19 de diciembre de 1998, pág. 68.
  - Haro-Tecglen, Eduardo: “Libre ortografía”, *El País (Babelia)*, 7 de agosto de 1999, pág. 10.
  - Harris, Brian: “Norms in Interpretation”, *Target*, vol. 2, 1990, págs. 115-119.
  - Harvey, Keith: “Translating Camp Talk. Gay Identities and Cultural Transfer”, *The Translator*, en Lawrence Venuti (ed.), *Translation & Minority (Special Issue)*, *The Translator*, vol. 4, n.º. 2, noviembre de 1998, págs. 295-320.
  - Hatim, Basil: “Intertextual Intrusions: Towards a Framework for Harnessing the Power of the Absent Text in Translation”, en Karl Simms (ed.), *Translating Sensitive Texts: Linguistic Aspects*, Amsterdam/ Atlanta, Rodopi, 1997, págs. 29-45.
  - Hatim, Basil: “The Method in Their Adress: The Juggling of Texts, Discourse and Genres in the Language of Advertising and Implications”, en Amparo Hurtado Albir (ed.), *La enseñanza de la traducción*, Castellón, Publications de la Universitat Jaume I, 1996, pág. 109-126.
  - Hatim, Basil e Ian Mason: *Discourse and the Translator*, Londres y Nueva York, Longman, 1990.
  - Hegerman, Paul: “Clint Eastwood. ‘Creo que voy a dar lo mejor de mí en esta etapa de la vida. Estoy seguro’”, *Magazine*, 6 de junio de 1999, págs. 24-28. Trad.: M. Teresa López.
  - Hekman, Susan: *Gender and Knowledge. Elements of a Postmodern Feminism*, Cambridge, Polity Press, [1990] 1995.
  - Henry III, William A.: “Upside Down in the Groves of Academe”, *Time*, 1 de abril de 1991, págs. 66-69.
  - Hermans, Theo: “Introduction. Translation Studies and a New Paradigm”, en Theo Hermans (ed.), *The Manipulation of Literature. Studies in Literary Translation*, Londres y Sidney, Crook Helm, 1985, págs. 7-15.

- 
- Hermans, Theo (ed.): *The Manipulation of Literature. Studies in Literary Translation*, Londres y Sidney, Crook Helm, 1985.
  - Hermans, Theo: “Translational Norms and Correct Translations”, en Kitty M. van Leuven-Zwart y Tom Naaijken, *Translation Studies: The State of the Art. Proceedings of the First James S Holmes Symposium on Translation Studies*, Amsterdam/ Atlanta, Rodopi, 1991, págs. 155-169.
  - Hermans, Theo: “Norms and the Determination of Translation: A Theoretical Framework”, en Román Álvarez y M. Carmen África Vidal (eds.), *Translation, Power, Subversion*, Clevedon/ Filadelfia/ Adelaida, Multilingual Matters, 1996, págs. 25-51.
  - Hermans, Theo: *Translation's Other (Inaugural Lecture)*, Londres, University College London, 1996.
  - Hermans, Theo: “Translation as Institution”, en Mary Snell-Hornby, Zuzana Jettmarová, y Klaus Kaindl (eds.), *Translation as Intercultural Communication. Selected Papers from the EST Congress, Prague 1995*, Amsterdam/ Filadelfia, John Benjamins, 1997, págs. 3-20.
  - Hermans, Theo: *Translation in Systems. Descriptive and System-oriented Approaches Explained*, Manchester, St. Jerome, 1999.
  - Hermans, Theo: “La traducción y la importancia de la autorreferencia”, en Román Álvarez (ed.), *Cartografías de la traducción: del post-estructuralismo al multiculturalismo*, Salamanca, Ediciones Colegio de España, 2000, págs. 121-141. Trad.: M. Rosario Martín Ruano y Jesús Torres del Rey.
  - Hernández Alonso, Juan José: *Los Estados Unidos de América. Historia y cultura*, Salamanca, Ediciones Colegio de España, 1996.
  - Hernández Sacristán, Carlos y Ricard Morant Marco: “Introducción”, en Carlos Hernández Sacristán y Ricard Morant Marco (eds.), *Lenguaje y Emigración*, Valencia, Departament de Teoria dels Llenguatges, Universitat de València, 1997, págs. 9-15.
  - Hernández Sacristán, Carlos y Ricard Morant Marco (eds.): *Lenguaje y Emigración*, Valencia, Departament de Teoria dels Llenguatges, Universitat de València, 1997.
  - Herrera i Joancomartí, Rosó y Teresa Reñé i Ferrando: *Fem servir el llenguatge igualitari en l'acció sindical*, Unió General de Treballadors de Catalunya, s.f.
  - Herrero de Miñón, Miguel: “Soberanía limitada”, *El País*, 6 de febrero de 2000, pág. 4.



- 
- Hierro S. Pescador, José: *Principios de filosofía del lenguaje*, Madrid, Alianza, [1986] 1994.
  - Hillis Miller, J.: “Border Crossings, Translating Theory: Ruth”, en Sanford Budick y Wolfgang Iser (eds.), *The Translability of Cultures. Figurations of the Space Between*, Stanford, Stanford University Press, 1996, págs. 207-223 [Hay traducción castellana: *Cruce de fronteras. Traduciendo teoría*, Valencia, Amós Belinchón (Cuadernos teóricos), 4, [1992] 1993. Trad.: Mabel Richard].
  - Hirsch Jr., E. D.: *Cultural Literacy: What Every American Needs to Know*, Boston, Houghton-Mifflin, 1987.
  - Holmes, James: *Translated! Papers on Literary Translation and Translation Studies*, Amsterdam, Rodopi, [1970] 1988.
  - Holmes, James José Lambert y Raymond van den Broeck (eds.): *Literature and Translation*, Lovaina, Acco, 1978.
  - Horowitz, Peter y Peter Collier (eds.): *The Heterodox Handbook. How to Survive the PC Campus*, Washington DC, Regnery Publishing, 1994.
  - Hughes, Robert: *Culture of Complaint. The Fraying of America*, The Harvill Press, Londres, [1993] 1999 [Hay versión castellana: *La cultura de la queja. Trifulcas norteamericanas*, Barcelona, Anagrama, 1994. Trad.: Ramón de España].
  - Hurtado Albir, Amparo (ed.): *Estudis sobre la traducció*, Castellón, Publicacions de la Universitat Jaume I, 1994.
  - Hurtado Albir, Amparo (ed.): *La enseñanza de la traducción*, Castellón, Publicacions de la Universitat Jaume I, 1996.
  - Iglesias, María A.: “Juan María Uriarte”, *El País*, 5 de marzo de 2000, pág. 5.
  - Iglesias Santos, Montserrat (ed.): *Teoría de los Polisistemas*, Madrid, Arco, 1999.
  - Innerarity, Daniel: “La tolerancia y sus equívocos amigos”, *El País*, 14 de junio de 1995, pág. 11-12.
  - Innerarity, Daniel: “La política en directo”, *El Norte de Castilla*, 4 de septiembre de 2000, pág. 26.
  - Íñigo Mora, M<sup>a</sup>. Isabel: “Los estereotipos culturales: ¿un fenómeno mearmente social?”, en Gloria Álvarez Benito, Joaquín J. Fernández Domínguez y Francisco J. Tamayo Morillo (eds.), *Lenguas en contacto*, Sevilla, Mergablum, 1999, págs. 190-199.

- 
- Irigaray, Luce: *Parler n'est jamais neutre*, París, Minuit, 1985.
  - IU: "SomoS necesari@s", *El País*, 28 de febrero de 2000, pág. 84.
  - Jacobson, Ken: *Politically Correct Hunting*, Bellevue [Washington], Merril Pr., 1998.
  - Jacoby, Russell: *The Last Intellectuals: American Culture in the Age of Academe*, Nueva York, Basic Books, 1987.
  - Jameson, Fredric: *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Paidós, Barcelona/ Buenos Aires/ México, [1984] 1995. Trad.: José Luis Pardo Torío.
  - Jarauta, Francisco: *La filosofía y su otro (Cavaillès, Bachelard, Canguilhem, Foucault)*, Valencia, Pre-Textos, 1979.
  - Jardine, Alice y Paul Smith: *Men in Feminism*, Nueva York y Londres, Methuen, 1987.
  - Jardine, Lisa: "Canon to Left of Them, Canon to Right of Them", en Sarah Dunant (ed.), *The War of the Words. The Political Correctness Debate*, Londres, Virago, 1994, págs. 97-115.
  - Johnson, Barbara: "Taking Fidelity Philosophically", en Joseph F. Graham (ed.), *Difference in Translation*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1985, págs. 142-148.
  - Junta de Castilla y León y Asociación "Rosa Chacel": "Jornadas. 'Construir la sociedad del siglo XXI'", *El Norte de Castilla*, 17 de octubre de 1999, pág. 30.
  - Kavanagh, Linda *et al.*: *Rapuzel's Revenge*, Dublín, Attic Press, [1985] 1991.
  - Keenaghan, "Jack Spicer's Pricks and Cocksuckers. Translating Homosexuality into Visibility", en Lawrence Venuti (ed.), *Translation & Minority (Special Issue), The Translator*, vol. 4, n.º. 2, noviembre de 1998, págs. 273-294.
  - Kelner, Robert: "We Conservatives Wage a Phony War on Political Correctness", *Wall Street Journal*, 26 de diciembre de 1991, pág. 11.
  - Kennedy, Duncan: "A Cultural Pluralist Case for Affirmative Action" [1994], en John Arthur y Amy Shapiro (eds.), *Multiculturalism and the Politics of Difference*, Boulder/ San Francisco/ Oxford, Westview Press, 1995, págs.153-175.
  - Kimball, Robert: *Tenured Radicals. How Politics Has Corrupted Our Higher Education*, Chicago, Elephant, [1990] 1998.

- 
- Kincheloe, Joe y Shirley R. Steinbeck: *Repensar el multiculturalismo*, Barcelona, Ediciones Octaedro, [1997] 1999. Trad.: José Real. Revisión técnica de Fernando Hernández.
  - Klappenbach, Augusto: “Las dos morales”, *El País*, 14 de enero de 1997, pág. 12.
  - Korsak, Mary Phil: *At the Start... Genesis Made New: A Translation of the Hebrew Text*, Lovaina, European Association for the Promotion of Poetry, 1992.
  - Korsak, Mary Phil: “Genesis: A New Look”, en Athalya Brenner (ed.), *A Feminist Companion to Genesis*, Sheffield, Sheffield Academic Press, [1993] 1997, págs. 39-52.
  - Koskinen, Kaisa: “(Mis)Translating the Untranslatable — The Impact of Deconstruction and Post-Structuralism on Translation Theory”, *Meta*, vol. XXXIX, n.º. 3, 1994, págs. 446-452.
  - Kramarae, Cheris y Paula Treichler: *A Feminist Dictionary. In Our Own Words*, Londres y Nueva York, Pandora Press y Hyman/ HarperCollins, 1986.
  - Kress, Gunther: *Linguistic Processes in Sociocultural Practice*, Oxford, Oxford University Press, 1989.
  - Kristeva, Julia: *El porvenir de una revuelta*, Barcelona, Seix Barral, 2000. Trad.: Lluís Miralles.
  - Küng, Hans: *Teología para la posmodernidad. Fundamentación ecuménica*, Madrid, Alianza, [1987] 1989. Trad.: Gilberto Canal Marcos.
  - Kurzweil Edith y William Philips (eds.): *Our Country, Our Culture: The Politics of Political Correctness*, Boston, Partisan Review, 1995.
  - *La Biblia. El libro de los libros*, Barcelona, Planeta, 1998.
  - *La Biblia laica*, Muchnik Editores, Barcelona, 1998.
  - Lakoff, Robin T.: *Talking Power. The Politics of Language*, Basic Books, HarperCollins Publishers, 1990.
  - Lambert, José: “La traduction, les langues et la communication de masse. Les ambiguïtés du discours international”, *Target*, vol. I, n.º. 2, 1989, págs. 215-237.
  - Lambert, José: “Societies, Language Policies and Translation Strategies”, ponencia no publicada, presentada en el congreso interdisciplinario titulado “Humanistic Dilemmas: Translation in the Humanities and the Social Sciences”, celebrado en Binghamton (Nueva York) del 26 al 28 de septiembre de 1991.

- 
- Lambert, José: “History, Historiography and the Discipline. A programme”, en Yves Gambier y J. Tommola (dirs.), *Translation and Knowledge. Actes du 4e Symposium Scandinave sur la théorie de la traduction (Turku, 1992)*, Turku, Grafia Oy, 1993, págs. 3-26.
  - Lambert, José: “Ethnolinguistic Democracy, Translation Policy and Contemporary World (Dis)order”, en Federico Eguíluz *et al.* (eds.), *Transvases culturales: literatura, cine, traducción*, Vitoria-Gasteiz, Universidad del País Vasco, 1994, págs. 23-36.
  - Lambert, José: “Literatura, traducción y (des)colonización”, en Montserrat Iglesias Santos (ed.), *Teoría de los Polisistemas*, Madrid, Arco, 1999, págs. 257-280. Trad.: Montserrat Iglesias Santos.
  - Larraguibel, Claudia: “Los derechos de los homosexuales. Una cesta de la compra políticamente incorrecta”, *El País Semanal*, 1 de diciembre de 1996, págs. 20-21.
  - Larraguibel, Claudia: “Reivindicar lo de siempre”, *El País (El País de las tentaciones)*, 30 de octubre de 1998, págs. 14-15.
  - Larramendi, Miguel y Gonzalo Fernández (eds.): *Pensamiento y circulación de las ideas en el Mediterráneo: el papel de la traducción*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha/Escuela de Traductores de Toledo, 1997.
  - *Lateral* (número especial): “ESO: una reforma políticamente correcta. La educación secundaria a examen”, *Lateral*, nº. 47, noviembre de 1998.
  - Lauer, Angelika, Heidrun Gerzymisch-Arbogast, Johann Haller y Erich Steiner (eds.): *Übersetzungswissenschaft im Umbruch. Festschrift Wolfram Wilss*, Tübingen, Gunter Narr, 1996.
  - Lázaro Carreter, Fernando: “Oratoria electoral”, *El País*, 4 de julio de 1999, pág. 13.
  - Lázaro Carreter, Fernando: “El socio”, *El País*, 6 de agosto de 2000, pág. 11.
  - Lee, David: *Competing Discourses: Perspective and Ideology in Language*, Londres y Nueva York, Longman, 1991.
  - Leech, Geoffrey: *Principles of Pragmatics*, Londres, Longman, 1983.
  - Lefevere, André: “Translation: the Focus of the Growth of Literary Knowledge”, en James S. Holmes, José Lambert y Raymond van den Broeck (eds.), *Literature and Translation*, Lovaina, Acco, 1978, págs. 7-28.

- 
- Lefevere, André: “Appendix. Translation Studies: The Goal of the Discipline”, en James S. Holmes, José Lambert y Raymond van den Broeck (eds.), *Literature and Translation*, Lovaina, Acco, 1978, págs. 234-235.
  - Lefevere, André: “Beyond the Process: Literary Translation in Literature and Literary Theory”, en Marilyn Gaddis Rose (ed.), *Translation Spectrum: Essays in Theory and Practice*, Albany, State University of New York Press, 1981, págs. 52-59.
  - Lefevere, André: “Translated Literature: Towards and Integrated Theory”, *Bulletin: Midwest MLA*, vol. 14, nº. 1, primavera de 1981, págs. 68-78.
  - Lefevere, André: “Mother Courage’s Cucumbers: Text, System and Refraction in a Theory of Literature” [1982], en Lawrence Venuti (ed.), *The Translation Studies Reader*, Londres y Nueva York, Routledge, 2000, págs. 233-249.
  - Lefevere, André: “Teaching Literary Translation: The Possible and the Impossible”, en Wolfram Wilss y Gisela Thorne (eds.), *Die Theorie des Übersetzens und ihr Aufschlusswert für die Übersetzungs-und Dolmetschdidaktik*, Tübingen, Narr, 1984, págs. 90-98.
  - Lefevere, André: “Why Waste Our Time on Rewrites? The Trouble with Interpretation and the Role of Rewriting in an Alternative Paradigm”, en Theo Hermans (ed.), *The Manipulation of Literature. Studies in Literary Translation*, Sidney, Croom Helm, 1985, págs. 215-243.
  - Lefevere, André: “Translation: Its Genealogy in the West”, en Susan Bassnett y André Lefevere (eds.), *Translation, History & Culture*, Londres, Cassell, 1995 [1990], págs. 14-28.
  - Lefevere, André: “Introduction”, en André (ed.): *Translation/History/Culture. A Sourcebook*, Londres y Nueva York, Routledge, 1992, págs. 1-10.
  - Lefevere, André: “The Role of Ideology in the Shaping of a Translation”, en André Lefevere (ed.), *Translation/History/Culture. A Sourcebook*, Londres y Nueva York, Routledge, 1992, págs. 14-18.
  - Lefevere, André: “The Power of Patronage”, en André Lefevere (ed.), *Translation/History/Culture. A Sourcebook*, Londres y Nueva York, Routledge, 1992, pág. 19-25.
  - Lefevere, André (ed.): *Translation/History/Culture. A Sourcebook*, Londres y Nueva York, Routledge, 1992.

- 
- Lefevere, André: *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*, Londres y Nueva York, Routledge, 1992. [Hay versión castellana: *Traducción, reescritura y la manipulación del canon literario*, Salamanca, Ediciones Colegio de España, 1997. Trad.: Román Álvarez y M<sup>a</sup>. Carmen África Vidal Claramonte.]
  - Lefevere, André: “Translation and Canon Formation: Nine Decades of Drama in the United States”, en Román Álvarez y M. Carmen África Vidal (eds.), *Translation, Power, Subversion*, Clevedon/ Filadelfia/ Adelaida, Multilingual Matters, 1996, págs. 138-155.
  - Lefevere, André: “Translation: Who Is Doing What For/Against Whom and Why?”, en Marilyn Gaddis Rose (ed.), *Translation Horizons. Beyond the Boundaries of Translation Spectrum. Translation Perspectives IX*, 1996, Binghamton, Center for Research in Translation, State University of New York, 1996, págs. 45-55.
  - Lefevere, André: “Translation Practice(s) and the Circulation of Cultural Capital: Some Aeneids in English”, en Susan Bassnett y André Lefevere, *Constructing Cultures*, Clevedon/ Filadelfia/ Toronto/ Sidney/ Johannesburgo, Multilingual Matters, 1998, págs. 41-56.
  - Lefevere, André: “The Gates of Analogy: The Kalevala in English”, en Susan Bassnett y André Lefevere, *Constructing Cultures*, Clevedon/ Filadelfia/ Toronto/ Sidney/ Johannesburgo, Multilingual Matters, 1998, págs. 76-89.
  - Lefevere, André: “Composing the Other”, en Susan Bassnett y Harish Trivedi (eds.), *Post-Colonial Translation*, Londres y Nueva York, Routledge, 1999, págs. 75-94.
  - Lehman, David: *Sign of the Times. Deconstruction and the Fall of Paul de Man*, Nueva York, Poseidon, 1991.
  - Leigh, Mark y Mike Lepine: *The Official Politically Incorrect Handbook*, Londres, Illiterati International Limited, 1993.
  - Leigh, Mark y Mike Lepine: *The Official Politically Incorrect Handbook. Volume 2*, Londres, Virgin Books, 1996.
  - Leo, John: “The Politically Correct Have Had a Busy Year”, *St. Petersburg Times*, 1 de febrero de 1992, pág. 22.
  - Leo, John: *Two Steps ahead of the Thought Police*, Nueva York, Simon & Schuster, 1994.
  - Leuven-Zwart, Kitty y Ton Naaijken (eds.): *Translation Studies. The State of the Art*, Amsterdam, Rodopi, 1991.

- 
- Levine, Suzanne Jill: “Translation as (Sub)version: On Translating Infante’s *Inferno*”, *Sub-stance*, vol. 42, 1983, págs. 85-94.
  - Levitt, Cyril, Scott Davies y Neil McLaughlin (ed.): *Mistaken Identities: The Second Wave of Controversy over “Political Correctness”*, Nueva York, Peter Lang Publishing 1999.
  - Lewis, Tom: “‘Political Correctness’. A Class Issue”, en Jeffrey Williams (ed.), *PC Wars: Politics and Theory in the Academy*, Nueva York, Routledge, 1995, págs. 90-108.
  - Ley, Pablo: “Los diálogos íntimos de ‘Nathan el sabio’ se dispersan en la inmensidad de la Cour d’Honneur”, *El País*, 12 de julio de 1997, pág. 30.
  - Limpens, Frans: “Cada pollo con su rollo. La Declaración Universal de los Derechos Humanos”, <http://www.amnesty-usa.org/spanish/educacion/pollos/index.html>. Ilustraciones de Margarita Nava.
  - Lipovetsky, Gilles: *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona, Anagrama, 1986. Trad.: Joan Vinyoli y Michèle Pendanx.
  - Llamas, Ricardo: *Teoría torcida: prejuicios y discursos en torno a la “homosexualidad”*, Madrid, Siglo XXI, 1998.
  - Lledó, Emilia: *Profesiones en femenino. Nombra desde la A hasta la Z*, Madrid, Instituto de la Mujer/ Ministerio de Asuntos Sociales, s.f.
  - López Blanca, Pura y Amabilia Hidalgo Hernández: *Mira de quién hablas. Propuestas para una comunicación no sexista*, Alcobendas, Ayuntamiento de Alcobendas, 1997.
  - López Eire, Antonio y Javier de Santiago Guervós: *Retórica y comunicación política*, Madrid, Cátedra, 2000.
  - López-Fanjul, Carlos: “Veinte años después”, *Revista de libros*, nº. 34, octubre de 1999, págs. 18-20.
  - López García, Dámaso (ed.): *Teorías de la traducción. Antología de textos*, Cuenca, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1996.
  - Lorde, Audre: “Age, Race, Class, and Sex: Women Redefining Difference” [1984], en John Arthur y Amy Shapiro (eds.), *Multiculturalism and the Politics of Difference*, Boulder/ San Francisco/ Oxford, Westview Press, 1995, págs. 191-198.

- 
- Lotbinière-Harwood, Susanne: *Re-Belle et Infidèle. La traduction comme pratique de réécriture au féminin. The Body Bilingual. Translation as Rewriting in the Feminine*, Toronto/ Montreal, Women's Press, Les éditions du remue-ménage, 1991.
  - Luis, William y Julio Rodríguez-Luis: "Culture as Text: The Cuban/Caribbean Connection", en William Luis y Julio Rodríguez-Luis, *Translating Latin America: Culture as Text. Translation Perspectives 1991*, Binghamton, Center for Research in Translation, State University of New York, 1991, págs. 7-20.
  - Luis, William y Julio Rodríguez-Luis: "Introduction: Translating Latin America", en William Luis y Julio Rodríguez-Luis, *Translating Latin America: Culture as Text. Translation Perspectives 1991*, Binghamton, Center for Research in Translation, State University of New York, 1991, págs. 1-5.
  - Luis, William y Julio Rodríguez-Luis (eds.): *Translating Latin America: Culture as Text. Translation Perspectives 1991*, Binghamton, Center for Research in Translation, State University of New York, 1991.
  - Lyotard, Jean François: *La condición posmoderna*, Madrid, Cátedra, 1998. Trad.: Mariano Antolín Rato.
  - Macura, Vladimír: "Culture as Translation", en Susan Bassnett y André Lefevere (eds.), *Translation, History & Culture*, Londres, Cassell, [1990] 1995, págs. 64-70.
  - Man, Paul de: *The Resistance to Theory*, Manchester, Manchester University Press, 1986 [Hay traducción castellana: *La resistencia a la teoría*, Madrid, Visor, 1990. Trad.: Elena Elorriaga, Oriol Francés. Ed.: Wlad Godzich].
  - Manrique, Diego A.: "Albert Pla rehace su disco maldito", *El País*, 14 de septiembre de 1997, pág. 38.
  - Mardones, José M<sup>a</sup>: *Postmodernidad y cristianismo. El desafío del fragmento*, Santander, Sal Terrae, 1998.
  - Marías, Javier: "Cursilerías lingüísticas", *El País*, 20 de marzo de 1995.
  - Marías, Javier: "Invitación a la lectura de Faulkner", *El País (Babelia)*, 20 de septiembre de 1997, pág. 9-10.
  - Marías, Javier: "Nunca descansan", *El Semanal*, 3 de octubre de 1999, pág. 12.
  - Marías, Javier: "Todas las farsantas sois iguales", *El Semanal*, 13 de agosto de 2000, pág. 8.
  - Marías, Javier: *Mano de sombra*, Madrid, Alfaguara, 1997.



- 
- Marín, Juan: “Un poco de música y mucho almíbar”, *El País (Babelia)*, 6 de mayo de 2000, pág. 6.
  - Marín, Karmentxu: “Los universitarios ‘imitan’ a sus padres”, *El País*, 11 de abril de 1999, pág. 30.
  - Marín, Karmentxu: “Llega la Barbie Presidenta”, *El País (Domingo)*, 30 de abril de 2000, pág. 10.
  - Marín, Karmentxu: “Carmen Romero. Diputada Socialista. ‘No he sido nunca felipista’”, *El País*, 2 de julio de 2000, pág. 64.
  - Marina, José Antonio: *La selva del lenguaje. Introducción a un diccionario de los sentimientos*, Barcelona, Anagrama, 1998.
  - Martí, Octavi: “‘Escribir es un trabajo que comporta algo de alucinación’”, *El País (Babelia)*, 9 de octubre de 1999, pág. 6.
  - Martí, Octavi: “Nuevos hábitos, querellas de siempre”, *El País (Babelia)*, 5 de agosto de 2000, pág. 16.
  - Martí Font, J.M.: “La disciplina y la autoridad son los dos temas del futuro”, *El País*, 21 de abril de 1998, pág. 36.
  - Martín, Santiago: “Toda una novela”, *El Norte de Castilla (Focus)*, 6 de noviembre de 1999, pág. 9.
  - Martín Ferrand, M.: “La ilusión de conocer”, *ABC*, 14 de septiembre de 1997, pág. 30.
  - Martín Gaité, Carmen: *Capercucita en Manhattan*, Madrid, Siruela, 1990.
  - Martín Nieto, Evaristo (dir.): *La Santa Biblia*, Madrid, Ediciones Paulinas, 1967.
  - Martín Ruano, M. Rosario: *La traducción de lo políticamente correcto*, Trabajo de Grado inédito, Universidad de Salamanca, 1997.
  - Martín Ruano, M. Rosario: *A propósito de lo políticamente correcto*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1999.
  - Martín Ruano, M. Rosario: “Y llevará por nombre otro nombre. Y llevará por nombre una traducción”, *Cuadernos del Lazarillo*, nº. 19, julio-diciembre de 2000, págs. 76-79.

- 
- Martín Ruano, M. Rosario: “The Translation of the Discourse of Political Correctness into Spanish”, en Jeroen Vandaele (ed.), *Proceedings of the X CETRA Seminar*, Lovaina, Universidad Católica de Lovaina, en prensa.
  - Martín Seco, Juan Francisco: “1992: recesión y crisis económica”, *Anuario de los temas 1992*, Barcelona, Difusora Internacional, 1993, págs. 436-455.
  - Martín Velasco, Juan: *Ser cristiano en una cultura posmoderna*, Madrid, PPC, 1996.
  - Martínez, Berto: “Diccionario del milenio”, *El País semanal*, 22 de octubre de 2000, págs. 41-50.
  - Martínez, Luis: “Cine. Ambicioso Warren Beatty”, *El País Semanal*, mayo de 1999, pág. 124.
  - Martínez Albertos, José Luis: *Redacción Periodística. Los estilos y los géneros en la prensa escrita*, Madrid, Paraninfo [1974] 2000.
  - Martínez Albertos, José Luis: “El lenguaje periodístico: rasgos diferenciales”, ponencia presentada en el Seminario “La corrección lingüística: lenguajes específicos y jergales” que organizó la Fundación Duques de Soria y se celebró en Salamanca del 3 al 5 de abril de 2000.
  - Martínez de Pisón, Javier: “De vuelta a los inmigrantes y al racismo”, *El País (Babelia)*, 8 de julio de 2000, pág. 24.
  - Martínez de Pisón, Javier: “Violencia, tabaco y traducciones”, *El País (Babelia)*, 13 y 14 de abril de 2001, pág. 16.
  - Martínez Márquez, Ramón: *Políticamente correcto o cómo decir las cosas sin llamarlas por su nombre*, Madrid, Temas de Hoy, 1997.
  - Mayoral, Soledad: “Nacho Martín no es un conformista”, *El Mundo*, 23 de septiembre de 1997, pág. 61.
  - Mayoral Asensio, Roberto: *La traducción de la variedad lingüística*, Uertere, Monográficos de la revista *Hermeneus*, n.º.1, 1999.
  - McDonald, Christie (ed.): *The Ear of the Other. Otobiography, Transference, Translation. Texts and Discussions with Jacques Derrida*, Nueva York, Schocken, 1985.
  - McFadden, Robert D.: “Political Correctness: New Bias Test?”, *New York Times*, 5 de mayo de 1991, sección 1, pág. 32.

- 
- Mehrez, Samia: “Translation and the Postcolonial Experience: The Francophone North African Text”, en Lawrence Venuti (ed.), *Rethinking Translation: Discourse, Subjectivity, Ideology*, Londres y Nueva York, Routledge, 1992, págs. 120-138.
  - Merino, José María: “Ernest Hemingway. *Al romper el alba*”, *Revista de libros*, octubre de 1999, pág. 49.
  - Mezei, Kathy: “Bilingualism and Translation in/of Michèle Lalonde’s *Speak White*”, en Lawrence Venuti (ed.), *Translation & Minority* (número monográfico), *The Translator*, vol. 4, n.º. 2, 1998, págs. 229-248.
  - Miguel, Amando de: *Los narcisos. El radicalismo cultural de los jóvenes*, Barcelona, Kairós, 1979.
  - Millán, José Antonio: “El mensaje de Jesús se acerca a la lengua gitana”, *El País (Babelia)*, 27 de marzo de 1999, pág. 8.
  - Millás, Juan José: “Karla”, *El País*, 6 de febrero de 1998, pág. 72.
  - Miller, Casey y Kate Swift: *Words and Women: New Language in New Times*, Londres, Penguin, 1976.
  - Miller, Casey y Kate Swift: *The Handbook of Nonsexist Writing*, Londres, Women’s Press, 1980.
  - Mills, Womanwords: *A Dictionary Of Words About Women*, Nueva York, Free Press, [1990] 1992.
  - Ministerio de Asuntos Sociales: *Propuestas para evitar el sexismo en el lenguaje*, Madrid, Instituto de la Mujer, 1989.
  - Ministerio de Educación y Ciencia: *Recomendaciones para el uso no sexista de la lengua*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1988.
  - Ministerio para las Administraciones Públicas: *Uso no sexista del lenguaje administrativo*, Madrid, Ministerio para las Administraciones Públicas/ Instituto de la Mujer/ Ministerio de Asuntos Sociales, 1990.
  - Mira Nouselles, Alberto: *Para entendernos: diccionario de cultura homosexual, gay y lesbica*, Barcelona, Ediciones de la Tempestad, 1999.
  - Molotov: “Molotov”, *El País (El País de las Tentaciones)*, 1 de mayo de 1998, pág. 44
  - Monge, Yolanda: “Vuelve la serie políticamente incorrecta”, *El País*, 25 de agosto de 1997, pág. 37.

- 
- Monmany, Mercedes: “Hugo Claus. ‘Aquí estamos todos corrompidos. Todo se vive de forma más elástica’”, *El País (Babelia)*, 27 de septiembre de 1997, págs. 8-9.
  - Montero, Rosa: “Gordos gordísimos”, *El País semanal*, 4 de octubre de 1998, pág. 16.
  - Montero, Rosa: “Inútiles”, *El País*, 8 de diciembre de 1998, pág. 63.
  - Mora, Rosa: “Luis Goytisolo. ‘Diario de 360º es un intento de novela total’”, *El País*, 21 de octubre de 2000, págs. 8-9.
  - Morant, Ricard y Miquel Peñarroya: “Sobre el racismo lingüístico”, en Carlos Hernández Sacristán y Ricard Morant Marco (eds.), *Lenguaje y Emigración*, Valencia, Departament de Teoria dels Llenguatges, Universitat de València, 1997, págs. 127-138.
  - Morris, Graig: “P.C. or not P.C.: The Conservative Witchhunt for Thought Police”, *The Fryburger. Freiburg’s English Language Magazine*, vol. 4, 1994, <http://www.uni-freiburg.de/borsch/fryburger/pcornot.html>.
  - Moser, Edward P.: *The Politically Correct Guide to American History*, Nueva York, Three Rivers, 1999.
  - Moser, Edward P.: *The Politically Correct Guide to the Bible*, Nueva York, Three Rivers, 1999.
  - Mosterín, Jesús: “Una mordaza a la libertad”, *El País*, 19 de octubre de 1995, pág. 15.
  - Motzkin, Gabriel: “Memory and Cultural Translation”, en Sanford Budick y Wolfgang Iser (eds.), *The Translability of Cultures. Figurations of the Space Between*, Stanford, Stanford University Press, 1996, págs. 265-281.
  - Moya, Ignasi: “El rock bajo sospecha”, *Magazine*, 21 de diciembre de 1997, pág. 22.
  - Moya, Ignasi: “Will Smith. Un triunfo políticamente correcto”, *Magazine*, 18 de julio de 1999, págs. 20-2.
  - Mujeres Vecinales: *Palabras para la igualdad*, Madrid, Asociación de Mujeres Vecinales, 2000.
  - Muñiz Rodríguez, Vicente: *Introducción a la filosofía del lenguaje. Problemas ontológicos*, Barcelona, Anthropos, 1989.

- 
- Muñiz Rodríguez, Vicente: *Introducción a la filosofía del lenguaje II. Cuestiones semánticas*, Barcelona, Anthropos, 1992.
  - Muñoz, Ricardo: “La ‘visibilidad’ al trasluz”, *Sendebarr*, vol. 6, 1995, págs. 5-21.
  - Muñoz Molina, Antonio: “La suspicacia”, *El País Semanal*, 26 de abril de 1998, pág. 150.
  - Muñoz Molina, Antonio: “Políticamente correcto”, *El País Semanal*, 5 de septiembre de 1999, pág. 106.
  - Muñoz Molina, Antonio: “Señales de humo”, *El País Semanal*, 18 de junio de 2000, pág. 130.
  - Musgrave, *Womb with Views: Contradictionary of the English Language*, Racine, WI, Mother Courage, 1985.
  - Namjoshi, Suniti: *Feminist Fables*, Londres, Sheba Feminist Publishers, [1981] 1984.
  - National Review (editorial): “Sensitivity Fascism”, *National Review*, 27 de abril de 1992, pág. 19.
  - Navarro, Agustín: “Igualdad, Tolerancia y Democracia”, *Excelsior*, 31 de marzo de 1997, disponible en la Red en [www.excelsior.com.mx/9703/970331/fin04.html](http://www.excelsior.com.mx/9703/970331/fin04.html).
  - Navarro Errasti, M. Pilar, Rosa Lorés Sanz, Silvia Murillo Ornat, Carmina Buesa Gómez (eds.), *Transcultural Communication: Pragmalinguistic Aspects*, Zaragoza, Anubar Ediciones, 2000.
  - Nebreda, Jesús J.: *Muerte de Dios y Posmodernidad. ¿Las largas sombras del Dios muerto?*, Granada, Universidad de Granada, 1993.
  - Nederveen Pieterse, Jan y Bhikhu Parekh (eds.): *The Decolonization of Imagination. Culture, Knowledge and Power*, Londres y Nueva Jersey, Zed Books, 1995.
  - Neilson, Jim: “The Great PC Scare”, en Jeffrey Williams (ed.), *PC Wars: Politics and Theory in the Academy*, Nueva York, Routledge, 1995, págs. 60-89.
  - Newfield, Christopher.: “What Was ‘Political Correctness’? Race, the Right, and Managerial Democracy in the Humanities”, en Jeffrey Williams (ed.), *PC Wars: Politics and Theory in the Academy*, Nueva York, Routledge, 1995, págs. 109-145.
  - Newfield, Christopher. y Ronald Strickland (eds.): *After Political Correctness: The Humanities and Society in the 1990s*, Boulder, Westview Press, 1995.

- 
- Newmark, Peter: “Taking a Stand on Mary Snell-Hornby”, en Christina Schäffner (ed.), *Translation in the Global Village* (nº. especial de la publicación *Current Issues in Language & Society* de Multilingual Matters), vol. 6, nº. 2, 1999, págs. 152-154.
  - Nicholson, Linda (ed.): *Feminism/Postmodernism*, Nueva York, Routledge, 1989 [Hay traducción castellana: *Feminismo/Posmodernismo*, Buenos Aires, Feminaria Editora, 1992. Trad.: Margara Averbach].
  - Nida, Eugene A.: *Bible Translating. An Analysis of Principles and Procedures with Special Reference to Aboriginal Languages*, Nueva York, The American Bible Society, 1947.
  - Nida, Eugene A.: *Toward a Science of Translating, with Special Reference to Principles and Procedures Involved in Bible Translating*, Leiden, Brill, 1964.
  - Nida, Eugene A. y Charles R. Taber: *The Theory and Practice of Translation*, Leiden, Brill, [1969] 1982 [Hay versión española: *La traducción. Teoría y práctica*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1986. Trad.: A. de la Fuente].
  - Nida, Eugene A.: “The Nature of Dynamic Equivalence in Translating”, *Babel*, vol. 10, nº. 3, 1977, págs. 99-103.
  - Nida, Eugene A. y J. de Waard: *From One Language to Another. Functional Equivalence in Bible Translating*, Nashville, Thomas Nelson, 1986.
  - Nida, Eugene A.: “Translation: Possible and Impossible”, en Marilyn Gaddis Rose (ed.), *Translation Horizons. Beyond the Boundaries of Translation Spectrum. Translation Perspectives IX*, 1996, Binghamton, Center for Research in Translation (State University of New York), 1996, págs. 7-23.
  - Nida, Eugene A.: “Translating a Text with a Long and Sensitive Tradition”, en Karl Simms (ed.), *Translating Sensitive Texts: Linguistic Aspects*, Amsterdam/ Atlanta, Rodopi, 1997, págs. 189-196.
  - Niranjana, Tejaswini: *Siting Translation. History, Post-Structuralism, and the Colonial Context*, Berkeley, Los Ángeles/ Oxford, University of California Press, 1992.
  - Niranjana, Tejaswini: “Feminismo y traducción en La India: Contexto(s), Política(s), Futuro(s)”, en M. Carmen África Vidal Claramonte, Anne Barr y M. Rosario Martín Ruano (coords.), *Babelia*, número monográfico de la revista *Debats*, 2001. Trad.: M. Rosario Martín Ruano y Jesús Torres del Rey.

- 
- Norris, Christopher: *Uncritical Theory. Postmodernism, Intellectuals and the Gulf War*, Londres, Lawrence & Wishart, 1992.
  - Novak, Michael: “Back to School”, *Forbes*, 2 de septiembre de 1991, pág. 132.
  - *Nueva Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1975.
  - NYT: “Consejos poco correctos”, *El País*, 30 de julio de 1997, pág. 41.
  - Ohmann, Richard: “On ‘PC’ and Related Matters”, en Jeffrey Williams (ed.), *PC Wars: Politics and Theory in the Academy*, Nueva York, Routledge, 1995, pp. 11-21.
  - Olohan, Maeve (ed.): *Intercultural Faultlines. Research Models in Translation Studies I. Textual and Cognitive Aspects*, Manchester, St Jerome, 2000.
  - ONU: “Universal Declaration of Human Rights. Adopted by UN General Assembly Resolution 217<sup>a</sup> (III) of 10 December 1948”, <http://www.un.org/Pubs/CyberSchoolBus/humanrights/resources/universal.htm>
  - Oroz, Alfonso: “Sexo, genética y género”, <http://el-castellano.com/nosex.html>.
  - Ortiz, Lourdes: *Los motivos de Circe*, Madrid, Ediciones del Dragón, 1988.
  - Ortiz, Lourdes: “¿Fingir o no fingir?”, *Mujer de hoy*, n.º. 26, 9-15 de octubre de 1999, pág. 23.
  - Ortiz, Lourdes: “¿Somos realmente iguales?”, *Mujer de hoy*, 6 de noviembre de 1999, pág. 27.
  - Panorama: “La libertad no se fuma”, *El País*, 1 de diciembre de 1997, pág. 12.
  - Papastergiadis, Nikos: “Restless Hybrids”, *Third Text*, 32, otoño de 1995, págs. 9-18.
  - Paramio, Ludolfo: *El País*, “Xenofobia y choque generacional”, *El País*, 21 de julio de 1999, pág. 12.
  - Pardo, José Luis: “Por orden alfabético”, *El País (Babelia)*, 2 de septiembre de 2000, pág. 12.
  - Parra, Fernando: “Los caminos del pensamiento verde”, *El País (Babelia)*, 12 de julio de 1997, pág. 15.

- 
- Pascua Febles, Isabel: *La adaptación en la traducción de la literatura infantil*, Las Palmas de Gran Canaria, Servicio de Publicaciones de las Palmas de Gran Canaria, 1998.
  - Pascua Febles, Isabel y Sonia Bravo: “El traductor: intermediario visible”, en Alberto Álvarez Lugris y Anxo Fernández Ocampo (eds.), *Anovar/anosar estudios de traducción e interpretación. Volumen III*, Vigo, Servicio de Publicacións da Universidade de Vigo, 1999, págs. 163-168.
  - Paz, Octavio: *Traducción, literatura y literalidad*, Barcelona, Tusquets, 1971.
  - Pegenaute Rodríguez, Luis: “Censoring Translation and Translation as Censorship: Spain under Franco”, en Jeroen Vandaele (ed.), *Translation and the (Re)Location of Meaning. Selected Papers of the CETRA Research Seminars in Translation Studies 1994-1996*, Lovaina, Universidad Católica de Lovaina, 1999, págs. 83-96.
  - Peña, Javier: “Elogio del pudor”, *El Norte de Castilla*, 3 de julio de 2000, pág. 24.
  - Peña, Salvador: “La madre de las batallas: un planteamiento pragmático de la ética del traductor”, en Luis Charlo Brea (ed.), *Reflexiones sobre la traducción: Actas del Primer Encuentro Interdisciplinar “Teoría y práctica de la traducción”*, Cádiz del 29 de marzo a 1 de abril de 1993, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, págs. 527-537.
  - Perceval, José María: *Nacionalismos, xenofobia y racismo en la comunicación*, Barcelona/ Buenos Aires/ México, Paidós Papeles de Comunicación, 1995.
  - Pereda, Rosa: “La cultura del eufemismo”, *Letra Internacional*, nº. 35, 1994, págs. 81-83.
  - Pérez, F. Javier: “Sexofonistas”, *Campus*, enero de 1998, pág. 2.
  - Pérez López de Heredia, María: “Traducción y censura en la escena de posguerra: creación de una nueva identidad cultural”, en Rosa Rabadán (ed.), *Traducción y censura inglés-español (1939-1985): Estudio Preliminar*, León, Universidad de León, 2000, págs. 153-189.
  - Pérez López de Heredia, María: “El traductor como (auto)censor: la traducción dramática en la España franquista”, en Federico Eguíluz *et al.*, *Actas del III Congreso Internacional sobre Trásvases Culturales: Literatura, Cine, Traducción*, Vitoria, Universidad del País Vasco, 2001.
  - Pérez-Reverte, Arturo: “Negros, moros, gitanos y esclavos”, *El Semanal*, 24 de octubre de 1999, pág. 8.



- 
- Pérez-Reverte, Arturo: “Clientes y clientas”, *El Semanal*, 2 de abril de 2000, pág. 10.
  - Pérez-Reverte, Arturo: “Aragón también existe”, *El Semanal*, 18 de junio de 2000, pág. 10.
  - Perry, Ruth: “A Short History of the Term *Politically Correct*”, en Patricia Aufderheide (ed.), *Beyond PC. Towards a Politics of Understanding*, Minnesota, Graywolf Press, 1992, págs. 71-79.
  - Petra: “Del clítoris y otros desusos”, *Campus*, enero 1998, pág. 6.
  - Pi, Ramón: “Corrección política”, *ABC*, 22 de enero de 2000, pág. 14.
  - Piastro, Julieta: “Identidades en movimiento”, en Manuel Cruz (comp.), *Tolerancia o barbarie*, Barcelona, Gedisa, 1998, págs.141-154.
  - Pino, Javier del: “La C.B.S. arrasa con concursantes anónimos”, *El País (El Espectador)*, 18 de junio de 2000, págs. 12-13.
  - Plataforma por un Lenguaje No Discriminatorio: *Alternativas para un lenguaje no discriminatorio*, Valladolid, Ayuntamiento de Valladolid, 1996.
  - *Políticamente (in)conrrecto*, Barcelona, Larousse, 1998.
  - Poltermann, Andreas (ed.): *Literaturkanon - Medienereignis - Kultureller Text. Formen interkultureller Kommunikation und Übersetzung*, Berlín, Erich Schmidt, 1995.
  - Posadas, Carmen: “Lágrimas masculinas, lágrimas femeninas”, *Magazine*, 18 de julio de 1999, pág. 11.
  - Potter, Jonathan: *La representación de la realidad. Discurso, retórica y construcción social*, Barcelona, Paidós, 1998. Trad.: Genís Sánchez Barberán.
  - Potvin, Claudine, Janice Williamson y Steven Tötösy de Zepetnek (eds.): *Women's Writing and the Literary Institution/ L'Écriture au féminin et l'institution littéraire*, Alberta, Universidad de Alberta, 1992.
  - Prada, Juan Manuel de: “Freaks”, *ABC*, 29 de enero de 2000, pág. 13.
  - Pradera, Javier: “Un discurso doble sobre la nación”, *El País (Babelia)*, 11 de diciembre de 1999, pág. 14.

- 
- Pratt, Mary Louise: “Utopías lingüísticas”, en Nigel Fabb, Derek Attridge, Alan Durant y Colin MacCabe (comps.), *La lingüística de la escritura. Debates entre lengua y literatura*, Madrid, Visor, 1989, págs. 57-74. Trad.: Javier Yagüe Bosch.
  - Probst Solomon, Barbara: “El oráculo de Adelphi”, *El País*, 19 de octubre de 1995, pág. 15.
  - Putnam, Hilary: “Pragmatism, Relativism and the Justification of Democracy” [1990], en John Arthur y Amy Shapiro (eds.), *Multiculturalism and the Politics of Difference*, Boulder/ San Francisco/ Oxford, Westview Press, 1995, págs. 264-273.
  - Pym, Anthony: “The Relations between Translation and Material Text Transfer”, *Target*, vol. 4, nº. 1, 1992, págs. 171-190.
  - Pym, Anthony: *Pour une éthique du traducteur*, Arras/ Ottawa, Artois Presses Université/ Presses de l’Université d’Ottawa, 1997.
  - Pym, Anthony: “On Cooperation”, en Maeve Olohan (ed.), *Intercultural Faultlines. Research Models in Translation Studies I. Textual and Cognitive Aspects*, Manchester, St Jerome, 2000, págs. 181-192.
  - Pym, Anthony (ed.): *New Ethics For New Forms of Translation* (número monográfico), *The Translator*, en prensa.
  - Rabadán, Rosa (ed.): *Traducción y censura inglés-español (1939-1985): Estudio Preliminar*, León, Universidad de León, 2000.
  - Rabassa, Gregory: “Words Cannot Express... The Translation of Cultures”, en Luis Williams y Julio Rodríguez-Luis (eds.), *Translating Latin America: Culture as Text. Translation Perspectives 1991*, Binghamton, Center for Research in Translation, State University of New York, 1991, págs. 35-44.
  - Rabinow, Paul: “Introduction”, en Paul Rabinow (ed.), *The Foucault Reader*, Harmondsworth, Penguin, 1984, págs. 1-29.
  - Rabinow, Paul (ed.): *The Foucault Reader*, Harmondsworth, Penguin, 1984.
  - Rafael, Vicente: *Contracting Colonialism: Translation and Christian Conversion in Tagalog Society under Early Spanish Rule*, Ithaca, Cornell University Press, 1988.
  - Ramoneda, Josep: “Kaplan, en la montaña rusa”, *El País (Babelia)*, 22 de julio de 2000, pág. 9.
  - Ramoneda, Josep: *Después de la pasión política*, Madrid, Taurus, 1998.

- 
- Ravitch, Diane: “Multiculturalism: E Pluribus Plures” [1990], en Francis J. Beckwith y Michael E. Bauman (eds.), *Are You Politically Correct? Debating America’s Cultural Standards*, Buffalo/ Nueva York, Prometheus Books, 1993, págs. 165-183.
  - Rees, Nigel: *The Politically Correct Phrasebook. What They Say You Can and Cannot Say in the 1990s*, Londres, Bloomsbury, 1993.
  - Reicher, Klaus: “‘It Is Time’: The Buber-Rosenzweig Bible Translation in Context”, en Sanford Budick y Wolfgang Iser (eds.), *The Translability of Cultures. Figurations of the Space Between*, Stanford, Stanford University Press, 1996, págs. 169-185.
  - Reimóndez Meilán, María: “La traducción de ‘Hear Me Sanjaya’, o de cómo el feminismo y el postcolonialismo ayudaron a Kunti a hablar a las gallegas”, en Anne Barr, M. Rosario Martín Ruano y Jesús Torres del Rey (eds.), *Últimas corrientes teóricas en los estudios de traducción y sus aplicaciones*, Salamanca, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 2001, págs. 642-651.
  - Reiss, Katharina: *Translation Criticism - The Potentials & Limitations. Categories and Criteria for Translation Quality Assessment*, Manchester/ Nueva York, St Jerome/ American Bible Society, [1971] 2000. Trad.: Erroll F. Rhodes.
  - Requero Ibáñez, Javier: “Steve McQueen”, *El País Semanal*, 25 de julio de 1999, pág. 6.
  - Rice, Philip y Patricia Waugh: “Introduction”, en Philip Rice y Patricia Waugh (eds.), *Modern Literary Theory*, Londres, Edward Arnold, 1992, págs. 1-4.
  - Rice, Philip y Patricia Waugh: “Preface”, en Philip Rice y Patricia Waugh (eds.), *Modern Literary Theory*, Londres, Edward Arnold, 1992, págs. ix-x.
  - Rice, Philip y Patricia Waugh: “Language and Textuality”, en Philip Rice y Patricia Waugh (eds.), *Modern Literary Theory*, Londres, Edward Arnold, 1992, págs. 147-149.
  - Rice, Philip y Patricia Waugh (eds.): *Modern Literary Theory. A Reader*, Londres, Edward Arnold, 1992.
  - Richer, Stephen y Lorna Weir (eds.): *Beyond Political Correctness: Toward the Inclusive University*, Toronto, University of Toronto Press, 1995.
  - Riepe, Jack: *Politically Correct Cigar Smoking for Social Terrorists*, Wilmington [Nueva York], Crofton & Stone Publishers, 1999.

- 
- Riotta, Gianni: “Political Correct”, *Claves de Razón Práctica*, nº. 21, abril 1992, págs. 22-27. Trad.: José Manuel Revuelta.
  - Rivas, Manuel: “Lo ‘políticamente canalla’”, *El País semanal*, 1 de noviembre de 1998, pág. 128.
  - Rivas, Rosa: “La actitud PC”, *El País*, 18 de enero de 1994, pág. 26.
  - Rivière, Margarita: *Lo cursi y el poder de la moda*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992.
  - Robinson, Douglas: *The Translator’s Turn*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1991.
  - Robinson, Douglas: *Becoming a Translator. An Accelerated Course*, Londres y Nueva York, Routledge, 1997.
  - Robinson, Douglas: *What is Translation? Centrifugal Theories, Critical Interventions*, Kent/ Ohio y Londres, The Kent State University Press, 1997.
  - Robyns, Clem: “The Normative Model of Twentieth Century Belles Infidèles. Detective Novels in French Translation”, *Target*, vol. 2, nº. 1, 1990, págs. 23-42.
  - Robyns, Clem: “Translation and Discursive Identity”, *Poetics Today*, vol. 15, nº. 3, 1994, págs. 404-428 [Hay versión castellana: “Traducción e identidad discursiva”, en Montserrat Iglesias Santos, *Teoría de los polisistemas*, Madrid, Arco, 1999, págs. 233-255. Trad.: Amelia Sanz Cabrerizo ].
  - Robyns, Clem: “Defending the National Identity: Franglais and the Francophonie”, en Andreas Poltermann (ed.), *Literaturkanon - Medienereignis - Kultureller Text. Formen interkultureller Kommunikation und Übersetzung*, Berlín, Erich Schmidt, 1995, págs. 179-210.
  - Rodríguez, Jesús: “Retrato íntimo de la soberana”, *El País Semanal*, 1 de noviembre de 1998, págs. 28-34.
  - Rodríguez, Pepe: *Dios nació mujer*, Barcelona, Ediciones B, 2000.
  - Rodríguez Lafuente, Fernando e Ignacio Sánchez-Cámara: *La apoteosis de lo neutro*, Papeles de la Fundación, nº. 36, Madrid, Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, 1996.
  - Rodríguez Lafuente, Fernando e Ignacio Sánchez-Cámara: “¿Es la libertad políticamente correcta?”, *El País*, 31 de enero de 1997, pág. 16.
  - Rodríguez Magda, Rosa María: *Discurso/ poder*, Madrid, EDE, 1984.

- 
- Rodríguez Magda, Rosa María (ed.): *Mujeres en la historia del pensamiento*, Barcelona, Anthropos, 1997.
  - Rodríguez Magda, Rosa María: “Del olvido a la ficción. Hacia una genealogía de las mujeres”, en Rosa María Rodríguez Magda (ed.), *Mujeres en la historia del pensamiento*, Barcelona, Anthropos, 1997, págs. 33-59.
  - Rodríguez Magda, Rosa María: *El modelo frankenstein*, Madrid, Tecnos, 1997.
  - Rodríguez Magda, Rosa María y M<sup>a</sup>. del Carmen África Vidal Claramonte: “El posmodernismo ya no tiene quien le escriba”, en Rosa María Rodríguez Magda y M<sup>a</sup> del Carmen África Vidal Claramonte (eds.), *Y después del postmodernismo ¿qué?*, Barcelona, Anthropos, 1998, págs. 7-13.
  - Rodríguez Magda, Rosa María y M<sup>a</sup> del Carmen África Vidal Claramonte (eds.): *Y después del postmodernismo ¿qué?*, Barcelona, Anthropos, 1998.
  - Rodríguez Rivero, Manuel: “El erotismo elegante y políticamente correcto de una geisha de oro”, *El País (Babelia)*, 12 de diciembre de 1998, pág. 2.
  - Rodríguez Rivero, Manuel: “Americana”, *Revista de Libros*, octubre de 1999, pág. 28.
  - Rodríguez Rivero, Manuel: “La ducha de agua fría de J. M. Coetzee”, *El País (Babelia)*, 6 de noviembre de 1999, pág. 3.
  - Rodríguez Rivero, Manuel: “Cómo mejorar la relación con su pareja (perruna)”, *El País (Babelia)*, 13 de noviembre de 1999, pág. 3.
  - Rodríguez Rivero, Manuel: “Más competencia para Harry Potter”, *El País (Babelia)*, 24 de junio de 2000, págs. 2-3.
  - Rodríguez Rivero, Manuel: “Las chicas son (y siempre fueron) guerreras”, *El País (Babelia)*, 24 de junio de 2000, pág. 3.
  - Rodríguez Salazar, Soledad: “El analfabetismo numérico y el 2000”, *El País*, 12 de julio de 1999, pág. 14.
  - Roma, Pepa: *Hablan ellos*, Barcelona, Plaza y Janés, 1999.
  - Roma, Pepa: *Jaque a la globalización. Cómo crean su red los nuevos movimientos sociales alternativos*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 2001.
  - Rorty, Richard: *El giro lingüístico*, Barcelona, Paidós, [1967], 1990. Trad.: Gabriel Bello.

- 
- Rorty, Richard: *Philosophy and the Mirror of Nature*, Princeton, Princeton University Press, 1980.
  - Rorty, Richard: *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona, Paidós, 1991. Trad.: Alfredo Eduardo Sinnot.
  - Rowland, Christopher (ed.): *La teología de la liberación*, Madrid, Cambridge University Press, 2000. Trad.: Francisco Peña y Fernán González Alemán.
  - Rubert de Ventós, Xavier: “Menos broma con la corrección política”, *El País*, 11 de noviembre de 1995, págs. 11-12.
  - Rubert de Ventós, Xavier: *Dios, entre otros inconvenientes*, Barcelona, Anagrama, 2000.
  - Ruiz, Marina: “Políticamente correcto... e incorrecto”, *La Revista*, 22 de septiembre de 1996, pág. 75.
  - Sager, Juan Carlos: *Language Engineering and Translation. Consequences of Automation*, Amsterdam/ Filadelfia, John Benjamins, 1994.
  - Said, Edward: “Opponents, Audiencies, Constituencies and Communities” [1983], en Philip Rice y Patricia Waugh (eds.), *Modern Literary Theory. A Reader*, Londres, Edward Arnold, 1992, págs. 248-258.
  - Sales, Dora: “La traducción como comunicación intercultural: Bilingüismo, escritura y transculturación”, en Gloria Álvarez Benito, Joaquín J. Fernández Domínguez y Francisco J. Tamayo Morillo (eds.), *Lenguas en contacto*, Sevilla, Mergablum, 1999, págs. 252-261.
  - Sales, Dora: “El polisistema transcultural como zona de contacto entre la teoría literaria, la literatura comparada y los estudios de traducción”, en Anne Barr, M. Rosario Martín Ruano y Jesús Torres del Rey (eds.), *Últimas corrientes teóricas en los estudios de traducción y sus aplicaciones*, Salamanca, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 2001, págs. 668-684.
  - Sánchez Caro, José Manuel: *La aventura de leer la Biblia en España (Conferencia Inaugural)*, Salamanca, Universidad de Salamanca/ Universidad Pontificia de Salamanca, 2000.
  - Sánchez Mellado, Luz y Susana Moreno: “Tengo 13 años”, *El País Semanal*, 27 de junio de 1999, págs. 26-40.
  - Sánchez Paso, José Antonio: “Luces de afuera”, *El Adelanto* (Suplemento cultural), 2 de marzo de 2000, pág. iii.

- 
- Santamaría, J. M., Eterio Pajares, Vickie Olsen, Raquel Merino y Federico Eguíluz (eds.): *Trasvases culturales: Literatura, cine, traducción. 2*, Vitoria, Departamento de Filología Inglesa y Alemana, Universidad del País Vasco, 1997.
  - Sanguineti de Serrano, Nancy: “Translating a ‘transcultura’”, en Gloria Álvarez Benito, Joaquín J. Fernández Domínguez y Francisco J. Tamayo Morillo (eds.), *Lenguas en contacto*, Sevilla, Mergablum, 1999, págs. 241-251.
  - Santiago, José de: “Tras diez años de convivencia Ana Rosa Quintana se separa de José Luis Garcí”, *Pronto*, n.º. 322, 6 de septiembre de 1997, págs. 16-17.
  - Sarchett, Barry W.: “What’s All the Fuss About This Postmodernist Stuff?” [1992], en John Arthur y Amy Shapiro (eds.), *Multiculturalism and the Politics of Difference*, Boulder/ San Francisco/ Oxford, Westview Press, 1995, págs. 19-27.
  - Sarchett, Barry W.: “The Politics of Cultural Nostalgia”, en Jeffrey Williams (ed.), *PC Wars: Politics and Theory in the Academy*, Nueva York, Routledge, 1995, págs. 253-278.
  - Satel, Sally L.: *PC, M.D.: How Political Correctness is Corrupting Medicine*, Nueva York, Basic Books, 2000.
  - Savater, Fernando: “El soborno del cielo”, *El País*, 26 de diciembre de 1999, pág. 16.
  - Scatamburlo, Valerie L.: *Soldiers of Misfortune: The New Right’s Culture War and the Politics of Political Correctness*, Nueva York, Peter Lang Publishing, 1998.
  - Schäffner, Christina: “Editorial: Globalisation, Communication, Translation”, en Christina Schäffner (ed.), *Translation in the Global Village* (n.º. especial de la publicación *Current Issues in Language & Society* de Multilingual Matters), vol. 6, n.º. 2, 1999, págs. 93-102.
  - Schäffner, Christina (ed.): *Translation in the Global Village* (n.º. especial de la publicación *Current Issues in Language & Society* de Multilingual Matters), vol. 6, n.º. 2, 1999.
  - Schleiermacher, Friedrich: “Sobre los diferentes métodos de traducir”, en Dámaso López García (ed.), *Teorías de la traducción. Antología de textos*, Cuenca, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1996, págs. 129-157. Trad.: Hans Christian Hagedorn.
  - Schlesinger, Arthur M. Jr.: “The Disuniting of America” [1992], en John Arthur y Amy Shapiro (eds.), *Multiculturalism and the Politics of Difference*, Boulder/ San Francisco/ Oxford, Westview Press, 1995, págs. 226-234.

- 
- Scott, Howard: “Translator’s Preface” a Louky Bersianik, *The Euguelion*, Montreal, Alter Ego Editions, 1996, págs. vii-viii.
  - Scott, Howard: “When the Subject is Language: Translating the Debate on Sexism in Language”, *Circuit*, otoño de 1998, págs. 15-16.
  - Searle, John: “Postmodernism and the Western Rationalist Tradition” [1993], en John Arthur y Amy Shapiro (eds.), *Multiculturalism and the Politics of Difference*, Boulder/ San Francisco/ Oxford, Westview Press, 1995, págs. 28-48.
  - Semana (redacción): “La reina Sofía, más castiza que nunca”, *Semana*, 31 de enero de 2001, pág. 43.
  - Short, Thomas: “‘Diversity’ and ‘Breaking the Disciplines’: Two New Assaults on the Curriculum” [1988], en Francis J. Beckwick y Michael E. Bauman (eds.), *Are You Politically Correct? Debating America’s Cultural Standards*, Buffalo/ Nueva York, Prometheus Books, 1993, págs. 91-117.
  - Showalter, Elaine: *A Literature of Their Own. British Women Novelists from Brontë to Lessing*, Princeton, Princeton University Press, 1977.
  - Shuttleworth, Mark: “Polysystem Theory”, en Mona Baker (ed.), *Routledge Encyclopedia of Translation Studies*, Londres y Nueva York, Routledge, 1998, págs. 176-179.
  - Shuttleworth, Mark y Moira Cowie: *Dictionary of Translation Studies*, Manchester, St. Jerome, 1997.
  - Simeoni, Daniel: “The Pivotal Status of the Translator’s Habitus”, *Target*, vol. 10, nº. 1, 1998, págs. 17-20.
  - Simms, Karl: “Introduction” a Karl Simms (ed.), *Translating Sensitive Texts: Linguistic Aspects*, Amsterdam/ Atlanta, Rodopi, 1997, págs. 1-26.
  - Simms, Karl (ed.): *Translating Sensitive Texts: Linguistic Aspects*, Amsterdam/ Atlanta, Rodopi, 1997.
  - Simon, Sherry: *Gender in Translation*, Londres y Nueva York, 1996.
  - Smart, Patricia: *Writing in the Father’s House. The Emergence of the Feminine in the Quebec Literary Tradition*, Toronto/ Buffalo/ Londres, University of Toronto Press, 1991.
  - Smith, Colin et al.: *Collins Spanish-English English-Spanish Dictionary*, Barcelona/ Glasgow/ Nueva York, Grijalbo/ HarperCollins Publishers, 1992.



- 
- Snell-Hornby, Mary: *Translation Studies. An Integrated Approach*, Amsterdam/Filadelfia, John Benjamins, 1988.
  - Snell-Hornby, Mary: “Linguistic Transcoding or Cultural Transfer? A Critique of Translation Theory in Germany”, en Susan Bassnett y André Lefevere (eds.), *Translation, History & Culture*, Londres, Cassell, 1995 [1990], págs. 79-86.
  - Snell-Hornby, Mary: “How many Englishes?” Lingua Franca and Cultural Identity as a Problem in Translator Training”, en Horst W. Drescher (ed.), *Transfer: Übersetzen-Dolmetschen-Interkulturalität*, Frankfurt, Peter Lang, 1997, págs. 279-290.
  - Snell-Hornby, Mary: “Released from the Grip of Empire: Lingua Franca as Target Culture?”, en Miguel Ángel Vega y Rafael Martín Gaitero (eds.), *La palabra vertida: Investigaciones en torno a la traducción. Actas de los VI Encuentros Complutenses en torno a la traducción*, Madrid, Editorial Complutense/ Ediciones del Orto, 1997, págs. 45-56.
  - Snell-Hornby, Mary: “Communicating in the Global Village: On Language, Translation and Cultural Identity”, en Christina Schäffner (ed.), *Translation in the Global Village* (nº. especial de la publicación *Current Issues in Language & Society* de Multilingual Matters), vol. 6, nº. 2, 1999, págs. 103-120.
  - Snell-Hornby, Mary, Zuzana Jettmarová y Klaus Kaindl (eds.): *Translation as Intercultural Communication*, Amsterdam/Filadelfia, John Benjamins, 1995.
  - Sokal, Alan y Jean Bricmont: *Imposturas intelectuales*, Barcelona/ Buenos Aires/ México, Paidós, 1999. Trad.: Joan Carles Guix Vilaplana; Rev. técnica.: Miguel Candel.
  - Soto Vázquez, Luis y Begoña Crespo García (eds.): *Insights into Translation*, A Coruña, Universidade da Coruña, 1999.
  - Spender, Dale: *Man Made Language*, Londres/ Boston/ Melbourne y Henley, Routledge y Kegan Paul, 1980.
  - Spiegelman, Arthur: “Bible comes in politically correct form”, *The Detroit News*, 6 de septiembre de 1995, consultable en versión electrónica en la dirección de Internet <http://detnews.com/menu/stories/15563.htm>.
  - Spivak, Gayatri Chakravorty: “Questions of Multi-culturalism”, en Sarah Harasym (ed.), *The Postcolonial Critic. Interviews, Strategies, Dialogues*, Londres, Routledge, 1990, págs. 59-66.
  - Spivak, Gayatri Chakravorty: “The Politics of Translation”, *Outside in the Teaching Machine*, Londres y Nueva York, Routledge, 1993, págs. 179-200.

- Sprinker, Michael: “The War Against Theory”, en Jeffrey Williams (ed.), *PC Wars: Politics and Theory in the Academy*, Nueva York, Routledge, 1995, págs. 149-171.
- Steele, Shelby: “The Recoloring of Campus Life: Student Racism, Academic Pluralism and the End of a Dream” [1990], en John Arthur y Amy Shapiro (eds.), *Multiculturalism and the Politics of Difference*, Boulder/ San Francisco/ Oxford, Westview Press, 1995, págs.176-187.
- Steiner, George: *After Babel*, Oxford, Oxford University Press, [1975], 1992.
- Steiner, George: *Presencias reales. ¿Hay algo en lo que decimos?*, Barcelona, Destino, [1989] 1998. Trad.: Juan Gabriel López Guix.
- Steiner, George: *Language and Silence. Essays 1958-1966*, Harmondsworth, Penguin, [1967] 1979 [Hay versión castellana: *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*, Barcelona, Gedisa, 1990. Trad.: Miguel Ultorio].
- Steiner, George: *Errata. El examen de una vida*, Barcelona, Siruela, 1998. Trad.: Catalina Martínez Muñoz.
- Stern, Mick: “O. J. Simpson: mitad hombre, mitad negro”, *Lateral*, noviembre de 1995, pág. 16.
- Stewart, Dominic: “Conventionality, Creativity and Translated Text: The Implications of Electronic Corpora in Translation”, en Maeve Olohan (ed.), *Intercultural Faultlines. Research Models in Translation Studies I. Textual and Cognitive Aspects*, Manchester, St Jerome, 2000, págs. 73-91.
- Stewart, William y Emily Hamer: *Cassell’s Queer Companion: A Dictionary of Lesbian and Gay Life and Culture*, Londres y Nueva York, Cassell, 1995.
- Stimpson, Catherine R.: “Meno’s Boy: Hearing His Story —& His Sister’s” [1991], en Francis J. Beckwith y Michael E. Bauman (eds.), *Are You Politically Correct? Debating America’s Cultural Standards*, Buffalo/ Nueva York, Prometheus Books, 1993, págs. 119-131.
- Suárez Solís, Sara: *¡Mujer, Mujer...! (Artículos, charlas y cuentos)*, Oviedo, Servicio Central de Publicaciones del Principado de Asturias, 1991.
- Subirats, Eduardo: “Traducción y globalización”, artículo inédito, 2000.
- Sutton, Philip C.: “A Translator’s Dilemma”, en Karl Simms (ed.), *Translating Sensitive Texts: Linguistic Aspects*, Amsterdam/ Atlanta, Rodopi, 1997, págs. 67-75.

- 
- Sykes, Charles: *Professors and the Demise of Higher Education*, Nueva York, St Martin's, 1988.
  - Tabucchi, Antonio: *La gastritis de Platón*, Barcelona, Anagrama, 1999. Trad.: Carlos Gumpert.
  - Takaki, Ronald: "Culture Wars in the United States: Closing Reflections on the Century of the Colour Line", en Jan Nederveen Pieterse y Bhikhu Parekh (eds.), *The Decolonization of Imagination. Culture, Knowledge and Power*, Londres y Nueva Jersey, Zed Books, 1995, págs. 168-176.
  - Talens, Jenaro: *El sujeto vacío. Cultura y poesía en territorio Babel*, Madrid, Cátedra/ Universitat de València, 2000.
  - Tamayo-Acosta, Juan-José: "Contra el conformismo", *El País (Babelia)*, 10 de febrero de 2001, pág. 16.
  - Tamayo-Acosta, Juan-José: "¿Hay razones para creer?", *El País*, 12 de abril de 2001, pág. 10.
  - Tamayo Morillo, Francisco Javier: "El género de los nombres en inglés y español", en Gloria Álvarez Benito, Joaquín J. Fernández Domínguez y Francisco J. Tamayo Morillo (eds.), *Lenguas en contacto*, Sevilla, Mergablum, 1999, págs. 122-134.
  - Tapscott, Don: "Promesas y peligros de la tecnología digital", prefacio a Juan Luis Cebrián, *La red. Cómo cambiarán nuestras vidas los nuevos medios de comunicación*, Madrid, Taurus, 1998, págs. 13-34.
  - Taylor, Charles: "The Politics of Recognition" [1992], en John Arthur y Amy Shapiro (eds.), *Multiculturalism and the Politics of Difference*, Boulder/ San Francisco/ Oxford, Westview Press, 1995, págs. 249-263.
  - Taylor, Jared: *Paved with Good Intentions. The Failure of Race Relations in Contemporary America*, Nueva York, Carroll & Graff, 1992.
  - Taylor, John: "Are You Politically Correct?", en Francis J. Beckwith y Michael E. Bauman (eds.), *Are You Politically Correct? Debating America's Cultural Standards*, Buffalo/ Nueva York, Prometheus Books, 1993, págs. 15-31.
  - Taylor, Mark C.: *Erring. A Postmodern A/Theology*, Chicago y Londres, Chicago University Press, 1984.
  - Teachers for a Democratic Culture (colectivo compuesto por Gerald Graff, Gregory Jay, David Shumway, Jonathan Culler, Jane Gallop y Houston Baker): "Statement of Principles" [1991], en Patricia Aufderheide (ed.), *Beyond PC. Towards a Politics of Understanding*, Minnesota, Graywolf Press, 1992, págs. 67-70.

- 
- Tel Quel: “Division of the Assembly”, en Patrick Ffrench y Roland-François Lack (eds.), *The Tel Quel Reader*, Londres y Nueva York, Routledge, 1998, págs. 21-24.
  - “The Derisory Tower”, *New Republic*, 18 de febrero de 1991, págs. 5-6.
  - The National Council of the Churches of Christ in the U.S.A: “The National Council of the Churches of Christ in the U.S.A”, [http://www.nccusa.org/about/about\\_ncc.htm](http://www.nccusa.org/about/about_ncc.htm)
  - The National Council of the Churches of Christ in the U.S.A: “Bible Translation and Utilization”, <http://nccusa.org/nmu/btu.html>.
  - *The Wordsworth Thesaurus for Home, Office and Study*, Ware, Wordsworth Editions, 1993.
  - Thomas, Jenny: *Meaning in Interaction. An Introduction to Pragmatics*, Londres y Nueva York, Longman, 1995.
  - Thorne, Tony: *Fads, Fashions & Cults. From Acid House to Zoot Suit ~~3~~via Existentialism and Political Correctness. The Definitive Guide to (Post-)Modern Culture*, Londres, Bloomsbury, 1993.
  - Toda Iglesia, Fernando: “El Nuevo Testamento en escocés, de William Laughton Lorimer”, en J. C. Santoyo *et al* (eds.), *Fidus Interpres. Actas de las Primeras Jornadas Nacionales de Historia de la Traducción. Volumen II*, León, Universidad de León, 1989, págs. 236-239.
  - Toda Iglesia, Fernando: “Diacronía, variedad lingüística y traducción”, en Purificación Fernández Nistal (coord.), *Estudios de Traducción. Primer curso superior de traducción: inglés/español*, Valladolid, Instituto de Ciencias de la Educación/ Universidad de Valladolid, 1992, págs. 33-43.
  - Torres, Maruja: “El 2, nueva cifra apocalíptica”, *El País*, 10 de mayo de 1998, pág. 60.
  - Torres, Miguel A.: “También en las cárceles se introduce la cultura”, <http://www.terra.es/personal/tevarm/4/relatos.htm>
  - Tortella, Gabriel: “Haider y Hitler”, *El País*, 11 de febrero de 2000, pág. 15.
  - Touraine, Alain: “¿Qué es una sociedad multicultural? Falsos y verdaderos problemas”, *Claves de Razón Práctica*, n.º. 56, Madrid, octubre de 1995, pp. 14-25. Trad.: María Cordon.
  - Toury, Gideon: *In Search of a Theory of Translation*, The Porter Institute for Poetics and Semiotics, Tel Aviv University, 1980.

- 
- Toury, Gideon: “A Rationale for Descriptive Translation Studies”, en Theo Hermans (ed.), *The Manipulation of Literature. Studies in Literary Translation*, Sidney, Croom Helm, 1985, págs. 16-41.
  - Toury, Gideon: “What are Descriptive Studies into Translation Likely to Yield apart from Isolated Descriptions?”, en Kitty Leuven-Zwart y Ton Naaijken (eds.), *Translation Studies. The State of the Art*, Amsterdam, Rodopi, 1991, págs. 179-192.
  - Toury, Gideon: *Descriptive Translation Studies and Beyond*, Amsterdam/ Filadelfia, John Benjamins, 1995.
  - Toury, Gideon: “What Lies Beyond Descriptive Translation Studies, Or: Where Do We Go From Where We Assumedly Are?”, en Miguel Ángel Vega y Rafael Martín Gaitero (eds.), *La Palabra Vertida: Investigaciones en torno a la traducción (Actas de los VI Encuentros Complutenses en torno a la traducción)*, Madrid, Editorial Complutense/ Ediciones del Orto, 1997, págs. 69-80.
  - Toury, Gideon: “La naturaleza y el papel de las normas en la traducción”, en Montserrat Iglesias Santos (ed.), *Teoría de los polisistemas*, Madrid, Arco, 1999, págs. 233-255. Trad.: Amelia Sanz Cabrerizo.
  - Trejo, Carmen: “La familia correcta”, *El País*, 18 de enero de 1994, pág. 26.
  - Tricás Preckler, Mercedes: “Argumentación y sentido”, en Amparo Hurtado Albir (ed.), *Estudis sobre la traducció*, Castellón, Publicacions de la Universitat Jaume I, 1994, págs. 153-165.
  - Tusell, Javier: “Setecientos noventa y ocho más uno”, *El País*, 13 de septiembre de 1997, pág. 14.
  - Tymoczko, Maria: “The Metonymics of Translating Marginalized Texts”, *Comparative Literature*, vol. 47, nº. 1, págs. 11-24.
  - Tymoczko, Maria: *Translation in a Postcolonial Context*, Manchester, St. Jerome, 1999.
  - Ussía, Alfonso: “Las últimas fuerzas”, *ABC*, 28 de septiembre de 1997, pág. 28.
  - V., D.: “Pop transatlántico de ida y vuelta”, *La Guía del Ocio*, nº. 1280, 23-29 de junio de 2000, pág. 17.
  - Valdecantos, Camilo: “La diferencia es noticia”, *El País*, 11 de julio de 1999, pág. 16.
  - Valenzuela, Javier: “Genuinamente puritano”, *El País (domingo)*, 6 de julio de 1997, pág. 7.

- 
- Valenzuela, Javier: “Hollywood sataniza a los árabes”, *El País*, 7 de noviembre de 1998, pág. 72.
  - Valenzuela, Javier: “Bush se apropia del discurso centrista de Clinton gracias a su ‘conservadurismo con compasión’”, *El País*, 5 de agosto de 2000, pág. 2.
  - Valenzuela, Javier: “El polémico voto de ‘Play Boy’”, *El País*, 12 de agosto de 2000, pág. 6.
  - Vandaele, Jeroen (ed.): *Translation and the (Re)Location of Meaning. Selected Papers of the CETRA Research Seminars in Translation Studies 1994-1996*, Lovaina, Universidad Católica de Lovaina, 1999.
  - Vandaele, Jeroen (ed.): *Proceedings of the X CETRA Seminar*, Lovaina, Universidad Católica de Lovaina, en prensa.
  - Vargas, Ana, Eulàlia Lledó, Mercedes Bengoechea, Mercedes Mediavilla, Isabel Rubio, Aurora Marco y Carmen Alario: *Lo femenino y lo masculino en el Diccionario de la Lengua de la Real Academia Española*, Madrid, Instituto de la Mujer, Serie Estudios nº. 53, 1998.
  - Vargas Llosa, Mario: “Predadores”, *El País*, 20 de diciembre de 1998, págs. 15-16.
  - Vattimo, Gianni: *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, Barcelona, Gedisa, [1985] 1996. Trad.: Alberto L. Bixio.
  - Vattimo, Gianni: *Más allá del sujeto. Nietzsche, Heidegger y la hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1992. Trad.: Juan Carlos Gentile Vitale; revisión técnica de Fina Birulés.
  - Vattimo, Gianni: “Posmodernidad: ¿una sociedad transparente?”, en Gianni Vattimo *et al.*, *En torno a la posmodernidad*, Barcelona, Anthropos, 1994, págs. 9-19. Trad.: Josu Erdozain y Vicente Huici.
  - Vattimo, Gianni, *et al.*: *En torno a la posmodernidad*, Barcelona, Anthropos, 1994.
  - Vázquez Montalbán, Manuel: “El ruido”, *El País*, 15 de diciembre de 1997, pág. 72.
  - Vázquez Montalbán, Manuel: “Entre Davos y Seattle”, *El País (Babelia)*, 1 de julio de 2000, pág. 11.
  - Vega, Miguel Ángel (ed.): *Textos clásicos de la teoría de la traducción*, Madrid, Cátedra, 1994.

- 
- Vega, Miguel Ángel y Rafael Martín Gaitero (eds.): *La Palabra Vertida: Investigaciones en torno a la traducción (Actas de los VI Encuentros Complutenses en torno a la traducción)*, Madrid, Editorial Complutense/ Ediciones del Orto, 1997.
  - Venuti, Lawrence: “The Translator’s Invisibility”, *Criticism: A Quarterly for Literature and the Arts*, vol. 28, n.º. 2, primavera de 1986, págs. 179-212.
  - Venuti, Lawrence: “Introduction”, en Lawrence Venuti (ed.), *Rethinking Translation. Discourse, Subjectivity, Ideology*, Londres y Nueva York, Routledge, 1992, págs. 1-17.
  - Venuti, Lawrence (ed.): *Rethinking Translation. Discourse, Subjectivity, Ideology*, Londres y Nueva York, Routledge, 1992.
  - Venuti, Lawrence: *The Translator’s Invisibility. A History of Translation*, Londres y Nueva York, Routledge, 1995.
  - Venuti, Lawrence: “Translation, Heterogeneity, Linguistics”, *TTR*, vol. IX, n.º. 1, 1<sup>er</sup> semestre de 1996, págs. 91-115.
  - Venuti, Lawrence: “Translation as a Social Practice: or, the Violence of Translation”, en Marilyn Gaddis Rose (ed.), *Translation Horizons. Beyond the Boundaries of ‘Translation Spectrum’, Translation Perspectives IX*, Binghamton, Center for Research in Translation (State University of New York), 1996, págs. 195-213.
  - Venuti, Lawrence: *The Scandals of Translation. Towards an Ethics of Difference*, Londres y Nueva York, Routledge, 1998.
  - Venuti, Lawrence: “Introduction” a Lawrence Venuti (ed.), *Translation & Minority* (número monográfico), *The Translator*, vol. 4, n.º. 2, 1998, págs. 135-144.
  - Venuti, Lawrence (ed.): *Translation & Minority* (número monográfico), *The Translator*, vol. 4, n.º. 2, 1998.
  - Venuti, Lawrence: “Introduction”, en Lawrence Venuti (ed.), *The Translation Studies Reader*, Londres y Nueva York, Routledge, 2000, págs. 1-8.
  - Venuti, Lawrence: “1990s”, en Lawrence Venuti (ed.), *The Translation Studies Reader*, Londres y Nueva York, Routledge, 2000, págs. 335-342.
  - Venuti, Lawrence: “Translation, Community, Utopia”, en Lawrence Venuti (ed.), *The Translation Studies Reader*, Londres y Nueva York, Routledge, 2000, págs. 469-488.

- 
- Venuti, Lawrence (ed.): *The Translation Studies Reader*, Londres y Nueva York, Routledge, 2000.
  - Verdú, Vicente: “El desorden políticamente correcto”, *El País (Domingo)*, 13 de noviembre de 1994, pág. 4.
  - Verdú, Vicente: “La etiqueta genuinamente americana”, *El País*, 19 de octubre de 1995, p. 14.
  - Verdú, Vicente: “¿Es usted normal?”, *El País*, 26 de octubre de 1995, p. 32.
  - Verdú, Vicente: *El planeta americano*, Barcelona, Anagrama, 1996.
  - Vermeer, Hans J.: “Skopos and Commission in Translational Action”, en Lawrence Venuti (ed.), *The Translation Studies Reader*, Londres y Nueva York, Routledge, 2000, págs. 221-232.
  - Vidal, Jaume: “Corrección a lo políticamente correcto”, *El País (Babelia)*, 31 de marzo de 2001, pág. 20.
  - Vidal-Beneyto, José: “Almodóvar políticamente correcto”, *El País*, 3 de noviembre de 1999, págs. 17-18.
  - Vidal Claramonte, M. Carmen África: *Hacia una patafísica de la esperanza. Reflexiones sobre la novela posmoderna* (Alicante, Universidad de Alicante, 1990)
  - Vidal Claramonte, M. Carmen África: *Traducción, manipulación, desconstrucción*, Salamanca, Ediciones Colegio de España, 1995.
  - Vidal Claramonte, M. Carmen África: “El derecho a ser gordo”, *Lateral*, noviembre de 1995, pág. 26.
  - Vidal Claramonte, M. Carmen África: “El traductor como hermeneuta”, en Juan Pablo Arias y Esther Morillas (eds.), *El papel del traductor*, Salamanca, Ediciones Colegio de España, 1997, págs. 103-108.
  - Vidal Claramonte, M. Carmen África: *El futuro de la traducción*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1998.
  - Vidal Claramonte, M. Carmen África y Teresa Gómez Reus (eds.): *Abanicos ex-céntricos. Ensayos sobre la mujer en la cultura posmoderna*, Alicante, Universidad de Alicante/ Anglo-American Studies, 1995.
  - Vidal Claramonte, M. Carmen África, Anne Barr y M. Rosario Martín Ruano (coords.): *Babelia*, número monográfico de la revista *Debats*, 2001.



- 
- Vila-San Juan, Sergio: “La importancia de ser PC”, *La Vanguardia*, 30 de mayo de 1992, pág. 27.
  - Villarreal, Ángel Domingo: “Y ... ESO”, *Lateral*, diciembre de 1998, pág. 4.
  - Villena, Miguel Ángel: “Ana María Matute define su obra como ‘atravesar el espejo y entrar en el bosque’”, *El País*, 19 de enero de 1998, pág. 34.
  - Vries, Anneke de: “A Matter of Life and Death: Gender Stereotypes in Some Modern Dutch Bible Translations”, en Mary Snell-Hornby, Zuzana Jettmarová y Klaus Kaindl (eds.), *Translation as Intercultural Communication. Selected Papers from the EST Congress, Prague 1995*, Amsterdam/ Filadelfia, John Benjamins, 1997, págs. 313-321.
  - Wagensberg, Jorge: “El ‘caso Sokal’”, *El País*, 19 de marzo de 1997, pág. 32.
  - Walker, Robert Martin: *Politically Correct Parables*, Kansas City, Andrews McMeel Publishing, 1996.
  - Walker, Robert Martin: *Politically Correct Old Testament Stories*, Kansas City, Andrews McMeel Publishing, 1997.
  - Wall Street Journal (editorial): “The Ivory Censor”, *Wall Street Journal*, 9 de mayo de 1990, sección 1, pág. 14.
  - Wallach Scott, Joan: “Campus Communities Beyond Consensus”, en Patricia Aufderheide (ed.), *Beyond PC. Towards a Politics of Understanding*, Minnesota, Graywolf Press, 1992, págs. 212-224.
  - Wallach Scott, Joan: “The Campaign Against Political Correctness. What’s Really at Stake”, en Jeffrey Williams (ed.), *PC Wars: Politics and Theory in the Academy*, Nueva York, Routledge, 1995, págs. 22-43.
  - *Webster’s New Encyclopedic Dictionary*, Nueva York, Black Dog & Leventhal Publishers, 1995.
  - Weiner, Stephen S.: “Accrediting Bodies Must Require a Commitment to Diversity” [1990], en Francis J. Beckwith y Michael E. Bauman (eds.), *Are You Politically Correct? Debating America’s Cultural Standards*, Buffalo/ Nueva York, Prometheus Books, 1993, págs. 219-223.
  - Weissberg, Robert: “The Gypsy Scholars”, *Forbes*, 10 de mayo de 1993, pág. 138.
  - Whitehead, John W.: *Politically Correct: Censorship in American Culture (Faith and Freedom)*, Chicago, Moody Press, 1995.

- 
- Wildeman, Marlene: “Translator’s Introduction”, a Nicole Brossard, *The Aerial Letter*, Toronto, The Women’s Press, 1988, págs. 27-31.
  - Will, George: “Catechism of Correctness”, *Washington Post*, 20 de octubre de 1991, sección 3, pág. 7.
  - Williams, Jeffrey: “Introduction”, en Jeffrey Williams (ed.), *PC Wars: Politics and Theory in the Academy*, Nueva York, Routledge, 1995, págs. 1-8.
  - Williams, Jeffrey (ed.): *PC Wars: Politics and Theory in the Academy*, Nueva York, Routledge, 1995.
  - Williams, Patricia J.: “Defending the Gains” [1991], en Patricia Aufderheide (ed.), *Beyond PC. Towards a Politics of Understanding*, Minnesota, Graywolf Press, 1992, págs. 191-200.
  - Wilson, John K.: *The Myth of Political Correctness: The Conservative Attack on Higher Education*, Londres, Duke University Press, 1995.
  - Wilss, Wolfram: *Knowledge and Skills in Translator Behaviour*, Amsterdam/Filadelfia, John Benjamins, 1996.
  - Wilss, Wolfram y Gisela Thorme (eds.): *Die Theorie des Übersetzens und ihr Aufschlusswert für die Übersetzungs-und Dolmetschdidaktik*, Tübingen, Narr, 1984.
  - Wittig, Monique y Sande Zeig: *Borrador para un diccionario de las amantes*, Barcelona, Lumen, 1981. Trad.: Cristina Peri Rossi.
  - Wolf, Michaela: “Translation as a Process of Power: Aspects of Cultural Anthropology in Translation”, en Mary Snell-Hornby, Zuzana Jettmarová y Klaus Kaindl (eds.), *Translation as Intercultural Communication*, Amsterdam/ Filadelfia, John Benjamins, 1995, págs. 123-133.
  - Wong, Shawn: “Stereotypes and Sensibilities” [1991], en Patricia Aufderheide (ed.), *Beyond PC. Towards a Politics of Understanding*, Minnesota, Graywolf Press, 1992, págs. 158-160.
  - Yaguello, Marina: *Alice au pays du langage. Pour comprendre la linguistique*, París, Seuil, 1981.
  - Young, Iris Marion: “Social Movements and the Politics of Difference” [1990], en John Arthur y Amy Shapiro (eds.), *Multiculturalism and the Politics of Difference*, Boulder/ San Francisco/ Oxford, Westview Press, 1995, págs. 199-225.
  - Zabalbeascoa, Patrick: “Hacia una taxonomía de las traducciones de la metáfora que sirva de base a otros problemas de traducción”, en Anne Barr, M. Rosario Martín

Ruano y Jesús Torres del Rey (eds.), *Últimas corrientes teóricas en los estudios de traducción y sus aplicaciones*, Salamanca, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 2001, págs. 858-868.

- Zanettin, Federico: “Parallel Corpora in Translation Studies: Issues in Corpus Design and Analysis”, en Maeve Olohan (ed.), *Intercultural Faultlines. Research Models in Translation Studies I. Textual and Cognitive Aspects*, Manchester, St Jerome, 2000, págs. 105-118.
- Zavalonni, Marisa (dir.): *L'Émergence d'une culture au féminin*, Montreal, Éditions Saint-Martin, 1987.
- Zerolo, Pedro: “Visibilidad e igualdad”, *El País*, 29 de junio de 2000, pág. 36.
- Zinn, Howard: *A People's History of the United States: 1492 to Present*, Harper Perennial, Nueva York, [1980] 1995.
- Zipes, Jack (ed.): *Don't Bet on the Prince. Contemporary Feminist Fairy Tales in North America and England*, Aldershot, Gower, 1986.